



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

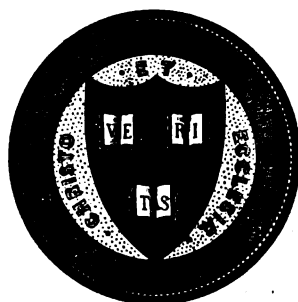
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Span 5670.1.18

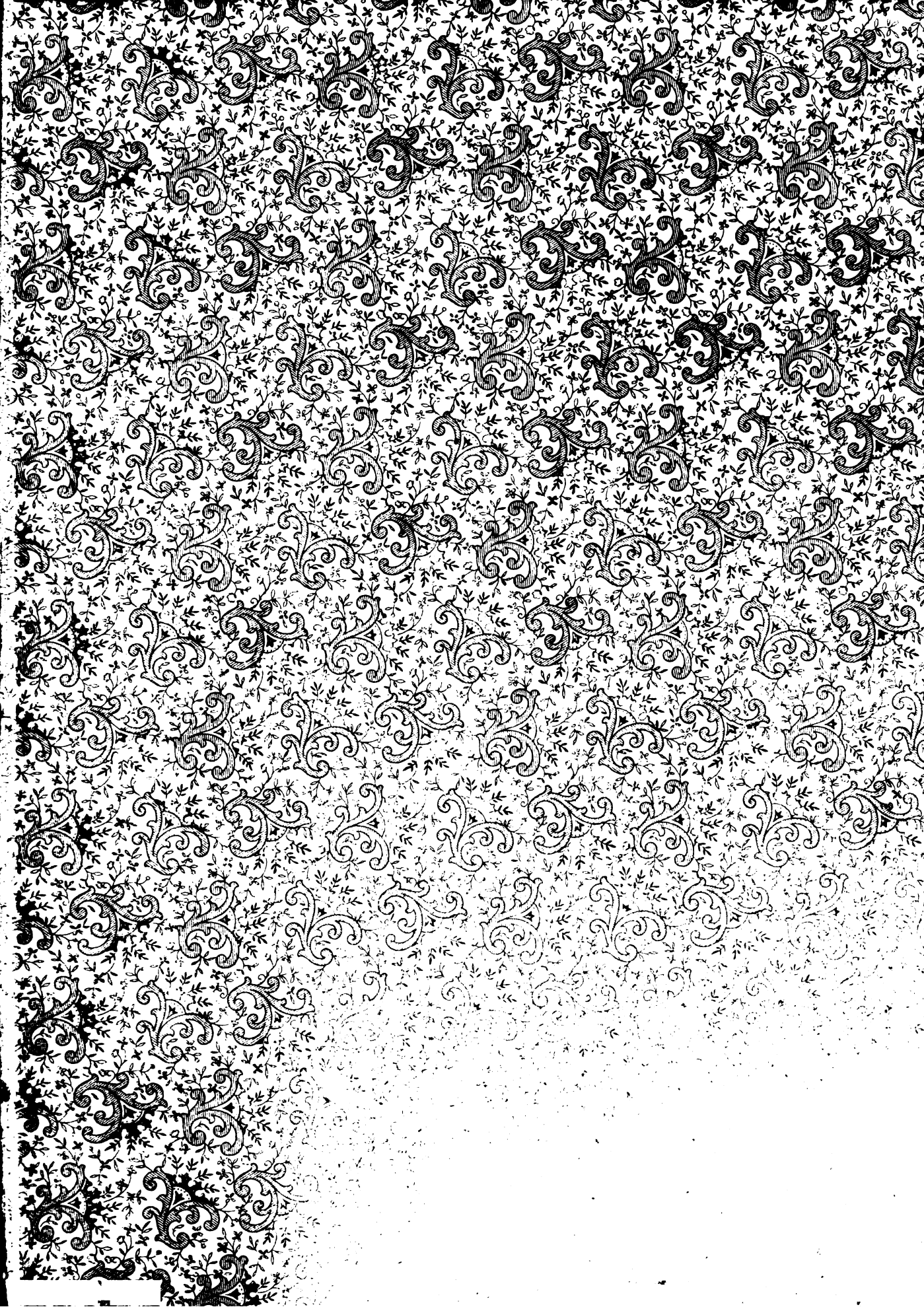


Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor
in Harvard College, 1816-1854. The will requires
the income to be expended for books "in the
Spanish language or for books illus-
trative of Spanish history
and literature."



CV DEL C I

Juicio que mereció á sus contemporáneos Españoles y Extranjeros

RECOPILACION HECHA POR SU HERMANO

Emilio

DE GRAN PARTE DE LO ESCRITO Y PUBLICADO

CON MOTIVO DE SU MUERTE

MADRID

M. ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31.

TELÉFONO 875

1901

en que, contrayéndome á lo más saliente de su vida pública, se verificó el restablecimiento de la Monarquía, de que fué el alma, por decirlo así; la aproximación á ella, ó á una legalidad común, por efecto de su hábil dirección—ya en este punto por todos favorablemente juzgada,—de valiosos elementos políticos que simpatizaron con la revolución de Septiembre de 1868 y se hallaban retraídos ó un tanto distanciados de la misma; la promulgación del nuevo Código político de 1876, término medio entre la Constitución de 1845 y la de 1869, en que tanta parte tuvo; y últimamente el trascendental problema de Cuba, que halló de nuevo planteado, con motivo de la última insurrección, la vez postrera que fué llamado al Gobierno, y á que se unió después, como si aquello fuese poco, la rebelión de Filipinas, hechos ambos que constituyeron la más grave preocupación de su vida, forman un conjunto de acontecimientos de tal magnitud é interés, que por fuerza han de merecer maduro examen y detenido estudio por los que se consagren al de ese no corto período de nuestra Historia contemporánea.

No excluye esto, sin embargo, y algunos lo han echado de menos ya, un juicio crítico de su persona, no sólo como hombre político y orador parlamentario, sino como pensador, literato y publicista; mas como ese juicio, en realidad, resulta hecho ó formado, y por cierto de un modo tan espontáneo como magistral, de cuanto acerca de él se escribió, y fué mucho, con ocasión de su alevosa muerte (1), el presente libro

(1) Esto sin contar lo escrito en vida del mismo, y de que son testimonio los artículos, entre otros, de los Sres. Núñez de Arce y Baró, publicados por los periódicos argentinos y chilenos—como puede verse en su lu-

puede suplir la falta, con la ventaja de ser muchos, y ninguno en particular, su autor. Véanse, en apoyo de esta afirmación, entre otros trabajos y escritos que en él se reproducen ó extractan,

gar (páginas 373 y 386);—y el que, para que sean conocidas todas las opiniones políticas, se copia, á continuación, del Sr. Conde y Luque (*), inserto en *El Nacional* de 18 de Agosto de 1895 con el título de *Figuras de la guerra: María Cristina, Cánovas, Martínez Campos*. Haciéndose en él la debida justicia á S. M. la Reina Regente y al ilustre General, muerto ya, como Cánovas, á quien se encomendó la dirección de la última campaña de Cuba, dice lo siguiente:

«Mas todo eso (aludiendo á la citada Augusta Señora), con ser mucho, no hubiese bastado para la obra salvadora. La gran Reina necesitaba de un grande hombre, y lo encontró en el Sr. Cánovas del Castillo. Háblale ya éste prevenido dando formas y carácter y derroteros á la Restauración, cuando la muerte del Rey empenó de nuevo su grande espíritu en la segunda labor creadora, no menos árdua que la primera. Acreditóle esto de estadista consumado, y desde entonces, cuando el sino ó la torpeza de los hombres colocó en circunstancias críticas al país, vuelve éste la vista á su hombre de Gobierno, esperando de él remedio á sus necesidades.»

Hablaba después de la retirada en 1895 del partido liberal y del llamamiento de Cánovas, por la Reina, en cuyo corazón resonaban siempre los latidos de la opinión pública, y añadía:

«Mas el país no se ha entregado tanto al primer Ministro como al hombre; fía menos su salvación al poder gubernamental que á las cualidades de la persona. ¿Quién es, pues, el Presidente del Consejo de Ministros? Tiempo es ya de declararlo sin que se achaque á ruin adulación lo que se diga de quien, vivo aún, está clasificado entre los inmortales. Convertido en objeto de un frío análisis psicológico, resulta como nota característica un equilibrio singular en sus facultades, ó mejor, la subordinación normal de todas ellas á su inteligencia, la cual llega en él casi á la plenitud; por lo cual no es la forma de su entender la intuición ó la excitación del sentimiento, sino el juicio rápido, instantáneo, pero siempre comparativo, recorriendo, sin omitir una sola, todas las etapas del discurso; es, pues, su inteligencia una razón soberana, á la cual todo se somete, su imaginación, su entusiasmo, sus afectos, sus pasiones, hasta su voluntad. De aquí lo concluyente de su opinión y lo rotundo de sus afirmaciones: jamás duda ni se aconseja, y advertido por la constante seguridad de sus juicios, se lanza á lo porvenir, siendo, en consecuencia, de los pocos hombres que ven más allá del momento presente: él sabe preparar los acontecimientos, y prevenir, en lo posible, los conflictos. No solo entiende mucho (cosa frecuente en el mundo), sino que entiende bien; es decir, ve las cosas tales cuales son, cada una en su sitio, sin quitar ni poner un ápice á la verdad objetiva, que se presenta sin reserva á su

(*) De quien también se transcribe otro, posterior á la muerte de Cánovas, en la página 127.

a
g-
nífico discurso del Sr. Pidal en la veldada del Ateneo, y los no menos notables de los Sres. Azcárate y Moret; el que asimismo leyó el propio Sr. Pidal al tomar posesión de la presidencia del Círculo Conservador-Liberal; el artículo del gran Castelar, publicado en *La España Moderna*, que dirige el Sr. Lázaro y Galdiano; el del eminente poeta Núñez de Arce, copiado de *El Liberal*, donde

hermosa inteligencia. Su entendimiento tiene como la obsesión de la verdad, y, familiarizado con ella, jamás la disimula, por lo cual su política es siempre noble, sincera, transparente.

Encerrado en su gabinete de estudio, habría llegado acaso á la profundidad de Kant, á la grandesa de Hegel y hasta las filigranas metafísicas de Duns Escoto; pero la meditación sola no le satisface; á causa de abarcar su mente toda la realidad, la vida pública le atrae, la historia le solicita, y gusta más de luchar con las pasiones y prejuicios de los pueblos, que con los errores de los filósofos, con quienes combate sólo á trechos y de pasada.

Por tanto, su vida es la acción, y su instrumento poderoso la palabra. Pero de ésta no se puede hablar por incidencia ni de esbozo. Apuntaremos, sin embargo, que lo extraordinario de su elocuencia se explica lógicamente por lo extraordinario de su talento; toda aquella consiste en que, cuando Cánovas habla, no hace sino sacar y poner á la vista de las gentes lo que sólo él ve, ó ve mejor que nadie, en el fondo de las cuestiones; por eso no se cura de persuadir, lo cual al cabo arguye cierta debilidad en el orador, sino que se va derecho á la razón de su adversario, y arrojando sobre ella el foco potente de la suya, la convence. Cuando escuchándole, á veces, en el Parlamento contemplamos abortos aquella labor magnífica de la humana inteligencia, pensamos de él lo que se decía de Bourdeloue, que es la razón elocuente; sólo que los sermones del insigne jesuita oían á aceite tanto y más que las arengas de Demóstenes, y Cánovas ¡improvisa!

Otra cosa no podemos omitir. Su oratoria externa se acomoda exactamente á la índole de sus conceptos. Sobrio en el ademán, noble en el continente, de voz flexible y sonora, no pierde jamás la compostura, como tampoco desciende á lo chocarrero, ni siquiera á lo familiar. Su tendencia á elevarse es incontestable. Cuando le obligan las menudencias de la esgrima parlamentaria, sirve de variedad de armas de combate, entre ellas de una ironía prodigiosa que quizá nadie ha igualado hasta ahora. Pero ni el curso del debate le lleva al campo de la sociología ó de la Historia, entonces puede decirse que se transforma. Súbitamente entra en reposo su cuerpo, antes conmovido por la labor nerviosa de la improvisación, su pecho se hincha, echa hacia atrás su cabeza, tipo hermoso de la raza árabe, su

vió la luz; los de D. Juan Valera, y don Francisco Silvela; las necrologías escritas por los Sres. Cos-Gayón y Vignau y Ballester, y otros trabajos no menos interesantes de plumas tan celebradas como las de las señoras Pardo Bazán y Rattazi, y de los Sres. Cortázar, Menéndez Pelayo, Fernández y González, Conde y Luque, Ortiz de Pinedo, Maldonado Macanaz, Mañé y Flaquer, Baró, Sánchez Guerra, Troyano, Pérez de Guzmán, Fernández Bremón, Marqués de Lema, Conde de Esteban Collantes,

voz vibrante adquiere tonos sentenciosos y solemnes, desarrollándose majestuosamente las ondas, antes contraídas, de su discurso, y con su mano, que lentamente se mueve en el espacio, parece que copia de sus labios, en estilo inimitable, las leyes biológicas de las sociedades ó las más profundas sentencias de la filosofía política. En casos tales, el auditorio, dominado por su palabra, tribútale el más valioso de los aplausos, el silencio del recogimiento y lo mudo de la admiración.

La armonía de esta naturaleza extraordinaria, manteniéndose en el orden moral no menos que en el de la inteligencia. Si el patriotismo, su ley suprema, le exigiera el sacrificio, lo arrostraría sin temblar, como estricto cumplimiento de un deber vulgarísimo. Enamorado de la belleza tanto como de la verdad, las deformidades intelectuales y morales de los hombres ofenden vivamente su sentimiento estético y su juicio, y arrancan de sus labios protestas á lo Tácito y á lo Juvenal; pero no pasa de aquí. Al llegar á la acción, aparece en él, para regir sus relaciones sociales, un altísimo sentimiento de justicia, una tolerancia y compasión profundas: nadie como él tiene en cuenta las debilidades y errores humanos, ni aprecia con más imparcialidad ni la rectitud de la conciencia ajena ha salido vencida ó vencedora en la ruda batalla de la vida.

En la guerra de la política, se contenta con inutilizar al adversario. Si este cae herido, no le remata, sino que deja que se rehabilite; y si, muerto moralmente, ve que es posible su resurrección, no se opone á que resucite. Sobre todo, jamás olvida un beneficio, y en cambio, su memoria prodigiosa no recuerda ni las mayores ofensas: á la larga ó á la corta, bórralas con el olvido; pero olvida á veces tanto, de una manera tan inasistida, al decir de las gentes, que se le imputa á defecto esa cualidad sublime del corazón humano. Y sin embargo, ese defecto vale más que su misma inteligencia.

Tal es el hombre: he ahí el tosco boceto de Cánovas del Castillo. Y como, á despecho de las teorías y de lo artificioso de las formas políticas, el gobierno de los pueblos pertenece siempre á los más inteligentes, queda con esto explicado por qué el presidente del Consejo viene siendo desde la Restauración el eje de la política española, y cómo, lo mismo en el retiro de su hogar que en la cumbre del poder, él es siempre el primer ministro.

Palacio, R. España, Canals, Morote, Navarro Ledesma, Comas y Domenech, Gómez Baquero, Siles y Ovejero, sin contar algunos no menos interesantes publicados en la prensa de provincias, y á que hay que añadir los de escritores franceses tan reputados como Cornely, Bourquet, Rautier, Benoist (1), Sayssy, Thiebaud, Creux, Amoretti, Delnus Montaud, Mourant, Villadeuil, de la Tour, Teste, Ch. L. Livert, I. Valfrey, Robert, Daumont, Viator y Dupuy; del publicista americano Ruben Dario; de los argentinos y chilenos, que se mencionan en la *Tercera parte*, al hablar del juicio que mereció Cánovas á los mismos, entre los que figura D. Cipriano de Castro, y por último, de los Sres. Sierra, mejicano, y Bulnes, de Montevideo (Uruguay).

Mas no sólo avaloran este libro, y puedo decirlo sin inmodestia ni jactancia—porque apenas nada de lo contenido en él me pertenece,—los trabajos y escritos

(1) Cuando tuve noticia por un periódico francés del libro publicado por M. Carlos Benoist (París 1898, Librairie académique Perrin et C.), con el título de *L'Espagne, Cuba et les Etats Unis*, dedicado por su autor « á la grande y querida memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo », encargué inmediatamente la adquisición de un ejemplar; pero no llegó á tiempo de hablar de él en el lugar correspondiente de esta obra, ó sea al tratar de los libros, revistas diplomáticas, históricas, científicas y literarias que van la luz en la capital de la vecina república y que, á partir de Agosto de 1897, se ocuparon de mi hermano.

Conociendo el juicio de M. Benoist acerca de éste (puede verse en la página 349 y siguientes), me creo dispensado de dar noticia de su contenido, limitándome á exponer las materias de que trata ó asuntos de que se ocupa, que son, después del *avertissement*, los siguientes:

- 1.° Las insurrecciones de Cuba.
- 2.° La política de la Unión (refiriéndose á los Estados Unidos).
- 3.° La rebelión de Filipinas.
- 4.° D. Antonio Cánovas del Castillo.
- 5.° La obra del Sr. Cánovas. Veinte años de Monarquía moderna (á la moderna) en España.

M. Benoist no sólo es uno de los escritores extranjeros que más han celebrado á Cánovas, sino de los que han excedido también, en ese particular, á muchos españoles.

Se han hecho ya dos ediciones de la obra.

de carácter científico y literario á que me refiero, sino los juicios de índole política y aun de verdadera importancia histórica en que abunda, en relación con la vida y los hechos del hombre que tanto figuró, durante los últimos veinticinco años, en el régimen y gobierno del país.

En el interin es un consuelo para la familia de Cánovas, que no sólo á raíz de su muerte, ó cuando todo el mundo, sobrecogido de horror por la índole del atentado de que fué objeto, lamentaba su pérdida, sino en los tres aniversarios transcurridos y en cuantas ocasiones ó momentos—lo que sucede con frecuencia—se invocan su autoridad ó su nombre, se le haga justicia, distinguiéndose en esta noble tarea todavía más los adversarios que los amigos, los cuales, en gran parte, no se han conducido con él ó su memoria, con la lealtad y consecuencia que el jefe del partido merecía. El desquite para los que experimentamos el desengaño estaría, si esto cupiera en pechos generosos, en la seguridad de que los que han obrado así, serán, á su vez, bastante más pronto olvidados. (1)

(1) Así debía presumirlo mi hermano, cuando en la sesión del Congreso del 2 de Julio de 1879, decía: « Hace mucho tiempo que yo hubiera dejado de intervenir en el gobierno de este país, si esperase, como recompensa de mis actos, la *gratitud*. »

Y claro es que aún pensaría algo peor para después de su muerte.

En el interin no es cosa de extrañar el olvido en que caen, por lo común, los que de este mundo desaparecen, hecho que comenta en sentidas frases la *Crónica Parisiense*, de D. Juan Sevres, publicada en *La Epoca* del 12 de Abril próximo pasado, aludiendo á la llorada muerte de la señorita Zelanine, en las siguientes sentidas palabras:

« Mas qué restará de esta explosión de pena de aquí á unos meses? Nada, ó poco más que nada. En el cementerio, una lápida con esta inscripción: « ALEJANDRINA ZELANINE.—4 Abril 1901. » En algunos corazones un recuerdo, que el tiempo irá borrando. Porque, aparte la gratitud, no hay sentimiento tan pasajero como el dolor; después del favor recibido, nada se olvida en menos tiempo que el pariente ó el amigo muerto. Habrá quien rechace esta doctrina con indignación. ¡Ej-

«Otros igual-
ingratitude á
en mí la es-
de vivía, des-
hermano, no
n la que nun-
aun del trato
an ó se mues-
Conservador,
convicción,
identificado
permanecí en
lo, hasta no
con los que
ervadora, no
amigos míos,
Sr. Cos-Ga-

mes. También yo
glia.»

con igual motivo,

del propio periódico *La Epoca*, publicado á raíz de la muerte de mi hermano, titulado *La última noche* (página 61). «No; no es de extrañar el intenso duelo que llena en estos momentos el corazón de deudos y amigos. ¡A cuántos protegió! ¡Cuántos beneficios derramaron sus manos! ¡Cuántos quedan huérfanos!»

De recordar son igualmente las de un precioso artículo del *Nuevo Diario de Badajoz* del 10 de Agosto de 1897 (página 144), que dicen:

«Acaso para su figura en la historia será término más brillante caer como víctima de una conjura feroz, representando la causa de la justicia, que sucumbir lentamente purgando las amarguras que le reservaban la ingratitude, el egoísmo y las bajas pasiones de los hombres.»

Grabadas están del propio modo en mi memoria las escritas por *El Proteccionista* en su número del 8 de Agosto de 1899 (página 122), segundo aniversario de la muerte de mi hermano:

«Hoy, cuando más se nota el vacío, difícil de llenar, que dejara el asesinado en Santa Agueda, somos pocos los que vertemos una lágrima ante su tumba, somos pocos los que murmuramos una plegaria por su alma.»

«Triste realidad la de esta mísera vida! Los que ayer doblaban el espinazo ante la figura del eminente hombre de Estado, los que recibían sus mercedes, hoy le

(1) *El Imparcial*, en su número del 10 de Noviembre de 1897, hablando del Sr. Romero Robledo y los conservadores, decía, de un modo espontáneo ó sin la menor excitación de mi parte, lo que sigue:

«Se ha dicho que el Sr. D. Emilio Cánovas del Castillo se había adherido á la política del Sr. Romero Robledo. Es inexacto. El Sr. Cánovas, desde que falleció su ilustre hermano el jefe de los conservadores, resolvió vivir totalmente apartado de la política.»

yón, ni tampoco con los que se mantuvieron completamente fieles á su política, bajo la jefatura del señor Duque de Tetuán, con quienes más simpatizaba; pero al fin, como por mi carácter de Senador vitalicio podía verme obligado más tarde ó más temprano á votar con unos ó con otros, dejando á un lado motivos de queja hasta cierto punto generales, resolví colocarme al lado de los conservadores que seguían á dicho señor Duque, y con ellos me encuentro. (1)

Respecto á la Unión conservadora, donde, como he indicado ya, ví afiliarse

olvidan, porque hoy necesitan doblarse ante otra figura.

Además, y coincidiendo con estas justas quejas, *El Nacional* del 8 de Agosto de 1900 (pág. 197), tercer aniversario de la muerte de mi referido hermano, consignaba que pocos, muy pocos, habrían elevado aquel día sus oraciones al cielo al pie de los altares.

«Triste ejemplo, añadía, de la ingratitude humana; pues si cumplieran con esa obligación cuantos aprovecharon las mercedes que el repartió en vida.... se habrían henchido los templos de Madrid, donde esta mañana se celebraron las misas de aniversario.»

«La severa imparcialidad de la Historia tejera la corona inmortal de Cánovas.»

Podría citar de igual manera el artículo de *El País* del 3 de Agosto de 1897, titulado *Ingratitude*, cuyo espíritu halaga sin duda mis sentimientos fraternales, pero que altos respetos, en su redacción desconocidos, me impiden reproducir ni comentar. Este mismo escrúpulo, aunque por razón diferente, me ha hecho no copiar el artículo del periódico monárquico y conservador *El Nacional*, con el título *Planto de corteza*, que dió á luz en su número de 15 de Octubre de 1897. Por razón análoga no he dado cabida tampoco al artículo del *País*, inserto en el mismo número del 3 de Agosto del 97, con el epígrafe *La política*, pues aunque son dignas de agradecimiento por mi parte las alabanzas que tan intrasigente adversario prodiga á mi hermano, no puedo hacerme solidario de todas las apreciaciones que, para establecer contraste, se hacen del señor Silvela, respecto al cual publicó otro artículo *El Heraldo*, titulado *La curación Marayta*, en 11 de Junio de 1899 que, por la misma causa, no me ha parecido bien reproducir, haciendo lo propio por análoga razón con el de *La Correspondencia de España*, *Silvela y la jefatura*, de 22 de Agosto del mismo año.

(1) Poco tengo que agradecer á la política, no obstante el apellido que llevo, ni aun en épica de mi hermano, por motivos de debredadez que tanto honraban á éste. Lo principal me lo debo exclusivamente á mi mismo, de lo que estoy, si no orgulloso, satisfecho.

con rapidez un tanto vertiginosa, sin poder explicármelo, á algunos de los que yo tenía por más adictos á la persona de mi hermano, nada debía esperar ó prometerme del que la acáudilla, que, si no se condujo bien con él (1), no había de portarse conmigo mejor, aunque le uniesen á mi vínculos, si jamás merecedores de igual consideración y respeto, mucho más antiguos de amistad, de relativo compañerismo y aun profesionales, que á mi referido hermano. Nunca sospeché, sin embargo, en medio de los desengaños y de la desconfianza que engendra la política, que Silvela y sus compañeros de gobierno me guardasen menos atenciones que las que me dispensaron el jefe ilustre del partido liberal, y los que con él fueron Ministros, en las elecciones generales que presidieron en su anterior período de

mando, pues mientras éstos, procediendo con cortesía y gran elevación de miras, en justo respeto á la memoria de mi hermano y por consideración personal á mí (1), acordaron espontáneamente, ó sin el menor requerimiento de mi parte, no presentar candidato liberal por el distrito de Cieza, que tantas veces representó aquél, tres yo, y dos el mayor de mis hijos, dejándolo para el que de éstos designase por mi parte y al que apoyaría el Gobierno, como así se verificó; el Ministerio de Unión conservadora, obrando de un modo opuesto, en las elecciones de que fueron producto las Cortes poco ha disueltas, presentó y apoyó un candidato distinto, negando rotundamente su apoyo al hijo mío, que, sumado á la Unión conservadora por haber seguido en política á los señores Cos-Gayón, Azcárraga y Pidal, tuvo la representación de Cieza en las Cortes del 98, y excluyéndose por primera vez, en muchos años, el nombre de Cánovas en el Congreso de los Diputados.

No tanto entraña esto una queja para el Sr. Silvela, de quien, como he dicho antes, nada debía prometerme, como para los llamados conservadores ortodoxos que formaban parte de su Ministerio, ó le prestaban desde fuera su concurso, y tan pronto olvidaron—dispénseseme que vuelva sobre lo del olvido—la campaña opositorista de Silvela, durante el estío de 1897, tan acremente por ellos censurada, de lo que más de una vez fui testigo, y cuyos ecos resonaban en Santa Agueda cuando la horrible hecatombe del 8 de Agosto.

* * *

Indiqué antes, y debo ofrecer la prue-

(1) El mismo lo reconoce—aunque se haya esmerado después en hacerle justicia—en la contestación dada á un redactor del *Heraldo*, y de que dicho periódico dió cuenta en su número correspondiente al 14 de Enero último, sobre la supuesta ó real descomposición del partido de Unión conservadora:

«No. La mayoría conservadora—decía—no está, como se pretende, desunida. ¿Qué desprendimientos se han producido? ¿Qué disidencias se han originado en ella? ¿Qué ha pasado que se pueda comparar con lo que le ocurrió al Sr. Cánovas del Castillo al marcharse de su lado el Sr. Alonso Martínez y formar el centro parlamentario, ó al rebelársele el Sr. Romero Robledo, constituyendo iglesia aparte, ó al separarme yo, desprendiéndose conmigo una parte considerable, significada al menos, de la mayoría de aquellas Cortes? ¿Qué ha pasado que pueda igualarse con la ruptura pública, y en circunstancias para el país difíciles, de los Sres. Sagasta y Gamazo? ¿Qué hay entre nosotros que justifique el supuesto de la desunión? Y aun en esos casos, el señor Cánovas gobernó sin el Sr. Alonso Martínez, sin el señor Romero Robledo, sin mí, en su última etapa de Poder; y el Sr. Sagasta ha gobernado, y aspira á volver á gobernar, sin el Sr. Gamazo.»

A lo que antecede, sólo cabe añadir que no todos tienen la misma autoridad y prestigio, y que lo que pasó antes y podrá suceder tal vez mientras viva el Sr. Sagasta en lo que al partido liberal se refiere, quizás no se verifique ya en adelante. En cuanto á lo de que se marchó con él una parte considerable del partido conservador, Silvela veía en esto, como en otras cosas, con ojos de aumento. Cuando se han ido, no pocos, con él, ha sido después.

(1) Palabras textuales de una carta que me escribió, de su puño y letra, el entonces Ministro de la Gobernación, Sr. Capdepon.

ba ahora, que no sólo á raíz de la muerte de mi hermano, sino después en cuantas ocasiones, muy frecuentes, como he dicho, se ha citado su nombre, ó invocado su recuerdo, se le ha hecho completa justicia. Testimonio de ello ofrecen los debates parlamentarios que tuvieron lugar, desde la apertura de Cortes el 20 de Noviembre del año anterior, hasta la suspensión de sus sesiones en Enero del año actual. No sólo el señor Romero y Robledo, siempre afecto y respetuoso á la memoria de mi hermano, en los notabilísimos discursos que pronunció, sino el Sr. Canalejas en los suyos, no menos grandilocuentes, y los demás oradores, incluyendo al Sr. Silvela, que con su autorizada palabra ilustraron esos debates, hubieron de prodigar grandes elogios al que, según ellos, tanto había enaltecido la tribuna parlamentaria.

Comenzando por el Sr. Canalejas, dudaba tan esclarecido hombre público, refiriéndose al entonces proyectado enlace de la Princesa de Asturias—asunto en que di mi voto favorable en el Senado, y del que no he de hablar, como de ningún otro de carácter político, en esta *Introducción*,—que viviendo Alfonso XII, hubiera prestado su sanción á dicho matrimonio. Y añadía: «Preguntando eso á los que fueron Ministros de aquel Rey, á los que se llamaron compañeros y discípulos del Sr. Cánovas del Castillo, he de preguntarles también si creen que aquella preclara inteligencia que supo resistir tantas tentaciones ardorosas y juveniles con su consejo, habría consentido que vosotros, con el corazón alegre, os dispusiérais á dar el salto en las tinieblas que representa vuestra aprobación al mencionado enlace.»

Y más adelante, refiriéndose á los debates que tuvieron lugar en la misma Cámara con motivo del proyecto de Constitución, se expresaba así: «Discutiendo aquel proyecto un hombre ilustre, á quien de grandes faltas podríamos acusar los liberales, de grandes errores podrá quizás acusarle la Historia, pero cuya inteligencia superior y cuya palabra luminosa aún parece que fulguran aquí, engrandeciendo los debates, causando nuestra admiración y enardeciendo nuestro entusiasmo; Cánovas del Castillo afirmaba, mejor dicho, mil veces mejor dicho que á mí me es dado hacerlo, lo que estoy glosando yo.»

Y agregaba después, refiriéndose á la situación ó estado de cosas que era objeto de sus observaciones, que por flaqueza de los liberales y por flaqueza de los conservadores, había renacido aquel partido neocatólico que Cánovas no quería que alentase.

Tal vez el Sr. Canalejas exagerase esta nota (1), obedeciendo por su parte á una convicción sincera, ó dando más importancia, de la que realmente tenían, á los hechos á que se refería, de lo que ofreció patente prueba el artículo que vió la luz en el *Heraldo*, periódico de su propiedad, el 24 de Diciembre de 1900. En efecto, haciéndose cargo dicho importante periódico del hecho recogido por *El Liberal*, de que el Sr. Fernández Montaña, director espiritual de la Real familia, y persona, añadía, de gran ilus-

(1) Como, por desgracia, se ha exagerado otra en contrario sentido por los llamados clericales, á semejanza de lo que ocurre en Francia y Portugal, con lo que podrá destruirse en lo que toca á España, y más nos interesa, siguiendo las cosas por el mal camino que van, la obra de mi hermano, tan celebrada por todos y á que se refería el *Heraldo* en su número del 7 de Enero último, al decir que hay en la Constitución una base onerosa, que es la mayor gloria de la Restauración y del Sr. Cánovas.

tración—como lo es, seguramente,—hubiese acudido al órgano de los integristas para lanzar sus anatemas contra republicanos, demócratas y liberales, decía, «que contra ese movimiento fanático no iba á expresar por entonces ninguna opinión propia, sino á recoger las que el consejero y educador político de la Restauración pronunciara en momentos en que acababa de destruirse la revolución, estaba fresca la sangre vertida en la guerra carlista, hallábase sostenida la intolerancia por amigos íntimos de D. Alfonso XII y por hombres de tan suprema elocuencia como Pidal»:

«El 18 de Abril de 1876 se presentaba en el Congreso una proposición, suscrita por los Sres. D. Fernando Alvarez, Marqués de Vallejo, Vizconde de Revilla, D. Manuel Batañero, D. Domingo Caramés, D. Gerardo Neira Flórez y el Conde de Llobregat, pidiendo que se restableciera en la Constitución de 1876 el art. 11 de la Constitución de 1845, el de la *unidad católica*.

Y el Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, EL GRAN CÁNOVAS, POR EL CUAL HAY MONARQUÍA EN ESPAÑA, quien tenía un poco más de autoridad para definir estas cosas que el confesor de la familia Real, decía, recordando palabras suyas del 69:

—«Yo no defiendo, pues, hace mucho tiempo; yo no defenderé ya jamás la intolerancia religiosa. A la Iglesia no la protegeré manteniendo la penalidad para los nacionales, que consigna aún en sus páginas el Código vigente.

«Señores: yo tuve la franqueza de decir en un día solemne, ante el Senado de mi país, y siendo Ministro de la Reina, palabras que me han recordado después muchas veces, y de las cuales puedo enorgullecerme, considerando como una profecía: dije entonces que en España había tres excepciones del universo, y que era preciso que todos tuviéramos mucha prudencia, no fuera que alguna de ellas la fuéramos á perder de repente, ó de repente y de una manera fatal las perdiéramos todas. Estas tres excepciones eran la intole-

rancia religiosa, la esclavitud y la familia de los Borbones.»

Y tras de evocar ese recuerdo, el Sr. Cánovas proseguía contestando al Sr. Alvarez del siguiente modo:

—«¿Cómo se olvida que la libertad religiosa es un hecho que está realizado en España hace ocho años? ¿Cómo se olvida que esos ocho años de existencia de la libertad religiosa han creado dentro de España un hecho digno de examen más serio y más formal que el que se hace desde las regiones puramente teóricas? Si yo os trajera aquí en este instante, como se trajo en 1869 ó en 1854, el problema de la interrupción de la intolerancia religiosa; si yo trajera aquí este problema, ya conocéis mi opinión, sería la de 1869...

Después que España ha tomado un puesto entre las naciones, que no es el antiguo puesto que tenía de excepción en la cuestión religiosa, sino el puesto de una de tantas naciones como en Europa profesan, si no la libertad ilimitada, la tolerancia religiosa por lo menos; después de todo esto (tal es y no otra la cuestión), ¿hemos de dictar aquí una nueva revocación del edicto de Nantes? Pues si tenéis el valor de aconsejarlo, proponedlo tal y como en sí es.

¡Cuestión religiosa! Cuando el Gobierno conquistador de Toledo ofrecía y pactaba, bajo la fe de su real palabra, el libre culto de los árabes; cuando los gloriosos conquistadores de Granada reconocían este mismo derecho en favor de los vencidos, ¿podía decirse, podía soñar nadie que esta fuera una cuestión religiosa? Admitían la libertad de cultos para rendir más pronto ciudades; ¿y no se puede admitir para no perturbar un país, para no añadir en él una nueva causa de discordia, para no aislarle constantemente de las corrientes de la civilización europea, para no ponerle en una situación difícilísima, tanto más fácil cuanto que no vive, después de todo, en el centro de los desiertos africanos... y por todos sus extremos participa del movimiento del universo y en todas partes las simpatías del universo le están haciendo falta todos los días en sus cuestiones internacionales? (Grandes aplausos.) Sí, se dice muy fácilmente que se puede vivir tranquilo hiriendo de frente todos los sentimientos del mundo y siendo una excepción contra todo él...» (1)

(1) Nadie se atrevió á poner en duda nunca, aunque como hombre de Estado sostuviese estas opiniones en

menuda, creyéndose continuador de su política», afirmación que acentuó en otro párrafo del propio discurso, después de rechazar lo que el Sr. Canalejas había llamado política clerical inaugurada por la Unión conservadora. Decía así el Sr. Silvela:

«Empiezo por declarar que nosotros no hemos repudiado nunca el calificativo de liberales; liberales hemos sido, liberales somos y liberales seremos. (*Muy bien en la mayoría.*) Yo lo he dicho desde todos los lados de la Cámara: los nombres de los partidos no se los dan los propios interesados muchas veces; á nosotros se nos ha llamado Unión conservadora; pero nosotros somos, ó pretendemos ser, los continuadores de la política liberal conservadora tal como la desenvolvió D. Antonio Cánovas del Castillo.» (*Muestras de aprobación en la mayoría, y fuertes protestas en la minoría Tetuanista.*)

Y más adelante, añadía que el partido conservador se había afiliado al principio de libertad con la Constitución de 1876: libertad para la conciencia; libertad para las ideas; libertad para el ejercicio de las profesiones; libertad religiosa, dentro cada cual de sus convicciones; libertad para los derechos civiles de todo ciudadano, pero libertad también para la Iglesia, para la enseñanza, para la propiedad, y terminaba:

«Esa es la Constitución de 1876; eso es lo que defendía D. Antonio Cánovas del Castillo; eso es lo que sostuvo y defendió aquí como compensación bien necesaria y legítima de la libertad religiosa que se estableció, y que explica esas diferencias del antiguo régimen de los tiempos de Doña Isabel II, que el señor Canalejas echa de menos, y que po-

drian ser más favorables á sus ideas; pero que eran evidentemente muchísimo menos liberales, y que nosotros no aceptamos como reaccionarios porque tenemos un pensamiento, un criterio y unas ideas muchísimo más liberales que las que existían en aquellos tiempos.» (*Aplausos.*)

Por último, en la reunión de exministros celebrada muy poco hace, el 12 de Abril último, en casa del Sr. Silvela, hablando éste del cambio político ó sucesión en el Gobierno del partido liberal, decía:

«Desgraciadamente nos sucede un partido que tuvo elementos para desenvolver los artículos constitucionales en preceptos orgánicos democráticos, que nosotros hemos respetado, aun en aquellos principios que no nos han convenido, prefiriendo la estabilidad en las leyes al mismo acierto de las soluciones, siguiendo el ejemplo y las doctrinas en que informó Cánovas la Restauración y que ha constituido para España, en el último tercio del siglo XIX, un progreso político evidente sobre los anteriores.»

* *

También hubo de celebrarse á Cánovas en los debates á que me refiero por sus condiciones de carácter. Nadie más monárquico que él, pero ninguno tampoco menos cortesano, como reconocía *El Liberal* en su número del 15 de Diciembre del año anterior, al hablar del discurso del Sr. Canalejas y del particular relativo á la boda de la Princesa de Asturias: «De cortesanos más que de monárquicos se tacha, y se tacha con razón, á los actuales Ministros; en honor de la verdad, si se exceptúa á D. Antonio Cánovas del Castillo, son pocos los gobernantes á quienes tal de-

bilidad no haya hecho en muchas ocasiones olvidar sus deberes para con la Patria, sobre todo de quince años á esta fecha.»

Lo mismo próximamente hubo de decir el *Heraldo* en su número del 18 de Enero del año actual; y para poner aún más de relieve la política de mi hermano, escribía lo siguiente, bajo el epígrafe

LUCHA Y CONTROVERSIA

«Discutiendo con González Brabo en las Cortes de 1867, cuando por la ley de Orden público se había suprimido por completo el espíritu público, y estaba la Prensa perseguida y muda, y se había ahuyentado toda seguridad personal de los hogares de los ciudadanos, decía el Sr. Cánovas del Castillo:

«Qué, señores, ¿no estáis hartos de decadencia todavía?

La historia pasada nos da que envidiar otras cosas muy distintas en todo caso. Aquellos inquietos y sediciosos magnates que destronaron á Enrique IV, por mano de un Arzobispo de Toledo; aquellos osados comuneros que sucumbieron en Villalar, fueron luego los capitanes y soldados que no mucho después de tales sucesos conquistaron á Granada y descubrieron y conquistaron el Nuevo Mundo, ó trajeron prisionero á España desde Pavia á un Monarca francés.

Cuando aquellas inquietudes desaparecieron del todo; cuando la autoridad real, incesantemente acrecentada, llegó á crear en derredor suyo el espacio de silencio que ahora aquí se apetece; cuando la omnipotencia del Poder estuvo completamente establecida y la obediencia incondicional de los súbditos pasó á precepto, cambiaron mucho, y casi repentinamente, las cosas. De entonces ya no tenemos que envidiar cosa alguna.

Yo quiero, en resumen, la lucha; nuestra vigente Constitución quiere la lucha; con la lucha se mantiene la actividad humana; con la lucha y la controversia se forman los grandes caracteres, se desarrollan las inteligencias, se acrecienta al hombre. DE LA CONTROVERSIA NACEN LAS IDEAS, LOS PROGRESOS, EL BIENESTAR PÚBLICO; LA CONTROVERSIA, EN FIN, PRODUCE NACIONES COMO INGLATERRA, MIENTRAS QUE EL

SILENCIO PRODUCE NACIONES COMO LA YA DESCRITA ESPAÑA DE CARLOS II.»

Y eso que decía el Sr. Cánovas del Castillo el 15 de Junio de 1867, combatiendo á González Bravo, que imponía y convertía en ley la *política del silencio*, eso podría aplicarse á los actuales momentos, en que también está suprimido el espíritu público, y perseguido y enmudecido en la prensa, y ahuyentado forzosamente hasta de los hogares de los ciudadanos con la suspensión de las garantías constitucionales.

Cánovas, espíritu y alma de la Restauración, fundador de las instituciones en que vivimos, aquél, sin el que no se hubiera afianzado el régimen actual, creía que la opresión del pensamiento, la falta de lucha y de controversia, sólo podía conducir á la vileza de los ciudadanos, á la degeneración del pueblo, á la ruina del Estado.

En ocasiones solemnes de su vida dió testimonio de lo firme, de lo incontrastable de sus convicciones en favor de los principios de debate, de publicidad, de lucha de las ideas, y en el momento mismo en que se le declaraba *insoportable*, en que se le representaba como un dictador, que en su poder personal encontraba la fuente y origen del Derecho, abandonaba el Gobierno, contando con mayoría en las Cortes, para que no se pudiese suponer que lo retenía contra la voluntad de la opinión.

Cánovas no tenía temor á la lucha, á la discusión, á la luz. Antes amaba combatir y vencer ó ser vencido en las batallas de la controversia, que huir despavorido, abroquelándose tras las altas representaciones del Poder público que él había fundado primero y consolidado después.

Los que se separaron de él; los que levantaron bandera de disidencia y rebeldía; los que no podían soportar el yugo de su dictadura; los que le zahirieron en su honra; los que iban á inaugurar una política nueva en que el Gobierno y la Administración fueran de cristal para que todo el mundo pudiera examinar sus hechos; los de este partido que hizo su emblema de la moralidad y de la selección, como si antes no la hubiera tenido nadie, esos, á la menor dificultad, han prescindido de la Constitución, han proscripto la lucha, han perseguido la prensa diariamente por procedimientos policíacos hasta ahora no usados ni en las épocas de mayor rigor reaccionario, y so-

bre ello han levantado el poder personal de una caricatura de Narváez ó de González Brabo.

Y hay que contar con la diferencia inmensa entre hombres y hombres, entre circunstancias y circunstancias. En su gran autoridad, en sus servicios valiosos á la causa de la Restauración, en los peligros graves que amenazaban de todas partes al régimen naciente, hubiera podido hallar el Sr. Cánovas atenuación á la política opresora. En su falta de autoridad, en sus servicios de orden secundario y subalterno, prestados al sistema vigente en las circunstancias de tranquilidad, de paz y hasta de inercia del espíritu público en que ahora se vive, jamás habrá excusa para ahogar las manifestaciones de la opinión que protesta.

«Con la lucha se mantiene la actividad humana; con la lucha y la controversia se forman los grandes caracteres, se desarrollan las inteligencias, se acrecienta al hombre. De la controversia nacen las ideas, los progresos, el bienestar público; la controversia, en fin, produce naciones como Inglaterra, mientras que el silencio produce naciones como la ya descrita España de Carlos II.»

Porque tal pensaba el Sr. Cánovas, porque esas eran sus creencias, nunca persiguió la propaganda de los conservadores disidentes. Dejó tranquilamente que el Sr. Silvela le combatiera con rudeza, sin que se le pasara por las mientes la idea de prohibir la impresión y circulación de sus discursos. Verdad es que esa su tolerancia provenía también de la convicción de que el actual Presidente del Consejo de Ministros no era precisamente de los que en el porvenir pudieran obscurecerle como hombre de Estado. Y los hechos, para mayor infortunio del país, se han encargado de demostrar que no se equivocaba.» (1)

(1) En su número de 9 de Febrero de este año, el *Heraldo* decía, sin que se entienda que por transcribirlo asiento por mi parte á todas las opiniones sustentadas por el mismo, lo que copio:

«Se comprende que los Ministros razonen como razonan los de Estado y Gobernación. Y se explica, porque ellos discurren de esta suerte: El carlismo, sobre todo en su última época, no combatía á la dinastía; atacaba las doctrinas de la Revolución y las leyes de la libertad. Es así que nosotros, dando un salto atrás en la Historia, borrando la obra de Cánovas, de hecho hemos destruido todo liberalismo. Luego no hay motivo para que falten las personas allí donde están sus principios, y abramos los brazos al Conde de Caserta, que viene á su casa por derecho propio.»

Por último, y como prueba de lo que afirmo al principio de estas observaciones, diré que hasta en el precioso *Calendario* para 1901 que publicó *El Imparcial*, se hace justicia á mi hermano en el notable artículo del Sr. Troyano titulado «El corazón y la cabeza», que en parte se inserta en otro lugar. (1)

*
* *

No todos, sin embargo, han de ser plácemes. Tratando el Sr. Mañé y Flaquer, Director de *El Diario de Barcelona*, de la «Oligarquía y caciquismo» en su carta á los Sres. D. Joaquín Costa, D. Juan J. Conde y Luque, D. César Peñaranda y D. Práxedes Zancada, ó exponiendo su opinión en la información abierta por el Ateneo de Madrid sobre el indicado tema, se manifiesta contrario, como lo son muchos, al sufragio universal, y habla de haberlo combatido el Sr. Sagasta, y luego mi hermano, restableciéndolo el primero para atraerse á Martos y facilitarse la hoja de parra que le permitiera suprimir la honesta distancia que le separaba de la Di-

(1) Tercera parte, página 478.

Testimonio de ello es también el folleto titulado *La Taquigrafía en el periodismo*, que contiene el discurso leído por D. L. R. Cortés, taquígrafo del Senado, en el acto de la inauguración de la cátedra de Estenografía de la Asociación de la Prensa. «Afortunadamente, las amarguras producidas á los taquígrafos del Parlamento por las injustas quejas que oyen y escarban sin poderse defender, se ven endulzadas de tiempo en tiempo por elogios, como el del inolvidable D. Antonio Cánovas del Castillo, quien en cierta ocasión afirmó en el Senado, siendo Presidente del Consejo de Ministros, que «las Cámaras españolas contaban con las primeras mesas taquigráficas del mundo».

Y para que nada falte, por último, en este orden de elogios, hasta en el *meeting... de huelguistas*, que tuvo lugar en el teatro *Eldorado* la tarde del domingo 5 de Mayo último, el compañero Herminio, de la Sociedad de Canteros, dirigió duros ataques al Sr. Moret é hizo un gran elogio de D. Antonio Cánovas del Castillo, de quien dijo que era un carácter entero que sabía hacer cumplir la ley, cosa que no sabían hacer los liberales...

Dicho se está que, al reproducir lo que antecede, no nos hacemos solidarios de la censura.

nastia, y aceptándolo el segundo para poder turnar en el Poder; y como si esto no fuese bastante, añade después (1) que el sufragio universal se debe, no al irresistible anhelo de la masa popular ni á la convicción profunda de las clases más ilustradas, sino á componendas de la ambición de partido.

Prescindiendo por mi parte de la gran inexactitud que esto entraña, copiaré á continuación la respuesta que dió *La Epoca*, en lo que toca á mi hermano, al pie mismo de la carta del Sr. Mañé y Flaquer, que, en otras ocasiones, fué más justo con él:

«Una observación debemos hacer, por nuestra parte, en lo relativo á la aceptación del sufragio universal por el señor Cánovas del Castillo. Bien notorio es que el ilustre estadista era doctrinalmente contrario á esa reforma, y que en uno de sus discursos, pronunciado en Barcelona, anunció la venalidad del voto que traería consigo el sufragio universal. Pero, como hombre de gobierno, el Sr. Cánovas tuvo que optar por el mal menor, y transigió con aquella innovación para no crear en España una situación de lucha y de inestabilidad legislativa en que á cada cambio de Gobierno siguiese otro en el sistema electoral. De ahí que no nos parezca justo lo que dice el Sr. Mañé acerca de este punto concreto.»

*
* *

Aquí terminaría la *Introducción*, si no obstante mi propósito de no dar á esta obra el menor carácter político, ni intervenir en discusión alguna relacionada con los actos y la política de mi her-

(1) Puede verse *La Epoca* del 6 de Mayo último, que publica la carta del Sr. Mañé y Flaquer.

mano, aunque sin renunciar por eso á su defensa, cuando fuere precisa, no creyera deber refutar, valiéndome de pluma ajena, algunos cargos que más ó menos embozadamente se le han dirigido, en libros y artículos que tratan de las responsabilidades de la guerra y consiguientemente de la pérdida de nuestras colonias, realizada ésta, conviene tenerlo presente, con no poca posterioridad á su fallecimiento.

Cuando por última vez se encargó mi hermano del Poder, según he indicado al principio, había estallado ya la poster insurrección de Cuba, en condiciones tales, añado ahora, que impresionaron vivamente á todo el mundo, no sólo en España, sino fuera de ella. Nada diré de los esfuerzos que para dominarla hizo el Gobierno que presidía. Tan sólo me permitiré recordar el encomio de que fué objeto de propios y extraños, y todavía más de los últimos, en las condiciones en que se hizo, el envío de 200.000 hombres á Cuba.

A pesar de esto, no han faltado censores de ese extraordinario esfuerzo nacional como de todo lo que allí se hizo, aunque la opinión, que tanto celebró semejante muestra de poder y de energía, no se haya preocupado mucho después de su inutilidad ó ineficacia, en presencia del llamado *Desastre nacional*, título este de una obra del Sr. D. Damián Isern, de que hablaré después, y asunto también de la publicada por el Sr. Morote, bajo el epigrafe *La moral de la derrota*, así como de un artículo del Sr. Sellés, *El miedo, primer Ministro*, escritos ambos de que asimismo me haré cargo.

Antes que los Sres. Isern, Morote y Sellés, habíanse ocupado de la guerra de Cuba otros escritores, y entre ellos el

Sr. D. Genaro Alas (1), encargado en *La Correspondencia de España* de la crónica de dicha guerra, y con motivo de un artículo de *El Nacional* relativo al asunto—que vió la luz en su número del 6 de Noviembre de 1897,—publicó el Sr. Alas otro al día siguiente, en que decía:

«Nosotros creemos que, sin llegar á solución tan radical, hemos de tener pronto espacio para atender á lo de aquí, que indudablemente necesita atención. Pero como tenemos pruebas, y muchas, de la buena fe y gran discreción de *El Nacional*, nos permitimos hacerle una pregunta, por supuesto sin pretensión de que la conteste.

Si al empezar la guerra, ó mejor dicho, la rebelión, no se la hubiera considerado como una cuestión de prestigio militar; si se la hubiera conllevado con el auxilio de hábiles tratos diplomáticos, de sinceras reformas políticas, y con un Ejército moderado de 50 ó 60.000 soldados *efectivos*; en una palabra, si se hubiera imitado la conducta del General Prim cuando estalló la insurrección de Yara, ¿no cree *El Nacional* que la rebelión cubana jamás hubiera adquirido las proporciones de problema nacional, de cuestión vital que ahora reviste?»

A lo que antecede contestó *El Nacional* en su número del día 8, lo que también se transcribe á continuación:

«Pues sí, señor don Genaro Alas, contestaremos cumplidamente su pregunta. Antes, cuando compromisos políticos voluntariamente adquiridos nos ataban á un partido, nos hubiera sido difícil la respuesta. Hoy, sin más compromiso que el del culto voluntario y entusiasta á un muerto, podemos responder, y acaso por la gloria misma de aquel grande hombre estamos obligados á contestar.

(1) Deploro su muerte, ocurrida estando en prensa ya esta *Introducción*.

Lo dijimos anteayer, y debemos repetirlo. Cuando se conoció en Madrid el hecho de Baire y sus consecuencias, ofreciéronse á España dos caminos: el que se ha seguido hasta el mes pasado, ó el que indica el Sr. Alas, convenientemente reformado en lo que se refiere al Ejército, pues para ese procedimiento de los « hábiles tratos diplomáticos y de las sinceras reformas políticas » no eran menester 50 ó 60.000 hombres efectivos (es decir, 80 ó 100.000 enviados), ni era lícito siquiera arrebatárseles á la Patria.

Eran dos caminos: el de la guerra, simplemente con todas sus consecuencias en el sacrificio, ó el de las negociaciones dentro y fuera de la isla, sin más Ejército que 15 ó 20.000 hombres (además del que allí hubiera) para contener el levantamiento durante los días necesarios para pactar.

Mas díganos ahora con igual franqueza el Sr. Alas: ¿por cuál de los dos procedimientos se pronunció aquí lo que por opinión hay que tomar, es decir, los periódicos y los partidos? Cuando los periódicos reclamaban todo esfuerzo para la guerra, de tal suerte que el mismo *Liberal*, de abolengo radical en la política ultramarina, también lo decía, ó, por lo menos, se callaba; cuando todos los hombres políticos—léase la sesión memorable del Congreso—pedían asimismo la guerra, dándose el caso de que liberales como Gamazo y Maura escondían bajo siete estados sus opiniones políticas; cuando no se levantó más voz que la de Pi y Margall—injurado á causa de ello por todos—en contra de la guerra, ¿qué había de hacer el Sr. Cánovas? Viendo en aquel movimiento un estado de opinión muy verosímil en el temperamento y en la historia de nuestra raza, ¿iba á ponerse en contra de él arrostrando el peligro interior gravísimo que hay en el fondo de la cuestión de Cuba y que nunca se ocultó á aquel cerebro excepcional?

Ya hizo bastante el Sr. Cánovas lanzándose al procedimiento de la guerra, pero poniéndolo en manos del general Martínez Campos. Si el Sr. Martínez Campos no tuvo la fortuna de acertar en los comienzos; si la muerte de Martí—de la que ciertamente no es culpable aquel caudillo—fué golpe terrible para todo intento de negociación; si el general Martínez Campos, desconcertado y contrariado, vió subir hasta Pinar del Río la ola invasora de la devastación; si cometió la candidez de entre-

garse al juicio de sus enemigos, sin que los autonomistas, tan bravucones ahora, dieran entonces señales de fuerza, ¿qué iba á hacer el Sr. Cánovas del Castillo, sobre todo cuando aquí, en vez de modificarse, se acentuaba aquel estado de opinión, más ó menos real, pero de formidables apariencias?

Pues perseverar en la corriente de la guerra, sustituir al caudillo pacífico por el caudillo enérgico, y entrar de lleno en la guerra colonial tal como era forzoso entender que la quería el pueblo español. Hablando con toda lealtad, ¿puede el Sr. Alas desconocer las grandes ventajas obtenidas sobre la insurrección mediante ese procedimiento de la guerra? ¿No cree el Sr. Alas que una temporada de acción resuelta en Oriente, como la que se ha llevado adelante en las provincias occidentales, habría reducido la rebelión á términos de que ella hubiese pedido cuartel, en vez de adelantarse España á ofrecerlo, cuando se ha sacrificado tanto dinero que no ha de recobrase, cuando se ha derramado tanta sangre, para la cual ya no puede prometerse el Ejército la sombra del laurel de la victoria?

No recomiende el distinguido escritor aquellos ejemplos de Prim, que tuvieron la virtud de acabar la guerra... ¡en diez años! Entonces, con tantos sucesos en la política peninsular, preocupada la prensa en cosas más próximas, cuando la noción de la guerra y sus penalidades estaba tan fresca aquí y tan viva que hacía imposible ciertos lirismos que ahora se imponen, la guerra pudo durar diez años. Ahora, con la tranquilidad de que aquí disfrutábamos, con esta prensa que pretende un colchón de plumas y una chuleta para cada soldado, una enfermería higiénica para cada batallón en campaña, un sanatorio para cada regimiento, una temporada de aclimatación para cada cuerpo expedicionario, una docena de ángeles para la administración y una gruesa de Rubios y de Cortezos para asistir á los soldados, ¿cree el Sr. Alas que la guerra se podría prolongar tanto tiempo, ni siquiera la mitad? ¿Y de qué suerte evitarlo, sino aglomerando los esfuerzos del país?

Lo que hay es que cuando se llevaba recorrido más de la mitad de ese camino, el revólver de Angiolillo ha dado el triunfo á los impacientes y á los líricos, y se nos ha metido de golpe y porrazo en el camino opuesto, en el que no debimos seguir y no seguimos, cuando

era tiempo de acometerlo, si lo hubiese querido la Nación.»

Las importantes consideraciones que anteceden son muy anteriores, como comprenderá el lector, á la pérdida de las colonias (1), y por mi parte nada arriesgo en decir, sin entrar en el fondo de la cuestión, ni hacerme cargo de las censuras que se han dirigido á mi hermano, que éste, que tanto empeño puso en sofocar la insurrección, no hubiera ido ó hubiera hecho cuanto le fuera posible, dentro del decoro nacional, para evitar la guerra con los Estados Unidos. Así hubo de reconocerlo el Sr. Isern, como igualmente lo reconocieron otros, en la página 336 de su mencionada obra, después de elogiar—y en ella se elogian pocas cosas—las adquisiciones navales dispuestas por el Sr. Cánovas en previsión de la guerra internacional.

«En efecto—decía;—á pesar de que consideraba dicho señor (Cánovas) la guerra con los Estados Unidos como *mal gravísimo que á toda costa debía evitarse*, y así lo declaró multitud de veces, es lo cierto, según resulta de documentos que conocen cuantos fueron Ministros en la última situación conservadora, que se preocupó seriamente en reunir los elementos de marina necesarios para el caso de que la guerra resultara de todo punto inevitable.»

Esto viene á echar por tierra lo que manifiesta el Sr. Sellés en su artículo «El miedo, primer Ministro», pues con miedo y sin él—¡ojalá se hubiera tenido!—importaba mucho rehuir la guerra, hasta donde la dignidad lo permitiese, con los Estados Unidos, y proveerse de

medios, en todo caso, para sostenerla.

De cualquier modo, si viviendo mi hermano, y continuando de Presidente del Consejo de Ministros, hubiera ocurrido la pérdida de Cuba—no hablemos de la de Puerto Rico y Filipinas, que nadie temía entonces—como recordaba *La Correspondencia Militar* en lo que transcribo á continuación de su número correspondiente al 27 de Agosto de 1898, se hubiera retirado, de seguro, de la vida pública, como con palabras suyas se verá confirmado más adelante:

RECUERDO DE UN MUERTO

ABSURDO DE UN VIVO

«No espero que España renuncie jamás á la posesión del suelo y del alma de Cuba. Pero si esto ocurriera alguna vez, consideraría yo llegada la hora de retirarme para siempre de la vida pública, y hasta de despedirme de una existencia que el inmenso dolor moral haría odiosa.»

(De un discurso pronunciado por el eminente estadista D. Antonio Cánovas del Castillo en Agosto del 96.)

«Con esa elevación de pensamiento, con ese acendrado patriotismo que indica un admirable temple de alma que jamás disminuyó la contrariedad prevista ni la imprevista, de ese modo se expresaba D. Antonio Cánovas del Castillo ante las Cortes, que le escuchaban con el respeto de siempre, y ante el pueblo que le oía desde la tribuna pública con la admiración habitual que produce en grandes y chicos la superioridad de una inteligencia privilegiada.

Y es indudable que D. Antonio Cánovas hubiera cumplido su promesa, y al perderse Cuba para España, aun en términos mucho más honrosos que se ha perdido en la actualidad, hubiera cumplido su promesa retirándose á la vida privada con el alma dolorida y la imaginación torturada por la derrota de uno de los más grandes ideales que ha tenido la Patria de ochenta y cinco años á la fecha: la conservación de nuestras colonias. No dudarán de esta afirmación nuestra cuantas personas hayan conocido al Sr. Cánovas. Hoy.

(1) Debe consultarse también sobre el asunto otro notabilísimo artículo del propio periódico, *El Nacional*, publicado en su número del 8 de Diciembre de 1898 (véase la página 65).

hoy, desgraciadamente, han cambiado los tiempos.»

Aparte esto, confirma lo dicho por el Sr. Isern, y manifiesto yo, el artículo que transcribo á continuación de *La Epoca* correspondiente al 9 de Marzo del citado año de 1898, anterior al que se acaba de reproducir de *La Correspondencia Militar*:

LA OPINIÓN DE CÁNOVAS

SOBRE LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

«Desde los comienzos de la guerra de Cuba, y principalmente por los años de 96 y 97, época en que Cánovas del Castillo estaba al frente del Gobierno, el autor de estos renglones veía diariamente al ilustre estadista, cuya muerte lloran ahora todos los buenos españoles. Permitíanle tales entrevistas conocer las impresiones del jefe del Gobierno, aquellas más íntimas y personales que los hombres públicos no pueden exponer, por razones de prudencia, en los Parlamentos ni en ninguno de sus actos oficiales.

Inútil es decir que la gran preocupación de Cánovas entonces era la cuestión de Cuba y el estudio de todos los asuntos que con aquel capitalísimo se relacionaban.

La poderosa inteligencia del hombre ilustre acudía á todo, y sobre todo tenía opiniones concretas, basadas en largos y concienzudos estudios.

Muchas veces el que esto escribe recogía cuidadosamente en su memoria los juicios seguros de aquel entendimiento soberano, las frases con que de un solo rasgo, por decirlo así, formulaba una teoría, y los cálculos que hacía acerca de las consecuencias de los sucesos que, al mismo tiempo que su atención, solicitaban la de España entera.

Gracias á estos recuerdos nuestros, podemos hoy consignar aquí la que acaso habría sido la opinión de Cánovas acerca del conflicto con los Estados Unidos, probable entonces, y planteado hoy con la brutalidad de las armas. Es claro que cabe en lo posible que los hechos hubieran hecho cambiar de opinión al ilustre hombre de Estado. De todos

modos, si parece atrevido nuestro intento de publicar esa opinión, discúlpennos la oportunidad que le dan los acontecimientos actuales.

Cierto día, como de costumbre, entramos en el despacho del Sr. Cánovas.

—¿Qué se dice por ahí?—nos preguntó.

Empezaban á hablar los periódicos de la debilidad del Gobierno ante las pretensiones de los Estados Unidos.

—Dicen—contestamos—que el Gobierno se muestra débil, que no debe transigirse con los yankees, y que en todo caso es preferible la guerra á sufrir lo que la gente tiene por humillación.

Cánovas hizo uno de aquellos movimientos nerviosos que parecían revelar los súbitos arranques de su espíritu siempre joven, afianzóse los lentes, y dijo, con la energía con que acostumbraba á expresar sus convicciones:

—¡La guerra con los Estados Unidos!... ¿Ve usted esos libros? He dedicado largas horas á leerlos y releerlos; he comparado cifras con cifras, datos con datos, y creo que he llegado á conocer, aproximadamente, las fuerzas, el poderío y los recursos de todo género con que cuenta el pueblo á quien la opinión señala como nuestro probable enemigo.

Los libros á que Cánovas aludía eran, entre otros muchos, la *Historia de la guerra de secesión*, por el Conde de París; otra historia de la misma guerra por autor inglés, el *State-man year book*, en el que estaban anotados cuidadosamente todos los datos estadísticos de los Estados Unidos; extractos de despachos enviados por nuestros representantes en Washington, y multitud de carpetas, folletos y mapas, todo referente al pueblo norteamericano.

Cánovas aprovechaba todos los momentos, y en el coche y en el paseo matinal, siempre que podía disponer de unos cuantos minutos, consagrábalos al estudio de aquella cuestión, que preocupaba su inteligencia.

—Pues bien—siguió diciendo el ilustre estadista;—mi convencimiento me lleva á considerar como un deber el procurar la paz en Cuba, evitando á todo trance la guerra con los Estados Unidos. Usted sabe, y lo saben también los que han leído mis discursos, cuánto me preocupa la cuestión de Cuba y cuán fuerte es mi propósito de conservar la sobe-

raña de España en nuestras dos Antillas. A la ruptura con los Estados Unidos le doy mucha mayor importancia.

Creo que la opinión está allí dividida, que una gran parte de ella no es partidaria de la guerra (téngase en cuenta la época en que se pronunciaban estas palabras); pero he de decirle á usted que si mi país, mal aconsejado por el recuerdo de sus tradiciones ó por los estímulos de la prensa, ó por la ceguedad de las muchedumbres, hiciese estallar un conflicto entre las dos naciones, yo no permanecería en este sitio, no permanecería tampoco en España, no querría tomar la más leve parte en lo que considero la perdición y la ruina de mi país.

—¿Y si la nación americana—le preguntamos—nos agrediese brutalmente?

—En el caso de una agresión brutal, yo cumpliría con el deber de español. Aceptar el sacrificio no es buscarlo.

De frases sueltas, oídas de labios del señor Cánovas; de párrafos de sus discursos; de expansiones íntimas, podemos deducir, sin temor á equivocarnos, que el jefe del partido conservador, antes de la ruptura con los Estados Unidos, hubiera llegado hasta aceptar la dictadura, hasta la creación de un Gobierno de fuerza que, con la mediación de las potencias, hubiera conseguido un arreglo honroso, aunque para ello hubiese sido menester hacer concesiones, impuestas, á veces, por la necesidad de elegir entre dos males el menor.

En suma, Cánovas consideraba el primero de los deberes del Gobierno emplear todo género de procedimientos y medios antes de que se disparase el primer cañonazo, y si, á pesar de todo, la nación hubiera considerado poco gallarda esa conducta, si el motín en las calles hubiera pedido la guerra, y la opinión, por medio de sus órganos, le hubiera acusado de mal patriota—á él, que había consagrado toda su existencia á la Patria y que acabó dando por ella su vida,—se hubiera retirado, como ya queda dicho, del Gobierno y de España, no queriendo ser responsable de los desastres fatales que amenazaban á la nación.

—Yo bien sé—le oímos decir—que esta conducta me acarrearé en los primeros momentos odios é insultos; pero tengo la seguridad de que los ataques y los dictérios se habrán de trocar en alabanzas... En todo caso, me hará justicia la Historia.

Si estos juicios eran equivocados, lo dirá el tiempo.

Todavía habrá quien acuse de pesimista al Sr. Cánovas. Los hechos darán razón á quien la tenga. Por nuestra parte, creemos que las opiniones del jefe del partido conservador acerca del grave conflicto en que nos hallamos enredados, podían concretarse en estos tres puntos:

1.º Haber acumulado cuantos esfuerzos hubiese podido hacer la nación para conseguir la pacificación de sus colonias, evitando todo rompimiento exterior.

2.º Si este último resultado no se conseguía, haber acudido, sin vacilaciones ni debilidades, á las potencias, á fin de obtener, con la mediación de ellas, que no se disparase el primer cañonazo.

3.º Si la opinión pública hubiera rechazado obstinada y ciegamente este procedimiento, el Sr. Cánovas se habría retirado del Gobierno, declinando toda responsabilidad ante las contingencias de una lucha, aunque heroica, desproporcionada. » (1)

Abrigo iguales convicciones que el autor del artículo que antecede, que lo fué el señor Marqués de Valdeciglesias, director de *La Época*, cuyos juicios confirmó también *El Nacional*, en el siguiente párrafo de otro artículo suyo:

« Para verdades y justicias, el tiempo, maestro y juez.

Viva entre nosotros, en el culto de nuestros afectos perdurables, la memoria de Cánovas; vemos con gozo cómo la figura de aquel hombre, acatado de propios y extraños por su grandeza mientras existió, se agiganta en el recuerdo de los españoles á medida que los años transcurren. Tan legítimas eran su autoridad y su fama, que, lejos de padecer el olvido á que están condenadas por la muerte las glorias de los poderosos, la suya recibe una consagración extraordinaria más pura cuando

(1) Véanse además el artículo publicado por *La Época* en el primer aniversario de la muerte de Cánovas con el título *Veinte años de paz*, página 108; el que asimismo dió á luz en el segundo aniversario, página 119; el del Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo, página 470; el de M. Benoist, publicado en la *Revue de Deux Mondes* del 15 de Agosto de 1897, página 349, y por fin, el del señor Canals, que se inserta en la *Quinta parte*, comentario al debate sobre la inscripción del nombre de Cánovas en el Congreso.

no son las mercedes ni las codicias las que pueden influir este sufragio póstumo.

Los desastres de la Nación hicieron invocar su nombre á cada momento. Contra los que han pretendido descargar en el pobre *Meco* todas las culpas, y contra los que, menos piadosos aún, buscaron cobardemente la impunidad acusando á los muertos, el país ha sentenciado en esta frase repetida continuamente: «¡Si Cánovas hubiese vivido!...» Si hubiese vivido, es verdad, no habríamos llegado á la guerra, ó no habríamos encontrado en ella las vergüenzas y las adversidades padecidas.» (1)

A lo que acabo de exponer, hay que añadir las autorizadísimas manifestaciones del señor Duque de Tetuán en la información hecha por *El Liberal* sobre la desastrosa guerra con los Estados Unidos, y que publicó dicho periódico en su número del 20 de Septiembre de 1898:

OPINIONES DEL SR. DUQUE DE TETUÁN

«Rechazo yo, por carácter y por sistema que me he impuesto de negarme á toda exhibición

(1) *El Nacional*, leal y constante defensor siempre del Sr. Cánovas, en su número del 16 de Mayo de 1900, escribía sobre esto y otras cosas, bajo el epígrafe *Jaula de toros*, lo que se copia á renglón seguido:

«Piden algunos que el Estado se fortifique apretando los resortes de la autoridad frente al desorden manso que lo destruye. Desde hace mucho—dicen—la amenaza y la rebeldía triunfan siempre de la inercia ó de la flojedad de los Gobiernos; é incluyen á Cánovas entre los responsables de esta relajación del poder. Hay que recordar á los que así hablan ahora, cómo afirmaban lo contrario en otros tiempos. Presentaban al ilustre estadista como un tirano soberbio que postergaba todas las opiniones y todas las demandas á su criterio, y que á toda costa mantenía sus empeños sin asustarse de campañas de prensa, de manifestaciones ni de motines. Con la misma inconsecuencia se le ha tratado en la gran cuestión de la guerra con los Estados Unidos: los que antes le acusaban de tolerar vejámenes y humillaciones para el honor y el derecho de España, atribuyeron después la ruptura á la altivez con que el insigne gobernante condujo nuestras relaciones con la República. Y todas estas contradicciones prueban que nunca pecó por exceso ni por defecto. Hubieran aprendido de él cuantos han gobernado y gobiernan, y no estaría tan flojo y tan desacreditado el poder, ni se asustarían del desorden los que han contribuido á fomentarlo enloqueciendo á la opinión con las campañas más desatinadas y contradictorias.»

en la prensa, la idea de una *interview* en que tenga que hacer declaraciones políticas.

Creo que el país está cansado de tantas palabras y necesita quien le gobierne y le dirija.

Pero no puedo negarme á esa, para mí honrosa, invitación de *El Liberal*, sobre todo para aclarar y rectificar puntos de historia, para señalar la conducta del partido conservador, y singularmente del Sr. Cánovas, que encarnaba todo el partido, que puso al servicio de una gran causa, la de evitar la desastrosa guerra con los Estados Unidos, toda su habilidad, todo su celo, todo su patriotismo.

Se acusaba antes de la guerra al partido conservador de debilidad ante las exigencias de la República norteamericana, y ahora, después de la derrota, se le acusa de no haber cedido á tiempo. No intentaré siquiera entrar en discusiones y en polémicas que, sobre no tener más eficacia que la puramente de enseñanza histórica, pudiera acarrear el mal de dar argumentos al enemigo, cuando aún no está ultimada la paz.

Pero en fin, los hechos son los hechos. El partido conservador declinó los *buenos oficios* de los Estados Unidos en 4 de Abril de 1896, porque no era ocasión entonces de aceptarlos ni la Nación quería que se aceptasen. Lo cual no fué obstáculo para que diez y ocho meses después, en 23 de Septiembre de 1897, volvieran á reproducir la misma proposición de mediación en términos un poco más apremiantes, pero no menos considerados y amistosos. ¿Por qué no los aceptó el partido liberal, á quien se dejó íntegra la cuestión para resolver y contestar como tuviera por conveniente, como le aconsejaran los intereses de la Patria, á la nota de Woodford?

Yo no sé lo que hubiera hecho Cánovas, de haber vivido. No me lo dijo; no era hombre que tuviera la costumbre de consultar sus resoluciones. Pero por una infinidad de hechos, por la observación constante de su actitud desde que comenzó la insurrección y con ella el conflicto de los Estados Unidos, yo me permito hacer estas dos afirmaciones, que no creo serán controvertidas ni negadas por nadie:

1.ª Jamás hubiera ido á la guerra con los Estados Unidos el Sr. Cánovas, mientras conservara el Gobierno y mientras le durara la vida.

2.ª Para lograr ese fin, que era el mayor servicio que pudiera prestar á su Patria, el

Sr. Cánovas hubiera continuado su política, consistente en evitar la lucha armada con tan poderoso, colosal, formidable pueblo, llevando las negociaciones de modo que impidieran la afrenta del *ultimatum*.

De haber vivido el Sr. Cánovas, hubiera convocado las Cortes en Octubre y hubiera expuesto ante el país toda la cuestión, la cuestión entera como era en sí, como la planteaban los hechos, para que España resolviera, adoptando las resoluciones más extremas para salvar su vida, para huir de la gran calamidad nacional, de una contienda con los Estados Unidos.

Así lo habíamos hecho durante dos años y medio, en el incidente peligrosísimo del *Alliance*, en las graves y terribles complicaciones de las expediciones filibusteras, en lo que pudo ser la declaración inmediata de guerra, cuando el *Laurada* se proponía ir á Valencia para provocar manifestaciones patrióticas al tiempo mismo que se abría el Congreso federal y se daba con ello pretexto á los *jingos* para el reconocimiento de la beligerancia, y tal vez de la independencia de Cuba; en mil y mil cuestiones que en tan largo período salvamos en paz y sin quebranto de nuestro honor.

El partido conservador, el Sr. Cánovas como jefe del Gobierno, yo como ministro de Estado, teníamos la profunda convicción de que una lucha con la República del Norte de América era nuestra ruina cierta, y en nuestra alma y conciencia no podíamos llevar al país á tan gran desastre.

Era nuestra inevitable ruina, porque los Estados Unidos son en extensión superficial casi tanto como es Europa; porque allí se producen todas las primeras materias para la guerra, tales como el carbón, el hierro, el cobre; porque allí poseen 500.000 kilómetros cuadrados, los que tiene Francia de superficie, en que puedan hallar carbón abundantísimo; porque las industrias necesarias á una lucha armada son en aquel país de una importancia tan extraordinaria como puedan ser en Inglaterra, poderosa y activísima; porque su poder naval era evidentemente superior al nuestro; porque su población es *cuatro veces* mayor que la de España, y, en fin, porque su riqueza es, con relación á la de nuestra Península, *seis veces* más grande...

Esto podía ignorarlo el vulgo; era lícito ignorarlo á las gentes que no habían hecho el

estudio de nuestras fuerzas y su comparación con las fuerzas del enemigo; podía hasta ser excusable, nunca justificarse, en los que se dejaban guiar de un patriotismo tan exaltado como irreflexivo; pero era totalmente imperdonable el desconocerlo en los gobernantes, en los que habían de responder ante su país y ante la Historia del desastre de la guerra. ¿Qué, el partido liberal, el Gobierno del señor Sagasta, no sabía lo que no ignoraba nadie en Europa que se dedicara, aunque sólo fuera de afición, á la política? ¿De qué otra manera se explica que nada menos que Inglaterra admitiese, á pesar de su fuerza y de su orgullo, la *intervención* de los Estados Unidos en la cuestión con Venezuela?

Para el partido liberal, había al subir al poder tres caminos que tomar para la solución de la cuestión de Cuba y sus inevitables complicaciones internacionales. O aceptar los *buenos oficios* contenidos en la proposición de Woodford, yendo derechamente á un pacto con los Estados Unidos; ó tratar con los insurrectos cual se trató en el Zanjón, dándoles la autonomía y logrando las mayores ventajas posibles; ó reconocer la independencia de Cuba, venderla, ir resueltamente á su abandono, ante la imposibilidad de seguir los sacrificios del país.

Nada de eso se hizo, y el partido liberal, el Gobierno del Sr. Sagasta, tomó el único camino que no tenía salida posible; otorgó la autonomía en pura pérdida, sin entenderse con los insurrectos ni con los Estados Unidos, cual si se arrojaran billetes de Banco por la ventana sin saber siquiera quién los iba á recoger ni á quién aprovechaban. Por eso los Estados Unidos, al ver que concedíamos la autonomía sin tratar con ellos y sin pactar con los insurrectos, adoptaban la actitud que es fama adoptó aquel á quien, sin ser su dueño, le consultaban si esquilaba el perro...

Y luego que los liberales con sus torpezas hicieron inevitable la guerra llevándonos hasta el *ultimatum*, condición irreductible de lucha, porque la afrenta no la tolera nunca una nación honrada, ¿se prepararon acaso para la contienda? ¿No nos han puesto ante Europa, ante el mundo, en una situación de debilidad y de indefensión, que es hasta superior á la realidad misma de nuestras escasas fuerzas?

El hecho innegable es la pérdida de nuestro imperio colonial; el hecho indiscutible es la

destrucción de nuestras estuadras; el hecho que no necesita de confirmaciones oficiales es que tenemos que evacuar nuestros territorios y repatriar nuestros soldados. Y ante tanto mal é infortunio tanto, ¿qué sucede? Sucede, que no ha sucedido nada; que al abrirse las Cortes aparece en el banco azul el Gobierno causante de esas desdichas, y á su cabeza el Sr. Sagasta, en quien se sintetizan todas las responsabilidades, que es expresión de tan enorme calamidad del desastre.

Ese Gobierno del Sr. Sagasta debe desaparecer, no porque se llame liberal ó porque lo presida el Sr. Sagasta; debe desaparecer porque en su tiempo, bajo su mando, con su política de acción y hasta de omisión hemos perdido lo que hemos perdido, tanto, tanto, que no cabe siquiera abarcar la inmensidad del mal.

Lo menos que puede hacer el Gobierno es lo que hizo Blanco al firmarse el Protocolo: *dimittir*. ¿Pues qué, cuando un general pierde una batalla, y más si pierde una campaña, hay fuerzas humanas que le sostengan en su puesto?

El Gobierno del Sr. Sagasta no podía ignorar, no debía ignorar la máxima del gran Federico, quien dijera que para la guerra se necesita «dinero, dinero, dinero», y también «hombres, hombres y hombres».

Eso ignoró, y por ignorarlo culpable es de cuanto ha sucedido, culpable también de faltar á su función, *gobernar y dirigir*. Y por eso la opinión, que ve que no se hacen efectivas tamañas responsabilidades, se irrita contra todos y contra todo, clama contra sus infortunados defensores y se revuelve airada, no comprendiendo, no pudiendo comprender que «aquí no ha pasado nada», como afecta creer en su inconsciencia el Gobierno del Sr. Sagasta.»

El Sr. Morote (1), no obstante lo expuesto, y que en parte le era ó debía ser conocido, en su obra ya citada, *La moral de la derrota*, cap. II, pág. 27, después de recordar el discurso de Castelar de 1888 y el de Cánovas de la guerra con la guerra, hace algunas apreciaciones

contra el último que, por mi parte, no recojo y contesto fiel al propósito de no terciar en debate alguno relacionado con la política de mi hermano; y como si esto fuera poco, más adelante, en el cap. IV, pág. 63, se ocupa del *conflicto internacional* y de la Nota de Mr. Ricardo Olney en sentido contrario á los actos del Gobierno que aquel presidía. En este caso tengo la fortuna de que unos antes y otros después, hayan refutado los juicios del Sr. Morote, pues aparte de lo que acabo de transcribir del señor Duque de Tetuán, autoridad de tanto peso en la materia, reproduzco á continuación lo que, bajo el epígrafe *Triste aniversario*, escribía el exministro D. Tomás Castellano en el número de *El Diario de Zaragoza* correspondiente al 8 de Agosto de 1898: (1)

«Un año no más ha transcurrido desde que el crimen horrendo se consumó en Santa Ague-

(1) Mucho esclarecen también la cuestión las dos obras que recientemente ha publicado el Sr. D. Rafael María de Labra, autoridad competentísima en la materia, con el título la una (publicada á fines de 1900), *Aspecto internacional de la cuestión de Cuba*, y la otra (impresa en el año actual) *Estudios de política palpitante*, de que tuve noticia ya terminada, y en prensa, esta *Introducción*. Naturalmente me procuré ejemplares de ellas, y como era de presumir, encontré citado diferentes veces el nombre de mi hermano, y aludidos sus actos de gobierno en relación con la política colonial.

A nadie sorprenderá de seguro, dadas las opiniones, de todos conocidas del Sr. Labra, autonomista de siempre, que se manifieste en desacuerdo, no sólo con los Gobiernos que presidió mi referido hermano, sino con los del Sr. Sagasta y demás que rigieron los destinos del país desde 1868 hasta la pérdida de las Antillas. Eso era de esperar, no diré que de temer, tratándose de un hombre de las ideas que profesa el Sr. Labra y que tan elocuentemente ha sustentado en la tribuna parlamentaria; como era de presumir también, dada la cortesía y corrección con que razona y discute siempre, el respeto y consideración con que habla de sus adversarios.

Por eso, y aunque por mi parte no esté conforme con las opiniones y juicios que emite en muchos casos, voy á recoger algunas de sus apreciaciones sin discutir las, fiel al plan que me tracé desde un principio, y á exponer después los hechos que tan exactamente relata y hubieron de determinar el rompimiento con los Estados Unidos.

En la primera de las obras citadas aplaude el Sr. La-

(1) De quien publicamos un precioso artículo, página 482.

da, y tales y tantas desdichas se han amontonado desde entonces sobre la Nación española, que parece que contemplamos aquel nefasto día á través de un siglo.

El grande hombre, que no tuvo igual en la edad contemporánea de este país, al sucumbir, se llevó á la tumba el acierto y la previsión. Diríase que sólo nos dejó la confusión y las tinieblas.

bra, como era de suponer, el Real decreto-reforma de 24 de Abril de 1897 refrendado por mi hermano, y sobre todo su preámbulo, como fundamentado en consideraciones de carácter internacional bastante próximas á las que él expuso, dice, en el Senado en Junio de 1890, lamentando tan sólo que el jefe del partido conservador no hubiese llevado más allá su acción y que no se hubiera determinado á evitar el conflicto posterior (que ocurrió después de su muerte) con los Estados Unidos, provocando en términos decorosos y de positiva eficacia la acción internacional con motivo ó á pretexto de las reclamaciones pecuniarias que pesaban, por causa de Cuba, sobre el Gobierno español. «De todos modos—añade,—es imposible negar hoy que el decreto de Abril de 1897 produjo un buen efecto fuera de España.»

«Bastarían para demostrarlo—continúa—algunos de los documentos recientemente publicados por el Gobierno español en su *Libro Rojo*. Por ejemplo, la extensa Nota que Mr. Olney (Ministro de Negocios extranjeros de los Estados Unidos de América) pasó en 10 de Abril de 1896 á nuestro Gobierno, y que el señor Duque de Tetuán, Ministro de Estado en España, contestó en 22 del mismo mes y año; el Mensaje del Presidente Cleveland al Congreso Americano en 8 de Diciembre de 1896, y las comunicaciones hechas por el mencionado Mr. Olney al Ministro de España en Washington, Sr. Dupuy de Lome, y de que éste da cuenta en su despacho de 13 de Febrero de 1897.»

Todo esto, según el Sr. Labra, dice bien claro que era urgente continuar, con más energía y con propósito de mayor alcance, por el camino emprendido en Abril del 97.

Habla después,—porque ya conviene exponer los antecedentes del rompimiento con los Estados Unidos,—de los decretos, sinceramente autonomistas, del Gobierno liberal de 25 de Noviembre de 1897, de que hubo de protestar—dice—el Presidente de la Junta de Nueva York, Sr. Palma Estrada, afirmando que la autonomía proclamada por el Gobierno, ni era tal cosa, ni sería establecida y desarrollada en las Antillas con sinceridad; y refiere los tres rozamientos de verdadera importancia entre los Gobiernos de Washington y de Madrid que precedieron á la guerra: 1.º El producido por el motín de la Habana de 5 de Enero de 1898. 2.º La voladura del *Maine*. Y 3.º La extraviada carta del Ministro español Sr. Dupuy de Lome, en la cual dicho diplomático censuraba duramente al Presidente Mackinley.

Por bajo de estas tres cuestiones, que se resolvieron amistosamente (la segunda renació después), aparecieron otras dos—dice el Sr. Labra,—de mucha menor importancia en la apariencia, motivada la una por el deseo del Gobierno norteamericano de socorrer con dinero, y aun con víveres, á las víctimas de la guerra de Cuba; y la otra por los aprestos militares, así de España como

Su esclarecida inteligencia iluminaba con refulgentes resplandores los arduos problemas que afectaban á la Patria; su férrea voluntad imprimía entusiasmos, infundía esperanzas y avivaba la fe de la Nación; su mano poderosa contenía la decadencia del país. Faltó su apoyo, y hemos rodado al abismo.

Su muerte bastó para que se alterase el

de los Estados Unidos, motivo éste de preocupación para ambas naciones, y á que siguió pronto, en medio de la aparente cortesía en las relaciones de ellas, la conferencia urgente que provocó con nuestro Ministro de Estado Mr. Woodford, á que asistió, por indicación del mismo, el Ministro, entonces de Ultramar, Sr. Moret, y por término de la cual dejó el Ministro norteamericano en poder de los españoles la *Manifestación, ó conminación*, como la llama el Sr. Labra, *de que si dentro de muy pocos días no se llegaba á un acuerdo satisfactorio que asegurase una paz inmediata y honrosa en Cuba*, el Presidente no podría por menos de someter en su totalidad al Congreso, para su decisión, la cuestión de las relaciones entre España y los Estados Unidos, comprendiendo en ella el asunto del *Maine*.

Desde este momento podía tenerse, como quien dice, casi por declarada la guerra, pues tras de otros pasos y negociaciones, llevadas con suma rapidez, que están en la memoria de todos, se sancionó por el Presidente de los Estados Unidos el *bill* votado por las Cámaras, que obligó á nuestro Ministro representante á salir de allí el 20 de Abril de 1898, y á nuestro Gobierno á comunicar á Mr. Woodford el 21 que quedaban interrumpidas las relaciones diplomáticas entre España y la República americana.

En su segunda ó más reciente y extensa obra, que titula *La crisis colonial de España*, tan bien escrita y llena de datos como la anterior, trata el Sr. Labra del último período de la dominación española en América y Asia, aunque más especialmente de las dos insurrecciones separatistas de Cuba de 1868 y 1895.

Después de hablar del Pacto del Zanjón, aceptado y proclamado primero por el General D. Arsenio Martínez Campos, y luego por el Gobierno de Madrid, presidido por el Sr. Cánovas del Castillo, que produjo la paz, demostrándose prácticamente—dice—la razón con que siete años antes en pleno Parlamento y sólo sostuvo él que la cuestión de Cuba no era una mera cuestión de fuerza, y que no se concluiría por ese solo medio; oéase de la segunda insurrección de dicha isla y, naturalmente, de sus causas; del propósito que tuvo de obligar á los partidos gobernantes á concretar su solución colonial; de las frases que aparecieron en el Mensaje de la Corona á las Cortes, cuyas sesiones se inauguraron en 11 de Mayo de 1896 y en que aparecía la indicación del *self government* colonial, indicación no extraña presidiendo el Gobierno el Sr. Cánovas del Castillo, que ya en la sesión del Congreso de 24 de Junio de 1884, discutiendo con el autor del libro, había reconocido la bondad teórica de la doctrina autonomista, y á quien atribuye más adelante, por un lado, el deseo de atender la recomendación de los Gobiernos extranjeros y de toda la prensa del mundo culto en favor de un nuevo régimen para las Antillas españolas; y de otro, preparar al partido conservador y

mapa del mundo y cambiaran radicalmente los derroteros de la Historia de España.

Elevemos en este triste día una plegaria al cielo por aquella alma templada para la abnegación, para el patriotismo y hasta para el martirio.

Dediquemos hoy, entre las ruínas de la Pa-

á la excitada opinión pública de la Península para un cambio profundo en el sistema colonial, como al fin vino á realizarse por el Real decreto de 29 de Abril de 1897. Manifiesta el Sr. Labra el interés que tuvo en estrechar al partido liberal para que formulase claramente sus soluciones poniendo término al silencio que guardaba, y á su conducta limitada á pedir con reservas la aplicación de la ley de reforma votada en 1895 para Cuba y Puerto Rico y á proclamar la necesidad de unir á la acción de las armas la acción política, sin haber medio de que precisara en qué había de consistir esa acción política, siendo incontestable (como pensaba y había dicho el señor Cánovas) que la reforma de 1895 ya pecaba de insuficiente, añadiendo que desde el punto y hora en que el partido conservador tomaba la orientación autonomista, la lógica de la política llevaba al partido liberal á afirmaciones resueltas, pareciendo imposible que obligado á contestar quedase dicho partido detrás del conservador. Pasaron las cosas de tal suerte—añade el señor Labra,—que el Sr. Cánovas resultó en los debates sobre ese punto á que dió lugar el Mensaje en el Congreso, más cerca de él y más expansivo que los liberales. Pero si el Sr. Sagasta—continúa,—como jefe del partido liberal, hubiese hecho entonces siquiera las deficientes manifestaciones sobre política colonial de Junio de 1897, ¡cuán otros habrían sido los decretos del Sr. Cánovas del Castillo de Abril del propio año y cuán otra la situación de España y Cuba!

Siguiendo el Sr. Labra en este orden de consideraciones, dice que los hechos impusieron al fin, aludiendo al decreto refrendado por el Sr. Cánovas en 29 de Abril de 1897, lo que debieran haber determinado las palabras y la reflexión un año antes. «No es del momento—dice—exponer mi criterio respecto de estos particulares. A su tiempo lo hice con la brevedad que el caso exigía. El Sr. Cánovas del Castillo me favoreció, haciéndome conocer sus proyectos, antes de darme la última mano; por entonces me abstuve de decir nada sobre este punto...» «Mas ahora debo decir que encontré al Sr. Cánovas dispuesto á hacer en sentido autonomista mucho más de lo consignado en el decreto de Abril. Respecto de las declaraciones del Sr. Sagasta, debo recordar que me produjeron una verdadera decepción...»

Trata después de que la idea abrió su camino por su propia virtualidad; de la oración que pronunció en Zaragoza el Sr. Moret, en medio de grandes aplausos, en la primavera de 1897; de la ratificación por el Sr. Sagasta de las declaraciones autonomistas hechas por aquél y de haber sido ellas el programa del Gobierno presidido por el mismo cuando en el otoño de dicho año ocupó el Poder, á lo que respondieron los decretos autonomistas de 25 de Noviembre inmediato, y que no lograron impedir, añadimos nosotros, ni la guerra con los Estados Unidos, ni la pérdida de las colonias

tria, un recuerdo para el que fué el restaurador de su contemporánea grandeza.

Honremos, en fin, la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo; que los pueblos que no honran sus glorias nacionales, caen en la abyección y son merecedores de las maldiciones de la Historia.»

TOMÁS CASTELLANO.

Zaragoza, 8 Agosto 1898.

A continuación publicaba el propio periódico lo que sigue:

EL FINAL DE UN CONSEJO DE MINISTROS

(HISTÓRICO)

«Comenzaba á declinar la insurrección cubana. El Presidente del Gobierno conservador acababa de trazar ante S. M., en Consejo de Ministros, la eficacia de las severas medidas en que el General Weyler cimentaba su obra pacificadora.

Ya de pie, y á punto de abandonar la regia estancia los Consejeros de la Corona, el señor Cánovas del Castillo, respondiendo á aquel patriótico sentimiento que siempre le hizo ver en la guerra de Cuba una cuestión eminentemente nacional, se expresó en parecidas razones á las siguientes:

«Señora: Si la Nación cree que el Gobierno se equivoca; si entiende que á la acción militar debe anteponerse la acción política, y que en vez de unas reformas generosamente otorgadas después del triunfo, debe preferirse la concesión anticipada del régimen autonómico, yo, que en modo alguno quiero ser obstáculo para la pronta pacificación de Cuba, no me opondré á ello, pero no seré ciertamente quien lo haga, porque tengo la firme convicción de que la concesión de la autonomía producirá la pérdida de la isla.

Y si tal sucediese—añadió visiblemente emocionado y arrasándosele los ojos,—sería para mí una desgracia nacional tan inmensa, que aquel día habría concluido yo para el mundo... No sólo pondría término á mi vida pública, sino que tengo por cierto que no podría sobrevivir á la pérdida de Cuba y que se extinguiría en mí hasta la vida física.»

Si en los destinos inescrutables de la Historia, continuaba después el periódico, era sonada la hora de la actual catástrofe, hay que reconocer que la Providencia se apiadó del gran patriota, privándole de la existencia antes de que presenciara el desmembramiento de la Patria.

A renglón seguido y *á modo de preámbulo* de un trabajo que titula *Cánovas y el problema cubano*, escribía el mismo periódico, de que se toma lo que antecede, lo que se copia á continuación:

«Cánovas, como el gran Alejandro, pudo decir que sus funerales serían sangrientos. Menos de un año se ha tardado en deshacer su obra, que no parece sino que apenas faltó el aliento de aquel espíritu fuerte, dedicáronse los partidos españoles, picota en mano, á destruir el gigantesco edificio que labró con su genio el eminente patricio.

No es hora de acusar á nadie; bástenos consignar que aquellos que hoy y siempre rinden y rendirán culto á las grandes ideas y á la hermosa memoria de aquel hombre extraordinario, han sido con más dolor y más pesadumbre que nadie espectadores de la catástrofe.

Pasados los primeros momentos de estupor que produjo el nefando crimen de Santa Agueda; abominado el asesinato y llorado el que era por tantos conceptos gloria de su Patria, triste es decirlo, la humana flaqueza, traducida en una necia soberbia, se cuidó, ante todo, de disimular la pérdida; y muchos de los que podían y tenían exacta noción de los hombres y de los acontecimientos, aparentaron creer que no se había producido un vacío que no pudiera fácilmente llenarse. No se quiso hacer de buena fe la justicia debida al autor de la reconstitución nacional; al que, sin alardes ni jactancias, pudo decir un día que había venido á continuar la Historia de España, interrumpida por el período revolucionario.

Los tristes hechos del presente; el cuadro desolador que ofrece hoy la Patria, es el mejor testimonio de lo imprescindible que era Cánovas á la Nación española. Tan triste es el testimonio, que el gran patriota, para evitarlo, hubiera sacrificado su gloria.

Tampoco nosotros quisiéramos rendir tributo á tal costa al insigne estadista; pero irremediables los hechos, los responsables aprovechan el dolor y la amargura que á la Nación producen para descargar parte de sus culpas en quien de ellas está libre, y eso no puede ser tolerado por los que, enterados de los sucesos, saben la parte que cada cual ha tomado en ellos.

Franca y abiertamente, sin rodeos que empañarían el pensamiento, nosotros tenemos el deber de afirmar hoy lo que algún día confesará la Nación entera; es, á saber: que sin el crimen de Santa Agueda, la Patria no hubiera pasado por pruebas tan dolorosas como las que lamenta.

En el magno problema cubano, cuyo desenlace se aproxima, tuvo Cánovas una política fija y patriótica, la única que podía haber dado la solución conveniente. Abarcó él en toda su extensión y profundidad esa complicada y tremenda cuestión, y de tal modo transparentó su pensamiento y señaló el rumbo que podía y debía seguirse, que nos extraña cómo ha podido desconocerse.

Expuesto está en sus discursos cuanto pensaba y sentía. Los textos hablan con irrefutable elocuencia.

Dos puntos puede decirse que abarca su pensamiento en la compleja cuestión: 1.º, su política en Cuba; 2.º, su política con los Estados Unidos. En ellos están comprendidas la idea generadora, norma de su conducta, su prudencia y previsión y su concepto de la dignidad nacional, que expondremos aparte.»

Lo mismo lo anterior que lo que sigue inmediatamente, estaba inspirado por el exministro de Ultramar, Sr. D. Tomás Castellano, siendo suyos los comentarios que se reproducen:

POLÍTICA DE CÁNOVAS EN CUBA

«Cánovas, interpretando el sentimiento de dignidad nacional y por convicción y conocimiento de la insurrección cubana, se propuso terminarla por medio de las armas, ofreciendo, sin embargo, como una esperanza y como un auxilio á nuestra causa, una personalidad administrativa á las antillas, cuando Cuba estuviera pacificada. Por eso asombró al mundo

con las expediciones militares á la isla, con los gigantesos esfuerzos realizados, afirmando al mismo tiempo la vitalidad y poderío de la Nación española.

Sus declaraciones están terminantes; jamás se observa en sus palabras la más ligera contradicción. Nadie como él apreció con exactitud el problema cubano, ni nadie tuvo tampoco la clarividencia de los acontecimientos que impulsaba su norma de acción en el sentido en que lo realizó.

En la sesión del Senado del 1.º de Julio de 1898, con ocasión del debate sobre el Mensaje de la Corona, se expresó así el Sr. Cánovas:

«Dijo S. S. en la tarde de ayer que la implantación inmediata de la autonomía (no sé cuál, pero una autonomía) en la isla de Cuba, sería el fin de la guerra y la segura medicina para la Patria. Libre es el Sr. Labra de profesar esas opiniones; libres son, ó pueden ser, otros hoy, ó en el día de mañana, de juzgarlas de esa manera y de aplicarlas. Yo, á nadie que proceda con buena fe, que proceda con patriotismo, aunque sea con error, he de inculparle de una manera violenta ni mal intencionada.

Delante de una cuestión de esta magnitud, en la cual no es competente para juzgar sino la Nación entera, yo procederé con suma moderación, con prudencia suma, con respeto á todas las opiniones. Sea el que quiera el porvenir, lo único que yo me reservo es aquello que está en los dictados de mi conciencia, sobre la cual no creo que nadie tenga interés en pesar de una manera injusta.

Así es que en la cuestión de Cuba he de ir tan lejos como la seguridad de la soberanía de España pueda resistir las concesiones, tan pronto como una justa desconfianza, no excesiva ni supersticiosa, sino una confianza racional, autorice que se vaya en las concesiones para no comprometer la suerte de la soberanía española. (*Muy bien, muy bien.*)

Donde quiera que me encuentre con ese peligro, yo, que no soy tan optimista como el señor Labra; yo, que no pertenezco á una escuela optimista en sí como la democrática, á que S. S. pertenece; yo, que tengo más en cuenta los dictados positivos de la Historia y los dictados positivos y prosáicos de la experiencia; yo no he de ir, no iré jamás á nada, repito, que deje comprometida la soberanía española en la isla de Cuba. Sin por esto retractarme, ni mucho menos, de nada de lo

que he puesto en labios de S. M. en el discurso de la Corona; sin que por esto me obligue á no aplicar á aquella isla todas las mejoras en la administración de que sea susceptible y que allí se deseen; yo digo y repito que mientras no haya seguridad para la soberanía, no he de consentir en cosa alguna; y no creo que allí cabe seguridad para la soberanía mientras las reformas y las concesiones que se otorguen á los insurrectos en armas, les puedan hacer creer que las han obtenido por su valor y por virtud de su victoria, sino por generosidad de la Patria española. (*Aplausos.*)

¿Hay otros que piensan de distinta manera? Sea; yo estoy sometido al espíritu y á la voluntad del país; no seré sordo para escucharle; no seré tardo para cumplir sus determinaciones; pero es la Nación, es la Patria la que ha de dictar la conducta que en estos asuntos se ha de seguir definitivamente. (*Muy bien, muy bien.*) Por mi parte, ya no puedo hablar con más franqueza.

Es posible que haya un momento en la lucha en que, visiblemente vencidos los enemigos de España; en que, reducidos á una verdadera impotencia, le sea posible al Gobierno español obrar libre y generosamente, sin menoscabo alguno. Es claro que en esto que yo digo no se comprende el caso de que algunas partidas sueltas, más bien ya de meros foragidos que de soldados más ó menos regulares, recorran tal ó cual parte de la isla de Cuba; pero la victoria ha de ser ya evidente, el triunfo de España indisputable para que pueda usar de su generosidad.»

El mismo discurso añadía más adelante:

«Pero entiéndase, sobre todo, y digo esto para concluir ya; entiéndase esto, sobre todo, que no vale suprimir en los cálculos sobre Cuba y sus organizaciones posibles, que no basta suprimir, como el Sr. Labra ha suprimido, el elemento separatista, porque este elemento, por desgracia, es importantísimo por todas las cosas de Cuba. La isla de Cuba no se organizará, no se gobernará, no seguirá en paz, tan sólo con que el partido de unión constitucional extreme sus sacrificios, que á todo parece estar dispuesto, según las apariencias; ni se concluirá la cuestión de que se trata tampoco con que el partido reformista, más ó menos reducido en este instante, venga á términos de paz y de transacción; ni siquiera, con que los autonomistas patriotas que no reniegan de la

Patria española, como S. S., vengan de buena fe á prestar su concurso para la nueva organización del país.

Para todo esto hay que contar en bien y en mal; en mal, generalmente, con el elemento separatista que allí hay, y que no ha de desaparecer nunca, cualesquiera que sean las concesiones que les déis. Este partido separatista luchará, no hará caso nunca de las concesiones, y únicamente cuando esté vencido, rendido, sin posibilidad de levantar la cabeza, permitirá que se implanten allí nuevas instituciones en la paz. Las concesiones que se hagan pueden y deben hacerse para atraer á los que sea posible atraer, para fortificar la fe de los partidos españoles; pero que tienen ideas y opiniones más avanzadas que las contenidas en la legislación vigente ó cualquiera de las que se han ofrecido hasta ahora.»

Por no aprovecharse de esta advertencia profética, ha incurrido el partido liberal en su craso error origen de los males presentes. Decidido á implantar amplias reformas en la creencia de que constituían mejor medio que el de las armas para terminar la insurrección, debió entenderse con el elemento separatista, contar, ante todo con él, según enseñó Cánovas.

Para terminar este punto y con el objeto de que se vea la fe que Cánovas tenía en su sistema y en el triunfo, así como en las energías de España, vamos á transcribir sus palabras en la sesión del Congreso del 7 de Agosto del mismo año 96.

Dijo entonces:

«Pero, en fin, hablando humanamente, hablando según las probabilidades racionales, ¿queréis que os diga de una vez cuál es mi opinión sobre el término que puede tener la guerra de Cuba? Pues yo os lo diré, aunque con riesgo de equivocarme como cualquier humano profeta; pero lo diré, puesto que se me pregunta.

Mi opinión es que el ejército español jamás saldrá de Cuba vencido. No tiene la insurrección armada de aquel país, no tiene aquella insurrección abigarrada medios militares, medios morales ni medios intelectuales de ninguna especie para hacer evacuar la isla de Cuba al ejército español. Pero esto lo saben ellos como nosotros, esto no lo ocultan y lo manifiestan hasta en los catecismos vulgares.

No se trata de eso; para ellos, se trata de probar la fuerza y la resistencia de España; para ellos se trata de ver si la Península española tiene bastante fe y bastante amor á la posesión de Cuba para seguir gastando allí todo su dinero, todos sus esfuerzos, la sangre que sea necesaria de sus hijos, á fin de conservar aquel pedazo de tierra bajo la bandera nacional.

¿Se equivocan, como yo creo? La Nación española, ¿antepone á todo el término de aquella guerra y se presta prácticamente, activamente á ello, sin gastar tiempo en discordias inútiles? La guerra se acabará, porque no puede menos de acabarse. Es imposible el choque entre dos elementos tan diferentes en número como el ejército español y los insurrectos. En el choque entre dos masas de hombres, necesariamente sucumbe la menor. Allí cada hombre que pierden, cada valiente que acaba, como últimamente ha acabado uno de los más valientes cabecillas, abre más brecha que 10, que 15, que 20 jefes y soldados españoles en iguales condiciones. Aquel núcleo de fuerza se gasta; aquel núcleo llegaría á acabarse, como se acabó la gente belicosa en la guerra anterior; en cambio, España, un día y otro, envía allí su juventud robusta, y la manda hasta que llegue en la cantidad necesaria para vencer. Pero siempre tendremos encima este problema, que es el más grave: la necesidad de gastar, y gastar mucho, para mantener allí un ejército que acabe la guerra.

¿Hasta dónde queremos gastar? ¿Cuánto y de qué manera queremos gastar? Todas estas son las cuestiones prácticas y que están en relación con el final de la guerra. A ellas, pues, hay que consagrar preferente atención. Si, desgraciadamente, un día el pueblo español creyera que la empresa, aunque no superior á su valor, era superior á su conveniencia, el día en que ese pensamiento egoísta entrara en el corazón de los españoles, yo habría dejado de ser hombre político para siempre jamás. (*Aplausos*); pero no por eso arrojaría personalmente ningún baldón sobre mi Patria; yo respetaría sus resoluciones, hasta esa misma, pero acabando aquel día mi vida política, y probablemente también, bajo el peso de ese dolor, mi vida personal. (*Grandes aplausos.*)

En fin, esto es lo que la Nación tiene que ver. ¿Se quiere más claridad? Es preciso que los españoles vuelvan sus ojos sobre sí mismos. Tenemos esa empresa inferior á nuestro valor,

inferior á nuestra fuerza armada, inferior á la fuerza de nuestros soldados, tan grande como puedan ser nuestras fuerzas económicas; pero aun así y todo, queremos aplicar esas fuerzas económicas á acabar la guerra.

No puedo decir más; tampoco creo que con esto he dicho demasiado, porque esto lo sabe hasta el último insurrecto, que serán vencidos si España persiste en gastar. Lo que hay es que están en un error al creer que España no persistirá, y que, tarde ó temprano, se cansará de los sacrificios que la guerra le cuesta.

Este es un error de que importa grandemente sacarlos, y por esto yo me proponía dar estas explicaciones.

• •

Sigue después, refiriéndome siempre al *Diario de Zaragoza* y á su inspirador el Sr. Castellano, lo que á continuación se copia igualmente:

CÁNOVAS Y LOS ESTADOS UNIDOS

«De la dignidad y previsión de la política de aquel insigne estadista para con la República norteamericana, se juzgará también con textos á la vista.

Todo el mundo comprendió desde el primer momento que la parte más delicada del problema cubano radicaba en los Estados Unidos; pero la opinión fué pronto extraviada por la política de oposición y por la prensa, que no tuvo jamás conocimiento exacto de lo que era y podía la República norteamericana, ni del desarrollo de su política en la cuestión cubana. El único que tenía profundo conocimiento de ello, que supo mantener sereno y aunar la prudencia con la energía, fué el eminente estadista.

De su previsión dan prueba completa las frases que pronunció en el Congreso, precisamente el día 8 de Agosto del 96, un año justo antes de su muerte. Es consideración singular que en esa fecha demostrara el gran hombre de Estado su previsión para el porvenir, y en la misma, un año después, fuera asesinado. Cuando menos esa coincidencia hacía resaltar más la importancia de la pérdida que experimentó España.

Defendía el Sr. Cánovas el presupuesto ex-

traordinario, y contestando al Sr. Gamazo, explicaba el objeto verdadero del dicho presupuesto en esta forma:

«El Sr. Gamazo, con la cortesía, con la templanza, con la exactitud de palabra que le es tan propia, ha recordado una conversación nuestra, á la cual, en realidad, aludí ayer, sin dar á esta alusión grande importancia; porque, como estaba seguro de que S. S. y yo habíamos de convenir en lo pasado y decir igualmente la pura y sencilla verdad, no le dí, repito, importancia alguna. Fué para mí un episodio accidental de la pequeña historia que estaba exponiendo de los motivos por los cuales había yo acordado que, en vez de contentarme con el presupuesto del año anterior, discutiéramos el nuevo.

Casi sólo de esto hablamos el Sr. Gamazo y yo el día que tuve la honra de recibir su visita, pues aunque se aludió en la conversación al presupuesto extraordinario y á la manera de discutirlo, no recuerdo que entrara en modo alguno en el pensamiento de S. S. hacer reflexiones sobre él. Y en esta opinión me confirma lo que S. S. ha declarado esta tarde respecto á que nada le dije sobre el alcance que se ha dado después al tal presupuesto.

Efectivamente, según indiqué también al paso en el día de ayer, no hablé sólo con su señoría por aquellos días; hablé con otras personas de importancia, con quienes por acaso encontré ocasión de hablar, y sin aludir á nadie, sin solicitar la intervención de nadie, porque en todo aquello que no sea esencial y que no crea conveniente al interés público no tengo deseo de que nadie use de la palabra; menos ahora, que tan estrechos de tiempo estamos, puedo en alta voz decir que á otras personas, antes del día que tuve la honra de hablar con el Sr. Gamazo, á personas de grande importancia les dije con bastante claridad lo que significaba el presupuesto extraordinario, y aun me lisonjeo de creer que lo entendieron.

El Sr. Gamazo no lo entendió, porque no se lo dije, y no tenía obligación de adivinarlo.

Ya entonces dije á la persona á quien aludo, como se lo dije á otras, una cosa que siempre debí suponer que ellos sabían, pues para saberla bastaba fijarse en la situación general de las cosas, y es que el conflicto pendiente presentaba dos aspectos totalmente distintos:

Que uno de los aspectos era el de la guerra de Cuba y nuestra lucha con los insurrectos cubanos; y otro aspecto, no tan fácil y tan conveniente de tratar, ni acaso tan propio de ser tratado en toda su extensión, y sobre todo con claridad, en las discusiones de una asamblea deliberante.

Partiendo de estos dos aspectos, dije que para la guerra de Cuba la autorización concedida al Gobierno bastaba; porque aun cuando se tratase de adquirir buques que vigilaran las costas de Cuba, eso mismo pertenecía á la insurrección que todos estamos tan empeñados en sofocar; pero que al lado de esto podíamos sentir la necesidad de adquirir buques que no sirvieran jamás contra los insurrectos, que no pudieran luchar jamás, aunque quisieran, contra los insurrectos; teníamos que preparar armamento y fortificaciones y medios de guerra que tampoco hubieron de emplearse jamás contra los insurrectos, y con esto sólo que digo, digo ya lo suficiente para que todo el mundo caiga en la cuenta de lo que era, á mis ojos, el segundo aspecto de la cuestión.

Para este segundo aspecto se necesita un presupuesto especial y un presupuesto de la Península, porque los medios que se atribuyeran al presupuesto de Cuba, la expansión de él para cubrir las necesidades extraordinarias, todo eso podía corresponder parcial y localmente á Cuba. Pero aquellos otros medios que pudiera haber necesidad para afirmar el honor, la dignidad, los intereses de la Nación entera, esos no podían menos de pertenecer al presupuesto de la Península, y, en una u otra forma, al presupuesto de la Península había que traerlos.

Digo, y repito, que esto no lo ignoraban otras distintas personas, no muchas, pues de estas cosas no se habla con todo el mundo, aun cuando por tales ó cuales circunstancias no apareciera en nuestra conversación. Sin embargo de lo cual, es cierto lo que S. S. ha manifestado de que, habiéndole hecho alguna indicación respecto á este particular, y de que la autorización para la guerra de Cuba no podía bastar á todo, S. S. me indicó que podíamos reemplazarla por otra redactada de tal ó cual manera; pero entonces ya estábamos en el terreno del presupuesto extraordinario, fuera éste unido á aquella nueva autorización ó separado de ella.

No profundizamos, sin embargo, el asunto; fué una mera indicación que cruzó ligeramente entre nosotros. Por esta razón de que necesitábamos preparar medios en la Península, si no con la precipitación que la opinión pública exigía en la Península misma, si no con el apresuramiento, poco meditado tal vez por ciertos respetos, pero sí con toda la intensidad, con toda la eficacia de un Gobierno previsor, nosotros pensamos siempre en la necesidad del presupuesto extraordinario. De este presupuesto extraordinario damos un crédito á la Marina de guerra nada menos que de 75 millones de pesetas, con el objeto de transformar algunos de los buques de nuestra Armada que están esperando esa transformación, y con el de adquirir, si podía ser, barcos hechos, y si no se podían adquirir barcos hechos, barcos que estuvieran en construcción y cerca de ser terminados, y, en último extremo, construir barcos nuevos en corto plazo, en el más corto plazo posible, aunque fuera, como tuve ocasión de decir aquí hace algunos días, aunque fuera sobre precio considerable; porque cuando lo pide una necesidad, y una necesidad tal como los recelos, los temores, los peligros de una guerra, no se contesta con regateos, sino realizando valerosamente cuanto sea preciso para afrontarla.

Y, con efecto, el Gobierno ha tenido contratados algunos de estos barcos, que no ha podido adquirir; no cree hallar dificultades para comprar algún otro, y tiene más de un trato, más de una negociación entablada para aumentar nuestra marina de guerra. Si no hasta el punto de que sea superior á cualquiera marina posiblemente contraria, porque esto no es fácil lograrlo entre las naciones, tanta es la diferencia que entre unas y otras existe respecto al número y calidad de las fuerzas navales, sí por unir un núcleo de fuerzas que ofrezca ya riesgo para quien, impremeditadamente, ataque nuestro honor ó la integridad de nuestro país; un núcleo tal de elementos navales que pueda infundir respeto; porque no es lo mismo intervenir contra naciones débiles y desarmadas, no es lo mismo hacer guerras fáciles que guerras áridas, y meramente con hacer un tanto más difícil la guerra, con hacerla un tanto más peligrosa, con hacer ver que pudiera herir grandes intereses del país provocador, es posible que

se ahorren muchas contiendas, de otra manera inevitables.» (*Grandes aplausos.*)

Junto á esta previsión Cánovas mantuvo, según el Sr. Castellano, una gran prudencia, haciendo pequeñas concesiones en cuanto no se oponía á la dignidad de España. No cedió un ápice en lo relativo á la libertad absoluta de la Nación para dirimir su contienda con los cubanos, ni en nada que pudiera aparecer que amenguaba la soberanía española.

La nota del 22 de Mayo del 96, cuya redacción se atribuye al Sr. Cánovas, aunque ello es un detalle, puesto que encarnaba su pensamiento y el del Gobierno que presidía, rechazaba los amistosos ofrecimientos del Gobierno de Washington para ayudar á España á poner término á la rebeldía, y en ella se hacía esta terminante declaración:

«Por donde se ve que ningún resultado obtendría esa mediación hipotética, que ellos rechazan, aunque fuera dado que se prestase la Metrópoli á alternar con sus súbditos rebeldes, como de potencia á potencia, poniendo así en seguro riesgo su autoridad, prescindiendo de su dignidad nacional y dejando mal puesta su independencia, por la cual se ha mostrado tan celosa en todas épocas, cual la Historia enseña. Faltarán, en suma, términos hábiles para pacificar á Cuba, mientras no se parta del hecho de la sumisión de los rebeldes en armas á la madre Patria.»

Al lado de estas energías mostraba su prudencia. Cuando porque salían expediciones filibusteras de los Estados Unidos se quería por algunos exaltados que se les declarara la guerra, el Sr. Cánovas exclamaba en la sesión de 17 de Agosto del 96 en el Congreso:

«Yo examinaría eso, no según los Manuales de historia; yo lo examinaría con los documentos, con los expedientes, con la historia verdad, y veríamos si esas baraterías han estado siempre en el espíritu de España, si los hombres de Estado de España han mostrado esa piel tan sensible que ahora parece que se nos quiere atribuir; es más, veríamos si hubieran podido hacerlo sin comprometer seriamente la vida de la Patria. (*Muestras de aprobación en la mayoría.*) Pues qué, ¿no se están viendo los ejemplos de otras naciones? ¿Qué ha acontecido con Italia, que es una gran potencia, que tiene una gran marina superior en fuerza á la de los Estados Unidos, que tiene una de las primeras marinas del mundo? ¿No se le

ha visto que sus súbditos han sido asesinados en las calles públicas de una ciudad norteamericana, y cuando Italia ha pedido justicia al Gobierno federal, el Gobierno federal ha dicho: las leyes no me autorizan para intervenir en eso; que se presenten los súbditos italianos ante los tribunales de los Estados confederados; ellos les harán justicia si lo tienen por conveniente, y si no se la hacen se quedarán sin ella. ¿Qué ha hecho Italia? ¿Se ha desatado en bravatas inútiles? ¿Ha enviado allí sus buques de guerra, ciertamente muy superiores hoy en número y fuerza á los de los Estados Unidos? Pues como no tenía Italia la aspiración de que se cambiara la Constitución de los Estados Unidos, ha tenido paciencia.

«No quiero seguir en este género de verdades, que podían llegar á ser muy duras y que repugnan á mi patriotismo, aun cuando pudieran absolutamente convenir á mi honor.»

Pero ¿se puede pensar por esto que el señor Cánovas tenía concepto del honor nacional menos delicado que los demás? Pues vean lo que el mismo día, y con motivo de la interpelación de D. Texifonte Gallego acerca del *Memorandum*, decía ante la Nación:

«Para tratar una cuestión diplomática es preciso tener en cuenta todo, y lo primero los peligros que pueden resultar de una resolución impremeditada y las fuerzas con que se cuenta para alcanzarla; no se puede prescindir de una apreciación muy meditada de estos elementos, y hay que andar en ello con mucho cuidado, con muchísimo cuidado.

¿Creéis que niego yo que hay momentos supremos en que las naciones deben resignarse hasta á morir por salvar su honor? Desgraciadamente no, no soy de esos; y digo desgraciadamente, por el acierto final de mi política mientras yo sea hombre político. No, no soy de los que creen eso, aunque acaso no lo deba creer, y sin acaso, un verdadero hombre de Estado. Un verdadero hombre de Estado no debe juzgar así las cosas y no debe creer jamás que lo que á un particular le es lícito, el ir á la muerte con la seguridad de recibirla de quien tiene superioridad sobre él en el manejo de las armas, que esto que á un particular le es lícito, que más que lícito le puede ser debido, le pueda ser lícito ni debido á un hombre de Estado que está al frente de una Nación. (*Muy bien.*)

Pero en fin, yo en esto ya he dicho todo lo que podía decir, yo soy de esos; si algún día, y á esto es á lo que he podido aludir, y aunque con prudencia he aludido siempre con suficiente claridad; si alguna vez el honor nacional, sería y definitivamente empeñado, exigiera que fuéramos á la lucha desigual, y en esta lucha quizás á la destrucción de nuestras fuerzas y quizás á un detrimento muy duradero para la Patria, yo iría, é iría faltando en ello á una primera cualidad del hombre de Estado. *(Muy bien.)*

Pero esto que yo lo creo posible en determinadas circunstancias y en circunstancias verdaderamente supremas, esto no lo puedo profesar á cada hora ni á cada momento, ni por cada incidente, ni por tal ó cual palabra de más ó de menos. Si eso se quiere de mí es tiempo perdido; si sobre esto se quiere proseguir un debate, yo lo proseguiré, ya que estoy en mi puesto y en mi banco y á mí los debates no me atemorizan. *(Muy bien.)*

Y tales eran los sentimientos que inspiraban al Sr. Cánovas.

En resumen: la cuestión cubana con todos los problemas capitales que entrañaba, sólo él pudiera resolverla.

El revólver del asesino no puso sólo término á la existencia de Cánovas; puso término á la existencia de la Nación tal como nos la legaron nuestros antecesores.

Por si no fuera bastante lo que antecede en respuesta á lo dicho por el señor Morote, *La Epoca*, en su número de 17 de Abril de 1899, escribía lo que igualmente se transcribe:

CAUSA FALLADA

«Tiene el asunto muy poco de nuevo, y no merece de ningún modo el nombre de «revelación» que algunos le dan. La nota del secretario Mr. Olney había sido publicada en el *Libro Rojo* español y había sido comentada en la prensa y en las Cortes.

El Sr. Moret, buscando alguien con quien compartir las responsabilidades de la guerra y de sus desastres, fué quien primeramente llamó la atención pública sobre aquella nota, suponiendo que, de haber sido atendida, hubiese sido posible evitar la guerra, admitiendo

la intervención amistosa en la pacificación de Cuba del Gobierno de Washington.

La historia *a priori* es la peor de las novelas. Con fijarse en lo que pudo suceder no se explica bien lo que sucedió, ni se atenúan responsabilidades. El propio Sr. Morote, poco afecto al partido conservador, participa de la opinión de las personas bien informadas, las que aseguran que, si se hubiese prolongado la vida del Sr. Cánovas del Castillo, no hubiésemos ido á la guerra exterior, porque aquel hombre de Estado nunca la quiso, y hubiese sabido evitarla.

El Sr. Morote juzga que la mejor ocasión para huir el peligro de la pérdida de todas nuestras colonias que la guerra con los Estados Unidos envolvía, según después se vió, fué precisamente la que suministraba la mencionada nota del secretario de Estado del Presidente Cleveland. ¿Qué decía? No amenazaba con la inmediata intervención, ni preparaba el camino para ella.

«Lo que los Estados Unidos desean hacer—decía Mr. Olney,—si se les permite indicar el camino, es cooperar con España á la inmediata pacificación de la isla bajo una base que, dejando á salvo el derecho de soberanía de aquella, consiga para el pueblo cubano todos los derechos y poderes de gobierno propio local, que puedan razonablemente pedir.» «Para este fin—añadía la nota de 4 de Abril—los Estados Unidos ofrecen y emplearán sus buenos oficios en el tiempo y manera que se juzgue más prudente.»

La intervención efectiva y reclamada por los Estados Unidos en la solución del problema político cubano se disfrazaba en la nota de 4 de Abril con el nombre de cooperación espontánea y amistosa, propuesta y ofrecida para aquel objeto; mas el disfraz no engaña sino á los cándidos. Era una intervención activa, resultado de muchas gestiones y de largo tiempo, la que se pedía, apoyándola con considerable número de expediciones armadas que desde el principio de la guerra salieron de los puertos de los Estados Unidos. Como tal intervención impuesta la hubiese considerado la diplomacia en Europa y en América, é igual concepto hubiese merecido á los cubanos insurrectos, cuyo triunfo aseguraba.

El Gobierno del Sr. Cánovas se detuvo ante cosa tan grave y de tan trascendentales consecuencias. Había hecho hasta entonces cuan-

to estaba en su mano, dentro de la dignidad, para impedir un rompimiento con el Gobierno de Washington; se proponía evitarlo á toda costa, porque si bien no había surgido todavía la rebelión de los tagalos en Filipinas, era evidente que nuestra Nación no podría dominar la cubana al propio tiempo que sostenía guerra exterior con uno de los Estados más poderosos del globo. Eso no obstante, el duque de Tetuán contestó en 27 de Mayo agradeciendo los buenos oficios, ofreciendo reformas útiles en Cuba para conseguir la pacificación, siempre que fuesen compatibles con su soberanía y para después de que se hubiesen sometido los insurrectos.

Hablando con una potencia extranjera, y en cierto modo interesada en el asunto, el Gobierno de Madrid no podía usar otro lenguaje: lo primero era que los insurrectos se sometiesen; pero no aguardó á ese momento para acometer las reformas, que planteó en 4 de Febrero de 1897, coincidiendo con el Mensaje de Cleveland al Congreso americano, en el que la cooperación amistosa de la nota de 4 de Abril se había trocado ya en «probabilidad de tener que intervenir en Cuba con la fuerza».

No se necesita profundizar mucho para comprender qué era lo que detenía á un estadista previsor como el Sr. Cánovas del Castillo en la aceptación de la intervención de los Estados Unidos. La buena fe y la sinceridad de Mr. Cleveland no eran dudosas; pero ocupaba la Presidencia por segunda vez, iba á ser sustituido en ese cargo, y con él corría notorio riesgo de eclipsarse la política de paz y de respeto á los derechos del extranjero que con su elevación á la Presidencia triunfó. En la lucha entablada con el Congreso Mr. Cleveland hubiese sido vencido, porque no era libre, habiendo cobrado en Norte América gran fuerza desde 1895 la opinión propicia á la independencia cubana, ó mejor, al ensanche territorial de la gran República, agregándose, en una ú otra forma, las fértiles provincias de la gran Antilla.

El jingoísmo y el imperialismo se habían sobrepuesto á la tradicional sensata política de Jorge Washington, y la arrollaban. Por efecto de ese cambio en la opinión americana, la cooperación desinteresada y amistosa que Cleveland ofrecía en 4 de Abril, y que ya en 7 de Diciembre modificaba sustancialmente, se hubiese convertido de modo inevitable en una

imperiosa intervención, declaradamente favorable desde entonces á los insurrectos. La isla hubiese estado perdida para España y perdida sin lucha, por efecto de una victoria diplomática, sin obligación de gratitud de parte de los cubanos, que la guardarían íntegra para sus magnánimos aliados.

Quedaban todavía en 4 de Abril una esperanza y un recurso: las reformas en sentido autonómico, pacificadoras respecto de los cubanos, suficientes para desarmar al Gobierno de Washington, puesto que respondían á sus deseos y excitaciones. Ensayáronse y no dieron resultado. Consistió en que aquel Gobierno no disfrutaba realmente, desde que Mac-Kinley subió á la Presidencia, libertad de acción, y en que los cubanos insurrectos conocían que había llegado el momento de no poder la Metrópoli continuar sus sacrificios.

Así se explica lo sucedido; todo lo cual, si no hubiese sido irremediable, tuvo tiempo de enmendar y de encauzar el Gobierno del señor Sagasta en el espacio de más de medio año.

Los que afirman que el Sr. Cánovas del Castillo nunca hubiese ido á la guerra con los Estados Unidos tienen razón, á nuestro juicio, pues eso reveló su conducta prudente desde el principio de la guerra. *Cuando sucumbió al golpe de un anarquista no habían ocurrido el tumulto de 12 de Febrero en la Habana, ni su consecuencia, que fué la voladura del crucero Maine en aquel puerto. Ambos sucesos, explotados por el partido jingoc americano, fueron los que hicieron inevitable la guerra.* Sin ellos admitía aplazamiento y soluciones, ya que no satisfactorias para España, pacíficas.

Hay que distinguir de tiempos y de circunstancias para poder decidir con imparcialidad y justicia en asunto de índole tan compleja como el de las responsabilidades de la última guerra. » (1)

(1) Era opinión general en los Estados Unidos que, muerto mi hermano, estaba concluida la guerra y realizada la independencia de Cuba. Véase, en apoyo de esta afirmación, lo que en su lugar se transcribe de la *Prensa norteamericana*, y con referencia á ella, lo siguiente:

The New York, después de decir en su número del 9 de Agosto que si algún asesinato permitía cambiar el mapa del mundo era el de Cánovas, añadía que después de su muerte Cuba podía y debía prometerse ser independiente (página 386).

El *New York World* expresaba en el propio día (la misma página), con referencia al Coronel cubano Aguirre,

Tan general es la opinión de que mi hermano no hubiera ido á la guerra con los Estados Unidos, que todavía *La Correspondencia de España* en su número del 24 de Junio del año próximo pasado (1900), en un artículo titulado «Partidos y disidencias», decía:

«Pero la Historia ofrece argumentos para todo. Y los dos partidos exclusivos de la Restauración y la Regencia tuvieron que presentar la pérdida total de las colonias. Ocremos firmemente que, vivo Cánovas, no hubiéramos ido á la guerra, como no fuimos á la que se quiso declarar contra Alemania cuando los sucesos de Las Carolinas.»

Aunque con lo expuesto hasta aquí y lo sostenido por el Sr. Silvela en el notabilísimo discurso que pronunció en el Congreso contestando al Sr. Pi y Margall, en la sesión de 25 de Julio de 1899 (1), parece desvanecida la responsabilidad que se pretende atribuir á mi hermano en el desastre que sobrevino después de su muerte, y á que el país, repito, sea por lo que quiera, no ha dado tanta importancia como era de presumir, el anuncio de una

que la muerte de Cánovas, uno de los hombres más grandes de Europa, significaba la independencia de Cuba, siendo sin él la guerra de los Estados Unidos con España casi inevitable.

Según lo escrito por *Philadelphia Press* (página 390), Cánovas sólo podía prometer reformas y libertades para Cuba únicamente después que los insurrectos depusiesen las armas rindiéndose á discreción. Sagasta, su más probable sucesor, les concederá desde luego la autonomía, empezando por destituir á Weyler.

Chicago Journal sostenía (página 392) que la isla de un fanático había resuelto de golpe cuestión tan larga y enojosa como la de Cuba.

The Constitution de Atlanta (página 394) daba cuenta de la alegría y entusiasmo de los cubanos por la muerte de Cánovas y del cambio que se operaría en la situación política de la isla, comenzando por la conclusión de la guerra y terminando por el triunfo de la insurrección.

Según el mismo periódico, el Mayor Antonio Serrano, miembro de la Junta cubana que funcionaba en la capital del Reino Unido, decía que, sin Cánovas, el conflicto no tardaría en resolverse, cobrando vigor los insurrectos y desaliendo el Ejército de España.

(1) Como puede verse en la *Quinta parte*, Sección primera.

discusión en el Senado sobre dicho tema, iniciado ya por la proposición que presentó hace más de un año mi amigo el señor Conde de las Almenas, y que, por mi parte, creía próxima si llegaban á reanudarse, como se esperaba, las sesiones de las Cortes conservadoras, movíome á escribir antes del cambio político, que se ha realizado, y ha traído consigo la disolución de dichas Cortes, por el Gobierno del señor Sagasta, á mi respetable amigo el señor Duque de Tetuán, tan bien informado del asunto, por la gran intervención que tuvo en él, preguntándole cuáles eran sus convicciones y puntos de vista en el particular, no obstante serme, en general, ya conocidos por las manifestaciones que hizo en la conferencia de que poco antes se ha hablado; y el señor Duque, correspondiendo con su habitual amabilidad á mis deseos, me contestó con fecha 12 de Marzo último lo que sigue:

Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas.

Mi distinguido y querido amigo: Tengo el mayor gusto en corresponder á los deseos que se sirve usted expresarme, asociándome á su obra CÁNOVAS DEL CASTILLO con algunos ligeros adecuados conceptos que correspondan á los nobilísimos sentimientos en que inspira su laudable trabajo.

El día que se discutan en el Senado las responsabilidades de la pasada guerra con los Estados Unidos, me propongo demostrar por modo evidente y probar con documentos:

Primero: Que el Gobierno liberal-conservador de 1896, Gobierno presidido por su inolvidable hermano de usted, el eminente estadista D. Antonio, mi respetado y querido jefe, amigo y Pre-

sidente, cumplió con acierto su deber y sirvió bien y lealmente los intereses de su patria, negándose en aquel tiempo y circunstancias á aceptar los buenos oficios del Presidente de la República Americana para poner término á la insurrección cubana, contestando á la Nota suscrita por Mr. Olney en 4 de Abril con la Real orden de 22 de Mayo, dirigida á nuestro representante en Washington, que me cupo la honra de firmar como Ministro de Estado.

Segundo: Que á ese mismo Gobierno que cesó en los muy primeros días de Octubre de 1897, no le alcanza ninguna, absolutamente ninguna responsabilidad en los desastres de la guerra entre España y la República de la Unión, ni en la guerra misma, responsabilidad que corresponde por entero, no al ejército ni á la marina, como por algunos equivocadamente se pretende afirmar, ni siquiera al partido liberal como tal partido, tampoco, sino al Gobierno, á los hombres del Gobierno que nos reemplazó, y más particularmente á su Presidente, á quien competía el deber de dirigir é inspirar su política interior y exterior.

Y por último, tercero: Que la guerra, que debió y pudo evitarse hasta el último momento, hasta el 30 de Marzo por lo menos, no fué con todas sus desdichas sino la consecuencia natural, lógica, de la gestión diplomática, imprevisión, errores, aturdimientos, falta absoluta de pensamiento fijo, preconcebido,

y dirección en el interior y exterior del Gobierno que nos sucedió.

Puede usted, amigo mío, afirmarlo así en su Prólogo ó insertar si gusta esta misma carta, en debida justicia á la memoria de su hermano, á cuya irreparable pérdida para España siguió la de los valiosos restos de nuestro imperio colonial que, seguramente, de haber vivido tan ilustre patricio, habría acertado á salvar, contando usted con que cuando llegue el caso de tratar de este asunto en el Parlamento, ha de cumplir con el deber de sostenerlo y probarlo cumplidamente, su atento afectísimo y buen amigo,

EL DUQUE DE TETUÁN.»

La carta que antecede y las manifestaciones hechas por el señor Duque de Tetúan, en la información abierta por *El Liberal*, contestan cumplidamente á la supuesta responsabilidad de mi hermano en la pérdida de nuestras colonias, ocurrida con posterioridad á su muerte, y me releva de toda discusión en el asunto. Tan solo añadiré que la solidaridad que se ha pretendido establecer entre el Gobierno que presidió aquél y el que le sustituyó, después del breve Ministerio del General Azcárraga, carece de fundamento, y en nada puede afectar al juicio que mi referido hermano mereció, y se condensa en este libro, de sus contemporáneos.

Emilio Cánovas del Castillo.

casos, ó cuando se trata de reseñar la vida entera de personas de notoriedad, á saber: que la infancia no ofrece por lo común, ni aun tratándose de hombres extraordinarios ó superiores, hechos ó accidentes que revisitan importancia, y merezcan celebrarse fuera del círculo íntimo de la familia, en que los aprecia ó avalora, con exageración á veces, el afecto.

Tal sucede con mi hermano, el cual, si ha sobresalido después—no diré si poco ó mucho, que eso toca juzgarlo á otros,—en sus tiernos años no ofreció otra particularidad digna de mención que la de una gran fuerza de voluntad para abstraerse de lo inútil, desechando lo trivial y pequeño, y una inmensa afición al estudio, al cual, con asombro de sus padres, de sus amigos de la niñez y de cuantos le conocieron, sacrificaba hasta los juegos y distracciones propias de la infancia. Con el tiempo esa afición, de suyo tan provechosa, y que le hacía distinguirse de todos los muchachos de su edad, fué acentuándose en términos que, á los diez y ocho años, apareció convertida en verdadera pasión por el saber.

No quiere esto decir que no se manifestasen en mi hermano, con igual fuerza, otro género de inclinaciones propias de la juventud. Aparecieron en él, á un tiempo, perfectamente compatibles, la del estudio y el galanteo (1) cultivadas casi con igual constancia y variedad y con idéntico aprovechamiento y fortuna, con la diferencia, respecto á lo último, de no malgastar el tiempo como otros jóvenes—quisiera yo no estar comprendido en ese número—en acicalarse y componerse, pues aunque curioso ó limpio, era de lo más desaliñado en el vestir que se ha conocido, cabalmente en el tiempo en que los jóvenes suelen preocuparse de lo contrario.

Su carácter no era tan pacífico como el mío, pecando más bien, desde niño, de enérgico ó poco sufrido é indomable y amigo de refirir ó pelear. Recuerdo á este último propósito que, hallándonos en la edad de siete á once años,

(1) En esa edad, y lo mismo más tarde ó en toda ella, prefirió siempre como gusto ó afición el trato de la mujer al del hombre. Escribía una vez: «¡Ah!, la mujer no es sólo un objeto de deseo, de amor y de celos, de placer ó de entretenimiento como el joven se piensa. Desde niño se experimenta, y en edad madura, se sabe, que hay un elemento en ella, el eterno femenino de Goethe, sin el cual nunca, en ninguna edad, la vida humana está entera.»

él y los tres que inmediatamente le seguíamos, pues los otros dos eran muy pequeños—el último apenas si se tenía en pie,—nos provocaba á combate de almohadazos, arremetiéndonos con denuedo tal, que á veces caíamos alguno al suelo. Con mucha más facilidad, claro es, provocaba riñas ó las sostenía con sus discípulos, y dicho se está que más adelante, como final de acaloradas discusiones, ó por motivos amorosos, tuvo algunos lances ó encuentros de esos que, entre personas de más edad, se llaman de honor, y que en aquella á que me refiero solían resolverse más modestamente, á palos ó bastonazos, en callejas ó callejones de poco tránsito, con gran pesar mío, que presencié algunos.

Tocante á lo principal ó más saliente en mi hermano, que era su afición al estudio, diré que simultáneamente con las primeras letras tuvo empeño mi padre en que aprendiese el dibujo y el piano, cosas ambas á que no se mostró propicio, y en que por lo mismo apenas hizo adelantos, abandonándolos casi por completo tan pronto como dejó de pesar sobre él la autoridad paterna, á la que siempre se mostró respetuoso y sumiso. Hubiéralo pasado mal en otro caso, porque nuestro padre era hombre también de severísimo carácter, como lo demostró contrariando á mi hermano en sus gustos literarios é imponiéndole como más provechoso, y éralo tal vez, el estudio de las matemáticas, preparatorio de una carrera facultativa; y en que hizo, no obstante su poca afición, notables adelantos, interpretados por el autor de sus días como afortunado cambio de aficiones, siendo así que, como decía su profesor en dicha asignatura, muy notable por cierto, D. Eduardo de Jáuregui, eran resultado de su capacidad y feliz memoria.

La muerte de mi padre, el 2 de Marzo de 1843, muy sentida en Málaga, donde era de todos respetado y querido, sumió á mi madre y á nosotros en la mayor desolación, ó más bien á aquella y mi hermano, que pesaron, lo que no podíamos hacer los demás, niños casi todos, el inmenso vacío que dejaba en nuestro hogar (1). No pude yo fijarme, dada la pena común, en la impresión que tan triste suceso hizo en mi hermano, que, á la sazón, contaría

(1) Acerca de este punto y otros relacionados con la posición de mi madre y medios de vivir, se ha exagerado, errado y aun inventado mucho, sin intención evidentemente, antes con el buen deseo de hacer resaltar ó destacar más la figura de mi hermano, en no pocas de

de otra hermana (1), y que fué vendiendo, lo que honra y enaltece su memoria, á medida que nuestras necesidades lo reclamaban.

Obtuvo á poco mi hermano, por iniciativa propia, que apoyó nuestra madre, una modesta colocación, insuficiente para las necesidades de la familia (2), y de momento no le ocurrió al mismo otra cosa que dedicarse á escribir—para lo que no ofrecía entonces Málaga apenas elementos—y fundar, como medio de darse á conocer, en unión de otros jóvenes, un periódico semanal titulado *La Joven Málaga*, en el que colaboraban con él, que yo recuerde, D. José de Robles y Postigo, D. Maximino Carrillo de Albornoz y un tal Bordonave, del que apenas hago memoria. Dicho periódico fué bien recibido y aun celebrado, atendida la poca edad de sus redacto-

Un oficial del ejército español, que ya en Gibraltar había sido herido en defensa de su patria, al frente de unos cuantos soldados y campesinos luchaba denodadamente contra un grupo compacto de lanceros franceses. Muchos de éstos cayeron heridos, pero el héroe malagueño alentaba á los suyos, y á pie, sin ceder un pago, vendía cara su vida.

Llegó un momento en que creyeron tenerle prisionero; pero el primer francés que fué á sujetarlo, cayó muerto á sus pies. Aislado de los suyos, siguió combatiendo, herido, jadeante. Se defendió hasta caer atravesado por una lanza enemiga.

Aquel héroe, era D. Juan José del Castillo. Aquel cadáver, era el del ilustre abuelo del infortunado D. Antonio Cánovas del Castillo.

(1) Llamábase Dolores y estaba demente, por lo cual, muerta su madre, nuestra abuela materna, la nuestra se la llevó consigo, aun desatendiendo las observaciones sobre el daño que podía causarnos en los períodos, casi diarios, de exaltación. No ocurrió esto nunca en el tiempo que vivió, que fué poco: maltrataba de palabra y aun de hecho á los sirvientes, pero á nosotros nos respetaba, colmándonos, por el contrario, de caricias.

(2) Mejor, ó más bien enterado, refiere esto en unos preciosos apuntes biográficos de mi hermano el señor D. Manuel Casado Sánchez de Castilla, diciendo:

«Puedo asegurar, por relación directa, que el conocimiento que tenía del gran valer del joven Cánovas el prior del Consulado de Málaga por aquel tiempo, fué parte á que no le admirara la visita cuando llegó á él un día, sin timidez ni jactancia, solicitando sustituir á su difunto padre en el desempeño de la cátedra. Así tuvo efecto; y si de este modo pudo la casa paterna continuar bajo el mismo pie en que se encontraba, el deseo de progreso hizo pensar al adolescente en algún otro fructuoso empleo, aunque sólo fuera para las horas que de derecho correspondían al descanso.»

Sin embargo de lo que afirma el Sr. Casado, mi hermano no obtuvo el mismo sino otro cargo inferior al que desempeñaba mi padre, rectificado lo cual, añadiré que si en vez de limitarse esta obra, y aún resulta extensa, á los límites de lo escrito y publicado con motivo de la muerte de mi hermano, pudiera extenderse ó abarcar algo más, nada me sería tan grato como reproducir íntegros los *Apuntes biográficos* de que he copiado lo que antecede, y cuya lectura recomiendo, por su importancia histórica y crítica, á todos los que mantengan vivo el recuerdo del que sucumbió en Santa Agueda.

res, por nuestros paisanos; pero naturalmente, apenas si sus productos alcanzaban á cubrir los gastos. Fué, no obstante, su publicación benéfica á mi hermano, pues mi madre, preocupada con nuestro porvenir, escribió varias veces á su primo, residente en Madrid, el célebre escritor D. Serafín Estébanez Calderón, conocido en las letras con el pseudónimo de *El Solitario*, pintándole la situación en que nos había dejado la muerte de mi padre, y encomiándole las cualidades de su hijo mayor; en prueba de lo cual, no bien comenzada la publicación del periódico, le remitió los números en que aparecían trabajos suyos. Hubo de celebrarlos aquél, autoridad competentísima en la materia, en su respuesta; no tanto—decía—por lo que valían tales escritos, como por lo mucho que prometían, y sugirió á mi madre la idea de enviarlo á Madrid, bajo su patrocinio y dirección, lo que llenando de contento á ella y mi hermano, fuera del pesar de la separación, no tardó en disponerse, realizando el último su viaje á esta corte en Octubre de 1845.

Seguíle yo, por indicación de nuestro propio tío, poco más de un año después, ó sea en Noviembre de 1846, encontrando ambos en él un segundo padre, pues preocupándose ante todo de aliviar á su prima, nuestra madre, que tan costosos sacrificios venía haciendo, quedándole aún en Málaga tres hijos á quienes mantener y educar, comenzó, antes de mi llegada, por colocar á mi hermano con 8.000 reales en las oficinas centrales del ferrocarril, entonces en construcción, de Madrid á Aranjuez, de cuyo Consejo era Presidente su concuñado, el célebre capitalista malagueño D. José de Salamanca. Otro tanto hizo conmigo dos ó tres meses después de mi venida, si bien en distinta oficina de la propia empresa, con el sueldo de 5.000 reales, reuniendo así entre ambos 13.000 reales, pingüe ingreso en aquel tiempo para jóvenes de nuestra edad. No fué el expresado el único bien que nos dispensó nuestro tío. Impúsonos, como deber ineludible, el seguir carrera, obligando á mi hermano á completar los estudios para el bachillerato en Filosofía, que traía ya muy adelantados de Málaga, y á mí á emprenderlos, y más tarde á que aquél se matriculase en la facultad de Jurisprudencia, que así se llamaba entonces la de Derecho, y yo en las asignaturas de Ciencias morales y políticas, que permitían licenciarse en lo que se llamaba Administración, grado que no llegué á recibir por considerar

necesitaba él para obtener las notas que con tanto trabajo y asiduidad perseguíamos otros—y gracias si las alcanzábamos siempre.—Básteme decir que mientras fui estudiante—muchas veces se lo he recordado á mis hijos,—no asistí nunca á la romería de San Isidro, que se celebra, como es sabido, el 15 de Mayo por atender al repaso de las asignaturas.

Aunque mi hermano moderó un poco sus condiciones de carácter y hábitos, un tanto belicosos, desde su venida á Madrid, todavía me hallé, al día siguiente de mi llegada, con un conato de desafío y nada menos que á pistola. Era íntimo amigo suyo, al par que Cubillo, el joven como ellos D. Manuel María Barberi, aspirante al ingreso en una de las carreras facultativas militares y que algo más tarde, cuando se creó el Cuerpo de Telégrafos, llegó á ser uno de sus jefes distinguidos. Pues bien; ese Sr. Barberi, á quien yo sólo conocía desde la víspera, apareció en casa muy de mañana, en la del 16 de Noviembre de 1846, cuando todavía no se había levantado mi hermano, yo sí, y dirigiéndose á mí, á la vez que sacaba del bolsillo del gabán unas pistolas y se ocupaba de cargarlas, me dijo: «Querido Emilio: Hay que acostumbrarse á esto que ocurre con frecuencia aquí en Madrid, aunque espero, Dios mediante, que se arregle el asunto y no pase nada.» Tal indicación, haciéndome formar el peor juicio de la Corte, me hizo pensar desde luego que se trataba de un desafío de él ó de mi hermano. Lo primero, con escasa caridad de mi parte, me tenía sin cuidado ó importaba poco; lo segundo me interesaba mucho y comencé á preocuparme, preguntándole al momento quién era el que se batía.—Tu hermano—me contestó sin detenerse,—al que debes avisar que se vista (lo estaba haciendo ya), y pronto. Lleno por mi parte de disgusto, le repliqué: —¿Y el motivo?—Unas palabras que tuvo anteanoche con cierto joven en una tertulia que frecuentamos y á que asistirás tú también, y que en vez de ser explicadas satisfactoriamente por tu hermano, las agravó ayer en una conferencia que tuvimos.

Decir esto, aparecer mi hermano vestido y ponerse ambos en marcha, fué todo uno.

Quedé solo, con el sobresalto que puede suponerse, y sin atreverme á dar paso alguno, incluso el de ver á mi tío, á quien todavía no había saludado, por temor á que se disga-

tase mi hermano; pero al fin me decidí á perturbar á Cubillo, quien por todo consuelo dijo que tuviese paciencia, que él era corrio á los duelos; que al enterarse por mi mano del proyectado, se lo había censurado mucho, sin que le hiciera el más pequeño caso, y que lo que había que hacer ya, tener confianza en la Providencia.

Pasé, después de esto, una hora de verdadera impaciencia y amargura, al cabo de la cual entró mi hermano seguido de Barberi, cuyo alegre semblante y las señales que hacía, diéronme á entender que todo se había arreglado satisfactoriamente, confirmando lo luego de palabra.

No fué éste el último disgusto de tal naturaleza. Más adelante, ó siendo Director periódico *La Patria*, de la que me ocupé después, tuvo otro desafío, que se realizó, con el director de *El Herald*, D. Joaquín de Mora, y del cual salió éste ligeramente herido, aunque mi hermano no maestro en el manejo de dicha arma, si por iniciativa propia y consejos de Barberi había recibido algunas lecciones sin sacar semejante lance, que le permitiera afrontar, casi con deseo de su parte, el gro que entrañaba.

Otra vez, mucho antes de lo que acabamos de referir, y á poco del desafío, felizmente hecho, á pistola, estuvo á punto de ser víctima de su entereza y acaso de un mal entendido pundonor. A excitación de Robles Postigo, aquel redactor de la *Joven* Madrid, que se vino también, algún tiempo después que nosotros, á Madrid, fuimos cierto día, por primera y última vez, porque ni mi hermano ni yo fuimos nunca aficionados al género de fiestas, á comer callos en uno de los fonduchos de Chamberí, punto éste tanto más distanciado, aun encontrándonos el mismo sitio que hoy, del Madrid que tú conocemos. Hallábanse comiendo allí en diferentes mesas varios otros, y á nosotros por deferencia, ó por satisfacer mayor prisa nos colocaron en una sala del primer piso. Terminado nuestro almuerzo, satisfecho el importe y bajando la escalera, que daba, decirlo así, al paso ó zaguán donde estaban comiendo los otros, dos ó tres de ellos pertenecientes á una mesa ó grupo de ocho, nos dirigieron algunas frases burlescas y ofensivas, á las que contestó Robles, sin u-

que se hizo dueño del mismo, por cesión de aquellos, el entonces teniente general D. Manuel Pavía y Lacy, después Capitán general y marqués de Novaliches, el cual, aunque distanciado del general Narváez, que de nuevo había vuelto al poder, quiso dar á dicho periódico un tinte menos liberal dentro de su tendencia conservadora, y confió la dirección á D. Adrián García Hernández, logrando de mi hermano, con quien hizo íntima amistad, que continuase escribiendo algún tiempo más en él.

Había surgido en el ínterin, en el campo moderado, la disidencia de D. Juan Bravo Murillo, que rompió, como todo el mundo sabe, con el general Narváez, formando Ministerio, algún tiempo después, entre otros, con D. Manuel Bertrán de Lis, y de ese Ministerio, que apoyaba el general Pavía, obtuvo éste el nombramiento de gobernador capitán general de Filipinas, dejando de publicarse, desde aquel momento, el periódico *La Patria*, cuya redacción tenía ya abandonada mi hermano, yendo á escribir, tras un pequeño intervalo de tiempo, en otro titulado, si mal no recuerdo, *El Trono y la Nación*, fundado y dirigido por el diputado valenciano D. Fermín Gonzalo Morón, de tendencia política semejante, ó muy parecida, á la que representó, sobre todo en un principio, *La Patria*.

Si desde muy joven daba preferencia mi hermano al estudio de los clásicos y libros de historia, puede calcularse lo que haría á medida que avanzaba en edad, teniendo á su disposición el tesoro, digámoslo así, de la biblioteca de mi tío, rica como ninguna en materia de anales, crónicas y manuscritos. No era eso bastante para él, porque al cabo, y como decía en tono jocos, vivía de prestado. De aquí que su ocupación favorita, en vez de irse de paseo, fuese el recorrer los puestos, escaparates ó portales donde se vendían libros viejos, sin renunciar tampoco á los nuevos, para aumentar cada día su pequeña biblioteca en la proporción que le permitían sus recursos. No hacía lo que otros dos literatos de su tiempo, hermanos por más señas, y amigos suyos (los Sres. Sánchez de Fuentes), á quienes se atribuía que, molestados por tantos prospectos y entregas como se dejaban en su casa para suscribirse, pusieron un papel en la puerta, que decía: «Aquí se hacen, no se compran libros.»

Por sus aficiones literarias quiso mi hermano

ser presentado al gran Quintana, de quien recibió muy buenos consejos, concurriendo muy á menudo, casi diariamente, al *Parnasillo* ó café del Príncipe; y con alguna frecuencia también al *café de la Esmeralda*, en la calle de la Montera, punto de reunión, como aquel otro, de escritores y poetas. Desvivíase á la vez para asistir al Ateneo, del que era socio, y en cuya biblioteca se pasaba en ocasiones casi días enteros.

En el Parnasillo hizo amistad con autores dramáticos y literarios tan afamados como Hartzembusch, Rodríguez Rubí, Florentino Sanz, Gil y Zárate, Ferrer del Río y Núñez de Arce; éste era el más joven de todos ellos. En el café de la Esmeralda conoció asimismo á Mariano Zacarías Oazurro, Antonio de Trueba, Luis Eguilaz, Carlos Ochoa, Luis Mariano de Larra, Carlos Pravia, Diego Luque, Vicente Barrantes, Enrique Cisneros, Núñez de Prado y Eduardo Gasset y Artime, todos jóvenes de gran mérito, con quienes hizo amistad (1), intimando con los cuatro últimos y singularmente con Gasset y Artime, que vivió después con nosotros y á quien sus talentos, puestos de relieve en el periódico *El Imparcial*, que fundó y dirigió, le dieron más tarde acceso al ministerio de Ultramar, que tuvo á su cargo.

En el Ateneo, por último, hizo relaciones

(1) Ocupándose el exdiputado y distinguido escritor malagueño D. Manuel Casado, que he citado antes, de la reunión en el café de la Esmeralda, dice: «Un señor grave y serio que se sentaba en la mesa próxima á la de los jóvenes, excitó la curiosidad de éstos, que le tomaron por un agente de policía, hasta que tuvo una explicación con algunos de ellos, diciéndoles al final: «No me he de retirar de aquí, á pesar de todo, sin hacerles á ustedes una profecía de hombre de mundo y viejo. Entre los ilustrados jóvenes que forman esta tertulia, hay uno que se abrirá mucho horizonte y será gloria de España.»

Dióles las señas de Cánovas, cuyo nombre desconocía; se informó del lugar de su cuna y del género de estudios á que se dedicaba, y al saber que hacía la carrera de leyes, añadió: El las dará al país; porque su carrera ha de ser el Parlamento, con el que ocupará los más altos destinos de la Patria. Sacó entonces una tarjeta personal suya, y poniéndola sobre la mesa, dijo: Ese es mi nombre, si cualquiera de ustedes, en cualquier tiempo, cree que puedo servirle para algo, en mí encontrará un admirador entusiasta y un amigo.

Cuando, después de una reverente corteía, el caballero se retiró con el que le acompañaba, para no volver más, en efecto, por aquel sitio como había ofrecido, los jóvenes de la tertulia literaria del café de la Esmeralda se echaron sobre la tarjeta, que contenía este nombre «Joaquín María López.»

Era el orador parlamentario de tanto renombre, que a poco tiempo murió.»

CANOVAS DEL CASTILLO

o y la
tran-
a—yo
á mi
no guardaba el menor rencor. Gasset, lleno de razón, rechazó con energía la impostura, con tanto más motivo, me decía después en tono entre furioso y acongojado, cuanto que estaba para casarse—y en efecto, hasta había recibido algunos regalos de boda,—y podía tal suposición perjudicarle en extremo.

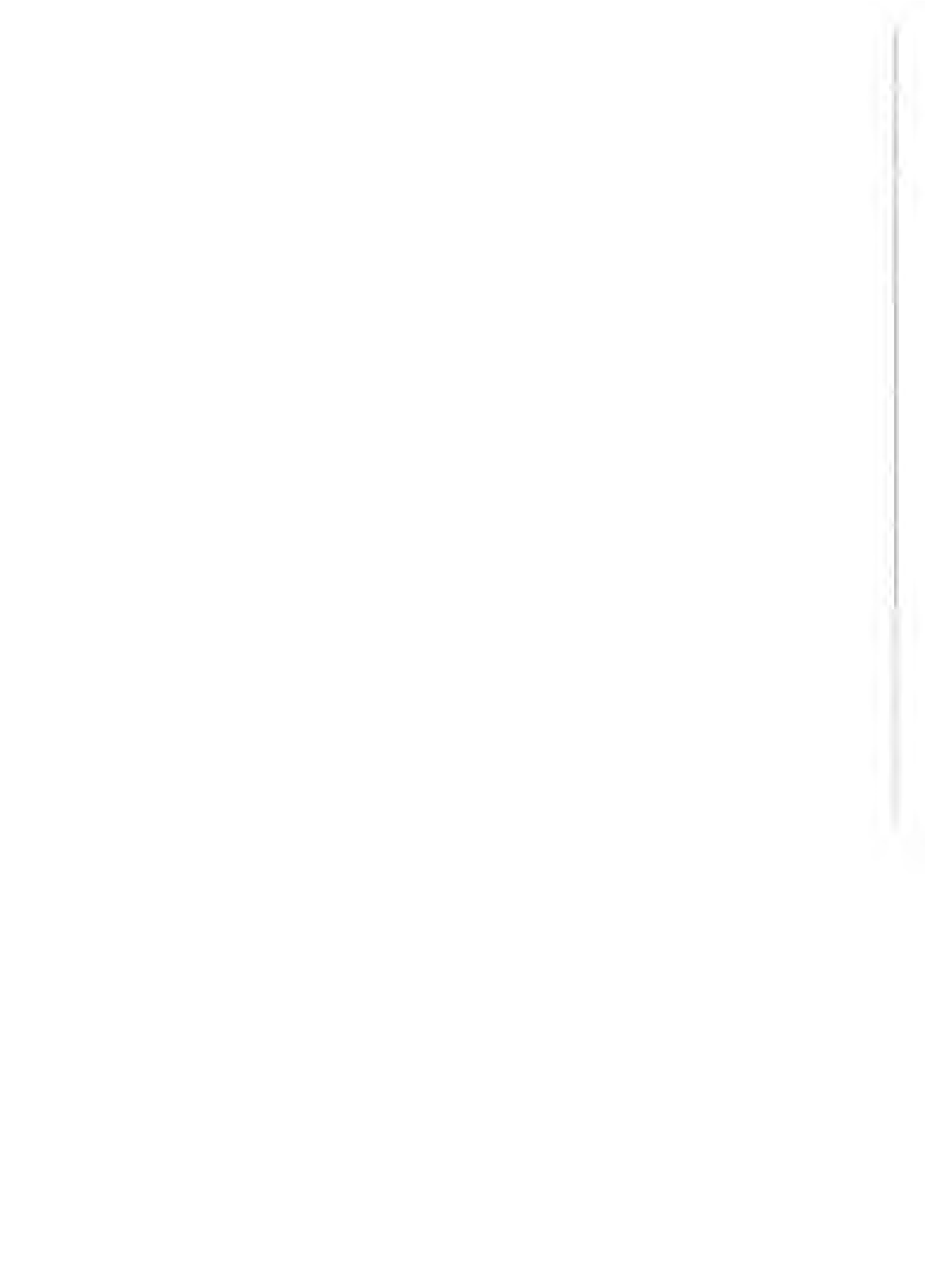
í—en
ba la
or, en
o que
nente
abier-
Adoptó, é hizo bien, aunque con sentimiento nuestro, la resolución de marcharse, que por su parte celebró también la pupilera, pues eso le evitaba, decía ella, dados sus escrúpulos y severidad en la materia (haciendo como que no habíamos caído en lo del oficial), tener que despedirle, y así acabó, envuelto en el misterio, el suceso que á todos nos preocupó, menos á la huéspedada á quien me refiero, durante algunos días.

graví-
ocu-
res-
gó mi
o re-
peda
que
en el
Desde 1854, ó poco después de lo que acabo de referir, comienza, por decirlo así, el periodo álgido de la vida de mi hermano, del cual no he de ocuparme, según manifesté al principio, por corresponder á otros juzgar al mismo bajo los distintos aspectos de político y orador, hombre de ciencia, escritor é historiador. Diré tan solo, por tratarse de hechos íntimamente ligados con su persona, que fué auditor de Guerra y oficial del ministerio de Estado en el citado año, cargo el primero que no llegó á desempeñar. Agente de preces en Roma, en defecto del embajador, por hallarse interrumpidas las relaciones de España con la Santa Sede, y cuyo sueldo y derechos ahorró en mucha parte para traerse, como se trajo de allí, un cargamento de libros; diputado por primera vez, elegido por Málaga, en las Constituyentes de 1854 á 1856 (1); gobernador civil de Cádiz en 1857, ó durante el Ministerio del general Armero; director general de administración en tiempo del general O'Donnell, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Posada Herrera; subsecretario del mismo en 1861; ministro de la Gobernación en 1864 (2), ó en aquel Ministerio que se llamó Món-Cánovas; de Ultra-

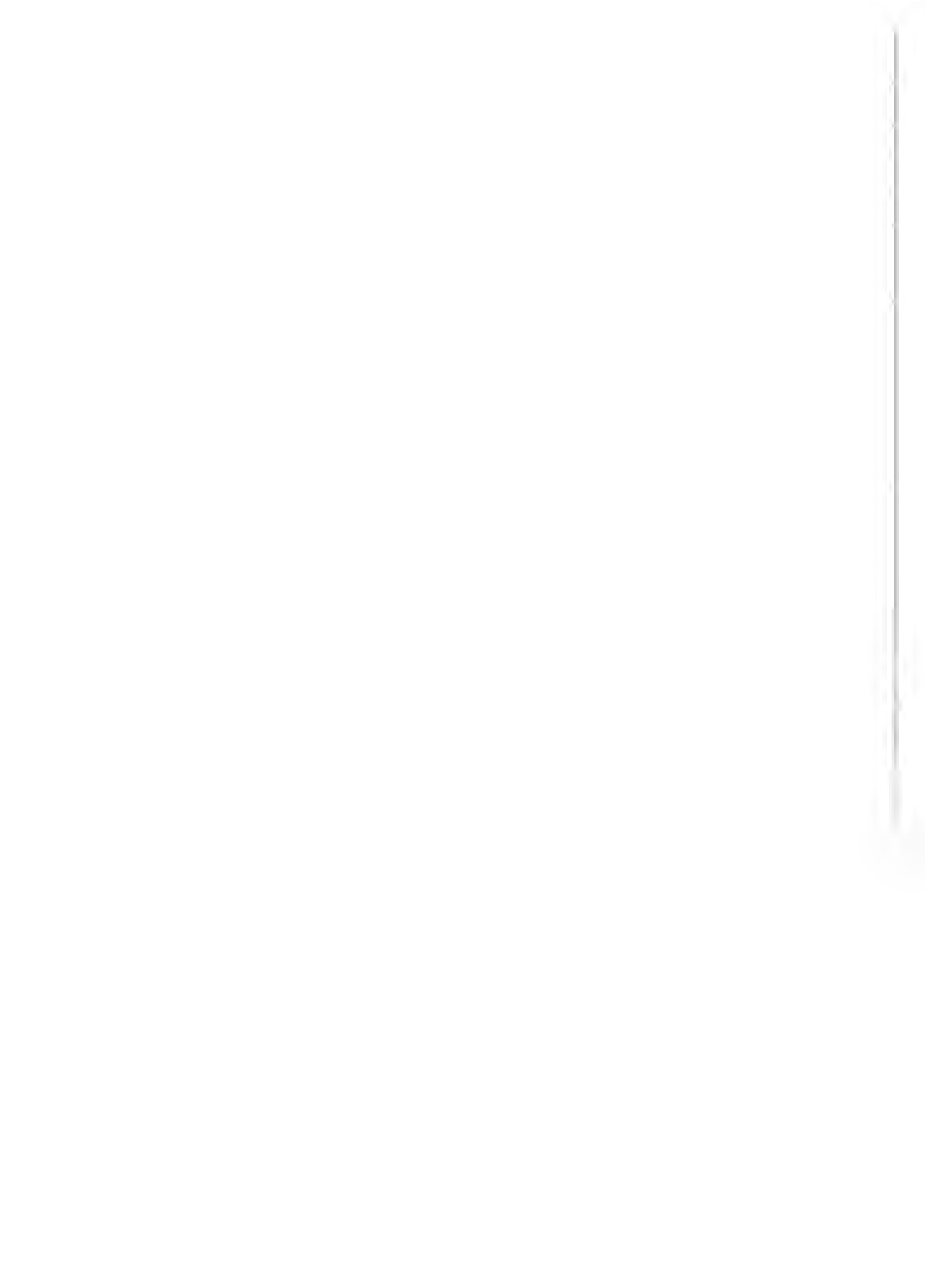
rma-
se á
(1) Fué elegido después, en 1858, por Cieza (Murcia) y por esta capital; por la misma en 1863; por Málaga y Cieza en 1864; por Málaga, Cádiz y Murcia en 1865; por Málaga en 1866; por Lorca (murcia) en 1869; por Cieza y Yecla en 1871, por Yecla y Murcia en 1872, por Murcia y Madrid en 1876, por Madrid y Murcia en 1879; por Madrid y Cieza en 1881, optando por Madrid, por Madrid y Cieza en 1884; por Cieza en 1886; por Murcia y Cieza en 1891; por Murcia en 1893 y en 1896.

(2) Y no lo fué antes por no haber aceptado dicha cartera en el Ministerio Arrazola.

ra—







ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

, tomó en sus
D. Antonio Cá-
huela y profe-
San Telmo, de
tasa al saber,
na del Castillo
na, las líneas
dominio sobre
rseverancia en

de su padre,
ad transcurrió
amentales y de
de inclinarlo
na, él puso de-
rigiese por los
o fué en ellas,
erato, y en los
tud, fundó en
Joven Málaga,
su musa y las
su precoz en-

ismo año apa-
m literario que
pañol. Su tío y
nez Calderón,
3) y única per-

pequeñas rectifi-
lo trabajo del se-
unque de escaso
aría no fué pro-
director de las
; y en cuanto al
madre del señor
haciéndole justi-
hos, pero al cabo
fué vendiéndolos
costear los viajes

era hija de don
re el artículo del
ritor malagueño,
sta Moderna, co-
, que transcribi-
ede á éste sobre
as del Castillo.—

Málaga, sino en
estudio del latín
E. C.
tuocho menos, su-
ro, el ilustre don
mano de la ma-
Sevilla y exaudi-
jército que man-
z de Córdoba,—

sona de quien el mismo Cánovas del Castillo
ha escrito después que recibió auxilios y pro-
tección, le proporcionó aquel mismo año un
modesto empleo en las oficinas del Consejo de
Administración del ferrocarril de Madrid á
Aranjuez, y le indujo á disponerse en las aulas
de San Isidro á la preparación para cursar el
Derecho. En las Academias de San Isidro,
desde entonces, comenzó á distinguirse por la
facilidad de la palabra y la originalidad de
su concepto en los ejercicios orales que susten-
taban los alumnos de aquellas aulas, entre los
que se contaba el señor Castelar, á quien siem-
pre profesó cariñosa amistad (1).

Admitido entre sus condiscípulos, inauguró
el mismo año 1845 también la cadena de rela-
ciones literarias entre los compañeros de su
edad, á que prestaba una sombra lisonjera la
reputación de su ilustre deudo, el escritor in-
signe que suscribía sus obras con el pseudónimo
El Solitario, en cuya unión visitó por primera
vez los salones, ya decadentes, del *Parnasio*,
así como con sus colegas de estudio contribu-
yó á formar el círculo juvenil del *Café de la*
Esmeralda. Desde 1847 aparecieron con mayor
frecuencia sus composiciones poéticas en el
Semanario Pintoresco Español, estableciendo el
curso creciente de la publicidad de sus obras,
no interrumpida desde entonces durante toda
la vida.

Tercer año de Derecho estudiaba en 1849.
en que, con el concurso de Ríos Rosas, Be-
navides y Gonzalo Morón, fundó Pacheco el
periódico *La Patria*. En este periódico sentó
Cánovas del Castillo plaza de redactor, junta-
mente con D. Eulogio Florentino Sanz. El ce-
lo de su laboriosidad se halla representado en
sus columnas por el número considerable de
artículos de crítica de teatros, crítica litera-
ria, crítica histórica y filosófica y poesías, al-

y á la sazón ó cuando Cánovas llegó á Madrid desempe-
ñaba la secretaría del Consejo de administración del
ferrocarril de Madrid á Aranjuez, en construcción en-
tonces, de que era presidente su cuñado D. José de
Salamanca, cargo que le permitió procurar á su sobri-
no el destino de que se habla, dotado con 8.000 reales.
D. Serafín Estébanes Calderón fué promovido á poco,
ó en 1847 á ministro togado del Tribunal Supremo de
Guerra y Marina, lo que le dió condiciones legales para
ser nombrado después Consejero de Estado, cuando se
creó ó restableció en 1860 el Consejo de dicho nombre,
que vino á sustituir al Consejo Real, suprimido en 1854,
destinándose á Calderón á la sección de Guerra y Ma-
rina.—E. C.

(1) Y también el Sr. Martos.—E. C.

pués de haber rechazado el puesto que en su breve Ministerio le ofreció Ríos Rosas en el de la Gobernación; recibió de mano de su Mecenas, el general O'Donnell, en el mismo campamento de Vicálvaro, la investidura de la carrera jurídico-militar, y después de las jornadas de Julio, de su favorecedor Pacheco la credencial de oficial tercero de la secretaría de Estado, que se firmó el 12 de Agosto siguiente, ascendiendo el 30 de Enero de 1855 á oficial segundo para ir á Roma á desempeñar la *Agencia de Preces* al lado del eminente jurisconsulto que dejó al general Zabala su cartera para representar como embajador á España cerca de Pío IX (1).

Las relaciones entre la Santa Sede y España se interrumpieron en Mayo del mismo año, y Cánovas recibió, con fecha del 25 de dicho mes, el nombramiento de *Encargado de Negocios* (2), que desempeñó con nuevos ascensos á oficial primero en 15 de Junio y con la comisión de llevar la correspondencia en Roma en 9 de Agosto. Todavía en 9 de Enero de 1856 fué elevado á oficial segundo primero de la secretaría de Estado, y en 1.º de Mayo á primero segundo, hasta que el 10 de Octubre del mismo año fué declarado cesante por renuncia de su destino.

En este tiempo, las Constituyentes de 1854 á 56 le admitieron en el seno de la Representación Nacional, elegido por Málaga, y en aquellas Cortes inauguró brillantemente su carrera

(1) Interrumpidas las relaciones con la Santa Sede, cuando Cánovas fué á Roma, no había Embajador, y por eso se le encomendó la Agencia de preces que en otro caso corresponde siempre al que representa á España cerca del Vaticano.—E. C.

(2) No obtuvo más nombramiento que el indicado de *Agente de preces* y encargado de la correspondencia, pues interrumpidas como queda dicho las relaciones, no cabía lo de *Encargado de Negocios*, que supone siempre una representación diplomática y que, tratándose de la Santa Sede, cerca de la cual, España tuvo siempre Embajador, solo podía verificarse en ausencia ó vacante del mismo.

Pruébalo sobre todo la credencial, que decía así:

«Teniendo en consideración la Reina (q. D. g.), los méritos y circunstancias que concurren en usted, se ha servido disponer pase usted á Roma en calidad de oficial primero de esta Secretaría, y con el sueldo que actualmente disfruta á desempeñar, en comisión, el cargo de Agente de preces y encargado de la correspondencia. Es también la voluntad de S. M., se reserve á usted el puesto que actualmente desempeña en esta Secretaría, teniendo opción á los ascensos que en la misma puedan corresponderle durante el tiempo de esta comisión, como los demás individuos que sirven en ella. De Real orden, etc. San Lorenzo 9 de Agosto de 1855.—E. O.

de orador político, así como su estancia en Italia, no sólo le abrió los anchos horizontes de la diplomacia, teniendo ocasión de negociar personalmente con el Cardenal Antonelli y de intervenir en los arduos asuntos que prepararon la celebración del Concordato, sino que, aprovechándose de los archivos y satisfaciendo inclinaciones propias, pudo estudiar sobre la misma Ciudad Eterna el lugar del *Asalto y saco de los españoles*, que en erudita epístola dirigió á su tío Estébanez Calderón, y aun hacer un viaje especial para estudiar también sobre el mismo campo de batalla *El barcho ó parque de Pavía*, de que en otra carta, no menos erudita, dió extensa noticia al marqués del Duero, á quien siempre tuvo en grande estima.

Todos estos trabajos históricos y las peregrinaciones artísticas que por Italia hizo, ya para refrigerar y cimentar más sólidamente su instrucción en los antiguos clásicos, ya para depurar su gusto en las artes, los redujo á artículos que por vez primera vieron la luz en las páginas de *La América*, revista científico-literaria que estableció por mucho tiempo el lazo de la fraternidad literaria entre toda la antigua América española y España, y que en los primeros años de su existencia fué la publicación de mayor autoridad que entre nosotros ha germinado.

En 1857 fué gobernador civil de Cádiz, bajo el Ministerio Armero-Martínez de la Rosa; pero al formarse el Gabinete largo de la Unión liberal, el 30 de Junio de 1858, bajo la presidencia del general O'Donnell, Posada Herrera lo llamó á la Dirección general de Administración en el ministerio de la Gobernación, de donde, en 1860, pasó á la subsecretaría del propio departamento. Sus trabajos literarios más importantes por aquel tiempo fueron los *Apuntes sobre la Historia de Marruecos*, que también publicó en *La América*, y los notables artículos sobre la *Batalla de Rocroy* y *Las relaciones de España y Roma en el siglo XVI*, que desde el primer número de su aparición dieron un gran relieve á la *Revista de España* en todo el primer año de su fundación. Estos trabajos determinaron ya su ingreso en esta Real Academia de la Historia, donde disertó por vez primera *Sobre la dominación de los españoles en Italia*, y donde fué apadrinado por su tío y antiguo académico D. Serafín Estébanez Calderón. A los tres años tocábale á él recibir á otro casi malagueño, también ilustre, al

titud de discursos y artículos publicados en *La Época* y en *El Tiempo*; el discurso de recepción de D. Manuel Silvela en la Academia Española (1871), y de D. Vicente Barrantes en la de la Historia (1873), y, sobre todo, los discursos del Ateneo en los dos bienios de 1870 y 71, de 1872 y 73, en los que dilucidó la política internacional de España con motivo de la cuestión de Roma (1870); el optimismo y pesimismo en las corrientes de la opinión (1871); el problema religioso ante el problema social (1872), y la libertad y el progreso con motivo de las tendencias anárquicas de la democracia revolucionaria (1873).

La augusta proclamación de Sagunto hizo salir á Cánovas de los salones del Gobierno civil, donde se hallaba detenido, á formar el Ministerio-Regencia en la noche del 31 de Diciembre de 1874. Confirmada la jefatura del poder responsable en él por Real decreto de 9 de Enero de 1875, su labor intelectual se multiplica de una manera admirable, habiéndose propuesto modelar la profunda evolución política y social que el reinado de D. Alfonso XII conlleva traía por los principios históricos y científicos que habían informado su plan de restauración. Desde la reunión de los notables en el Senado y la convocatoria de las primeras Cortes del nuevo reinado, el empleo de sus facultades orales solamente en el Parlamento constituye una labor intelectual verdaderamente extraordinaria. En la legislatura de 1876 á 77 pronunció en el Congreso 126 discursos y 26 en el Senado; en la de 1878 otros 86 en el Congreso y 68 en la de 1879 á 1880; en la de 1881 pronunció en la misma Cámara 103. En la primera de las legislaturas referidas pronunció siete discursos sobre el viaje del Rey al Ejército del Norte y el estado de la guerra con los carlistas; nueve sobre el Mensaje de la Corona, 11 sobre la Constitución, 12 sobre los presupuestos y 20 sobre las garantías constitucionales. En la legislatura de 1879 á 1880 pronunció 15 discursos sobre el Mensaje, 16 sobre reformas de Cuba y seis sobre el ejercicio de la regia prerrogativa. Esta labor tan continua y tan asidua ni en un ápice disminuyó, antes bien, estimuló más y más el aguijón de sus estudios, principalmente en la Filosofía social, en la alta Jurisprudencia y siempre en la Historia. La Academia Española le oyó disertar en 1878 sobre *Literatura aljamiada*, en la recepción del nuevo académico

D. Eduardo Saavedra; la de la Historia sobre *Geología y protohistoria ibéricas* en 1889, en la recepción de D. Juan Vilanova; en la de Ciencias Morales y Políticas impugnó en 1881 las teorías novísimas de Darwin y Spencer en su propia recepción; en la de Bellas Artes de San Fernando dió nuevos preceptos á la belleza en el arte en 1887, y de otras elevadas cuestiones de Derecho trató en la de Jurisprudencia y Legislación en 1892. En el Ateneo, después de conmemorar el recuerdo de Moreno Nieto en 1882, disertó sobre *Las naciones y su concepto*; en 1884 sobre los *Maestros que habían ilustrado su cátedra*; en 1889 sobre el *Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas*, y en 1890 sobre la *Cuestión obrera*.

Desde 1883 inicia una nueva serie de publicaciones propias con *El solitario y su tiempo*; en 1887 recopila sus *Obras poéticas*, y su estudio de crítica literaria en otro volumen titulado *Arte y Letras*. En 1888 da á la estampa sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, y desde 1844 á 1890 sus tres volúmenes de los *Problemas contemporáneos*. La Sociedad Geográfica de Madrid le ve preparar en 1881 á 1892 los dos Congresos americanistas; en 1879 el Centenario de Sebastián de Elcano, y en 1892 el del descubrimiento del Nuevo Mundo, habiendo ya presidido el 12 de Noviembre de 1883 el Congreso español de Geografía colonial y mercantil. Las Corporaciones económicas de Barcelona en 1888, y el Circulo de la Unión Industrial de Madrid en 1895, le aplauden en la defensa de los intereses de la producción nacional, en tanto que los Circulos militares de toda España le erigen en su más alto protector por la defensa de las leyes constitutivas del Ejército y por la del renacimiento de nuestras fuerzas navales. En 1880 mereció el honor de presidir el Congreso internacional de Madrid sobre la cuestión de los protegidos en el Imperio de Marruecos, á la vez que su constante iniciativa ó su resuelta protección promueve ó impulsa Centenarios como el de Calderón de la Barca y el de los Marqueses de Santa Cruz de Mudela y de Santa Cruz de Marcenado; Exposiciones artísticas, industriales é históricas, como la internacional de 1892.

A él son debidas las obras colosales de restauración de los archivos de Alcalá de Henares y de Simancas; él dota de nuevas monumentales moradas á la Real Academia Espa-

pal au-
vil que
lineario
197, im-
yector,
stencia.
perpe-
añolas.
puntos
s Dolo-

ras decía el año 1885 de su ilustre amigo :
« Cuando estemos todos en ese campo sin
odios que se llama el cementerio, las gentes
cruzarán indiferentemente por el lado de nues-
tros sepulcros olvidados, mientras no ha-
brá un solo español que para honrarse á sí
mismo y á su patria no se descubra reverente-
mente al pasar por delante de la tumba de
Cánovas. »

ner mera importancia individual para adquirirla colectiva, convirtiéndose en la personificación, en la encarnación, en el símbolo de una idea, de un partido, de una época, de un pueblo, es preciso comprenderlo y juzgarlo en amplia síntesis, prescindiendo de análisis menudo. Y pocos ejemplos podrían citarse tan insignes como Cánovas. Si de Leibnitz se ha dicho, para encomiar la generalidad de las aptitudes de su genio, que en su tiempo llevaba de frente todas las ciencias, de Cánovas es justo afirmar que ha llevado de frente durante un largo período, los hombres y los acontecimientos de su patria.

Pero la tarea que me está encomendada, y de cuyas condiciones no puedo apartarme, es necesariamente de modesto análisis.

Tropiezo, además, con otra dificultad. Estas necrologías académicas tienen por principal objeto recoger, para procurarles alguna perpetuidad, las noticias biográficas de los fallecidos; y tratándose de Cánovas, ni lo que yo ahora escriba ha de contribuir á dar mayor duración á su memoria, ni cabe reducir al breve espacio de un discurso lo que exigiera muchos tomos.

Se puede componer extensa autobiografía de Cánovas recogiendo, con trabajo que habría de ser largo y prolijo, entre sus discursos parlamentarios y académicos, sus monografías y artículos de revistas, sus trabajos históricos y literarios y sus prólogos á obras propias y ajenas, las explicaciones, las defensas de sus actos, las noticias de lo que en cada ocasión hizo, ó dijo, ó pensó. Fué muy cuidadoso de justificar sus obras y sus ideas; y como no conoció pereza para estudiar, para argumentar ni para escribir, apenas hay en su vida cosa que él no haya dejado explicada. De él mismo son estas palabras: «Cuando voluntaria y deliberadamente me pongo á discurrir delante de mis conciudadanos, ningún interés cabe en mí que pueda igualarse al de adquirir ó conservar su estimación» (1).

Faltándome el tiempo, no el deseo, para realizar el plan de escribir una larga historia de Cánovas exclusivamente con textos suyos, aprovecharé, sin embargo, los que vaya encontrando al paso para este trabajo, por su propia índole más ligero, en que ahora he de ocuparme.

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. I.

I

ESTÉBANEZ CALDERÓN, PROTECTOR Y MAESTRO DE CÁNOVAS

A fines de 1845 llegó Cánovas á Madrid. Tenía diez y siete años, era huérfano de padre y la suerte le imponía la obligación de ser por entonces el protector de su madre y de cuatro hermanos, todos menores que él.

Entre las pocas noticias que quedan de sus antepasados, es la más interesante la que él mismo da en las siguientes frases, al reseñar la desigual lucha sostenida el 5 de Febrero de 1810 por las temerarias turbas malagueñas que, acompañadas de poquísima fuerza militar, osaron salir al encuentro de la caballería imperial, á campo abierto: «Tomó parte principal en aquel desesperado combate mi abuelo materno, veterano y valeroso oficial, mal curado aún de las quemaduras que recibiera en las famosas baterías flotantes de Gibraltar, de donde, según escribió más tarde Estébanez, pudo salvarse ganando á nado la tierra, para morir luego, no lejos de la ermita de los *Martiricos*, atravesado por muchas lanzas» (1). Ya en su raza, y unido á él por próximo vínculo de la sangre, había habido un mártir del deber patriótico.

Halló amparo en otro deudo próximo de su madre, en D. Serafín Estébanez Calderón, á quien ha manifestado su gratitud en las siguientes nobles y amarguísimas frases, al terminar la biografía y el juicio crítico que le dedicó: «Ningún ruido hizo su muerte; tan sólo sus deudos y amigos íntimos la lloraron ó deploraron cuanto se debía. Que dije ya al principio de este libro que no fué nunca escritor popular, y dije también, y es ciertísimo, que no alcanzó en vida toda la estimación y aprecio que su mérito reclamaba. Si lograse yo ahora llamar la atención sobre sus obras, ya que de nuevo se piensa en reunir las y darlas juntas á luz, bien recompensado consideraría mi desaliñado trabajo. Pero si esto siquiera no lograse, habré cumplido de todos modos el deseo que me ha movido á escribir, y que, no satisfecho, hubiera positivamente entristecido el fin de mi carrera. A nadie le importa saber, pero á mí me cuesta trabajo callar, que él es la única persona de este mundo á quien

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. I.

juicio respecto á éste, en pocos días formado, y que ya el lector conoce, fué de todo punto idéntico al que formé yo luego, en dos años de observación atenta, é inspirada por un interés sincerísimo á favor del Pontificado, como saben los muchos que me oyeron hablar, no todos, naturalmente, con gusto ni aplauso, cuando volví de Italia...

« Confundida en gran parte su vida y la mía, durante sus postreros años de actividad y los primeros de mi carrera literaria y pública, nada ha habido más diferente después » (1).

.....

II

CÁNOVAS, POETA LÍRICO

Desde muy temprano compuso Cánovas y publicó versos sobre asuntos varios, y de haberlo hecho se mostró más adelante arrepentido. He aquí los términos severos con que, al coleccionar algunos de sus anteriores escritos, se expresaba en 1868: « Bueno es saber ante todo que no le pesaría (al autor de los mismos) de hallarse aún á tiempo de conceder ó negar los honores de la publicación á los más de sus trabajos literarios. Otra que es, quizá sería su determinación entonces. Ni los puestos académicos que sin merecimiento ha alcanzado, ni la aprobación benévola con que han honrado sus escritos á veces personas de competencia no común, sería probable que bastasen para salvar á muchos del olvido ó del fuego, si la voluntad del autor pudiera conservarlos hoy, ó no, tan libremente como su razón juzgarlos. Pero no hay medio de prescindir de que tales como son se hallan ya casi todos en distintas formas publicados. »

.....

Diez y nueve años después de expresarse así, en 1868, decía Cánovas en nuevo prólogo de nueva colección de sus poesías líricas (2): « No he cumplido mi promesa de dejar

en adelante de escribir versos porque, desde luego, semejante propósito era temerario, habiéndole formado en edad poco avanzada todavía; y además, porque la revolución que estalló aquel año abrió tal paréntesis en mi carrera política, que para todo género de trabajos me dejó tiempo sobrado. Las ocasiones, poco frecuentes, en que dirigí mi voz á las Asambleas de aquella época no bastaban á consumir mi actividad, y de nuevo dí libre curso á mis aficiones literarias. He escrito, pues, nuevos versos, á los cuales es aplicable de todo punto cuanto dije de los publicados en mis *Estudios literarios*; y aun no miento si aseguro que tendría buenas razones para ampliar y fortalecer más lo que entonces escribí. Si mis nuevos versos no anduvieran ya impresos como los antiguos, hoy menos que nunca me costaría sacrificio alguno imitar vivo y sano á los autores graves, de quienes se cuenta que á la hora de la muerte mandaron quemar los suyos inéditos. Nunca he hecho profesión de poeta: y la poesía, aunque otra cosa piensen los profanos, es arte que debe cultivarse formal y casi exclusivamente, si ha de dar sazonado fruto. Otras ocupaciones notorias, y de muy distinta índole, han sido las mías, salvo breves espacios de tiempo; y todas, más bien que compatibles, han solido ser enemigas de la poesía. Por virtud de ellas, no de mis trabajos poéticos, he alcanzado la poca ó mucha estimación que en este mundo merezca. Nada, pues, más prudente y hacedero para mí que condenar á absoluto olvido unos trabajos que tan dudoso es que realcen mi nombre » (1).

.....

Me atrevo á creer que á Quintana, el gran poeta y el ilustre crítico, á Pacheco, el insigne maestro de toda especie de literatura, y á Estébanez Calderón, el cáustico é implacable censor, les merecieron las obras poéticas de Cánovas más benévolos juicios que han solido merecer á algunos escritores que tengo también la osadía de no considerar superiores á aquellos tres.

Pero es indudable que no brilló en esto como en otras tantas cosas en que se apoderó con admirable facilidad siempre de los primeros lugares. Tenía imaginación exuberante, que

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. VII.

(2) El propio Cánovas en el prólogo de sus *Estudios literarios*.

(1) *Obras poéticas*, prólogo.

IV

CÁNOVAS, HABLISTA

En nada pusieron tanto empeño Estébanez y Cánovas para la mejor educación literaria de éste, como en el ejercicio de la antigua habla española, en cuyo manejo era tenido aquél, y no sin motivo, por consumado maestro. Ya Cánovas nos lo ha dicho en las frases que antes fueron copiadas: «Por largo espacio de años, en el entretanto, la suerte y el parentesco le pusieron á la par en el caso de escuchar de continuo las lecciones de D. Serafín Estébanez Calderón, uno de los grandes y doctos ingenios de la época, el cual no perdonó esfuerzo alguno para aficionarle á sus eruditos trabajos é infundirle su propio y feliz amor á la lengua castellana, que es sólo empleada con verdadera gloria por los que la aprenden á costa de inteligentes y tenaces estudios» (1).

Volvió á declarar Cánovas varias veces que una de sus ambiciones fué sobresalir en el empleo del habla española, y que ese deseo se lo había inspirado Estébanez. Al comenzar su discurso de recepción en la Academia de la Lengua, decía: «No se niega ya tampoco la posesión de estos escaños á aquel amor sincero, si no siempre correspondido, que en medio de la turbación de los tiempos guardan algunos al arte de bien decir, que tanto ennoblece al hombre. De estos soy yo, señores, sin duda alguna; y si el deseo de emplear con acierto la hermosa habla heredada, que en mí despertó un maestro insigne á quien han de echar de menos por no corto espacio las letras, bastase á merecer tal recompensa, no sería, por ventura, de los menos dignos de alcanzarla» (2).

Sentía Cánovas grande admiración por la manera de escribir de Estébanez. De él dice que «el escritor á quien más especialmente se asemejaba, y por de contado con gran provecho, es Cervantes» (3). Con Quevedo lo compara más de una vez, dándole en varios conceptos la ventaja. Aludiendo al *Manual del Oficio en Marruecos*, dice: «No hay batalla mejor narrada en castellano que la de Alcázar-Kébir, por Estébanez» (4). Después de copiar

el retrato que éste hizo del almogávar, exclama: «¿Hay cosa mejor en todo Mendoza ni en Melo? Respondan las personas de gusto y amantes fieles de la divina lengua en que aquellos insignes historiadores escribieron» (1). Y esas citas, y otras muchas que pudieran hacerse, son innecesarias, sabiendo que Cánovas dijo de Estébanez, en términos precisos y concluyentes: «Yo pienso que entre los prosistas castellanos poquíssimos le igualaron durante nuestro siglo de oro; y si alguno le superó entonces, no tan sólo no le ha superado nadie, sino que, para mí, ninguno le ha igualado después» (2).

Como muestra del género literario, que sin duda tuvo grandes deseos de imitar, cita Cánovas grandes párrafos de las *Escenas andaluzas*, de Estébanez, en que hay un sorprendente derroche de ingenio y un lujo deslumbrador de bellezas de estilo pintoresco que fascinan, por la facilidad pasmosa y el singular mérito con que aquel escritor manejaba el idioma.

.....
.....
.....
.....

Cuando Estébanez empleó los primores del habla española en asuntos graves, Cánovas siguió sus huellas con fortuna. Como muestra de lo que valía la pluma de su protector, copió el retrato que trazó de los almogávares. Si no me lo impidiera el temor de alargar demasiado el estudio necrológico de que estoy encargado, reproduciría aquí aquella hermosa obra de estilo literario, poniendo á continuación la descripción que Cánovas hizo del infante español de los tercios de Italia y de Flandes. Ni por las líneas, ni por el colorido, creo que á nadie le pareciese inferior la pintura del segundo á la del primero.

De todas maneras parece justo suponer que aquellos empeños del tío y del sobrino por ejercitar á éste en la imitación de los buenos escritores del siglo xvii contribuyeron á darle la admirable facilidad que poseía para improvisar por escrito y de palabra, y la riqueza de vocabulario y de recursos retóricos de que disponía.

Al lado de brillantes cualidades hay que notar que el empleo frecuente del hipérbaton,

(1) *Estudios literarios*, prólogo.

(2) *El Solitario y su tiempo*, cap. IV.

(3) *El Solitario y su tiempo*, cap. XIII.

(4) Cap. XII.

(1) *Ibidem*.

(2) Cap. I.

Antes que apeteciéndolo, por acaso, intervine prematuramente en las cosas públicas; abracé después con empeño, y hasta con entusiasmo, la carrera de la Administración pública, sirviendo como mejor supe al Estado, ora dentro, ora fuera de la Península; faltóme oportuna ocasión más tarde para deshacer lo andado, tomando el rumbo hacia mis primitivos intentos; y combinados con estas y otras privadas causas sucesos muy excepcionales, vine por último á dar en mi situación presente. Algunos pensarán que he ganado; quizá opinen otros lo contrario. Tened en todo caso por cierto, y es lo importante, que en mi apartamiento de la carrera con que todos aquí os honráis ú os queréis honrar, ha habido mucho de fortuito é indeliberado.»

Tuvo también por aquellos días el intento de probar fortuna en el teatro.

Recuerdo, en efecto, todavía que en la tarde de un domingo, allá por 1847, nos reunimos Cánovas y yo para leernos mutuamente algunos trabajos literarios. Yo sometí á su censura algo que había compuesto; y él me leyó un drama que estaba escribiendo, y que no había aún terminado. También en aquella obra se manifestaba su constante inclinación al examen de los hechos históricos, pues había tomado como asunto para ella amores de la famosa Princesa de Évoli.

Todavía hay que apuntar otro género de estudios en que, como en la abogacía ó en el arte dramático, no había de ejercitarse en lo sucesivo, aunque á cultivarlo lo estimulara Estébanez, á cuyas indicaciones obedeció en otras cosas. Después de referir que en casa de su deudo conoció á varios literatos, dice Cánovas lo siguiente: «Años más tarde trabó Estébanez relaciones, por mediación mía, con D. Francisco Javier Simonet, hoy catedrático de árabe en Granada, y, como á todo joven que se le presentaba, sin excluirme á mí, preguntóme ante todo si quería tomar sus lecciones de árabe; Simonet aceptó, y en ello ha hallado base para adquirir reputación y una honrosa carrera profesional. En cuanto á mí, el demonio de la política, que ha quebrado las más espontáneas y decididas aficiones de mi vida, sedújome muy pronto, casi adolescente, y no supe aprovechar en el precioso cultivo de la

lengua árabe el espíritu propagandista de mi pariente» (1).

Así, antes de llegar á la mayor edad, había hecho Cánovas con brillantez sus pruebas de periodista político, literato, novelista, poeta lírico, historiador y estudiante de leyes; había pensado en ser autor dramático y en ejercer la abogacía; se había ejercitado con perseverancia en la imitación de los grandes hablistas españoles del siglo XVII, y había atendido con solícito afán al cuidado de su madre y de sus cuatro hermanos.

No había llegado el momento de que apareciesen en él el economista ilustre, el insigne sociólogo, el gran orador parlamentario, el eminente hombre de Estado.

VII

DE 1854 Á 1863

Cánovas, hombre político y funcionario del Estado.

Tomó parte Cánovas en los preparativos para la insurrección militar de 1854. Prestó sus auxilios personales á O'Donnell en los diferentes domicilios en que estuvo escondido durante la conspiración, habiendo tenido él mismo que ocultarse por espacio de algunos meses. Trajo y llevó después del combate de Vicálvaro varios mensajes, sirviendo de intermediario entre los generales sublevados y los hombres políticos que estaban en connivencia con ellos y habían permanecido en Madrid. Tuvo parte principal en las deliberaciones de que fué resultado el Manifiesto de Manzanares, en el que para obtener la cooperación del partido progresista, que permanecía frío y remiso respecto de la empresa peligrosa de O'Donnell y de Dulce, ofrecieron éstos restablecer, si triunfaban, la Milicia Nacional.

Conseguida la victoria, obtuvo Cánovas empleo de auditor de Guerra; y habiendo sido confiado el ministerio de Estado á D. Joaquín

(1) *El Solitario y su tiempo*, cap. XI.

VIII

CÁNOVAS, AFICIONADO Á LAS BELLAS ARTES

Durante su estancia en Roma se dedicó Cánovas á estudios, detenidos y profundos como todos los suyos, sobre los tesoros artísticos allí acumulados en tantas épocas históricas distintas. No está demás considerarle también bajo este aspecto; pues, aunque él no haya sido profesor de ninguna de las artes del dibujo, hizo sentir su poderosa influencia en la protección de todas ellas, con notable predilección á favor de alguna. Durante el largo periodo de su predominante dirección de los hombres y de los sucesos, inició, promovió, desarrolló muchas obras y empresas artísticas, y algunas de las que llevó á completa ejecución, como, por ejemplo, el Museo de reproducciones, debido principalmente á su perseverante empeño, bastaría para señalarle un lugar distinguido en la historia de nuestros Institutos artísticos.

En el discurso de su recepción en la Academia de San Fernando, él mismo nos ha dejado la explicación: 1.º, de cómo se hizo aficionado á las Bellas Artes; 2.º, de cómo se enamoró de la Escultura, prefiriéndola á la Pintura; y 3.º, de cómo prefería lo antiguo á lo moderno.

.....

.....

.....

.....

IX

DE 1864 Á 1868

Cánovas, Ministro de la Gobernación en 1864.—
Ministro de Ultramar en 1865 y 1866.—Desterrado en 1867 por sus actos políticos.—Diputado de oposición.—Molestado por la censura fiscal de sus escritos en 1868.

Sucedió á la Unión liberal el Ministerio Miraflores, que, á pesar de sus designios conciliadores y de sus propósitos de moderación y de concordia, vió, por su desacierto ó por su mala suerte, que el partido progresista resolviera acudir á amenazador retraimiento, en el

que había de mantenerse ya hasta la revolución de Septiembre.

Vino después el Ministerio Arrazola, que sólo duró cuarenta días. Para que formara parte de él fué solicitado Cánovas, quien no creyó poder aceptar el nombramiento de Ministro de la Corona, que por primera vez se le ofreció. Aquel Gobierno representaba exclusivamente los elementos del partido moderado, que se habían mantenido distantes de la Unión liberal, no abandonada por Cánovas, como hemos visto, sino momentáneamente, en una cuestión determinada. Pero no tuvo que aguardar mucho tiempo para ocupar el puesto á que la opinión pública lo venía ya llamando. Al constituirse el Ministerio Mon, sucesor inmediato del presidido por Arrazola, entró en él Cánovas, con otros unionistas, encargándose de la cartera de Gobernación.

En su desempeño dió brillantes pruebas de su habilidad política. Con aquellas Cortes, compuestas del Senado, que había derrotado, por 86 votos contra 54, al Ministerio Miraflores, y del Congreso de los Diputados, cuya disolución había creído indispensable para gobernar el Ministerio Arrazola, intentó Cánovas y obtuvo la aprobación de muchas leyes importantes, entre ellas la de derogación de la reforma constitucional de 1857, de sanción penal para los delitos electorales, de incompatibilidades parlamentarias, de imprenta, de reuniones. En todas se realizaron reformas en sentido liberal, con el apoyo de los hombres del partido unionista y de una parte del moderado. Pero el Ministerio Mon-Cánovas no duró más que seis meses y medio, y cedió el puesto á otro presidido por el Duque de Valencia.

De la oposición que á este último hizo Cánovas no voy á recordar sino su discurso pronunciado en el Congreso el 29 de Marzo de 1865 contra el proyecto de ley de abandono de la parte de la isla de Santo Domingo que, por ruego de sus habitantes, había sido reincorporada á España, y por un nuevo movimiento insurreccional procuraba separarse de nuevo. Nadie pretendía ya en nuestro país retenerla, y el Gobierno del General Narváez mostraba apresuramiento por hacer cesar los sacrificios de sangre y de dinero que nos costaba la lucha contra los sublevados. Cánovas defendió el plan que anteriormente había acordado el Ministerio Mon, y consistía en que nuestros

cos, deseando saber si podría contarse conmigo, contesté también resueltamente que no. Ni con la revolución, pues, ni con la Corte estaba entonces» (1).

Los sucesos de Septiembre de 1868 le encontraron estudiando en el archivo de Simancas. Entonces, como siempre, en cuanto por voluntad propia ó por su suerte ó su desgracia, se veía desligado de la política activa, se refugió en las bibliotecas y los archivos. Los vencedores se apresuraron á ofrecerle un puesto entre ellos; pero no aceptó.

En el debate sobre la totalidad del proyecto de Constitución, decía á los constituyentes: «Hace poco tiempo, todavía no dos años aún, que intentaba yo demostrar á otra Asamblea, representante también de una victoria, como lo es esta Asamblea; también representante de una gran tendencia, la tendencia á la autoridad, como esta Asamblea lo es principal y esencialmente de la tendencia á la libertad, que había contradicción, que había, más que contradicción todavía, un profundo y real antagonismo entre lo que creía ella que era la realidad de las cosas en el país, y lo que era la realidad misma. Aquel Congreso, y el poder que apoyaba ardientemente, deslumbrados por los triunfos fáciles que á veces ofrece la fuerza, embriagados, ciegos por el éxito, habían llegado á creer que no quedaba en España más elemento inmutable que la autoridad; y que ese elemento solo bastaba para satisfacer las aspiraciones y las necesidades inmediatas de la sociedad española.»

«A mí no me convencen por sí solos los hechos: á mí me convencen los argumentos, ó me convencen los hechos cuando pasan por el crisol de la experiencia: á mí no me convence por su propia virtud la fuerza. Hasta aquí la experiencia no ha dicho nada en favor de las opiniones que han sido contrarias á las mías durante toda mi vida anterior: hasta aquí la experiencia nada ha dicho definitivamente en

favor vuestro: quien todo lo ha dicho es la victoria, y yo no me dejo, señores, convencer por la victoria.

»Pero aguardo, en cambio, señores Diputados, la experiencia que estáis haciendo, con calma: la aguardo con lealtad: la aguardo con desinterés: y desde ahora digo á todos los señores Diputados que componen la mayoría monárquica de esta Asamblea que si hacen felizmente esa experiencia; si pueden, con el texto de la Constitución escrita, traer á este país la paz, levantar con firmeza una Monarquía, devolver la confianza á las clases conservadoras; y con ella devolver el trabajo á la clase proletaria; darle, en suma, al país todo lo que al presente le falta, yo bajaré mi cabeza, yo me daré por vencido en mis antiguas opiniones; y así como no os creo dificultades para eso hasta ahora, no os las crearé jamás» (1).

Alrededor de Cánovas se agruparon en las Constituyentes de 1868 algunos pocos hombres políticos: D. Joaquín Vázquez de Puga, D. Luis Estrada, D. José de Elduayen, D. Saturnino Alvarez Bugallal, D. Manuel Quiroga Vázquez y D. Francisco Silvela. Aquel fué el núcleo del partido liberal conservador que después había de gobernar por tanto tiempo el país. Con sus discursos pronunciados en aquellas Cortes se formó una colección, publicada en 1871 con el título de *La oposición liberal-conservadora*.

A principios de Octubre de 1872, todavía en el reinado de Don Amadeo, publicó Cánovas un Manifiesto declarando terminada la actitud expectante que había creído patriótico adoptar, y proclamando que ya nada había que esperar sino la restauración de la Monarquía legítima. Por primera vez desde 1858 dejó entonces de obtener la investidura de Diputado á Cortes en unas elecciones generales, aunque la pretendió con tesón en empeñada lucha en los distritos de Cieza y Yecla, ambos de la provincia de Murcia; y en forma de carta de despedida que dirigió á sus electores, en cuanto el Congreso aprobó las actas en que había sido vencido, hizo las siguientes importantes declaraciones:

«Como no ha faltado en las pasadas elecciones quien recuerde en son de censura mi propia conducta, no me es dado olvidarla

(1) Sesión de las Cortes Constituyentes de 6 de Junio de 1870.

(1) Sesión del 14 de Julio de 1869.

y después honrada por tantos hombres de mérito. Cuando leyó el primero, en 1870, no estaban lejanos los tiempos en que Martínez de la Rosa solía desempeñar igual cometido con oraciones brevísimas, reducidas á cuatro generalidades, expuestas en bella forma literaria, sobre las excelencias del estudio y los progresos de la civilización. Eran ya mayores las exigencias de la nueva época, y á satisfacerlas contribuyó de brillante manera Cánovas entonces, y han contribuido después los ilustres sucesores que en la Presidencia del Ateneo ha tenido.

La ocasión fué propicia para el lucimiento de sus extraordinarias facultades de historiador, crítico y filósofo. En el estío de aquel año se había realizado el más grande, más inesperado y más brusco cambio político que recuerda la historia. En pocas semanas había perdido Francia la supremacía militar, apoderándose de ella Prusia, que á un mismo tiempo conquistó su hegemonía propia en Alemania, y la hegemonía de Alemania en Europa. Y con tan trascendental novedad coincidió la de perder el Pontificado católico su poder temporal. Quizá nunca rayaron tan alto la elocuencia y la profundidad de pensamiento de Cánovas como al disertar en aquella ocasión sobre tales acontecimientos.

.....

No cabe en la noticia necrológica que estoy escribiendo, aunque sea, como va á ser, más extensa que suelen los trabajos de esta índole, dar noticia detallada de todos los discursos académicos de Cánovas. He de limitarme, pues, á seguir indicando los asuntos examinados en los más importantes. Una vez más abrió en 1889 las cátedras del Ateneo, examinando los modos diversos con que es ejercida la soberanía en las democracias modernas y fijando principalmente la atención en las diferencias, dignas de ser notadas, entre el Gobierno de los Estados Unidos y el de Suiza, sin dejar de hacer también consideraciones sobre el de Francia. En su discurso del año siguiente, en el mismo sitio, trató de la cuestión obrera. Al ingresar en la Academia Española había disertado sobre *La libertad en las Artes*. En la recepción de D. Manuel Silvela, sobre la escuela literaria española del último

tercio del siglo XVIII. En la de D. Eduardo Saavedra, sobre la literatura aljamiada. Para su entrada solemne en la Academia de la Historia había escogido como tema el recuerdo y la crítica de la dominación de los españoles en Italia. Para recibir allí después á D. Emilio Lafuente Alcántara, hizo un estudio de las invasiones de los moros africanos en España. Contestando á D. José Godoy y Alcántara, en la solemne recepción de éste, discurrió eruditamente acerca de las diversas maneras de hacer la historia, y las condiciones peculiares que en nuestro siglo debe procurar. Y para que nada faltase en el vasto cuadro de conocimientos de todas clases de que había de hacer ostentación, tuvo necesidad de escribir sobre prehistoria, protohistoria, geología y paleontología, mostrándose, como en todo, erudito y profundo pensador al cumplir el encargo de aquella Corporación de recibir en su nombre á D. Juan Vilanova y Piera. Los más interesantes problemas del Derecho penal, y especialmente los delitos cometidos por medio de la palabra, hablada ó escrita, fueron el objeto de su oración inaugural de las tareas de la Academia de Jurisprudencia y Legislación en 1892. En la nuestra de Ciencias Morales y Políticas, recordáis que el tema de su discurso de recepción fué éste: «Las últimas hipótesis de las ciencias naturales, ¿dan más firmes fundamentos á la sociología que las creencias, aun miradas también como hipótesis, en que las doctrinas sociológicas se habían basado hasta ahora?». Al tomar posesión de su plaza de Académico en la de San Fernando leyó un precioso trabajo, abundantísimo en noticias y en doctrina sobre todas las bellas artes.

Con la colección de sus discursos académicos bastaría para asegurarle un merecido puesto entre los mayores pensadores y escritores de la España de nuestros días, sin necesidad de tomar en cuenta además sus otras tareas literarias, ni los grandes trabajos políticos. A todo atendía, ora sucesiva, ora simultáneamente. Algunos de los discursos que quedan citados, y otros varios que se podrían añadir, fueron por él leídos en la Academia de la Historia, en la Española, en la de Jurisprudencia y en el Ateneo siendo Presidente del Consejo de Ministros.

de la historia de España durante los siglos XVI y XVII fuese el mismo que todavía abrigó, después de recoger harto mayor copia de datos, de muchísimo más trabajo empleado en depurar la verdad y de la superior experiencia que por necesidad han tenido que darme los años y mi carrera misma, tan larga ya y accidentada. Mas aquel casual acierto no bastó, ni podía bastar á mi probidad de historiador, ya que comencé tan temprano un oficio que me han permitido luego ejercitar bien poco las circunstancias. .

»Pero á causa de su índole particular no pudo el tal *Bosquejo*, ni podrá nunca contener, aunque lo mejore, noticias completas acerca de ningún acontecimiento, ni de ningún personaje, por importantes que sean unos ú otros; y además, ya lo he expuesto: obras de esa naturaleza exigen trabajos mucho más vastos en que se apoyen. Por tales razones me he decidido á escribir en diversos tiempos artículos y opúsculos, la mayor parte impresos ya, sobre puntos que me han parecido especialmente interesantes y dignos de nuevo y particular estudio, en el período histórico de que se trata. Formarán por su naturaleza los que existen de ellos y cuantos de igual índole escriba en adelante, como unos comentarios de mi *Bosquejo*, *Sumario*, ó *Juicio crítico de la Casa de Austria en España*, cualquiera de estos que sea el título que ponga, en fin, á mi trabajo principal, cuando después de revisto y corregido le dé nuevamente á la imprenta en esta propia *Colección de escritores castellanos* ..

»Trátase de escritos aislados, cuyo enlace únicamente ha de verse en la principal obra, hasta hoy conocida bajo el título de *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*. La reimpression de ésta, conservando el mismo ó con otro nuevo que aquí ofrezco, quedará para después, no sin introducir antes en su texto las ya indicadas modificaciones y cuantas desde ahora hasta el instante de su publicación vea yo que pueden contribuir á darle más valor. »

El tomo en cuya introducción anunciaba esos proyectos trataba de la revolución de Portugal que volvió á separar aquel Reino de los demás de España. Después, bajo el mismo título de *Estudios del reinado de Felipe IV*, publicó en la misma *Colección* otro, reproduciendo la *Relación crítica de la batalla de Rocroy*, con el prin-

cipio y fin que tuvo la superioridad militar de los españoles en Europa. Las ampliaciones que hizo en su estudio sobre este asunto, que con tanto cariño y con tan singular fortuna trató, triplicaron la lectura de su primitivo texto, enriqueciéndolo además en varios apéndices con tres series de noticias y documentos respecto á la milicia española en los tiempos de su mayor preponderancia y en los de su decadencia.

Poco después, por nota de un artículo sobre las *Cortes de Castilla*, inserto en el primer número de *La España Moderna*, advirtió Cánovas que formaría parte de sus estudios acerca de las ideas políticas de los españoles bajo la Casa de Austria, asunto al que había dedicado veinte años antes dos artículos en la *Revista de España* anunciando ya entonces otro tercero.

Aun sin haber realizado sus proyectos de dar mayores ampliaciones á sus anteriores trabajos históricos, constituyen éstos un caudal riquísimo de noticias y un admirable conjunto de observaciones profundas, que en muchos puntos importantes modifican ó por completo revocan los que antes parecían ya definitivos fallos de la historia sobre ciertas épocas y respecto de algunos personajes.

.....
.....
.....
.....

XIII

CÁNOVAS, ORADOR

Desde que por primera vez habló en el Parlamento, demostró Cánovas brillantes condiciones para profesar el arte de la elocuencia, y después fueron constantemente en aumento su mérito y su crédito, hasta que en la primera legislatura de las Cortes de la Restauración su posición predominante en la política, su constancia en el uso de la palabra para rechazar los ataques de sus adversarios y dirigir la acción de sus amigos, la maravillosa facilidad con que improvisaba discursos notables por la suma de los conocimientos, por la profundidad de las ideas, por la belleza de la expresión, le aseguraron para siempre un lugar excepcional y privilegiado entre los mayores oradores parlamentarios españoles. Hasta aquella fecha, cada una de las ocasiones en

ciar en seguida un discurso de hora y media, impugnando lo dicho por sus adversarios y refutando sus argumentos como si los hubiera oído con mucha atención y pudiendo reflexionar profundamente sobre ellos. Y fué frecuente el caso de acudir desde una Cámara á otra para ejecutar igual tarea en la segunda, tratando de algún otro asunto muy desemejante en el fondo, pero tan imprevisto como el que le había dado ocupación en la primera. Y esta facilidad de improvisación era tanto más notable, porque Cánovas no empleaba lugares comunes ni salía del paso con declamaciones y frases retóricas de carácter general, sino que se ceñía estrechamente al asunto en cuestión, lo examinaba en todos sus aspectos y lo analizaba en términos tranquilos y serenos.

.....
.....
.....

Desde hacía ya muchos años, la fuerza más grande de su elocuencia estribaba en su autoridad personal. Siempre es esto un factor muy importante en las contiendas parlamentarias. Los argumentos y los recursos retóricos son apreciados en más ó menos, según las simpatías y el respeto que el orador merece. En Cánovas la autoridad personal era, como tantas otras cosas, excepcional. La extraordinaria labor de una larga vida llena de servicios, su elocuencia soberana, la innumerable serie de sus triunfos parlamentarios, le habían granjeado el entusiasmo de sus amigos, el respeto de sus adversarios y la admiración de todos, hasta el punto de que cada vez que él pedía la palabra parecía que estaba ya ganada en buena lid la causa que se proponía defender.

XIV

CÁNOVAS, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS Y JEFE DE LA OPOSICIÓN DE S. M.

La parte de biografía ó de historia de Cánovas correspondiente al último tercio de su vida, debe ser la más extensa, por su mayor importancia y por su más grande proximidad á los momentos actuales; pero la misma amplitud que por necesidad habría de dársele im-

sibilita su cabida dentro de estos apuntes necrológicos, y la índole especialmente política de los méritos y servicios que habría que enumerar y encarecer, me aconseja también ser breve en la reseña y parco en las apreciaciones al desempeñar el encargo que la Academia me ha conferido.

En otro caso, fácil sería tejer con citas textuales del mismo Cánovas, como respecto de las épocas anteriores, la explicación de sus actos en la transcurrida desde el día de la Restauración hasta su muerte.

Las ideas y condiciones con que aceptó el honroso y difícil puesto de director de los trabajos encaminados á restablecer en el Trono la dinastía legítima, constan en documentos por él depositados en la Real Academia de la Historia, y cuyo conocimiento público no creo que ha llegado el momento oportuno de solicitar de aquella docta Corporación á quien hizo juez y árbitro en este asunto.

Desde que Alfonso XII fué proclamado Rey en los últimos días de 1874 hasta Agosto de 1897, la biografía de Cánovas y la historia política de España se confunden de tal suerte, que no es posible escribir aquélla sin que resulte al mismo tiempo escrita ésta. Todo lo hizo, ó, por lo menos, en todo intervino con influencia decisiva. Mandando unas veces, aconsejando otras, oponiéndose enérgicamente en ocasiones, siendo constante su dirección ó mediación en todos los asuntos, hizo tanto, aunque no se tome en cuenta sino lo más importante, que exigiría gruesos volúmenes la reseña de sus hechos. La significación del Manifiesto de Sandhurst, el sentido político de la composición del Ministerio-Regencia, los planes y los trabajos para terminar la guerra civil en España y después en Cuba, el arreglo de la Hacienda, la organización de los partidos, el turno establecido entre el liberal y el conservador para la dirección de los negocios públicos, las concesiones mutuas para el establecimiento de una legalidad común y el respeto recíproco de lo que por una y otra parte respectivamente se consideraba esencial; las razones que tuvo para abandonar tres veces el poder en el reinado de Alfonso XII, y otras dos durante la regencia de Alfonso XIII, por Cánovas han quedado en sus discursos y en sus libros latamente explicadas y razonadas. Pero aquí no ha lugar ni para la simple enumeración, que, aun siendo muy sucinta, habría de

nación del espíritu colectivo de su país y de su época; pero tanto puede llegarse á la identidad de ideas entre el representante de todos y los representados, asimilándose aquél las ideas de éstos, como inspirándolas él á los demás con poderosa iniciativa. Más razonable parece opinar que sobre el fondo común de las costumbres, de las preocupaciones, de las tendencias, de los intereses, creado por la tradición, por las leyes y por las evoluciones de la inteligencia, ha de presentar el grande hombre, para merecer nombre de tal, novedad y originalidad en las formas.

¿A qué debió Cánovas su superioridad? Antes se la hemos reconocido entre los oradores parlamentarios, y son muchos los que ahí encuentran su principal fuerza; pero fácil es recordar que, desde principios del siglo, jamás faltaron á España grandes oradores.

.....

Fué, sin duda, su admirable arte de discutir en las Asambleas arma poderosa de que con fortuna extraordinaria se valió Cánovas; pero otras causas hubieron de contribuir también á sus grandes y constantes éxitos.

Necesario es contar como la primera la privilegiada potencia intelectual de que Dios le había dotado y que le permitía dominar todas las cuestiones. Los hombres dedicados á cualquiera especialidad de conocimientos ó de asuntos se encontraban siempre débiles para discutir con Cánovas sobre lo que para él era nuevo y para ellos había constituido objeto exclusivo de prolijos estudios. Generalizando,

nadie elevaba más alto e analizando, nadie estaba pre de los antecedentes tión ó de los detalles de

Y en vez de servirle el tendimiento para ahorrar otros, sin tenerlo tan con en él estaba felizmente udad no menos extraordi Ninguno de los hombres tos públicos trabajaba t le acercaba siquiera, que comparación, á muy gran la magnitud como por la reas, no excusando él ja circunstancias hicieran n constantemente la inici para resolver cuantas cu se se iban sucesivamente esferas políticas y admini

Aquella incomparable aquella laboriosidad no r han puestas en Cánovas a ritu de moderación, de tr cordia, que produjo en l conciencias en la cuestió la primera de todas, y la den y la libertad, sustit men regular y tranquilo e la interminable serie de nes en que la vida del paí do desde hacía setenta af

.....

(1) La cronología del Sr. Co otras dos Secciones ó capitul y *El Mártir*, y además como tes biográficos y otros bibliogri

anarquista el Sr. Cánovas, los ciudadanos no se acuerdan ya de las diferencias políticas que puedan separales. Todos son una misma cosa: españoles; y todos se unen en un pensamiento común: el del duelo nacional.»

«Sean los que fueren los errores del político, la figura genial de Cánovas se destaca en la historia patria con vivo relieve, y su muerte trágica viene á ser ingente pedestal que eleva ante el respeto y la consideración de los contemporáneos al estadista insigne que pereció luchando por su patria y por sus ideales.»

En su número del día siguiente, ó sea del 10 de Agosto, añadía:

«La muerte de D. Antonio Cánovas, aun acaecida por accidente natural, habría sido un hecho bastante á embargar la atención pública por algunos días. Determinada por una agresión alevé, y rodeada de las más trágicas circunstancias, necesariamente ha producido hondísima impresión.»

«Ni se piensa otra cosa ni se habla de otro asunto. Los periódicos llenan sus columnas con los detalles del funesto acontecimiento; la gente política y no política carece de otro tema de conversación.»

«El momento actual no es el más oportuno para medir el enorme peso que esa extraordinaria personalidad tenía en los destinos de España. De avalorar los efectos de la desaparición de ese peso se encargará el porvenir. Para calcularlos es poco el alcance de la mente. El secreto de lo futuro en estas cuestiones es de Dios y de su eterna justicia.»

«Mas por lo pronto es evidente que la dictadura intelectual no se ha ejercido en pueblo alguno con la fuerza y la continuidad con que el Sr. Cánovas la ejercía en nuestro país. Era este hombre un César del talento. Por eso tal vez no le ha faltado lo que, según Monti, faltó á Napoleón: un Bruto.»

«El consuelo único que pueden tener cuantos sincera y desinteresadamente lloran hoy la pérdida de D. Antonio Cánovas es el de la certidumbre de que, si fuera dable elegir muerte, sería esa la que el primer Ministro de la Restauración habría elegido.»

Finalmente, en su número del día 12, bajo el epígrafe *Tributo debido*, añadía: «Ni queremos ni debemos ocuparnos todavía en los asuntos políticos. Es este el tributo que estamos obligados á pagar á la memoria de uno de los hombres más eminentes de España en el presente

siglo y á las circunstancias extraordinarias de su trágica muerte» (1).

II

EL LIBERAL

Su artículo de fondo del 9 de Agosto, á semejanza de *El Imparcial*, lo consagró al asesinato del Sr. Cánovas, expresándose así:

«No podemos hacer la dramática relación del crimen ayer cometido en la persona ilustre del jefe del partido conservador, con otras frases que las que expresen una vivísima y profunda protesta contra el hecho incalificable que ha venido á producir una perturbación hondísima en la vida política de esta desgraciada nación; á lanzar un factor más, de muy graves consecuencias, sobre la acumulación espantable de los muchos que ya existen; á privar á la patria de una figura por numerosos conceptos ilustre y merecedora de general admiración y respeto» (2).

«Dotado el Sr. Cánovas de excepcionales atributos, los cuales, por lo que entre ellos habían puesto su augusta inteligencia, su ilus-

(1) En artículos posteriores, con motivo de otras desgracias, de que no tenemos para qué ocuparnos, no ha mantenido respecto del Sr. Cánovas la misma benevolencia, y hasta lo que es más doloroso, ha fustigado su memoria, lo que rara vez se hace con los muertos, censurando sus actos políticos.

(2) Fué consecuente en estos encomios *El Liberal* con los juicios favorables al mismo que había anticipado su ilustrado director el Sr. Moya en el precioso libro titulado *Oradores políticos*, que comienza por Cánovas.

Los que lo hayan leído, que de seguro serán los más, recordarán los párrafos que trascribimos á continuación:

«Todas las grandes ideas tienen un profeta que las anuncia; todas las iglesias un pontífice que las gobierna; todas las reformas un mártir que hasta el sacrificio las defiende; todos los fanatismos un loco que los acepta como una virtud; todas las utopías un genio que las acaricia; todas las revoluciones una voz que es precursora de ellas, y su luz y su alma; todas las restauraciones un hombre en quien ponen propósitos, lenguaje, modo de ser, ideales y esperanzas y en quien por encarnación milagrosa se personifican.»

«El Sr. Cánovas del Castillo es el hombre de la restauración de 1874.»

«Talento superior, cultivado con el estudio de la historia, que tan provechosas lecciones enseña y tanto inclina á imitar las acciones memorables; imaginación vivísima, rápida en concebir frases, que por lo sorprendentes producen aún mayor efecto que la inflexible lógica; gran conocedor de los vicios de que la política adolece y del espíritu rutinario que la informa; carácter enérgico; polemista temible: orador elocuente; jefe de partido; audaz aún más con el pensamiento que con los hechos; objeto de muda adoración para sus entusiastas, el Sr. Cánovas sólo es Cánovas en el banco azul.»

«Visto en el apogeo de su grandeza: abandonado á los arrebatos de aquella tempestuosa elocuencia que tie-

cia el desarrollo vivo y fecundo de esa evolución que ponía á nuestra Patria al nivel de los países civilizados y libres.»

«Unas veces por su iniciativa, y otras, las más, ayudando á las iniciativas de liberales y demócratas, el Sr. Cánovas hizo posible que, poco á poco, fuese apoderándose de la vida legal, del organismo del Estado: el espíritu inmortal de la Constitución de 1869.»

«El concepto civil del Estado moderno fué la gran pasión del Sr. Cánovas. De ahí su culto al sistema constitucional; de ahí que fuera, ante todo y sobre todo, un hombre parlamentario. En las Cortes encontraba su ambiente propio. Era un cerebro hecho para la discusión, para el contraste y para la lucha de las ideas.»

Tratando después de las reformas dictadas para Cuba, añadía:

«Y en esa magna cuestión, la más grave estos tiempos, tuvo la serenidad y grandeza de espíritu bastantes para dejar de apoyarse en los elementos que eran sus naturales auxiliares, y tuvo el valor de rectificar sus errores y los errores de casi todos los partidos, volviendo por los fueros de la justicia y de la libertad en el régimen colonial.»

«En tal materia, no sólo no destruyó la obra de la revolución política liberal, sino que la extendió á los españoles del otro lado del Atlántico, siendo un innovador y un revolucionario por el bien de su Patria. De toda su autoridad grande, de todos sus prestigios, sin disputa, de todo el indomable temple de su alma, necesitó para promulgar lo que entonces llamamos nosotros la Constitución de Cuba.»

III

EL HERALDO

Después de manifestar en su editorial del 8 de Agosto que tuvo conocimiento oficial del terrible suceso, aludiendo al asesinato de Cánovas, cuando estaba próxima á entrar en máquina la segunda edición de provincias de dicho periódico, el ilustrado y popular diario escribió lo siguiente:

«Débiles nos parecen todas las formas de

la palabra para expresar nuestros sentimientos y reprobación el infame crimen.»

«No porque hayamos combatido muchas veces la política del Sr. Cánovas, podemos negar en esta hora terrible, cuando ni siquiera los desconocimos en el ardimiento de la lucha, sus méritos y sus cualidades sobresalientes» (1).

«El plomo asesino ha cortado la existencia de uno de los más ilustres hijos de España, yendo á herirle alevosa y traidoramente cuando descansaba de las fatigas del Gobierno en las dulzuras de Santa Agueda, junto á la compañera de sus últimos años.»

«Por misteriosas analogías, que los hombres no sabrán explicar, muere el Sr. Cánovas, en quien estaba personificada la Restauración, como murió el general Prim, representante de la revolución de Septiembre.»

(1) Es completamente exacto, y la familia del mismo está muy agradecida al *Heraldo*, recordando con este motivo, entre otros hechos que lo comprueban, el *Suplemento extraordinario* al número 765 del 6 de Diciembre de 1892, bajo el siguiente epígrafe alusivo á la sesión del Congreso de dicho día:

LA ULTIMA JORNADA

CÓMO CAEN LOS COLOSOS

Refiere, después de unas palabras mortificantes para el disidente, que no queremos reproducir, los incidentes de la mencionada sesión, y recordando el párrafo del discurso de Silvela en que hablaba del particularismo, dentro del cual estaban la reorganización y la disciplina de los partidos, las genialidades mismas de los jefes y todo lo cual tenían necesidad de *soportarlo*... añade el *Heraldo*:

«A esta palabra la Cámara interrumpe el discurso con expresivos rumores.»

«Todo el mundo miró al Sr. Cánovas.»

«Este, con su mano siempre nerviosa, en un momento de impaciencia pareció subrayar la frase.»

«El Sr. Silvela pudo remediar el mal ya causado.»

«Dirigiéndose á las minorías, exclamó.»

«Vosotros no venís á discutir, sino á batallar. Si nosotros los conservadores aceptásemos la batalla y nos presentáramos divididos, no seríamos disidentes, sino desertores.»

«Extraordinaria impresión», tras de la cual, toma la palabra el Sr. Cánovas; la expectación es inmensa:

«Para desvanecer, dice el *Heraldo*, los rumores producidos por el natural comentario que la Cámara ponía á las palabras de Silvela, el Sr. Cánovas se insinúa de esta manera elocuente.»

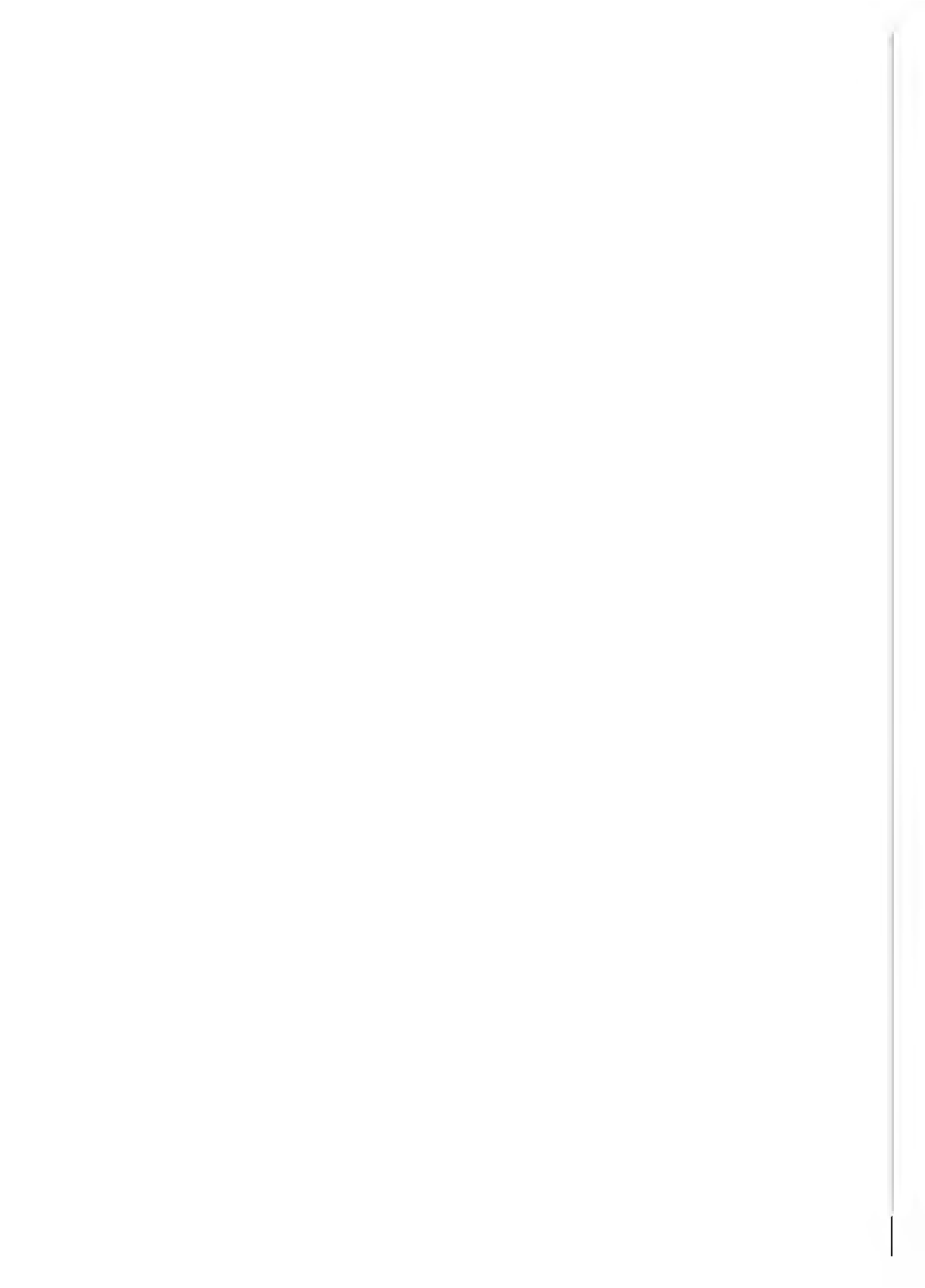
«Me dirijo á las minorías. ¿ais á oír cosas interesantes y no perderéis el tiempo.»

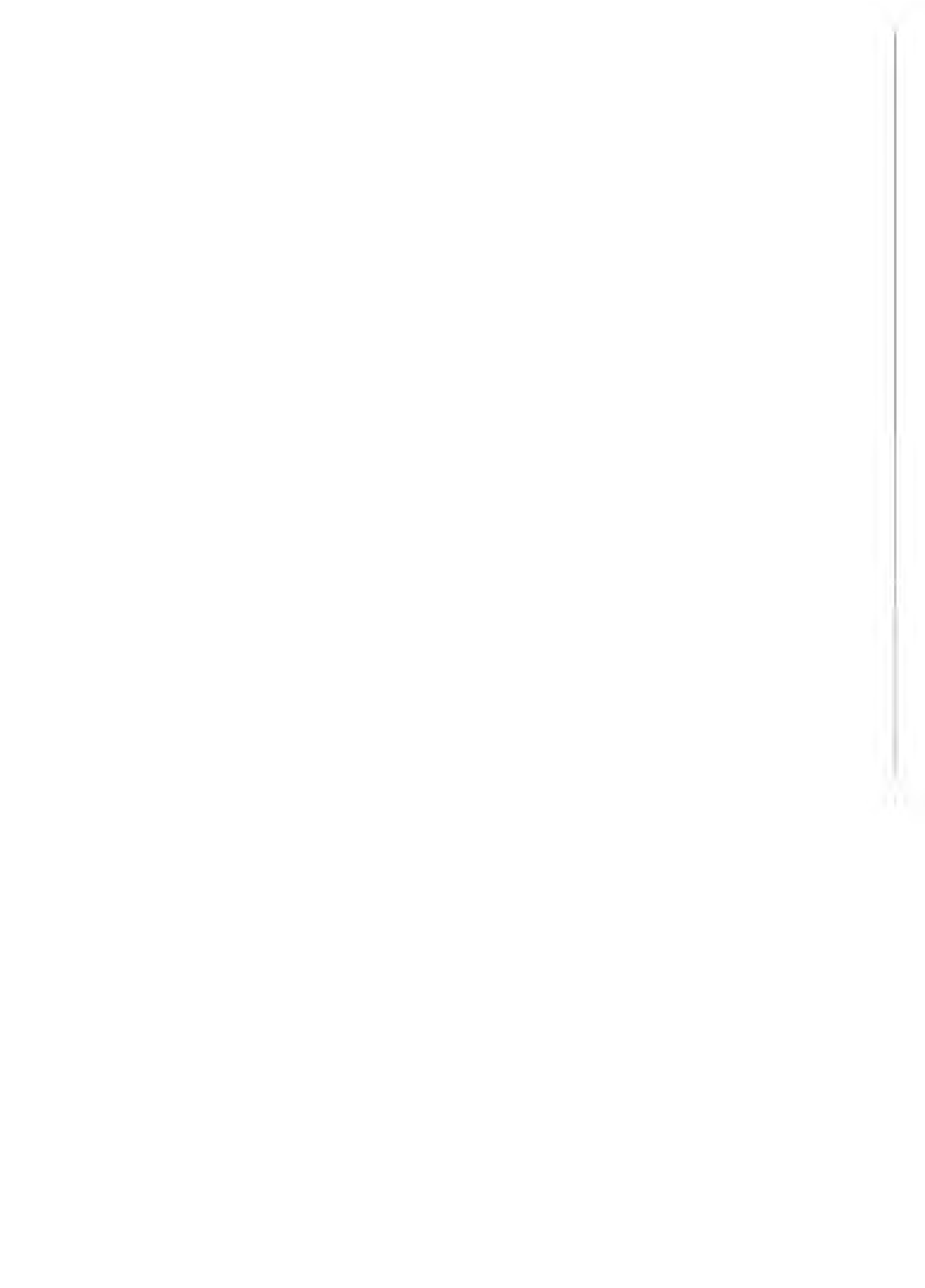
«Entonces el Sr. Cánovas, con la mano puesta sobre el lado del corazón, con una voz vibrante, con ademán de hermosa arrogancia, exclama sin mirar siquiera al Sr. Silvela, é interpellando á las orosiciones.»

«Yo os pregunto con la mano en el corazón: ¿no es verdad que ninguno de mis adversarios me hará la injusticia de creer que yo pueda aceptar un apoyo ofrecido en tales condiciones?»

«Después, volviéndose airado y soberbio hacia el Sr. Silvela: No necesita S. S. hacer ningún sacrificio en favor de la disciplina del partido «de mi persona, porque esos sacrificios, sobre ser amargos, serían estériles.»

«La Cámara recibió estas declaraciones varciles con una sensación profunda.»





DON

en su reciente
io y del talento. »

sabio alemán, la
fección excepcio
upremos, por co
mos, cuyas funci
d. »

vas predominat
iones, mantenié
y en estrecha ur

ma, aisladament
io. »

ntes de voluntad
rcules. »

rollo exclusivo d
e por sí solo un
n filósofo, un n
ralista. »

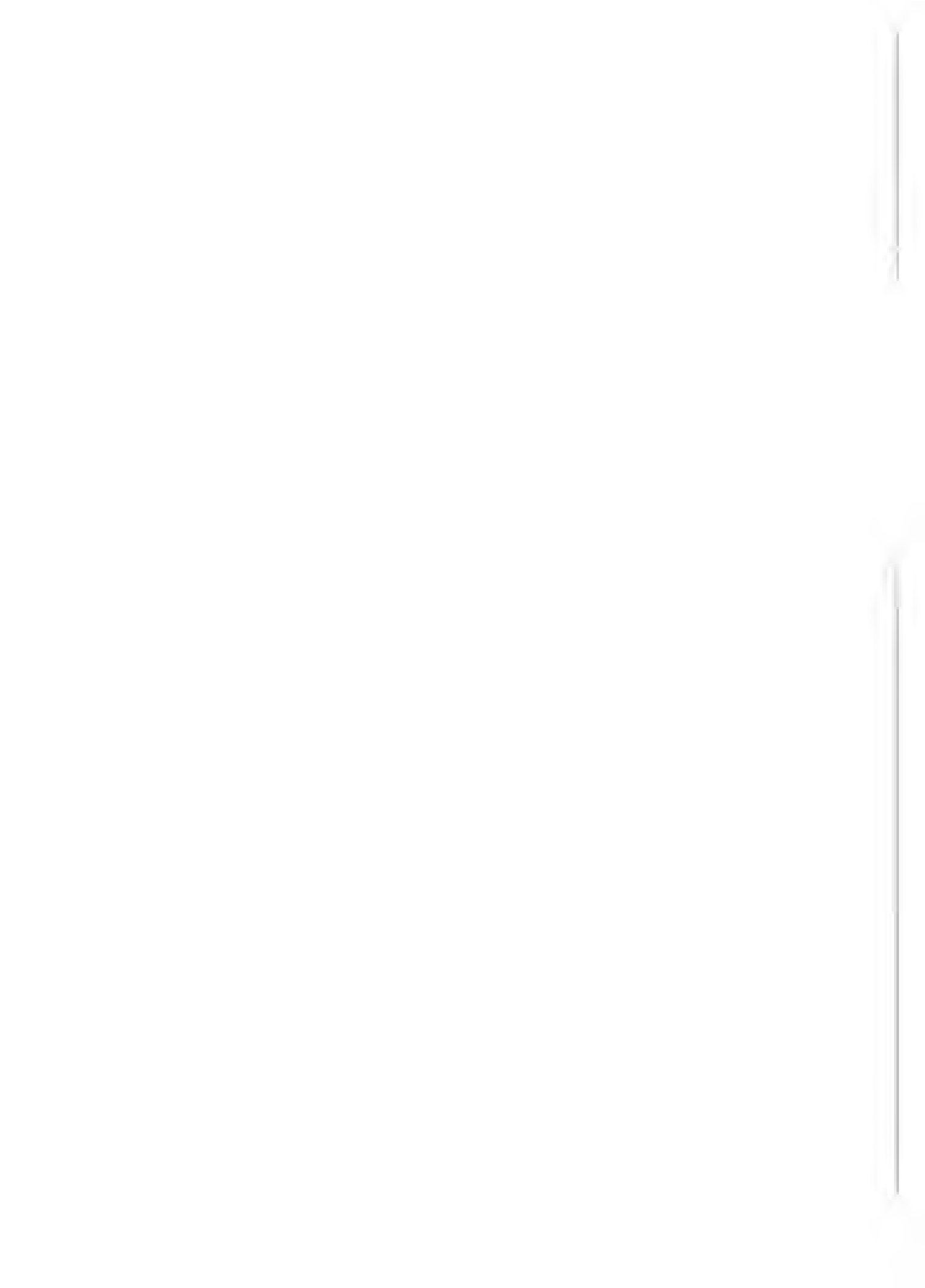
os dos centros e
riamente desarro
juicio unido á u
s nos encontrare
es excepcionales
n que cambian el
Alejandro, Crom
os genios no se n
en acciones. »

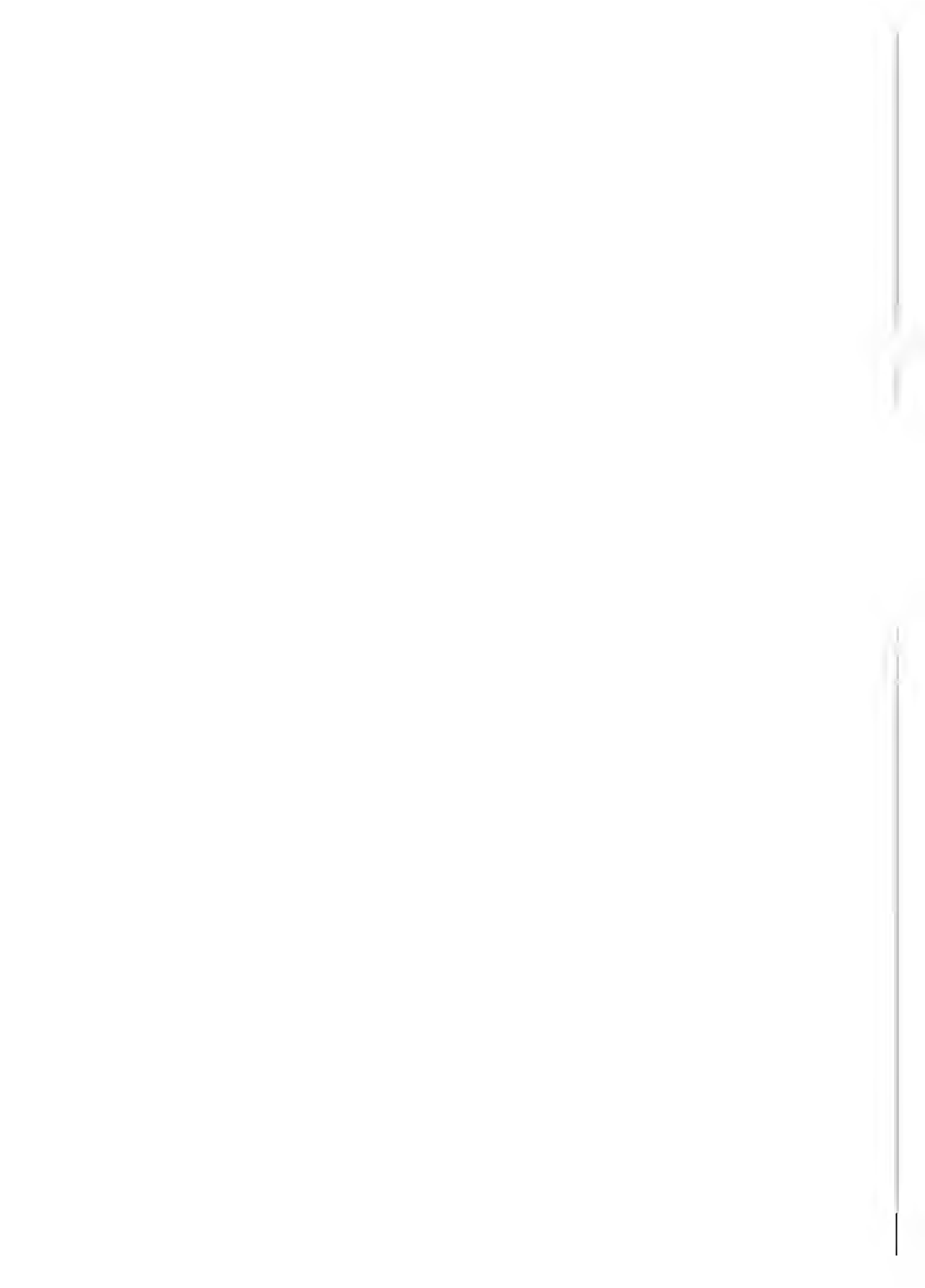
altos entre los ge
la genialidad de
odo el que conc
novas del Castill
en él se herman
aquella y ésta. »

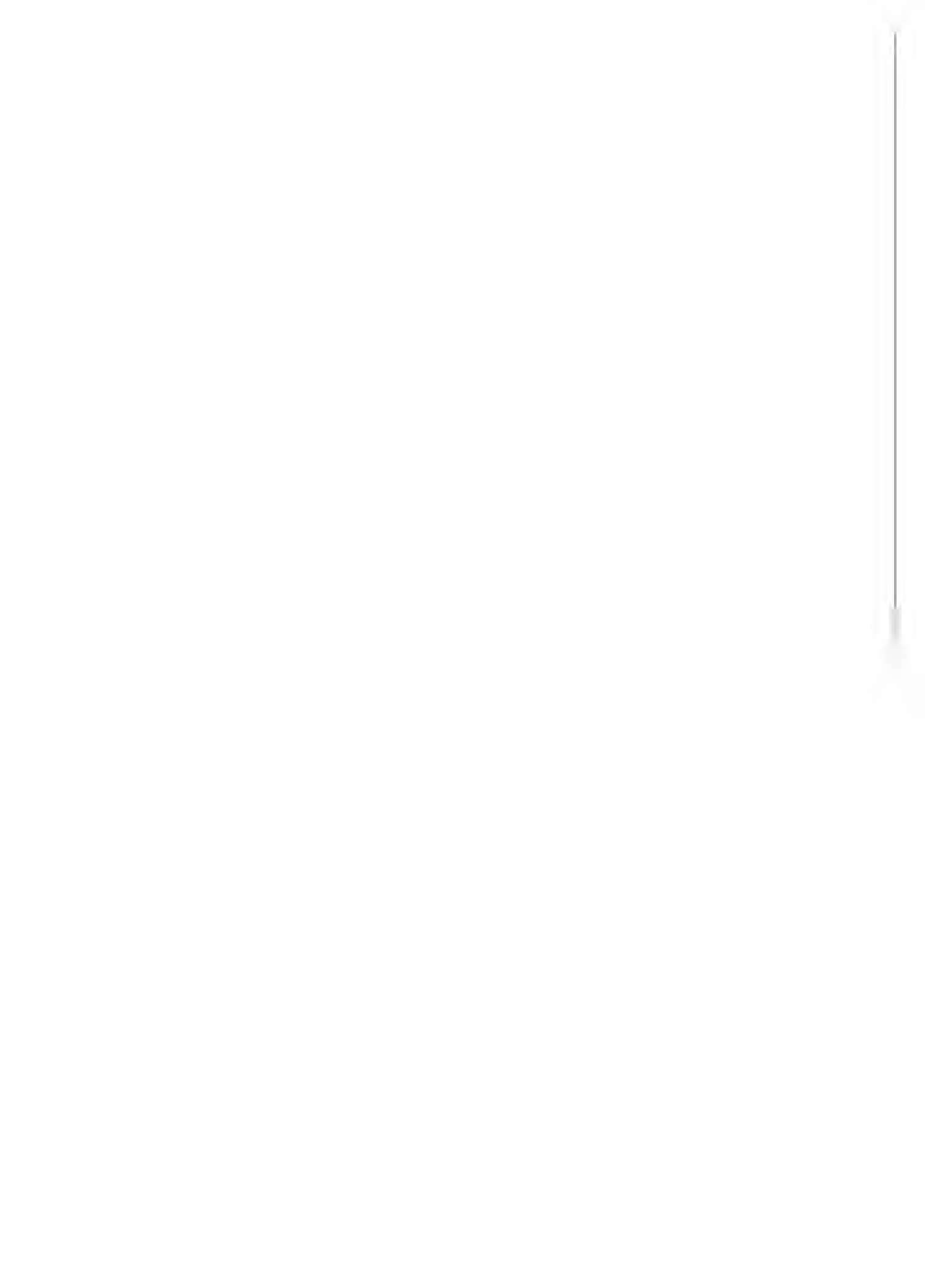
•••

Revista, *La Il*
vuelve á ocupar
número correspo
897, tratando en
umbrada *Crónica*
sucesión política
ués de su residen
último, de los fu
la iglesia de f
de Agosto, y á e
ñor obispo de
fúnebre. Public
abados, que repi
l de la «Huerta»
las Vestillas duras
los invitados de la
le ».

los gobiernos de los medios necesarios para







en é
titu

...
Si
res,
vas
orde

...
...
...

Es
rior,
dió
Sr.
cual
men
fané
vení
fuer
de h
bras
«I
que
go y
fune
mier
hom
juri
sent
nos

El
la m
volo

(1)
lugar
refier
tarlo
ducta
ejérci
Mayo
jefes
repet
inter
norat

representa
hombre de l
tancias pre
problemas
y tan pavor
nir, reviste
desdicha, d
recido difer
y odios, as

fundirse todos los corazones que laten en honrados pechos españoles (y lo son casi todos, con excepciones contadísimas cuanto despreciables) en un solo afecto; el dolor por la muerte del más grande gobernante español y todas las inteligencias en un pensamiento sólo: el de aunar leales y comunes esfuerzos para salvar al país de los terribles contratiempos que con tan impensada y espantosa contingencia pudieran producirse.

En todos los centros, círculos y reuniones, en el hogar y en la calle, en el taller y en los teatros, allí donde hay dos personas que conversan, la palabra traduce las mismas ideas que dominan y absorben á todos con poder incontrastable. No los conservadores; no las personas de orden, no las clases acomodadas, todas las clases sociales sin excepción, desde la aristocracia al obrero, como todos los partidos políticos, desde el tradicionalista al republicano, lanzan el mismo angustiado grito de pena y fulminan idéntica indignada reprobación.

.....

Algunos, muchos, se preocupan con lo que sucederá, con las consecuencias que la muerte del Sr. Cánovas puede originar para España. Comprendemos lo extraordinario y excepcional de las circunstancias; pero como á todas habremos de sobreponernos, si en viril y sincero patriotismo se inspiran los actos de partidos y personas, creemos que aún no es tiempo de pensar más que en Cánovas, en esa gigantesca y hermosa figura, que representa un período glorioso cuanto difícilísimo de nuestra historia, y que nunca será bastante llorado, nunca bastante sentido.

.....

¡Dejemos al menos, para tratar de intereses materiales, siquiera sean tan altos como los del

zo, magno monumento que eternice su valía y la gratitud y veneración de sus conciudadanos, monumento que, ó España habría de dejar de ser la que siempre fué, hidalga y noble, ó no puede menos de erigirse (1); pero que nosotros deseáramos ver iniciado por Barcelona, ya que tanto debe la producción nacional al Sr. Cánovas, llevado á la práctica en el tiempo indispensable para construirlo. »

* * *

A continuación, y en el mismo número, reproducía *La Dinastía*, continuando la tarea iniciada en el número anterior, las manifestaciones de duelo de los demás periódicos de Barcelona, que insertamos á continuación, aborrándonos el trabajo de reunirlos y extractarlos.

II

EL DIARIO DE BARCELONA

« El asesinato del Sr. Cánovas, que nos comunica el telégrafo, fuera siempre un suceso deplorable para España; pero en las tristes circunstancias en que hoy se halla nuestro desdichado país es una verdadera calamidad nacional, y creemos que no habrá un solo español, cuyo corazón lata á impulsos del patriotismo, que no considere como una irreparable pérdida para la Patria la muerte del eminente hombre de Estado, y también como una gran vergüenza el crimen que le arrancó la vida. Tan hondo ha llegado á nuestro pecho el golpe recibido, que hoy sólo nos queda aliento para rogar á Dios por el alma del difunto, y puesta en el Señor nuestra confianza, repetir las últimas palabras del Sr. Cánovas moribundo: ¡Viva España! »

(1) Pues nada se ha hecho fuera de lo proyectado por el Sr. Romero y Robledo, y que tanto le enaltece.

p
q
a
m
m
t
y
d
a

n
d
n
t
le

d
h
b
n
p
s
d
n
a

n
e
d
d

s
t
d
t
h
b
a

n
ri
n
n
e
e
v
n

DO

por
la
co
jem
ame
le
de
men
mo
os
ues
co
as
in
a é
reb
ia ;
cu
el
ca,
que
dia
otec
istó
col
och
pro
en
so
alqu
y
su
alg
r b
paje
ens
over
pate
la
el
rza
aba

gná
ida
gu
le
os
de
e h
umo
pce
ica,

Aseñinato de Cánovas del G

«España está de luto.

La tremenda noticia que el tel parcido por todo el territorio llenado de consternación y espas que friamente contemplan la mta de los sucesos actuales. La mñor Cánovas ha venido á aument tres que angustian desesperadam zón de la desventurada España.

Nadie lo ignora. El Sr. Cánov llo era una de las principales figu tra política, quizá el estadista qu bre había alcanzado en los Gabin jeros. Su ciencia diplomática le cado al lado de los más famosos los Estados europeos.

Inútil es preconizar el valor ilustre político, aquí donde amigos lo confiesan de buen grado ha de ser lamentada por todos, pérdida grandísima de un homb simo en la historia contemporá ña, cuanto por las tremendas c que esa muerte puede ocasionar c de Gobierno y con la modificaci dimientos. ¡Dios guarde á Españ

* * *

Nuestra palabra de hoy ha de dísima protesta ante el atentado de que ha sido víctima el Presic nistros. Se impone la protesta todo corazón amante de su pat frecuencia con que aquí se rep crímenes anarquistas. Es casi la causa de tantos atentados en que, al parecer, las ideas revolu han progresado con igual rapi otros. ¿Habrá en éstos policía n ¿Habrá menos persecución? No Nuestra situación respecto al an deplorabilísima, tanto que se im tudio serio de las inteligencias p Ayer la víctima es una ó varias inocentes; hoy lo es un hombre toda la inmensa carga del Esta mañana puede serlo persona al representa nuestra Patria. En es consecuencias serían inmeasas, cia podría rebosar el límite del d ¿Qué hay que hacer? Lo ignora

suplemento extraordinario al número 1.961, dando noticia de ese horrible suceso, que terminaba así:

«Amigos y enemigos del Sr. Cánovas se unirán hoy en un solo sentimiento, y de todos los labios brotará unánime una protesta para condenar con energía el acto vandálico de ese miserable italiano, cuyo revólver ha cortado la existencia de uno de los hombres más notables de Europa, comprometiendo gravísimamente la situación de este país, sobre el cual parece que la fatalidad se complace en amontonar desgracia sobre desgracia.

«La muerte del ilustre jefe del partido conservador es, en efecto, una desgracia nacional, cuya trascendencia no necesitamos en carecer.

«Al desaparecer del mundo de los vivos, deja en la política española un vacío difícil de llenar, y quedan sobre el tapete problemas complicados en cuya solución va envuelto todo el porvenir de España.

«Unimos nuestra protesta á las que el inicuo atentado ha de arrancar á España entera, condenando al infame autor del asesinato.»

* *

Al día siguiente, ó en su número del día 9, dió á luz extensas noticias sobre el mismo triste suceso, manifestando que, al divulgarse lo ocurrido, todos los partidos políticos de Burgos—justo es consignarlo, añadía,—manifestaron el profundo dolor que el execrable crimen les había producido. A la vez publicó diversos telegramas de Madrid y otros puntos, expresión del sentimiento público sobre aquella desgracia.

II

EL PAPA MOSCAS

El 15 de Agosto de 1897, se expresaba así.

Sinfonía.

«Hoy no estamos para cosas alegres. *Martinillo*, sino para considerar tristemente acerca de las desgracias de nuestra querida España.

«No le bastaba á la patria la lucha en lejanos confines con enemigos tenaces y climas

fur
dei
gei

la
br
qu
nie
mi

en
to.
del
te
de

gú
es

qu
vas
lor
pes
los
to

Die

cus
es

el
una
atr
alt
gid
ca

tirc
del
me.

pos

nec
la

rra

ant
se

de
hay

nio

des
mu

ejei
priu

mu
tir

«Para nosotros era indiscutible Cánovas en estos momentos excepcionales, y esto á pesar de sus seniles debilidades y de sus condescendencias mal entendidas.»

«Dios, sin embargo, le ha querido llamar á juicio, y en manos de Dios están los pueblos y las naciones.»

.....

Periódicos de Cádiz

I

LA DINASTÍA

El importante periódico liberal conservador, publicado con orla negra el 9 de Agosto de 1897, decía lo que se transcribe á continuación:

El duelo de la Patria.

«El infame hecho ocurrido ayer en Santa Agueda no es solo un crimen, no es la pérdida para un partido: es motivo de triste y unánime duelo nacional. Los prestigios del señor Cánovas, sus timbres gloriosos y sus servicios en pro de la monarquía y de la patria, se levantan con gigantesca altivez para sintetizar el dolor y la sensación que su asesinato producen.

.....

«Cánovas era hoy, y no lo decimos ni por apasionamiento, ni por servilismo, un hombre que se sacrificaba por su Patria y por su Reina. Había llegado al apogeo de los honores, de la fama y de la posición social. Se conquistó por su talento indiscutible los primeros puestos de la política; frisaba ya en los últimos años de la vida; ¿qué podía esperar y qué podía obtener que no lo hubiese alcanzado y logrado anteriormente? Su permanencia en el Gobierno y en la Presidencia del Consejo significaba un compromiso de honor y representaba un sacrificio de su comodidad personal; pero por ello mismo, en las críti-

cas circunstancias por que atraviesa el país, con las guerras que nos destrozan, con las complicaciones que nos amenazan, ni podía ni sabía ser egoísta, ni retirarse de la vida activa de los negocios públicos.

«Las condiciones en que ocurre su muerte no pueden ser ni más agravantes ni más terribles.

«Cuando va en busca de salud perdida á causa de su afán y desvelo constante por su misma Patria; cuando se halla solo, tranquilo, ajeno del peligro que le cerca, indefenso, sin aparato oficial, sin prever ni de cerca ni de lejos que hubiera alguien que maquinara su muerte y preparara su asesinato, es cuando deja de existir y cuando se arranca y se destruye una vida tan ilustre, tan activa y tan gloriosa. Porque hay que decirlo muy alto: Cánovas lo que era y lo que ha sido se lo debió á sí mismo, á ese esfuerzo sublime que realiza el individuo cuando encontrándose con alientos lucha con las miserias de la existencia, y vence y triunfa con sus propios recursos, creándose una posición y un nombre, merced al estudio, al desvelo y á la indestructible fuerza de una voluntad reina y señora, que quiere y desea obstáculos para dominarlos con mayor imperio y más grande fortaleza.

«La impresión que esta noticia ha causado no tenemos nosotros que ponderarla: en Europa ha de producir y ha de tener inmensa resonancia; Cánovas no era una figura solamente española, no era sólo un timbre glorioso de nuestra política moderna: era un genio que había traspasado las fronteras nacionales, y á cuya fama se rendía justo tributo en todas las naciones cultas.»

.....

A continuación publicaba unos datos biográficos del Sr. Cánovas y diversas noticias acerca de su trágico fin, y del efecto que éste produjo en Cádiz.

En su número del día siguiente, con orla negra también (10 de Agosto), y precedido del retrato de Cánovas, escribió lo siguiente:

La muerte de Cánovas.

«Más sereno el juicio, aunque no menos conurbado el espíritu, podemos escribir hoy con

Cad
ncid
de
sea
y
ci
eno
úm
cir
ódic
lo s

!

irr
co
mar
y de
mi

fa de
o, se
liger
espe
a mi
geni
or m
Mig
e la
y el
m er
npoc
ios e
ra co
us pr
esdi
na d
y ap
rrado
diado
o ofi
s loa
en la
van e
onta
l Bo
a aqu
fiola
iyo l
n Pe
lad i
el un
peni
ión
rgma
s la
sta g
arat
la i
dera
cias,

ción, que ve con estupor rotos súbitamente el laz de las más fecundas y gloriosas existencias consagradas al deber y al amor de la patria; que oye la postrer palabra del gran mártir, el odio supremo de todos sus empeños, que así echa a perder y no la de enumerar exhortaciones y juras. Lejos de nosotros el que se queja; que la acerba pena que la inmensa fundísima que la inmensa en nuestro ánimo, nos hace alucinar, el ilustre muerto no como un fantasma, inmensamente más grande que como es ahora, convertido en un traicionero de un sectario.

El asesino es un animal de esos italianos que arrojan como lava destruyendo a los latinos.

El crimen cometido en Cánovas, colma la medida en presencia de un malhechor, con el código de amarilla ó con el código de defenderse contra sus enemigos, mejor que reprimirlo a través de testables manifestaciones.

Sea como quiera, á los legisladores toca esa tarea, y a los jueces registrar el luctuoso tributo de respeto y dolor por el muerto.

En estas horas de agitación nacional, en que los interese se agitan á nuevas luchas, aconsejar la mayor prudencia con el patriotismo bien entendido liberal.

Sirva á todos de algo que puede caber en tal desgracia, ha sido un español el asesino del Castillo.»

I

LA NUE

D. Antonio Cáno

«El ilustre estadista e historiador, para egraciadamente, para e cobardemente asesinac

DON AL

en, no ha
solo, patri
para me
t, acallan
disputas
ña y á la
cia del ho
se agigant
e endere
ver de Cánovas
es, nos vestimos de luto
cional, y nos perdemos
rosísima.

agua, en un período de
lumine á la Reina, ins-
títicos y salve á esta des-
vez de rendirnos al des-
ble adversidad que nos
estir el grito de Goethe :

esa tumba!...

irando hacia atrás para
plo del gran luchador
ir donde brilla la estre-
ta que, aunque se eclipsa
se ocultará...»

F. G. D.

Atellón de la Plana

NACIONAL

número correspondiente
señal de luto, y bajo el
caracteres, *Asesinato del*
dijo lo siguiente :

y cobarde asesino que
vivado de la vida al más
a ha venido á herir á la
en estos momentos al
o hijo, á cuyo talento y
confiado todos la honra

al han calificado todos
ánovas del Castillo, y
rtado, que en estos tris-
español, sostenga las
iera, que no tenga que
dolor y no sienta igual
ntaría por la pérdida de

... y pide al cielo por el alma del que fué el más
eminente de los españoles.»

* * *

A continuación publicó unos datos ó noticias
biográficas del Sr. Cánovas, y después, en el
número correspondiente al día 15, lo que trans-
cribimos á continuación :

Ante el cadáver.

«Aquella robusta inteligencia á que todo
humano saber llevó su indicio ; aquel magnífi-
co instinto de la belleza que á todas las artes
alcanzaba ; aquel sereno y alto juicio de histo-
riador ; aquella fe de patriota que de actos me-
morables llenó la vida nacional contemporá-
nea ; aquella elocuencia apocalíptica que caer
solía sobre los Parlamentos como sentencia
inapelable ; aquella altivez de antiguo hidalgo
que imponía respeto á las naciones ; aquella
voluntad olímpica, audaz, vencedora última-
mente de los obstáculos inmensos creados
de consuno por la fatalidad, por error de mul-
titudes irreflexivas y por estrategias de ad-
versarios... Todo ello, todo ese maravilloso
conjunto de cualidades excepcionales, de cons-
tancia, de valor, de honradez y de talento ;
toda esa vida gloriosa, y pese á los años, ga-
llarda aún, con que España se enorgullece
en sus júbilos, y de que España en sus desgra-
cias como las presentes se amparaba ; toda
esa existencia que tantos riesgos desafió y
dominó frente á frente, ha venido de improviso
al suelo, con el estrépito de fortaleza colosal
que se desploma, porque un imbécil descono-
cido, un vago, un pobre diablo cualquiera, sin
alma y sin corazón, disparó tres veces traido-
ramente un roñoso revólver.

¡ Parece increíble !

Sí. Cuando las grandes almas van llegando
á las muchedumbres y extendiéndose poco á
poco por las naciones y penetrando en su ac-

país
no
fam.
lo d
des
uno
nde
vivie
nás
peñ
ma
mir
ía e

hora certero, ha venido a conversar los horizontes que descubrió y afirmara su sólida reputación, reconocida y respetada por

a esa de tal magnitud, que nadie cese á primera vista, pero que reconocen. Forzoso es aceptar los datos como vienen, pero forzoso es que en las actuales circunstancias la Sr. Cánovas del Castillo es una cional, la mayor que puede esperarse país.

ras el telégrafo, con la vertiginosa el rayo, habrá llevado á todos los globo con la infausta noticia la penmensa á los hombres de Estado, y ue las demostraciones de pésame renengan serán la muestra más elorespetuosa admiración que mereente del Consejo de Ministros.

ntos de suprema angustia para ida España se impone á los homerno el más penoso y trascenden-

la Providencia dé acierto á quien igrir los destinos de este país, y dos para condenar ese acto inicuo e que ha acabado con la vida del del Castillo, llenando de luto y e nobles corazones españoles. loria para el ilustre muerto!

mes.—Sobre la muerte de Cánovas

doblan las campanas, dando al tido singular? ¿Por qué siente el odo los españoles una pena profia, casi tan grande como por la familiar nuestro? Es que la na-

delante de él, y al quitarse el sombrero, le saludaban con estas palabras: «¡Salve, César, admiramos tu genio colosal!» ¿Qué vida es esta que después de recargarle á uno de laureles y de glorias por sus méritos, por sus incomparables servicios en las regiones distintas del saber humano, cae como un andrajo cualquiera en un hoyo, igual, exactamente igual que el que tendrá el día de mañana el miserable asesino que ha cortado el hilo de esta existencia tan preciosa y necesaria, que no hay lágrimas bastantes para derramarlas por su pérdida, por lo que entraña el presente, por lo que atesora-ba para el mañana?

Respetemos los inescrutables designios de la Providencia. Enmudezcamos ante esta catástrofe nacional. Elevemos nuestros corazones hasta las gradas del Altísimo, pidiéndole que dirija á puerto seguro la nave de esta patria, tan azotada de la suerte de diversas maneras. No son estos los momentos para pensar en bastardías políticas. ¿Á qué ha obedecido ese brazo armado contra él con toda la premeditación más infame? ¿Quién ha podido pagar esa villanía? ¿La pasión política ha descendido hasta el fango para buscar en él ese instrumento? En estos instantes de ansiedad todo es prematuro. Las versiones tienen varios aspectos.

De cualquier manera, esta hecatombe es de peligrosísimas consecuencias. No nos podemos dar cuenta por el pronto, porque aún estamos bajo la presión del estupor. Una mano de bronce nos ha caído encima. El dolor en su más terrible manifestación ha dado su traidora zarpada. Esta desgracia hace por sí sola depone toda mira, toda bandera, para ocuparse solamente de la situación en que queda el país. Enviemos nuestro más sentido pésame á la ilustre dama que acaba de perder á tan

Co
nión
só en
«E
políti
guir
quier
que
inclu
para
hubie
sería
á sí n
de to
ma c
los je
zara
todos
ra fe
el Po
Mu
Pre
jefatu
el de
algún
Con
der d
nifest
partic

Y

Su
cual
su gr
ser e
All
sufriu
su es
sentib
Gra
se aq
y que
El
en gr
y aliv

« La redacción de *El Progreso* condensa
cho y lamenta la pérdida del ilustre es
D. Antonio Cánovas del Castillo. »

* * *

Después, en su número del día 12,
lo que sigue :

Cánovas del Castillo.

« Víctima del furor anarquista, que no
tiene ante el inocente niño, ni ante el
ble anciano, ha dejado de existir este es
estadista é ilustre hombre público, so
la Monarquía restaurada y fuerte tím
gobernar el Estado.

En circunstancias difíciles ha perdido
ña uno de sus hombres de más valía
entereza de carácter, su capacidad inte
y su españolismo.

Lo dijimos en el extraordinario del 1
ahora lo repetimos :

Condenamos el hecho por lo brutal
minoso ; abominamos del autor, hoy m
ayer, por su desmesurado lenguaje ;
viuda acongojada, y lamentamos sincer
el trágico fin de D. Antonio Cánov
Castillo.

La Monarquía, ya en decadencia, ha
rudo golpe con la muerte del ilustre
dente del Consejo de Ministros.

Este, en sus agónicas torturas, ha co
dido que la Patria, más que el trono, s
damente combatida, y ha tenido alient
gritar y despedirse de la vida, no con
el Rey, con un ¡ viva España !

Quien recuerda á su Patria cuando
es un buen hijo que, al dejar este v
lágrimas, pronuncia el santo nombre
venerada madre. »

* * *

En el propio número *El Progreso Co*
reprodujo algo de lo publicado por la
de Madrid sobre el propio suceso y t
por la norteamericana.

sin ventura una irreparable pérdida; significa la desaparición de su más experto timonel, el fallecimiento del hombre de las energías, que no retrocedía ante los peligros, que mantenía el honor de su país incólume y que, guiado por su fe y su esperanza en el pueblo que regía, no había fuerza que torciera sus determinaciones y defendía los fueros de la justicia y el honor de su Nación como la defienden siempre los que á su Nación inmolan, como él, su existencia después de haber consumido su juventud y su sabiduría en provecho de sus conciudadanos...

* * *

Por último, en su número del día 12 publicó el siguiente notable artículo de su colaborador en Barcelona D. Casimiro Comas y Domenech:

«Jamás desde que emborronamos cuartillas para el público habíamos tomado la pluma con mayor amargura en el corazón, con mayor desaliento; más que raciocinar y escribir, quisiéramos llorar, que á nuestros ojos acuden las lágrimas ante la consideración de la inmensa é irreparable desgracia que pesa sobre nuestra Patria. No basta, por lo visto, que dos guerras coloniales consuman nuestras energías; no basta que el destino acumule sobre nosotros toda suerte de desdichas; acaso ha cometido España tan graves faltas, que no sólo han de acumularse sobre ella las mayores catástrofes, sino que se nos quiere atar de manos para que no podamos vencer en la lucha con los obstáculos que se oponen á nuestro avance glorioso por el camino de la Historia.

España contaba con un ilustre estadista, con un político insigne, cuyo asombroso talento y patriotismo innegable eran la más firme garantía de que cuantos conflictos se presentasen tendrían una resolución adecuada, en armonía con la dignidad y derechos de la Nación; cuando la Patria atravesaba momentos difíciles y supremos, en medio de nuestra desdicha, quedábanos la esperanza de contar con un gobernante que por sus dotes podía codearse con los más renombrados políticos extranjeros, á pesar de la decadencia que en el mundo internacional caracteriza á la España del siglo XIX. Todos los pueblos nos miraban con respeto, en parte teniendo en consideración nuestra valía, en parte tam-

bi
de
br
de
cié
su
]
lit
br
ra
de
lo
lo
á l
le
vic
de
es
qu
de
no
i
to
pa
cia
cor
pa
dis
pol
pa
cid
mo
nal
he
en
ca
(
de
la
ace
ha
din
ha
per
Ca
por
te
bre
do
esp
I
y d
rio

DO

á de luto y
El plomo m
nombre exi
ento, llegó
ortantes, e
el extran

os consign
mes de di
drid.

ón, como s
trado en si
endencia, l
matices se
onalmente

en las des
aña, y ha v
do de Sant
erte del Sr.
ifícil al pa
dor.

olverá tan

.
.
.
.

* * *

a lo que

uto nacion

a de hacer
de tomarla
s de la pe
asesinato
te del Con
sgracia na
esaparecer
en causa
existir, y
patriótico
ormalizar la
evera al cr
más severa
anarquist

* * *

infame ase
novas del
eda, se au

leyenda histórica de la *Campana de Huesca*, en la que pintó, más bien que describió, con toques, á la vez poéticos y de realista exactitud, la fisonomía de esta localidad para nosotros tan querida, con sus edificios, sus huertas, su llanura, sus sierras, su Salto de Roldán y su inolvidable Montearagón, al mismo tiempo que acontecimientos de la mayor importancia y trascendencia en la historia aragonesa.

Parecía que esto era bastante para que hubiese conservado de nuestra ciudad un recuerdo, aunque siempre agradable, vago y medio borrado y perdido allá entre las lejanas brumas de su pasada mocedad. Pero no fué así; el cariño de Cánovas á Huesca se mantuvo muy vivo en él durante toda su vida, aun en circunstancias de familia las más tristes, aun en medio de las más graves y azarosas preocupaciones de los negocios del Estado.

Ya había ocupado varias veces la poltrona ministerial, cuando el que estas líneas escribe le vió sumido en la más profunda pena volviendo de Panticosa con su primera esposa moribunda, y, sin embargo, no pudo resistir al atractivo de ver y contemplar nuevamente los sitios y las cosas que en mejores tiempos tan honda huella habían dejado en su espíritu. Le vió cuando en 1874 fué á recoger de manos de D. Alfonso XII los poderes para hacer la restauración; y cuando volvió con ellos, aprovechar el corto tiempo que mediaba entre la llegada de la diligencia de Francia y la partida del tren de Zaragoza, para ir á visitar el templo y los claustros de San Pedro. Testigos también los prelados de esta Sede y otros personajes, á quienes siempre mostró un vivísimo interés por nuestras gloriosas antigüedades.

Y ¿qué más? No ha muchos años que Huesca habría pasado por una ignominia digna de la maldición de la Historia, por la ignominia de ver arruinados y aun borrados del noble solar de nuestros abuelos hasta los últimos restos del templo y claustros de San Pedro el Viejo, monumento mil veces venerando por los recuerdos religiosos, políticos y artísticos que encierra, á no ser porque lo impidió el amor de Cánovas á Huesca, el cual se apresuró á interponer toda su poderosa y legítima influencia en las esferas del Gobierno y en las Reales Academias, no sólo para evitar

la ru
ha s
men

M
esta
de s
signe
da c
los c

De
tum
El
desc
ilust

«I
gran
tos
llam
den,
les,
Al
buen

«T
nion
que
esta
nio
en l
cia e

La p

«E
tos
del
nova
Lo
vinc
pañe

D

fabri
el p
sus
el n
íanc
es j
stir
mos
nién
blica
re
orta
men
tel
a
stel
o le
ndi
o. (C
hías
m
o p
un l
onic

y

Cris
spa
te:
en
i no
ros,
cor
oml
es
), »

* *

mer
áno
re
mo.

[I

DE

de
os
el l
t pr
; e

No son días de reflex sobre el próximo porve ción de clases y categorí para sentir y llorar la ir grande hombre, que la asesino ha borrado de la razón se halla aletargad timiento, y no se halla e que es propio de la cond que supeditarse al medic nos rodea y sugestiona.

Satisfagamos, pues, p pulsos del corazón; tr figura, al talento poder los merecidos honores (que con las pompas o sincero por la irreparabl Nación representa, que de consuelo en las catá forta también el ánimo, para dar lugar á que ve nuestras resoluciones. »

.
.
.

El Conservador de Jaén
rante todo el mes de A,
parse de la desaparició
Castillo y consecuencias
conservador y el Gobier

I

EL LIBERAL

Limitóse á dar cuent de Agosto, de la muert comenzó, dice, á circula del día anterior, protest enérgica del atentado que el Señor acogiese en eminente hombre públi día siguiente, tras de n noticias relacionadas c Santa Agueda, dió á lu cos, en que sobresalen, la vida del Sr. Cánova líticas del adversario n constante desacuerdo c

En su número del 12 escribía :

Cánovas yacente.

«Cánovas ha muerto.

El estadista eminente, el gran juriscoto, el historiador notable, el portentoso, el patricio insigne, el sabio, el generoso, yace en la tumba á la hora en que nuestros lectores vean estas líneas, lle allí, no por los inexorables designios de Providencia, que conservaba la preciosa de esta gloria nacional, sino por una veng ruina y miserable de anarquista, alguien quisiera destruirnos á todos y deshacerlo : el hogar en que nacimos y el hogar hemos formado, porque él no cree más que la unión brutal de las bestias ; la religión aprendimos y que disfrutamos, porque admite más que una oración grosera, al mago jamás satisfecho ; el arte y la ciencia que nos confortan, porque él no cree en ciencia ni en más arte que la gula harta lujuria saciada ; la naturaleza entera, porque él no la concibe desigual, con llanos y montañas, con torrentes y con pantanos, con sombra, con flores que atraen, reptiles repugnan, sino toda igual, anulada en d perante miseria.

España está de luto. El duelo es general, el llanto persiste en todos los corazones.

Un hombre que tan de buena voluntad se puso al servicio de su Patria y de su todo su gran talento y servicios, mere bien de todos, y en estos momentos aci una tumba donde, grabado su nombre en l de oro, sirva de imborrable recuerdo á l recedero ejemplar de las generaciones deras.

Cánovas asesinado en aras de la defensiva, es una víctima del trabajo, del deber, del sentimiento.

Cánovas al frente de la gobernación del Estado en días de mayores peligros para la Patria, como son los presentes, y cuando le deseaba este puesto de tanto peligro y responsabilidad, determina la abnegación más grande y la virtud más heroica que el hombre alguno puede ostentar. Por eso Cánovas era el primer soldado benemérito de la Patria.

Descanse en paz el coloso del saber y de la energía, y el Dios de Abraham, de Isaac

*Periodicos de Lérida***EL PAÍS**

El martes 10 de Agosto—porque los lunes no se publica—dió cuenta el diario liberal del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, e lamentaba, decía, España entera, refiriendo la sensación que había causado en Madrid sin distinción de matices políticos, é insistiendo los telegramas de la capital alusión á ese triste suceso.

En su número del 11 publicó una especie de correspondencia de Madrid, del día 9, con el epígrafe *Calendarios políticos*, en que se hablaba de los cálculos y conjeturas que comenzaban á hacerse, calmada la primera impresión del fallecimiento del Sr. Cánovas, sobre lo que pasaría en la política del país, y á continuación, lo siguiente :

Desgracia nacional.

«Prescindamos de las bajas pasiones de política, que suelen empequeñecer las grandes figuras, y como españoles, como patriotas, como hombres honrados, lamentemos la muerte alevosa de Cánovas del Castillo»

Otra vez el anarquismo vuelve á dar señales de su vida criminal. Otra vez el arma homicida es esgrimida á mansalva por un fanático afiliado á esa secta terrible... En el tiempo han sucumbido Carnot y Cánovas estuvo á punto de perecer el rey Humbert. A cada castigo que en defensa de las leyes impone la sociedad á los anarquistas, responden éstos con un atentado inicuo, con un asesinato horrendo. El de Cánovas es seguramente una gran desgracia nacional. La vida de sesenta y nueve años, es una vida de gloriosos sacrificios por la Patria y por la República. Su biografía es fecunda como pocas en hechos extraordinarios. Su talento le llevó á la presidencia de casi todas las Asambleas. A los cuarenta y seis años había sido el jefe de la Restauración y era Presidente del Consejo de Ministros. A este puesto no se llegó por intrigas, sino por méritos. No se arrebató, sino que se conquistó.

Desde entonces fué Cánovas un verdadero sostén del Trono ; la Patria sería ingrata é

oficialmente, y en las respectivas redacciones de los diarios locales.

Sin tiempo, y en la imposibilidad de recordar y coordinar las ideas para un artículo necrológico, nos limitamos por hoy á lamentar con toda nuestra alma la muerte del eminente estadista que, sacrificando su reposo y tranquilidad, y sin otra ambición que la nobilísima de ser útil á la nación española, ha contribuido con sus energías y poderosa inteligencia á la gloria é integridad de la Patria.

En este día de verdadero luto nacional, la redacción de *El Eco de Galicia* se asocia al inmenso dolor de la ilustre viuda del finado y de toda su familia, y eleva al cielo fervientes oraciones pidiéndole piedad y clemencia para nuestra querida España, tan combatida en estas circunstancias.»

D. E. V.

• • •

El miércoles 11 añadía, bajo el epígrafe

Datos biográficos.

«Si lenitivo pudiera haber para la honda pena que en estos momentos de angustia y amargura sentimos, nos serviría de algún consuelo el profundo dolor que por la misma causa sienten los prohombres de todos los partidos y la prensa española, sin excepción alguna.

Todos, desde el cariñoso amigo del señor Cánovas del Castillo hasta los que durante su vida le han combatido por sus procedimientos políticos, lloran hoy su muerte lamentándola como una gran desgracia nacional, y dedicándole recuerdos sentidos que nacen de un corazón libre de todo apasionamiento y abierto á la voz de la justicia, que nunca como en los supremos instantes se impone á todos, amigos ó adversarios, propios ó extraños.

La prensa de Madrid y provincias, de todos matices y colores, parece hoy escrita por un solo hombre.

Toda ella, haciéndose eco del común sentir de los españoles, admira la poderosa inteligencia del Sr. Cánovas, cuya clarividencia no conocía rival, y su magnánimo corazón, cuyas energías eran tan grandes, como grande era

la alte
asesor

Tod
elevac
nes de
la pas

Tod
para s
patrio
pronu
para
la fir
ple de
mos,
bende
sobre

Tod
todos;
que n

Tod
ñor Sa
dida e
lejano
tar, si

y patr
tre fin
neces
patrio
cuanto
bía qu

Mas
de est

Días
nerlas,
de pal

Hoy
sentid
quien
nuestr

Hoy
cómo
su tale
alturas

A co
Sr. Ca
tes pa

«Esp
sus m
nuestr
tras b
dos.

atentado que llenó de consternación y de espanto á toda España, justo es que, después de elevar una oración por el eterno descanso del muerto y de descubrirnos ante su cadáver como españoles, expongamos algunas consideraciones que nos sugiere la triste noticia del asesinato del ilustre tribuno.»

Trata á continuación del anarquismo, y en la segunda plana del propio número hace la historia del Sr. Cánovas, concluyendo así:

«Tales son los datos biográficos del hombre notable á quien la Historia juzgará con más ó menos severidad, pero en quien todos reconocerán cualidades extraordinarias de estadista, que con otra educación intelectual, en otros tiempos y bajo el influjo de una atmósfera más sana, hubieran brillado con mayor viveza y con más provecho para la Patria.»

III

EL REGIONAL DE LUGO

El 10 de Agosto publicó el siguiente artículo:

Cánovas.

«La primera impresión que nos ha producido la noticia de su asesinato, ha sido la que, poco más ó menos, experimentan todos los españoles: horror profundísimo y espanto verdadero.

Horror profundísimo, que es lo único que puede inspirar un crimen cometido á mansalva y á sangre fría; un asesinato como el de Santa Agueda, en el cual no se satisface sino una venganza de secta ó de partido, fraguada entre las sombras, y acaso acaso al lado del mismo que va á ser víctima de ella. Espanto verdadero por la aflicta situación en que la Patria se encuentra, necesitada del concurso de todos sus hijos, y mucho más del de hombres de la altura política del señor Cánovas, del cual podrá decirse acaso que se ha equivocado, pero nunca discutirse su desinterés y su patriotismo.

Con dos guerras coloniales y la agitación carlista latiendo aquí en la metrópoli, sólo una gran energía, hermanada con una gran prudencia en la Corona y en los partidos que la rodean, puede evitar probables y dolorosos

hombre que fué el primero, y, ¡Dios quiera que no sea por muchos años, el único!

La política conservadora no sólo le debe sus triunfos, no sólo le debe sus éxitos desde el primer día de la Restauración, sino su definición para hoy y para siempre. El significado filosófico y científico de la política intermedia, lo ha dado en España D. Antonio Cánovas del Castillo, y mejor que Guizot en Francia y con grandísimas ventajas sobre todos los publicistas europeos.

Era el primero de nuestros historiadores; no tenía entre nosotros rival ninguno como crítico eminentísimo de Bellas Artes; verdadero jurisconsulto, sus éxitos se cuentan por el número de sus contiendas con los primeros abogados de Madrid, en las academias y en el Parlamento; y su buen gusto, verdaderamente clásico en cuanto á las letras se refería y tocaba, le conquistó muy pronto la Presidencia de la Academia Española (1).

Era un orador extraordinario. Como definidor y polemista, no tenía semejante; menos retórico que Castelar, menos metafísico que Salmerón, menos ardiente que Ríos Rosas, Cánovas les aventajaba á todos en la convicción de sus doctrinas, y en las agudezas y recursos de sus inspiraciones. Creía que podía luchar él solo contra todos sus adversarios en las contiendas parlamentarias, y luchaba casi constantemente y frecuentemente vencía.

También pensaba que podía gobernar solo mejor que acompañado, y más que compañía, parecía que formaban escolta los que en el Gobierno estaban á su lado.

Como escritor tenía un estilo descendiente en línea recta de Saavedra Fajardo, pero tocado de giros y arcaísmos, por su más próximo pariente D. Serafín Estebanez Calderón.

Corregía las cuartillas una y cien veces, y jamás encontraba en las segundas y terceras enmiendas la claridad de la primera redacción. Por lo mismo, valía más como orador que como escritor. Pero no lo quería creer, y enmendaba su dicción primera, constantemente oratoria, para alcanzar un estilo de cierta sonoridad clásica, pero más confuso que el de sus discursos hablados.

Hombre de versaciones ejemplares, bre cuantos la

Recordaba á te tuvo sobre

El chiste lo es en los de n concepto, tenía ninguno, y todo lo que él amargo, mordaz, tanero, cautiv hacia reír cons

Sabía treinta de su biblioteca últimos años, ¿dices, con pa aciertos.

Tenía los act bajo asiduo y Sus comidas, eran desde la médicos le im mentación. Los cabeza necesitó tómagos.

Conocía divi Historia en los verdaderos ori con los histori discutía y con y acontecido.

¡Extrañaré á rior no tuviera e de tenerlos, p grandeza. Pero enemigos en la entendimiento discusión. Los y después de la amargaron únic cias ..

Romero Robl que es difícil qu do contra Cánov die, y mucho m Cánovas han ec

.....
«Hoy el part. de su política y

.....
«Así estamos,

(1) La que obtuvo fué la de la Historia. La Española la presidió, y continúa presidiendo, el señor Conde de Chesto.

« Cuando se nos pase la primera impresión, el aturdimiento que en la inteligencia produce infamia tan grande é inesperada ; cuando podamos discurrir serenamente sobre ese hecho que ha venido á sorprendernos rápido como el rayo, llevando la consternación á nuestra alma y el estupor á nuestro cerebro, entonces tal vez podremos expresar todo lo que sentimos ante ese golpe terrible que hoy nos anonada.

Hace poco, dos ó tres días á lo sumo, que leíamos con íntima complacencia cómo el señor Cánovas iba adquiriendo nuevas energías en el balneario en donde ha encontrado terrible muerte ; cómo su salud, quebrantada por las múltiples y arduas atenciones que pesaban sobre él, adquiría rápidamente ese vigor extraordinario que ha llenado siempre de asombro á todo el mundo ; y cuando noticias tan faustas habían llevado profunda alegría á nuestro ánimo, cuando esperábamos verlo nuevamente afrontando los peligros con que tropieza la Patria, una mano criminal, infame cual ninguna, viene á sumirnos en duelo inconsolable, en inquietudes angustiosas, que no podemos desechar desde que nos fué conocido su asesinato.

La Patria no perece nunca ; inmortal como Dios, cumple sus destinos á través del tiempo y de las circunstancias ; pero cuando hombres de esa talla desaparecen, y precisamente en momentos difíciles para el honor nacional, parece como que la Providencia nos abandona, y decaen las fuerzas, se acongoja el espíritu y sienten todas las inteligencias el aplanamiento de las inmensas pesadumbres.

Es este un instante de angustio recogimiento, en que la conciencia no halla los enérgicos apóstrofes de la protesta.

* * *

España está de duelo.

Málaga sobrepaja á todas las capitales en la profunda tristeza que siente.

El partido conservador tiene que llamar en su auxilio todas sus energías para poder resistir tan tremendo quebranto.

Como españoles, no desconfiamos de la Patria, pero sí de que haya hombre que en la medida del Sr. Cánovas abastezca á las necesidades imperiosas que nos solicitan ; como malagueños, hemos perdido lo que era honra y orgullo de esta ciudad, que ya no tiene á su servicio aquel gigante de la política, cuya figu-

ra llen
como c
es posi
cament

No ;
asesina
todo lo
se agol

En su
tambié
miento
festac
malagu
á conti

« Pod
ca del
aquí, s
libro de
bles, su
tos más
ración
mos em
relato f
tra hiat

Su ne
todo el
nio y d
nosotro
do y ad
más, m
digiosa
capital
partida
nación

Aun
basta c
dónde l
bastant
mortalic

Apart
Alma d
compati
nuestras
pujó la
horizont
hechos f
bién la
nombre

lada por los labios asquerosos de Luzbel ; gido atronador de las fieras indómitas del sierto ; mordisco atroz de salvajes antropos ; vampiro insaciable que se sustenta co sangre de sus hermanos ; chispa desprendida de las llamas infernales ; cruel anatema del píritu maléfico ; eco maldito de las diaból orgías ; risa sarcástica de los furibundos con nados ; extracto triple de la fiera humana que esparce la muerte á ciegas, sin rumbo i sin dirección y sin causa, tan sólo por el pla maldito del exterminio !

En los anales de tus lamentables proe cuentas las víctimas á millares.

Allí están : ora se reúnan con objeto de parcir el ánimo en brillante concurso, ya congreguen á fin de elevar el espíritu con vientes plegarias en las gradas sacrosantas templo.

Nobles, burgueses, proletarios, los representantes todos de la sociedad humana, distinción de clases, son segados violentamente al golpe rudo de la hoz con que cortas existencias.

La Nación española está de duelo.

La vida del más insignie de sus hijos no sido perdonada por esa llaga fétida que cor los miembros de los pueblos modernos.

¡ Varón ilustre, podrán haberte calumni tus enemigos y tus detractores, que siem fueron los unos como los otros patrimonio exclusivo de todos los grandes hombres ; pod haber cometido errores inherentes á la falid dad humana ; pero tu figura esplenderá en das épocas gigantesca y luminosa, envuelta el áureo nimbo de tus grandes cualidades !

Y con ser ellas múltiples, mal que les pes los que con constante empeño procuran tu d prestigio, descollará entre todas tu arraiga patriotismo.

Dígalo si no ese grito sublime que en la ú ma hora de tu vida arrancó á tus moribund labios el amor acendrado y constante que c movía hasta las más íntimas fibras de tu aln

¡ Iberia, llora contemplando tus desven ras, que creías llegadas al último límite, y c no habían terminado, sin embargo !

¡ Lloras sin distinción de partidos al homl que vivirá perpetuamente en los anales de historia contemporánea !

¡ Cobra nuevas energías para seguir lucha do, pues tienes bien acreditada tu inquebr

ha kondamntado á los más ilustres pensadores de la política.

El revólver de Golli ha sido la espada de Alejandro, que ha cortado el nudo principal de la enmarañada madeja política.

El jefe del partido conservador ha muerto; el partido conservador no puede seguir acéfalo, y sólo vivirá lo que dure la energía vital que le había impreso aquel cerebro privilegiado que ha cesado de funcionar.

Primer problema:

El partido conservador, ¿podrá continuar en esa forma en el Poder?

Creemos que no.

La lógica impone al partido liberal; pero el partido liberal, según su ilustre jefe, no se encontraba en condiciones de aceptar el Poder, hallándose aún pendientes de solución los problemas antillanos y la cuestión económica.

¿Lo aceptará ahora, aunque no sea más que por patriotismo, aceptando todas las responsabilidades que se desprenden de la situación que atraviesa el país?

Creemos que sí, y no hará más que cumplir con su deber.

Durante el tiempo de su mando, tendrá lugar la reorganización del partido conservador bajo su nueva jefatura.

¿Cuál será ésta? Segundo problema.

Aceptado el Poder por el partido liberal, habrá de aplicar las soluciones que dice tiene para Cuba. El resultado de ellas puede influir grandemente en la actitud de los partidos extremos que no viven dentro de la legalidad.

Cuál será esa actitud? Tercer problema.

Véase, con sólo bosquejar la situación, cómo puede deducirse todo lo grave de las circunstancias actuales, que muchos creen normales, suponiendo que el del Sr. Cánovas del Castillo es «un cadáver más...»

No; el Sr. Cánovas se lleva á la tumba, íntegra, la solución al problema pavoroso de nuestro porvenir.

No es un hombre solamente el que ha borrado de la lista de los vivos el arma del asesino; es toda una página de nuestra historia futura. El libro queda en blanco desde hoy, y de lo que en él se escriba ha de responder la mano que lo trace.

La pérdida de hombre tan ilustre es una pér-

da nacional, ciarse todavía.

Para Málaga, cuyas consecuencias tangibles.

Hoy, que con injusticia notoriedadismos que país natal, deb la ejecución de siglo: el puerto que está próxima de los terrenos nuevos muelles consagrar gran cional, sin las terminación de terrenos afect con aquel objeto su día la constancia, en la que esperanza.

Júzguese si el vestir los crees hondo pesar, á aparecido todo vestigio de gratitud.

España pier historiador, un universalmente

Málaga pier grandecimiento

La pasión p sobre su sister pública le otor digno de pasar debe grabarse de los hombres derna.»

«Con la man de luto y con título para ilustre paisano pañola tierra, nullo.

La pérdida. El vil y cobardo que con ella se la vida nacion

cosa sino de que somos españoles, de que somos malagueños, y bendecir la memoria del que fué honra y prez de nuestra Nación y nuestro pueblo, del que consagró su existencia al engrandecimiento del país, levantándole de la postración en que se encontraba, practicando una política fecunda, que le hace digno del apelativo por antonomasia de Padre de la Patria.

Y á los vítores que brotaron de sus labios, entrecortados por el estertor de la agonía, contestemos con loores eternos á su nombre imperecedero y á su obra monumental.»

VICTORIANO LOMEÑA GARCÍA.

III

LAS NOTICIAS

Este diario independiente de Málaga, con orla negra, como los demás, publicó el 9 ó 10 de Agosto—no se expresa la fecha—unos datos biográficos del Sr. Cánovas, que no reproducimos por ser muy semejantes ó parecidos á otros, limitándonos á insertar algunos párrafos, con especialidad aquellos con que comienza y termina el artículo:

«Málaga la bella, patria de tantos hombres distinguidos, fué también cuna del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo...

... que ha muerto siendo Presidente del Gobierno responsable, por cuya razón, y para que nadie pueda atribuir á adulación el benévolo juicio que pudiéramos ó debiéramos emitir sobre tan distinguido historiador, publicista, orador y hombre de gobierno, somos parcos en cuanto de él digamos; pero hecha esta salvedad, séanos permitido repetir lo que muchos opinan de él: Cánovas es uno de nuestros mejores oradores, tanto en la oposición como en el Gobierno; ilustra los debates de mayor interés y siempre es adversario temible en las lides de la palabra. Su elocuente y autorizada voz, nutrida con el poderoso arsenal de conocimientos que encierra su portentoso talento en todos los ramos del saber humano, impone fáciles soluciones á los asuntos más arduos; nunca está ocioso, pues el tiempo que le queda libre de sus muchas, parentorias y

graves disertaciones, á escribirlo, á escribirlo, á escribirlo.

La figura que nos tiene sufriendo que son campos del deb des, da digna de hacerse figura y taba fic nunca le él tenía raba la conflict

Es en novos u ensomb de la Pe te amigo

El mi festación dos por blica m del ilust Castillo,

«No h separad por inter somos n nerosos

del gran hombre que, al pasar por sus oídos políticos, representaba á la Nación española y á su nombre iba unido el de esta ciudad, que le vió nacer.

Ahora sólo se sabe sentir, porque la muerte de Cánovas es un duelo nacional.

Y pues esos son los sentimientos que en los actuales instantes á todos nos dominan, esos sean los que manifestemos de un modo franco, sin parar mientes en lo más mínimo, y hagamos solemne demostración que somos dignos hijos de la ciudad en quien hoy tiene fija su mirada el resto de España y todo el mundo

NTO

.rsos
del
zque
luga

. .
. .

s un
s ec
le 18
a to
Cá.
á s

. .
. .

, de

r sar
adis
as er
, sol
cos
vern
! da
Alfo
a un
naci
e al
por
erda
Mc
e si
temy
ó á
rtido
el
herr
ecir
yo s
cept
ivile
e el
valia
cion
Cár
a se
pro
ros,
veni
mos
en e

ba por teléfono al Congreso para que aprobara un crédito legislativo con destino á obras de defensa contra las inundaciones.

¡Y cuándo trajo á Murcia al Rey Alfonso XII, para que, viendo por sí mismo el estado de la ciudad, acordara el remedio que se necesitaba!

No concluiríamos nunca el relato de estas demostraciones de afecto.

Pidamos á Dios por él y honremos los dulces sentimientos de la gratitud.

* * *

El mismo día dió á luz la siguiente noticia uno de los pueblos más importantes de España:

Calasparra.

«Hoy es un día de tristeza y duelo en Calasparra, tristeza y duelo tan intenso como el que experimenta quien sabe cuánto pierde.

Luego que por la prensa de Madrid se conoció el criminal y estúpido asesinato y muerte del excelentísimo presidente del Gobierno, el pueblo en su casa del ilustre jefe del partido, nuestro querido amigo D. González, en manifestación del sentimiento que le produjo la noticia de un hecho tan doloroso, que priva al mundo de uno de sus grandes hombres, á la Nación de una gloria y una victoria, y especialmente á este pueblo de su protector carísimo, en quien fundaba sus esperanzas los que en más de una ocasión le habían recurrido, con tan pronto como eficaz su amparo en días calamitosos.

Esa mano infernal arrebató á la patria la mano salvadora que, en medio del peor de los tiempos, nos tenía casi en puerta de salvación con sus universalmente reconocidos dotes y acertado tino en las cuestiones que nos afligen. España se quedará prácticamente y lamentará como una gran pérdida.

Reciban SS. MM., el Gobierno, la familia, y con particularidad su esposa y familia, la expresión más sincera de nuestro sentimiento, el más modesto pésame, el más afectuoso saludo, el más sincero recuerdo, en donde queda esculpido el recuerdo de todos los que como en general le llamábamos, y

no sometiera á su palabra, tan apta para volar por las altas regiones de la elocuencia, otro papel que el servir de esclavo sumiso del razonamiento. »

« Esto era D. Antonio Cánovas del Castillo, como sér intelectual ; como sér moral, pocos hombres habrá habido más dispuestos, en todo momento, al sacrificio por lo que él entendía sus deberes en el Estado y la sociedad. Su vida ha sido una continua lucha por la sociedad y por la Patria ; su muerte ha sido la corona del vencedor, formada con la palma inmarcesible del martirio. »

.....
.....
.....

6.º Algunas sentidas frases del Sr. D. Rafael de Mazarredo, expresando que, al saberse la noticia de la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, resonó en toda España un grito de indignación y de dolor ; de indignación, contra el autor del vil atentado de que fué víctima : de dolor, al ver cortada la existencia del hombre público que tantos servicios había prestado al país. Imperecedera, añade, será su memoria, é inmensa la gratitud de la Nación hacia el que con tanto acierto dirigió sus destinos.

.....
.....

7.º Una carta del Sr. D. Francisco Martínez, á la sazón Gobernador de Jaén, dirigida á D. Gabriel Baleriola, recordando la conversación que tuvo con el Sr. Cánovas cuando el 6 de Julio de 1895 le llamó éste para ofrecerle dicho gobierno, que rehusó Martínez en un principio, y aceptó al fin, en que le oyó decir lo siguiente : « A ver si le pasa á usted lo que á mí cuando me nombraron Gobernador de Cádiz, que fuí allí sin haber sido nunca concejal ni alcalde y sin saber nada de la Ley Municipal. En funciones ya de mi cargo, sólo pensaba en lo que tendría que hacer si se me ofreciera prender á cualquiera de los que por mi lado pasaban. » Y luego, preguntado por sus amigos qué había hecho para que le quisiesen tanto, dió por toda contestación « que no recordaba haber hecho otra cosa que *no comerse nada de nadie.* » ¡ Cabe, añade el señor Martínez, más hermosa lección de Derecho público ?

.....
.....

8.º

Man
pren
mos
cipa

« C

bre

tud,

figu

la m

rebu

me l

men

toni

...

...

« I

nues

la co

las c

este

tos ;

des,

to p'

tanc

del j

el p.

dad

alas

derr

med

greñ

siste

los j

intel

res ;

nistr

fana

accio

polít

dich

trafa

plea

la N

intel

moni

tanc

los ;

nism

men

tiem

dios

vimi

9.º A continuación de lo escrito por el señor Barnuevo siguen las elocuentísimas palabras del Sr. D. Rafael Serrano Alcázar que transcribimos á continuación:

«Las supremas inteligencias avasallan con una tiranía que no envilece.

No era virtud doméstica, sino debida veneración y espontáneo reconocimiento de cualidades excepcionales, lo que sometía nuestra voluntad al hombre á quien, según se ha visto, todas las naciones admiraban.

Ser en Grecia amigo de Persiles, en su siglo, debió ser para todo griego una suerte y un honor. ¡Cómo no hemos de sentirnos con tal honor y con tal suerte los españoles que en el siglo de Cánovas hemos estado con Cánovas! España entera le llora.

Todo buen murciano tiene en estos instantes su corazón inundado de amargura.

Al que esto escribe le ha alcanzado la mano del asesino.»

10. Las sentidas frases que á continuación copiamos, de D. Francisco Pelegrín:

«Para honrar como se merece la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, de este grande hombre á quien hasta su misma horrorosa muerte hale enaltado con los simpáticos atributos del mártir y del héroe, resultan pequeños todos los homenajes y mezquinas todas las alabanzas.»

.....

11. Las no menos sentidas que igualmente transcribimos, de D. Juan de Aguilar:

«Si Bismarck, el gran estadista de Europa y á cuyo preclaro talento fué debida la formación del Imperio de Alemania, al saber la trágica muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo no pronunció palabra alguna en su elogio y se limitó á manifestar que sólo ante su nombre había inclinado la cabeza, ¡qué podré yo decir acerca de él, careciendo de autoridad para juzgar á nuestro primer hombre de Estado y siendo tan insignificantes como son mi nombre y firma social! »

.....

12. Unas cuantas palabras de D. Ramón García haciendo constar que, aprovechando las dolorosas enseñanzas de Octubre de 1879, el ilustre estadista se proponía convertir ex-

tena
cia,
lida
13

ra s
disc
da
sent
«l

nov.
hom
de l
par:
á fa
núm

1.
D. J
grar
un t

15
Prot
no y
dor
hist

16.
Sr.
saba

17
vez
novi
cias
reco
Mur

18
cien
que
altis
des

dabl
gula
desd
vanc
sa co
tizac
capit

19
entr
del (

dem
de c
D. N
20
D. C

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

, ó en tercer lugar, la consagración actual, como obra perfecta, el principio electivo, con la designación de la Colores vitalicios; y las conferencias, bajo su presidencia, de reas grandes naciones para la convenio feliz, que asegura en internacional del Estrecho de acción más estable que la condel Bósforo por el tratado de

nombre, añada, que un asesino abatido á la Patria española. entosa, voluntad de granito, inaria, todo, en fin, cuanto libre de Estado, al jefe de un tiempos modernos. »

.....
.....
.....
Joaquín Chico de Guzmán, canovas es la figura que más reaccidentada historia política, dando dirección y forma á la legítima tendencia política.
....., su imperecedera memoria es, y más principalmente los era militábamos. »
..... del anarquismo, por don

to de D. Luis Peñañel, de Murcia, con súplica unánime, los restos mortales de don del Castillo, para testimonio gratitud á la memoria del lmente contribuyó á la des-peligros de las inundaciones. ción del Sr. D. S. Pavia, de las pirámides levantadas por s brillante que el áureo episus deudos en la tumba que ales restos, escribirá la His- y al evocarle las generacio- fan, su espíritu inmortal des- as, para aleeccionar á los gran- vivir y morir por la amada

ión del Sr. D. P. Díaz Cassou le le dirigió el Director de Las el número extraordinario, de

que nos ocupamos, diciendo que nada encon- traba más á propósito que un soneto del difun- to, que publicó, de muy mozo, *La Joven Má- laga*, soneto y periódico que nadie cita (1) en- tre tantos como exhumaban los recuerdos de D. Antonio en aquellos días.

En un cementerio.

He aquí del hombre la eternal morada.
Aquí cesó el placer, calló el tormento.
Hoja del árbol del mundo arrebatada,
De su destino al imperioso acento.
La vil materia recobró su nada;
Perdióse el alma en la región del viento;
¡ Véis... esa calaverada destrozada!
Muda nos grita que existió un momento.
¡ Momento que en falaces ilusiones,
En miserias pasó, siempre anheloso,
Entregado al furor de sus pasiones!
Abrió la muerte su sepulcro odioso,
Lanzóle, y su ambición, su amor, su gloria,
Envuelto quedó todo entre esa escoria.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Añade el Sr. Cassou que en todos sus ar- tículos de *La Joven Málaga* se firmó *Cánova* y no *Cánovas* (2).

35. Recuerdo de D. Ricardo Guirao, en que manifiesta que si el hombre de Estado cuya ac- cidentada muerte lamenta esta Nación, no tu- viera otro título á la consideración pública que la página brillante de la restauración, él sólo bastaría para llenar el período largo en que su nombre, confundido con el su de su patria, ha arrancado el entusiasmo, el respeto y las con- sideraciones de las Naciones todas. La Res- tauración Borbónica realizada por el Sr. Cá- novas, es la más generosa, la más noble y le- vantada de las restauraciones de Europa...

36. Otro recuerdo á la memoria del Exce- lentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Casti- llo, de D. R. Alcázar, diciendo que no sólo ya los españoles, sino Europa y aun América (3), han demostrado su pesa por el vil asesinato llevado á término y consumado, en el siempre

(1) El soneto tal vez, aunque le dudamos. El periód- co se ha citado muchas veces, como demuestra este libro.

(2) Sin poder explicar la razón de esto, afirmamos que el apellido de su padre era Cánovas.

(3) Tal vez más América, refiriéndonos á la antigua española y á Cuba y Puerto Rico.

las ideas y sentimientos comunes ó sociales, resulta una verdad como un templo; mas cuando se trata de hombres como Cánovas del Castillo, cuya inteligencia tenía el vuelo del águila, no podemos hacer otra cosa los que, cual yo, ni fueron amigos ni enemigos suyos, que confesar que al volver la primera esquina no encontrarán los que andan en eso de la política un nuevo Cánovas, como los que gustamos de la literatura no hemos encontrado todavía otro Cervantes.

* *

Dedicado á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, recuerda el Sr. D. Javier Puentes Ponce, en artículo que aparece en el *Diario* á continuación del anterior, la cooperación que aquél le prestó para la traslación de los restos de D. Diego Saavedra Fajardo.

* *

Dice, en escrito que sigue al precedente, el Sr. D. Agustín Hernández del Aguila, que al perder Cánovas su existencia el 8 de Agosto de 1897, comenzó á vivir la vida inmortal de la Historia. Entró—añade—en los dominios de ésta con nombre brillantísimo, á ser y pasar á la posteridad como una de las mayores personalidades que han honrado á la especie humana. Los hechos acaecidos en España durante cinco lustros, no podrán ser apreciados si se prescinde de aquilatar la influencia, y á veces exclusiva iniciativa, que en ellos ejerció la poderosa y soberana inteligencia de nuestro primer hombre de gobierno en este siglo.

* *

A continuación se encuentran los párrafos que copiamos, de D. Emilio Díez: «La infame secta que proclama la destrucción por la destrucción, no ha sido consecuente con sus disolventes premisas al decretar la muerte del hombre ilustre cuya memoria veneramos.»

«Ha destruido tan preciosa vida; pero la ha destruido para construir... la única hoja que faltaba á la corona de su gloria.

! La inmarcesible hoja del sacrificio! »

* *

Sigue inmediatamente después un notable artículo de D. Joaquín Báguena, que sentimos no poder insertar íntegro. «Estadista in-

signe, político pr autor de un nue Al llegar á la pl la más atrevida un hombre de Es mar, entre el fra dinastía que cay obra colosal con tiples y levanta

Defendió con mo historiador, como gobernante constitucionales supo atraer á la la Revolución y aquellas liberta

Sus prestigios derosa y su repu ras, le hicieron minador de todo

.....

Tuvo, como muchos enemigo tido con sáfia invada... Tantos y siguieron nunca gio ni en su ho

.....

Después del blica el *Diario* u nández, dedica piamos, como n

Como la que derri de su ped el coloso y al desp cayó con i que al g tembló la

A continuaci artículo sobre l lao, cuyos prim taubriand nos h cluido de apren

Bismarck, Thiers y Cánovas.

Bajo este epígrafe, escribe D. Juan Ibáñez Carrillo «que cuando las naciones atraviesan crisis difíciles y los pueblos creen que van á sucumbir, la Providencia saca de la nada á los hombres extraordinarios predestinados por ella para salvación y engrandecimiento de sus patrias.

Tales fueron, añade, en nuestros días, Bismarck, Thiers y Cánovas.»

• • •

D. Agustín Perea Sánchez prescinde de la gloria política de Cánovas, exagerada por sus parciales y regateada por los adversarios, y tributa un recuerdo de admiración, no al estadista, sino al crítico, no al jefe de partido, sino al director de la Academia de la Historia.

• • •

Para D. José Calvo Gavilá, la muerte de Cánovas no supone más que la desaparición del hombre de la vida real, tan sólo en lo que éste tiene de material y finito; el hombre genio, el verdadero hombre que siempre admirarán las generaciones, ese, no muere nunca; ese, vive eternamente como vive todo lo grande, como vive todo lo imperecedero...

• • •

Ante el túmulo de Cánovas, escribe D. Federico Martínez el siguiente epitafio:

Detente, pasajero; ante esta tumba
descubre reverente tu cabeza,
porque aunque aspecto tumulario tiene
esta no es una huesa.

No descansan aquí los restos fríos
de la impura materia,
porque es polvo de gloria
lo que aún miras removida tierra;
porque en este suntuoso mausoleo (1)
duerme un célebre genio en paz eterna,
que esta cripta es el templo funerario
de graníticas piedras,
que al más esclarecido de sus hijos
una nación agradecida eleva.

A estos tristes versos sigue una especie de biografía crítica de D. Antonio Cánovas del

(1) Si alude al de Murcia, no se piensa en erigirlo ya.

Castillo, como di escrita por D. E do organismo hu ludiblemente un ganismo de ese cuando buscaba ques de la vejez provincia de Gui con un anarquist

Los disparos gran español, fueron su alma á la

Es mayor siem bajador en pie, dijo Franklin—y dor incansable, eco del estudio, ha despreciando bl tiempos ridículos dezas de la tierra suya, hija exclus batible y sus rele

Habla antes d siempre por sus años por sus projes él tendió sus calar los puestos cerle sentir, ama envenenados puf traición, y term la muerte violent do el remordimie grande es ya el n escarnescieron y v do á declarar qu sona; pero si su

Publica *El Diar* tes versos de Mr.

...Y para su resplandor nos lo arconsignar su fama

(1) El balneario de cía muchos años. No viejo al Sr. Cánovas, y nueve años, habien pasan de esa edad, y

DON ANTONIO CÁNNO

. Cánovas, y en el correspondiente
ajo el epígrafe *Cabos sueltos*, repro-
s de *El Liberal* favorables para el
. ó encomiásticos de su obra polí-
lba de la oración fúnebre pronun-
. obispo de Sión en los funerales
y en la que expuso que «Cánovas
l verdadero y más fuerte protector
cial durante toda su vida política,
siempre ese poder en sus prin-
a, cuales son el poder divino, el
el social y el de la familia. Y no
firmó esos poderes, sino que aún
últimos al encontrarlos débiles al
la Restauración dinástica. Al ad-
al trono de D. Alfonso XII fué
dad más firme del poder real.

...
os este inmenso dolor que nos
para concluir el señor obispo—
y elevando el espíritu á Dios an-
ba abierta, digámosle:—Tú, que
n y la infinita misericordia y fuen-
peranza y toda vida, escucha esta
se eleva de lo más hondo de nues-
es. No exagere los rigores de la
esta noble España.

ilustre á quien lloramos tuvo fe ;
ra de negación surge de sus dis-
sus obras ; fué un creyente, y po-
os antes de morir prosternábase
anta en el sacrificio de la Misa. Si
le sostuvo, perdónale, Señor. Y
al Padre, al Hijo ni al Espíritu
llos sean con él y le recompensen
la.»

* * *

, en el propio número *La Tradi-*
ura, copió los siguientes párrafos
escrita por el propio Sr. Cán-
ota, al Sr. D. Andrés Borrego :
a Monarquía constitucional, que
puede tener otro representante
so en España, es hoy el único
vacación que queda á los verdade-
españoles.
o toda mi vida y moriré siéndolo
idad que distingue á todas las
serenas ; y doy gracias á Dios
eralismo esté de acuerdo con mi
píritu monárquico al defender,

c
u
E
k
r
c
q
ti
.
b
n
p
d
tz
ce
li
si
di
et
ti
bl
té
y
si
y
de
no
és
ca
ve
gu
pr
ño
ob
ó
sa
—
(

El arma del sectario que lo separó de nuestro lado, circundada con la aureola del martirio, interponiendo entre ella y nosotros el frío sudario de la muerte, desvanece los vehementes apasionamientos, los mezquinos prejuicios, los pasionales impulsos de partido y bandería y abandona á la Historia la triste misión de reunir los parciales que integrase su fecunda labor política para formular sin apelación el supremo juicio que á la crítica severa é imparcial merezcan sus hechos, del mismo modo que hoy abandona sus yertos despojos á las lobregeces del sepulcro, mostrándonos así el término de la humana grandeza. »

Pasa después á hacer consideraciones sobre la «cuestión social», propias de un periódico católico como él, y por último, en el número del día 13, insertó la alocución dirigida por el Gobernador de La Coruña á los habitantes de dicha provincia, con el triste motivo de la muerte del Sr. Cánovas, de la que publicamos alguna parte al final de lo escrito por la *Prensa de La Coruña*.

Periódicos de Oviedo

I

LA OPINIÓN DE ASTURIAS

Dicho periódico conservador, en su número del 9 de Agosto, se expresaba así:

Desgracia nacional.—Los rumores.

«A las seis y media de la tarde empezó á circular la noticia de que había sido asesinado en Santa Águeda el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo.

El rumor se extendió por todas partes con la velocidad del rayo, y en el paseo, en calles y centros de reunión produjo impresión grandísima, indescriptible.

Nuestro salón de Cimadevilla se llenó de amigos y conocidos, que venían á informarse de la veracidad del rumor, que pudimos confirmarles por datos fidedignos que teníamos y que no quisimos publicar hasta que recibimos, con retraso explicable, el siguiente telegrama

de
dri
Co
Ca
—2
leg
ra
de
ter
dec
P
te
doi
me
me
pol
en
pre
l
pul
día
con

la
mi
de
de
]
me
esj
la
sic
mi
da
pa
pr
era
de
]
luc
ño
de
y
su
N
qu
pr
el
les

DON ANTO

desvelos del Sr. Cánovas y dificultades que parecían estando á la insurrección suma de medios, que han sido del mundo, elevando nuestro prestigio en todas partes de esta guerra, secundada por filipina, agrégase la actividad de los Estados Unidos diplomáticas pudieron en conflictos internacionales incalculables, si el tallo del Sr. Cánovas no las con una habilidad de que o los la Historia.

o de esta gestión del Sr. ante apreciado por los que cendencia de una frase impropio mal dado, de un acto prela que asegure el derecho gravísimas complicaciones juzguen desapasionadamente nática de este Gobierno, ha el tacto exquisito con que r el hombre eminente para fáciles problemas de derecho sencillas cuestiones, que metra en todos sus aspectos.

ria, que empezará á escribir o de él sin apasionamiento á completa justicia y ha de alguno prestó más grandes

en horrendo, ¿á qué habl

* * *

hacía el mismo periódico el Cánovas del Castillo.

II

EL CARBAYÓN

Agosto insertó el notable tribimos á continuación, fechado, con las iniciales J. G. :

Cánovas del Castillo.

ión de los «tristes destinos

iba que dos guerras coloni

El triste suceso telegrafiado causó hondísima sensación, pues aparte de lo vituperable de tan nefando crimen, el Sr. Cánovas era una verdadera gloria de España, y su muerte en las actuales circunstancias puede ser de gran trascendencia para los futuros destinos de la Patria.»

* * *

El día 11 de Agosto añadía:

Nuestro duelo.

«No ha sido ciertamente Asturias, siempre hidalga y noble, la que menos ha sentido el infame asesinato de que acaba de ser víctima el ilustre Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

Ya hemos manifestado en nuestro primer extraordinario de anteayer la impresión tristísima que la infausta noticia produjo en esta capital, apenas el telégrafo hizo saber la terrible realidad de lo sucedido.

Y aunque nuestro periódico no esté afiliado á la política conservadora ni á ninguna otra, hemos de asociarnos de todas veras al dolor sincero que hoy embarga á la infortunada Nación española, que ha perdido, por el revólver de un vil asesino, á uno de sus hombres más preclaros y necesarios en las angustiosas circunstancias por que hoy atraviesa aquélla.

No podía ser español el autor de tan horrible crimen, porque en España se rinde culto ferviente al honor y á la valentía, que no caben ni pueden caber en quien, cobardemente y casi á presencia de la hoy desolada viuda, quita la vida á un septuagenario por muchos títulos digno de respeto y admiración universales, privando así á nuestra desgraciada Nación de una de sus más legítimas glorias.

El Sr. Cánovas del Castillo había visitado el país asturiano, donde tuvo ocasión de admirar los muchos monumentos históricos y artísticos que encierra esta noble tierra. Todos recordarán su solemne promesa de construir una carretera que desde Oviedo condujese á la iglesia de Naranco, de la cual se había como enamorado, promesa que el ilustre estadista no llevó á la práctica sin duda por no habérsela recordado alguno de nuestros prohombres asturianos.

¡Descanse en paz el Sr. Cánovas, y Dios col-

me de consuelos! hoy llora tan truen suya muy just resulta también g turianos!»

LA CRUZ

Dió cuenta el 9 Santa Agueda del por carecer de tic observaciones sob con toda el alma e quista italiano qu vida al mismo.

En su número de tuación angustiosa te de Cánovas, q sería á lo menos e tomadas para aten guerra.

LA UNIÓN

«Ante todo, pro alma y con todas i nato de que acab Agueda D. Antor una vez más prot to de sangre por c les, y una vez más la humanidad, de l y del interés de la ras, contra la infa cho», propaganda hija de la degenera cida por todo géne parte de nuestros

¡El Sr. Cánovas la anarquía! ¡Imb tas veces habíam amargura la triste ; conducía directam anarquía! Y los a matan seguramente no para favorecer mo, que no tenía n ca de desprecio al la justicia; le ms

preclaras dotes de gobernante recibieran la sanción y el aplauso de todos; para que sus triunfos de hombre político le colocasen entre las más altas eminencias de Europa; para que su nombre pasase á la posteridad rodeado de universales respetos y de prestigiosas aureolas, nada le faltaba al Sr. Cánovas del Castillo.

Lo había dicho muchas veces y no era preciso que lo repitiera. En la conciencia de todos estaba que el Sr. Cánovas permanecía en el Gobierno por cumplir con el estrecho deber que le imponían las circunstancias, por hallarse al presente vinculada en su persona la satisfacción de las necesidades nacionales, por la viril abnegación que de él demandaban ahora los comprometidos intereses de España.

Las balas que acabaron con la vida del Presidente del Consejo de Ministros han ido, por consiguiente, derechas al corazón de la Patria. El perverso criminal no trató precisamente de borrar de la lista de los vivos un nombre que le estorbaba. Trató de herir al Estado en aquello que de hecho representaba y encarnaba la ilustre víctima. Estamos en presencia de un atentado social que conmueve y perturba á la Nación en las circunstancias más críticas y angustiosas para ella. Por eso es tan horrendo. Por eso la maldita secta que le fraguara se ha visto sin duda en la precisión de poner el arma homicida en manos de un vil extranjero.

Cánovas, en el supremo instante en que caía moribundo, con la rapidísima adivinación que engendran los últimos aleteos de un pensamiento enérgico y poderoso, dióse perfecta cuenta del verdadero carácter del atentado que se cometía. El Presidente del Consejo comprendió que los disparos lanzados contra su persona iban á dar de rechazo en algo que es fundamental para la vida de la Nación. De ahí que al sentirse herido, como evocación de los indeclinables destinos de la Patria, como hidalga y amorosa protesta de los hondos sentimientos lesionados, como conmovedor y preciso epílogo de una existencia consagrada al servicio de su país, gritase ¡viva España!

Esa exclamación lo compendia todo. El salvaje intento de los enemigos del orden social ha sido ahora asestado á la Patria española. Pero nada conseguirá en definitiva la desal-

mada turba de mino de la de que pese á su mes asechante, porque n

Cánovas del más eminente esclarecidos y tados al país. hombres públ descendió á la y de lo delez adversarios le le como estad bernante de chables.

Habrán incur su conducta en sido muchas ve negarle acend luntad.

En las actus Cánovas una e yores garantías elementos neu que quieran k ción.

Con la mues uno de sus hijc líticos más sar

El villano Agueda es pos hondas en la a

Pero esto n más grave. Lo Presidente del forma que es o día cubana y fil to á los enemij

Espereamos Dios iluminar bres de buena con el éxito a affigen á la Pat

Periód

LA CORRE

El lunes 9 de blicar los teleq

tos de la política, pues en el mundo no hay hombre que no se equivoque alguna vez, pero la intención, en el fondo, era buena y patriótica como la que más.

Duro de genio y voluntad, iba derecho al objetivo sin cuidarse de lo que por ello pudiese padecer, pues semejante á esos exploradores incansables, prefería vadear los pantanos á bordearlos, afrontando sereno el peligro, la crítica y la censura, como un verdadero espartano.

Acaso esta tenacidad haya sido causa de su muerte, pero eso mismo le hace aparecer más grande todavía ante el mundo y ante la historia que ha de juzgarle.

Su nombre, su recuerdo, la memoria de sus hechos durará mucho tiempo en el ambiente nacional, saturándolo como si la huella de sus pasos fuese digna de copiarse por aquellos que vengan en pos de él á la gobernación del Estado.

El patriotismo del Sr. Cánovas constituye por sí solo una bandera que la mano de un asesino quiso plegar en torno de su tumba, pero que, por uno de esos arranques viriles de los que sólo España es capaz de ofrecer repetidos ejemplos en el transcurso de los siglos, esa bandera no se abate en su mástil, se despliega, flota, se exhibe á los ojos del mundo como si la sostuviese la misma ilustre víctima que llora España.

No podía ni debía esperarse menos de los españoles. Los mismos elogios que al muerto prodigan todos los partidos sin distinción, es prueba evidente de esa nobleza de alma que tantas veces nos ha salvado de los grandes peligros y nos ha hecho grandes en todas las edades. Sólo aquí, en esta tierra de la caballería y la nobleza clásica, se paga ese honroso tributo á la muerte del que en vida fué su adversario: se execra el crimen, se llora la desgracia.

España está en el deber de agradecerle á los partidos extremos esos rasgos de patriótica conmiseración de que han dado testimonio en estos momentos, reconociendo en el finado, á la par de sus virtudes, la importancia de su pérdida en la actual situación crítica y dolorosa de la madre Patria, á cuyo sostén se adhieren con abnegación sublime.

En medio de tantos males como nos cercan, el espectáculo de ese proceder es consolador, al extremo de arrancar lágrimas á nuestros

ojos, porque siente palpitantes de gigante

Cánovas ha los lutos de ei de siempre, di que no se intifuerzas ni los

Sus balas i hombre, una g dido abatir el los execra y lo no no es espa de la víctima y

En el número publicaba la si

Insta

«¿Qué idea tadista en los

¡Fué su amc tria! ¡Fué la i cedía de los en

Sólo Dios lo

Aquella int repentinamente dejó escapar a dicatoria sublcia esta Nació poderosísima

¡Viva Españ caer exánime único que le i gre y su vida.

¡Viva Españ cundando aq todos, unidos frente á los c falta del prime y enlazados e dad de miras, el último pen resolver con c y difíciles pro ginado en nue . Un pequeñ ma después d cia nacional q

Que el asesi i Viva España

El Noticiero Gallego, que no es político, pero sí amante del orden, á que rindió siempre culto el Sr. Cánovas; que ha visto siempre en él al patricio ilustre, amante verdadero del país que le vió nacer, se asocia al duelo nacional que tan desgraciado suceso ocasiona, y ruega á sus lectores un recuerdo en sus oraciones para el alma del finado.»

Periódicos de Salamanca

I

EL FOMENTO

El 9 de Agosto:

Crimen nefando.

«El ilustre hombre público, el eminente estadista, la gran figura de la política española de veinte años á esta parte, el jefe del partido liberal conservador y actual Presidente del Consejo de Ministros, ha sido vilmente asesinado en el balneario de Santa Agueda, por un anarquista napolitano llamado Rinaldi.

El sentimiento y el dolor, tienen que ser generales en toda España y unánime la indignación en todos los países civilizados. Es difícil prever las consecuencias que puede traer para la patria la muerte del Sr. Cánovas del Castillo. Nunca como ahora en que tantos y tan complejos problemas se hallan sobre el tapete, siendo el principal el de las insurrecciones de Cuba y Filipinas, por lo mismo que atañe á la integridad del territorio, estábamos necesitados de hombres del talento, de las energías y de la virtud cívica del que acaba de perder España. Valiente como pocos, pues cuando las turbas desenfrenadas por odios políticos, se lanzaron sobre él en actitud agresiva en Zaragoza, Madrid y otras localidades, tuvo suficiente serenidad para recibir las con la sonrisa en los labios, así como ayer, al sentir el arma del asesino, tuvo un momento de vida para dar un grito desgarrador dedicado á su bendita Patria, cuya exclamación subsistirá por siempre grabada

en las páginas del gran patricio.

La maldición de Francia por el mal gobierno y adorado por la misma que la misma que Condal, ha tatuado de la patria. No benditas de hacer temblar. Hacer naciones de metan delitos que profesa.

¡Descansa lebre histor!

Al protesta de tan inicio del Castillo minaremos patria!»

Día 13:

III

«Cánovas tica de pri político era hombre. Con de su tale aborrecía l á encubrir con alarde de las vez fingidas de Cánovas te siendo así se tomaba,

Para pon eminente h nocer algunos, como l dependenci han querid nuestro se ble condici de sus dol los demás

Cánovas nal vigente republican un amigo »

bogados
io parti-
te inter-

ánovas :
de nota
el dere-
derecho
es.
ocasión
tros, lle-
de Espa-
nomento
Cánovas
ro horas
r de Pa-
vas pasó
etes con

entierro,
todos los
to de la
a al fere-
ó al que
to el del

que tanto ha influido en los destinos de la Patria.

Hoy, ante su cadáver, solo es ocasión de olvidar sus desaciertos para acordarse de su patriotismo y grandes dotes de estadista.

El Sr. Cánovas, así lo han reconocido amigos y adversarios, era una de las más grandes figuras de la España contemporánea. Sus talentos y energías, aplicadas á la gobernación de un pueblo próspero y fuerte, hubieran dado frutos que no dieron en este país degenerado y decadente.

Su trágica muerte agiganta su figura.

Los momentos son críticos.

Nada tan difícil como predecir hasta dónde habrán alcanzado los disparos de Rinaldi.

Con ellos ha sido rota la normalidad de vida del régimen imperante, y en tanto que se organizan trabajos de reorganización, no siempre fáciles, pudieran ocurrir sucesos no previstos.

Hagamos votos por que de esta agravación de la crisis que sufrimos, salgan ilesos los sagrados intereses de la Nación, superiores á todos los demás.

Descanse en paz el ilustre hombre de Estado.

Y unamos la nuestra á la protesta de todas las conciencias honradas.»

III

piamos á

EL LÁBARO

El 9 de Agosto se expresaba así :

Cánovas.

riste no-
del Cas-
do anar-
s manos
os de la
o, de to-
lignación

inime en
políticos,
stitucio-

minable,
imientos

político

«El telégrafo, con su cruel rapidez y laceramiento, ha difundido por todas partes la triste nueva de que el Presidente del Consejo de Ministros, Cánovas, ha sido víctima de un atentado.

La mano criminal que ha disparado contra Cánovas, le ha anticipado la gloria. En justicia, hoy todo el mundo, amigos y adversarios, han de reconocer las cualidades que le adornaban, han de rendir tributo á aquellos sus verdaderos méritos, que ya en vida le tenían muy por encima del nivel ordinario.

Puede decirse que el Sr. Cánovas no ha muerto, pues hoy empieza á vivir la vida de la fama indiscutible é imperecedera, y hoy,

Cánovas, se piensa en Alejan-
ar, y en todos aquellos grandes
niendo que sus funerales sean

conocimientos universales, de
mún y de habilidad suma, era
para, siquiera nó estuviera siem-
na altura, que de los humanos
acer frente á los conflictos di-
salvar las situaciones difíciles,
las que hoy atravesamos, y lo
los días en que Alemania in-
arnos las islas Carolinas.

le, cualquiera que sea nuestra
a de su política y de sus actos
no podemos menos de recono-
ia en la vida de nuestro país de
superior talento.

s á la postre tan sobrados de
es, que no lloremos la pérdida
t pensar y sabía abandonar las
y el bienestar de un opulento
ender á la enojosa dirección de
úblicos.

ista, otro insensato más, ha si-
segado tan importante vida!
para los encargados de legislar
cor la sociedad!

is que nunca, volver los ojos al
misericordia, pedir perdón para
e de Cánovas, para el miserable
ictima á su vez de las modernas
, y para esta desgraciada Na-
igada por tristes acontecimien-

bajo la impresión de suceso tan
estro pecho acongojado y nues-
ia embargada, no nos permiten
solo dolernos de la enormidad
de la significación del hecho y
tra tamaño atentado al princi-
ad y Gobierno.

l ser herido, ha dado una últi-
e su energía y patriotismo gri-
inal: ¡Infame! ¡Viva España!
n entera, como oración fúnebre,
en elogio de Cánovas: ¡Viva

Periódicos de

I

EL CANT

Con señal de luto y e
caracteres, *Asesinato de I*
blicó el 9 de Agosto el
insertamos á continuaci

« Cuando más arreeial
émulos, cuando se discu-
ciada caída del Poder, u
na á los grandes proble-
interiores, que de su per-
dian esperando solución,
sa existencia.

No es hora de expon
servicios prestados á l
grandes, y sí de protes
esa agresión brutal y t
nombre del número d
do honda perturbación
Nación.

Toda conciencia honra
haya abdicado de su nat
unir su protesta á la de

La mano criminal de I
se llame el cobarde ases
solamente ha quitado la
dista, á un sabio, á un
sino que, trastornando
pública, coloca á Españ
tremadamente crítica,
igualado en la larga hi-
cien años.

Fué necesario que el
como reprobable acción
ciese lejos de esta hidal-
gendra traidores, pues
compromisos de secta, d
de una imaginación enfe-
tria sobrepuja á todo
ningún español se ha dec
fuera su odio, á poner
personificaba una polít
que viene luchando á bra-
menos acierto, contra los
nuestro nombre y nuestro

Como españoles, como
mos con todas las energí

MI

sob
ser
acio
lle
sen
cier
gos,
enve
le s
o e
tar
tur
,

fe C
: qu
3r. C
serv
n t
rest

o el
ó á
mej
uno

able
víc
el c
jus
las
spa
cion

. .
. .
. .

apo
l II
unq
de
Pre
rtu
milli
sier
s A
'ale
r el
an
pol

novas, porque en España Cánovas lo era todo.

Pero Cánovas ha sido asesinado villanamente, y la máscara de la risa que estas *Ráfagas* inspira cede su puesto á los crespones que simbolizan el llanto.

Mas... la obligación contraída con el público es lo primero. »

* * *

Lo demás del número lo dedicó, en gran parte, á noticias relacionadas con el crimen de Santa Agueda, manifestaciones de duelo, actitud y frases de personajes políticos, suspensión de fiestas, etc.

* * *

Por último, en el número correspondiente al 11, se ocupó, con el encabezamiento de *El Sr. Cánovas y La Prensa nacional*, de los sentidos párrafos dedicados en general, y especialmente por la madrileña, á su memoria, copiando muchos de ellos; y después, como en los días anteriores, insertó multitud de noticias y telegramas relacionados con el asesinato de aquél, traslación de su cadáver, pésames, misas de *Requiem*, frases de hombres políticos y manifestaciones de duelo.

II

LA ATALAYA

El día 9 de Agosto se expresaba así:

« ¡D. Antonio Cánovas del Castillo ha sido asesinado! El político que durante tantos años dirigió la vida del país; el hombre al que estaban confiados en estos momentos de suprema crisis la defensa del honor y de la integridad nacional; el que era considerado como más firme sostén de la Monarquía, ha descendido al sepulcro de un modo trágico, inusitado, terrible.

Como católicos, como españoles, como hombres honrados, no podemos dejar de protestar llenos de indignación del crimen que borró del número de las existencias humanas la del estadista conservador. Innecesario será excitar el celo de los Tribunales para que éstos, de un modo rapidísimo, aplicando el rigor de la ley, castiguen al asesino; pero esta es una aspiración del pueblo y de ella debemos ser intérpretes los que para el pueblo vivimos y de sus deseos somos eco. Conmiseración sin límites

para la víctima y deseos de una pronta justicia, son hoy los sentimientos que conmueven el corazón de la Patria.

En estos momentos en que el Sr. Cánovas del Castillo habrá sido juzgado por el tribunal de Dios, la crítica humana debe enmudecer. Cuando los blandones que hoy alumbran su cadáver se apaguen; cuando la tierra que ha de cubrir sus cenizas se endurezca; cuando las pasiones hoy excitadas se amortigüen, podrá el historiador y el político juzgar al jefe conservador que durante un largo período influyó de un modo trascendental en la vida del país. Hoy... hoy es solo día de deplorar y sentir la muerte alevosa del hombre que, en medio de sus grandes equivocaciones y de sus innegables errores, jamás desmintió su amor á la Patria en que naciera. ¡Viva España! exclamó al morir el Sr. Cánovas del Castillo; este grito debe hacer callar los juicios de todos los españoles en estos momentos de desconsuelo. »

.....
.....
.....

* * *

La Atalaya, en su número del 10, y bajo el epígrafe *Conjeturas*, se ocupó de la situación política y sucesión en el Poder, diciendo que el partido conservador lo debía, no á la virtualidad de las ideas y del programa que conservaba, sino al hombre que perdió...

Con igual epígrafe publicó otro artículo en su número del 11 sobre la llamada, suponiendo que se realizase, del Sr. Silvela, el mayor enemigo político, según dicho periódico, que tuvo el Sr. Cánovas.

Periódicos de Segovia

I

EL ADELANTADO

Este periódico, de intereses morales, materiales, ciencias, literatura y artes, que se publica los jueves en Segovia, dedicó al Sr. Cánovas, en su número del 12 de Agosto, con señales de luto, el artículo siguiente:

III

AMIGO DEL PUEBLO

El más reciente que los anteriores, o católico tradicionalista consagró esto un razonado artículo al aten- el Sr. Cánovas, del cual copiamos rrafos :

inato de D. Antonio Cánovas del Castillo.

mana va ya transcurrida desde que a el horrible atentado que privó acia al ilustre estadista Presidente de Ministros y jefe del partido , y todavía sigue ocupándose la , prensa con el interés natural que , así de las circunstancias del he- las consecuencias que para la Pa- producir. Y no son de extrañar en na esa insistencia é interés de la lica en ocuparse del asunto.

tancia política del interfecto, su ensa significación para las institut- es, las gravísimas circunstancias i atravesando nuestra Nación, em- os sangrientas y costosísimas gue- de nuestra triste y aflictiva situa- terior, y hasta los detalles mismos cometido por un extranjero con el o ánimo, con la más completa tran- llevado sólo por el fanatismo del toda autoridad y contra la socie- revisten el hecho de tales carac- o sólo España, sino toda Europa, os efectos de la indignación que en ncia honrada no puede menos de n salvaje agresión, tan horroroso

de ocuparnos de lo que tan infor- ya nuestros lectores por las dia- sas relaciones publicadas por toda ni de las consecuencias que en el niento de los sucesos futuros pueda ra la Patria, porque no podemos sino de hacer alguna ligera re- el hecho de que nos ocupamos no enos de sugerirnos. »

.....
.....
.....

Terminando el
« Y como cristia-
tener tampoco pa-
umbrales de la ete-
Sr. Cánovas del C-
y una plegaria.
i Que Dios haya
alma de nuestro h-

Perión

EL C

Su número del 1
y una fotografía e-
por entero á la m-
lo siguiente :

« ¡ España está
cuyos talentos era-
y cuyas virtudes e-
de la Patria ; el
consagrado su lar-
arduos problemas
de su saber á la
íntegro y honrado
solados é indiscu-
do desde la más i-
más distinguidos
conferir, ha mue-
por una mano cr-
que buscaba repe-
po, para prosegua-
siempre la direcc-
y la resolución de
en que desdichad-
nuestra desventu-
¡ Sólo un miseri-
podido atreverse
crimen !

.....
.....
La redacción d-
luz pública al cal-

Sr. Cánovas
número vie-
ndes ideales
eclaro maes-
ito nacional,
loria para el
ara esta des-
penalidades
gnación vie-
el horroroso
... »

ase que pro-
gne hombre
s españolas.
sentimiento

Aquel
ne que
sino ext
nombre
te, deja
yan de s

remedio á los males graves que nos aquejan, y borra para siempre el erróneo juicio de cuantos, creyéndole impulsado de otros sentimientos, no vieron en Cánovas el hombre que abandona el reposo del hogar para dejarlo todo en aras de la Patria.

Su mirada de águila, don no discutido, que reveló siempre aquella inteligencia singular, encontraba remedio inmediato, cuando los demás caminaban desorientados en los graves conflictos de la vida pública.

Convencido de lo acertado y de lo provechoso, trabajaba con voluntad inquebrantable, cerrando los oídos á la acerada crítica y á la injuria, para ir directamente en busca del fin que vió como el mejor de todos.

Por ello, fué Cánovas superior á cuantos le rodearon; por ello, alentaba y defendía con palabra llena de fuego juvenil sus propósitos de gobierno; y por ello, cuando el error de otros dificultaba lo que creía mejor, abandonaba el oneroso mando, antes que retenerlo en menoscabo del bien público.

Ante los restos inanimados de un hombre, enmudecía siempre la censura apasionada, para dar plaza al juicio sereno y para aquilatar los actos y propósitos del que ya no puede ser rival de ninguno.

Quando estudiaba la más grave de las cuestiones que afligen á España; cuando luchaba por retener ese pedazo de nuestra tierra, librándolo de extraña codicia; cuando descubría poderosos recursos, desconocidos de todos; y cuando en su vigorosa inteligencia buscaba los medios de conservar la isla regada con sangre española, sin menoscabo de nuestra honra y de nuestros intereses, una mano desconocida cortó alevosamente la existencia del español insigne.

¡Que Dios le haya dado eterno descanso, y que el partido conservador guarde los ejemplos de tan esclarecido patricio, buscando siempre el bien público, ennobleciendo la política y repitiendo constantemente, y en las afecciones de la Patria, las palabras que sellaron los labios de su ilustre jefe.»

ANTONIO ANDRADE NAVARRETE.

Homemaje á la me

«El nombre de Cán-
los corazones el alto
España, cuyo herois-
los infortunios que la

Esta inquebrantable de sentimientos, que pública, atestigua la extensión del reconocimiento y es la más alta recompensa para tener los hombres que viven al servicio de la patria.
¡ Viva España ! »

¡ Viva España! »

«Ante el inmenso d
al ver extinguidos lo
soberano ingenio polí
en este período de
fuertes deben sobre
animadas de la espe
futuro destino de un
pender del alevoso pu

Existiendo la virtud,
rta, siempre triunfará
del crimen, de la mala

Reserva la justicia
cielo á los mártires de
humanidad cifre inma-
ria á las sienes de a
nombre de generació
siglo en siglo.»

«En Cánovas, como
llantísimo, se concentran
titudes, que se necesitan
de águila para mirarla

Mas la cualidad en
den todas las que dist
tadista, es la revelad
bras, que por sí solas,
que las pronunciara,
para que su nombre c
una página gloriosa en
Patria.

Con amor acendrado
rante los días de su ex
recer de entre el nú

siempre combatimos, de quien ya habrá dado cuenta de sus actos al Juez Supremo, decimos piadosamente: Dios lo haya perdonado.»

III

EL BALUARTE

«El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, ha sido asesinado de una manera vil en Santa Agueda...

La noticia es funesta, y no habrá un español que no se subleve ante tamaña felonía, cometida contra el eminente hombre de Estado que tan justa reputación llegó á alcanzar en toda Europa.

Hijo del pueblo, nacido en la esfera más humilde, supo elevarse, por la virtud de su talento, á los primeros puestos de la Nación, que siempre vió en él, antes que al hombre político, al gran patriota.

Dotado de singulares aptitudes, brilló en las diferentes manifestaciones del saber humano, siempre con su propia luz, porque su poderosa inteligencia supo y pudo abarcar las artes y las letras, la ciencia y la filosofía, demostrando su pasmosa actividad y envidiable comprensión.

Al caer víctima del plomo asesino, dicen que gritó ¡viva España!, demostrando palmaria-mente que era su constante preocupación.

Nosotros nos descubrimos ante el cadáver de ese anciano ilustre, que se lleva á la tumba la energía viril de aquellos antiguos hombres de Estado que, si tuvieron la torpeza de creer y sostener ídolos, tuvieron el valor y la virtud de posponerlos siempre ante los sagrados intereses de la Patria, para ellos más grande que todas las coronas y todas las realezas.

¡Descanse en paz!

IV

LA UNIÓN MERCANTIL

«Nuestra alma padece en este momento grave congoja, entristecida por la noticia del asesinato del ilustre patricio, del gran español, del sabio estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, víctima del furor de un sectario de esa hez, de esa herrumbre de las sociedades modernas, denominada anarquismo.

Sí; D. Antonio Cánovas es la gloria nacional, y la humanidad entera aplaude la ley de la solidaridad. Si hay algún malvado que no se conmueva el corazón en este dolor, lo que no creemos, -diga tierra español nos á las panteras del desierto.

Así como en la tumba no hay otro epitafio que el león, así también la Patria debe contener otras tantas víctimas como la de Antonio Cánovas del Castillo. ¡Viva España! ¡Viva la Patria!

EL NOTICIERO

«A la serie de crímenes por los sectarios de esa hez, de esa herrumbre, de esa torpeza que co-destina la tumba.

Era el Sr. Cánovas más legítimo prestigio político contemporáneo para nuestra desgracia: la del honesto estadista que las circunstancias le guiaron a la crisis suprema que a...

Ahora sólo se debe al ilustre hombre y es un duelo nacional de sensible importancia, únicamente libre paso para manifestar su pontaneidad.

¡Dolor, dolor gran dolor español de grandes proporciones que presidía e...

¡Abominación patética tan horrendo crimen...

Estos son los sentimientos instantes predichos esos serán también...

estadista gloria de España, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido villanamente asesinado por un sectario del anarquismo.»

L

* * *

«Nosotros, sostenedores entusiastas y decididos de las inmutables bases sobre que descansa la sociedad, protestamos con todas las veras de nuestra alma del acto inicuo llevado á cabo por ese infame asesino, y pedimos á los representantes de la Justicia que ésta sea inexorable é imponga inmediato y enérgico castigo á ese criminal desdichado que, obrando á impulsos del fanatismo más odioso, ha privado á España de uno de sus hijos más ilustres.

Que el castigo sea tan fuerte como grande ha sido el delito.»

X

EL ESPAÑOL

«Pocas veces se verá sentimiento tan unánime y repulsión tan general hacia el autor del crimen como en esta ocasión.

Sólo cuando el asesinato del Presidente de la República francesa, de Carnot, muerto también á manos de otro anarquista italiano, se vió ese pesar general por la víctima y ese horror universal hacia el miserable asesino.

Entonces, como ahora, el verdugo de esa obra inicua pareció buscar el corazón más puro y patriota de la Nación para hundir el puñal criminal, así como aquí el plomo fatal fué á sepultarse en el cerebro privilegiado cuyos pensamientos todos iban encaminados á procurar el bien del país y de la Monarquía.

* * *

Olvidando todas las mezquinas ambiciones y los vulgares odios en beneficio del bien común, se podrán salvar los inconvenientes y los peligros de esta situación, sin que no por eso dejemos de lamentar la pérdida irreemplazable del gran patriota, cuyo aciago fin lloran hoy cuantos se precian de buenos españoles.

No olvidemos nunca su muerte, y recordemos siempre sus últimas palabras, que deben ser el principal ideal de los políticos españoles:

«¡Viva España!»

«La acción crí-
causado el duelo
al político de má-
ban los españoles.

Es preciso confi-
momentos, solemn-
que en un solo in-
lo pequeño y lim-
parte de ese mun-
mano no puede
diferencias, y el
á la justicia é in-
la muerte, aprecia-
hermano desapar-

.....
.....

«Todo se olvida,
ver del gran hom-
pero cuyos talen-
servicio de la Pat-

Ha muerto un
ha extinguido un
ha dejado de latir
tente.

Está de luto la l

LA REVISTA

«El asesinato de
de Ministros es si-
tancia extraordina-
nificación para la
aún tiene que ser
sinado resulta ser,
mo Sr. D. Anton-
primer estadista
tan significados
sólo por ellos lleg-
fera social al más
bre pueda soñar;
es odioso y execr-
mo, lo es mucho n-
al hombre cuya h-
Patria durante la-
dor de una mona-
giendo durante m-
nos acierto, que e

Noviembre de 1888, fijando el criterio del partido conservador respecto al sufragio universal.

Termina el número de *La Monarquía* con lo siguiente:

Nuestro tributo.

«Hubiéramos querido dedicar á la memoria del patriota insigne que se llamó D. Antonio Cánovas un tributo digno de ella en esta fecha infausta (8 de Agosto de 1888); pero nuestro deseo estrellábase ante la imposibilidad de poder realizar algo que, siendo adecuado á la figura del primer estadista español contemporáneo, no empequeñeciese el cuadro.

Ante la convicción, pues, de que ni nuestra pobre pluma, ni los medios materiales de que nos es dado disponer podían vencer esa dificultad insuperable, y no queriendo que en día como el de hoy faltase en el coro general de ofrendas al mártir del orden social la voz de *La Monarquía*, tan modesta *a fortiori* como entusiasta por convencimiento, decidimos la publicación de este número extraordinario, que deseamos sea para nuestros abonados recuerdo grato de la colosal figura de Cánovas del Castillo.

Para mejor conseguir este fin, hemos apelado al medio de exhumar trozos de sus discursos; y para juicio de su obra, nada mejor creímos que reproducir los de hombres que militan en campos tan opuestos como los señores Pidal y Azcárate. Si el número es del agrado de nuestros lectores, sentiremos la doble satisfacción del deber cumplido y de correspondencia al favor que aquellos nos vienen dispensando.»

Periódicos de Soria

EL NOTICIERO DE SORIA

Reducida, á lo que parece, al periódico mencionado la Prensa de dicha provincia, por lo menos en Agosto de 1897, periódico que sólo se publicaba los miércoles y sábados, repro-

ducimos lo que decía acerca del triste suceso.

Cán

«El domingo último, ta Agueda, fué asistente del Consejo de flor D. Antonio Cánovas anarquista italiano el guel Angiolillo Golli, pués.

Toda España, toda de matices, ha protestado repugnante, y como humildes protestamos tan abominable, capa á cabo por los anarquistas de Dios.

Amigos y adversarios ferentes, todos somos hondamente lo sucedido del Sr. Cánovas de cer por muerte tan propios y extraños de tes circunstancias que

Llenos vienen los acerca del suceso; y queda suspenso el án á nuestra Nación que en el porvenir.

Quiera la Providencia paz, después de tanta lación tanta.

Los hombres llama de la Patria vienen tar, dirigiendo al país ce, pues hartas son los yerros de todos sufre ligro, el deber de obpone más que nunca.

El juicio de la Pre de la Nación, y despuésado deben buscarse que hagan alentar a cumbe mísero y renc recursos.

Al criminal infame, que la humana justic

Al muerto ilustre, i canse en paz.»

(Pasa luego á exponer atentado.)

III

LA OPINIÓN

Entre doble orla negra, el 10 de Agosto, se expresaba así:

«El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, falleció en el balneario de Santa Agueda á las dos de la tarde de anteayer, víctima de un infame atentado y vil asesinato.

S. G. H.

La redacción de *La Opinión*, profundamente dolorida por la aciaga muerte del eximio estadista y respetabilísimo jefe del partido conservador, dedica sentido y triste recuerdo al esclarecido patricio que, por sus eminentes condiciones de carácter y gobierno, constituye una gloria nacional.

Roguemos y rueguen nuestros correligionarios y españoles todos á Dios, por el eterno descanso del alma de señor tan sobresaliente en méritos y cívicas virtudes.»

A continuación, en otro hermoso artículo con el epígrafe *Nuestro pésame*, decía:

«La desgracia es de tal magnitud, que no hay sentimiento proporcionado para llorarla.

Nosotros, vencido nuestro ánimo al doloroso influjo de la noticia inesperada, no acertamos á escribir, siéndonos ahora imposible coordinar reposadamente nuestras ideas.

Cánovas ha muerto; ha muerto villanamente asesinado; un extranjero, no un español, ha privado á este país, hoy como nunca necesitado de su concurso insustituible, de los servicios y méritos prestigiosos del estadista insigne que encarnara la restauración borbónica, que diera tantos días de gloria á su Patria, de la cual ha sido, sin disputa, el primer hombre de gobierno.

Su inteligencia pederosísima, ajena siempre á toda momentánea impresionabilidad; su carácter recto, decidido, enérgico, sin debilidades ni vacilaciones que jamás le desmintieran; su entusiasmo por todo lo genuinamente español; su patriotismo inalterable; su cultura inmensa; su palabra maravillosa... todo ha concluido.

Deseoso de reposar, en pos de la salud perdida en la diaria lucha y en la preocupación

constante, acudió al balneario de Santa Agueda, en donde ha fallecido...

¿Quién no sentirá su muerte? El obrero español recuerda que D. Antonio Cánovas estudió como pocos los problemas económico-sociales, y singularmente se interesó por cuanto tendiera al mejoramiento de las clases trabajadoras. Recuerden todos y lean, en los breves ocios que les permita la jornada de sus quehaceres, las frases admirables, abundosas en doctrina moral, inspiradas en nobles convicciones y generosos propósitos que contienen los discursos leídos desde la cátedra presidencial del Ateneo de Madrid por el gran político, y comprendan entonces, los que no lo hayan hasta ahora comprendido, que no debió morir á manos de criminal anarquista, sino bendecido y admirado por todos los amantes del trabajo, quien pobre, oscuro, sin otro capital que sus personales aptitudes, llegó á tan preeminente altura y les consagró desde ella vigiliias provechosas, atención solícita, meditación y estudio sin descanso...

La tribuna parlamentaria, la cátedra científica y la literatura española, pierden uno de sus más ilustres cultivadores. Cánovas abarcaba tal complejidad de facultades intelectivas, que brilló igualmente en la oratoria como en la filosofía, en el derecho como en la crítica de bellas artes, en la política como en el conocimiento de la Historia. España, que todo esto pierde, viste ahora de luto, aumentando con desgracia tan irreparable el ya amplísimo horizonte de sus desdichas.

No entremos á examinar la obra política del ilustre muerto: afiliados al partido conservador, unidos por vínculos de convencimiento y admiración á la personalidad que hasta hoy lo dirigiera, no somos los llamados á juzgarla; cumple así á la Historia... y quién sabe si no tardarán mucho los acontecimientos en abonar la opinión nuestra, que nos lleva á llamar *único y último estadista* al glorioso autor de *Problemas contemporáneos* y *Estudios del reinado de Felipe IV*.

Ante la muerte ceden las pasiones todas; ante el cadáver de Cánovas ceden los partidos; sólo *admiradores*, sólo *españoles*, que en este caso son unos mismos, tiene hoy la memoria del jefe conservador, igualmente digna de reverencia para unos y otros, para amigos y adversarios.

Mueren los hombres, pero viven los pue-

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL

aniversario.

irrido desde que el infame
terrible anarquista privó
año del único hombre de
en respetaban las cancille-

er aniversario de su muer-
e mirada sobre los desas-
período de tiempo se han
ta desventurada Nación,
aun los que fueron adver-
ánovas del Castillo, que
on viveza la indignación
itos de la Península pro-
n de que hace un año fué
Santa Agueda.

e jefe de los conservado-
a, como no lo está ningún
ilegiado cerebro, sus co-
nales y su voluntad in-
des confianzas y respetos,
ría de los españoles tiene
frase: ¡Ah! ¡Si Cánovas
straríamos como nos en-

e público concedió desde
os á la insurrección se-
importancia que tenía;
mandar á la gran Antilla
estimaron precisos para
n; preparó operaciones
a base, con el doble ob-
os cuantiosos é interesar
en el sostenimiento del
operaciones que se ma-
ción del partido liberal,
te su talento y sus ener-
amente la guerra con los
que con su maravillosa
to exacto del poderío de
consideraba funestísima

resultados obtenidos por
mientras vivió, no es
ue la guerra se hubiera
ocurrir la tremenda ca-
eda, y que si desgracia-
hubiéramos tenido que
la forma en que hemos
hoy los desastres que

injusto negárselo, á los

Sres. Sagas
vas en el C
acierto; pe
cado ó que
no olvidará
esos hombr
la guerra, q
y que no h
uno de los
tres que reg

Así se pr
aniversario
novas del C
¿Cómo se
¿Plegue á
que el que s

P

El 9 de Ag
te del Sr. Cá
entre orla n

D. Antonio C

«Cuando
resistíamos
perado y tan
que la impr
fué de incre
za que el e
regía los des
dos, es verd
empresa tod
tad, toda su
asesinado pe
régimen soci
han abortado
nico orgullo,
ciedad.

Por desgra
consumado.
petido en Sa
ha sido muer

más factible, pero tampoco está exento de inconvenientes. Para dificultar en el momento toda solución, ocurre esta gran desgracia en los instantes en que la familia Real se halla en San Sebastián, sin tener á su lado más que á los ministros de Estado y Ultramar; en Madrid, centro del Gobierno, se hallan los de Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Gobernación, y lejos de la capital, los de Hacienda y Fomento.

* * *

¡Qué zozobras para la augusta señora llamada á resolver esta inesperada crisis! ¡Dios la ilumine, y también á los hombres políticos que puedan contribuir á salvar este pavoroso conflicto!»

* * *

En su número del 12, añadía lo que sigue:

Asuntos del día.

«No hay otro asunto ni se habla de otra cosa que del asesinato del Sr. Cánovas. La emoción inmensa producida por la muerte del gran estadista, embarga todos los ánimos. El público sólo tiene atención para las noticias del trágico suceso, para las consecuencias de esta pérdida irreparable que viene á afligir á España en tan críticos momentos como los actuales, para los recuerdos de esa gigantesca figura que desaparece en todo el esplendor de su gloria.

La nobleza del carácter español se ha manifestado en el respeto y en las imparciales muestras de admiración y de dolor con que los adversarios políticos del Sr. Cánovas, aun los que con mayor apasionamiento le combatieron, se descubren ante el cadáver del ilustre estadista.

Bien puede decirse que en pocas ocasiones ha sido tan unánime y tan expresivo el duelo.»

* * *

Y ponía fin, en el del 14, con las palabras siguientes:

«La vida del país no puede paralizarse por la muerte, nunca bastante llorada, del Sr. Cánovas del Castillo. Muy grande es el suceso de Santa Agueda. Tan grande, que él basta á ocupar por entero la atención del público y de la prensa durante estos días; pero así y todo,

las necesidades de un tanado Sr. Cánovas (ocuparse del estado de no se había enfriado so XII, obligan en las á pensar en los gravísimos, cuya trascendencia por la desaparición de desde el Poder los d doles un sello person

EL MERCANTI

Adversario político tró menos benévolo (sin embargo, escribió Agosto, después de la tre otras cosas, lo qu ción:

«La *vendetta* de Asch perturbación enorme, nas podemos medir n mentos. El Sr. Cánov hombre: era un parti no tiene explicación s me de la Regencia; el la restauración borbó dió forma y vida en l preparado con una h revolución de Septien hombre, desaparecen la Regencia y el defini borbónico en España, carían en cualquiera c nuestro una serie de formaciones y hasta c sabemos lo que pasar ha convertido en un e voluntad, y obra mo los hábitos. Como reci trascendental de la e recibirá probablemen Cánovas, prevalecies cuya vida efímera y m ducido á consecueni sólo inspirada en el'bi armada de la violenci trariedad.

El autómatas no se de que el tutor ha mu que así gobernaba al

2 4

a,
da
e,
se
la

el
a-
la

a-
e-
al
la
i,
a-
as
a

el
er
le
la

e-
is
is

i-
is
a-

a
o
r-

e
a

a
s
r-

Cuando el plomo de las balas, puesto al servicio de un infame, hace naufragar con la vida de un hombre la idea de gobierno, consustancial con la idea de sociedad, y el orden se conmueve y los más altos principios se cambian por negaciones estupendas predicadas con hechos criminales, se ve el porvenir tan lleno de tristezas, que hace falta sacudir con fuerza el abatimiento para que los hombres no lloren como mujeres y se imponga la virilidad de una raza cuyas energías se gastan, pero no acaban.

Quizá por esto, cuando Cánovas del Castillo, herido de muerte, abandonando para siempre, juntamente con su vida, todos los problemas que pesan sobre España, pudo creer, como creemos todos, que por encima de las personas está la Patria, y que para que todo no se derrumbe es necesario que el castigo ataje al crimen y el orden acabe con la anarquía, expresó en una sola frase la perpetuidad del espíritu de la Nación, y gritando ¡viva España! dejó que se le ahogara su vida propia en la garganta. Imitémosle todos. Dejemos todavía por plantear y resolver las cuestiones políticas, mientras el cuerpo muerto vuelve á la tierra y el espíritu eterno se eleva al cielo; callemos, sí, contagiados por el silencio de la muerte y no hablemos del sustituto, y no hablemos por hoy de los partidos.

Hoy España es todo duelo, y ante el cadáver del Presidente del Consejo de Ministros, pensando nada más en los méritos del restaurador de la Monarquía, y quizá de la Patria, en los talentos del estadista, en las gallardías espléndidas del orador parlamentario y en la cultura portentosa del escritor insigne, unámonos en un sentimiento común de general defensa, y con la vista en lo alto gritemos todos juntos, como el muerto, ¡viva España!

II

LA CRÓNICA MERCANTIL DE VALLADOLID

En su número del 9 de Agosto decía:

El Sr. Cánovas del Castillo.

«Escribimos con verdadero dolor; con el dolor intenso que producen los infortunios de

la Patria; con el dolor que no podemos menos de tener como españoles al saber el trágico é inesperado fin que ha tenido el señor D. Antonio Cánovas del Castillo. Una mano alevosa, criminal y extranjera ha querido aumentar con su fanatismo los males que pesan sobre esta España infortunada, hospitalaria y generosa. El Sr. Cánovas, de quien no éramos afiliados y á quien la pasión política juzgará como quiera, era una verdadera gloria para España como hombre de saber y, sobre todo, como hombre de Estado.

Nacido en una época de verdadera transición, cuando se disolvieron los partidos y se tornaron en meramente políticos los que debían ser hombres de Estado, tiene la grave responsabilidad de haber contribuido, tal vez ideado, aquella demoledora bandera titulada Unión liberal; pero tiene al propio tiempo la gloria de haber quedado como único resto y honroso residuo de aquellos hombres que en la primera mitad del presente siglo adoraban con verdadero entusiasmo, en medio de sus errores, á la Patria, á quien sirvieron con un desinterés que hoy no se conoce, que por muy pocos se recuerda y que por algunos se llora. Tiene además de esta gloria la desusada, y antes no lograda por nadie, de haber llevado á cabo una Restauración sin haber vertido una gota de sangre, sin hacer derramar una lágrima y sin venganzas ni rencores.

Tal vez el defecto que deplora la Patria sea el generoso olvido con que el Sr. Cánovas admitió en la Restauración los elementos mismos que habían estado contra lo restaurado. Las dificultades del porvenir, de que han sido débil muestra los hechos de los veinte años últimos, prueban que esa generosa longanidad que honra al hombre ha creado no pocas dificultades al político. Pero error es que no mancha la Historia, sino que antes bien, la abrillanta y ennoblece.»

Publica después unos datos biográficos del mismo, y concluía diciendo:

«Por eso, si grande es la gloria del Sr. Cánovas en España, es mayor aún fuera de ella, porque en el extranjero unánimemente se reconocen las excelencias del Ministro asesinado en Santa Agueda.»

El 10 de Agosto añadía:

«No vive el leal más que lo que quiere el traidor.

hoy, desgraciadamente, tenemos que atender, á más de los males enumerados antes, á otros de mayor importancia en el orden internacional, cuya resolución requiere grandes talentos y no pequeñas energías.

La crisis que ha de ocasionar la muerte del ilustre estadista es, pues, de excepcional trascendencia, y para su solución hace falta gran serenidad de juicio. »

En su segunda plana, añadía :

**Atentado contra el Sr. Cánovas del Castillo.
La noticia en Valladolid.**

« Poco después de las dos y media de ayer, empezó á circular por esta capital una noticia aterradora y que constituía una verdadera desgracia para la Patria.

El Sr. Cánovas del Castillo había sido víctima de un criminal atentado, á consecuencia del cual había dejado de existir.

Momentos después, acudían redactores de periódicos y personas importantes al Gobierno civil, para averiguar la exactitud de la noticia.

Desgraciadamente, era cierta. »

(Publicaba á continuación las noticias recibidas sobre el asesinato del Sr. Cánovas, y luego decía á título de información):

« Lo que únicamente ha desmentido el señor Castellano es que el Sr. Cánovas haya pronunciado las frases de ¡Asesino! y ¡Viva España! que algunos periódicos le han atribuido.

El Sr. Cánovas, según lo que asegura el ministro de Ultramar, no pronunció palabra alguna (1).

Después de ser herido y conducido á su lecho, recobró sólo por cortos intervalos el conocimiento, pues durante las cortas horas que vivió después de la agresión, permaneció en un continuo letargo (2). »

El número del 10 de Agosto lo encabezaba el periódico á que nos referimos con el retrato

(1) Sin duda porque no pudo pronunciarlas; pero de todas suertes, el entonces ministro de Ultramar no estaba presente, y los que á alguna distancia, aunque no mucha, presenciaron el hecho, ni afirman ni niegan el viva que se le atribuye.

(2) No hay tampoco completa exactitud en esto, según testigos presenciales.

y biografía del Sr. Cánovas é insertaba una correspondencia de su corresponsal de Madrid, titulada *Las mejores exequias*:

« La estupefacción que en la opinión pública ha producido el infame atentado del Presidente del Consejo, se refleja en los centros oficiales, donde la desorientación y la perplejidad de los ministros y del alto personal saltan á la vista.

Nadie tenía previsto que el Sr. Cánovas pudiera desaparecer solo del Gobierno y menos, como es natural, inesperadamente, víctima de una mano traidora y homicida; así es que esta desdichadísima sorpresa ha producido en las esferas del poder el estupor y el anonadamiento consiguientes.

A medida que el dolor va dejando lugar al cálculo y la indignación á la serenidad, tanto el partido conservador como los demás partidos, incluso los extremos, van haciéndose cargo del rudo golpe que el mísero napolitano ha asestado á la política nacional en la persona del actual Gobierno.

Apenas si las difíciles circunstancias por que el país atraviesa daban tregua á pensar en soluciones bien meditadas con la madurez y la discreción que requieren la gravedad de los conflictos latentes; ¡cuánto menos ha de surgir esa solución instantáneamente, ahora que esa angustiosa situación de la Patria ha venido á complicarse con un nuevo accidente desdichado, cual es el de Santa Agueda, cuyos alcances se ignoran y cuya funestísima impresión ofusca el cerebro y agobia el ánimo de los gobernantes!

Estamos, pues, en un momento difficilísimo para la Nación y singularmente para las Instituciones, y es preciso rehacerse de la pena y de la indignación que ha producido la trágica muerte del insigne estadista, salir de esa perplejidad oficial, que implica desorientación, y precaverse para algo más que para reprimir el despreciable tumulto que unos cuantos desalmados puedan forjar al amparo de las desgracias nacionales.

La indecisión, el abatimiento que dentro del Gobierno se nota es muy respetable, porque demuestra el carifio, la disciplina que á su inolvidable jefe guardaban los que con él compartían las gravísimas cargas del Estado, y denuncian cuán grande era su influencia en las decisiones ministeriales y cuán poderosa su iniciativa; pero es desventajoso, por otra

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

blecido, las responsabilidades trascendental en el orden internacional, en la esfera de las relaciones.

Desde el punto de vista, la muerte del Sr. Cánovas del Castillo es un tristísimo acontecimiento, pues para impedir los errores en el funcionamiento de todos los órganos del Estado han de producirse los errores, dada la situación en que nos encontramos y, dado también el desbarajuste en los partidos políticos de España, es preciso que todos, absolutamente todos, prohombres del campo conservador y de los demás campos dieran ejemplo de abnegación, pensando en el bien de España y que se pierda en las luchas cuyo resultado puede ser una consecuencia muy desastrosa desarrollada en Santa Agueda, bien aprovechado por los enemigos de la unidad y de la hon-

ra el profundo sentimiento con estas líneas; al unir nuestro nombre al pésame que todos los españoles envían a la familia del ilustre Sr. Cánovas, nuestro grito de indignación y las gargantas han lanzado un grito criminal y contra las infamias, al parecer, profesa, hacemos saber por que el patriotismo evite complicaciones que son de temer para nosotros.

III

PORVENIR VASCO

Como se expresaba así: los vascos, como políticos y como hombres, protestamos llenos de indignación por el inicuo atentado de que ha sido víctima el Sr. Cánovas del Castillo.

Un repugnante y un infame ultraje. Como crimen, todos los hombres de honor varían la más enérgica protesta contra los asesinos que son el oprobio de la vida de la libertad. Como ultraje a la Patria entera, que veía en el Sr. Cánovas el símbolo de la Patria contra los atentados a la integridad nacional.

Es infame el atentado de los extranjeros, fana ven el desconsuelo con sus cabezas más europeas.

Quédanos, en el suelo de que de cometer crímenes que sean los de la política de toda nuestra vida, tan pacífica por esos miserables tan horrendo, de lo más horrible de nuestra protesta lanzado sobre

EL NOTICIERO

El asesinato

«No creemos que también nosotros podamos ser sinato del Sr. Cánovas, esta es una de las cosas más dolorosas; pero, es una de las cosas más dolorosas que condenan a la muerte.

Y cuando ésta es una persona de tanta importancia y la persona respetada, del Sr. Cánovas, hombre que dio a España, la protesta y más solemne.

Enemigo por conseguir por conseguir el Sr. Cánovas, el Sr. Cánovas, ante su muerte, olvidamos todo el dolor y pedimos la vida del jefe.

De extraño algunos anarquistas hicieron feroces asesinatos de Carnot, atentado contra

IS CON

En el m
rsinado,
cesos, q
or ser e
o polític
i gestió
inistros
entado
sar que
rosame
rotesta
cuencia
En otr
ecía lo i

«¿Qué
o enem
...
«Nosot
os vemo
en de la
erocer lu
ombatin
o abrigo
s perso
amos m
a el bá
ctima
astillo
ajada y
anza pr
...
...
Conste

los ec
asta el
ón esp
ros al c
ida fue
nado y
ación q
A nue
n sus o
onceda
unado I

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

III

EL COMENTARISTA

ígrafe *Luto nacional*, el periódico
ia en su número del 10 de Agosto
e copiamos á continuación :

¡Pobre Cánovas!

atentado de que fué objeto an-
ta Agueda el eminente hombre
ntonio Cánovas del Castillo, por
italiano Miguel Angiolillo, quien
e dará cuenta á Dios de tan ho-
a, ha sido generalmente sentido
española, donde deja un vacío
ar en las tristísimas circunstan-
atravesamos. Este sentimiento
más allá de las fronteras, y un gri-
ción y de protesta, al que unimos
e escucha por todas partes abo-
echo y clamando por la seguridad
nstantemente acechada por los
l orden, monstruos infames que
siembran la desolación y la rui-
Lyon y Cánovas en Santa Ague-
s políticos de indiscutible valía,
víctimas más salientes del anar-
último tercio del presente siglo.»

.....
.....
.....

¡Viva España!

frase. Confesamos á fuer de es-
es que políticos, que las últimas
nunciadas en los supremos mo-
vida por el Sr. Cánovas vinieron
plenamente la idea noble que de
ormada : de amante de la familia,
„ de las instituciones ; pero antes
la Patria, de la Nación española,
e sacrificó no pocas veces, hasta
la asesinado, al ponerle la fatali-
frente de un infame extranjero
por las criminales teorías que
s de contacto tienen con el nihi-
grito, pronunciado espontánea-
n el fragor de los combates por
e en su entusiasmo bélico y en de-
bandera roja y gualda, que salió

triumfante en Lepanto
Pavía, recibe mortífer
enemigo, sino en mon-
gustias, donde ve pe-
mano alevosa, sin la
las leyes del honor, por
sí, pero en el terreno d
y dirigiendo la nave d
de todos, con fe inqueb-
ro heroísmo, tiene una

Cánovas no ha muer-
chos años en la mente
español. Esta desvent
cual tuvo su postrer
muerto con él ; sin em-
¡Viva España! Estas

labras del Sr. Cánovas

RAFAEL FERNÁN

Periódicos

EL DIARIO D

Dicho periódico, el
goza, como fundado
extraordinario del 8
no lo expresa, dedica
Cánovas del Castillo, con
del retrato de aquél y
ficcios del mismo, dijo

¡Dios le

« Momento es este ex-
frases de duelo se deti-
rosas de no poder expi-
cio el dolor profupd
crimen nos ha produci-

Juzgue cada españo-
la noticia le haya caus-
ánimo ha hecho ; mi-
dolor los nuestros, y n-
necrología pulida y bi-

A estas horas, toda
de España, deponient
glorioso estadista intr-
y odios personales, p

¿ MERECE A SUS CONTEMPORÁNEOS

aso al último

y á la dege-
ción infelici-
ones políticas
meetings y pe-
palabras, Cá-
obra sin vaci-
res.

nstitución de
a defensa de
ro .

res de la His-
ido odiado y
a, con mayo-
no que cuan-
ban. Ante su
1 con la som-
y los mismos
rezarán una
os ha de pre-
ntregó todas
de la Patria.
a arrebatado
ponía en él
natismo bru-
ranceses gui-
Sadi Carnot,
n sangre ita-
a vendetta ha
ble vida de
tjuich por la
de nuestro

y la paz pú-
r tan tenaz.
quía fué una
acero ; ante
, una inteli-
arrebatos ni

ue igualmen-
d madura, se
is de la raza
e vehemente,
las sugestio-
us venas.

ar. Cánovas,
no ha senti-
i su corazón,
bro, siempre
lanquear sus
rostro y en-

corbarse su cuerpo
ba y sus pensamie-
las de brillante or-
dad avasalladora
de su lógica absor-
fuerzo, sin tormen-
tificaciones del des-
mente, destruyend
soberbia ; leyend
porque se había f
el pueblo y por su
sima base de sus t

El *Diario de Za*
á hacer pública pr
gica noticia le ha
ello porque todas
parecen débiles é
con justa sincerida

Cánovas del Ca-
con traición miser
cedor de todas la
la humanidad y di
la Historia, premia
las virtudes y los s
conocido ú olvidad

A continuación
lo, apareció en dic

La notia

« Profunda sensa-
ción pública la not
Cánovas del Casti
nosotros fuimos lo
público en suplem
cado ayer á las se-
tarde, y que era a
nuestros vendedor
ninguno de ellos
extremos de la pe-
con verdadera ansi
desgracia que pesa
pañía.

En las calles y p
nos, en los cafés,
blaba más que de l
venían en que la
Consejo de Minist
desgracia nacional,
bre de su talento y

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

sin número de conflictos que pesan.

á la hora en que nuestro súf la calle, la gente regresaba los y de Torneros, viéndose ridísimo el paseo de Santa En- r conocimiento de la catástro- paña por el criminal italiano, otar que, echando á un lado as, ha sido llorado amarga- to del patriota, cuyas últimas do « ¡viva España! »

caron suplementos los demás es, que el público compraba terés que el nuestro, ansioso detalles de este tristísimo su- do de esta manera que Zará- verdaderos sentimientos pa- sentir las desgracias de la lora á uno de sus más gran- rebatado por la llaga social marquia, cuando aún podía os servicios á España y cuan- a más necesaria. »

•••

ódico, en su número del 10 de lo que copiamos á continua-

rdo del Sr. Cánovas del Cas- rerer á nuestros lectores que o que una originalísima é in- za que de él escribió en 1879 rancisco Cañamaque. Desde el siguiente trabajo fué pu- ro *Los oradores de 1869*, hasta nicua y miserablemente fué

Cánovas, la figura gloriosa stadista se ha agigantado ex- te.

semblanza del Sr. Cañama- maestra, que será leída con nestros lectores (1):

nuestros elogios el trabajo del se- ero incurre en algunas inexactita- xageraciones, hijas de su diferente ando el Sr. Cañamaque lea este honor, y se entera de lo que se ha respecto del Sr. Cánovas, todavía , en el extranjero, de seguro mo- los juicios que emite respecto del io pocos de sus actos de otra ma- que en muchos párrafos no está Cánovas, no hemos querido supri-

Cánovas á

« Es orador, político académico, poeta, his- diplomático, americaní- fo, monstruo, conserva- servador y malagueño.

Todo eso es, en bre mi paisano D. Antonio

No creáis, sin embar- vela nada de lo que es mucho, da un chasco á hombre vulgar si lo quién es, como se mira por la calle. No tiene li- fisonomía arrogante de de Mendizábal, la fren- lar, la nariz revolucio- fealdad de Alcalá Gali- de Salmerón, el atolonc- Bismarck, la mirada el la viveza de Sagasta, li- rrilla, los labios epicúr- Rosa, la voz de sirena c- tiene; pero vale tanto que algunos de ellos.

He dicho que parece contempláis sin preve- rece lo que no es. Si- sista en 1854, y todo el r

Su estética no dice n con cierto garbo, guiña- tuerce la boca, hace mi y se abre la raya á un l no fuma. ¡ Si será mons-

Pero si no fuma, esci y teorías que no hay m- fes magníficos, citas irr- frazados de argumento- dentes, bellezas literar- primer orden, disparos- bles, infalibles, que le- tillero.

De modo que si no fi como no escupo yo, q- cupen los más tenaces f- quizá el conservar su r y tan hermosa, á pesar de años.

Cánovas es además i académico que no va á fumar, toser, bostezar y tan propias de las glorio

poco. Púsose enfrente de la Revolución y de su Trono, de sus hombres y de su política, y ni la parte que le ofreció Pavía en el Gobierno del 3 de Enero, ni otros halagos que me callo, torcieron su voluntad. Quería ser, lo fué, lo es, y lo será, el primer hombre de la Restauración.

Y ahora empieza lo monstruoso.

Interrumpido el estado legal del país, como nos dijo en las Cortes de 1876 á las primeras de cambio, proclama la existencia de una Constitución que no era la de 1869 ni la de 1845; una Constitución suya, malagueña y acomodaticia. Proclama la constitución *interna* (1). ¡Lo han entendido ustedes? Pues yo tampoco. Y principia á lanzar teorías y más teorías por aquella boca, convence á la mayoría, pelea con Sardoal, dirige reproches á D. Emilio, viene á las manos con el brillante tomista Pidal y Mon, le dice á Sagasta *más eres tú* y esta es la hora en que Cánovas no ha dejado de hacer teorías, algunas buenas, varias pueriles, no pocas hijas del orgullo y la necesidad. Divide los partidos en legales é ilegales, y España, víctima de esta graciosa teoría de Cánovas, encuéntrase dividida por el primer Ministro de la Restauración en legal é ilegal. Nada, á lo Calomarde: purificados é impurificados.

¡Majadero, que tú eres, Antonio, panliberalismo! ¿No comprendes, tú que tanto talento tienes, que tan bien comprendes la historia propia y la historia ajena, que en ocasiones varias has demostrado ser un verdadero estadista, que sabes al dedillo la causa de todas las revoluciones y descontentos; no comprendes, digo, que cerrar la puerta al derecho es abrirla á la rebeldía? Dulcificar, mirar, atraer, limar asperezas, olvidar agravios, perdonar ofensas, esa, esa es la obra de los que en tu caso se hallan. Y ya que tu política, lo escribo con gusto, no ha sido vengativa, ni cruel, ni perseguidora; ya que supiste dejar á cada cual en su casa, obrando en esto como no obrara nunca ninguna Restauración, ¿por qué no has hecho lo demás? ¿Crees quizás en la eficacia del vacío?

Pero prosigo mi empeño, y déjome de aconsejar. ¡Bonito es el mozo para recibir consejos!

A Cánovas le ahogan dos cosas: la soberbia y el talento. Por salirse con la suya, nada más

que por salirse con la suya, nada más que por salirse con la suya y hacer rabiar á Romero Ortiz, se le pone en la cabeza que las Cortes, elegidas cuando no había otra legalidad que el Código de 1869, debían durar cinco años con arreglo á la Constitución de 1876; esto es, á una ley posterior al nombramiento y reunión de aquéllas; y dicho y hecho, va y le dan la razón. ¡Soberbia! Otro día se empeña en que la causa del orden exige la vida del triste y criminal Oliva, y Oliva sucumbe, á pesar de altísimas insinuaciones. ¡Soberbia! Otro día se levanta de mal humor, mira de reojo á Elduayen, y ¡zás! de un plumazo arroja al ingenioso ingeniero del Gobierno civil de Madrid. ¡Soberbia!

Sin embargo, ¡cuán titánico ha sido su trabajo! Otro que él no habría hecho ni la milésima parte.

Encargóse de la Presidencia del Consejo de Ministros cuando en el país no había nada, absolutamente nada más que polvo y escombros. El polvo de una catástrofe, los escombros de un derrumbamiento. La catástrofe de Septiembre de 1874. Los carlistas le estorbaban más que nada. Se mete entre ellos y los divide: á un lado Cabrera, á otro Dorregaray. Le estorban luego los moderados. Los divide igualmente: á un lado Toreno y Barzanallana; á otro Cheste y Moyano. El partido constitucional le hace cosquillas. Dividelo también: á un lado Sagasta y Ulloa, á otro Santa Cruz y Alonso Martínez. La democracia permanece entera en los rigores de la adversidad. La perturba: Castelar tiene un asiento en el Congreso, Sardoal otro; Ruiz Zorrilla, víctima de un arranque pueril, yacía de antemano en el extranjero, estaba por sí propio desterrado.

¿Le queda algo por hacer? Sí, la paz en la Península y en Cuba. Pues ahí está Martínez Campos... La paz se hace en todo el territorio español. ¡Bendita sea la paz!

¿Queda algo todavía? Sí, le queda un entretenimiento: divertirse con los constitucionales. ¡Y se divierte como hay Dios! Les da Diputaciones, Senadurías, promesas, bombo, mucho bombo, alguna que otra credencial, razones, esperanzas, todo lo necesario para embarcarlos. Se embarcan y empieza el mareo, la trastienda, el sí, el no, el veremos, no es tiempo aún, robustecerse, unirse, definirse, arrepentirse, convertirse, contarse, purificar-

(1) De ella habían hablado ya los primeros constitucionales, el grupo llamado los *Persas*. Esta es la verdad histórica.

o :-
 nida
 :. A
 Su
 rep
 iere
 za ;
 . Y
 n so
 gil,
 illes
 ran
 n es
 ra y
 e su
 talq
 rpe
 omo
 not
 i P
 i a
 min
 as
 orá
 Le
 elar
 uen
 gu
 ue
 edu
 l cu
 nts
 on
 ica
 sha
 idas
 El
 >do
 es,
 ada
 rop
 es l
 ue
 , s
 >ver
 aste
 a hi
 oria
 : en
 n r
 o d
 n I
 iery

110

ans
ari

nter
s d
nter
ció:
som

n l
atò
l ...

, de

Male
ster
cier
el le
Ba

, ne
con

mer
la.
rent
os s
. és
ilu
s au
qu
ente
rda

, e
s d
itu

SECCIÓN CU

Islas de (Filipina

LA DE C COS DE I

Natur
forma
los qu
do de
cano de la diáfai
spondiente desgr
del retrato Per
pígrafe, el chanz
en qu
aunque di- moral
ando de su hierro
azo merce- una v
lo del due- tria, .
—es el due- acéfal
ro, lo que las te
del gran que v
que fué en la cat
onio Cáno- mente
da de
ran carác- Tal
onsagrada ciones
de la Pa- grand
des y físi- que re
bles de la perpet
su Pa
grada
tico y Filipi- No
y admiración Aun s
e las tres is- acoraz
miama ra- te del
arte primera, nado,
anciados, en del C

póstumo, que igualaré á los de la Reina Mercedes y Ayala, en España; Victor Hugo y Carnot, en Francia, y Wellington, en Inglaterra. Aún los labios frescos de las recientes heridas repiten el heroico grito en que se fundió su alma al abandonar la vida: el ¡viva España! más grande, más hermoso, más heroico en su sobriedad sublime que el famoso *¡Tu quoque!* y el soberbio epitafio de los griegos de Leónidas. No hay serenidad en las almas para detenerse en un análisis, del cual saldrán sus actos todos en fórmulas de ejemplo á los gobernantes futuros. Ante el inmenso eclipse que ha hecho en la conciencia española y, lo repetimos, en la conciencia del mundo, ese sol que ha caído bruscamente en la noche eterna, ni el pensamiento puede razonar ni la meditación hallar la serena orilla en donde las ideas se cristalizan, se cuajan y completan.

Cánovas del Castillo era un hombre de Plutarco, batido en el yunque colosal del estoicismo romano, sin transacciones con el deber, poniendo todos los recursos de su inteligencia, vasta como un mar, al servicio de una idea: la grandeza moral y material de la Patria en que abriera y cerrara los ojos.

Hay que subir, para abarcar tanta grandeza, á las grandes épocas de reconstitución de España y evocar en su tumba, que los blasones de pórvido entrelazan, la colosal figura del gran Cisneros, con quien tanta semejanza guarda en el tesón, la energía, la virtud cívica y la grandeza de alma el Cisneros de la Restauración borbónica.

Estadista eminente, político de primer orden, erudito como un beneditino, crítico de grandes síntesis, literato excepcional, orador de la estatura moral de los Ríos Rosas, Olózaga, Joaquín María López; bibliófilo, novelista, era el hombre enciclopedia, el hombre océano, como el Océano lleno de tesoros, de mundos desconocidos y de perlas, lágrimas cuajadas que los desengaños y las desilusiones encerraban en conchas de desprecio. ¡Tantos ingratos han brotado en el camino sembrado de beneficios por su diestra! Sí, ese hombre, que por sí solo era la gloria más pura de que pudiera enorgullecerse una Patria, conoció las ingratitudes. No es extraño. Toda cima atrae el rayo y toda superioridad el odio. Y él era, según la frase de un gran político extranjero, «montaña de luz» en la superioridad.

Pero esos odios, casi todos de impotencia política, habrán depuesto las armas ante lo horrible de la catástrofe. La solidaridad del infortunio eleva las almas. Ante el cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo, villanamente asesinado, no hay una sola cabeza que deje de inclinarse, saludando en él *al patriota ejemplar, al ciudadano intachable, al hombre de Estado ante quien Bismarck, Gladstone, Crispi, Constans, detenían su pensamiento, aplaudiéndole y admirándole.*

España, inconsolable como Raquel, llora la muerte del más ilustre de sus hijos. El plomo del asesino ha podido matar el cuerpo; pero no hay balas para el espíritu, que vive y, palpitante, se cierne con la majestad angusta de un Palladion.

El gran error que se llama un crimen no produce nunca suma de bienes. Al contrario, todos los frenos que reprimen la marcha loca de ese tren relámpago que se llama las sociedades modernas, se estrechan más contra el costado de hierro. La sociedad se defiende, la fuerza se pone al servicio de la idea que se ha querido asesinar y el instinto de conservación ejerce su autoridad sobre el mundo.

Solo ahora con su conciencia y rodeado de la maldición de todos, el asesino puede contemplar horrorizado su obra, de una infructuosidad envilecedora.

Esas cuatro balas han matado en España á Cánovas. Esas cuatro balas han matado en el mundo el anarquismo.

Como los antiguos judíos, sin Dios, Patria ni hogar, los anarquistas modernos, errantes como Caines, buscarán en vano dónde reclinar la cabeza y humedecer sus pies, lacerados por piedras y espinas.

El *¡anda, anda!* de la civilización resonará fatídicamente en sus oídos. Frutos de ceniza serán su alimento. La fosa de los parias será su tumba entre la tormenta universal...

Y la sombra angusta, enorme, majestuosa y titánica de Antonio Cánovas del Castillo será vengada. »

* * *

El día 11 de Agosto publicó el mismo periódico el notabilísimo artículo que se copia á continuación:

«Desde que los primeros tintes del crepúsculo comenzaron á envolver en sombra la ciudad de la Habana, corrió *sotto voce* entre los

cie, compararán esta muerte á la de Prim. No nos tomaremos el trabajo de hacer girones esta afirmación.

Estudiemos nada más las consecuencias. Sobre el cadáver de Prim se alzó su sustituto, y la Nación siguió á sus nuevos destinos, que el Rey de reyes lleva en la diestra. Cánovas del Castillo es insustituible. El troquel se ha roto y los herederos de Alejandro no saben de qué orla tirar para que el manto regio se despliegue con la severa pompa, la cegadora brillantez y la inmensa órbita de su infinita ondulación.

Esto es lo que ha comprendido, con ese instinto seguro que nunca se equivoca, el pueblo de la Habana, la isla toda, al encresponar sus casas, al lamentar su muerte, al llorar que una vida tan alta haya tenido un fin tan bajo. Esto es lo que ha comprendido al cargar de telegramas de doliente afecto los hilos del telégrafo durante todo el día de ayer, al enviar coronas, al nombrar representantes para el entierro del mártir de la Patria, á quien los modernos elevarán estatuas y á quien los antiguos hubieran alzado altares como á un dios.

Su muerte es muy llorada por cuantos conocían, adivinaban ó sospechaban las altas dotes del eminente hombre de Estado. Lo será más. Conforme el tiempo vaya alejándose de esta fecha luctuosa, la obligación de llorarle será más grande para los espíritus sanos, los hombres de buena fe y los hombres de buena voluntad.

Un detalle que recogerán los historiadores futuros y que hará más grande en el trascurso de los siglos la memoria del desaparecido de ayer: la última resolución que su mano, hoy helada por la nieve eterna, firmara, ha sido de mucha importancia para Cuba: la reforma del arancel de Cuba, importancia que no necesitamos encarecer y que todos comprenden.

Antonio Cánovas del Castillo ha caído envuelto en el manto ideal de la dignidad y la grandeza españolas, para levantarse en deslumbramientos de apoteosis.

Hoy estamos aún muy cerca de su vida para que, libre de vahos de partidos, se ostente la estatua en el alabastro ideal que la admiración de un pueblo elevará á su memoria.

Ciertos hombres son como las catedrales. En medio de la ciudad, cercadas de casas, estrechadas por los baluartes, en la red de la agitación mundana, apenas si llaman la atención soñadora del viajero.

Cuando se abandona la ciudad y la distancia empieza á extender sus sábanas en la largura del camino, la titánica mole, coronada de flechas y cruces, se destaca, blanca, colosal, imponente, ostentando sus calados, ofreciendo sus ojivas, sola, agrandada por la ausencia, cantando su himno de piedra bajo su pabellón azul y deteniendo la mirada absorta del viajero, ante quien no aparecen las casucas mezquinas que en la ciudad la afeaban.

Tal D. Antonio Cánovas, á quien hay que mirar, muerto, de lejos, desde lo alto de la montaña de la meditación, para apreciar, sin mezquindades de las casucas humanas, la estructura de mármol, alta, gigantea, bañada de luz, que como una catedral española señala al cielo la religión por que ha muerto:

¡La Patria y el deber!

En el mismo número escribió todavía lo siguiente:

Una estatua para Cánovas.

«En estos momentos de duelo nacional, cuando los espíritus se encuentran acongojados bajo el peso del dolor que ha causado en toda España la muerte traidora del primero de sus hijos, se hace necesario señalar con una demostración que la perpetúe, la impresión que ha dejado en todos los corazones el asesinato de Santa Agueda.

La historia hará justicia al Sr. Cánovas; y cuando se aplaquen las pasiones, cuando no se discuta al hombre vivo y pueda juzgarse imparcialmente al hombre muerto, la figura del gran hombre de Estado se destacará victoriosa de entre las sombras, y la isla de Cuba tendrá que reconocer, como reconoció los favores que debió á Fernando VII, que el señor Cánovas ha sido uno de los hombres que, desde su punto de vista, ha favorecido más á este país.

La Lucha propone al pueblo de la isla de Cuba que sea el primero en hacer una material y perenne demostración en honor del que ha bajado al sepulcro, mártir glorioso, elevándole una estatua en un punto céntrico de esta capital.

Las Corporaciones todas, tanto oficiales como particulares, pudieran asociarse, SIN PERDER TIEMPO, para realizar ese pensamien-

[*SUS*

Tr
sales
lapac
nova

Lo
la vi
peto,
desp
sion
tone
Bism
máni

Si
sino
¿serí
Y el
los I
trase
deme

Cá
homl
espe
á la
del l
las b

Co
Bism
lógic
plets
de le

Nc
un p
en lo
Si el
sita
más
llar
las e
que

Es
mo
Luch
rrad
• 7
tra l
tadi
asea

extranjero, cuando era mayor la necesidad que de su talento, de sus prestigios y de su patriotismo sentía la Nación.

Algo de ella muy esencial ha sido arrancado con la vida de quien más esforzada y leal y eficazmente la servía en los más duros trances por que pueden pasar los pueblos.

El Sr. Cánovas del Castillo era más que un sabio y enérgico y respetado gobernante: en él encarnaban todas las grandes virtudes, los poderosos alientos y las tradiciones de nuestra raza.

En sus acentos vibrantes hallaban eco, como en ningunos otros, los más hondos sentimientos y los anhelos más vivos de todo el pueblo español; y á compás de aquel corazón gigante latían todos los corazones cuando en momentos solemnes lo agitaban nobles pasiones.

Bien evidente se advirtió esa íntima armonía cuando, hace poco, desde el alto sitio que horrendo crimen dejó vacío breves instantes, declaraba solemnemente su decisión de llevar los sacrificios hasta donde lo exigieran la integridad y el honor nacionales en el empeño de que salieran incólumes de la lucha que la tradición otra vez les moviera.

« Si el país—decía con viril entereza, que la emoción no lograba velar—no quisiera seguirme con sus esfuerzos titánicos hasta la victoria sin sombras que la empañen, yo me retiraría á llorar un error que habría de acabar con mi existencia. »

Y todo el Congreso, es decir, todo el país, identificado en absoluto con aquella decisión de vivir con gloria ó perecer con honor, ratificó al esforzado adalid la confianza omnívoda que le acompañó hasta el sepulcro.

No era, no, la muerte en la oscuridad del olvido la que correspondía á una vida fecunda, consagrada al servicio de los más grandes ideales de la humanidad: murió en la plenitud de sus prestigios, de sus energías y de sus triunfos; amado de sus compatriotas, admirado de las naciones, considerado por los reyes.

Murió como vivió: era grande entre los grandes, y al sucumbir dió la última prueba de grandeza, en el valor y la abnegación de sus últimos pensamientos, inspirados por el amor á la justicia y á la Patria.

Los últimos alientos de aquel titán en quien los más arduos problemas hallaban fácil solución favorable, agótalos en anatematizar el

crimen y ensalzar á la Nación que sirviera con todo su talento privilegiado, su proverbial desinterés y su amor invariable.

¡Asesino! ¡Viva España!

He ahí condensadas en esas palabras postreras, las eternas preocupaciones de aquella conciencia honradísima y aquella firme voluntad, nunca domeñada por contrariedades ni temores.

En las alturas á que propios merecimientos excepcionales le elevaron desde posición modesta; en posesión legítima de honores, riquezas (1) y consideraciones sociales, que ya no podían mover vanidades ni codicias, si se le sospechasen á quien fué siempre espejo de abnegación y generosidad, sus inapreciables servicios en la gobernación del Estado no podían tener otro móvil que el civismo más acendrado y puro, de que dejó la última brillante muestra inolvidable al dar toda su sangre, como diera todos los frutos de su poderosa inteligencia y todos los latidos de su gran corazón, por la ventura y la prosperidad de la tierra en que tuvo á honra nacer y morir.

Decir lo que él era y cuánto significaba y valía, no es tarea de estos momentos en que al dolor y la indignación por el atentado que priva á España de su mejor organizado cerebro, se unen las naturales tribulaciones de un incierto porvenir.

Sería tarea además inútil donde no hay lugar recóndito á que no llegara el eco de sus méritos portentosos.

La primera figura de la Restauración, le llama uno de sus biógrafos, que no peca de apasionado; el español que más tiempo y más pacíficamente ha regido los asuntos de su país; literato á quien ninguno aventaja en la varonil energía de su frase robusta; poeta que siente con el cerebro; gran historiador, que conoce y hace la filosofía de la historia; orador parlamentario, sin rival en las Cámaras: « recuerda á Cicerón, que fué orador, jurisconsulto, hacendista, poeta, historiador y hombre de Estado. »

Esta cualidad llegó á eclipsar todas las otras, elevándole al nivel de los más eminentes en el mundo, á tal extremo, que el propio Bismarck no aceptaba elogio que le pusiese por encima del gran Cánovas del Castillo.

(1) Lo de riquezas no es exacto. Poseía poco, fuera del gran valor de sus libros.

ONIO OANO

» de luto,
queridos
»aparecer
una vida
patriotis-
bién la li-
rque bajo
que en una
ilustrar á
le las más
No hace
»tonio Cá-
te, seguro
haber fal-
sobresalió
umano, ha
una pági-
»ra el más
oles: por-

publicó el
nos á con-

oda la po-
gravedad,
»o, tomán-
slates que
enferma:
e del Con-
to á mano

hubo que
lustre jefe
»s y medio
, ha muer-
un demen-
sin duda,
»xplicables

en sus al-
el ídolo
de apagar
a brillante
) Antonio
un nuevo

de las masas, cuya energía alababa para los empeños nacionales, al mismo tiempo que temía para los anhelos de reforma política. Porque, ahondando en la herencia más castiza de nuestro derecho político, halló quizás precedentes de la moderna democracia, sobre todo, en sus manifestaciones de gobierno representativo, aceptó el Sufragio universal, que le desagradaba, si bien convirtiéndolo en instrumento de la política histórica. Porque allí, en las Reales cédulas, órdenes y resoluciones de nuestra Monarquía absoluta, encontré la raíz de la autonomía colonial, dióse á reformista, otorgando la asimilación á los más y la especialidad á los menos. Pero nunca contradijo su criterio, nunca rectificó en substancia su profesión de fe.

Esta unidad del carácter define, á nuestro juicio, mejor que ninguna otra de las cualidades que le adornaban, á Cánovas. A nosotros nos basta hoy destacarlo de esta manera. No es la actual hora oportuna para aquilatar las partículas de oro que, con otros elementos, andaban en la personalidad del ilustre hombre político entremezcladas, como así anduvieron, en sentir de Menéndez Pelayo, en la personalidad de otro insigne estadista y hombre de letras. En otro espacio de este número recordamos no poca parte de su historia política, que tan principalísima relación guarda con la vida nacional contemporánea.

De todos modos, la obra vasta y compleja de Cánovas, sobre todo desde la Restauración, asombra y materialmente invita á reflexiones muy hondas. Repetimos que hoy serían inoportunas. La impensada y cercana desaparición del grande hombre no permite aún contemplarla en la necesaria perspectiva de los juicios. Sólo cumple en la hora presente traer á la memoria el acendrado patriotismo con que Cánovas sirvió á la causa de la Patria en toda época y, sobre todo, en el actual período, en que dió pruebas de inusitada energía y de inquebrantable confianza en la vitalidad de la Nación, y participar en el inmenso duelo de la raza española, que ve desaparecer con él á un espíritu elevadísimo, á un ciudadano ejemplar, á un orador portentoso y á un hombre, en fin, digno de eterna remembranza.»

* *

Todavía, y como si no fuese bastante lo que antecede, publicó el *Diario de la Marina*, en

el propio número del *biográficos* del Sr. Cámos á la verdad que no siempre justos en los insertamos integración, tratándose de un de este.

Respecto de los primeros algo de ello está en la ra han sido referido ajusta á la verdad que se esquivo en su pasión tuviera que irse que no podía ser fa quien contaba entonces siquiera había emp filosofía que, á exce Madrid.

A su llegada á esta tección de su tío, Calderón, que no era Consejero de Estado sante, de Sevilla, y Dirección del ferroc juez (más tarde fué bunal Supremo de G timo, Consejero de tino de ocho mil del mencionado fer go, ó cuando encontró como el Sr. Fernánculos literarios en el *La Ilustración* y quier el que obtuvo en la periódico fundado por navides y Pastor Dí fue director.

Es cierto, como se bién algunas veces, y dactor, en *Las Novec* progresista, fundado mo amigo el Sr. Fern sin hacerse solidario veces fueron articul blicó en el mismo, sin

Las primeras obras de base á su fama, s del *Diario de la Mari* tórica titulada *La car* toria de la decadencia d fama como hombre lllante carrera política « Pocas individualida

había abdicado su madre doña Isabel II. Grandes controversias se suscitaron para determinar el papel que desempeñaron los diversos factores que intervinieron en el advenimiento de la Restauración, y sobre todo para fijar el que representó Cánovas del Castillo; y mientras unos le atribuyen toda la gloria del suceso, otros, por el contrario, sostienen que apenas tuvo intervención en él, y se fundan en que calificó de *botaratada* el alzamiento en Sagunto del General Martínez Campos (1).

Lo que resulta indudable es que Cánovas tenía amplios poderes de la familia Real desterrada, pero que, habiendo surgido desavenencias y una especie de dualismo entre el elemento militar y civil que fraguaban la conspiración, hubo un período, el último, en que Cánovas ignoraba todos los elementos que se hallaban á su lado. Puede sospecharse que después del de 3 Enero de 1874 dirigió sus esfuerzos por un camino que llevase á la proclamación en Cortes de D. Alfonso XII, y así se explica que calificase con dureza el hecho de Sagunto.

No bien se tuvo en Madrid noticias de la sublevación militar, fué preso el Sr. Cánovas; pero algunas horas después había triunfado la Restauración, y Cánovas, presentando los poderes que le acreditaban como representante del Monarca aclamado, entró á ocupar la Presidencia del Consejo de Ministros (2), hallándose aún en el extranjero D. Alfonso XII, en 31 de Diciembre de 1874; ejerciendo la dictadura hasta la llegada á España del joven Monarca.

Cánovas siguió al frente del Gobierno, y reunió una Junta de notables para redactar un proyecto de Constitución, el cual fué aprobado por las Cortes en 1876. Continuó dirigiendo los destinos del país hasta 1881, sin más interrupción que los efímeros Gabinetes presididos por los generales Jovellar y Martínez Campos. En este período de su vida

(1) Los Generales Jovellar y Martínez Campos estaban de acuerdo con él, y lo que se dice de haber calificado de *botaratada* el alzamiento de Sagunto, lo tenemos por inexacto. Pudo creer, y aun manifestar, en el seno de la confianza, que se había anticipado algo el movimiento, cuyo éxito procuró asegurar, con lo que realizó en Madrid el entonces Capitán general de Castilla la Nueva D. Fernando Primo de Rivera. Todo esto lo aclarará y puntualizará la Historia. Hoy no es tiempo todavía.

(2) Se formó el Ministerio-Regencia, que presidió.

política atrajo á la legalidad á buen número de carlistas; aplicó con rigor la famosa teoría de los partidos legales é ilegales; suprimió en los primeros días del Ministerio-Regencia una gran parte de los periódicos liberales, sometiendo á la Prensa á una legislación especial (1), y en suma, dió al partido de que era, y siguió siendo jefe hasta su muerte, un marcado tinte conservador.

Conocedor de la responsabilidad que asumía, el Sr. Cánovas aplicó con firmeza los recursos de una política que, sea adverso ó lisonjero el juicio que merezca, hay que reconocer que acredita el poderoso talento de su autor. No se le ocultó que el partido moderado carecía de razón de ser al ser destronada Isabel II, y que D. Alfonso XII necesitaba el concurso de aquellos mismos que habían enviado á aquella á la emigración. Para conseguirlo, formó rápidamente el partido conservador-liberal, no preguntando á nadie por sus antecedentes; tomó de las ideas proclamadas en 1868 lo menos que pudo: la tolerancia religiosa y alguna otra tímida libertad; respetó momentáneamente el sufragio universal, y por medio de él se eligieron las primeras Cortes convocadas por D. Alfonso XII, con lo cual éste recibió al cabo la sanción popular.

El Sr. Cánovas se hallaba convencido de que el militarismo era el principal elemento de perturbación en la política española, y por esta causa se propuso aminorar la influencia política de los generales. Bien es verdad que en cambio, para no comprometer el porvenir del Trono, rodeó á D. Alfonso de un grupo de generales de cuya adhesión se hallaba seguro.

El prestigio del triunfo era también necesario á la Monarquía, y Cánovas no perdonó medio para poner término á las dos guerras civiles que entonces existían: una en Cuba y la otra en la Península.

En el orden económico desarrolló, aunque sin exageración, el sistema proteccionista.

En sus relaciones con los demás partidos, declaró que para los enemigos de las Instituciones no había terreno dentro de la legalidad, y aunque vió con simpatía la formación del partido constitucional, hoy fusionista, se resistió tenazmente á su advenimiento al Poder, hasta que se formó la conjunción de los

(1) Hay mucha exageración, cuando no completa inexactitud en mucho de esto.

MERECIO A SUS CONTEMPORÁNEOS

se formaban
á los gene-
rales con las
fuerzas de la po-
pular para Espa-
ñas y Alema-
nia y esa polí-
tica, al matri-
doña María
que la ser-
negociaciones
so, el matri-
doña María

nes de 1883,
acaudilló su
andándose por
creciéndola,
tinos públi-
político emi-

idos fué de
la Corona,
el Consejo
so XII. Agi-
to: Alema-
llos días la
idosse preci-
or el Sr. Cá-
los atrás, y
rmo una ac-
ue aquellas
nio (1). Las
i contra la
a existía en
r reprimida
ofocaron las
as por los
o de la Uni-
del ejército
de que ha-
do republi-

ro á la opo-
desde ella
ovas á que
Regencia,
ergía del Pre-

1 y desconoci-

volviendo por dos ve-
rección del Gobierno
Cámara popular exi-
S. M. la Reina Regen-

Poco después de l
so XII, contrajo ma-
con doña Joaquina de
queses de la Puente y

Desde entonces ac-
fior Cánovas es demu-
da para que sea ne-
diremos que acreditó
de su voluntad y sus
bierno con motivo de
y demostró asimismo
político, aceptando l
dencia reformista, á
do tenazmente el pr
nial presentado á las
tro de Ultramar D.

Como la generalie-
nuestra Patria, el Sr
paña estaba llamada
alguna en Africa, y
Península Ibérica fo-
Véase lo que él mis-
puede ser todavía ur-
tal y marítima, unién-
te con Portugal, su
conquistando á Gibr-
y extendiéndose po-
Africa.»

«Cánovas del Casti-
grafos—figura con ju-
meros oradores polí-
oposición como en el
las discusiones de ma-
un adversario temible
bra. Una de las cual-
le caracterizan es s
para improvisar teo-
falsas, se ofrecen sien-
riencias. En sus prin-
era vehemente y gol-
el pupitre, por lo que
te frase de un periodi-
golpes. Su palabra, si-
rrecta, y en ocasiones
debe que sus discurs-
dos mejor efecto que
eucha.»

El Sr. Cánovas en-
de una vez intentó er-

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CAS

o concepto no logró jamás distin-
es al contrario, sus poesías eran
eriodistas otras tantas armas con
dian herirle. Además de las obras
citado al principio, y de un tomo
escribió los *Problemas Contemporá-*
ión de artículos y de discursos pro-
en el Ateneo de Madrid); *Estudios*
El Solitario y su tiempo; un prólogo
de Moreno Nieto; el de las de
de la Revilla; otra para una tra-
Lord Byron; el de la versión cas-
las *Oraciones escogidas de Demóstenes*,
radio Roda; una magistral intro-
a notable obra de D. Antonio No-
n, *Poetas dramáticos Contemporáneos*
otras. Desde 1859 era individuo de
a de la Historia y en 1865 ingresó
emia Española. También pertene-
ademias de Ciencias Morales y Po-
Bellas Artes de San Fernando, y
nte del Ateneo Científico y Lite-
adrid.

io Cánovas era caballero de la in-
del Toisón de Oro: tenía el gran
la orden francesa de la Legión de
las Águilas Prusianas, de la Coro-
Santos de Italia, y de las órdenes
ras de todos los países de Europa.
relativamente reciente no quiso
título de Castilla con grandeza de
le le fué ofrecido en premio á sus

IV

EL PAÍS

al epígrafe de *Duelo nacional*, publi-
e noticia de la muerte de Cánovas,
que reproducimos:

n desastre llena de duelo á la Na-
ola; una desgracia tan imprevista,
able, tan dolorosa, ya se mida por
eicia excepcional del hombre ilustre
dido la Patria, ó por las funestas
ias que pueda acarrear, que ante
desvanece el profundo sentimiento
ción que ha despertado en todo el
infame y villano asesinato que ha
sa.

ánovas del Castillo, Presidente del
Ministros, ha muerto en la tarde

del domingo he
disparadas sob
balnearia de Se
italiano, que pi
cia de muerte e
Montjuich por
cometido en Ba

Desde las p
circuló en la ci
sentimiento de
ra ansiedad qu
y del cual debe
rios políticos di
de la falta que
gencia, las gra
patriotismo del
mientras no se
que hoy la agol
ción ha consagi
su laboriosa y l
gantescos, com
había antes de
Patria, afianza
mientos conser
pafia de todas l
ria que no po
Pero accedienc
gional señor M
resuelto reserv
blicase oficialm
mos en nuestro
este número. /
nos autoriza p
nueva, en mon
vemos forzado
graves conside
desastre nacio
que hemos de l
ritos y servicio
tándonos á hac
tro homenaje
gran patriota,
que nos causa
conservador, ci
tros destinos j
necesaria. ¡Pa
á su nombre!»

De él tomam

RECIO A SUS

triste
 Cáo
 nda des-
 á la Na-
 ha dado
 estadis-
 alabanza
 s que ha
 rovas del
 D.
 ingen
 abomina-
 la Patria
 más pre-
 político
 estado en
 guerras
 olíticas ;
 lo el cré-
 ra de las
 o sortear
 s más te-
 diplomá-
 ión á los
 que tri-
 o.
 lel Casti-
 nal. Sus
 la Patria
 como el
 esfera
 tica ú
 grand
 que p
 virtuc
 vo, al
 merce
 admin
 que n
 pasion
 chand
 La
 mens
 algo r
 litera
 valia
 sible
 more
 condu
 librár
 Esp
 ce inhe-
 ástrofes,
 horas de
 apital la
 falta

la tribuna, lo mismo era académico, igual literato que hombre. Todo lo abarcaba el cerebro del caba de morir, produciendo hon- ración no sólo en España, sino en ones de Europa, donde su nom- o por el de uno de los más emi- stas de estos tiempos.

ica europea era un coloso; en el mayor, el único de su altura de Estado, y uno de los que más profundos conocimientos ateso-

hombre de inmensa valía en la i deja á todos mucho que admi- dadano, después de haber sido s años la figura más grande de española, el hombre de gustos tumbres modestísimas, ha muer- do con ello una lección severa los que creen que todos los po- por cuestión de lucro, y muere l, que tantos dió, demostrando rés no le atraía, tampoco la va- lsaba.

español, consternado y de rodi- dáver del ilustre político y emi- ta, con la ofrenda de su indigna- fíame del crimen, y de su llanto rable desgracia, recibe de todas icia del profundo pesar que la a producido.

interinamente de la Presidencia le Ministros el General Azcárra- de la Guerra, la Nación entera. el insigne organizador á conti- del patricio eminente, que cayó o mártir víctima de su patrio-

oso; pero su espíritu, su amor la España perdura y subsiste español; dispuesto á continuar ue durante los últimos años en- continuó con su valía y sus vir- Cánovas del Castillo.»

VII

ARIO DEL EJÉRCITO

dico, más militar que político, l propio motivo de la muerte de otable artículo que sigue:

La

«La mano al- tar la vida de llo, Presidente golpe de muer el hombre com la Patria; pe- nable.

Era D. Ant- ción del talent del patriotismo orgullosa de p hombre de Es parte de su ex ciles, cuando p bre el porveni esos seres aby- ciencia, ni rec- saciada su sed- tencia venera- bía hecho á la- entero á regir- tándolo de ir- fuerzas vitales, tellos de su in- noble.

No nos incur- bre que acaba el pináculo del ra línea por el res en el desar- Bástanos sabe maba su nom- de los legistas- ción de los Es- tanto alcanzat- cernía, aquel- saliendo entre gloria naciona- pañoles se inc- memoria todo- fial de duelo.

De duelo, sí- pero no de- grande y se a- dad, y mal q- vencer las difi- que se desenci- desgracias.

Prueba de e- que está dand- sentándose co-

QUE MERECIO A SUS CONTEMPORANEOS

1, sin que las no-
la acusen la más
social, á no ser la
to y de llanto por
a.

de que las nacio-
pa como de Amé-
mentos su respeto
Soberano, á nues-
niño, esperanza
ante interino del
a, acentos de ver-
ores de nuevas
o en el concierto
as energías y de
cipios de nuestro

! ¡Ha caído un
ído, pero el vil
arse de que esa
s á otros torren-
ueroso y ruin ex-
nvencido de que
ceros de los mal-
edificio de nues-
eza.

iendo su deber!
ol, del que en vi-
Antonio Cánovas

FAMILIA

s que hemos po-
á la víctima de
ue publicamos á

tillo.

ieva infortunada
noche del domin-
lunes se repetía
ámbitos de ésta
infausta de uno
de la edad pre-
ino de Europa y
firmación en las
anto, el silencio
sa alguna, y por
sas á la protesta

enérgica que deben levanta-
rados, cualquiera que sea si
porque si el crimen es in-
inmensa y dolorosa ha de
cuando el que resulta vícti-
política, intelectual y mora-
fe del partido conservador
sidente del Consejo de Mi-
mo señor D. Antonio Cán-
ovas

Como el inolvidable G-
desempeñaba también la Pr-
sejo de Ministros y se hal-
la empresa honrosa de re-
para Cuba y la gloria para l-
novas ha sucumbido por
infame de un asesino, gu-
más reprochable: el fanati-
que arrebataron la vida e-
dro II y en Francia á Sadi-
quisieron destruir en Italia
Rey Humberto I, y en to-
cometido friamente crimen
la conciencia universal ha
y reprobación; esos que n-
religión, ni sentimientos, y
ras salvajes de los bosques, l-
tra Patria el luto con el fer-
ha sido víctima el insigne
orador, el escritor de talla
Antonio Cánovas del Castill-

Ante la enormidad del c-
consternado, no tenemos ali-
todo lo que quisiéramos y se
político de más altura que l-
ña en el presente siglo. Cánc-
obras. A su talento, á sus gi-
de energía, á sus dotes de
labra, á sus escritos, á sus i-
vicios á la Patria, debió su
Su primera obra política f-
grama de Manzanares, que
de Vicálvaro al General O'I-
tima obra el novísimo plan
Cuba, con el que previsoramente
paña la administración pol-
de este país, abriendo nuev-
hijos para que, al cesar la-
nos destroza y aniquila, pue-
empeño á la empresa de rec-
za perdida y de disfrutar de

(1) El programa de Manzan-
después de la acción de Vicálvar

tades bajo la égida de la bandera nacional, sin la que, crean y digan lo que quieran los empedernidos ilusos que la combaten, no hay porvenir ni esperanza para Cuba, que marcharía á la desolación y el caos.

En el espacio de cuarenta y tres años que media desde el encumbramiento de la unión liberal á las esferas del Poder, en que surgió la figura de Cánovas con luz propia en la política nacional, hasta el día en que ha desaparecido, rodeado de prestigios y consideraciones, por virtud del más infame de los atentados, el gran estadista ha ocupado los más altos puestos en las esferas del Gobierno, siendo no sólo una garantía para las clases conservadoras, sino también para la libertad política. Cuba le debe las iniciativas reformistas en el Gobierno, antes de la revolución de Septiembre, y el último gigantesco paso dado hace pocos meses en favor de la paz, que tiene que conquistarse y se conquistará, porque los grandes empeños nacionales no se interrumpen por la pérdida de un hombre, siquiera tenga las altas condiciones que el Sr. Cánovas. Lo que la Patria le debe en todos sentidos es tanto, que su enumeración no cabe en los límites de un artículo destinado, más que á enaltecer sus glorias, á llorar su pérdida.

Fué Ministro, académico de la Lengua, académico de la Historia, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, jefe de un gran partido, Presidente de un Ministerio. Pudo obtener los más grandes honores y no los quiso aceptar nunca, porque su honor más grande era llamarse Antonio Cánovas del Castillo. ¿Ni qué distinción mayor cabe que la de llevar un nombre de universal resonancia, por todos respetado, por todos enaltecido, al que la Historia hará justicia con su inapelable fallo?

Ante la tumba que se abre para recibir sus restos nos inclinamos con respeto profundo é inmenso dolor, porque nuestro duelo en estos momentos es el duelo de la Patria. »

IX

EL CENTINELA

Diario éste defensor de la Guardia civil, de la nacionalidad y de intereses generales, consagró á la muerte del Sr. Cánovas, en su número correspondiente al jueves 12 de Agosto

de 1897, el artículo que insertamos á continuación:

Condolencia nacional.

« ¡Españoles, llorad!

Un miserable asesino, cuya madre habría hecho mucho bien á la humanidad ahogando en el acto de dar á luz al fruto de sus entrañas; un asqueroso italiano, vestido quizá con el repugnante sayo del anarquismo, acaba de asesinar traidora y alevosamente á tiros, en los baños de Santa Agueda, al ilustre Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo.

No ha asesinado ese espúreo extranjero á un hombre más ó menos importante en la política internacional: ha derribado todo un sistema social, el sistema venerando de los prestigios nacionales y el tronco más robusto del árbol tradicionalista de nuestra adorada Patria.

Encarnaba el ilustre difunto el génesis de la moderación política, y su genio sapientísimo y previsor se impuso en los trances más apurados de su vida pública á los más trascendentales acontecimientos, imprimiendo á los elementos que acaudillaba el dogma de sus arraigadas convicciones y el sello de su superioridad gubernamental á sus adversarios ó contendientes de todos los órdenes.

España ha renacido de sus cenizas, como el ave fénix, en estos treinta meses últimos, porque la presencia del Sr. Cánovas le dió vida y calor desde la Presidencia del Consejo de Ministros.

El mundo entero quedó admirado de nuestro vigor nacional, cuando el malogrado Cánovas, insiguiendo la ruta trazada por sus tradicionales costumbres políticas, quiso oponer y opuso á las catástrofes de Cuba y Filipinas el freno vigoroso de 225.000 soldados completamente provistos de cuantos elementos modernos necesitan las guerras de la época actual.

Todos los obstáculos se allanaban ante la mágica palabra del primer estadista de España y quizá del orbe entero. Su voluntad indomable era una ley sancionada de antemano por la masa más rica de la Nación. Su ilustre figura era la encarnación viva, transparente, de la confianza pública, y el estorbo, la sombra negra y el coco de cuantos enemigos nos rodean.

En los diversos conflictos surgidos con el Go-

RECIBO A SUS CONTEMPOR.

en mala
no sabe-
efecto,
las difi-
gía agri-
o poner
tigio de

las cen-

tellas forjadas en el jingoísmo norteamericano y el muro indestructible donde se estrellaron siempre las envenenadas flechas de la oposición sistemática local.

Con tan invicto malagueño al frente del Gobierno y del partido conservador, nervio el más sano y robusto del organismo nacional, del cual era su cabeza directora; con tan ilustre malagueño al frente de nuestros destinos, nada teníamos que temer de nadie, pues bastaba una voz de mando ó una llamada de tan ilustre estadista para que quedaran al punto orillados todos los conflictos y salvadas todas las dificultades.

Hoy no sabemos á dónde iremos á parar, dada la cobarde villanía cometida por un miserable asesino, que ni aun le queda el recurso de invocar agravios políticos ni personales, y dada también la ambición desatentada de cuatro politicastros que aspiran á subir al Poder.

Por-ahora no son inmediatos los peligros, puesto que S. M. la Reina ha tenido á bien conceder la Presidencia del Consejo de Ministros con el carácter de interino al dignísimo General Azoárraga, quien no dudamos se inspirará en las sabias teorías del que fué su ilustre jefe; pero fuerza será confesar, aunque con el mayor dolor, que no hay en España moldes para fabricar otro Presidente de la talla de D. Antonio Cánovas del Castillo.

El golpe, pues, ha sido terrible, trascendental, y no puede haber persona alguna que de español leal se precie que no lo sienta como asbestado en su propio corazón y que no derrame amargas lágrimas sobre la tumba del que en los estertores de la agonía todavía consagró sus últimas frases al ara santa de la Patria.

La infausta noticia se recibió por cable en esta capital á la una de la madrugada del 9 del corriente, y al circular con la rapidez del

meteoro por todos una conmoción prof y de sobresalto, inv dando lugar á que l media docena de pu

El público, falto caso, dió pábulo á l to, viendo desde los no ensangrentada d ilota elegido como u lión cubana.

Cualquiera de est sibles en los actual otros, por no desce nuestros enemigos e les la gracia, que ellos en igualdad de narles de responsab gico y desgraciado s no tengamos datos j tren su complicidad.

Pero sea como fu ó fruto de los impote el asesinato de D. A tillo clama ejemplar que sin duda son mu en la sombra del m continuación de crín ga serie que registr nea, y en cuyas sini mo materia abonad clases privilegiadas tes de la representa

.....
.....
.....
.....

Séale la tierra lev á la hidalga nación dra, desde la tribu elevado de la magis maldición eterna c frente de ese vil ita Erostrato, sólo pud de duelo los corazo

A continuación p otros muchos peri del Sr. Cánovas del

ISLA DE PUE

PERIÓDICOS DE L

I

I

LA CORRESPONDENCIA DE PUERTO RICO

El 9 de Agosto, día siguiente al del asesinato del Sr. Cánovas, el periódico de la capital así titulado, publicó lo siguiente:

Última hora.—Desagradable noticia.—Asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros.

«Desde hoy á medio día empezó á circular una grave noticia, á la cual no quisimos dar crédito; pero que, desgraciadamente, ha resultado confirmada.

He aquí el cablegrama recibido hoy en este Gobierno general, cuya copia obtuvimos después de haberse empezado á compaginar *La Correspondencia*.

«El Sr. Cánovas del Castillo ha sido asesinado en los baños de Santa Agueda por un italiano. S. M. la Reina ha nombrado Presidente del Consejo al General Azcárraga.»

Nada más dice el despacho en su frío lacerismo, pero las personas que tienen conocimiento del hecho, se inclinan á creer que esta sea una nueva terrible obra de los anarquistas.

Con la muerte del Sr. Cánovas del Castillo pierde España uno de sus más distinguidos estadistas, y es seguro que hasta sus propios adversarios han protestado enérgicamente de tan criminal suceso.

Permita el cielo que ese hecho que deploramos de todo corazón, no traiga dolorosas complicaciones en la manera de ser de la política española.»

* * *

El mismo periódico, en su número del día siguiente, 10 de Agosto, escribió lo que sigue:

«1

ases
peri
nist
insig
Nac
tan
enéi
cept
posi
hom
hast
mon
sus
plici
una

¿G
La

ser i
to y
Rein
fuer
ción
cia c

Lo
nas
un C
ment
gene
vieja
ramc
la r
está
zas F

Se
tard
muy
estar
hora
desa
cons

ECIO A SUS

ue go- tales
 io pue- esfe
 nos en pue
 ctuales un p
 te e
 s enér- Si
 lico de igua
 pañola, mó
 ristina, ber
 olver el en e
 venido rant
 uyo di- un g
 te h
 zab
 índ
 cho
 por
 que
 blicó el disc
 ra g
 espl
 E
 tan
 ciando un
 : Santa exa
 illo, el trac
 y pro- orga
 E
 cons
 día 11, sim
 á con ffil
 pati
 sion
 nific
 anh
 E
 rticipar infe
 , el se- arm
 tros ha ten
 : Ague- pan
 H
 . Cáno- atro
 in aten- aqu
 noticia So
 vitar la al T
 rbación país
 para
 ie ayer con
 su
 'tico es su
 españo- R
 tido
 n gran dire

aquel valiente luchador ha sabido vencer cuanto obstáculo se le ha interpuesto en su camino desde que tomó las riendas del Poder, y no se olvide tampoco la repetición con que el mismo Cánovas del Castillo consignaba que no había conocido, ni era dable que existiera, situación política tan anómala y llena de dificultades como la que él venía dominando.

Al plantear á la Corona la cuestión de confianza, después del incidente motivado por el Duque de Tetuán, pensó que la Nación podía prescindir de su concurso, retirándose á la tranquila vida del hogar, donde, según él manifestó, le esperaban más de 300 libros nuevos, cuyos epígrafes ni había tenido tiempo de examinar.

Pero la Nación le llamó otra vez, y de entonces acá un infame sin conciencia, en pago de su sacrificio, acaba de asesinarle.

¡Triste é inesperado fin aguardaba al ilustre Cánovas del Castillo!

El vacío que deja su muerte es muy grande; el crimen de que ha sido víctima constituye para nosotros una inmensa desgracia; pero el varonil esfuerzo, la energía, el ardor, el espíritu de aquel gran hombre es inmortal, vive y vivirá siempre. La majestuosa figura que ha desaparecido será la misma, que nos infundirá á todos la firmeza necesaria y el ejemplo claro y eterno de que la fuerza de la voluntad torna en pequeños y despreciables los que á primera vista son gigantescos é invencibles peligros, y de que por complicados que aparezcan los problemas que agiten á la Nación, la serenidad

y la intel en loor y

Pasado dignación afirmar qu con el Sr. la perfecc pueblo, se ciones más para conti sabia doct existe.

Si S. M cambio de también s actuales c que eligie. berales, n tibles con conformid atrás con partido co estar de antepona las del pa los hombr se llame e

Por con nos ocupa ojos de to tud de la j trarnos, c para segu tos que tr cional.»

PERIÓDICOS DE P

I

LA DEMOCRACIA

El día 10 de Agosto escribía lo que sigue:

D. Antonio Cánovas.

«Ayer fué un día triste para todos los españoles.

La muerte de un gran estadista, en cual-

quier circ Estado.

Pero si la desgra presión re

El jefe ne. Se le del país.] altura. Cc conocía si

Frente :

El primer Ministro en ofrecer su pésame fué el Embajador americano, habiéndole felicitado por ello Mr. Sherman.

Mr. Woodford, al tener noticia del hecho, enmudeció, y pesaroso pronunció frases de simpatía para España.

* * *

Todavía el 16 de Agosto publicó lo siguiente:

(V í A

«Un despacho
dres comunica
español estaba
celebrada por
Julio se resolvió
del 15 de Agosto
del mismo mes

ISLAS FILIPIN

PERIÓDICOS DE MANILA

I

EL DIARIO DE MANILA

Precedido de un gran retrato del Sr. Cánovas, publicó el 9 de Agosto, día siguiente al del asesinato de aquél, entre señales de luto, un notable artículo, del que copiamos lo siguiente:

«El eximio hombre público D. Antonio Cánovas del Castillo, honra de la Naturaleza y gloria de la Patria española, que le dió cuna, ha sido agredido vilmente en el día de ayer por una mano extranjera, salida del anarquismo.

No resta esperanza alguna de salvación: murió ayer. ¡Cuánto dolor! ¡Qué prueba tan dura para España en la interminable serie de sus amarguras!

Parecían agotadas sus lágrimas. Pues ahora brotarán á raudales, filtrando el duelo y la desolación y las inquietudes políticas por todos sus dominios.

Aquel cerebro excepcional, aquella voluntad indomable, aquel manantial de puro y elevado patriotismo que hicieron por la Nación española en veinte años de poder más que todos los hombres de gobierno que le precedieron en todo un siglo, ya no son. No

habrá tierra para
Ciencias, artes,
ría, en fin, en
todo ha quedado

Nadie lo lloró
mujer que le en
los encantos de
tido político que
ninguno, seguía
miración como
Instituciones ni
firme pedestal
derecho al egoísta
era algo más que
lítico y sostenido
con él desaparece
más refulgente
arrancarlo violenta
zón nacional española,
ha sumido en
dolores inseparables

No hay tiempo
para pintar un
Cada español herido
cro, y con los años
tile, escribirá la
grandeza que gozaron

¡Paz á esos
men! Pero no se
novas no ha m

Ot

ti
ar.
y
ona
bro
ina
n!

ant
ngu
pr
rim
qu
o, l
ma
o a
. .

r ú
os .

de
y
su
El
nt
y
de
he
á

ho
ve
en
Pa
qu
y
co
só
de

pro
bli
stil

II

LA OCEANÍA ESPAÑOLA

Ocupóse también, el 10 de Agosto, de la muerte del Sr. Cánovas en la forma siguiente :

Desgracia nacional.

«Un telegrama oficial dirigido por el Gobierno de la Metrópoli al Capitán general de este Archipiélago, y otros recibidos por empresas ó particulares, hicieron saber, poco después del medio día de ayer, que el Presidente del Consejo de Ministros, Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, había sido víctima de un bárbaro atentado anarquista, pagando con su vida tributo á la saña del criminal.

Tan infausta como inesperada nueva cundió ayer tarde rápidamente por todos los círculos y todas las clases de esta capital, produciendo en unos y otros la natural y consiguiente consternación y haciéndose sobre ella los más vivos y sentidos comentarios allí donde se iba recibiendo.

Que la noticia de la muerte violenta del Sr. Cánovas del Castillo produjera ayer en Manila tan honda y dolorosa impresión como produjo, á nadie habrá chocado, pues si en cualquier circunstancia el fallecimiento de tan eminente hombre público podría haberse calificado de gran desgracia para la Nación española, en los azares del presente, y ante la incertidumbre del porvenir, la pérdida del ilustre estadista adquiere aún mayor importancia y significación, hasta revestir caracteres de catástrofe para la Patria.

Hombre D. Antonio Cánovas de grandes talentos, de profundos estudios, de una gran entereza, de perseverancia sin ejemplar y de patriotismo nunca desmentido y mil veces aquilatado, á él debe la Casa reinante en España la ocupación del Trono que fué arrollado por la revolución de Septiembre y ahora, el hijo de aquel malogrado Monarca que tan poco tiempo ocupó el solio de sus mayores, el haber hecho frente con fortuna á las múltiples adversidades que, desde dos años á la fecha, vienen azotando á nuestra augusta Patria.

No es posible hoy, en presencia de los acontecimientos que se sucedan vertiginosamente, de los varios aspectos que ofrecen las

cuestiones internacionales, trueno con que se acuchan, juzgar aún de la gestión del Sr. Cánovas del Gobierno que ahora seguro que cuando después de la paz y pasadas las aseados los ánimos, se del juicio y se considere tico imparcial el pasado, su valor la política seg circunstanancias por el in un modo tan alevoso aco

No nos desataremos aq el anarquismo y sus secu na en estas sociedades jó ni puede prender ese ger misión se reduce á con que aflige á España, que españoles, y á exponer, sean igualmente apreci más sobresalientes mérit el Sr. Cánovas del Casti

Este lo era todo ; su los estudios más distan dad le había dado una así, cuando quiso sobres cuando se le antojó en cultivó la Literatura, f Como político, no pue elogio sino que su nomb te unido al de la Histori últimos tercios del siglo

¡ Que la Providencia r que pueda asumir en es renidad, entereza y pat las responsabilidades q Excmo. Sr. D. Antonio

••

El mismo periódico, de Agosto, daba cuenta penoso dolor, de sentir general como sincero, q Manila el trágico fin d Estado Sr. Cánovas del

«España entera—deci la pérdida de uno de su de aquel que ha puesto patriotismo, al servicio to y prosperidad todas l las energías de su volu toda una existencia de

D. Amadeo trató, sin conseguirlo, de atraerse á tan importante hombre, que había recibido la representación y plenos poderes de Don Alfonso XII, de cuya causa era decidido partidario.

En la actualidad, ¿quién que no hubiera sido Cánovas hubiera conducido á España á hacer lo que España ha hecho, á asombrar al mundo?

No tenemos autoridad para hacer por nuestra cuenta el retrato de tan grande hombre, y por esto, y para darlo á conocer, recurriremos á la hábil pluma de un escritor en política, enemigo del biografiado, el Diputado fusionista D. Teodoro Baró.»

(Cópianse á continuación algunos párrafos de dicho trabajo, reproducido ya en otra parte de esta obra.)

V

EL PORVENIR DE VISAYAS

El viernes 13 de Agosto publicó lo que sigue:

Una desgracia nacional.

«De tal hemos de calificar el luctuoso acontecimiento que con pena profunda y dolor inmenso nos participa el telégrafo, ocurrido en Santa Agueda al notable estadista español y la figura más saliente de la política contemporánea, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Eran tantos sus prestigios y tan claros sus

talentos, y á las
tría y á las
tiempos q
que atrav
comienzos
sus mayor
feliz mem
hondo pes
les que se
á los recu
más precl

Hombre
por los má
política...
propios y
inspirará

Descans
bre de go
parlament

En su n
D. Antoni
bién algun
tificándolo
en el hori
poránea, y

«Nuestr
sinceros, c
to ni del
convencim
valer que
política y
Trono de
¡Descan

UNDA PAR

EXTRA

ECCIÓN PRIMERA

ia y Austria-E

ALEMANIA

ord, del 10 de
del Sr. Cáo-
ando los prin-
de dicho hom-
a la gravedad
experimenta-
añadía—el or-
ción provoca-

hido reunir de la
tiempo transcurri-
novas del Castillo
Después de Fran-
sólo los periódicos
na revistas sema-
gualmente se pu-
era podido obte-
lo deseado,—úni-
ricana, Argentina
go completos.
obra, se han acu-
añía y de las que
ias españolas, y,
odido obtener de
retaña, Italia y
ucio del que me-
pretensión de re-
brección del libro
la menor proba-

y dejamos para

da por el odios
mismos órganos
de expresar su
men ni de enca-
que Cánovas ha
perarse que el
los partidos esp
rrección cubana
dificultades crea
hombre de Esta
pañola, haciend
colocar en todo
fonso XIII la C
el momento de

Le Vorwaerts, ó
«No tenemos
bamos ese atent
vas), como repr
atentados políti
mas de cocodril
Cánovas, dejam
estén pagados p
chan cualquier
de excepción co

(1) Podrá sucede

que hacen poco cómoda la vida de sus patronos los grandes fabricantes.»

* *

La *Germanie* no dudaba que el autor del atentado de que había sido víctima el Sr. Cánovas fuese instrumento de los anarquistas, que le habían encomendado tan lúgubre misión.

* *

El *Imparcial* del 13 de Agosto de 1897 publicó un telegrama de Berlín, de su corresponsal Kelbe, fechado el 12, diciendo que la Prensa alemana se manifestaba hostil á España, distinguiéndose en esta campaña la *Gaceta de Colonia*, tratando del asesinato del Sr. Cánovas. La *Epoca* del 17 del mismo mes desmintió semejante aserto, diciendo que los periódicos alemanes, muy al contrario, habían dedicado frases del más profundo respeto y de la mayor consideración hacia el eminente estadista. Y en efecto, leyendo el artículo que transcribimos á continuación, de la *Gaceta de Colonia*, y otro del 19 de Agosto, protestando de tal especie, se ve que *La Epoca* tenía razón.

KOLNISCHE ZEITUNG

RIVEITE MOXGEN-AUSGABE (1)

En su número del 11 de Agosto de 1897 escribía, en sustancia, lo que sigue:

«Siempre hubo en Cuba gentes revoltosas y desórdenes, tan difíciles de evitar, como son los planes anarquistas en España. En tales conceptos se inspiraban nuestras manifestaciones públicas, precisamente en los días en que era asesinado el Presidente del Consejo de Ministros español, y las mismas que sobre la situación de Cuba agitaban la mente de dicho señor. Ni aun siquiera sospechaba entonces el Sr. Cánovas que pocos días después había de experimentar en sí propio la realidad de tales pensamientos, siendo él mismo una de las víctimas de los asesinos anarquistas, destructores de aquella potente actividad consagrada á su Patria; con esa víctima bajó al sepulcro el sostén más poderoso de la dinastía actual, un gran estadista, un sabio de significación relevante en la Litera-

tura é Historia patrias, á que por distintos caminos se dedicaba.

Desde humilde condición habíase poco á poco elevado en Málaga, donde había nacido el 8 de Febrero de 1828, y después en Madrid, hasta tomar asiento en las Academias literarias y científicas. Y una vez conocido allí su nombre, é interesado ya en los mares de la política por sus conocimientos y brillante elocuencia, que como andaluz casi le era conatural, fuéle muy fácil crearse la situación tan importante de que gozaba. Positiva cosa es hoy y muy útil, y más aún hace cincuenta años, para un español político, poseer una elocuencia arrebatadora del auditorio. Y la del señor Cánovas, estando en voz, era majestuosa; y tal, que causaba admiración á los contrarios, no sólo á causa de su palabra armoniosa, sino por la riqueza y profundidad de los pensamientos. Así que una tal personalidad no necesitó mucho tiempo para manejar ventajosamente las delicadas riendas de la política, y esto sin sorpresa de nadie. Redactor, no largo tiempo, del diario *La Patria*, del partido conservador, ya en 1854 era Diputado del Congreso, y unos años después, Ministro repetidas veces. Durante el período republicano, hubo de ceñirse á proteger y preparar la subida al Trono del Rey Alfonso XII. Dedicóse á tal empresa con grande celo, hasta lograr, en Diciembre de 1874, el apetecido resultado de sus trabajos, viendo sentado al Príncipe en el Trono español, conforme á sus deseos.

Dicho Príncipe, ya Soberano, le nombró, agradecido, Presidente del Consejo de Ministros, y á su actividad debió la Monarquía, felizmente, salvar todas las dificultades y peligros. Con su esencial cooperación fué establecida, el año 1876, la nueva Constitución, en la que, generosamente, hubo de sacrificar algunas de las conquistas liberales. La más sensible en esta parte fué la limitación de la libertad religiosa, que la República había concedido plena á los españoles, después de grande lucha y oposición popular.

Había entonces pronunciado Echegaray en las Cortes un discurso en pro y defensa de la libertad de cultos, que es tenido por el más glorioso himno de este derecho en el mundo de la literatura, según el cual, un pueblo que aclama gozoso el suyo, no puede obrar de otra manera, sino permanecer constantemente en el terreno del libre examen. Pero Cánovas re-

(1). Se le supone órgano del Gobierno Imperial.

A SUS CO

r tica, ocu
d ra su tra
Y cuando
el Porque,
1, política,
3- á las se
a Presiden
cuestion
o citadas
e lo halla
e des parl
3- grato re
a cibimier
o Andaluc
3- Pero
1- ca bibli
1e mismo r
3- to patri
e sa que
1- indepen
o cunstan
sejero y
. como pi
a deseaba
la dejando
i- aquella
a después
o pasar la
ia realizar.

Al ex
1- de medi
i- cia y de
3- años en
3- bigote c
1- cara afe
1, señales
13 riódicos
3- que á ns
y solemne
le diéramo
a alemán
1- dista y l
1- La mu
1e tido pé
1- él solo t
l, ta, que
3- fiol, y e
e do de cu
a mo: «e
n novas n
11 Bismarc
1, hombre
i- en sabe

actual en el mundo, sin hacerse ilusiones sobre el particular, si bien no comprendió á cuáles conflictos pueden conducir las medidas de una regeneración violenta. Todo lo cual no le impidió hacer por la Patria el mayor bien que pudo en el exterior.

Sus esfuerzos para resolver la cuestión de Cuba se hallan aún tan á la vista, que no hay necesidad de mencionarlos siquiera. No se puede probar que estuviese preferentemente inclinado á Alemania, de cuya verdad puede ser testimonio la lucha evitada de Las Carolinas y la posterior justificación del tratado comercial de ambos países. Sin que todo esto

sea obstáculo para con buena justicia. La forma bió D. Antonio Cánovas inspira en nosotros hábito de consideración

*
La *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*; la *Allgemeine Zeitung*; las *Amberger Nachrichten*; los grandes periódicos de artículos semejantes, y el anterior, contra lo que el *Imparcial*.

AUSTRIA-HUNGERIA

Según noticias recibidas de dicha capital, única cosa que hemos podido adquirir, los periódicos de la misma expresaban el día 9 de Agosto el horror que había causado allí la nueva del asesinato del Sr. Cánovas, de cuyas

cualidades hacían to

La *Nueva Prensa*, un á causa de ese atentado situación difícil en su F en vísperas de graves

FRANCIA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE F

I

JOURNAL DES DÉBATS POLITIQUES ET LITTÉRAIRES

Este notable y antiguo periódico de París—pues cuenta ciento doce años de existencia—consagró su primer artículo de fondo del número correspondiente al 10 de Agosto de 1897 al asesinato del Sr. Cánovas del Castillo. No fué de los más adelantados en la noticia; pero lo hizo en términos tan benévolos

para la víctima, como leyendo lo que se contin

«Este trágico suceso afectará á todos los amigos que, partidarios ó adversarios de Estado que aca pueden escatimarle ni simpatías, viene á resaltar extrañamente inesperados en diferentes países por la política de algún tiempo contra lo en efecto, que el anarqu

/ M

orá
ntre
hec
ster
o. e
. .
. .
end
bert
es t

e el
o'de
y p
a v

. .
. .
not
ño
pañ
is o
que
á la
Fil
la c
Sr.
e lo
s d
ajus
rte
nón
afia
mei
iso

. .
. .
. .
.

uelt
mak

as h
in t
as
a pa
nad
el c
esi
qu
los

les un ideal más elevado que el que hasta entonces habían seguido, por serles aquél casi completamente desconocido. Vióse á los liberales, influidos por el espíritu político que irresistiblemente había hecho prevalecer, renunciar á sus hábitos de triquiñuelas religiosas y entenderse con el Papa, cuando llegaron al Poder, sobre la cuestión del matrimonio civil, que había provocado tan sangrientos desórdenes en España. El Sr. Cánovas, restaurando el concepto de la idea de gobierno, había llegado á hacer de sus adversarios un partido gobernante, que pudiera alternar con el suyo en el Poder sin comprometer la organización política perseguida por este grande hombre de Estado. »

« Pero si alguna cosa puede consolar á la Nación española de la pérdida sufrida por ella, es que la obra de un hombre como Cánovas traspase singularmente los límites de su vida, permitiendo las circunstancias que aquella sea continuada sin la menor interrupción. »

«La muerte de Cánovas no parece, pues, deber impedir en la política española ninguna solución de continuidad, singularmente en la obra en que estaba empeñado en los últimos días de su vida: aplicar toda la energía á la conservación del dominio colonial de España. Nosotros sabemos las esperanzas que esa muerte ha hecho nacer. No pocos, sobre todo en los Estados Unidos, se imaginan que el Sr. Cánovas representaba casi solo la política de resistencia á todo trance contra el separatismo cubano. En esto conocen mal los sentimientos de la Nación española, unánime sobre este punto, y las tendencias de sus hombres políticos.»

«El pueblo español, llorando al hombre de Estado que acaba de perder, no abriga el temor de que su desaparición comprometa la causa á que estaba consagrado. El impulso que dió á su país es demasiado vivo y demasiado hondo para que se pueda detener ó interrumpir al mismo tiempo que su vida. La carrera del Sr. Cánovas entraña, en suma, un nuevo rumbo marcado á su país, modernizando el espíritu caballeresco que lo había siempre ca-

racterizado; su obra le constituye una renovación paña.»

11

LE MONITEUR U

GAZETTE NATIONALE

Notable y antiguo periódico (su fundación data de mismo modo, en igual día de la muerte del Sr. Cár atención sobre la coincidencia allí el mismo día en la sala du Château d'El sión celebrada por los an tando que los periódicos r fiana tuviesen la triste au memoria de aquel hombre sus restos aún calientes.

En otro artículo, consagrate á la muerte de Cánovas, nato del mismo había caído profunda, mezclada de indignidad de tan horrendo crimen. Los anarquistas han querido veracidad con que fueron tratada del atentado del 9 de Ju-

«Este acontecimiento—
realizado en las circunstancias
El Sr. Cánovas del Castillo
en la actualidad el único ca-
Era, en efecto, un hombre
de las más singulares pre-
ser cobardemente asesina-
voluntad, una alta intelligen-
cias principales. Por con-
trario y muy entero en su
trieta, jamás se amilanó a

A continuación publicaba del Sr. Cánovas, y por último del día 13, entre otras cosas *La situation en Espagne*, el Sr. M. J. Valfrey, del cual transcribo los siguientes:

• El asesinato del Sr. Cárquista italiano, es un cr

Europa, y nos-
cho con docu-
i el crimen es
que ha sido
la atención y
biernos civili-
nal revolucio-
exagerar pa-
drama del 8

En su número del 10 publicó varias noticias sobre el trágico suceso antedicho, é impresión producida por el mismo en Madrid y en el extranjero, y al siguiente día, ó sea el 11, reprodujo un artículo de *La Pañ Mall Gazette* intitulado *De Carnot á Cánovas*, diciéndo que la muerte del primer Ministro español priva-
ba á España y á la Monarquía constitucional de un buen é inteligente servidor.

* * *

.....
.....
olsa saludó la
, por la espe-
res del mismo
ndas, ya fuese
con el Gobier-
vorables á su

En los días 12 y 13 se limitó á dar noticias relacionadas con la muerte del mismo, y á cen-
surar el acto del Gobierno francés de expulsar como anarquistas á los Sres. Tarrida del Mármol y Planas.

IV

LA LIBRE PAROLE

sa, á pesar de
ocado grande-

vas no repre-
personal, co-
nbre de Esta-
s aspiraciones
, dos años, no
ificio para la
ilitar empren-
os.»

Como *El Nacional*, se ocupó del triste suce-
so á que nos venimos refiriendo en su número del 9 de Agosto, poniendo en gruesos caracte-
res á la cabeza del mismo: *L'assassinat de Cánovas*.—*Vengeance anarchiste*. Insertaba después los despachos y noticias recibidas de Madrid, y bajo el epígrafe *La carrière de M. Cánovas*, publicó unos datos biográficos del mismo, á cuyo final decía que Cánovas no era tan sólo uno de los políticos de más talla de su país, sino además un distinguido literato, cuyos trabajos históricos y literarios le habían abierto las puertas de las Academias de la Historia y de la Española.

* * *

anteriores, y
, según se lla-
el 9 de Agosto
as, publicando
áficos del mis-
labras siguien-
illo, Presiden-
, un verdadero
ncia y energía
ciadas. Nunca
cioso concurso
, en que Espa-
ción.»

En el día inmediato, escribiendo, también á la cabeza, en gruesos caracteres *La mort de M. Cánovas*.—*L'histoire d'un crime*, publicó el retrato de la víctima de Santa Agueda; á continuación un artículo titulado *Les conséquences d'un attentat*, en el que, ocupándose del ¡viva España! que en los momentos de su agonía se atribuye á Cánovas, decía:

«Permítasenos pensar que esta exclamación suprema no fué solamente la última manifestación de un patriotismo ardiente, sino que pudo ser también la expresión de una profunda angustia, y á modo de acto de contrición.

En toda su carrera política, el Sr. Cánovas estuvo inspirado por un amor sincero, vigo-
roso, absoluto, hacia su país. Amaba á Es-

pañía como los españoles saben amar, con amor obstinado, ardiente. De aquí sus éxitos y sus errores.»

«Restableciendo en España la Monarquía constitucional, que volvió á traer durante un período la paz y la armonía, prestó á su Patria el más grande de los servicios; podía haber hecho todavía más: devolverle la fuerza y la prosperidad de otro tiempo (1). Para esto le bastaba ser un hombre moderno, tener alguna conciencia de las ideas y de las necesidades de su tiempo.

Desgraciadamente, el Sr. Cánovas, sincero patriota, hombre honrado y recto, era extremadamente autoritario, lo que llamáramos en Francia un reaccionario feroz.»

* *

Ocupábase después de la política de Cánovas en Cuba con manifiesta injusticia y error, que suponemos habrá rectificado después su autor, M. A. de Boisandré, á quien recomendamos la lectura de la Prensa norteamericana de los mismos días en que escribió los párrafos transcritos.

* *

Al artículo de que acabamos de hablar sigue otro titulado *La genèse d'un crime*, de que no queremos ocuparnos, por suponer que la sangre se venga con sangre y que la muerte de Cánovas era consecuencia lógica de la que había hecho derramar, contra toda verdad ó exactitud, en Barcelona.

* *

El jueves 12 de Agosto *La Libre Parole* publicó un nuevo artículo sobre *L'assassinat politique*, firmado por M. Edouard Daumont, en el cual, tratando del atentado contra el jefe del Gobierno español, decía:

«En cuanto á Cánovas del Castillo, quedará, yo no lo dudo, como una de las grandes figuras de la España contemporánea. Tenía su manera de ver como Golli, con la diferencia, naturalmente, que puede existir entre un hombre de Estado dotado de admirables cualidades y un instintivo ó impulsivo, que le hacía no vacilar en la tortura y en el derramamien-

to de sangre para hacer triunfar una política que él creía buena para su país (1). Es probable que Golli y sus camaradas fueran todavía más feroces que Cánovas, siendo ellos los señores; pero lo cierto es que Cánovas no era blando.»

* *

En su número del 13 limitóse á dar noticias relacionadas con el asesinato del mismo y consecuencias políticas; pero en el del 15 pretendió sacar partido de noticias completamente inexactas recibidas de Cuba (2), escribiendo lo que sigue:

«Al día siguiente de la muerte trágica del Sr. Cánovas dijimos, con toda la moderación que demandaban las circunstancias, que había en su vida política una falta enorme, irreparable: Cuba.

Acaban de celebrarse los funerales de Cánovas en medio de una pompa casi regia, y ya es cuestión de elevarle estatuas. El ilustre hombre de Estado merece, sin duda, tales honores y el reconocimiento de su país por el sincero y ardiente patriotismo que le animó hasta su último suspiro.

No menos verdad es que Cánovas se equivocó, y nosotros tenemos razón para decir que la intransigencia de su política colonial ha colocado á España á dos dedos de su pérdida. Los hechos hablan más alto y más elocuentemente que los hombres, y ante la verdad, la muerte misma debe inclinarse.

Así, mientras que en Madrid en duelo sigue el entierro del hombre que llora España entera, dos noticias Hegan de Cuba: la una, de que los insurrectos se han apoderado de la pequeña villa de Santa Rosalía, incendiándola... y de otra, más grave todavía, de haber dimitido Weyler.» (3)

(1) ¡Qué error! Y que esto se diga ó escriba en Francia, tan próxima á España, donde hay tantos medios de inquirir y saber la verdad.

(2) Cuya prensa recordamos al autor del artículo que lea, pues es la más entusiasta del Sr. Cánovas en todo el mundo (consúltase, sobre todo, en otro lugar de este libro, el periódico republicano *La Lucha*) y eso le persuadirá de lo aventurado de sus juicios.

(3) Esta última noticia era falsa, y la primera debía ponerse en cuarentena.

(1) Y así lo hizo, aunque otra cosa crea *La Libre Parole*.

IO A SUS CONTEMPORANEO

una entrevista ó conferencia
propio Sr. Cánovas en 1868
mo, como escritor; otro
representante en París d
nos, nada favorable á aqu
ñar; las profecías, comp
una gitana; la impresión
los pésames, refiriéndose
ma, Berna y Londres, en
el crimen de Santa Ague
juicio de la prensa americ
diarios *Le New York He
Woold*, altamente favora
no reproducimos, porque
pondiente lo hallará el le
los periódicos citados y ot

VI

LE SO

Este periódico fué el p
en su número del 10 de A
ra, ó sea el 9, anunció el
Cánovas y continuó danc
triste suceso reproduciend
interview de M. Eca de
Portugal; las impresione
sieur Philipe About en la
ña, de ser la pérdida de
sensible para dicha Naci
desaparecer con él su ma
terview celebrada con el s
gación de Hacienda de E
ciada por M. J. de Mei
Cánovas como escritor;
de la gitana, los pésames
jero con motivo de la mu
juicio de una parte de la p
dicho suceso.

* * *

En su número del 11, re
lamentable suceso, trató
guientes: *En la Embajad
rencia con M. de Souza Ra
tugal. La situación de Es
con Emilio Castelar. Honore
Una carta de la Reina de E
general Polavieja.*

No podemos reproduc
extractar, lo contenido e
Agosto sobre esos partici

nistro plenipotenciario de Portugal, la muerte del Sr. Cánovas era una grande, una inmensa desdicha para España. Esta perdía uno de sus más sagaces diplomáticos y la Corona uno de sus más fieles servidores. En Portugal, donde el anciano Presidente del Consejo de Ministros solo contaba amigos, la noticia de su muerte había sido acogida con consternación.

Según el Sr. Castelar, los Soberanos pueden ser reemplazados; Cánovas no podía serlo.

* * *

Lo demás en el propio número contenido, no hay para qué reproducirlo ni dar cuenta de ello.

* * *

El número de *Le Soir* del día 12, no ofrece por su parte otra novedad que el juicio, completamente favorable á Cánovas, que copia de la prensa de Madrid. Y el día 13 contiene el resumen de las opiniones emitidas por algunos periódicos extranjeros y otros franceses, sobre el mismo hombre de Estado.

VII

L'ÉCHO DE PARÍS

Consagró su primer artículo de fondo, del número correspondiente al 10 de Agosto de 1897, al asesinato del Sr. Cánovas del Castillo, pretendiendo relacionar, no diremos disculpar, dicho crimen con las supuestas crueldades de que se dice fueron objeto los anarquistas encerrados en el castillo de Montjuich de Barcelona. La prensa española, aun la más avanzada, no ha denunciado hechos semejantes ni parecidos á los que se atribuyen á la justicia militar en tiempo del Sr. Cánovas. Mucho menos está en lo cierto *L'Echo de Paris*, que se resiste á creer los horrores de que se trata, en que España es la tierra tradicional de los suplicios y de los arrebatos sanguinarios, como lo fué siempre también del heroísmo caballeresco.

A tan corta distancia — repetiremos, una vez más, de esta Nación — no se puede incurrir en ese género de exageraciones, siendo tan fácil conocer la verdad.

En su número demás periódico los que se publicamente el atendiendo á luz su biográficos del nciendo ser el jefe servidor, título novas debía entvorable, pues ba había perdido n se había liberaliz ba á Cánovas— casi sin rival, er tu, su habilidad rios y sostenera tancias más críti su último minis cultades para di sin que las dife bardasen su pat dominarlas. Los rán ver privado por una mano cr ilustre hombre de más relieve en

En el del día asesinato del Sr. fin trágico del todos los países miento de viva todas partes se timonios de repr ha privado á Es, ilustres, hallánd nocer las grande pérdida constitu duelo nacional.»

En el propio en ticia se inspirat rrespondiente al pañol, escribía, ro en el recogin pérdida del hom Todos los partid

VIO A SUS CONTEMPORÁNEOS

que sólo medio existía de des-
 uer- quía de ese enemigo irre-
 to, y he ahí por qué Cánov

de Se ha insinuado que el
 acio han sido objeto los prisi
 Cá- servía de atenuación al cr
 , la da, olvidando sin duda q
 las Liceo y de la festividad
 col- precedido á los arrestos
 ola- en la guerra implacable
 cho provocación, declaró al o
 ñor la que habían partido lo
 los más gratuitamente al

El Sr. Cánovas no excu-
 to en su lucha con la an-
 más alto grado el sentim.
 sabilidades que pesaban
 raba que el estricto cum-
 beres le acarrearía fatalm-
 fial del asesino. Esta cor-
 era, sin embargo, bastant-
 temor en su corazón.

Por eso no era solamer-
 fensor del orden lo que E
 pérdida. Cuando sucumbi-
 fial de Caserio, en el duel-
 se mezcló ningún temor a
 cias políticas de ese imbéc-
 desaparecido en un momer-
 de los terribles problemas
 tegridad de su Patria, su
 dad nacional. Estos probl-
 vía resueltos. El ilustre ho-
 nía consagrada á ese traba-
 después de dos años de un
 hallaba cerca de tocar el r-
 cogerá ahora su herencia y
 interrumpida?

fir-
 ra-

Tras del anterior notab-
 blicó multitud de noticias
 muerte de Cánovas, llega
 Madrid, honores fúnebres
 y reunión próxima á cele-
 por delegados carlistas de
 de España, que no tuvo lu-

Jn

L'ÉVÉNEMENT

número del día 15, después de hablar funerales celebrados en París, en la española de la avenida de Friedland, y de exponer la vida del Sr. Cánovas, y de exponer la vida de D. Carlos sobre la personalidad del 1), en desacuerdo con la de todas las ilustradas de España y del extranjero publicó otro interesante artículo bajo el

La Presse, del que vamos á dar una transcripción algunos párrafos.

En *Le Matin* de la especie generalizadora anarquistas y periódicos avanzados, perdido el Sr. Cánovas la vida en exceder los tormentos á que hizo someter a los reos de Montjuich, é indica, después de tales exageraciones, la costumbre de las revoluciones de servirse para de cadáveres. « Ellas explotan—decía—ordenales que les hacen con el mismo con que disimulan los que por su parte. Sus sectarios son mártires, mientras que ellas asesinan los hacen aparecer como y bribones. Son tan ingeniosas como los mendigos para disimular su mi-

sera sentir la especie de que se trata ó estas crueldades de Montjuich, ve el representante de Suecia en España crito á su colega de la Gran Bretaña, que los suplicios de dicho castillo no más que en la imaginación de los reyes suerte que á la hora actual nada es cierto que la historia de dichos sucesos causa del asesinato del Sr. Cánovas.

sin incurrir en una responsabilidad en el asesinato, podrá suponer que Ancha hecho bien derribando á Cánovas).

En D. Carlos, más era un letrado ó hombre erudito que un hombre de Estado, y su popularidad—especie que desmiente lo que se dice en este libro—recaía sobre la Regencia, á la que sucumbió. El partido conservador, según el libro, estaba muerto y se vería rápidamente en descomposición. La importancia de Cánovas no nacía de su tal, sino del puesto que ocupaba. Y así otras cosas, que no vale la pena de mencionar. Nos no poder reproducir íntegro este notabilísimo artículo firmado por M. J. Cornely, en que con razón, á los periódicos no pequeños parados como el de que se trata.

Así—dice—es como la reina de las abejas, depositar los huevos en multitud de celdas, pero, más tarde, al abrirse en la colmena,

El lunes 9 de Agosto dió asimismo cuenta del asesinato del Sr. Cánovas, escribiendo lo que sigue: « Una dolorosa nueva nos llega de España. El Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, acaba de ser asesinado por un anarquista napolitano... El célebre hombre de Estado español se encontraba en el balneario de Santa Agueda... »

A continuación, y por término de una breve biografía, emitía el juicio siguiente: « El señor Cánovas del Castillo era un verdadero hombre de Estado. Su inteligencia y su energía eran dignas de elogio, y tal vez la Reina no tuvo nunca más necesidad de su precioso concurso que al presente ó en este período de turbación y agitación que España atraviesa desde hace algunos meses. »

* * *

Al siguiente día, ó en su número del 10, publicó nuevos detalles acerca de la muerte del jefe del Gobierno español, y un artículo suscrito por *Viator* con el título de *M. Cánovas et les anarchistes*, que decía así:

« *L'Événement* dió en su editorial de ayer la nota exacta del sentimiento de reprobación, unánime y formal, experimentado por todos los espíritus, aparte de toda discusión de doctrina, con motivo del crimen de que el primer Ministro de España acaba de ser víctima.

Conviene hacer constar, sin embargo, que este atentado tan abominable como audaz, no ha causado la misma estupefacción dolorosa que aquel en que M. Carnot encontró una muerte imprevista (1). Así como nuestro bon-

dejan escapar enjambres que surben por todas partes.

Si se admite, y es necesario admitir, que la prensa tiene una parte considerable, no solamente en la propaganda de las ideas estériles de revuelta, sino también en la preparación ó perpetración de los atentados anarquistas, se llegará pronto á la conclusión de que, para combatir la anarquía, es necesario combatir la especie de sugestión que se debe á la prensa. »

(1) Es un error suponer que el asesinato de Cánovas no produjo la misma estupefacción dolorosa, por lo menos, que la de Carnot. Eso aconteció tal vez en París, donde por algunos se dió crédito

epú- que esto constituye una falta y que no cabe
r el enorgullecerse por haber facilitado en muy
ario corto período de tiempo los asesinos de Car-
ada not y de Cánovas.»

.....
.....
.....

XII

LE RADICAL

En su número del día 10 de Agosto dió cuen-
ta del asesinato del Sr. Cánovas, publicando
á continuación datos biográficos del mismo, á
cuyo final se hacía eco de las supuestas cruel-
dades del castillo de Montjuich, atribuyendo
á aquel una participación en ellas, que supo-
niéndolas ciertas—su falsedad está demostra-
da,—no cabía que tuviese.»

..

* *

El día 11 siguió publicando detalles del
asesinato, tarea que continuó en su número
del 12 con otras noticias relacionadas con la
autopsia, conducción á Madrid del cadáver
del Sr. Cánovas y honores fúnebres que habían
de tributársele, terminando con la conocida
interview de Castelar, en que se le atribuye la
frase de que «los soberanos podían ser reem-
plazados, pero Cánovas no».

epi-
da
de
de

XIII

LA LANTERNE

A la cabeza del número del día 10 y en grue-
sos caracteres, publicó lo siguiente: *Mort de*
Cánovas del Castillo, tué á coup de revolver.—Une
rengance politique.

Después dió noticia del asesinato seguida
de datos biográficos de la víctima, con juicios
poco favorables á la misma, cosa que no ex-
trañará el lector tratándose de *La Lanterne*.

yo
es

* *

El día 11 continuó dando noticias del suce-
so, reproduciendo las de los periódicos extran-
jeros y hablando de la impresión causada por
el crimen de Santa Agueda, por cierto en senti-
do contrario á los juicios emitidos por dicho
periódico la víspera.

Es-
y
nas
dos
rie,
la.
se-

XIV

LE PETIT JOURNAL

Se ocupó del asesinato del Sr. Cánovas en los días 9 y 10 de Agosto, dando á conocer en el primero algunos datos biográficos del mismo, y consignando en el segundo, precedido de un retrato del que fué Presidente del Consejo de Ministros español, que la emoción causada por su muerte había sido muy grande en toda Europa.

XV

LE PETIT PARISIEN

Este antiguo periódico, en su número del 9 de Agosto, se expresaba así: «Una siniestra noticia que excitará un profundo sentimiento de horror en todo el mundo civilizado, nos llega de España.

El Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, ha sido asesinado en el balneario de Santa Agueda.»

Como casi todos los demás periódicos, añadía á lo que antecede unos datos biográficos del Sr. Cánovas, y en su número del 10, después de otras noticias relacionadas con el crimen de Santa Agueda, decía que «desde hacía cuatro años había tomado un gran incremento el movimiento anarquista y que el Sr. Cánovas había escapado á un primer atentado en Junio de 1893».

XVI

L'A PRESSE

Este antiguo periódico—cuenta sesenta y siete años de existencia,—en su número del 10 de Agosto, único que hemos podido obtener, bajo el epígrafe *Crime inutile*, se ocupó de la muerte del Sr. Cánovas diciendo «que el atentado que acababa de producir el duelo de España, no es de aquellos que se excusan por la pasión ó la venganza».

Después de tomar acta, por decirlo así, de los supuestos sufrimientos de los prisioneros de Montjuich, según la versión de M. Tarrida del Mármol, añade: «Así, el crimen, sin resultado para sus inspiradores, no ha servido más

que para hacer mal y producir, entre la unión para la comunistas anarquistas in

«Aunque semejan ya hecha, bueno es reciente atentado. El Ministro tal vez es ardiente y convencido el recuerdo de una mera clase; casi al votar la ley de abolir y ha muerto dejando defensa de Cuba, de contra la gran isla heroica, que hace de y ensangrentada una gía nacional y de p

En el propio número sobre el asesinato

GI

Dió cuenta en su asesinato de Cánovas publicó unos datos biográficos comenzaban y terminaban

«El Sr. Cánovas, años, ocupaba en muchos, una situación

¿Qué va á resultar

¿Quién es el que va dirección del Gobierno

cuya contestación

Pero no es menester

notificar cambios de

ción política de España

guerra ruinosa, mir

el fondo de cuya son

nuevas aspiraciones

El día 10 publicó atentado de que ha novos, y antes, en un titulado *L'Héritage* fábula, cuya base ponía celebrada en

¡ SUS OONTI

simpatía al «
un infame a
su último pe
contramos r
ción, para h
últimas pala

En el prop
de que habla
artículos y p
novas, añadi
por uno de s
sobre el aser
de Ministros
este suceso,
ticular del M

« Es, segun
España, sien
la primera u

Hablaba d
hicieron algi
á luz, como c
ficos del misi
el epígrafe T
que á la ho
tuvo lugar
contra los su

El día 10,
novas, publico
pio M. Saiss;
Sr. Cánovas
lítico de « ve
paña » ; habl
Carolinas, q
del mismo, «
de Bismarck
Cánovas de
del Rey, y «
miento del p
ficó.

En el proy
cias relacior
Cánovas, y p
notable que
firma de M.
por su impo
que, ya que
sus párrafos

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

así: «*Indignatio fecit versus* ha día, pero el dolor impide escribir, del infame asesinato cometido por ta, me ha sumido en un verdadero mo ha dicho muy bien mi excelend. Saissy, era un grande hombre l que acaba de morir víctima de su s y á la monarquía legítima; era más grandes figuras políticas de fin x, aquella que el revólver de un ababa de hacer pasar á la Historia; uedo olvidar tampoco que D. Anas del Castillo me honraba con su era el hombre de corazón, el hom- que hoy lloro.

o años que el Sr. Cánovas me dis- ira de concederme, por vez prime- a entrevisté en uno de los salones encia, y desde entonces yo he te- atamente la ocasión de encontrar- ande hombre de Estado, que tuvo garne su amistad y su confianza. esidente del Consejo de Ministros omo hombre de mal carácter, de to difícil, sombrío, poco dispuesto ación, cuando se veía enfrente de s ó de personas que no le inspira- iza; pero era amable, de grata n, llena de vida y de encanto cuan- con uno de sus íntimos y se aban- segunda intención á desenvolver as, en un lenguaje siempre correc- te.

Cánovas había dos hombres: el ombre político. Bastaba verle con- unto, inquieto, en el Palacio de cia del Consejo, para comprender bre de una actividad febril, aquél manos estaban los destinos de Sr. Cánovas lo veía, lo escuchaba , todo en su Gobierno: ningún mi- taba una determinación ni refren- creto sin consultarle. Nada se ha- todo se hacía por él; lo que, para ya de edad, era un trabajo enorme, audita.»

de hacer la pintura de su figura, así: «Era un grande espíritu y á an corazón: nada de lo hermoso, able, le era indiferente. Sentía en- r todas las maravillas descubiertas,

y por todas las creaciones del género humano. Tenía el sentido práctico, la lucidez, la pruden- cia, la sangre fría de los más grandes políticos, y tenía también el alma generosa y tierna, las efusiones del poeta.

Historiador de primer orden, ha dejado obras maestras que han enriquecido la litera- tura española; sus poesías, ardientes é ins- piradas, son menos conocidas, á causa de la atmósfera creada alrededor de su personali- dad política; pero merecen la admiración de todos aquellos que aman los bellos pensamien- tos y los versos armoniosos y sonoros.

D. Antonio Cánovas del Castillo estaba le- jos de ser el hombre que los anarquistas se complacen en pintar. Sentía más que nadie verse obligado á ser severo con los autores del desorden; frente á frente de los anarquistas, como frente á frente de todos, Cánovas se vió obligado á mostrar una energía extrema; pero esta era una de sus más grandes cualida- des de hombre de Estado.

Como orador, era Cánovas un portento de habilidad y de claridad; su ilustre amigo, Emilio Castelar, cuyo nombre es sinónimo de genio y de elocuencia, me decía un día: «Es un orador admirable; para refutar argumen- tos, desbaratar un discurso hostil que haya causado impresión y cambiar la opinión del auditorio, Cánovas del Castillo es superior á mí...»

Cánovas era el modelo de los oradores políticos; no tenía la elocuencia arrebatadora, florida, poética de Castelar; poseía en cambio la elocuencia de los hechos, de las ci- tas acumuladas, del convencimiento, la elo- cuencia neta, concisa, irrefutable del hombre de Estado.

Tal es el grande hombre por el cual España entera está de duelo.... Su muerte es una gran pérdida para aquel país.»

XIX

LA GAZETTE DE FRANCE (1)

En su número del 10 de Agosto, y bajo el tí- tulo *La solidarité*, pretendió sacar partido de la

(1) Por su antigüedad (es el de fundación más le- jana, pues data de 1631), debía figurar el primero en

MERECIO A SUS CONTEMPORANEOS

nato de Cá-
o, diciendo
stingue las

ero se hizo
ontinuación
de Madrid,
fa de Cáno-
mejante en
bemos rec-

e de France
do, titulado
diéndolo ó
cia que han
entre aquél
el primero
los ataques
como él han
lismo y al

tro artículo
e *Apologistes*
ajo la firma
de *L'assassi-*
roduciendo
drid, varias
él en el Go-
istro de los
presentante

osto, y bajo
se ocupó di-
ienta ya se-
l trágico su-
o una emo-
, sino en el
profundidad
os causados

tos, le corres-
le colocamos,
merecen, en
vará el lector.

en nuestro final de siglo y en e
sociedad actual por las doctrin
de lo que principalmente se o
mer artículo.

XXI

LE COURRIER DU

En el propio día este periódic
tampoco — consagró su prim
fondo al atentado del 8 de Ag
en domingo—decía,—día desti
cuando, por una coincidencia
de los anarquistas españoles
una reunión pública en París,
del Castillo, Presidente del Co
tros de España, ha sucumbido
revólver de un anarquista itali

Es un verdadero duelo para l
te imprevista y trágica de este
tado, el único que ha podido
últimos años hacer frente, por
habilidad, á los movimientos
y anarquistas que han amenaza
ocasiones á España.

La prensa francesa y extran
tan unánimes hoy en recono
hombre de Estado el que ha s
ma de un odioso atentado anar

Inmediatamente ha hecho re
de todos los franceses patriotas
la muerte del Presidente Car
medio de las fiestas de Lyon,
día de regocijos.

Puede imaginarse por esto l
tristeza que se ha producido al

Represalia se dirá. Por que
dar los suplicios que soportaro
narios arrestados recientemente
Los anarquistas no han debido
mas ejecuciones, en que algunc
nos sucumbieron por haber al
chos y atentados violentos la
doctrinas que habían jurado
fender hasta la muerte.

Estos atentados salvajes cor
gos criminales, ardientes visior
en todos los países una indig
Los Gobiernos lo saben y pod
esta ocasión—visto el horror
inspiran—de pedir la aprobac

ternacionales de represión, destinadas á establecer entre todas las potencias de Europa un lazo común de defensa contra los anarquistas. »

XXII

LA CROIX

Decía el 10 de Agosto lo siguiente, bajo el epígrafe *Noble Espagne*:

« ¡Grande y noble Nación, hermana muy querida de la Francia, hermana por la sangre, por la generosidad y por la fe, en estos días de prueba le enviamos el homenaje de nuestro respetuoso cariño y de nuestra admiración !

El crimen horrible que acaba de ensangrentar á España es sólo un episodio de la lucha sin misericordia que la secta dirige contra ese gran pueblo.

España continúa siendo el país católico por excelencia. El pueblo español, á pesar de las revoluciones, ha conservado muy pura y viva la fe.

Las sectas no la perdonarán ; han jurado su ruina material y religiosa.

El Sr. Sagasta, jefe de los liberales, rival de Cánovas, pasa por francmasón.

Nosotros tomamos parte muy íntima en las penas y en los dolores de esa Nación. Día llegará en que un soplo de ese espíritu verdaderamente católico que anima tan poderosamente á España se haga sentir en Francia y en Italia, y entonces las tres hermanas latinas, íntimamente unidas y orgullosas de su independencia, volverán á ocupar su puesto á la cabeza de las naciones. »

En el mismo número y tras un retrato del Sr. Cánovas, publicó diversas noticias relacionadas con el atentado de que había sido objeto, y unos datos biográficos del mismo diciendo que « llamado últimamente al poder cuando estalló la última insurrección cubana, en tiempo del Sr. Sagasta, el Sr. Cánovas, hombre de energía, no había retrocedido ante ninguna dificultad para restablecer el orden en dicha isla, á la cual había enviado 200.000 soldados, aumentando la marina y haciendo frente al gabinete de Washington.

Escritor delicado, orador poderoso, Cánovas

del Castillo no era sólo un Ministro enérgico, sino también un táctico parlamentario de primer orden. »

La Croix consagró otro párrafo interesante en dicho número á la coincidencia de la reunión de anarquistas en París con el asesinato del Sr. Cánovas, é hizo un resumen de la opinión de la prensa, toda ella unánime en elogiar al hombre de Estado que acababa de morir, tarea que continuó con mucha mayor extensión en un suplemento del mismo día.

XXIII

LE RAPPEL

También se ocupó el 10 de Agosto del asesinato del Sr. Cánovas, manifestando que era un anarquista napolitano el que había cometido el crimen, que traía á la memoria, por más de un concepto, el perpetrado por Caserio.

A continuación publicó unos datos biográficos del Sr. Cánovas, y por último se hizo eco de la emoción profunda que el asesinato del Presidente del Consejo de Ministros de España, había causado en París.

XXIV

LE GAULOIS (1)

Se ocupó del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo en los días 9 y 10 de Agosto de 1897, escribiendo en el primero, M. Louis Teste, « que había entrado en la vida política para colocar en el Trono al joven Rey D. Alfonso XII, quien tuvo en él un auxiliar fiel y un guía seguro, dando á nuestra nación vecina, decía, una paz, una prosperidad y un prestigio que no había tenido desde el reinado de Carlos III.

Durante su largo período de gobierno, el Sr. Cánovas se manifestó, no sólo como el primer hombre de Estado de España, sino como uno de los principales hombres de Estado de

(1) De este importante periódico no hemos podido obtener ningún número, pero sí copia de lo escrito por el mismo, respecto del Sr. Cánovas, en los días que se citan.

por la cualidad de su pueblo, debía desde luego trabajar en su reconstitución interior.

Desde el grito de Sagunto, que restableció en el Trono á Alfonso XII, es decir, desde hace veintidós años, el Sr. Cánovas se consagró á esta obra de reconstrucción. Su tarea era extremadamente difícil.

Los malos Gobiernos anteriores, de una parte; las prolongadas revueltas civiles, por otra, dejaron en España bastantes gérmenes revolucionarios. A extirpar éstos de un modo radical del suelo ibérico se consagró apasionadamente. Por eso el nombre de Cánovas es uno de los más detestados por todos los partidarios de la revolución cosmopolita.

Desgraciadamente, no encontró acaso siempre los apoyos con que debía contar.

Mas este hombre de letras, que había comenzado su carrera por el periodismo y había alcanzado la mayor notoriedad en él, estaba dotado de una fuerza de alma y de una voluntad, que los militares, á los cuales se pretende conceder el monopolio de la energía, rara vez llegan á alcanzarla en tal grado. Y si frecuentemente se acusa á los periodistas de estar dispuestos á criticar á los Gobiernos y se imaginan planes irrealizables, he aquí demostrada prácticamente la falsedad de esa acusación.

Los seis años que siguieron á la revolución de 1868 desorganizaron por completo en España todas las fuerzas conservadoras. El Sr. Cánovas, con los restos del partido moderado, con los carlistas que se replegaron á la Unión católica y al Sr. Pidal, con todos los demás que los excesos de la revolución habían alejado de las quimeras democráticas, llegó á formar el partido conservador, al cual España ha debido no ser una vez más precipitada en los desastres de una guerra civil. Con conocimiento profundo de las condiciones de vida de su país, llegó perfectamente á comprender que la España y el catolicismo estaban ligados indisolublemente, habiendo subordinado su conducta á esa convicción, formada en él por sus estudios históricos y su experiencia personal. Los odios inexplicables que se habían acumulado contra él, y que parecían aún más ardientes en el extranjero que en España, provenían en gran parte de ahí. No se le perdonaba en el fondo de las logias y en el hogar de los enemigos del cristianismo el haber renovado en España la tradición ca-

tólica, que imaginaban haberse definitivamente abolido en 1868.

Absorbido por esta lucha sin tregua con los elementos subversivos, algunos le han reprochado no haber concedido bastante importancia á ciertas instituciones, refiriéndose á los «fueros», que han resultado costosas.»

.....

«El Sr. Cánovas conservaba su espíritu latino y no podía conformarse con la idea monstruosa de que en adelante el imperio del mundo perteneciese, sin lucha, á los anglo-sajones, á los francos y á los germanos, por lo cual, sin desfallecimientos, dispuso fuerzas para disputar á los convecinos americanos de la isla de Cuba su posesión. Gracias á esta concepción mantuvo siempre hacia Francia las más vivas simpatías, bien que nuestro país dió á España el pernicioso ejemplo de una República, mientras otras naciones se ofrecían con instituciones políticas más conformes á su ideal. Pero en este punto, los latidos de su corazón fueron más poderosos que los fríos cálculos de la razón. Esta le hizo comprender que por encima de las contingencias políticas subsistía sólido é inquebrantable el fondo común de civilización, establecido para siempre en las naciones mediterráneas por la cultura heleno-latina primero y por el catolicismo después.»

.....

«El Sr. Cánovas del Castillo permanecerá grande por no haber transigido jamás con los revoltosos; por no haber sentido, respecto de ellos, el vano sentimentalismo y las cobardes complacencias que otros, y por haber comprendido, sobre todo, que la damagogia burguesa, con la máscara del radicalismo y del librepensamiento, prepara el camino á los arrojadores de bombas, á los manejadores de cuchillo, á los partidarios del revólver; y para continuar siendo el campeón irreducible de la autoridad, de la Patria, de la Monarquía y de la Religión, únicas cosas que pueden asegurar á los pueblos la libertad, la grandeza y la prosperidad.»

* * *

G
á
de
to
.
del
inos
l 10, su
s de qu
ncia, lle
nom ne
ción ur
rica vi
Ce
... pe
...
dien- de
... de
... se
... tr
... ac
... cu
... its
... gé
una- la
a de de
able de
prin- lo
... pr
... le
nos- tal
o ha ha
nzas ha
s. El cis
a en lo
, no ra
ritus lo
las pu
sista
ción, .
ás á
zaba sir
esin- eje
vida Es
ime- fu
ca- ba
nsu- mí
o en
o de
lgu-
sos-
lo el en

XXVIII

PARÍS

Bajo el epígrafe *El asesinato del Sr. Cánovas*, escribía el 10 de Agosto lo siguiente: .

«Lo mismo que la muerte del Presidente Carnot, el asesinato del Sr. Cánovas del Castillo ha causado en toda Europa una profunda emoción. Es de observar que Carnot y Cánovas han sucumbido uno y otro al golpe de un extranjero, que en ambos casos fué un italiano. Por aquí el anarquismo se presenta como un hecho esencialmente internacional; un mal que no puede ser tratado, extirpado ó curado sino con la ayuda de una inteligencia, de una acción combinada, de medidas adoptadas en común.»

«La personalidad del Sr. Cánovas del Castillo, bajo cualquier punto de vista que se mire, y haciendo las salvedades necesarias, es una de las más importantes de la Europa política. Ha jugado en su Patria un gran papel, y por más de un concepto ha sido una gran figura. Literato, historiador, habituado á la autoridad, que ejercía con cierta especie de finura y elegancia, tenía por característica principal el vigor de la concepción, la energía y el ánimo resuelto para la realización.»

XXIX

LE TEMPS (1)

En su número del 10 de Agosto consagró un interesantísimo artículo, por su fondo y erudición, al asesinato del Sr. Cánovas.

«La larga y espantosa serie de atentados que se llaman políticos, se ha enriquecido—decía—con uno más..... Si un acto tal no produjese desde luego la indignación universal y el grito de la conciencia humana, ¿á qué reflexiones no daría lugar el absurdo, el desatino manifiesto de un crimen de tal especie? Monstruosa ceguedad de esos instrumentos, en algún modo pasivos, del mal, que se

(1) Es uno de los más notables periódicos franceses, y acaso el de mayor autoridad.

lanzan á la venganza sin proponerse una sola de las cuestiones que sugiere la usurpación de un papel semejante, que castigan sin saber por qué y frecuentemente sin saber á quién, y cuya alma oscura é incierta no ha logrado entrever la sangrienta cadena de las causas y de los efectos: el ciclo trágico del asesinato, engendrando el asesinato.

Verdad que nuestro tiempo no tiene el monopolio, poco envidiable, de tales acciones. Esa clase de crímenes ha florecido en otras épocas con una lozanía verdaderamente espantosa. En el décimosexto siglo las guerras religiosas produjeron, no sólo una cosecha de regicidas, sino el influjo de la pluma de Mariana y sus colegas y de lo dicho por los predicadores de la Liga, toda una teoría sobre la legitimidad del derecho divino, de la supresión del tirano, ó lo que es igual, lo más próximo á la herejía. Bajo Luis Felipe, el contagio del asesinato político había hecho terribles estragos, y se debió á una serie de verdaderos milagros que el Rey de la burguesía escapase á los innumerables atentados de los llamados campeones de la inalienable soberanía popular.

Hoy, fuera de los nihilistas de Rusia, que no han renegado de las tradiciones criminales, del asesinato de Alejandro II y de otros trágicos episodios de las luchas de esa época, pero que parecen haber renunciado casi completamente al empleo de ese sistema, no hay nadie, si se ponen á parte los exaltados y los locos de ocasión, sino el partido anarquista que afirme el principio del atentado político.»

«No nos incumbe resolver *ex-cátedra* sobre la mayor ó menor autenticidad de las relaciones lúgubres é inverosímiles que se han esparcido sobre los procesos de que fueron víctimas los prisioneros de Montjuich.»

«Por poco crédito que concedamos *a priori* á las acusaciones estereotipadas de los anarquistas, no podríamos invocar como un dato decisivo la carta recientemente hecha pública, que se atribuye á un diplomático acreditado en Madrid, y se asegura ser el Ministro de Suecia, Barón Wedel-Jarlsberg, en que afirma á su colega el Embajador de S. M. británica, Sir Henry Drummond Wolff, que en Montjuich todo había sido lo mejor, en el me-

suceso se ha producido en las más difíciles circunstancias.»

«Sin duda, cuando un soldado cae en el campo de batalla, le reemplaza otro; pero cuando el soldado es uno de los hombres de Estado más distinguidos de este fin de siglo, no puede menos de mirarse con particular inquietud las consecuencias que su desaparición pueden tener para su país, y todos los amigos de España, aun aquellos que lamentaban la tenacidad con que seguía una lucha imposible, desastrosa para España, la compadecerán de verla privada, por un atentado criminal, de los servicios que aún podía prestarle.»

XXXI

VOLTAIRE

Daba cuenta el 10 de Agosto de la noticia llegada de España, ó sea de que el Sr. Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, había sucumbido á los golpes de un anarquista napolitano, y decía:

«Este hombre de Estado, de cuyas ideas estábamos lejos de participar, no dejaba por eso de ser una gran figura.»

«Era uno de esos hombres que se atraen el respeto de los más encarnizados adversarios.»

XXXII

L'UNIVERS

Ocupóse el 10 de Agosto, bajo el epígrafe *Un crime de l'anarchie*, del asesinato del señor Cánovas, diciendo que «el matador era anarquista é italiano, encarnando, como Caserio, una fracción de esa fuerza oscura y latente que conmueve de tiempo en tiempo la sociedad con la loca esperanza de destruirla.»

«El asesino del Sr. Cánovas, no es el único responsable del delito.»

«Desde hace tiempo, una campaña furibunda, apoyada en Francia por los diarios socialistas, iba dirigida contra el jefe del partido conservador español. Los autores del des-

orden en todos los países no ignoraban que tenían en aquel un adversario irreductible; sabían que si no era un hombre superior, á lo menos sí un hombre de Estado en la verdadera acepción de esta palabra, y las diatribas, las virulencias, las calumnias sistemáticamente concentradas sobre ese molesto personaje, decían á los espadachines de buena voluntad: herid ahí.»

XXXIII

LA PETIT RÉPUBLIQUE

JOURNAL SOCIALISTE

Basta el título para comprender que, lejos de lamentar, hubo de aplaudir, el 12 de Agosto, el asesinato del Sr. Cánovas. Renunciamos á reproducir lo que escribió.

XXXIV

L'INTRANSIGEANT

Lo mismo decimos de este otro periódico, que en su número del 11 de Agosto, bajo el epígrafe *La peine du Talión*, se expresaba así: «Si alguien no ha debido sorprenderse de recibir tres balazos en la cabeza, es, evidentemente, el Sr. Cánovas..... En su cualidad de católico había sin duda meditado sobre la palabra de su maestro Jesús: «Aquel que se sirva de la espada, por la espada perecerá.» El se había servido del arma de fuego (aludiendo á lo del castillo de Montjuich), y por el arma de fuego pereció» (1).

XXXV

LE JOUR

Dedicó, igualmente, su artículo del 10 de Agosto sobre lo del castillo de Montjuich, que atribuye al Sr. Cánovas.

(1) Desmentido diferentes veces lo del castillo de Montjuich, no vale la pena de rectificar lo que se dice por *L'Intransigeant* ni por *Le Jour*, que sigue después.

ECIO A SUS C

tes de
Cuba.
«Mi
»soste
, ó con dijo el
úmero »de h
xtual- »les, «
»aque
»perte
»otros
»de di
«En
dadas
ner al
las fue
de su fuera
lgosto «El
publi- »de la
»a infi- »de pr
se eco »incan
en to- »dedic
refiere »de gr
hecho
por un
»tarios El 1
el ase- Toda
r crei- el peri
»uestr ciendo
or las «la m
»bien «
ndres, »ligro
impa- »asesir
»añol. »timie
é víc »Estad
quista »meros
hotel, »gener
»ameri
ra del »del S
s elo- »ningú
»ra su »una n
o que »das r
ante A cor
mblea con el
capa- de ésta
»cción »emine
is fué »rando
»él, de
»á un »la Rei
»esan- »en cor
»que y
»rte de »funda
»tancia, »presal
»bido, »del gr

»personalmente la Embajada española en Londres, dejando allí una expresiva demostración de mis sentimientos. No puedo menos de »expresar mi indignación ante el ultraje que »se hace á la civilización y mis grandes simpatías para España, que acaba de experimentar la pérdida del más relevante de sus hombres de Estado.»

* *

Publica, además, telegramas de Londres, en los que se dice que durante aquellos días no se habla de otra cosa en la gran capital más que del crimen de Santa Agueda; añadiendo que el *Daily Chronicle* da cuenta de las instrucciones que fueron enviadas á la Embajada española en Londres y al embajador de Inglaterra en Madrid para hacer presente el pésame sincero de la Reina, por la gran pérdida que experimentaba España. Lord Salisbury, en cuanto recibió también la nueva de la catás-

trofe, telegrafió extensamente expresando su indignación y su pésame.

Por último, da cuenta de la visita que hizo un redactor del *Figaro* al duque de Mandas, á la sazón embajador de España, y que estaba cazando el domingo en el campo, donde recibió dos despachos de la duquesa, el primero anunciándole *nuestro huésped ha sido herido*, y el segundo anunciándole su muerte. Nuestro huésped era el Sr. Cánovas, que había convenido pasar dos ó tres días con el duque en San Sebastián después de tomar las aguas de Santa Agueda. «España, dijo el duque, ha perdido »su más grande hijo, y yo mi más idolatrado »amigo.»

* * *

Todo lo demás que contiene el *New York Herald*, se reduce á copiar lo dicho por los periódicos de París con motivo de dicha catástrofe.

LIBROS Y REVISTAS HISTÓRICAS, CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE PARÍS

I

EL LIBRO DE M. V. C. CREUX

Etude biographique et historique sur M. Cánovas del Castillo.

En el prólogo de este libro, impreso en París en 1897, y que se recomienda por varios conceptos, dice su autor que, al publicar el sencillo estudio biográfico del hombre de Estado que España acababa entonces de perder, no entiende hacer una obra de partido.

Hace tiempo que guarda, añade, una cantidad de documentos, sobrecargados de notas concernientes á las notabilidades políticas y literarias de España, y continúa después:

«Un suceso funesto, y que puede tener para la Península grandes consecuencias, nos ha decidido á separar de la obra que pensábamos consagrar á los hombres de Estado y á las cosas de dicho país, la parte relativa á Cánovas del Castillo, que ha dado á la Historia

contemporánea cincuenta años de labor constante, durante los cuales las letras, la historia, la política, ofrecen páginas brillantes que levantan el prestigio de una Nación valerosa, la cual ofrece al mundo, en estos momentos hermosos ejemplos de patriotismo y virilidad.»

«Antonio Cánovas del Castillo, salido de humilde esfera social, llegó á la cumbre de la fortuna pública. En las páginas que siguen se verá cómo un joven de la raza de los Cromwell y Richelieu, se fué poco á poco elevando por su propio mérito y por su trabajo sin descanso.»

«Los medios de que se valió Cánovas para elevarse á la alta situación política que ocupaba en España, difieren esencialmente de los empleados por otros hombres de Estado de Europa que tuvieron, como él, un origen modesto, contando como único apoyo y por todo recurso el trabajo extraordinario que se impuso y una fuerza de voluntad ilimitada.»

.....

momento mismo en que Cánovas era herido por el asesino, esa leyenda se propagaba en París en una reunión pública y promovía en ella gritos de cólera y de venganza.

Ha declarado el asesino de Santa Agueda que no tenía cómplices, y quizás ha dicho la verdad.

El crimen por él cometido no supone necesariamente un complot. Pudo el delincuente serlo por influjo del medio particular en que vivía. Se ha visto en todos los tiempos y en todos los países del mundo, ejercerse influencias de este género en cerebros tan violentos como débiles. Una atmósfera muy enrarecida obra simultáneamente sobre todos hasta que hace explosión en uno de ellos. Entonces un hombre se levanta y comete un homicidio, y á veces un suicidio. No negamos la responsabilidad individual del asesino, pero la responsabilidad principal no está siempre en el instrumento que opera. Caserio mató materialmente á Carnot; pero ¿qué era Caserio? Angiolillo, si tal es su nombre, ha matado á Cánovas; pero ¿qué era Angiolillo? Uno y otro son figuras rudimentarias borrosas, de rasgos indeterminados y confusos. ¿Discutirían mucho más que el cuchillo ó la p'stola de que se sirvieron? Tenían la inconsciencia y desgraciadamente el furor de un elemento desencadenado. En el mundo en que ellos se encuentran mal, acusan á todos de su sufrimiento, y sólo se les ocurre como remedio el asesinato. Merced á la propaganda misteriosa del ejemplo, constituyen en los actuales momentos históricos un indiscutible peligro social. Han vertido la más noble sangre en San Petersburgo, en Lyon y en Santa Agueda. Han tratado de cometer análogos crímenes en otras partes. Sus nombres individuales importan poco; todos ellos se llaman la anarquía.

Desde este punto de vista, la brusca tragedia de Santa Agueda interesa al mundo entero, aunque toque á España de una manera más directa y más íntima. Ahora que ya no existe y que lo trágico de su muerte ha hecho callar en torno de su cadáver al espíritu de partido, todo el mundo hace justicia á Cánovas. El jefe del Gobierno español ha sido, sin duda, uno de los ciudadanos más eminentes y más útiles de su país. Entre los estadistas españoles ocupaba un puesto particular, no porque fuese superior á todos los otros por

cualidades que algunos de ellos poseen quizás en el mismo grado, sino porque había en su espíritu algo más práctico, más concreto, más decisivo en la ejecución. No se enredaba ni en las teorías ni en los sistemas, aunque fuese tan hábil como el que más para inventarlos y exponerlos; pero sabía libertarse de ellos para mostrarse ante todo hombre de acción resuelto, valeroso, obstinado, marchando á su objeto sin que nadie pudiese desviarle. Se le ha echado en cara esta cualidad, en la cual vemos un mérito. No tenía la movilidad del espíritu español; sabía, ya por la experiencia de la Historia, ya por una disposición feliz de su naturaleza, que la perseverancia es la mejor y más fecunda de las cualidades políticas. La última vez que fué llamado al Gobierno se encontró enfrente de la mayor dificultad que España ha atravesado desde hace largo tiempo, y de la cual no ha salido todavía. Nos referimos á las insurrecciones de Cuba y Filipinas.

Desde el primer momento tomó el partido de la resistencia á todo trance. No es por eso, sin embargo, por lo que le aplaudimos: cualquier otro hombre de Estado español hubiera hecho en su caso lo mismo. Su mérito está en que, emprendido ese camino, se sostuvo en él con una firmeza y decisión que nada ha podido quebrantar.

En derredor de él se han producido desfallecimientos: se ha encontrado, por motivos que no hemos de juzgar, abandonado por muchos de sus amigos. Al verse tan duramente combatido, se manifestó dispuesto á dejar el poder si la Reina Regente aceptaba su dimisión, pero negándose á cambiar en lo más mínimo su manera de gobernar en el interior y de sostener la lucha contra la insurrección en el exterior. La Reina Cristina le mantuvo en su confianza, y Cánovas continuó denodadamente la obra emprendida. Sin embargo, comprendía que en esta lucha encarnizada se agotaban sus fuerzas, y decía á menudo que esta sería su última campaña política.

Tenía cerca de setenta años, edad de descanso. Su único deseo era coronar su larga existencia manteniendo á Cuba y al Archipiélago filipino bajo la dominación española. Después de esto encontrábase pronto á pronunciar el *Nunc dimittis*.

* * *

NO A EUS CONT

der- impuestos,
, se alborotado
a la llos; en el
urles nes se hab
oder prácticas
volviendo.
abla manía rev
ajer- ciones y ha
mo- de herede
sejo otra cosa d
por- de general
vas, tica no rep.
ado persona, e
esto defensa, e
car superior á
sin brosos, qu
ins- ción y que
r si- provocar u
co- á un simpl
no á las Cá
de confianz
y puesto qu
erte á que iba
, no Sr. Cánova
nen- ninguno pa
pri- de ser que
illo. si no desea
óxi- seguro de
cul- cio ni se e
uer- «Usted s.
pos, lo que más
spa- jar en mi t
s úl- Heme aquí
Dos ya pronto
nun- blica. Perc
ete- ella contin
a de ta años que
a de toy conven
zar- de mí. Est
ena- otros pued
s de teresa; ant
ciso chasé más
car- iría; pero
aba cia, no qui
esca despida—y
ujer bármelo, q
gra- dados y din
cia- esto, digan
ay! Estas pal
ngu- Sr. Cánova
dio- cortándola
zan- con ese me
los los ojos, qu

ticular. No creo que la cara humana pueda manifestar más fuerza, consciente y reflexiva, de la voluntad. Todas las facciones, de rasgos muy marcados, y cada facción en sus menores detalles, la ancha frente, las cejas espesas, el perfil de la nariz, el bigote gris de pelos ásperos que cae casi geométricamente en línea recta sobre el labio fuerte, la barba saliente, todo lo que constituye la fisonomía, denunciaba en ella el alma grande, dominadora, predestinada á mandar. Una contracción habitual, donde se revelaba la constante tensión del espíritu, le añadía algo de duro, y el Sr. Cánovas del Castillo no trataba, por coquetería, de atenuarla. Hasta en el porte de la cabeza, que se erguía y echaba hacia atrás, tenía aire imperioso. No era seguramente esta actitud intencionada; no la tomaba, la tenía; le era tan natural, que no se le imaginaba ni se le veía de otra manera. Entre todos los retratos suyos, hay uno que le representa de frente y que no le gustaba. «Los que me rodean —decía sonriendo— prefieren este retrato porque en él parece más dulce». No ocultaba su indiferencia por no aparecer *muy dulce*; y la reputación de severidad y hasta de rigor que había adquirido poco á poco por apariencias, no trataba de desmentirla. Es preferible pasar por tener la mano pesada á tenerla ligera, porque la autoridad no se ha hecho para que se pida con humildad el permiso de ejercerla; si se la rodea de cortesías, explicaciones y disculpas, se la compromete, se la pierde; no produce todo su efecto sino cuando los que la poseen la dejan caer con todo su peso desde toda su altura.

Así pensaba el Sr. Cánovas, y sabía por qué pensaba así en la España que había encontrado. Sin embargo, á la larga, y ayudada por los odios y la codicia, se fué formando una leyenda, de la cual puede decirse que acabó por ser víctima; leyenda falsa, que no se contentaba con presentarlo inflexible, sino peor, como cruel. Ignoro si realmente los anarquistas de Montjuich han sufrido en sus calabozos las torturas, que deshonrarían para siempre al carcelero que la inventase y las aplicase, y quisiera, antes de condenar á nadie, un testimonio más imparcial que el relato melodramático del Sr. Tarrida del Mármol (1). Pero admitamos que no exageren y que la prisión haya sido contra toda ley y derecho,

cambiada en martirio, resucitándose para ellos los inquisidores. Supongámoslo, puesto que hay ejemplos que nos demuestran, de qué inhumanidades no es capaz un hombre abandonado á sí mismo. ¿En qué puede alcanzar esta acusación al Sr. Cánovas? ¿Quién pretenderá seriamente que ha ordenado, aprobado y tolerado actos tan odiosos, si se han cometido y nadie los ha revelado? (2)

Aunque no hubiera otro título que el de la odiosidad para no haberlo dispuesto, aprobado, ni tolerado para no ser por ningún concepto responsable de ello, todavía hay más, y es que carecían de objeto; estos prisioneros estaban encerrados en una ciudadela que no suelta fácilmente lo que encierra; en consecuencia, impotentes, imposibilitados de hacer daño. Ahora bien; se puede cuando se es, en todo el sentido de la palabra, un hombre de gobierno, no detenerse delante de medios que harían dudar á otros más tímidos; todavía hace falta que éstos sean medios de gobierno buenos para alcanzar un fin gubernamental; en el caso de los anarquistas de Montjuich el fin estaba alcanzado; hubiera sido absurdo, además de ser también superfluo, recurrir á ese medio que no era tal; y cualquiera que haya observado de cerca la política del Sr. Cánovas del Castillo, no tiene necesidad de saber más.

En todo, por todo, y siempre, era aquél un político. Los mismos adversarios que le reprochaban su «dureza» le han reprochado igualmente su «orgullo» y su «mal humor», el uno y el otro tenidos, gracias á ellos, por proverbiales en España: la *soberbia* y el *mal humor* de Cánovas. Pero en el Sr. Cánovas el orgullo no era otra cosa que el sentimiento de la fuerza, y mucho menos de su fuerza ó de su valer personal que de la fuerza y de la autoridad del Estado, del poder del Gobierno, de que él era depositario.

Se ha dicho del Sr. Cánovas que desde lo alto de su orgullo y de su legendaria *soberbia* veta á los demás pequeños y los desdeñaba; pero era demasiado avisado para no verlos á su verdadera altura y teniendo que utilizarlos, para desdeñar personas de cuyo concurso no podía prescindir. Ninguno, cuando él quería, y quería todas las veces que no había inconveniente en quererlo, tuvo acogida más cortés,

(1) Está demostrado que era una fábula.

(2) Discurre con gran juicio M. Benoist.

A SUB

con
y si
la E
peri
fianc
hum
tern
habr

«P
desd
se, q
el re
soma
meri
te m
luga
indis
resp
solic
lo qu
casa
tón,

«E
alian
Espa
era i
punt
podí
terec
pañu
cosa
envic
grafc
pern
tismo
instib
la h
serlo
inata
pues
rece

. . .

. . .

«N
rra, e
pa, n
se es
teres
Vé
trata

(1)
aquí e
dos, si

1870, de la cuestión de Roma, de la guerra franco-prusiana y de la supremacía de Alemania; en otro, del pesimismo y del optimismo en relación con los problemas actuales, del concepto y de la importancia de la teodicea popular, del Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y de las corporaciones, de las formas políticas monarquía y democracia; más allá, del problema religioso, del problema moral, del problema social, del problema económico. Sin embargo, fuerza es confesarlo, cuando él iba á buscar en la Historia lecciones para el tiempo presente, lo que iba á buscar en todas partes, en los filósofos, los moralistas, los «sociólogos» y los economistas, era un remedio para los males de España, de su Patria. Y él mismo, filósofo, moralista, sociólogo ó economista, como cuando era historiador, es y sigue siendo hombre de Estado. Lo es, bien cuando hace delante de un Congreso de geógrafos el elogio de Sebastián del Cano, ó delante de literatos el elogio de Revilla y de Moreno Nieto; bien cuando analizando una obra sobre los oradores griegos y latinos, y pensando en lo que pudo la palabra en la Atenas y la Roma antiguas, piensa, no sin pavor, en lo que pudo esa palabra en la soliviantada España de 1874.

Este poder de la palabra pública nadie menos que el Sr. Cánovas podía negarlo ó quitarle importancia, porque á ella le debía tanto ó más que otro alguno. Historiador y filósofo, así como fué ante todo hombre de Estado, fué también ante todo orador; su forma escrita es una forma oratoria; sus períodos largos, pero fuertemente articulados y llevados de un movimiento rápido, eran los períodos de su oratoria. Cuando no se le ha oído, no se sabe lo que es el dón de «dominar, como él lo ha dicho, en el silencio». Y él dirige un verdadero himno al silencio, «efecto supremo é incomparable satisfacción, la mayor que puede alcanzar el orador... El silencio, comunicación íntima, magnética, de inteligencia del que escucha con el que habla; el silencio, que imponen primeramente la voz y el gesto y en seguida la frase, el sentimiento, la idea; el silencio, que somete humildemente mil voces diferentes á una voz, sin más, y á una sola inteligencia mil inteligencias en desacuerdo; el silencio, en fin, en el cual los unos conteniendo

su entusiasmo, los otros su cólera, y todos subyugados rinden un tributo unánime, el tributo más preciado, á la verdadera y viril elocuencia.»

Era en este silencio halagador en el que hablaba y dominaba. Otros, á su lado, conmovían, transportaban, se hacían aclamar, y hasta, como Castelar, llevar en triunfo. El—hace falta repetir los mismos verbos que él empleaba—sometía, subyugaba, imponía el silencio solemne y sagrado, en el que podía decirse que el espíritu sopla. He asistido á muchos de los combates que el Sr. Cánovas, en 1894, antes de volver á los negocios, libró con el señor Sagasta. Yo no sé por qué este espectáculo parlamentario evocaba invenciblemente en mí la imagen de una corrida de toros. Era la misma esgrima, con los mismos pases; así era como el Sr. Cánovas llevaba el ataque, lanzando contra el Ministerio sus más ágiles partidarios para poner las banderillas, para picarlo, para hostigarlo y excitarlo, hacerle ver sangre, llevarle y llevar á la Cámara á la exasperación, al furor; entonces, sereno, el señor Cánovas decía al Presidente: *Pido la palabra*, como el torero pide autorización para matar; y el gran silencio aparecía de pronto en esa Asamblea delirante, como si realmente hubiera allí alguno que fuera á morir.

¿En qué consistía esa dominación? En el orden del discurso; en una aptitud innata y en un arte consumado para encadenar los razonamientos, y si se quiere para construir edificios de palabras—¿el Sr. Cánovas no comparaba la elocuencia á la arquitectura?—en una facilidad soberana para manejar las ideas generales, que consistía, es muy posible, simplemente en que el orador se había tomado la molestia de hacerse ideas generales; en los recursos de una erudición capaz de suministrar en el momento oportuno el ejemplo que aclaraba una situación ó el precedente que lo desembrollaba; en el poder de una dialéctica que avivaba la llama de convenciones ardientes; por cima de esto, en la voluntad de dominar y en la certeza de lograrlo; para decirlo de una vez, en la conciencia de ser el más fuerte. Esta voluntad, esta certeza se confirmaban hasta en la más breve réplica, como en ésta, por ejemplo, al Sr. Silvela: «Además, yo no soy de los que en ninguna edad ni en ningún tiempo hayan subido al poder sin dejar en él una profunda huella de su paso, y

VTE

ILLI

úme
le 18
ilu
a po
crita
flo ;
que
Españ
trad
trop
erna
ras t
de la
ígraf
te b
ículo
n co
en
le re
; : «

senti
ejem
poner
men
olenc
mo a
unto
a ver
folle
el tit
zorra
nién
to y
en p
nos
puni
feulo
6 su
nera
lar,
tica,
tre l
cial
ir po
apitu
ante
ítulo
Rey
o hal
los
de C
con «

nía la reputación de un orador de primer orden. Su espíritu había madurado, y podía juzgarse de sus ideas y de sus tendencias. Cánovas pertenecía á la escuela doctrinaria, y el eclecticismo se descubría en todo momento en sus discursos, en sus actos y en sus escritos.»

«Enérgico y apasionado, teniendo conciencia de su valer, dejábase llevar un poco de sus impresiones de momento, y entonces había alguna confusión en sus repentinos juicios; mas brillante, espiritual, cáustico, condensaba en su palabra fácil y desenvuelta dardos finos y acerados que no erraban nunca el blanco; dialéctico notabilísimo, discutía á propósito de todo de una manera tan brillante como original. Algunos criticaban su estilo suponiéndole un poco anticuado y afectado; pero á mi me pareció siempre su frase neta, precisa, elegante, concisa y de buen gusto.

Y no era solamente á título de hombre político como Cánovas podía reclamar su parte de gloria, sino á la vez como literato é historiador.

Infatigable en el trabajo, no cesaba de producir libros, folletos y artículos de todo género. Escribió una introducción muy notable, puramente literaria, para una célebre colección sobre las mujeres españolas, en que colaboraron los más ilustres escritores. Pronunció en la Academia Científica de Madrid, de la que fué Presidente repetidas veces, un discurso sobre el materialismo moderno. Discurso éste lleno de erudición, sobre todo bajo el punto de vista filosófico... Y además escribió prólogos de un gran número de obras, con una inagotable complacencia, para presentar al público nombres todavía poco conocidos. En todo demostró un mérito tan incontestable como incontestado, una instrucción tan vasta como variada, una memoria prodigiosa y un juicio recto y seguro.»

.....

novas reflejaba el alma de toda España. Y cuando el grande hombre de Estado, añade, pereció asesinado, la bala de Angiolillo atravesó al mismo tiempo el corazón de Castelar.

En la segunda parte, ó sea en la que se ocupa madame Rattazzi de la juventud de Castelar, habla igualmente de la de Cánovas, condiscípulo que fué del mismo, y lo propio hace al tratar de Castelar íntimo, refiriendo las relaciones que mantuvieron hasta cierta época en que se enfriaron y su posterior reconciliación, con gran contento de los dos.

«Después estuvo alejado del Parlamento. No fue impetuoso pero impetuoso por el mérito de cada cosa con que apoyando lo con indiferencia y decidiéndose cuando creyó que se fuera de las cosas en 18 sueltamente deo eligió desde entonces sobre todas las cosas la fama.

«Durante la tauración de las combinaciones y la forma. Enero vióse la presentación de ficarse la R mente, jefe de binete que Diciembre Consejo, con errores (4), siendo el primer aceptado, su titución en sión el pacto frente de un á propósito

.....

«Estos errores explican por

(1) Hay en se manifestó n lo que se dejó su espíritu m caída si por a

(2) Lo fué

(3) «Ni con sición á ese ré y en cuya rest

(4) En opin cionarios; per fundan en eso

(5) Caballero la obra del Sr artículo consti los partidarios libertad de en

INTERECIO A SU

medidas y oin
 previsión ral
 pa
 o recordar qu
 ó terminar Al
 ral pudiera di
 er logrado ca
 imponerse m
 ve
 lamente el se,
 o, nos apa el
 cantador. » rr
 de
 es, y no se en
 su alrede va
 le
 nte, lo era le
 gr
 llo
 lánovas no bil
 or mi par-
 , tenía más co
 e él á sus co
 comprome- tal
 cto ni tuvo ric
 se
 do

 quería mu-
 rariado de
 i á ciertas
 a alta idea tic
 r. » po
 de
 amigos en pi
 iacia años,
 almente li-
 rid, no pa-
 s, vecinos,
 rtos, al sa-
 o ella, para
 estas cor- rr
 gradables, 18
 as. » la
 m
 lánovas no do
 eraban pé
 stelar, cu- ña
 otismo de au
 no quería go
 en
 en la nota ví
 sa

académica, una sesión de apertura del Ateneo de Madrid, le servían de pretexto para exponer sus ideas sobre tal ó cual problema de la historia nacional. Sus amigos dicen que prefería el tiempo que pasaba entre sus libros á las horas que dedicaba á la política. Como historiador, no había demostrado todavía la medida de su valer en una obra completa, contentándose con esparcir el caudal de sus conocimientos y reflexiones en estudios, ensayos, conferencias y discursos.

El período que conocía mejor de la Historia de España, y al cual consagró preferentemente su atención, es el de los siglos XVI y XVII, ó de la Dinastía austriaca. Ningún español de nuestra época lo ha estudiado con tanto amor ni comprendido mejor. Distante á la vez de las teorías declamatorias de la escuela liberal y de los prejuicios de los tradicionalistas, ha juzgado con recto criterio la política de los últimos Reyes austriacos y demostrado con evidencia que una de las causas principales de la decadencia española procede de los sacrificios demasiado pesados é inútiles que impuso á la Nación el advenimiento del Rey de España al Imperio alemán y la alianza de familia que tuvo por consecuencia. El poderío español, ya quebrantado por las guerras en Italia y la extraordinaria aventura americana, zozobró con la distracción de fuerzas en los Países Bajos y en Alemania. La unificación de todos los Estados de la Península; la defensa de la línea de los Pirineos; la destrucción de los Principados berberiscos, y el establecimiento de algunas colonias militares en la costa de Africa, hubieran debido ser el programa de la política española desde la muerte de los Reyes Católicos. Estas ideas inspiran el escrito más notable de Cánovas del Castillo, aquel que da la más exacta idea de su talento como historiador: entendemos hablar del artículo, desgraciadamente poco conocido, que consagró á la *Casa de Austria* en el *Diccionario general de política y Administración*. A este artículo hay que añadir, como complemento y abundando más en el asunto, los *Estudios del reinado de Felipe IV*, de que se ha hablado en esta Revista, y además algunos trozos del tomo primero de *Los problemas contemporáneos*. Gran orador, como lo son ordinariamente los hombres políticos españoles, y sobre todo los andaluces, resentíase Cánovas escribiendo de los hábitos contraídos en la tribuna; su fra-

se impresa, no sostenida por la voz y el gesto, tenía algunas veces algo de premiosa y de difusa, que impedía apreciar tanto como se deseaba el pensamiento, neto y vigoroso siempre, del erudito historiador y del Ministro avezado á los grandes negocios. Mas no era solamente como escritor como servía Cánovas los intereses de la Historia: sus altas funciones políticas y académicas le daban medios de proteger eficazmente los estudios que en España, más que en otros países, reclaman el apoyo del Estado. »

V

REVUE BRITANNIQUE

Esta revista internacional, que ve la luz pública en París y cuenta hoy setenta y seis años de existencia, y en la cual hubo de reproducirse, en el cuaderno de Abril de 1869, el conocido trabajo del Sr. Cánovas titulado *De la supremacía militar de los españoles en Europa durante los siglos XVI y XVII*, traducido por monsieur Ch. La Livet, se limitó en su cuaderno correspondiente al mes de Agosto de 1897 á dar cuenta de la idea emitida por el periódico *La Italia* con motivo del asesinato de M. Carnot, para impedir hechos semejantes á éste, y que hubiera evitado la repetición de semejante crimen en la persona del Sr. Cánovas.

VI

REVUE D'HISTOIRE DIPLOMATIQUE

El Secretario general de la Sociedad del mismo nombre, que publica dicha revista, M. R. de Maulde, hizo relación del asesinato del Sr. Cánovas en la junta celebrada por dicha Sociedad el 3 de Junio de 1898. Al comenzar se hizo cargo del ¡viva España! que se atribuye al mismo en el momento de su muerte, interpretándolo á modo de testamento, como fué el pensamiento de su vida. «Hay que hacer—decía—esa justicia á Cánovas, pues ante todo era, en efecto, un apasionado español, muy entusiasta de su Patria y, sobre todo, de carácter vehemente. Todavía existe

DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

erras coloniales que viene soste-
nación difícil, era y debía ser un
inmoviese y suspendiese durante
la vida de la Nación.

eros momentos, la grandeza mo-
o, el horror que hubo de inspirar
a exageración inherente al efecto
en todas las imaginaciones, las
rnadas por esta noticia y llenas
bultaban la gravedad de sus con-
mediatas, determinaron una co-
nental y avasalladora que los pro-
pios del Sr. Cánovas, envueltos y
por ella, contribuyeron á hacer
se trataba en suma ó en definiti-
aparición de un hombre eminén-
ruina y destrucción de la Patria,
de la caída del gigante que la lle-
us espaldas.

estas líneas, bien que haya figurado entre los adversarios políticos vas, fué, sin embargo, uno de los más fervientes de su talento ex- y de su palabra elocuente. Aun- ntos en que la lucha política era- , supo guardar en sus discursos- itos el respeto debido al Sr. Cá- páginas mismas de esta Revista de ello frecuentes pruebas: mas no le impidió, cuando el señor ía y gobernaba, criticar severa- s de sus actos; ni obsta, ahora mbre extraordinario ha muerto, asociarse á los juicios exagerados- s y su política que aparecen- caciones nacionales y extranje-

a, en el dominio de la cual entró
vas de una manera solemne por
de su trágica muerte, no juzga
s de Estado ni por los ditirambos
larios, ni por las diatribas de sus
Júzgalos, á la vista de sus actos,
le realizaron ó á que colaboraron.
ciaciones sobre el conjunto de la
vas, no creo que deba ser tachado
guna, afirmando que la Historia
un rango elevado la figura del pri-
o de D. Alfonso, que supo triun-
su perspicacia y á su energía de
Estado. de la fatalidad histórica

que parecía pesar sobre todas las restauraciones, y que permitió establecer la española sobre bases tan amplias que, en poco tiempo, logró disipar las desconfianzas de los vencidos de Sagunto y agrupar en derredor del Trono, recientemente restablecido, todas las fuerzas monárquicas del país; pero debo añadir al mismo tiempo que me es imposible no recordar que, después de haber gobernado durante muchos años, disponiendo de un poder tan indiscutido que para encontrar una situación semejante en la Historia era preciso remontarse á los poderosos Ministros de los Monarcas absolutos, ha dejado á su muerte el país que gobernaba completamente desorganizado, bajo el punto de vista de la mayor parte de los servicios públicos de una importancia verdaderamente capital, como Hacienda, Marina, Justicia, Ejército: (1).

VIII

QUESTIONS DIPLOMATIQUES ET COLONIALES

REVUE DE POLITIQUE EXTÉRIEURE

La Revista quincenal que lleva ese título, consagró las primeras páginas de su número

(1) No es justo en esto el Sr. Sánchez Guerra, pues si bien reconoce inmediatamente después que no era sólo responsable de esos males, le atribuye la mayor parte, no sólo por el mucho tiempo que ejerció el Poder, sino por sus facultades personales, sin tener en cuenta la índole del país y la de los elementos que cooperan á la administración y al gobierno. Un hombre solo, por grandes que sean su capacidad y su poder, no puede atender á todo, y así como al principio de la Restauración consiguió, con la eficaz cooperación del Sr. Salaverría, poner en orden nuestra desquiciada Hacienda y reorganizar los servicios, y en el último período de su vida hacer, auxiliado por el General Azcárraga, un envío de fuerzas á la isla de Cuba que asombró al mundo, así lo hubiera encauzado y mejorado todo, si sólo hubiera dependido de su voluntad. En último término, y una vez establecido el llamado turno de los partidos, lo mismo el conservador que el liberal son responsables de las deficiencias á que se refiere el Sr. Sánchez Guerra. De la de los ramos de Guerra y Marina, de la última sobre todo, no hay que hablar. Consolémonos, sin embargo, con que en este período llamado de regeneración, excepción hecha de la Hacienda, todo ha empeorado, debiéndose en mucha parte el desahogo con que aquella funciona á la terminación de la guerra y á la sensibilibísima pérdida de nuestras colonias, que han traído consigo una gran disminución en los gastos.

currida otra hora, las puertas se abrieron de par en par, á presencia del Secretario general del Ministerio, que le saludó como jefe del Gobierno, invitándole á tomar posesión, sin más tardanza, del Gabinete ministerial (1).

Pero sobre esta época, cualquiera que fuese su benevolencia y su confianza, Cánovas no refería nada más que lo que era de todos conocido. Prefería hablar con sus comensales habituales sobre Literatura, Historia y Derecho.

El mártir de ayer—dice para terminar, refiriéndose á lo anterior y á algo más que omitimos por abreviar—merece mayor oración fúnebre.

Yo no he podido sustraerme á evocar en este marco del Pirineo que él amaba por las sombrías arboledas y las altas cascadas de cristalinidad, la figura de aquel que no fué solamente un gran político, sino para algunos un amigo fiel y un maestro indulgente.»

• • •

Le Memorial Diplomatique escribió después sobre *L'assassinat de M. Cánovas*, y publicó, por último, unos datos biográficos relacionados con la carrera política del mismo.

X

LES ANNALES POLITIQUES ET LITTERAIRES

La revista popular y semanal que lleva ese título, en la *Crónica política* correspondiente á su número del domingo 15 de Agosto, dijo lo siguiente:

«El revólver de un miserable acaba de hacer entrar prematuramente en la Historia, una de las más grandes figuras políticas de España en el siglo que termina. El Sr. Cánovas del Castillo, cuyo nombre desde el domingo anterior pronuncian todos los labios, ha sido asesinado en Santa Agueda.

(1) Donde estuvo fué en el Ministerio de la Guerra, como todos saben, y antes en el Gobierno civil de Madrid.

El Sr. Cánovas fué la restauración del bien quien, cuando á su Patria una crisis volución. A su patria debió igualmente q Las Carolinas.»

En el propio número de *Paris*, volvió á decir, diciendo que E. uno de sus más ilustrados á luz algunos días mismo.

Por último, en el ocupó del libro que titulado *L'Espagne*, Cuator M. Ch. Benoist, tuación de España, talento que distingu

L'UNIVERSEL

En su número del buen retrato del Sr. cual se ocupó al traduciendo algunos de mo. «Era, decía, jefe conservador, pero el añadía, aplicado al derse en el sentido i dad, bajo su dirección mucha parte de su ri su intolerancia, y lib terizaba al Sr Cánovas elocuencia sin igual, píritu, la habilidad y versarios y saberse i las circunstancias má

L'ILLUSTRATION

En su número del 1 bien un excelente retrato Castillo, diciendo que contra el mismo, el

GRAN BRE

PERIÓDICOS POLÍTICO

Según el corresponsal del *Herald* en Londres, en telegrama del 9 de Agosto por la tarde, había causado en dicha capital inmensa sensación de sentimiento, de reprobación y de general simpatía hacia España, la noticia del asesinato del Sr. Cánovas.

Todos los periódicos dedicaron larguísimo artículos al suceso, describiéndolo en todos sus pormenores, comentando las consecuencias y enalteciendo las cualidades del Sr. Cánovas (1).

A la vez publicaron numerosos telegramas y correspondencias de Madrid y datos biográficos de aquél, de que se nos facilitaron algunos apuntes que no utilizamos por diferenciarse poco de los varios contenidos en esta obra.

THE TIMES

En su número del 9 de Agosto escribió lo siguiente:

«Con el brutal y estúpido asesinato del señor Cánovas, los anarquistas han proporcionado á la Humanidad una nueva razón para considerarlos como implacables enemigos de la sociedad.

El crimen que ha robado á España uno de sus más hábiles y el más universalmente respetado de sus hombres públicos, parece ser la venganza anarquista por las ejecuciones de los conspiradores de Barcelona, lo mismo que el asesinato del Presidente Carnot, una venganza por el castigo de Vaillant, Henry y otros criminales que habían cometido sus crímenes en París. Es difícil imaginar el resultado que esos infames pretenden alcanzar, á no ser la cruel satisfacción de su vanidad. Pero deben

(1) Por lo tarde, sin duda, que acudimos en busca de periódicos ingleses, según indicamos al principio de esta segunda parte, aunque con relación también á otras naciones, no pudimos obtener mas que *El Times* y algunas referencias de lo escrito por otros periódicos. Siempre, según se nos ha dicho, hubiera sido difícil lograrlo, pasados los primeros momentos, por acomodarse la tirada de los periódicos en Londres á la venta ó necesidades del día en que se publican.

tener la soci que cu que ar persor rromp mento

Los bles, (defens ses. Lo gar es: asesina tado: anarqu rror y rectas res de protes: nacen el sent nes de el celo jactan la civil

«Sin nuar 1 sientar vidas. l miedo así fue: senten

La 1 coloca la Reix innocent

Cáno tinguid gurame ca debe yor agr

«Los y aun

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL O

ción de todos los hombres civiles del acto de un monomaniaco

novas, los anarquistas han des-
los pocos hombres fuertes que
to en la brecha en los días más
storia de España.

ría hallar argumento más ex-
la propaganda anarquista, que
de que los anarquistas ende-
más reconcentrados y sus aver-
grientas contra hombres de esa
éritos y de ese patriotismo. »

• • •

iero decía el mismo periódico
o del Sr. Cánovas era el acto
tico, lamentando que un cierto
religionarios del asesino aca-
nbarcar en Inglaterra, presen-
como mártires, sino como hé-

THE DAILY NEWS

atentado del Sr. Cánovas—es-
ho desaparecer á uno de los
capaces de dirigir el Gobierno
gente por en medio de las tre-
ades que le asaltan y le rodean
sa.

riotas servirá de algún consue-
el Sr. Cánovas no ha caído por
al de ningún español. »

DAILY CHRONICLE

o de D. Antonio Cánovas del
rá el anatema de todo el mun-

palabras para expresar el ho-
usa el abominable suceso.

pueblo español el testimonio
patía y participación en su pe-
lida del eminente hombre de
nrado jefe político y del per-
o. »

DAILY TELEGRAPH

l Sr. Cánovas era el verdadero

tipo de lo q
con el nomb
que utilizó p

Partidario
constitucione
tido modera
la soberanía
que costara.

Dice que e
po eminente
cuyas más re
de la Casa de

Después p
to europeo p

Aconsejaba
añadiendo q
salvar las di
diendo á las
taba que la
ñor Cánovas
das en Espa

THE NEW

El 10 de A
consecuencia
muerte del S
entre otras
tiempos en q
puesto en v
nes, y hasta
una guerra
do, por fort
María Cristi
de cosas y c
los profundo
cos que divi
asegurarse q
ha estado E
ha demostr
te el Gobier
llaman algun
nocimiento d
todos los esp
han protesta
uno sólo hay

pero que el atentado de que se trataba debía estrechar más y más los vínculos que unían á los pueblos latinos.

La *Opinione* y la *Fanfulla* aconsejaban un acuerdo internacional con tal motivo, añadiendo el primero que la Italia renegaba del italiano que no era el autor de un atentado, sino de un asesinato.

La Italia escribía que era necesario lavar, costara lo que costase, la vergüenza de ver á Italia tan grande, tan admirada, menospreciada por la siniestra enormidad de sus asesinos. Impónese—añadía—esta medida de higiene social.

La *Messagero* publicó una extensa biografía del Sr. Cánovas.

L'*Observatore* y la *Voce della Verita* expresaron que esos hijos degenerados de Italia, aludiendo á los anarquistas, pertenecían á las nuevas generaciones ateas y masónicas liberales.

La *Tribuna*, en su número del 10, publicó un artículo, reproducido por el Sr. Pérez de Guzmán, en el que dió á luz en *La Epoca*, correspondiente al 8 de Agosto de 1900, con motivo del tercer aniversario de la muerte de Cánovas (1), y además los datos sobre éste que se transcriben á continuación:

«Antonio Cánovas del Castillo nació en Málaga en 1828. Hizo estudios brillantes, dedicándose en los primeros años á la literatura. Por algún tiempo tuvo con éxito un curso en el Ateneo de Madrid. Electo diputado, no tardó en hacerse notar por sus talentos oratorios.....

.....
Era un literato que valía....

A fines de 1855 fué investido de una importante misión cerca de la Santa Sede, y durante los dos años que pasó en Roma escribió, bajo forma de cartas, dos de sus más importantes trabajos literarios: uno sobre el *Saco de Roma*; el otro sobre la *Batalla de Pavía*. Ha publicado también una obra sobre el teatro español contemporáneo.»

En los números posteriores del 11, 12, 13, 14 y 15 de Agosto dió noticias, tomadas de los periódicos de Madrid y otros extranjeros, sobre el atentado de Santa Agueda.

* *

La *Vera Roma*, en su número 33, correspondiente al 15 de Agosto, escribió, por su parte, lo que transcribimos á continuación:

(1) Página 123.

sas necesidades financieras, que centuplicaba los obstáculos sobre el camino del nuevo Ministerio.

Cánovas afrontó resueltamente este arduo y complejo problema; su Gobierno atravesó crisis violentísimas; pero, en conjunto, la situación política no había empeorado.

La época del último Ministerio Cánovas es una de las más movidas que registra la Historia española en los últimos tiempos.

La rebelión en las Antillas y en las Filipinas exigió esfuerzos enormes de parte del Gobierno español; un fuerte dispendio de hombres y en dinero fué necesario para domar la revolución colonial. Cánovas no retrocedió ante las inmensas responsabilidades que contraía. Mantúvose firme en la tesis que la rebelión armada debía ser vencida con las armas y que tan sólo cuando el último rebelde se hubiera sometido, España podría inaugurar la reformas políticas y administrativas en sus colonias.

Ni la amenazadora intervención de los Estados Unidos valió para hacerle ceder; hizo frente con entereza á la intrusión americana y supo poner á salvo la dignidad española de toda ofensa.

También en el interior su política se inspiró siempre en la mayor energía; los partidos

PERIÓDICO

El periódico *Caffaro*, en su número del 9-1 de Agosto, publicó lo que transcribimos á continuación:

«¡Triste privilegio el de nuestra Patria, de proveer á la anarquía de todo el mundo de asesinos de los jefes de Estado! Ayer era Carnot, hoy es Cánovas; y así como ayer el asesinato del Presidente de la República francesa echaba una sombra de desconfianza y de censura sobre nuestra Nación, el asesinato del primer Ministro de la Reina de España renovará en contra del nombre italiano todos los odios, todas las maldiciones, todas las calumnias que antiguos y arraigados prejuicios, leyendas de brigantes y un período doloroso de historia han contribuido á crear y acreditar en contra de nosotros.

La pérdida de hombres de la talla de Cánovas—añadía—no puede ser más sensible y dolorosa, ni más grave el momento elegido para ese crimen nacional, por la situación que atraviesa España. Cánovas era un estadista de gran valer, no sólo en España, sino en Europa. Su figura se hombraba con la de los hombres de mayor importancia y más cultura que han estado al frente de los Gobiernos de sus naciones. Era un orador de primer orden, fácil y elegante, y concluía así: «Tomamos parte en el dolor que aflige á nuestros vecinos, y que ha de aumentar sus aflicciones internas y externas, sintiendo vivamente, como ellos, esa lastimosa é importantísima pérdida. Es una pérdida europea.»

* * *

En el mismo número publicaba unas notas biográficas de Cánovas, y en el correspondiente al sábado 14, después de consignar el destino ó la fatalidad de Italia de ser hijos suyos los ejecutores, casi exclusivos, de crímenes como los ejecutados en Carnot y Cánovas, y de exponer que los Gabinetes europeos deben pensar en medidas represivas que eviten ó impidan esa clase de delitos, decía que «la muerte del último, ó sea de Cánovas, por las circunstancias que la rodeaban, era un acontecimiento europeo, y tal vez universal. La inminencia de un conflicto con los Estados Unidos había hecho que se condensase la atención de todos en aquella figura eminente, que, consubstanciando el orgullo de la Patria, podía dar muestras de una energía extraordinaria y alientos, á proporción que acreciesen los peligros. Como Castelar, nos inclinamos

al mismo, y que tanto en la capital como en las playas donde veraneaban los españoles, fué general el sentimiento que produjo el crimen.

En Figueira se suspendieron los bailes y conciertos preparados, luciendo al Casino español colgaduras negras.

En Granja se celebró una misa en sufragio del señor Cánovas. Ofició en ella el obispo de Bethsaida y asistieron, entre otras personas distinguidas de la colonia española, los Sres. Puigcerver, conde de las Almenas, Sánchez Román, Magar, Sellés, Santos y Lara; generales Sánchez Gómez, Lletget y barón de Pallares.

respet
de tac
guna
guntin
gozanc
vuelto
cuanto
recimi
maner
imposi
. . . .

«Per
muerte
va inte
con la
y si p
algún
vérico
gura p

Hom
gares,
que ap
Nación
vitalid
de sus
sean s
el part
da de
paña, l
lo mis
todo p

Si F
de, ser
lante
fundid
lante d
hasta

con su
la solu
domin
te de
memor
su exis

Esto
Cánov
ellas—
sament
con la

rida que la inflige una mano alevosa y cobarda.

Nosotros no creemos, no podemos creer, que la muerte de D. Antonio Cánovas se deba al acceso de locura de un miserable cualquiera; en el vil matador que ha herido con su revólver un corazón cuya nobleza era indigno de comprender, y un cerebro cuyas sublimes especulaciones no podía siquiera concebir, no vemos sino un instrumento misero é inerte, casi tan inconsciente como el arma de que se ha valido. Esa bestia con forma humana, ese repugnante extranjero—un español no podía mancharse con tan villano crimen—ha sido excitado, sugestionado, arrastrado al acto impulsivo por otros infames, aún más odiosos que él, que, cegados por su aversión al nombre español, no han vacilado en dirigir la torpe mano de uno de esos imbéciles morales, excrecencias monstruosas de la humanidad, que están siempre dispuestos á representar el papel de sicarios y que creen alcanzar gloria cuando se hunden bajo el peso de la execración universal.

No se entreguen, sin embargo, á ilusiones excesivas los menguados que crean haber postroado á la causa de España con el asesinato del primer Ministro de la Corona y del más autorizado representante de la opinión pública. Nada hay tan odiosamente inútil como el crimen político. Se mata al hombre, pero se le sublima, se glorifica su recuerdo, se le rodea de una aureola prestigiosa que nada puede borrar, y el que no era sino un jefe de partido obedecido por unos y combatido por otros, se convierte en un mártir, admirado y respetado por todos; su nombre pasa á ser una bandera, el reguero de su sangre una senda gloriosa que el honor impone seguir y á cuyo término se encuentra la victoria.

Cánovas asesinado ha de ejercer sobre el pueblo español aún más influencia que Cánovas Presidente del Consejo de Ministros, dueño del Poder y soberano de hecho en la política de la Restauración desde hace veintidós años. Ahora se inaugura un nuevo período de su gobierno, y nunca habrá sido tan extensa y tan acatada su jurisdicción como desde el momento en que ha dejado de ser hombre, sujeto á las limitaciones y deficiencias de nuestro linaje, para transfigurarse en fórmula sagrada, en apóstol y mártir de la honra nacional, en símbolo del noble orgullo de la raza es-

pañola que sabe vencer aun después
¡Honor eterno á
Cánovas del Castil

Además publicó
puesto que la mues
ficó el día 8—unos
completos que her
ríamos con gusto si
blicado ya otros v
mos á dar otros, in
Prensa y en *El Día*

L

Al día siguiente
novas, ó sea el 9
que muchos perió
precedido de un
table artículo que,
tinuación (1):

Cánovas del C
en S

«Cánovas del C
minante de la polí
nado como él su e
período de veintid
tantas cóleras, ha
ha tenido el Gobie
les. Después de t
marck, era quizá
mejor preparado,
tes más excepcion

Por eso una neci
completa, tendría
que examinarlo be
lítico, de orador, d
de financista, de e
conceptos ha brill
pero tenemos for
recordar algunos
los actos más im
nido, ya como re

(1) Suprimimos, p
los datos biográficos
gando una vez más q
le atribuye en el pe

mase una sola nación. En una de sus obras dice:

«España puede ser todavía una gran nación continental y marítima, uniéndose pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano y extendiéndose por la vecina costa de África.»

Cánovas figuraba entre los primeros oradores políticos de España. Una de sus cualidades más características era su facilidad para improvisar teorías, que verdaderas ó falsas, se presentaban siempre bajo brillantes apariencias.»

Cánovas íntimo.

Hace algunos meses Rubén Darío publicaba en este diario una ligera semblanza de Cánovas, de la que entresacamos los siguientes rasgos:

«Populares son por la caricatura, sus ojos, sus espejuelos, sus bigotes y su imperante gesto.

Cánovas vive en su mansión de la Huerta, como un potentado. Muchas veces se ha hablado de esa rica morada en donde vive el primer estadista del mundo actual, según opinan algunos.

La *terre* es famosa; la biblioteca mucho más; todo el recinto es un encanto, y la emperatriz de todo eso y de D. Antonio, además, es la dama elegante y vivaz á quien los amigos de la casa llaman concisamente «Joaquina».—doña Joaquina de Osma, una espléndida persona, exuberante de vida, hermosa y culta, que habla el español con la erre parisiense. Cierto es que en las recepciones de Cánovas lo que más se oye hablar es francés.

Entre todas aquellas elegancias, la dueña de casa discurre, llenando con su amable presencia y animando con su conversación los grupos de invitados, en las recepciones.

En esas fiestas, el talento del viejo Cánovas chispea.

Quien estas líneas traza, ha visto y oído entre un sinnúmero de personajes de distintas nacionalidades, con un tacto que revelaba la frecuencia de la vida cortesana y diplomática, hablar á cada cual de lo que más de cerca le interesaba, sin olvidar nombres, detalles per-

sonales, títulos de libras y toda suerte de *az vas*, con la firmeza de vibraba, iba y venía, t contagiosa juventud.

En su mesa solía que se refieren las algunos americanos. Su jicano Riva Palacios, centroamericano de P

Siempre tiene extados.

Su mesa es de primer le á la luculeana me amor de los mejores brotar de ideas, de oc de anécdotas, en que su Andalucía, y doña París y su Madrid. Y nistro, lleno de vida, relampagueándole los un dominador.»

Cánovas y la

«Un distinguido cab tado á nuestro país e siguientes líneas, llez neidad:

La muerte del Sr. C mer Ministro del Go hombre de Estado de meros hombres de Eu mensa, no sólo para para todos los pueblo

Cánovas del Castill con Gladstone y Bism te trilogía cuyos destu brado ó conmovide la veinticinco años, ya e brantes de libertad y plandores siniestros de tiránica prepotenci

No es mi ánimo bos grafía del ilustre Cánc see los elementos ne es oportuno, impresie salvaje crimen.

Pero los que hemos cerca, en los veinte af mientos, la labor rud rácter indomable y po ro hombre de Estado,

más escrupuloso, para animar la fisonomía del estadista y acentuar el carácter del político que más ha actuado en la España contemporánea.

Habría quien discuta la capacidad intelectual de Cánovas del Castillo; podrán las pasiones partidarias, tan encendidas siempre en los pueblos meridionales, regatearle los quilates del talento, la extensión de su cultura ó la profundidad de sus ideas; pero habría que negar la evidencia misma, para desconocer en él la existencia de una vigorosa personalidad, forjada entre los rigores de luchas varoniles, cualquiera que haya sido el auxilio que recibiera del concurso fortuito de las circunstancias.

La cualidad que decide del destino de cada hombre, la que marca cada individualidad con sello indeleble y hace que algunas se destaquen sobre la mansa grey y se impongan á las miradas de la multitud; eso que llamamos el carácter, cifra y compendio de una voluntad de hierro, servida por una inteligencia luminosa, fué en el hombre que acaba de caer en medio del combate, el resorte secreto de su fuerza, de su poder y de sus triunfos.

Muchos actos de su vida pública comprueban esta apreciación. Desligado de los partidos en que ha militado, cada vez que disenta de sus aspiraciones ó de sus rumbos, se le ha visto marchar solo y proceder por su cuenta exclusiva siempre que la previsión de los acontecimientos le aconsejaba señalar nuevos derroteros á la política de su país.

Así se le vió mantenerse aislado durante el reinado de D. Amadeo de Saboya, seguro de que no podía arraigar aquel ensayo de Monarquía revolucionaria, en tanto que sus correligionarios de la Unión liberal tomaban parte en la revolución del 69 y ofrecían sus servicios á aquel Monarca.

De igual modo se retrajo de toda intervención, á pesar de haber sido especialmente solicitado su concurso, cuando derribada la República el 3 de Enero de 1874 por el golpe de Estado del General Pavia, convocó éste á los hombres notables de todos los partidos, para que organizaran la nueva situación política. Se dió cuenta de que tal estado de cosas tenía que ser transitorio; entendió que la solución de aquel tormentoso período no podía ser otra que la Restauración de la Monarquía con D. Alfonso XII; y al ver que las demás opiniones

disentían de la suya de la política activa no preparase las transformaciones

Hombre de ley y aspiraba á ver restituido el voto del país representado por el general Martínez Campos en la elección de estos planes. En el mes de Agosto de 1874, en Sagunto, tras de una gran variedad de proyectos, Cánovas sumados, para dirigidos por los poderes otorgados, y de la previsión de proveer al Ministerio-Regencia del Rey.

Era temor generalizado que la Restauración contra los vicios que todas las dinastías se caracterizase aquélla por las presalias; pero Cánovas dijo en su célebre frase: «*¡Viva España!*», y con las prevenciones y celos.

Se ha hecho un hombre de ley en el Castillo por su olímpica autoridad; no ha sido sino la realidad. Durante mucho tiempo español una no ha sido disputado cuando con él midieron Azcárate y Salazar estaba sostenida conocida y por el rey fué hunca la ciega; ni los galardones de

Los pormenores como literato, como además de que son podrían caber en una ca como esta, que es de un testimonio de fama á un hombre ilustre de su Patria. Espíritu y todas las fuerzas pero tampoco podrían los momentos de existencia.»

.....

cuantos no se someten á su pontificado intelectual y político.

Tal vez amargado por el triste conocimiento de los hombres que adquiere en las altas esferas del Gobierno, mira á los demás con desdén difícilmente disimulado.

Cortés y comedido en los debates de los Cuerpos colegiados, es, por el contrario, en las conversaciones de su tertulia maldiciente y agresivo hasta la crueldad, sobre todo con los que, militando bajo sus órdenes, alardean de independencia, porque en sus relaciones políticas se ajusta estrictamente á la máxima del Evangelio: «¡ Quien no está conmigo, contra mí está! »

Los favores que ha repartido y reparte á manos llenas, le han granjeado numerosa y dócil clientela; pero es más temido que amado, y son muchos más los enemigos mortales que le ha creado la intemperancia de su vena satírica inagotable, porque la natural ingratitude del género humano olvida con más facilidad un beneficio que una burla.

El convencimiento de su superioridad indiscutible ofusca á menudo la clara inteligencia del Sr. Cánovas del Castillo, y es absorbente hasta un extremo en realidad asombroso. En cuantas situaciones ha presidido, él ha sido Ministro universal.

Sus demás compañeros de Gabinete han sido y son, como sucedió en las monarquías absolutas, meros secretarios del despacho, ó más bien humildes y sumisos ejecutores de su voluntad suprema. El lo piensa todo, él lo dispone todo, él lo organiza todo, él lo es todo, él forma ó disuelve sus Ministerios, sin contar para nada con los que van á ser ó á dejar de ser Ministros, como ha acontecido durante la última crisis, en que los demás consejeros de la Corona han estado cuatro días sin saber por qué habían dimitido, ni si estaban vivos ó muertos.» (1)

.....

(1) No pasamos de aquí porque lo demás son apreciaciones—aunque correctas, como de la pluma que proceden, al fin de adversario político—sobre la negativa del Sr. Cánovas á satisfacer la susceptibilidad del partido liberal, por cierto incidente que tuvo lugar en el Senado, y que motivó el acuerdo de retraimiento del mismo. Los liberales podían opinar así ó como el señor Núñez de Arce indica, pero los conservadores, no, sin que valga decir, en apoyo del proceder de los liberales, que un disidente del Sr. Cánovas, que hasta entonces no

q

E
h
si
y
mm
p
te
diq
m
p
es
O
esde
E
diol
vi
pe
bipe
A
se—
ha
al
du
el
co
se
y
ta.
est
186
vel
ra

Cánovas del Castillo y la decadencia
de España.

A

EN LA MUERTE DE

«Uno de sus biógrafos, español como él, ha dicho de Cánovas del Castillo que «vale más que su país».

Esto lo dice, pero no lo siente la altivez hispana. Es un desgarramiento de corazón, y nada más; un grito de dolor que á la propia grandeza de una nación homérica, arranca la aflicción en sus desgracias.

Nada hay en España que sea superior á España. Ella hace á su imagen y semejanza sus héroes y sus grandes estadistas. Esta fué en todo tiempo su historia; y ésta es también la historia de la humanidad. Sólo en pueblos en formación pueden darse hombres superiores que valgan más que su país; en pueblos ya formados, cada nación funde en su propio molde sus héroes, sus oradores, sus artistas, sus literatos, su grandes capitanes y sus grandes estadistas. Esto hace precisamente la gloria de Cánovas del Castillo: es como la síntesis del genio español.

Por eso al evocar su nombre yo me inclino ante la grandeza de España, de que fué aquél la más alta personificación; pues yo no confundo la decadencia con las desgracias de una nación, siempre que ésta conserve su alma, su espíritu, su aliento, como lo conserva España, y la vemos reproducida en el estadista eminente que al expirar, víctima de los errores de su siglo, vinculó su gloria á la gloria de su propio país, en este grito en que se exhaló todo su aliento, su espíritu colosal, su alma española toda entera: ¡Viva España!»

M. D. PIZARRO.

* * *

«La vida de un gran hombre no se rescata con el último suplicio de su malvado victimario: así nos lo dicen de consuno la razón y la conciencia; y siendo el patíbulo el medio más terrible inventado para la expiación del crimen, es á la vez la más solemne demostración de la impotencia de la justicia humana para por sí sola satisfacer aquella.»

EUFRASIO S. LOZA.

Agosto, 22 de 1897.

Sube, Genio inmo
Mártir que llora inco
Apurando su cáliz d
Te hirió traidora la
De la secta infernal
De tu esposa querid
Mordió tu corazón o
La sierpe maldecida
Y al par que hondo
Del mundo entristec
Del monstruo vil, sa
Oyóse de placer el .

Allá, del mar rem
Te llegan con horror
Cuando el sepulcro
¡La nave irá sobre l
A merced de los vie
Extinta su energía
Apagado en los cieli
Aquel Astro de Ciel
Muda en el Parlame
Tu porvenir incierto
España, ¿cuál será,

El mismo, el mis
Cuando la Cruz flam
Cuando en Lepanto
Con tu pujanza la n
Cuando besó tu frág
La tierra americana,
Al sonrosado albor d
El mismo de Bailén,
De Otumba y Castill
No has borrado la C
Castillos y blasones
Profesas su doctrina
Serás eternamente,
La gran madre latin

Para llorar tu duel
Triste Nación, ¿qué
No se enlutó? ¿Qué

cruentísimo combate ocasionan á España la pérdida de cien mil hombres. ¡Tal era el valimiento en los momentos actuales del Sr. Cánovas del Castillo!

Su trágico fin ha arrancado un grito de profunda indignación á todo el mundo civilizado, que ve con horror la tendencia destructora de los sectarios del anarquismo, que eligen sus víctimas en los más ilustres y más grandes hombres de Estado.

Y que el primer Ministro español era un grande hombre, lo dicen bien alto las manifestaciones universales de dolor que su muerte ha suscitado: Gladstone, reputándolo el primer hombre de Estado de Europa, y Bismarck *«que jamás se había inclinado ante ningún hombre y se inclinaba ante la memoria de Cánovas del Castillo»*.

Ya no le veremos, como en la cuestión de Las Carolinas, dominar en sí su temperamento batallador y llevar al mismo tiempo por el camino de las energías moderadas, que evitaban conflictos internacionales, la genial altivez de nuestro pueblo.

Ya no iluminará con los destellos de su vasta ciencia los amplios salones de la Academia de la Lengua, de la Academia de la Historia y del Ateneo Científico y Literario.

Ya no resonará en el Parlamento español su autorizada voz en los altos y serenos debates ó en las tempestuosas discusiones. Sus improvisaciones admirables, su lógica contundente, su réplica, que era á la vez ariete formidable, ya no fulminará á sus adversarios; pero aquel grito de *¡viva España!* que brotó de su corazón y apenas vibró en sus labios al extinguirse su vida, aquella condensación de todas las energías de su ser en un único y último pensamiento que, al apagarse la luz de su muerte, dedicaba á su Patria, resonará en el corazón de todos los españoles como el último supremo anhelo del patriotismo, como una gran enseñanza que nos lega el primero de nuestros hombres públicos, al vivir por España y para España y al morir pensando en ella.»

ROGELIO MARTÍNEZ.

* *

«La vida del ilustre, del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido muy fe-

cunda. Me sería de ella; por esas mismas palabras: último pensamiento españoles debemnes. España debguir la ruta que l Deben luchar con esfera de acción, España cumpla e ciales destinos, e dopoderoso permuerte hoy lloran duzca á nuestra lealtad y la grand

A continuación mejor escrito artículo sobre *La conspiración* ducimos, con se abreviar éstas ya

«Hernán Cortés, Golfo de Méjico, glo XVI, inmortal con hechos de tal i Cánovas del C glo XIX la situación muriendo al grit mano aleva de u un lugar preferen hijos de ese hero

Siguen otros d Sres. D. José Ma Rodríguez de la que ama y adm Patria de su pad admire, porque e segundo, atribuy rimentan á habe doctrina, sin vol glo XX la funesta el individuo, en l

Continúa luego

DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

través de los tiempos, los que a existencia se detienen ante las que guardan las cenizas de las de sus altos ideales, el viator tirso de los laureles que flo- huesa para ir á entregarlos á s que se inician, á fin de que, n ellos, se inspiren en la obra ualidades que supieron levan- tus de gigante, labrando un ueblos y á las razas, y dejan-

do á su paso la estela luminosa de las grandes virtudes y de las glorias eternas. »

LUCIO STELLA.

* * *

Por separado, y al hablar de las manifestaciones de duelo y funerales hechos por el alma del Sr. Cánovas, se da cuenta y publica casi íntegra, entre otras, la oración fúnebre pronunciada en los que tuvieron lugar en Córdoba y dió á conocer *Los Principios*.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

bilidad de reproducir todo lo eriódicos norteamericanos con erte del Sr. Cánovas, nos li- ctar lo más importante, injus- víctima de Santa Agueda, pu-

blicado en los días 9, 10 y siguientes del mes de Agosto de 1897. Bajo el punto de vista político, ó de la pérdida posterior de nuestras Colonias, es de lo más interesante que contiene este libro.

PERIÓDICOS DE NEW YORK

I

EL NEW YORK

Cánovas del Castillo, el más e de Estado de España, que rono á los Borbones y era su n, ha caído herido de muerte por no. Si algún asesinato permite ambie el mapa del mundo, es

la situación actual, era Cá- stante sus cualidades magni- y de patriotismo, era de un able el mantenedor de la vio- era tan grande que, una vez dio, son de esperar las más li- encias. Cuba puede y debe er independiente. Pero aún

ha de evitar el robo consumado dos.

más que esto, es indudable que los Borbones españoles deben irse preparando á un nuevo destino que deje el campo libre al gobierno del pueblo por el pueblo. El asesinato es cosa repro- bable, pero en esta ocasión, dadas las condiciones del desgraciado primer Ministro, hay que reconocer que puede producir el es- tablecimiento de dos nacionalidades republi- canas, donde hoy impera una monarquía mi- litar despótica... »

II

THE NEW YORK WORLD

En su número del 9 de Agosto y bajo el epí- grafe *Acto providencial*, escribía:

« El Coronel Aguirre afirma que la muerte de Cánovas significa la independencia para Cuba y es un acto providencial. Los cubanos van á por fin á ver realizados sus ensueños de li-

V

NEW YORK JOURNAL

El asesinato de Cánovas.

«El Rey de España es un niño que tiene ahora once años de edad. La Regente es una mujer, débil como tal. En Cuba, la revolución se mantiene, y sucede lo mismo en Filipinas. Y hoy Antonio Cánovas del Castillo, el poderoso hombre de Estado que restauró á los Borbones en el Trono, y que les sostuvo hasta aquí con su fuerza irresistible, ha caído muerto por un asesino. Si alguna vez, como dice un colega, el asesinato amenazó con cambiar el mapa del mundo, es ésta.

Cánovas era, ante todo, un ardiente monárquico. Desde 1854, que entró en la vida pública, no ha dejado de figurar ni un solo día en lugar preeminente de su país, ni de robustecer á todo trance la dinastía borbónica, tan necesitada de protección.

Durante la fugaz intentona de República, Cánovas adoptó una actitud de dignidad y de patriotismo. Poseía dos de las más grandes cualidades que se requieren para ser la cabeza de un Estado: conocer y aguantar las exigencias de su tiempo y dominar su propio temperamento.

En el Parlamento republicano hizo una campaña admirable, refrenando la ira que encendían en él los ataques de que era objeto, y dejando que aquellas instituciones cayeran despedazadas por sus mismos mantenedores, para que el espíritu público otorgara resueltamente sus simpatías á la causa monárquica, ya rodeada de prestigios y de esperanzas, gracias á sus trabajos incesantes. Cánovas, que dirigió la educación del Rey enviándole á una Academia militar inglesa, fué su primer Ministro. A su viuda y al actual Rey los ha servido con el mismo empeño é idéntico desinterés. Su tacto exquisito y su admirable prudencia evitaron una revolución á la muerte de Alfonso XII, y tales condiciones, sumadas á una indomable fuerza de voluntad, que ha crecido en imperio y en influencia con los años, le han permitido gobernar con mano de hierro, y admirado de amigos y adversarios, hasta haber reducido á la impotencia, estado en que hoy se encuentra, al partido republicano español.

Cánovas, iría, que el p que únicame los rebeldes daría liberta el cimiento e borbónica, le el hombre qu aguerridas, e tuciones vige inteligencia sorprendente patriota, que servicios. Ta que, una vez más trascendi de ya prepar

Siempre es barrera infra libertad y de de insustituil primer Minis su muerte, ur

«De cuanto de Cánovas, raré el triunf yor obstáculo

Durante un el alma de su reconocido h carlistas y lo 1874 preparó la Monarquía El fué quien pos para ven que guió, aco joven y aban rro, y el que turbulencias fué el más de gente, hacien siempre fuer Regencias; é la Monarquía

gicas instrucciones eran tan bien cumplidas por los diplomáticos de su país, que ya el Presidente Cleveland comprendió que, amistosamente, no podía intervenir en la cuestión de Cuba. Todo esto cambia con la muerte de Cánovas. »

* * *

En el *Hotel Central*, un influente cubano afirmaba que la desaparición del ilustre estadista significaba la libertad de Cuba antes de un año.

* * *

El Mayor Antonio Serrano, miembro de la Junta Cubana, que tomó parte en la última guerra de los seis años y que tiene ahora dos hijos peleando á las órdenes de Calisto García, no ocultaba anoche su complacencia por las noticias recibidas de Madrid. « Ellas—dijo—deben traducirse, no sólo por la caída del partido conservador, sino por la derrota definitiva de las tropas de Weyler. Ahora, sin Cánovas, el conflicto no tardará en resolverse; dará á los insurrectos nuevo vigor y nuevos desalien-

tos al ejército d que aumentarán opresoras, y las por la libertad. ¿ espero de la mue

Lamento el ase vación de nuestra rá de júbilo á los tenderá como el voluntades que « de Cuba. »

THE

«Cánovas era « gencia y sus dotes políticos de Esp. Durante muchos la política de su comparable y recursos intelectuales jamás por nadie superados. Naturalmente, su pérdida es inmensa para el partido conservador y para España. »

PERIÓDICOS DE FILADELFIA

IX

PHILADELPHIE PRESS

9 Agosto.

« Después del asesinato, ¿ qué? ..

La muerte de Cánovas no es solo la remoción de un primer Ministro. Los Ministros van y vienen. La falta de un jefe, casi siempre encuentra otro preparado para serlo.

Pero Cánovas era mucho más que un primer Ministro; más que un jefe de su partido, era todo su partido mismo, sustancial y absolutamente. Su imperiosa fuerza, su decisión incontestable, le conquistaron adeptos. Durante veinte años ha mantenido el cetro de España...

¿ Quién le sucederá? Tal es el gravísimo problema planteado por el asesino.

Nadie en el partido conservador posee el genio avasallador y las dotes de mando de Cánovas. Todos carecen del prestigio inmenso que era necesario para sujetar á los diversos elementos de que se compone la parcialidad.

Se avecina tremenda crisis, en la que se desatarán los odios y rencores furiosos que hasta aquí encadenó Cánovas. Cánovas podía prometer reformas y libertades para Cuba únicamente después de que los insurrectos depusieran las armas y se rindieran á discreción. Sagasta, su más probable sucesor, las concederá desde luego, empezando por destituir al bárbaro Weyler...

* * *

PERIÓDICOS

XI

CHICAGO JOURNAL

Sostiene que la bala de un fanático ha resuelto de golpe cuestión tan larga y enojosa como la de Cuba. La tenacidad y el imperio de Cánovas iban ya haciendo interminable el conflicto.

XII

CHICAGO CHRONICLE

10 Agosto.

Procedimientos asesinos.

« El efecto del asesinato de Cánovas ha sido todo lo contrario de lo que la Junta revolucionaria cubana esperaba. Ha unido á todos los partidos españoles y ha restado simpatías á los patriotas cubanos en todas las partes del mundo. Quizá suceda esto con injusticia, porque no resulte exacto que la comisión del crimen haya sido inspirada por los patriotas cubanos.

Pero la mejor política de los amigos de Cuba debe consistir ahora en protestar del crimen de que ha sido víctima el más grande hombre de Estado que jamás tuvo España. No pueden ganar fuerza afirmando, como algunos lo hacen, que el asesinato interesaba á la libertad de Cuba, y que ésta es ya un hecho, merced á la desaparición de Cánovas. No creemos en la virtualidad del procedimiento del asesinato para que se realicen las victorias de la libertad. »

1.^a Los insurrectos depondrán las armas en las seis provincias de la isla.

2.^a Todos cuantos hayan tomado parte en la insurrección serán perdonados por España, y ésta les facilitará los medios de salir de la isla ó de fijar su residencia en ella si lo desean.

3.^a Los repatriados que desde fuera de la isla hayan fomentado ó ayudado la insurrección, igualmente perdonados por España, recibirán de ésta los medios para volver á la isla si quieren.

4.^a Autonomía completa de Cuba.

Estas bases son ampliación de las que en un principio estaba Cánovas dispuesto á promulgar. Pero como no se mencionan en ellas ni el extremo de la Deuda en que ha incurrido España por la fuerza, ni la naturaleza ni extensión de la autonomía que se brinda, no se puede juzgar con acierto del alcance ni valor de la oferta.

Muerto Cánovas, todo queda en suspenso.»

PERIÓDICOS DE ATLANTA

XVI

THE CONSTITUTION

«La muerte de Cánovas alegra á los cubanos. La colonia cubana de Atlanta manifiesta gran entusiasmo por el asesinato.»

«Lo creen una bendición para Cuba.»

«Cambiará la situación política de la isla.»

«Opiniones de americanos eminentes acerca de la muerte.»

«Todos ellos estiman que la muerte de Cánovas significa mejores tiempos para Cuba.»

* * *

«Los cubanos de Atlanta están entusiasmados con la muerte del Presidente del Gobierno español. No hay ninguno que no muestre la inmensa satisfacción que el asesinato ha causado.

Todo el día de ayer lo pasaron los cubanos hablando del suceso. El Club Cubano de la calle de *Peachtree*, era el centro de mayor animación y donde los fugitivos de la lucha en la manigua cambiaban impresiones acerca del hecho.

Estiman los patriotas que la muerte de Cánovas significa el fin de la guerra. Puede decirse que la insurrección ha ganado su última batalla.

El doctor Juan Plá, uno de los cubanos más importantes que residen en nuestra ciudad, no cabía ayer en sí de gozo: el asesinato traerá consigo la inmediata llamada á España del brutal Weyler.

.....

Casimiro Pérez, el famoso azucarero que hace meses reside en Atlanta, emite los mismos juicios: la muerte de Cánovas es un inmenso beneficio para Cuba. Cánovas, añade Oscar Pacetti, el conocido tabaquero, debió ser asesinado hace veinte años. El doctor Castroverde y otros numerosos cubanos, afirman que el triunfo de la insurrección está ya inmediato. Cánovas era la última gota de sangre que quedaba á España; su pérdida es una bendición para Cuba: significa el fin de la guerra.»

* * *

Indianópolis News, 10 de Agosto. Entre los comentarios que se hacen con motivo de la muerte de Cánovas, figura el de sostener que él exclusivamente representaba en su país el partido de la guerra. Es indudable; pero no lo es menos, á juzgar por nuestros informes fidedignos, que el partido de la guerra se compone del país entero. Tanto, que hay motivos para sospechar que el Gobierno hubiese procedido de otra suerte en Cuba, á no temer las iras de la opinión. Los mismos republicanos que ahora se congratulan de la muerte de Cánovas, le hubiesen combatido hasta derribarle si hubiese abandonado la guerra.

El Gobierno continuaba la guerra, entre otras razones, por temor á la revolución.

.....
Cualquiera que sea el sucesor de Cánovas, tendrá que luchar con dificultades invencibles; porque Cánovas podía hacer en su país lo que para su heredero será imposible.

ha regido sus destinos con tan esplendoroso brillo en estos últimos años.»

A continuación, bajo el epígrafe *Españoles ilustres, Perfiles de D. Antonio Cánovas del Castillo*, copió una parte de lo escrito por el señor D. Miguel Moya acerca del mismo, en su libro *Oradores políticos*, y por último la semblanza del propio Sr. Cánovas, del ilustre escritor don Gaspar Núñez de Arce.

En el propio número, y tomado de *La Ilustración Artística de Barcelona*, reprodujo el siguiente notable y conocido artículo del señor D. Teodoro Baró: (1)

Don Antonio Cánovas del Castillo.

«Nació en Málaga el año 1828, y con gracia andaluza decía D. José de Salamanca que á Cánovas y á él sus paisanos les echaron de allí por tontos. Vino á Madrid, en cuya Universidad cursó hasta graduarse de doctor, contrayendo íntimas relaciones de amistad con Castelar y Martos, dándose el caso excepcional de tres condiscípulos que llegaron á Ministros, á presidentes del Congreso y á académicos, ocupando dos de ellos la jefatura suprema del Estado: Castelar cuando la República y Cánovas durante el Ministerio Regencia.

Llegó á la capital sabiendo que valía y dispuesto á abrirse paso, y dado su carácter, es de suponer que jamás perdió la seguridad de figurar en primera línea. Tuvo la protección de su tío D. Serafín Estébanez Calderón, conocido en el mundo de las letras por *El Solitario*, de quien siempre ha conservado el cariñoso recuerdo de la gratitud, como lo prueban los elogios con que ha pagado al literato el apoyo que recibió del deudo. Supo lo que eran las casas de pupilos, y en las tertulias del café de la Perla derrochó ingenio á falta de dinero. Ganoso de notoriedad, aceptó la dirección del periódico *La Patria*, inspirado por el general Pavía, marqués de Novaliches, y tanto extremó los ataques á la situación moderada presidida por Narváez, que casi salía á denuncia por día, lo que le permitió ensayar en el tribunal sus dotes oratorias, después de haber hecho gala de sus cualidades de polemista en el diario. También escribió artículos literarios en *Las Novedades* y en algunos sema-

narios, y por aquel tiempo dió la última mano á *La Campana de Huesca*, novela que cuenta cuatro ediciones, y si bien no está á la altura de las de Walter Scott, no es posible confundirla con la morralla que hizo las delicias de los lectores de fantasías históricas por entregas.

Adquirió la deseada notoriedad cuando la sublevación de Vicálvaro. Buscaba la policía á D. Leopoldo O'Donnell, quien había hallado refugio en el domicilio del progresista D. Angel Fernández de los Ríos, director de *Las Novedades*. En aquel movimiento se distinguieron dos jóvenes: Cánovas y el Marqués de la Vega de Armijo; el primero, redactando el Manifiesto de Manzanares, que convirtió en victoriosa la situación comprometida de los sublevados; y el segundo, Grande de España, disfrazándose de cochero y guiando el carruaje que sacó á O'Donnell de Madrid. La primera vez el viaje resultó inútil, porque Dulce no pudo acudir á la cita, lo cual obligó á D. Leopoldo á regresar á la villa y corte, no sin peligro. Al llegar al puente de Toledo preguntóle el Marqués si corría las cortinillas del carruaje para que los guardas de consumos y agentes no le vieran. «No—contestó inmediatamente O'Donnell,—porque el llevarlas corridas sería manera segura de excitar su curiosidad.»

A Cánovas no le hace gracia que le recuerden el Manifiesto de Manzanares, porque ha puesto empeño en ser la encarnación del orden y el respeto á la Monarquía, y es aquél un documento revolucionario. Cuando de él le han hablado en las Cortes, ha contestado con brío y exponiendo una teoría, porque es hombre que siempre tiene una preparada para todas las cosas y para todos los casos, con tanta claridad desarrollada y gallardía mantenida, que si á las naciones se las gobernara con teorías, España sería el pueblo mejor regido del mundo estando Cánovas en el poder.

Por tremendo que sea el conflicto planteado en el Congreso, él en el acto expondrá con vigorosa dialéctica el pro y el contra y os resolverá la dificultad, lo que no impedirá que las cosas continúen como antes, porque si cuando habla domina las inteligencias, no domina los hechos, porque éstos obedecen á leyes muy distintas de las oratorias.

Durante el bienio fué oficial del Ministerio de Estado y después Agente de preces en Roma, donde ya patentizó sus excepcionales cua-

(1) Los datos biográficos contienen algunas inexactitudes que no vale la pena de rectificar.

obligado á eclipsarse, dejando el puesto á Jovellar y á Martínez Campos, puso término á la misión de ambos cuando lo tuvo por conveniente, porque en realidad era él quien presidía los Gabinetes que los otros habían formado. Martínez Campos escarmentó, y de entonces data su propósito de no volver á ser Presidente del Consejo de Ministros, porque tendría que depender de Cánovas ó de Sagasta, lo que no sería gallardo ni agradable.

No hay jefe que haya tenido sobre su partido autoridad tan absoluta como D. Antonio. Hacía sentir su voluntad, no consentía discrepancias, y de la obediencia nació la adulación. Cánovas vale mucho bajo todos conceptos; pero no está en situación de compartir con Lope de Vega el dictado de monstruo, que con falta de discreción le adjudicó un periódico. A fuerza de oírse llamar ilustre, como si fuese ofensa pronunciar su apellido á secas, se ha colocado y le han colocado á una altura, desde la cual ve á los hombres más pequeños por efecto óptico, y no es de extrañar que políticamente los considere ateniéndose á la talla que aparentan. Sagasta es el único que en el Parlamento le trata de tú, ó sea de igual á igual.

Cánovas es Cánovas en todas partes: en las Academias, en el Ateneo, en el Senado; pero en ninguna como en el Congreso, porque allí el ataque reviste las proporciones de la pasión, y es aquella caldeada atmósfera la que necesita el gran orador. Cuando está en la oposición se sienta en el extremo de uno de los bancos que dan al pasillo que corresponde á la primera puerta de la izquierda de la Presidencia; una vez entró distraído por otra y se encontró con los bancos ocupados por los fusionistas, quienes se levantaron riendo, ofreciéndole cada cual su sitio para que constase su ingreso en el partido. Cánovas no admitió la oferta; dió las gracias sonriendo y se fué á su puesto. Por lo regular llega al Congreso después de las cuatro, y no hay Diputado que no sienta la necesidad de verle. Los espectadores de las tribunas se dicen: «Allí está el monstruo»; los provincianos murmuran: «¡Ese es!», y las señoras le miran á través de los gemelos. La cabeza de Cánovas tiene extraordinario vigor; las pupilas no son bien parejas; el bigote es de militar retirado de la primera mitad de esta centuria, y la mosca revela que el barbero no es muy entendido en simetría, pues los pocos pelos que la forman

se corren al lado derecho; es grande la boca, cuya parte izquierda echa hacia arriba repetido movimiento nervioso, que agita desde la mejilla á los tendones del cuello; son los dientes largos y descarnados; las facciones pronunciadas, el cabello gris, abundoso, rebelde al peine; cuando levanta la cabeza la piel de debajo de la barba forma un sector que llega á la nuez. Lleva el cuello de la camisa vuelto, viste de negro y es la desesperación de su sastre, porque para Cánovas la ropa no tiene importancia, y á veces parece que la levita se le quiere escapar por la cabeza. No la lleva abrochada, y las mangas resultan largas sin serlo. El chaleco es abierto y usa cadena de reloj, y pendiente de ella un lapicero de metal precioso. Este conjunto atrae, se impone desde el primer momento, porque ejerce la fascinación de lo grande; y para dar idea exacta de la materia al servicio del espíritu, sería necesario que labrase su estatua un Miguel Angel.

Cuando es Presidente del Consejo de Ministros no suele prodigarse en las Cámaras; pero en la oposición no pierde ningún debate importante. Al llegar no falta quien le entere del curso de la sesión. En el banco de detrás se sienta Pidal y en el del lado Romero Robledo. Durante la discusión acostumbra hacer comentarios, reducidos á un par de frases dichas en voz baja. Es muy cortés en el Parlamento, y á veces se molesta permaneciendo en su banco para que el orador no tome á desaire su ausencia. Siempre hay movimiento de expectación en la Cámara cuando pide la palabra, y al levantarse fijanse en él todas las miradas. Deja el bastón en el banco; pide al Diputado que tiene al lado que toque el timbre para que le traigan el vaso de agua azucarada, con café; apoya la mano izquierda en el respaldo del banco que tiene delante, y con la cabeza inclinada, á la que imprime pausado movimiento, comienza á hablar sin estar del todo libre de emoción; y apenas ha desplegado los labios empieza la lucha de la mano derecha y luego de ambas con los lentes, que se tuercen y deslizan, y que vuelven á su posición natural sin lograr tenerlos en ella más allá de medio minuto; lucha que durante todo el discurso sostiene automáticamente, siendo tan porfiada, que si se diese cuenta acabaría por sentir el efecto del mareo, como los que en ella se fijan; pero la verdad es que nada pierde la oración parlamentaria. Perora con la cabeza

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

alturas, sin tener en cuenta
viven de administración, ó
a. No podemos dudar de que
exacta de la política; pero
que se atiene á los medios
que consiste en llevar al áni-
dano, por medio de una ad-
a y celosa, esa satisfacción
tituye la fuerza de los Go-
ue en el mismo error incu-
os políticos, lo que hace que
n regida por hombres nota-
mente administrada.»

• PORVENIR

el 10 de Agosto, y bajo el epí-
Castillo, *refando crimen anar-*
las sentidas manifestaciones de
ioha capital por su muerte;
rafía del mismo y los tele-
lencia sobre el asesinato del
r último, lo siguiente:
ia ha producido este crimen
ternación. Cánovas del Cas-
un político eminente, jefe
os del partido conservador,
istro, un orador de gran talla
nios más esclarecidos de la
mbre era familiar para todos
se consideraban honrada á
r un hombre de los talentos
a que acaba de caer al golpe
mo.»

L CHILENO

mañana, comercial, noticie-
asagró á la muerte del señor
te de su número del 10 de

on Antonio Cánovas del Cas-
r Ministro de España.

do que «desde la noche del
á circular en Santiago la no-
sido asesinado por un anar-
te del Consejo de Ministros
tonio Cánovas del Castillo.
la Agencia Havas era vago,
La Legación de España en
Gobierno no tenían noticia.

Y en medio de la emoción profunda, produci-
da por la tremenda nueva, el público aguar-
daba una confirmación, tenía esperanzas de
que hubiera un error.

Desgraciadamente, telegramas posteriores
han ido confirmando plenamente la noticia del
horrible atentado, y en la tarde de ayer la Le-
gación de España en Santiago, recibió el te-
legrama que inserta el Ministro de su nación
en los Estados Unidos, que lo ratifica.»

Refiere después que el asesino fué un anar-
quista italiano, y añade:

«¡No podía haber un español tan infame
que cortara existencia tan preciosa para su
Patria! ¡Se necesitaba para ese horrendo cri-
men un extranjero, compatriota del asesino
de Sadi Carnot!»

A continuación publicó unos datos biográfi-
cos de Cánovas, de los que transcribimos los
párrafos siguientes:

«La tribuna parlamentaria, que han ocupa-
do los más grandes oradores del siglo, cuenta
entre las glorias á Cánovas. En las más ar-
dientes batallas del Congreso nunca permane-
ció ociosa la espada toledana de su elocuencia
y su saber.

La restauración de los Borbones fué un pen-
samiento de la mente clara y poderosa de don
Antonio Cánovas. El fundó esta monarquía.
El la ha sostenido sobre sus hombros duran-
te un cuarto de siglo. A él se debió en parte
muy principal el movimiento que llevó á don
Alfonso XII al trono de España.

El 31 de Diciembre de 1874 fué nombrado
Presidente del Consejo de Ministros, y desde
entonces ha ocupado en diversas ocasiones ese
alto puesto, siendo constantemente el verda-
dero centro de la política española, el sostén
de la monarquía, la más alta cabeza de su
país.

Los últimos años han sido para Cánovas de
lucha, de inmensas dificultades, de las más
tremendas responsabilidades que pueden pe-
sar sobre un hombre de Estado.

Las guerras de Cuba y Filipinas, las penu-
rias del Erario, las complicaciones de la polí-
tica interior, la lucha sorda contra los Estados
Unidos, esos formidables mercaderes de la di-
plomacia, todo eso pesaba sobre el gran Mi-
nistro que iba caminando por entre tanto pe-
ligro salvando la honra y la integridad de Es-
paña, interpretando el sentimiento popular
español.

vió amenazada de una irritante desmembración territorial, mostróse soberbio y grande, enérgico y sublime, como España esperaba de él.

En posteriores épocas, cuando el pueblo le hizo objeto de hostiles manifestaciones, exhibióse magnífico en medio de las populares tempestades, desafiando al rayo de la pública animadversión con la austera majestad de su conciencia tranquila.

Fué entonces cuando dijo, dirigiéndose á los que le atacaban: «Pues qué, ¿pensáis que no sé que aquellos que son empuje y base de la ley se concitan el odio de los que, si han aprendido la cartilla de sus derechos, ignoran el decálogo de sus deberes?»

Cuando al Eterno le plugo arrebatár la vida á aquel Monarca que fué honor del Trono de San Fernando; cuando murió D. Alfonso XII, aconsejó á la virtuosa dama que hoy ocupa la Regencia que llamara á los Consejos de la Corona al partido liberal, y explicó su determinación y sus opiniones con una frase feliz: «A reinado nuevo, nuevos Ministros.»

En los presentes días era necesario al frente del Gobierno un carácter; un hombre que ofreciese al país garantías, en el que se tuviese fe, y el Sr. Cánovas del Castillo había logrado obtener la confianza de todos los españoles, porque todos veíamos en él la personificación de nuestras nacionales aspiraciones; el espíritu enérgico que ansiábamos, porque teníamos el convencimiento de que, aun equivocándose, todos sus actos se habían de inspirar en el bien y en el honor de España.

Pues bien; la vida de ese hombre, que en estos momentos era preciosa, ha sido arrebatada por un torpe asesino, por uno de esos oscuros y rencorosos anarquistas que quieren redimir á la Humanidad exterminándola; por uno de esos infames que vengan por medio del crimen á aquellos á quienes la ley ha hecho expiar delitos horrendos.

El feroz y sanguinario anarquismo decretó la muerte del hombre de Estado, del gran patriota, del hábil político, del sabio diplomático, del orador grandilocuente, del historiador famoso, del virtuoso y honrado español que era timbre y gloria de su patria; la bestia humana consumió el crimen, arrebató una existencia preciosa convulsionando al orbe.

Está bien. Tenemos los demás hombres que habitamos el globo el derecho de la revancha,

y, por lo tanto, todo el orbe decretará el total exterminio de la secta maldita, la destrucción del anarquismo.

* * *

Derramemos una lágrima sobre la tumba del que acabó su existencia pronunciando las frases más gratas á nuestros oídos: prorrumpiendo ese grito que nació de lo íntimo de su alma, y que representa fielmente el temple de su espíritu indomable: ese ¡Viva España!, que es la expresión de su sacrificio, algo semejante á las palabras de Jesús en la cruz, y digamos, en presencia del sepulcro del gran Cánovas, aquella estrofa de nuestro poeta:

Cayó, como la piedra en la laguna,
con rudo golpe en la insondable fosa;
ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna
como el rayo, terrible y luminosa.»

* * *

A continuación dió á luz el mismo periódico el patriótico artículo siguiente (1):

A la prensa.

«Habéis comprometido nuestra gratitud. Habéis herido la fibra más sensible de nuestra alma. Habéis demostrado, de una manera que no deja lugar á dudas, que participáis de nuestros dolores, así como os gozáis en nuestras alegrías. Habéis, queridos colegas, probado *urbi et orbe* que no se han extinguido en vuestros nobles corazones los sentimientos de amor, admiración y cariño á vuestra raza, á vuestros progenitores, á aquella bendita Patria que es la madre común; á aquella España bajo cuyo sol nacieron vuestros abuelos, vuestros padres; árbol frondosísimo del que son las repúblicas latinas, las repúblicas hispano-americanas, ramas robustísimas.

En presencia del nefando crimen cometido por la maldita ralea, por la infame asociación anárquica; en presencia del cadáver del gran estadista español, sacrificado villana y alevosamente por la *fiera humana*, os cubrís los ojos horrorizados por el espanto y dejáis que surque vuestro rostro una lágrima tan sincera

(1) Decimos patriótico, porque *La España* es un periódico español, escrito, según su contexto, por españoles.

apareciese que eran otros los que llevaban la principal parte en aquel movimiento político de tan gran trascendencia para España.

Hombre recto y de principios intachables de justicia, nunca pudo transigir con la idea de que los criminales pudiesen quedar sin el castigo merecido por sus crímenes; así que se mostró inflexible con Oliva y Otero, cuando cada uno en distinta ocasión atentaron contra la vida del Rey Alfonso XII. Nadie pudo conseguir que cediese en su negativa para conceder el indulto de los tales, que fué solicitado por altísimas personalidades y corporaciones civiles, religiosas y sociales del país. Creía que el crimen debía ser castigado con todo rigor, y no cedía nunca, fuese quien fuese el que se inclinaba á una clemencia que él consideraba dañosa á los principios de justicia que informaban todos los actos de su recta vida.

Como poseía esa verdadera nobleza de las almas grandes, que no consiste en títulos y blasones, sino en un raudal de virtudes cristianas, políticas y sociales, nunca quiso aceptar ningún título nobiliario, aunque le fué ofrecido en distintas ocasiones. Sin duda profesaba el principio de que lo esencial es poseer la nobleza, y teniéndola no es preciso hacer ostentación de ella con títulos más ó menos sonoros.

Estaba, sin embargo, investido con las condecoraciones del Toisón de Oro, la Legión de Honor, las Aguilas Prusianas de la Corona y de los Santos de Italia y de las Ordenes más preclaras de Rusia, Portugal y Roma; pero creemos que él daba á estas cosas el valor que en sí tienen, y las consideraba como un medio para honrar más á su Patria, representándola dignamente en las ocasiones y circunstancias especiales y extraordinarias de su vida como hombre de Estado.

¡Y pensar que un hombre de la talla de Cánovas haya muerto á manos de un miserable y vulgar asesino! ¡Esto subleva el alma! Esto llena la mente de estupor y apena el ánimo, al pensar que pueda haber hombres capaces de crímenes semejantes

.....
.....

¡Y tú, Patria querida, desgraciada España, que tan repetidos golpes estás recibiendo por todos lados, yérquete animosa y denodada, sacando fuerzas de los inagotables veneros de tu virilidad y sobreponerte á todas tus desgracias,

uniendo,
que por l
de ser s
riosa!

No due
un culto
das plays
vo Fénis
un gran
hagas br
hijos cap
Estado p
que nave

En su
expresab

D.

«Antea
arma ana
Ministros
Castillo.

La impi
to ha pro
de sus col
por los p
sonas de
sar y sent

D. Ant
figura de
tración, s
su caráct
de Estad
Hoy era
España.

contra de
cuando á
unirse la
Filipinas
biertame
considera
se entreg
y sin cont
pafia, en
en el tale
Y no es
ciega del
gran Mir
vencer to
á los dom

vistas, y todo lo hacía con erudición pasmosa, con talento sorprendente y fijeza de miras inauditas.

Desde la humilde esfera, en donde transcurrieron las horas de su infancia, hasta la encumbrada posición en que vivió los días de su vida, subió paso á paso, con ánimo sereno y levantado. Su prestigio no nació en las tormentas populares, tan fáciles de impresionar; fué la elaboración tranquila de su cerebro poderoso, y el día en que llegó al Poder no era el desconocido de la víspera, era el varón sabio, el hombre patriota y el político distinguido.

Merced á tan raras prendas de carácter y á su vasto saber, reunió en torno suyo los dispersos soldados de la política española, cicatrizó las heridas de los pequeños partidos destrozados en luchas sin importancia y robusteció la Monarquía española, que á él, y solamente á él, le debe sus años de Gobierno pacífico y su estabilidad en el Poder.

Y cuando Cánovas llegó al Gobierno ya era tiempo, pues España estaba cansada, agobiada por las convulsiones políticas, á las que puso glorioso término con su política sabia y tolerante.

Impuso y sostuvo con brillo durante su Gobierno las ideas conservadoras, y la Iglesia fué amada y respetada por él, que contó entre sus amigos y favorecidos á un cardenal González, príncipe de la filosofía escolástica.

Por la altivez de su carácter, por la firmeza de sus convicciones, Cánovas del Castillo ha sido el político que ha encarnado de mejor manera el temperamento y el carácter de la raza castellana.

En las horas de conflicto con los alemanes sobre las islas Carolinas, con los moros de Marruecos, con los cubanos y con los americanos del Norte, supo hacer respetar la honra y los derechos de la Patria española, y cuando todos los hombres de Gobierno sentían desfallecimientos, él, de pie, confiado en el patriotismo de su raza, tenía frases de aliento y los impulsaba á la defensa del honor de la bandera.

Era inflexible con la maldad y se conquistó el odio de los malos, que decretaron su muerte.

¡El anarquismo! He ahí la obra de los espíritus fuertes de este siglo; ellos han expulsado á Dios del templo, de la escuela, del hogar y de la conciencia, y los vencidos de la vida, sin anhelos divinos en el alma y el cuerpo, lleno de necesidades materiales, se revuelven

desesperados
mento supremo

Y á sus zarpa
culpables, los
cido, no; las
que se oponen
pretenden cor
cos y buenos.

Y eligieron
momentos en
su primer Min

La rebelión
bra tratados e
su amistad pa
dos; y así, la
pirada y man
prometía á la
tranquila glor

Sobrada raz
bre la tumba
sus energías h

Cábele, sin
satisfacción d
lo español el
do su político
tre y su figura

El fúnebre
dera español
miento de lo
cualquiera qu
separen de la
serenos cuan
hogar.

Si en los di
más el cariño
den los españ
tra su desgrac
con su duelo.

Y como el h
horas de torn
ilustre ha caí
to por fría ve

Es una víct
sombra, del h
tranquila y li
tico.

Ante la tun
mezclan las
cristiano con
arranca el ac
la encarnació

¡Que esa t
hombres de

renidad y alteza de miras que los más severos censores de sus actos le reconocen.

No tomó parte ninguna en ese gran movimiento democrático, porque es enemigo de la democracia; pero aprobó la revolución de Septiembre, porque respondía á una necesidad nacional, y se mantuvo fiel al régimen monárquico. Según Cánovas, no es posible la transición brusca de la monarquía á la república en los países de tradición monárquica.

Cánovas fué dinástico, porque harto se le alcanzaba la imposibilidad de que arraigase en pueblo tan devoto de la Historia, de su independencia, de su dignidad, como el pueblo español, una dinastía extranjera; aunque la representase un príncipe tan ilustrado é inteligente y liberal como fué Amadeo de Saboya, fingiendo no recordar que en España son tan extranjeros los Borbones como los Austrias y los Saboyas. Presumió que la opinión y los partidos, á medida que los sucesos se precipitaran, volverían los ojos al hijo de Isabel II; y, determinando la abdicación de ésta, dió el paso inicial de la Restauración, á cuyo servicio se puso desde que comprendió la imposibilidad de la duración de la dinastía saboyana: no combatió al principio abiertamente á la república, mientras no la hicieron imposible la guerra civil carlista y la desunión de los mismos republicanos; pero en esa torpe actitud carlista, en aquella torpísima desunión, y en la deslealtad del ejército, vió Cánovas bien pronto formidables colaboradores que utilizar. Sumó adhesiones, estimuló simpatías, atrajo desengañados, utilizó ambiciosos; supo calcular el tiempo para no perder en infructuosas tentativas las fuerzas acumuladas; conspiró, pues, y conspiró con un éxito que no era muy difícil. Llegó la hora, y la Restauración se hizo sin efusión de sangre, sin grandes protestas. Recibiónla los monárquicos con alegría, porque realizaba sus anhelos; los liberales con desconfianza, por si las cosas retrocedían á 1867; los carlistas con desaliento, porque era su muerte en los combates y su anulación en la vida política; los republicanos con tristeza y resignación, porque de los pecados de todos era consecuencia el hecho de Sagunto.

Cánovas, Ministro regente, no persiguió á los vencidos con la zafia que muchos esperaban. Se concretó á quitar obstáculos de su camino; pero á los consejos del nuevo Rey llevó revolucionarios como Romero Robledo y Aya-

la y Martín Herre demócratas en los poderes restables del jurado y mentarlas prematuramente con sus ideas. Con en la tarea de dar y la paz en la Península por todos los países cuando no hubo los partidos monárquicos, procurando los días, hubiera continuar su obra. Ellos, más que de los Castelar en el Congreso parlamentarios la que necesitaban. El país; normalizó, robusta y fuerte la Marada, obra suya, gasta.

Vuelto al poder, utilizar y conservar en las leyes por su según le aconsejaba la práctica y los resultados: pretend la manera inglesa, rios lo fuesen tam-

Muerto Alfonso do, y prefirió—con á riesgo de ser desle á los liberales, liar decidido para lante. Mas, al observocrático en la política en esta política peligrosas para la Mlidad de la Nación ligro la unidad de del Sr. Sagasta llamado por la Corlograse su labor de el partido rival de co años de poder novas le gusta tener, poderoso, fuerllas, ni grupos su puede contar en 22 Noviembre de 188 ciones; con ésto nada.

mo rigor de tu infortunio renazca tu grandeza pasada, y la gloria con que deslumbrabas á ambos mundos.»

* * *

En el mismo número añadía :

D. Antonio Cánovas del Castillo.

« El telégrafo nos anunció ayer la noticia de que D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del Gabinete español, había sido asesinado por la mano alevé de un anarquista.

La fatal nueva ha causado en este puerto profunda sensación, no sólo entre la colonia española sino aun entre los chilenos, que también sabían apreciar las eminentes cualidades del hombre de Estado que dirigía el Gobierno en la madre Patria.

El Sr. Cánovas del Castillo, á sus cualida-

des de energía poco común, unía dotes de ilustración que hacían resaltar su personalidad de estadista, con la fama merecida del hombre de letras. Ha figurado, pues, en el escenario de la vida contemporánea española como político, demostrando relevantes aptitudes de orador parlamentario y como escritor y literato, acreditándose á este respecto con la publicación de importantes obras históricas y con la presidencia del Ateneo de Madrid, que desempeñó por varios años con aplauso general. »

.....

*

También publicó unos datos biográficos del Sr. Cánovas, y por último, el notable artículo del Sr. Núñez de Arce, tomado de *La Prensa*, de Buenos Aires (República Argentina), que hemos transcrito en su lugar.

ERA

OS

ERCA

ÓN PR

ta, políti

EMIO CÁN

EL ATENE

unid
No
he del 9 hern
enta en sem
el retra- rren
uiente : insig
velac
foviem- tos n
Aquella En
rosa in- hom
antonio Pida
ieba de (D. l
iene su del il
ón polí- Ab
samien- come
sune y El
recinto tas v
ciencia, en la
la ver- cilla
en una una
del g
capital que
ratura, comp
base re- por s

preferencia entre las primeras filas de la sociedad.

Discurso de D. Gumersindo Azcárate.

No lo reproduce el folleto, y mucho menos podría reproducirse aquí, limitándonos á copiar el extracto publicado en aquél de la oración del sabio Catedrático y elocuente Diputado:

«En todas las veladas de esta naturaleza — comenzó diciendo — hay dos partes: una consiste en la biografía del muerto, en pintar su retrato; otra, en describir, en reproducir el ambiente en que ha vivido, en hacer el marco de ese retrato.

Ya habréis sospechado que ninguna de esas dos partes corre á mi cargo. Yo os hablaré de los vínculos de afecto que unieron al Sr. Cánovas con este Ateneo. Los señores Pidal y Moret os harán uno el retrato y otro el marco á que antes me he referido, y yo no haré más que entretejer el cordón de que ha de colgarse toda la obra.

Existe una circunstancia en D. Antonio Cánovas que ha de hacerle simpático á esta casa, y esta circunstancia es la de su grande amor al trabajo; y digo esto porque el Ateneo es una casa de trabajadores, no una reunión de desocupados.

Hasta tal punto era Cánovas amigo del trabajo, que para él vivir y trabajar eran sinónimos. Pero el trabajo que Cánovas practicaba era doblemente estimable, porque no se dedicaba al trabajo necesario para obtener de él los medios de vida que hacen falta á todo hombre, sino á ese trabajo espontáneo, deseado, que no tiene otro estímulo que las exigencias del espíritu, ni otra sanción que la de la propia conciencia.

Y este amor del Sr. Cánovas al trabajo, al concretarse más, más se capta las simpatías de los ateneístas. No hay hombre que no resulte con un carácter peculiar y distintivo que sobresale de entre todos los otros caracteres que el individuo ostenta y que le acompaña durante toda su vida. Hay hombres que siempre, siendo políticos, no por eso dejan de ser críticos, filósofos, historiadores, economistas, etcétera.

El Sr. Cánovas fué uno de esos políticos, sin ser de los que, al cabo de los años, no acrecientan el bagaje con que entraron en la po-

lítica sino con una vulgar y rutinaria experiencia, que es lo menos que de los años se puede obtener. No. El supo aprender que la política y el derecho son ciencias sociales, y que la primera no puede practicarse sin que el espíritu esté repleto de cultura en todas las ramas de la ciencia.

Decía de su *oficio*, como modestamente llamaba á la política, que ni él ni nadie que lo practicase debería dejar de trabajar para aprender. Y, en efecto, tenía razón; porque el hombre de Estado debe tener un criterio para resolver el problema jurídico, otro para resolver el problema social y otro para resolver el problema económico; y todos estos criterios son puramente técnicos y no se adquieren más que por medio del estudio de las diferentes materias.

Como consecuencia de este estudio continuado que el Sr. Cánovas verificaba, robando el tiempo á las ocupaciones que le proporcionaban los arduos problemas de la gobernación de un país, tenía la comprensión rápida de todo aquello que se presentaba ante su inteligencia, rapidez conseguida únicamente por la preparación que había logrado por medio del estudio.

Si no hubiera sido político, hubiese dedicado su actividad al ramo histórico, y buena prueba de ello es la continuación á la *Historia de España* de Mariana, que comenzó cuando todavía era estudiante, obra que no es la única suya, sino que escribió otras del mismo género.

Libros, en realidad, ha dejado pocos (1). Sus mejores producciones son los innumerables discursos parlamentarios pronunciados por él en forma de rápidas y vibrantes improvisaciones; el prólogo á *El Solitario*; los discursos en las Academias de Jurisprudencia, de la Lengua, de San Fernando, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, y otros muchos en que se revela su decidido cariño á la cultura y al arte.

Circunscribiendo todavía más el amor del Sr. Cánovas á esta casa, sólo podré decir que ha explicado en sus cátedras á la vez que González Brabo, Escosura y otros; ha sido Presidente de la Corporación varias veces durante doce años, y últimamente ha dado la mejor

(1) Sin embargo, léase la Necrología del Sr. Vignau y se verá, como en la del Sr. Cos-Gayón, que no son tan pocos.

PRECIO A SUS CONTEM

creación se nutre y se
todo verdader
como una tum
prende en aqu
losa sepulcra
pleto el conta
que relaciona
lo que le suce
que buscan en
confirmación d
guna ciencia
verdad como
plada desde la

es debo Y si la vida
el señor sino pública ;
ció mal, to la historia
él no le duo ; si el cad
mes con biese servido
que am- tus superiores
en esta cada la huella

de tejer diciones y fac
dro y el dos por el de
Ya os lo grandes destir
ción por que la Histori
de gran la religión en
n entra- abren á los oj
sísimos, al sepulcro el
por á la llos que vió el
r á esta nes apocalíptic

la diestra el
cretos sólo se
claridad en es
tes en que alu
sas tinieblas de
discurso fulmina sobre
amó ex- toria sus inex
ico.

Tal es, sin d
que yo sepa, lo
cia, con la muc
Castillo. Van
en medio de l
nos rodean, de
sas nubes que
contemporánes
electricidad qu
desenvuelve c
ha continuado
no en el horiz
unas á otras in
los ruidos de s
las ciudades, y
das de los prin
ento re-
bre que
solem-
contacto
con el
al due-
grandes
cia y la
ciones.
señala-
ra estu-
a reali-
ros, las
con que

que las sobrecogió la catástrofe, levantan de nuevo su voz, acaso más esperanzadas que nunca, en demanda de sus respectivas concupiscencias, y, sin embargo, en vano pretendería nadie negarlo—todo el mundo lo confiesa y lo siente,—hay algo como de duelo en la atmósfera, algo así como de orfandad en la sociedad contemporánea; se palpa el vacío de una gran personalidad con quien contábamos todos para nuestras empresas y hasta para nuestras batallas; sentimos que empieza una nueva era en la historia de nuestros días; presagiamos el advenimiento de una nueva generación y la desaparición de otra aún no vieja; apunta como la alborada de una mañana y como el ocaso de un hoy en las penumbras del ayer en los futuros destinos de la Nación española, y todo el mundo se pregunta qué encierra para nosotros y nuestros hijos el tenebroso porvenir que se dibuja sobre los horizontes de nuestro cielo. Como si la Providencia enlazase la muerte de un hombre con los problemas más pavorosos de la sociedad y de la Patria para dar mayor realce á sus funerales, su nombre evoca y cifra al mismo tiempo todas las cuestiones pendientes: la idea de la muerte de Cánovas se ha hecho inseparable de la idea de la muerte con que amenaza la barbarie anarquista á la sociedad, y de la idea de la muerte con que amenaza á nuestras glorias más amadas y á nuestras esperanzas más risueñas la barbarie filibustera de nuestras colonias. Diríase que el proyectil que hirió las sienes de D. Antonio Cánovas del Castillo, y que no sólo hirió al hombre sino al español ilustre, á la autoridad, al Gobierno, al partido y á la Nación, había sido disparado por tres manos combinadas á un tiempo: la mano del anarquismo social; la mano del filibusterismo filipino, y la mano del filibusterismo americano; como si la barbarie asiática, en todas sus más recientes manifestaciones, hubiera querido asesinar en su más alta representación á la civilización española; esto es, á la civilización europea, hija de la Cruz, con las armas perfeccionadas de la cultura material, como para significar claramente la absoluta y urgente necesidad de los principios morales para que el mundo no se hunda en el salvajismo de la civilización, que es el salvajismo más repugnante, porque es el salvajismo, mas la mentira.

Nada más digno hoy, por tanto, de serena meditación y de estudio, que las enseñanzas

que encierra y despide con vivísima luz de sí el cadáver de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Cada época tiene su generación, y en ella y con ella su enseñanza, su ejemplo. Antonio Pérez, Olívares, Somodevilla, Jovellanos fueron elocuente lección á su tiempo. Hoy, dorados con los arreboles de la tradición, sirven de enseña y de blasón á las escuelas y doctrinas. Años más tarde, la memoria de Cánovas se transfigurará en el mito por la leyenda, ó se perderá, si queréis, desvanecida en el océano sin límites del olvido; pero para nosotros, que lo conocimos y tratamos y asistimos á su nacer y á su morir en el seno de la vida pública y pudimos admirar sus condiciones á través de las impurezas de la realidad, que á todos universalmente nos aquejan, la memoria de Cánovas presenta una magnífica oportunidad como tema de meditación y de estudio que no debemos desaprovechar sin hacernos reos de indisculpable negligencia, ¡que no todos los días en el barro amasado por la mano de Dios sopla la divinidad un espíritu y enciende una llama intelectual que sólo con el brillo de su fulgor disipa las sombras tenebrosas de la duda positivista sobre la existencia del alma y ahuyenta las negaciones ateas sobre la existencia del Creador, que refleja en ella su luz, como el sol refleja sus rayos en los lagos hondos y serenos que se extienden en las alturas!

Porque en Cánovas, á pesar de sus extraordinarias circunstancias, se reflejan mejor, á mi parecer, que en otro alguno de sus contemporáneos difuntos los caracteres propios de esta edad tan crítica, como de transición, á cuyo desenvolvimiento asistimos. Cánovas, nacido en humilde condición, hijo glorioso de sus obras, que llega á través de las enconadas luchas de la agitada vida de su tiempo, á impulsos de su propio valer y excepcionales facultades, no sólo á ocupar todas las cimas más encumbradas del honor, del poder y de la fortuna, sino á sentarse como rey en el solio de la dictadura, tanto moral como intelectual, como (¿por qué no decirlo?) política, que ejerció en su tiempo y en su país, y logra, al morir con muerte clásica por la grandeza y la majestad, á manos de la negación del orden social todo entero, sea sinceramente llorado por propios y extraños, por amigos y por enemigos, dejando en pos de sí un vacío imposible hoy por hoy de llenar en Ateneos y Academias, en el poder y en la sociedad, en el partido y en la Na-

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

mo en vilo en brazos de su robusta ad, desde los abismos de la diso- a las regiones de la paz y las altu- loria!

camos, señores, á mi juicio, la nota al de la personalidad del Sr. Cánove, por decirlo así, que nos da la ombre, el foco que inunda con raur su naturaleza. Con ser Cánovas un tan vigorosa fantasía; con ser un de tanta erudición y memoria; con itico de tan decidida y constante n sus propósitos y empeños, todo ía como informado y como avasapor la fuerza dominante de su ta-

á la verdad, ante todo el Sr. Cánostillo: una potencia intelectual de es dimensiones, que la misma dicejercía él sobre la sociedad, ó á lo e su partido, la ejercía su talento ominando todas sus facultades é as. En los profundos misterios que su seno el problema metafísico io de individuación, debe hallarse ciente de este fenómeno. En aquél do á golpes de martillo por la mador sobre el yunque de la materia, a una facultad intelectual de una traordinaria. Diríase que en los senos de aquella caja cerebral halla llama venida del cielo ancho es- dilatarse y crecer y dar robusta : sí en todas sus propias opera-

ad inorgánica del entendimiento a por sí; pero actúa mediante las del instrumento. De la apropiada n de los dos resulta aquella po- lúmica de percepción intelectual, microscopio y de telescopio á la te transparentaba las cuestiones al con su mirada. Todo se le ha po- al Sr. Cánovas del Castillo en los e la pasión durante las batallas de pero nadie le ha negado jamás iones ciclópeas de su entendimien- se conferenciaba con él, sorpren- a de adivinación, consolaba la ma- aluación de las razones opuestas en, sentía uno su convicción como dislocada dentro de sí al cho- pujantes razonamientos; podía

dudarse del acierto de su razón, ¡que el entendimiento sólo se rinde desarmado ante la verdad!; pero vencedor ó vencido en aquella lucha, salía uno reconfortado de la batalla. Diríase que, como Jacob, habíase peleado con un dios cuerpo á cuerpo, y que en aquel duelo intelectual la verdad no podía haber padecido. Y así era, en efecto, por lo común; ó por un trabajo reconcentrado de la convicción, ó por una rectificación inesperada de la contienda, la verdad no tardaba en aparecer serena y resplandeciente en su solio; pero la verdad despojada de las nieblas de las hipótesis y de las dudas por los esfuerzos de la contradicción, radiante y esplendorosa la faz, arrojados lejos de sí los postizos con que había tratado de disfrazarla el error para extrañarla del entendimiento.

Así era que Cánovas, como orador, no aspiraba al arte por el arte de la palabra; diríase que menospreciaba la retórica y que sentía desvíos hacia la elocuencia. Las figuras y los lugares retóricos eran para él artificios incómodos de que no necesitaba el verbo clarísimo de su mente. Eran andamios que desdeñaba la fuerza ascensora de su razón. La palabra para Cánovas sólo era el instrumento dócil de su razón, y nunca consintió á su razón que sirviera los intereses de su instrumento. Por eso era tan ático su decir, por eso era la inspiración su elemento. «Yo sólo le pido á mi palabra—le oí decir una vez—que responda á mi pensamiento en el momento en que éste la solicite: al despertar de dormir, al levantarme de la mesa, en el Parlamento, en el club, en el Ateneo y la Academia.» Y tenía razón el Sr. Cánovas; era muy hermosa por sí la tersa figura de su palabra para que sintiese dejarse ver en su desnudez sorprendida. Los aliños de la coquetería en el decir, los moños y los trapos de la retórica, sólo sirven á la palabra, como á la mujer, para disfrazar estragos de la edad y vacíos de pensamientos.

Y si esto era Cánovas como orador, ¿qué diremos como historiador consumado? ¡Ah! señores, cuando se leen sus estudios históricos incomparables, no parece que leemos una narración, sino que asistimos en persona al suceso. A la potente evocación de su conjuro intelectual, despierta y surge á raudales sobre el pergamino la vida. No es la poética y pintoresca descripción de los pormenores del hecho, es su substancia trascendental la que,

yes Católicos y con pueblos como el gran pueblo español, que, aun después de tres siglos de decadencia, no ha perdido el genial y nativo y tradicional heroísmo de su raza, que nos la hace aparecer entre los emponzoñados miasmas de la manigua y bajo los tropicales ardores del cielo índico como el antiguo soldado de Ceriñola y San Quintín, de la Valtellina y de las Dunas, de Nordlingen y hasta de Rocroy, donde para que dejase de ser invencible nuestra vieja Infantería hubo que cañonearla como un castillo y que capitular con ella como una plaza.

Por eso os digo que el talento, el mero talento especulativo, aquel que en virtud de su origen divino y de su fuerza celestial abstrae y generaliza, distingue y clasifica, y mira y ve detrás de lo singular lo universal para cifrarlo en síntesis concreta, es el que anima, tanto al historiador como al orador, en la personalidad literaria del Sr. Cánovas del Castillo.

Y si esto puede decirse del historiador, ¿qué no podría decirse del pensador, á no vedármele los límites de la solemnidad literaria de esta noche!

No alcanzó al Sr. Cánovas, es verdad, en el apogeo de su juventud el renacimiento de los estudios filosóficos en España; pero estudió de joven á nuestros políticos y juristas, á nuestros teólogos y á nuestros poetas y oradores, á nuestros predicadores y á nuestros místicos, y bebió allí claro conocimiento y noticia de lo más sólido y fundamental y de lo más elevado, al propio tiempo, de la gran filosofía cristiana. Algo tarde, es verdad, pudo prestar atento oído al rumor como de invasión de las doctrinas racionalistas, que iban tomando asiento en España; pero dando al hecho toda la trascendencia é importancia que encerraba dentro de sí, dedicó su atención á su estudio, y no contento con leer todo lo que se escribía, le vimos acudir muchas noches, robando horas á su soñaz, á las conferencias filosóficas que se dieron en la Universidad central durante algún tiempo, y á toda solemnidad académica en que se tratara de filosofía.

Por entonces hubo de trabar estrecha y hasta entrañable amistad con el célebre padre Ceferino. Yo tuve la suerte de presenciar sus más íntimos coloquios especulativos, encerrados los tres en lo más apartado de su magnífica biblioteca. Era aquélla una escena singular. Frente á frente dos de las más poderosas

inteligencias de la naturaleza andaluza, pujanza meridional, antiguas colonias de naturaleza, nacidas en un valle enterrado entre altísimas montañas, en el carácter del Norte español, do por el sayal. Cédian, con media verse y estimarse. Cánovas se jactaba, bía adivinado al padre y el padre Ceferino los estudios históricos, regresar de Manila miento y de esta padre Ceferino gran nación á través de de España, á que lar, en busca del evento. Cánovas saca la *Historia de la filosofía* que le consagran los pensadores cristianos.

Pero donde el Sr. Cánovas dió gallarda, voroso problema de como ante nuestros como que presagiaba ese problema y sus estudios sobre perforadora de su propio fondo de la cuestión todos peculiares de No parece un hombre simplemente un observador, que aplica atenciones parece desorientado pero pronto se ve todos los caminos. claramente entendiendo de individualista y socialista después, de ecléctico. El principio, y el Sumar tarde, consagraron un cotejo de las obras escritas por todos, mismas en el fondo, manera; es ya un común que la cuestión

cia real y la necesidad social de Dios, del Evangelio y la Iglesia, la familia y la propiedad como intangibles fundamentos de la civilización europea, rindió tributo de cooperación á la novela y á la poesía. Mucho se equivocará de seguro el que juzgue estas recreaciones literarias del pensador y del político con el criterio maligno y mordaz que ha presidido á la crítica al por menor de la prensa que le combatía. El hombre de Estado que proclamaba que «sólo le agradaba la poesía en los versos y que la detestaba en los negocios» como remedio y preservativo contra las invasiones de la imaginación en los dominios del cálculo, no cultivó sin preparación estas luminosas regiones del pensamiento. Conocedor de las literaturas antiguas y observador de las modernas, así extranjeras como nacionales, dejó en la *Novela histórica* acaso la mejor imitación que poseemos del gran novelador escocés; y en las distintas *Poesías* con que alegró, sin otra pretensión, sus solaces, dejó caer perlas de sentimiento y de ingenio, que no hubieran parecido fuera de su lugar engarzadas en la diadema de los mayores poetas españoles ó italianos.

Pero no fué esta, ciertamente, la esfera en que dió todo el impulso de su voluntad á las actividades de su genio. Donde él cifró tanto la vocación de su espíritu como la gloria de su nombre fué en lo que él llamaba modestamente «su oficio», ó sea en el campo de la lucha, sin tregua, sin paz y sin reposo: en la arena candente de la política.

Al llegar aquí confieso, señores, que me siento embargado por el temor de que alguien dé contrario sentido á mis frases del que las presta mi voluntad. ¡Mi decidida voluntad de aparecer ante vosotros como narrador desapasionado y sereno! Lejos de mí la casi sacrilega intención de profanar la memoria del muerto á que se rinde homenaje esta noche, convirtiéndola en arma de propaganda ni de discusión, y menos de vilipendio y de ultraje; y si no fuera por la necesidad de deciros alguna palabra en esta ocasión sobre lo que constituyó su principal esfera de acción en la tierra, pasaría en silencio esta fase tan importante de su vida, alegando lo que es notorio para todos, que no ha podido sonar aún para él, considerado como político, la hora de juzgarlo con imparcialidad, como lo juzgará en su día la Historia. ¡Que fué muy varia y compleja su

labor y muy dilatada su vida! Manejó ideas y sistemas á granel y dió nombre á muchas leyes y teorías; barajó muchos hombres y muchos partidos; tomó parte en muchas combinaciones; creó, amparó y tuvo necesariamente que lastimar muchos intereses, para que nosotros, los que crecimos ó nos disminuimos con él, podamos apreciar con toda la serenidad que requiere un fallo definitivo aquello que sólo se podría aquilatar cuando, sedimentados por el tiempo los entusiasmos y los odios, aparezcan tales como fueron la intención que inspiraba y dirigía sus actos, el fin que los orientaba á modo de estrella polar, el acierto con que dispuso los medios, el éxito que coronó sus propósitos y sus planes y el resultado trascendental que produjeron en la Historia sus hechos. Mientras tanto, séanos solo lícito considerar, como anunciamos al principio, los rasgos más característicos de su acción antes que el tiempo los borre, los olvide ó los desfigure.

Como todos sabéis, la obra política de Cánovas puede decirse que se encierra en la obra de la Restauración, dilatándose, á pesar suyo, por la Regencia.

Para juzgarle con relativo acierto en esta obra, fuerza es poner silencio en esta ocasión á los diferentes criterios en que se divide la política, para prestar atento oído á su voz, que nos expone los puntos de vista en que él creyó que se debía colocar para llevar á cabo su empresa. Sólo así podremos apreciar con serenidad la filosofía de su pensamiento y su acción en momentos tan trascendentales para la Historia.

Juzgando, con razón ó sin ella, que la revolución no había tenido otra causa que la división de los monárquicos constitucionales á uno y otro lado del histórico puente de Alcolea, se propuso, actuando por el momento, no como jefe de partido, sino como virrey, buscar en la reconciliación de los monárquicos constitucionales divididos el éxito de la Restauración, agrupándolos todos junto al Trono. Para esto abarcó con una mano la sociedad que caía al lado de allá de la revolución, y con la otra la sociedad que de la revolución había nacido; y constriñendo con su brazo poderoso el conjunto, apagó el fuego de las discordias que en su seno había encendido la pasión y que ya había amortiguado el desengaño, y le forzó á entrar en la órbita de la legalidad, ordenando

sólo quien lo haya escuchado de sus labios :
 « Este es el momento en que yo me debo retirar de la vida pública totalmente » : frase que aclaraba aquel tan comentado como explotado concepto : « á reinado nuevo, hombres nuevos ».

Lo cierto es que, si no se retiró, se eclipsó del todo durante algún tiempo. Hecha la resistencia de honor á una legislación democrática fundada en el *Jurado*, en el *Sufragio universal* y en el *Matrimonio civil*, que vivía con pena amparados por elementos conservadores, si no del partido, de la sociedad, y que á él le parecían tocados de obcecación y de vértigo, puede decirse, en realidad, que sus subsiguientes Ministerios no fueron Ministerios políticos, sino de negocios.

Quedaba, es cierto, su altísima y trascendental personalidad, que por sí sola influía y pesaba en la política, como el sol, por el solo hecho de su masa influye en el sistema solar ; pero fuera de esta influencia, debida á su presencia meramente y á la indiscutida y omnímoda autoridad que alcanzaba en todos los ámbitos de su partido, haciendo de él, aun sólo por esto, un apreciable instrumento de gobierno para la Nación, y al respeto con que hasta los que alardeaban de ser sus enemigos en público le consultaban en secreto, un vago presentimiento de pesimismo interior presidía á todos sus actos. Prestó, es claro, el poderoso concurso de sus luces y de sus aciertos á toda obra patriótica y común, á Gobiernos amigos y adversarios ; pero paralizóse totalmente en él el impulso de la lucha y de la batalla, por el poder y por el mando. Sostuvo, más que combatió, al partido onuesto en el poder, y sólo se prestó repetidamente á heredarlo, cuando estaba expedida la patente de defunción por los médicos del partido.

Su última campaña de sobra la conocéis, no he de juzgarla yo aquí y en estos momentos ; sólo consignaré dos ó tres frases que sentí caerle del corazón más que de los labios, en momentos de íntima y reconcentrada expansión... para que las recoja, si gusta, la Historia :

« Hacemos cuanto se puede hacer y nadie podría haber hecho más, ciertamente, ni nadie creyó que se podía hacer tanto como se hace. » — « La Historia me juzgará, de seguro, con más alta imparcialidad que hoy se me juzga por algunos. » — « Tengo fe en el éxito, si se

DON ANTONIO CANOVAS DE

«puede tenerse por yedra». El lado de rasgos escapados voluntad por explosiones confirmaban esta creencia, en Cánovas en todo momento sin igual, con cosas, con cosas.

El bilisimo de esta paciencia deber que él creía propio de político y gobernar un trabajo, un estudio, conversación, por enojosa, el momento en que, en el paseo, en el teatro, en el lecho mismo del descanso.

En el orden intelectual, fue, en el orden político, su deber. El deber, sólo el deber, desde la oposición al Gobierno, partió de poner en práctica, a las mil felicidades me decía una tarde viendo las frondosas alamedas de, de la admiración caridosa de unos *in folios* en pergamino, hacia abandonar toda disidencia, cuando se le ofrecía consideración ó á su fallo; el dar de golpe del lecho para rispada y nerviosa como un tiro de la Guerra sobre un barco sobre una negociación, un crucero, al de Fomento, Pinturas, al Gobernador, acción, al Alcalde de Madrid, deber y sólo el deber le ha- imo goce del estudio y los sólo podía dedicar ratos si- á sus abrumadoras ocupaciones, graciosamente decir: «otros roban pañuelos».

mente, el deber ha sido la su muerte.

Finalmente contra él el des- ró de la vida; pero repre- ad y personificaba el Go- edad que comete el delito la ley de sus enemigos jura- ten, sembrando al acaso y rte, la desolación y la ruí- ra designarlo á sus golpes. to á manos de la anarquía

social, o- tero, y p- damento con am- presentó inmarces-

Así lo vez al lle- aquel lle- de puebl- i Gran- por el se- tima pro- les, sino- de los pr- ca cont-

Y no a-

Que si- poder oc- concluir- rreras qu- si no obt- la revol- judería y formar e- órdenes, del pueb- golpe los- las artes- política- problema- ni su fe, con los- de su ex- de lágrin- rrar la a- da la fre-

Otra y- rios sus- gobernó- día. Pero- acción d- paña, do- que dure- mueven l- cial, con- el de toc- tener por- mudanza- vimiento-

Por es- Cánovas- do de lo-

¡ MEREZCO A SUS CONTEMPORÁNEOS

mejor servido
ción, su figu-
do más y más
nuestro pesar,
ntos.

arco triunfal
res la Histo-
trofeos y de
las conjuradas
es la cabeza
la mano de
la historia de
le los indivi-
como con la
hasta que se

do de la glo-
para sí la que
la sobre las
e pertenecie-
a que sirvió
n la palabra,
la Providen-
depositora, co-
Vida honrada
su existencia,
o supremo de
grabado con
re el mármol
la decretada
voritos de la

Ahora.

res, que bas-
idad esta no-
to y tanto co-
dejar abier-
s.

arcialidad en
a que he bos-
r por el amor
se suele lla-
s alabanzas».
sión para po-
is harto noto-
mente con él

o.
dije rudamen-
ayudado leal-
lo modelo de
a exigir que
palabras.

Si al principio le co-
neral de la Restauraci-
rido más alto, no tuv-
Ministro con él cuan-
la Historia, se me h-
sentido conservador c-
darle desde lo alto de
greso después, cuan-
constituyentes, se v-
aplicación á la polític

Siempre vi en él l-
triumfante con quien
principio y todo sent-
rase á traducirse en
secundé sin otra inter-
bien á las claras pue-
el mundo. Pero sobr-
respecto de él, el que
yugó desde que le co-
el de una sincera y p-
por la fuerza propia,
su talento.

Cuando pienso en e-
mató, os lo confieso c-
como el pecado conta-
la ley, el crimen con-
social, me enciende ;
idea de aquel cerebro
bárbaramente por el
foco potentísimo de
para nosotros en la
fuerza concentrada p-
Humanidad, en aquel
quilada por el fanatis-
ta que ha erigido en l-
sus abominaciones.

Por eso no olvide
largos años sobre la
grabada en mi fanta-
rasgos tan sombríos
en el solitario, desie-
abrasado por los ard-
tropecé inesperadame-
cadáver errante del g

Al verlo aparecer
nubes de polvo que l-
caballos del carro fu-
montados que le pre-
blanquecinos capotes
de mí como una visió-
todo otro séquito y
vacío, el silencio y la
te producidas por el

tables violencias del dolor; al contemplarlo encerrado en el ataúd, que se veía á través de la urna fúnebre de cristal, en que el sol reverberaba sus rayos; al mirarlo desaparecer apresuradamente en las revueltas del camino como una aparición fugitiva que sólo deja tras sí el abandono y el olvido, declaro que me sentí como víctima de una pesadilla de esas que dejan sin latidos al corazón y sin ideas al entendimiento.

¡Cánovas, el hombre extraordinario que acababa de ver lleno de vida y de vigor en la cúspide del poder, fijando los ojos sobre sí de todo el mundo civilizado! ¡Cánovas, aquel genio de cuya voluntad pendían tantas voluntades y de cuyo entendimiento recibían luz tantos entendimientos! ¡Cánovas, el verbo de la Restauración y el heraldo de la Regencia! ¡La historia viva de la Nación durante veintitrés años! ¡El que tenía pocos momentos antes aún entre sus manos experimentadas todos los hilos de la trama de nuestra crisis colonial... llevado... arrebatado así... entre cuatro tablas clavadas... como un poco de polvo, en fin... que hoy recoge la Humanidad y que mañana dispersará el viento!... Me pareció como un rapto llevado á cabo á espaldas de la Humanidad por espíritus fantásticos y malignos... como un robo á mano armada hecho á la vida por la muerte, al tiempo por la eternidad, á la Patria por sus enemigos... Sentí impulsos como de correr tras de aquella caja negra, en que iban encerradas tantas ideas grandes, tantos pensamientos profundos, tanta voluntad, tanta autoridad, tanta fuerza... sin pararme á considerar que ya no iba dentro de ella más que un corazón helado, una lengua muda y una inteligencia apagada, y que todo lo que el gran Cánovas no podía ya decir, me lo decían á gritos en clarísimos caracteres las rodadas del carro funeral, hondamente impresas en el camino, formando estas aterradoras palabras con el polvo:

Sit transit gloria mundi.

Por eso, sin duda, se clavaron en el polvo mis pies; por eso alcé meditabundo los ojos al cielo; por eso, señores, hago punto final aquí, pidiéndoos perdón por lo que os he molestado esta noche, porque ante aquella conmovedora visión preñada de gravísimas enseñanzas, y evocada hoy de nuevo por mi recuerdo ante vosotros, sólo una palabra podría su-

bi
su
or
les
su
toi

los
co
bú
qu
ari
de
sal
]
ta
ció
ba
do
mu
gig
que
cuc
los
allí
del
Cá
]
lec
fué
mo
em
inc

Dis

"
ent
del
me
ret
aca
zas
E
hec
pin

A SUS CONTEMPORANEOS.

el Ateneo, que le debe el b
hoy ocupa, y acaso su existe
querido dedicar la sesión de
á honrar los hechos de uno
pensadores, del que consag
al estudio y al trabajo.

Y la velada de anoche en
Cánovas fué digna del mue
eso está hecha su mayor por
por la palabra elocuentísima
tres oradores que llevaron l
casa. Lo fué también por el
ción de *élite* intelectual y soc
salón y las tribunas y todo e
en fin, por el ardoroso entusias
auditorio se asoció al enco
panegírico magistral con que
más que dichos los grandes m
novas del Castillo, por los Si
dal y Moret.»



A continuación expuso la s
cursos de estos tres notables
do del pronunciado por el
aquella solemnidad científica
hizo un cordón para colgar
que se había reservado—de
tratando con amor, con pasi
la figura del Sr. Cánovas ;
dal, que aún resonaban los ap
al del Sr. Azcárate cuando s
leer el suyo, que fué « una de
ciones que hayan salido en t
labios elocuentísimos del pro
greso. Encantó, conmovió,
bató al público con párrafos
veces á clarín de guerra cont
y filibusterismo y se convertí
gía doliente y hermosísima.
tración fué el discurso del
posee, como muy pocos, el do



«Y como es imposible re
trabajo elocuente y aplaudi
nistro de Fomento, como no
á través de aquellos párrafo
el cuadro de la personalidad
Cánovas, como filósofo, cor
político, en los más suprem
vida y en los más nimios del
ria, reproduce tan sólo la

discurso, que fué interrumpida frecuentemente por el entusiasmo del público, que se representaba la triste escena de la conducción del cadáver del Sr. Cánovas.»

• • •

Hablando, por último, del discurso del señor Moret, dijo que «únicamente un orador tan grande como el Sr. Moret puede alcanzar un éxito, y un éxito ruidoso, después de la admirable declamación del Sr. Pidal.

El Sr. Moret logró tan señalado triunfo con muy pocas palabras, pero muy sentidas, muy bellas, muy llenas de lágrimas verdaderas por la pérdida de Cánovas.» Y de éste dijo magistralmente lo que era justo decir: «que con ser tan grande, con haber influido tanto sobre su tiempo y sobre su Patria, se vió, como todos, arrastrado por la corriente, llevado por los sucesos, asistiendo á la negación y á la pérdida de los principios fundamentales que había afirmado. Lo cual, por haberlo reconocido y sancionado el mismo Sr. Cánovas, constituía una alabanza más á su espíritu superior.»

II

DISCURSO

leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal

EN EL CÍRCULO LIBERAL-CONSERVADOR

al tomar posesión de la Presidencia del mismo.

No podemos, con verdadero sentimiento, insertar íntegro el notabilísimo discurso del señor Pidal. Nos limitamos á reproducir algunos de sus párrafos más importantes, y singularmente aquellos en que trató de justificar la rápida unión de algunos de los elementos conservadores, fieles hasta entonces al Sr. Cánovas, con los disidentes acaudillados por el señor Silvela. La conveniencia de esa unión, bajo el punto de vista del interés del partido, y sobre todo de la Monarquía, no cabría discutirla si todas las fuerzas conservadoras se hubieran sumado á las del Sr. Silvela; pero no habiendo sucedido así, cabe dudar de su utilidad, máxime iniciada tan á raíz de la muerte del Sr. Cánovas, cuando tan próxima estaba la antipatriótica campaña del Sr. Silvela, sobre la cual pasa, como por ascuas, el Sr. Pidal, no vertiendo en esta ocasión la menor censu-

ra contra ella. tancias los actos de sangre que es consignar, se ha tratado de haciendo justificaciones se le p buena muestra. He aquí ahora

«Acabáis de mación, á los puesto, consag memoria, siempre Presidente, tillo, y ni pue otras muestras exponeros lisa sobre todo confeso, por naturaleza vengo viendo y tendimiento, p mi buena voluntad ideas y los he partido, que, desde que, des escuela á la are litantes, me ali resoluciones m res del que sál rales, á las órdenes lloramos su obra de consociales, si no genio y el sabe capaz un corazón sea la del hto de amor y d en la familia los los días memor solemnnes de tri

.....

«Conocéis m vador; conocí mis opiniones; cedimientos y el que fuere v que desempeñé que todos los q siempre justici políticos, que n el de contribui

ciplina, que es la fuerza de los organismos sociales, y á la elevación posible hacia el ideal eterno de la justicia, que profesó siempre como credo todo partido conservador digno de la significación social de este nombre.

Así entré, sin solicitud alguna de mi parte, en el Ministerio que presidía nuestro jefe, habiendo logrado oír de él, en la primera ocasión en que, por creer que mi nombre se prestaba á los ataques de las oposiciones, le ofrecí dejar contento mi puesto, estas palabras memorables: «Aquí todos nos llamamos Pidal»; y cuando más tarde fui propuesto espontáneamente por él para Presidente del Congreso, al terminar la primera legislatura, aquellas otras que me dijo, con acentos que no he de olvidar mientras viva: «Tengo que decirle á usted, para su particular satisfacción, que he conocido muchos Presidentes del Congreso, y pocos, pero muy pocos, leales á los Gobiernos que apoyaban; pero con la lealtad de *cuarto de hora* de usted no he conocido casi ninguno.»

.....

«Cumplí, pues, de nuevo con mi modo esencial de ser al ocupar este puesto, que, como todos los que ocupé por voluntad del partido conservador, más fueron impuestos que solicitados, al exponeros con total apartamiento de miras ambiciosas ó desleales lo que sólo ha de aparecer en mis labios porque lo tengo grabado en el entendimiento y en el corazón por la mano firme de la convicción y la honrada del sentimiento.

No tome nadie, pues, se lo ruego, á artificios retóricos de habilidosa propaganda en pro de tal ó cual solución lo que os diga con absoluta franqueza esta noche. Nada más lejos de mí, ni más opuesto á mis propósitos, que arrastrar al partido conservador por estos ó aquellos caminos. Hora es ésta en que cada uno tiene el deber y la obligación de pensar y de obrar por sí, tomando él solo toda la responsabilidad de sus hechos. Yo sólo quiero exponeros, como dato para vuestras informaciones, lo que pasa honradamente por mí, no para defenderme por cierto de tanta y tanta inexactitud como gratuitamente se me atribuye, sino para que veáis cómo se presentan las cosas á mi espíritu, desinteresado de todo otro fin que no sea el bien propio del partido con-

servador y el bien supremo de la Patria.»
(Aplausos.)

«Cuando llegó á mis oídos la nueva infausta del crimen de lesa nacionalidad que se perpetró en Santa Agueda, una idea fija y un sentimiento invencible se apoderaron de mí; idea y sentimiento ya viejos, porque vagaban constantemente en torno de mí como pesadillas eternas de los insomnios de mi patriotismo alarmado. ¿Qué es lo que va á pasar aquí? En la tremenda crisis que la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, es decir, del hombre de valer tan excepcional que por tan excepcionales circunstancias ha sido como el creador y el conservador de todo nuestro universo político, sume al partido conservador, á los organismos dinásticos, á la Patria, en fin, empeñada en la resolución de problemas tan hondos y trascendentales, ¿qué es lo que yo puedo hacer? Mejor aún, ¿qué es lo que debo intentar para remediar en lo posible los daños que nos amenazan á todos?

Y entonces, como siempre que me había propuesto el enigma, decidido á resolverle de buena fe, sin pasiones, sin otra mira personal que el bien público en todos sus órdenes, examinándome con sinceridad ante los ojos de Dios, no se me ocurrió otra respuesta que la que me dictaban á una la conciencia de mi escaso valer, mis experiencias políticas, la razón y el sentido común en su acepción más corriente: la falta irreparable de Cánovas sólo se puede suplir por la unión íntima de todos los elementos conservadores, dispersos por la sociedad al soplo de pequeñeces que, si pudieron tener algún valor en situaciones normales, sería un crimen contra la Patria mantener en momentos tan críticos y tan graves para todo lo que es indispensable conservar para bien de la Monarquía española. Si Cánovas, por su misma excepcional importancia, que daba valor á todo lo que informaba con su presencia, podía caminar hasta solo, cuanto más poco acompañado y combatido por muchos, nosotros solos, sin él, cuando aún seríamos pocos todos unidos para hacer frente á la situación preñada de peligros que nos amaga, no podemos desperdiciar una sola fuerza utilizable para la empresa de continuar la política conservadora en toda la honda y grave significación que da á esta política la ciencia. Contestemos, pues, al

estampido de la pistola con que la anarquía hiere en el corazón de la autoridad, al organismo político y á la Patria, no sólo con el eco de la plegaria ante Dios, no sólo con el gemido del desconsuelo ante el cadáver, no sólo con el grito de la indignación precursora del fallo solemne de la justicia, sino con el ruido imponente de la marcha de todas las falanges conservadoras que salen de sus respectivos cuarteles para formar en apretadas filas el ejército formidable del orden, amenazado por sus más odiosos enemigos, que al herir con herida mortal á Cánovas, no le hirieron tanto por herir en él al genio como para herir á la sociedad, no sólo por el principio de autoridad que representaba y que ejercía, sino por las consecuencias de disolución universal que preveían como consecuencia de su muerte. (*Atronadores aplausos.*)

No se me ocultaron, señores, las dificultades que, como toda otra obra, sobre todo si es buena, habría de presentar la ejecución de esta obra, única salvadora; pero lo que confieso que no se me ocurrió, y declaro que no se me podía ocurrir lógicamente, era que este reconocimiento universal de que la pérdida de Cánovas era tan grande que todo debía cambiar con su muerte, fuese, en lugar de un homenaje tributado á su grandeza excepcional, á su pérdida irreparable, á su irremplazable jefatura, considerado como un ultraje inferido á su memoria, suponiendo que el único modo de honrarle era obrar como si su muerte fuese un detalle insignificante para la marcha de la política y de la historia. »

« Yo creía, y creo, por el contrario, que cuando la sólida y maciza columna de pórfido ó de granito que sostiene una fábrica ó sirve de pedestal á un monumento cae tronchada por su base, lo primero que es indispensable hacer es reconocer la importancia del peligro que corre la construcción por la grandeza del daño experimentado, apresurándose á sostener, con el mayor número posible de contrafuertes, su peso, y que el único modo de justificar el que no se acuda á este remedio es despreciar la columna que lo sostenía y cayó, alegando que, más que una base fundamental, era una base decorativa. (*Aplausos.*)

Lo que sí creía entonces y sigo creyendo hoy, y cada vez con más fundamento, era que la unión necesaria, indispensable, á mi juicio,

no debía ser obra del interés y menos de las ambiciones de nadie, por más que los primeros y hasta las segundas de todos estuvieran interesados en ella, sino obra sólo de la fe y de la abnegación en los principios y las personas.

No era para esto necesario abdicar de nada de lo que constituía el credo fundamental del partido conservador, puesto que de unir á conservadores se trataba; era necesario, al revés, no renegar de la política personalísima del Sr. Cánovas, que precisamente había fundado la Restauración sobre el olvido de los agravios, el respeto á los antecedentes de cada uno, la unión de los elementos más divergentes en la Historia, la conciliación de los hombres más enemigos y contrarios, unidos en el sólo propósito de no volver la cara atrás para recordar miserias del pasado, sino de mantener fijos hacia adelante los ojos, clavados en el porvenir, para hacerle todo lo posible dichoso.

Quizás el único que hubiera podido tener autoridad para oponer dificultades á este propósito era yo, que no me asocié por completo á él en los comienzos de la Monarquía restaurada; pero los hombres que, en uno ú otro campo hoy, colaboraron en aquella obra, esos debían tenerlo como á obligación gloriosa para su nombre, su historia y su consecuencia.

Tampoco podía yo ver dificultades mayores para el éxito de la empresa en antecedentes secretos respecto á la última voluntad del jefe de nuestro partido. Porque, aparte de que su muerte fué tan inesperada como rápida, y no le dió lugar á testar ni á idear trazas para ello, aun cuando lo hubiera podido hacer, hay encargos en los testamentos que los albaceas testamentarios más respetuosos á la voluntad última del difunto no los pueden ejecutar, por la misma razón de no ser el muerto, sino ellos, los encargados de llevarlos á cabo. Figuráos que Virgilio, en vez de mandar quemar la *Eneida* á su muerte, la hubiera mandado continuar ó corregir á sus albaceas más íntimos. Figuráos que se le hubiera querido obedecer. ¿No creéis que si resucitara Virgilio y hubiera visto la continuación no habría quedado contento de la obediencia? Y si porque dejó dispuesto que se quemara se hubiese entregado al fuego la *Eneida* y la hubiera perdido la Humanidad, ¿qué concepto os merecería la obediencia testamentaria? ¿Les llamaríais alba-

TO A SUS CONTEMPORÁNEOS

e se los elementos que c
del Así es que yo ten
ra? para tener y dar co
que si desde lo alto
y si contempla el curso
que aplaude, como conti
arte cación exacta de su
e él miento de unión d
con para no dejar en el
más pestad su obra polít
mis Y esto es tan de
con ó casi nadie se ha at
e la responsabilidad de
e le judicial. Razones d
nado dimiento y de veloci
me he oído contra una i
ele- contrastable dentro
ono- sigue de soslayo. »
ípu-
ien-
rtu-
con- « En este estado
alta- me creí, si no con tí
o de aspirar á la jefatura
e la tenido, me hubiera
uan- á Dios, la petulancia
más, espontáneamente á
reas bíamos perdido ; qu
his- la obra de unión q
> ol- aparecer como soy,
la la sado que busca el b
nbre que aun así oía con
nte- dos los primates (s
os. ción), sin la precauc
chas tante, aunque innec
a al serlo y que ellos no
aun yo no podía hacer
ía y prudentes, pero ha
prin- camino que se me
sal- si no estaba confor
nder á refugiarme á mi c
vicio No os lo he de oc
ntos gran tentación. A el
icos, mis intereses, mis
e re- de mi ánimo y todo
go- minado ante mis oje
obje- la realidad que lo b
diri- Lo único que me c
intos juro ; el deber mora
final con que siento y cor
o de pensable contar co
en las cuestiones po

gravidad á los más altos intereses de la sociedad y de la Patria.

En aras de ese deber me contuve; en aras de él secundé con todo el vigor necesario la acción política del General Azcárraga en el Ministerio y el partido; en aras de él me resigné á ver aplazados procedimientos que yo estimaba urgentísimos por demás, y que, llevados á cabo entonces, no hubieran presentado, á mi juicio, los inconvenientes que más tarde; en aras de él me condené al silencio y al retiro en Asturias, viendo desoídos mis consejos é incumplimentadas las promesas; en aras de él aconsejé á S. M. cuando fui llamado á la consulta; en aras de él hice saber en los periódicos mi opinión, totalmente opuesta á la entrada prematura del partido liberal con sus tres consecuencias funestas: la de arrojar desorganizado al partido conservador del poder, de reemplazar á Weyler con inoportunidad manifiesta para todos y para todo, menos para él, si por acaso fuese culpable de algún error ó de alguna falta política ó militar, y con la más enorme todavía de entregar con la autonomía más radical, de balde, sin preparación, como á oscuras, la última de las concesiones posibles en los momentos en que todo hacía prever que, más que como concesión generosa, se tomaría como síntoma de debilidad, como última carta, en fin, en una partida en que sólo cabría ya jugar la reconquista ó el abandono. (*Aplausos.*)

El partido liberal, que aceptó el poder, responderá ante la Nación y la Historia de haberlo aceptado sin necesidad, á deshora y con precipitación. A mí sólo me toca declarar que si me parecía urgente la concentración de los elementos conservadores antes del cambio, para evitarlo, entre otras cosas; después... después me pareció un crimen contra la Patria retardarlo, pues si ante las contingencias posibles el partido liberal tuviese que abandonar el poder, y la Monarquía y la Patria se hallaran sin instrumento político y sin partido legal á que entregar el gobierno, ¡ay! ¡sobre quién, sino sobre nuestras miserias morales, sobre nuestro amor propio y nuestra vanidad y nuestras pasiones pequeñas arrojaría la Historia la responsabilidad de las catástrofes que ocurrieran!»

.....

«
 dor,
 los
 ame
 un
 mun
 otor
 al p
 por
 disp
 irre
 sole
 unió
 avas
 llega
 peto
 del
 peto
 es q
 reor
 pita

...
 ...
 ...

«
 rior
 unió
 part
 de r
 men
 hasta
 ellas
 sició
 legal
 ejem
 triot
 su o
 su je
 yos
 do t
 poni
 todo
 picio
 bre,
 aure
 la gr
 sus
 rría
 male
 En
 garéi
 zació

ERRORES A SUS

, con áni- urb.
ver:
. put.
. doc
. pios
al partido N
es más re- ni h
gestación lag
libro que abis
dora, hay ced
, constitu- nec
codyuva- do
nás tarde. zar
príncipes los
rar la opi- . . .
no lejano . . .
el partido . . .
compati-
que obe-
tó el deju
s acentos
sus gran-
e admira- l
ero de su
os de ver
ran dolor,
z y como A
mo pater- de
uela que, mis
terzos por
risdicción
de los tér- hab
nilia (2). sill
contienda de
s íntimas, mo:
arientes y des
apasiona- me
tivos ocul- blic
os que los de
isputaron, ria
ientos de Cál
sura y con E
haya rectifi- tud
s que lo co- sin
de
las cosas en ción
de medio á —
referir tan (l
no á los de en
ba, canovis- Arg
ser una no á lo
no sólo de mo
recí pre
recí

dio y el talento, dirigidos por el camino del honor, llegan á las cumbres más altas de la gloria, no sólo sin ofensa de nadie, sino con aquiescencia y admiración de todos. Con sus obras demostró claramente lo grande y complejo de su valer como historiador imparcial y diligente; como estadista sin rival en España; como patriota que acepta el sacrificio en el sentido más preciso de la palabra; como orador brillantísimo; como político batallador y de altos vuelos; como escritor erudito, castizo y fecundo, y como hombre, en fin, tan teórico como práctico, pues apenas había ramo de los conocimientos humanos de que no tuviera segura y acertada noticia. Su excepcional talento y rapidísima percepción fueron proclamados indiscutibles; pero como al andar del tiempo esto pudiera considerarse exagerado, habéis de permitirme evocar un recuerdo personal que lo demuestra.

En el invierno de 1890 presidía el Ateneo de Madrid el Sr. Cánovas, y tratando de animar las conferencias científicas de aquella casa, pensó en invitar á diversas personas, todas de capacidad notoria, menos el que esto refiere, para que explicasen las lecciones de un curso de «Historia de la creación», á la altura de las teorías y de los descubrimientos más modernos. Convocóse á una reunión previa para discutir el programa, que alguien había ya trazado, y varios de los concurrentes fueron presentando á lo proyectado objeciones que alteraban el sistema de exposición propuesto, agregando nuevos detalles, dignos de consideración, sin duda, pero que destruían la cohesión del plan sin ventaja manifiesta de la obra. Comprendiólo en seguida el Presidente, y, con manifiesta sorpresa de cuantos imaginaban que el asunto no era de su especial competencia, recogió y resumió admirablemente los pensamientos que sobre el particular se habían emitido, y, desechando minucias y peregrinas proposiciones de cuestionable sentido práctico ó de muy difícil aplicación por el momento, formuló, en términos precisos, el índice general del curso de modo que, componiendo un conjunto homogéneo, pudieran, sin embargo, los encargados de las lecciones exponerlas con cuanta amplitud juzgasen necesaria, considerando los hechos á que habían de referirse desde el punto de vista que á cada cual mejor pareciese, sin que por ello la totalidad perdiera la hilación debida. De este

modo, los especialistas hubie-
que había quien fácilmente re-
ba y ponía de acuerdo los co-
tintos de que estaban tan
creerlos casi privativos, y llega-
síntesis de comprensión gener-

Vano sería el intento de ha-
sion la biografía del Sr. Cáno-
ó como político, y sólo en con-
buto de honor á la memoria
genio me limitaré á reseñar
literarias y académicas del gi-

El *Semanario Pintoresco*, *La*
Novedades, y algunos otros pe-
á luz, hace ya cerca de medi-
escritos del Sr. Cánovas, qu-
época, en los comienzos de
también imprimió una novela
La Campana de Huesca, notab-
las de Walter Scot, tan en bo-
y que, precedida de un prólog-
Estébanes Calderón, puede co-
estudio acabado de la nobleza
famoso Rey Monje y de las
en el momento, importantísi-
Historia, de la fusión en una
de Aragón y Cataluña.

Siguió á esa obra la *Historia*
de España desde el advenimiento
Felipe III hasta la muerte de
nuada más tarde, en unión de
donado Macanaz, como base;
del profundo trabajo que acer-
de la casa de Austria insertó
de Política y Administración, de
Inclán, y donde presentó con-
terio independiente, y con da-
ces nunca aducidos, la labor
los Reyes y de aquellos Min-
manos se deshacía sin remedi-
mensa mole que sobre la Co-
acumularon las herencias y lo-

La maestría del estilo y la pu-
je avaloran estas y otras obra-
vas, como la colección de artí-
designada con el título de *I*
poráneos; los dos tomos de *El*
el interesante libro *El Solitario*
el prólogo á las *Obras de More*
libro *Los vascongados*, de Rodrí-
de la versión castellana de
Demóstenes, por D. Arcadio B.
Poemas dramáticos contemporáneos



la importancia del ilustre repúblico, cuyo recuerdo se invocaba, la celebración de un concurso, en el cual fuera objeto de estudio la personalidad científica del Sr. Cánovas. Esta fué al fin, terminaba diciendo, la decisión de la Junta, y en consonancia con lo acordado la Academia convocó, para un plazo que expiraba en 28 de Febrero de 1899, un concurso, en que se adjudicaría un premio de 5.000 pesetas á la mejor obra original é inédita, escrita en lengua castellana por un solo autor, y que versase sobre el tema siguiente: «*D. Antonio Cánovas del Castillo. Su significación en la ciencia del Derecho y en la sociología. Su influencia en la historia de la legislación española.*»

En la Memoria leída asimismo por el señor Llanos y Torriglia, en la sesión inaugural del curso de 1899-900, dió cuenta de haberse declarado desierto el concurso para adjudicar el premio Cánovas, pues aunque se presentaron dos estimables monografías, dice, la Comisión de Fomento primero, y la Junta de gobierno después, entendieron que quedaba sin tratar en ellas lo relativo á la influencia ejercida por el eminente estadista en la legislación positiva, motivo por el cual se había publicado nueva convocatoria, cuyo plazo de presentación de trabajos expiraba el próximo día 1.º de Marzo de 1900.

Por último, en la Memoria correspondiente al curso de 1900-901, inaugurado el 17 de Noviembre del primero de dichos años, el propio señor secretario de la Academia dió cuenta de haber respondido al segundo llamamiento tres trabajos, tan estimables todos, que fué preciso escoger *lo mejor entre lo bueno*. Y los mejores fueron, según la Comisión, los que aparecieron obra de los académicos don Adolfo Pons y Humbert y D. Antonio Lara y Pedrajas, adjudicándose en consecuencia el premio de 5.000 pesetas al primero y el accésit de 1.000 al segundo, conforme al dictamen suscrita por los Sres. D. Antonio Maura, don Faustino Rodríguez San Pedro y D. Pedro Calderón Ceruelo, quienes afirmaban haber encontrado en la monografía del Sr. Pons una superioridad indudable, tanto porque las innumerables transcripciones y citas de los escritos y discursos del Sr. Cánovas del Castillo dan á conocer á éste tal cual fué, cuanto porque la parquedad en el elogio y en la censura dejan al lector que forme juicio propio con absoluta independencia.

Se han publicado ya el notable trabajo de D. Alfonso Pons y Humbert, premiado por la Academia, que forma un volumen de más de 600 páginas, y el no menos meritorio, aunque más breve ó reducido, pues no llega á 300, de D. Antonio de Lara y Pedraja, que obtuvo el accésit.

Ni de una ni de otra obra podemos dar más que una sucinta idea en esta recopilación de lo escrito ó publicado acerca de Cánovas. Otra cosa exigiría la impresión, idea desde un principio abandonada, de más de un volumen.

Cánovas del Castillo

POR D. ALFONSO PONS Y HUMBERT

Comienza el ilustrado autor de esta interesante obra, premiada por la Academia (1), recordando la sesión del Congreso de los Diputados de 25 de Julio de 1899, en que, tratándose de honrar la memoria de Cánovas, cierto orador republicano—esto lo añadimos nosotros—«*combatió el acuerdo en proyecto, indicando, entre otras cosas más ó menos razonadas é imparciales, que era harto pronto para juzgar con la posible fortuna la obra realizada por el influyente político, al cual, mejor que nadie, apreciaría sin duda la generación venidera*»; y aunque ésta fué una sola y exclusiva nota discrepante—agregamos también nosotros—en relación con lo propuesto y acordado por unanimidad, según se hizo constar en el acta de la sesión del citado Cuerpo Colegislador, el recuerdo de lo que el autor oyó entonces, parecióle entrever ó descubrir toda entera la dificultad ó serie de dificultades que habría de vencer en el curso de su trabajo.

Lástima que no hubiera precedido á éste la presente obra, en que abundan los juicios y opiniones sobre D. Antonio Cánovas del Castillo de personas no inferiores, ni mucho menos, á la que alude, ahorrándose gran parte de la investigación en que consistía su empeño, y que al fin, debido á su capacidad, con tanto lucimiento ha realizado.

Según el Sr. Pons, cítase á diario en la Prensa, en las discusiones políticas, en el Parlamento, el nombre del célebre estadista, mezclándose de continuo imputaciones cruentas

(1) Y merece ser adquirida.

JUICIO QUE MERECE

de magnas responsabilidades históricas con frases de admiración entusiasta, «y en tanto que no falta quien le atribuya culpabilidad en las recientes desdichas nacionales, otros hay que le lloran y echan de menos, convencidos de que si él viviera habríanse evitado tales infortunios».

«De Cánovas del Castillo, orador, publicista, literato, historiador—añade,—nadie á estas alturas se acuerda; de Cánovas del Castillo, primer Ministro, jefe de un partido importante, acuérdanse todos, adversarios y amigos, más evidentemente, siquiera para maltratarle, los primeros que los segundos.» En esto último el Sr. Pons no es justo ó no está en lo cierto. Más se acuerdan y mejor tratan por punto general—de lo que es testimonio este modesto trabajo de recopilación—la memoria de Cánovas los adversarios que los amigos, habiéndoles igualado, cuando no excedido, en el elogio á su muerte; y no siendo comparable tampoco, en otro orden de consideraciones, la conducta de los segundos con la de los primeros, la cual, lejos de imitar, parece como que pusieron empeño en contradecir.

En lo que el Sr. Pons tiene razón de sobra, sin referirse á la personalidad de Cánovas, sino en general á todos los hombres públicos, es en censurar la manía ó moda española de maldecir de ellos, atribuyéndoles con razón ó sin razón la culpa de todo, siendo así que en nuestra última catástrofe, no sólo los hombres políticos, «la Nación en peso—dice—fracasó en la jornada», de donde provino después el silencio de la misma Nación.

Habla después el Sr. Pons del estado de exaltación perpetua en que vive la imaginación nacional; de su impresionabilidad, que le impide tener noción clara de la proporcionalidad de las cosas, perdiéndose en generalidades y abstracciones, que prueban cuán arraigada está en nosotros la costumbre de no detallar ni analizar. «No poco se apartaba, en general—dice,—de este modo de ser Cánovas del Castillo, hombre de constante deliberación, de sereno juicio, de amor grande al trabajo intelectual, que cultivó en diversas de sus esferas, demostrando en todas, aparte opiniones y tendencias, indiscutible profundidad de conocimiento científico»

El deber, y sólo el deber, le hacía sacrificar el íntimo goce del estudio y los libros, á los que sólo podía dedicar ratos sisados ocul-

que se eligiese evitaba á la Nación parte de sus males, traía consigo el anhelado bienestar, en nombre del interés general estaría él dispuesto á apoyarle en su obra... » (1) -

«Según Cánovas del Castillo, el desconocimiento de la realidad histórica «es la mayor enfermedad de que pueden adolecer los hombres políticos»... No sé que nadie le haya considerado jamás como soñador ó visionario. Porque no lo era, contestaba en cierta ocasión á los que le reprochaban el no haber aceptado en la Constitución de 1876 la intolerancia religiosa, con todo y profesarla en otro tiempo, del siguiente admirable modo (copia á continuación su discurso en la sesión del Congreso de 3 de Mayo de 1876). »

* * *

«De pesimista, aparte de soberbio, se tachó en más de un caso á Cánovas del Castillo, el cual constantemente rechazara «estas dos leyendas», como él mismo decía... «No se confesaba, ni mucho menos, optimista al tratar de las cosas de España... siquiera con ello se enajenase las simpatías de gentes superficiales... Mas de esto á mostrarse sin esperanza y sin aliento, á creer que no había posibilidad de arreglo y mejora para los infortunios de la Nación en absoluto, cual se quería suponer... media un abismo enorme.»

«Conocedor profundo de la Historia patria, sobre la que tantos estudios especiales hiciera desde muy joven, atento observador y crítico de las causas generadoras de nuestra nacional decadencia, espectador sereno de las transformaciones que en su día experimentaron poderosos imperios, señalándose entre ellos, sobre todo, la ruina de la supremacía militar... ; actor influyente en trascendentales sucesos que le dieron la medida de la época, los hombres y las ideas con que hubo de contar para el logro de sus intentos, nadie, con recto juicio, pudiera estimar fuera de base razonada el que Cánovas del Castillo, en sus palabras, se abstuviese de revelar, para el precepto y para lo porvenir, alegres ó optimistas pensamientos.»

«¿Cuándo, cómo, en dónde vacilara la voluntad política de Cánovas del Castillo? ¿No he-

mos dicho que arrastró con frecuencia la impopularidad de la Nación?

¿Y qué es todo esto sino confianza? ¿Y qué es todo esto, en el fondo, sino optimismo? Optimismo respecto de sí; optimismo respecto de algo más, de lo fundamental para la Patria. Creía, y esperaba; puestos en la Monarquía los ojos, afirmaba que ella, «entre nosotros, tiene que ser una fuerza real y efectiva, decisiva, moderadora y directora, porque no hay otra en el país.»

«Era para él consustancial la Monarquía con la Patria, y mientras subsistiesen unidas... la confianza en lo porvenir íbase en Cánovas del Castillo agrandando; mas tal vez no estaba á la propia altura de esta dinástica convicción la seguridad de que otros, aparte él mismo, supieran defender y mantener con fortuna la institución real en España... ¿Quién sabe si lo que en tantas ocasiones se entendiera por pesimismo, no obedecía sino á la escasa ó ninguna confianza que mereciesen al así calificado los calificadores! »

«No hago otra cosa que examinarle desde su peculiar punto de vista. Y en tal concepto, destácase en Cánovas del Castillo, ante todo, su acendrado amor á la Monarquía que sirviera.»

Habla después el Sr. Pons de los primeros pasos de Cánovas del Castillo como periodista, así como de sus obras y escritos históricos y literarios, y más adelante se ocupa de si era escéptico ó no, y dice: «Dos son las principales manifestaciones del escepticismo: duda en el pensamiento y vacilación en la voluntad. ¿Se dió alguna vez esa vacilación y esa duda en Cánovas del Castillo, y se tradujo á sus actos por manera ostensible? Vamos á verlo.»

«En lo que respecta al orden puramente religioso, juzgábase él sincero y acendrado creyente: «Para mí—decía—todo tiene en el tiempo su razón manifiesta ó latente; y todo espero que, á la postre, ha de servir para mejorar en esta vida la suerte de los hombres y hacerles ganar el bien eterno.» (1)

«Ya en una discusión parlamentaria muy no-

(1) Pero nunca, así lo hizo constar, á servirle.

(1) Discurso leído en el Ateneo el 25 de Noviembre de 1871.

adició, hace
nsar en las
n problema
ente con la
al imponía-
ligiosa que
pío, de un
vencida (1).
cuentemen-
a imparcial
enetra en el
nte como el
imiento ne-
agación que
el mundo y
os internos
iegas respe-
comprenda
in Dios dis-
explicación
por los he-
n se le con-
la Natura-
s cosas del
n, el deber
al prójimo,
lad que sur-
explicación
,?» (2)
le una razón
según él di-
lo tales pen-
pto de Dios
a lógica, no
bello, de la

.....
.....

os, y aun los
ueblos, han
an los cielos
onsecuencia
s cielos, to-
el orden so-
enfermeda-
ece y de los
la, constitu-
la físico-teo-
s y á la me-

ambre de 1871.
anteriormente.

tafísica ú ontológica que aceptan muchos sa-
bios modernos (1).

»Conocidas las anteriores ideas, nadie, segu-
ramente, tendría por escéptico á Cánovas del
Castillo.....»

.....
«Para los que le tacharon de pesimista, fijos
á las opiniones frecuentes por él expuestas
desde la tribuna parlamentaria, será, tal vez,
un descubrimiento con el que no contasen éste
de la religiosidad de Cánovas del Castillo...»

* * *

Expone el Sr. Pons más adelante, en el ca-
pítulo V del libro I, algunos datos biográficos
de Cánovas del Castillo, á partir de sus pri-
meros estudios; y luego, en el libro II, entra
ya en la materia principal de su concienzudo
estudio, ocupándose de la significación de
aquél en la ciencia del Derecho y de la Socio-
logía, trabajo en que, naturalmente, no po-
demos seguirle, porque para ello necesitaría-
mos mucho más espacio del que podemos dis-
poner. Lo principal, en nuestro concepto, de
esta parte de la obra del Sr. Pons, es el ca-
pítulo III, en que no sólo emite su ilus-
trada opinión sobre el *Estado*, la *Política*, el
Derecho político y el *positivo*, sino que á la vez
reproduce las de otros distinguidos jurisper-
sultos y notables oradores sobre materias tan
importantes, transcribiendo, además, algunos
párrafos de disertaciones científicas y discurs-
os pronunciados en el Parlamento por Cáno-
vas del Castillo.

«El Estado, según éste, no es un ser, no es
más que institución ó instrumento; no tiene
ni puede tener otros derechos que los de la
personalidad humana; instrumento de la per-
sonalidad humana, no puede realizar nunca,
no puede pretender realizar otros derechos
que aquellos que en la personalidad humana
residen.»

«La idea del Estado concebida de otra suer-
te es una idea que conduce fatalmente al pan-
teísmo; nace de la pretensión de sustituir
con una unidad humana y terrena la grande
Unidad divina, que se intenta hacer desapa-
recer de la conciencia del hombre. ...»

.....
«Todo derecho emana de la personalidad hu-
mana; el Estado es el instrumento, única-

(1) El propio discurso.

mente el instrumento, de la personalidad humana; pero son por esto las facultades, las atribuciones del Estado insignificantes!»

«Puedo, pues, sustentar, y he sustentado siempre, el derecho absoluto de la personalidad humana; puedo, pues, sustentar, y he sustentado siempre, la necesidad del Estado; digo más, la necesidad de un Estado positivamente constituido.....»

«El Estado es un organismo ante todo intelectual y moral; el Estado necesita, además de condiciones externas, además de vida externa, además de cuerpo, espíritu. Lo necesita el Estado, lo necesita la Nación, lo necesita la sociedad en que vive.....» «El Estado, desde la tribu, y aun desde la familia, tiene ya principios morales, tiene bases intelectuales y morales sobre que fundarse.»

«Suprimid si no los principios que constituyen entre nosotros la familia; suprimid las relaciones del padre, de la madre y de los hijos; suprimid las relaciones del hijo con el padre, con la madre, con el abuelo; suprimid el respeto, la obediencia y, en una palabra, todas las relaciones que median entre esos individuos, y decidme si hay familia, si la familia puede existir sin esas leyes, que antes de ser leyes eran principios.....»

«¿Puede existir una nación sin un depósito moral, sin un espíritu como el que antes os he indicado? ¿Qué es la Patria, si eso no es? ¿Era, por ventura, la Patria de España la que habitaron por mucho tiempo los árabes, los africanos y los descendientes de los africanos y de los árabes? No; eso no ha sido jamás la Patria española. La Patria española no ha estado nunca á las orillas del Tajo ó del Guadalquivir... Ha estado siempre, está y estará, allí donde estén los grandes principios de la nacionalidad española.» (Aplausos.) (1)

D. Antonio Cánovas del Castillo.

Estudio crítico

POR D. ANTONIO DE LARA Y PEDRAJAS

«Como todos los hombres que, ya guiados por la Providencia ó cumpliendo libremente su

destino, han influido personal y directamente en la marcha de su Nación, Cánovas del Castillo ha sido, y será quizá todavía por largo tiempo, muy controvertido, llegando unos hasta el elogio sin tasa y sin medida, teniéndolo por un portento y maravilla de la época y no viendo en él sino los aciertos, y alcanzando en otros la censura hasta la negación de las cualidades más evidentes.....»

«Sin desconocer el alto valor de otras cualidades que realizaron en vida á Cánovas del Castillo y le permitieron influir de modo muy directo en la esfera científica, y más aún en la propiamente social de la Nación española durante cerca de medio siglo, lo que más contribuyó sin duda á este resultado fué las condiciones peculiares de su carácter, que se distinguía por una acentuación vigorosa de su personalidad.»

Habla el Sr. Lara de los comienzos de la carrera de Cánovas; de haber mantenido su individualidad propia sin confundirse en las corrientes múltiples y contradictorias que agitan el país, quedando distinto y separado, sin dejarse arrastrar por los acontecimientos, antes bien, dirigiéndolos ó encauzándolos, convirtiéndose en centro de acción y jefe reconocido de escuela.

«Con conciencia clara de este poder—dice, —bien pronto se convence de que puede realizar una misión importante en la Historia de su país, y á cumplirla se encaminaba con resolución, pero sin precipitarse..... dominando en todo momento los estímulos de su ambición para escoger el instante y la sazón de tomar determinadas direcciones.....»

«Esta convicción de su propio valer va siempre implícita, y muchas veces claramente manifestada, en cuanto hace y dice.....» «Y al exponer ó discutir doctrinas ó cuestiones de conducta—sin propósito, por condición natural,—hablará con frecuencia en primera persona, empleando este pronombre para realzar y dar más fuerza á la afirmación por ser suya, como se ve en las frases «entiendo yo», «no he dicho yo», «cómo he venido yo á ser» y otras muchas análogas, que brotan espontáneamente de su boca ó de su pluma.

Por otra parte, esta personalidad no está sujeta á las mudanzas del tiempo ni á las veleidades de la fortuna, no sufre intermiten-

(1) Sesión del Congreso de 2 de Enero de 1877.

la unidad, y por
a manifestacio-
os primeros pa-
imos de su glo-
ismos princí-
us doctrinas, y
e y sistematiza

e la vacilación,
que no entran-
so, terminante,
lo definitivo lo
estilo personal
el pensamiento,
e esas inconse-
, por ejemplo,
multitud de su-
istas en filoso-
; á poner muy
caso de la Mo-
o ocurría esto.
ce al exterior.
; pero creador
de las cosas
sobre la liber-
e albedrío so-
nítica, el poder
en filosofía, la
s....»

«hemos visto
ideas, no en-
la obstinación
hija de su na-
mento vigoio-
que sabía tem-
voluntad á el
modarlos á las
vida de rela-

do y sincero,
ales de la fe;
n de la razón

.....
.....
os para ello le
as en la pleni-
belleza; pero
dotado de una
en que vivía y
ría, detestaba
las especula-
niento, engen-

dradoras de la utopia, á la que tenía horror
por dañosa y perturbadora del orden de las
cosas terrenas.»

Habla de que «esto le permitía llegar á tér-
minos de concordia y resolver con facilidad las
situaciones más difíciles, y así pudo, «en día
memorable para la Nación», poner paz en los
ánimos turbados por las contiendas civiles,
cerrando un período histórico y abriendo á la
vez otro con aquellas célebres palabras, dig-
nas de los tiempos clásicos: *Tengo á continuar
la Historia de España.*»

«Todas estas notas del carácter de Cánovas
del Castillo estaban compenetradas de un alto
sentido moral, que obligaba á profundo res-
peto aun á sus mismos adversarios....» «Mi-
rando siempre la vida desde lo alto, y con-
vencido de que la Humanidad, como las na-
ciones, como los individuos, tienen una mi-
sión que cumplir... estudiaba su marcha y
sus movimientos con aquella serenidad que
su importancia requería...»

.....
.....

«Pero si el hombre se impone al hombre por
el carácter, no ejerce atracción hacia sí, con-
virtiéndose en prosélitos á los demás, si no po-
see una inteligencia superior para inquirir y
conocer la verdad donde quiera que se halle
y de cualquier orden que sea, y ese arte mara-
villosa de concertar las aspiraciones al ideal
con la realidad, pesando, midiendo sabiamente
los elementos que de cada uno pueden entrar
en la obra para que sea ordenada, viva y fe-
cunda. Ambas cualidades las reunía en alto
grado Cánovas del Castillo, y de ello dan tes-
timonio los firmes asientos sobre los cuales le-
vantó su obra política.»

.....
.....

«Es tan poco frecuente que en un hombre
alcancen sus varias facultades á dar frutos es-
timados todas ellas... que, viéndolo, se niega
el público á reconocerlo, admitiendo, á lo su-
mo, que tal aserto sea una concesión graciosa
al prestigio obtenido por aquella aptitud en
que descuella de modo sobresaliente. Esto ha
sucedido á Cánovas del Castillo. ó lo que á
muchos hombres de valer en la Historia: el
estadista y el orador parlamentario han obs-
curecido al literato y al hombre de ciencia.

Claro se ve, sin embargo, que esto obedecía
á un prejuicio arraigado, y contra el que nada

valían las pruebas... Pero para los que le hemos seguido paso á paso á través de todas las manifestaciones de su espíritu y estudiado con el detenimiento que requieran sus múltiples y variadas producciones, nada sorprende tanto como la elevación de pensamiento con que, en general, trataba todos los asuntos y la perspicacia con que descubría el nudo de la cuestión y se apoderaba de él para hacerlo objeto de su examen.»

«No son sus libros obras magistrales ni tratados completos en donde se exponga el contenido total de una ciencia ó se dilucide una teoría en todas sus partes, pero para los que no aprecien los trabajos del entendimiento por la cantidad, no desmerecen por ello lo más mínimo.»

«En los trabajos de Cánovas, como escritor, no se encuentran siquiera párrafos que huelguen y se puedan suprimir sin perjuicio de que quede cortado el hilo del discurso ú obscuro el concepto que venía exponiendo... En no pocos casos, la opinión sustentada por él es apoyada brevemente, pero con palabras que dejan entrever los sólidos fundamentos de que

parte y lo mucho que ellas; lo que hubiera h
po y el espacio lo hubie

Así ocurre en la cie
sin haber ejercido él la
pacitaba su carrera, d
de jurisconsulto en los
tales de aquélla, con t
que bien pueden dar lu
á opuestos pareceres;
nocimiento respecto a
doctrinas que analiza
blemas por ellas plante
tece con la Filosofía so
pre el núcleo de la cues
samiento con firmeza, n
ces dilucidar los extre
en que discrepa de otr

Por último, consagra
parte de su excelente
como la titula, de Cáno
toria de la legislación esp
mos, con sentimiento,
razón que hemos expu
obra del Sr. Pons.

«Sin duda era Núñez de Arce el de menor edad de todos, vivos y muertos...» Y no continuó copiando, porque al leer los afectuosos conceptos con que me juzga, más el amigo que el crítico, siento humedecidos de lágrimas los ojos y oprimido el corazón.

¡Ay! desde el día en que Cánovas y yo nos hablamos por primera vez, hasta la hora infausta en que el arma de un infame asesino cortó inesperadamente la carrera del insigne hombre de Estado, ¡cuán trascendentales sucesos y cuán radicales cambios han ocurrido en España! Las tempestuosas revoluciones y reacciones que en tan largo período han conmovido el suelo de la Patria, han roto también, dispersando sus átomos á todos los vientos, el núcleo de generosos y entusiastas jóvenes que entonces, soñando en lo porvenir y dilatando su mirada por los falaces horizontes de la vida, buscábanse atraídos por el puro y desinteresado amor de las Letras y las Artes. Cada cual ha seguido después el rumbo que le señalaban sus convicciones ó sus conveniencias; algunos, perturbados por la ciega pasión de partido, se han combatido, aun estimándose, con feroz encarnizamiento, y muchos han caído antes de salvar la penumbra de los primeros años, vencidos, muertos ú olvidados entre el revuelto polvo de nuestras discordias civiles. Pero en la lejana época á que me refiero, todos componían juntos una legión poderosa, aunque desconocida, que ignoraba su propia fuerza y era, sin saberlo, la representación intelectual más genuina de aquella ardiente juventud de 1850, bajo cuya acción arrolladora é incesante se ha transformado por completo, en el espacio de treinta años, la sociedad española.

II

En estos momentos tristísimos, evocados por la intensidad de mis recuerdos, se levantan en mi pensamiento, con todo el relieve de la realidad, los lugares, los hombres y las cosas de aquellos días ya tan distantes. Aún veo tal como era el viejo y destartado café del Príncipe, llamado el *Parnasillo*, establecido en el mismo local ocupado hoy por la Contaduría del Teatro Español, y en donde, como cuenta Mesonero Romanos en un interesante artículo de las *Memorias de un scetentón*, acostumbraban á reunirse, en el último período del go-

bierno absoluto, los amantes y aficionados de las Artes y la Literatura. Algo había variado el café allá por el año 1850, de lo que era en los tiempos á que el *Curioso Parlante* se refiere; pero no tanto que hubiese perdido su sello característico ni en el decorado, ni en el mobiliario, y menos todavía en los asistentes, muchos de los cuales seguían siendo los mismos.

Varias mesas de nogal—pocas, porque la pequeñez del recinto no consentía mayores ensanches, y además porque eran suficientes, y aun sobraban, para el escaso consumo que los habituales parroquianos hacían—hallábanse repartidas por la mezquina sala, obstruyendo el paso las noches de estreno en que era mayor la concurrencia. Una puerta con ancha mampara, forrada de roja bayeta, abierta en el muro lateral de la derecha, había puesto en comunicación directa el café con el teatro, que estaba á la sazón organizado como una de tantas dependencias del Estado. En él trabajaban en sana paz y honrada compañía, ofreciendo un buen ejemplo que no ha vuelto á repetirse, Bárbara y Teodora Lamadrid, Matilde Díez, el heredero de Máiquez, Carlos Latorre, ya en el crepúsculo vespertino de su gloriosa vida, Julián y Florencio Romea, Valero, Arjona, Pizarrogo y Mariano Fernández, el último de los graciosos de la antigua escuela; es decir, los actores más excelentes que ha tenido España en lo que va de siglo.

Guardaba la puerta, impidiendo la entrada por aquel lado en el templo de Talía, á los que no iban provistos del correspondiente pase, un viejo acomodador del teatro, empaquetado en su librea, que no sólo conocía personalmente á los autores de nota, sino que olía ó adivinaba con certero instinto á los que se encontraban en camino de serlo, para no estar con ellos demasiado esquivo y riguroso.

No había penetrado todavía en el *Parnasillo* la luz del gas, ni siquiera la del petróleo. Seis ó siete lámparas anacrónicas, contemporáneas de Carlos IV, alimentadas con aceite y enaguinaldadas con flores de trapo, alumbraban, ó mejor dicho, rompían la semioscuridad de las ennegrecidas y ahumadas paredes del clásico café, donde apenas se atrevían á asomarse los profanos, y en el cual era seguro encontrar, en las horas de los espectáculos teatrales, á las autores que entonces gozaban del favor del público.

Allí, seguido de su fiel compañero de glorias

Alcalá Galiano—el—en tratado físicamente que al hablar se veía hermoso,—acu—igne Duque de Rivas, indose contra las in—servaba fresca, lozar—tar cuentos y chasca—dad y gracia con que ar verdaderos él mis—sus achaques no se—contecía raras veces,

D. Juan Nicasio Ga—na enorme levitón de su cuerpo fornido, y peso de la edad, to—e contra las exagera—habían sido y conti—a pesadilla. El mas era el general Ros de quien le gustaba tra—formales, el cual di—lítico juzgando, en la con tono sentencio—de los hombres y los personajes y a'gunos es por su vejez ó por que pertenecían á las a Administración, la itulan lo que, con la os pocos años, llamá—curioso centro de an—servado en el fondo as oscuro del *Parnaj* de música, seme—l dar las horas rega—n con algún trozo de *vil*, *La Mutta di Por*—

epigramas el satírico Villergas. Haciale compaña, mientras tomaba lentamente una taza de café, el célebre Bretón de los Herreros, que se gozaba con ingenuo candor en repetir, elogiándolos y riéndolos, versos y chistes de sus comedias, sin que su taciturno é indulgente colega en la Academia y en el teatro le atajase en las propias alabanzas. Verdad es que el mayor de nuestros autores cómicos, después de Moratín, no hacía más que anticiparse, con la espontaneidad ruidosa é inofensiva de su amor propio, al juicio de la posteridad, que le ha colocado con justicia entre los castizos y excelsos maestros del habla castellana.

Era también asistente asiduo á la tertulia del *Parnasillo* D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que andaba siempre mariposeando de mesa en mesa, y tenía para todos alguna palabra agradable y cortés. Aquel hombrecillo afeitado como un clérigo, de cabeza menuda, ojos inquietos y trato familiar, ocultaba bajo tan modesta apariencia una voluntad tenacísima, aunque nada batalladora. Por excepción llevaba de frente la contraria á los que discutían con él. Plegábase, por de pronto, con frase balbuciente á la opinión que oía; mas luego, en el curso de la controversia, á fuerza de atenuaciones y *distingos*, iba transformando el juicio ajeno en el suyo propio, por regla general diametralmente opuesto al que antes había admitido. Cuando no podía más se callaba, pero no se convencía. A no haber heredado de su madre, según afirmaba, un carácter tímido, habría sido quizá un crítico inflexible y obstinado, porque no le faltaban ni habilidad ni ciencia para serlo. Era bueno, y hacíase doblemente simpático á los ojos de la juventud, no sólo por su talento, sino por su natural inclinación á amparar las obras de los autores noveles con prólogos verdaderamente paternales.

Empresa difícil sería la de referir los lances cómicos dramáticos, y hasta líricos, de que fué testigo el café del Príncipe en aquellos días, ya medio olvidados, y requeriría más espacio del que dispongo. En otra ocasión es posible que lo intente. Por hoy me limito á ir presentando las figuras más salientes del cuadro, contando con que la perspicacia del lector suplirá las deficiencias de mi relato y llegará á formarse aproximada idea de lo que sería aquella reunión de hombres de rica fantasía,

e, la parte central del ue estaban en la man—ían llegado á la ple—ra de los primeros en a el Buena y Carlos II Gil y Zárate, enton—ción pública, varón i alto ni bajo, gru—e parecía estar siem—a quien, por inexplic—tudal de sus crueles

intención poco piadosa y regocijado ingenio.

Prosigo, pues. Compartía con Hartzenbuch, si no el cariño, la preferencia de la gente moza, acaso obedeciendo, sin darse cuenta de ello, á la ley del contraste, el popular autor del drama *Don Francisco de Quevedo*, y algunos años después primer traductor de Enrique Heine en idioma castellano. Era Eulogio Florentino Sanz seco, amojamado, de tez biliosa y humor quebradizo. Agudo y áasperamente mordaz como el protagonista de su obra, que había tomado por modelo, susurrábase que meditaba de noche, en la quietud y el silencio del sueño, los feroces sarcasmos y sangrientas burlas con que sazonaba sus conversaciones del día siguiente. Yo no afirmo que esto fuese verdad; lo que sí digo es que sus aceradas frases y tremendas sátiras clandestinas le hicieron temible á la corte, granjeándole tanta reputación, por lo menos, como su obra más aplaudida.

Valía mucho; pero extremó tanto la estimación de sí mismo, que se hizo desgraciado. Metiósele en la cabeza que el público no apreciaba sus producciones en todo cuanto se merecían, y para castigarle por su irreverencia rompió la pluma en la mitad de su carrera y en la fuerza de sus años. Comparándose con otros, llegó á creer que ningún puesto oficial ajustaba bien á la grandeza de sus méritos, y prefirió arrastrar la triste vida de *bohémio* á admitir los altos cargos diplomáticos que en distintas circunstancias le ofrecieron sus amigos y adversarios. Desdeñó el trabajo, sin disfrutar por eso del ocio con dignidad, que ha sido, es y será la aspiración constante de las almas superiores, hastiadas del vano ruido del mundo; no llegó á ser nada, porque quiso ser demasiado, y el instrumento con que labró su humillación y su ruina no fué la injusticia de los demás, sino la propia soberbia.

A la salida de los teatros dábase también una vuelta por el Parnasillo D. Antonio García Gutiérrez, el primer poeta dramático que tuvo el honor de ser llamado á la escena la noche del estreno de *El Trovador*, obra, lo mismo que *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *Los amantes de Teruel*, que lleva la castiza marca del verdadero romanticismo español. Entraba en el café rebujado en su capa con embozos de rojo terciopelo, mascando la punta de un cigarro apagado y se agregaba al grupo que veía más cerca, siempre serio, meditabundo, casi huraño, no por orgullo, vicio desatentado que no había

en alma tan delicada sino por ocultas tristezas é invencible modestia.

Cerca de las doce, aristocráticas, que e tarde, y en las cuales gracejo, pasábase p autor de *El hombre de* puesto la *Muerte de* de la Vega. Era el halagador y ameno mántica, que llamab das y sentimentales con elegante pulcri donde quiera que s distinguido, su pálido resplandecían dos, rebosando malicia; calva y sus anchas, ban aspecto, no de acaudalado.

Obligado por la n paz de vencer su ing todavía no había c putación que despu traducciones y arre chos, algunos superi les, los más importar espacio de varias ter actividad febril con toda la vida de Vent pública voz y fama. zoso en grado sumo primera secretaria, por no haber tenido la hora que salía la espacio de un mes es noches á su ayuda de al romper el alba. El puntualidad el enc amanecía. Ventura sobresaltado, lanzán ra, y luego, dejándos los mullidos colchón destempladas. De es de los buenos propó cidiera ningún día á *fat de la aurora*, de plazo reglamentario destino y fué declar me parece pura ley e él hizo cuanto pudo bial desidia, ponien

muraban los malévolos, se había roto el tímpano con la resonancia atronadora de sus versos; y otros muchos escritores más, buenos, medianos y malos, cuya enumeración omito, porque sus nombres escapan á mi memoria. ¡Ay! Todos cuantos intervinieron de alguna manera en este magnífico período de la literatura nacional descansan ya en la paz del sepulcro. ¡Todos, no! Quizás algunos rezagados, perdidos en la soledad y en la sombra, resisten todavía la acción corrosiva del tiempo, semejantes á las hojas secas y amarillentas que continúan tenazmente adheridas á su rama, después de haber desnudado los duros vientos de otoño el árbol en que crecieron.

IV

Cerca de la puerta de entrada del *Parnasillo*, en las primeras mesas de la izquierda, congregábase el grupo bullicioso de los recién llegados al campo de la política, de la literatura y de las artes. Como los catecúmenos, que no pasan del átrio del templo mientras no están suficientemente instruidos en los dogmas de la religión, aquel cenáculo, bastante numeroso, de la *corte nueva*, de donde habían de salir tantos hombres de Estado, literatos, poetas, oradores, artistas y altos empleados de la administración y la magistratura, concurría al modestísimo café del Príncipe para recibir de los maestros, como lo habían hecho las generaciones anteriores, el bautismo, ó más bien, la confirmación oficial de su talento. Allí figuraban en primer término, para no hablar más que de los muertos, un gallardo mozo de contextura atlética, de busto y cabeza leoninos, de voz sonora y contagiosa alegría, que había de enriquecer, en el transcurso de los años, el teatro español con sus grandiosas creaciones, y otro muchacho, pálido, imberbe, de rostro anifiado y ojos vivos y penetrantes, cuya mirada casi provocativa, tal vez por efecto de su miopía, templaban apenas los cristales de unos lentes que su dueño manejaba con cierto desenfado, muy cercano á la impertinencia. Llamábase el uno Adelardo López de Ayala, inmortal autor del *Hombre de Estado*, el *Tejado de vidrio*, el *Tanto por ciento*, *Consuelo* y la admirable oración fúnebre, solemne y conmovedora como un salmo, que pronunció desde el elevado sitio de la presidencia del Congreso, con motivo del fallecimiento de la Reina Doña Mercedes. El otro

joven era Cristino Martos, erador realmente maravilloso que hablaba con la corrección de un libro clásico, y de cuyos labios brotaban, relampagueando, imágenes, chistes, sarcasmos é ideas atrevidas, todo en revuelto remolino, como las chispas de un hierro candente sometido al yunque. Demócrata convencido y agitador incansable, aunque más temerario que valiente, se afilió, al salir de las aulas, en el partido avanzado; adquirió por su apasionada elocuencia envidiable nombradía, y llegó á ser con el tiempo el verbo luminoso, aunque no siempre reflexivo, de la revolución de Septiembre.

En aquel grupo, compuesto, como he dicho, de jóvenes despiertos y animosos, algunos de los cuales han «continuado gloriosamente la historia de España», descollaba sobre todos sus compañeros, por la amplitud y alteza de sus miras, lo certero de su juicio, la firmeza de su carácter y las mismas inflexiones de su voz, autoritaria y sugestiva, el ilustre estadista que una mano traidora ha borrado del número de los vivos.

Descubríase bien á las claras, al verle y oírle, que pertenecía á la raza férrea de seres superiores, formados por la Providencia para mandar hombres y regir pueblos. Donde quiera que estaba le correspondía el primer puesto por derecho de conquista. Era osado, absorbente, imperioso, y no se necesitaba mucha penetración para comprender que aquel joven, de ancha y cuadrada cabeza, como la de algunos Césares romanos, de paso torpe y vacilante por la cortedad de su vista, pero de entendimiento ágil y voluntad resuelta, estaba llamado á influir de un modo decisivo, si no se malograba, en los futuros destinos de la Nación española. Y así ha sucedido, en efecto. Desde el año 1854 no ha dejado de intervenir, cada vez con mayor autoridad y poderío, en la política nacional, hasta que un horrendo crimen le ha arrebatado, en el apogeo de su grandeza, al cariño de una esposa amantísima, á la solicitud de sus deudos, á la admiración de sus amigos, al respeto de sus adversarios y al servicio de la Patria.

La muerte es una gran conciliadora, ante cuya sombría, pero serena majestad, enmudecen las pasiones humanas. No para mí, que siempre le quise bien, sino hasta para sus mayores enemigos, Cánovas del Castillo debe de ser inviolable y sagrado, porque hay algo

La muerte de Cánovas.

Opiniones y juicios acerca del mismo

POR D. JUAN VALERA

Cánovas y Valera se conocieron desde jóvenes con cierta nota ó reputación ya de escritores, en casa del tío del primero, el célebre literato D. Serafín Estébanez Calderón, tantas veces citado en este libro. Luego cultivaron esa amistad por su común afición á las letras, y á la muerte de Cánovas era natural que Valera le consagrara algún recuerdo. Hizolo primero en *El Mundo Naval Ilustrado*, que se publica en Cádiz, en un artículo titulado *Notas diplomáticas*, á cuyo final decía lo que se copia á continuación:

I

«Al terminar el artículo que antecede, lleno de tolerancia para todas las opiniones, de fe en el progreso del humano linaje y de esperanzas optimistas en la civilización del mundo, estaba yo muy lejos de prever la horrible tragedia ocurrida en Santa Agueda cuarenta y ocho horas más tarde.

Aun prescindiendo de la admiración y del afecto que inspira á sus compatriotas la ilustre persona que allí ha sido víctima, esta tragedia es de lamentar como signo ominoso de los errores de entendimiento y de la abominable perversión de voluntad que fermentan aún en el seno de nuestra sociedad, tan adelantada y tan culta, viciando á muchos hombres y convirtiéndolos en fieras.

Hasta las más audaces utopías, aunque propendan á desbaratar el organismo social, tal como está hoy constituido, y á fundarle y á recomponerle sobre bases nuevas, si noto ingenio en quien las inventa, fervoroso convencimiento en quien las divulga y la recta intención en quien las sostiene, de hacer que triunfen por buenos medios, todo ha ganado siempre algo de mi simpatía, disculpándolo en mi corazón por lo generoso, y tal vez celebrando con la imaginación la ingeniosidad del sistema y la sutileza de la teoría, aun cuando la razón la halle irrealizable y falsa, y como tal la condene.

No es esto afirmar que con el andar del tiempo y con la lenta evolución con que crece y se difunde el bienestar sobre toda clase de perso-

nas, ya que no trayéndolas al mismo nivel, colocándolas en desigualdad tolerable para el que está por bajo, y justa por ser merecidos el premio y la posición del que está más alto, no lleguen á realizarse un día cuantos ensueños de transformación y de mejoras sociales se compadecen con la imperfecta condición humana y con los recursos que ofrece el mundo en que vivimos, que la ciencia descubre y de que el arte se apodera.

La libertad omnimoda que se disfruta hoy en España y en otras muchas naciones de Europa, presta armas suficientes para que el trabajo luche dentro de la ley con el capital individual, para que le oponga el capital colectivo, y para que tal vez le venza. Es mentira que haya clases cerradas, que nadie goce de privilegios por pertenecer á tal ó cual clase, y que, en realidad, sea clase la burguesía ó lo que se llama clase media. Todos, en el día de hoy, pertenecemos á la clase media de derecho, y quizás antes de un siglo todos serán de hecho clase media ó burgueses, sin que la miseria los aflija y sin que la dura necesidad los fuerce á rudas faenas, que desempeñarán máquinas prodigiosas y estupendos artificios.

Por lo mismo que yo veo así las cosas, y por lo mismo que columbro tan risueño y luminoso el horizonte de lo futuro, deploro y maldigo con más energía que otros esa abominable secta, vergüenza de Europa, negra mancha de la civilización ascendente, que se apellida anarquismo ó nihilismo. No creo yo que ha nacido en el hondo centro de la más atroz pobreza, de la invencible ignorancia y del abandono en que se suponen que yacen y gimen las más bajas capas sociales, sino creo que ha nacido de un saber superficial y pedantesco; de vagas y malsanas lecturas, que se han indigestado ó han fermentado en cerebros débiles; de la abjuración de toda religión positiva ó de toda alta metafísica y, por consiguiente, de la moral, que en ellas se funda; y por último, más que de la sed de goces y de riquezas, y más que de la envidia y de la rabia contra quien los tiene, de cierto prurito, de cierto anhelo, origen de las más nobles y brillantes acciones, cuando se funda sólidamente en la bondad; y origen, cuando sus fundamentos son malos, de los crímenes más brutales y atroces.

Para mí es indudable que ni al lanzar bombas de dinamita en Barcelona, ni al esgrimir

malévolas, entiendo que, lejos de haber decaído, él valía más y se había encumbrado más en estos últimos tiempos, luchando con las dificultades.

Admiro yo los bríos y el ahinco con que ha defendido la integridad de los dominios de España, y sobre todo el paciente sufrimiento, harto pasmoso en él, que por naturaleza era poco sufrido, con que supo disimular y aguantar ofensas é impertinentes pretensiones de un poder desmedido y desproporcionado, contra el cual España, abandonada y sola, era en extremo aventurado que se alzase. Demos gracias á su inmortal espíritu porque no quiso mostrarse sobrado animoso, comprometiendo al pueblo cuyos destinos dirigía, y tomando una resolución desesperada, que no debe ni puede tomar el jefe de un partido sólo, sino la Nación entera y cuanto son los partidos, y esto en el caso tristísimo de que las ofensas duren y crezcan y de que el sufrimiento se agote.

JUAN VALERA.

II

El Liberal, en su número del 5 de Septiembre de 1897, publicó este nuevo artículo de don Juan Valera con el título de

Opiniones y juicios acerca de Cánovas.

Sr. D. Miguel Moya.

Mi distinguido y querido amigo: Me pide usted con insistencia que le escriba algo sobre las anécdotas que yo sepa de Cánovas y sobre los dichos agudos que haya oído yo de sus labios. Mucho me cuesta, casi puedo afirmar que no sé decir que no, sobre todo á personas tan amables como usted; pero lo mejor sería que yo nada escribiese sobre esto, porque aunque yo estimaba mucho á Cánovas y él me quería bien, al menos me lisonjeo de que así era, no puedo jactarme de haber sido nunca de sus íntimos, por donde es evidente que lo que yo sepa de Cánovas todo el mundo lo sabe. Recelo, además, defraudar las esperanzas de parte del público, que tal vez espere leer una serie de epigramas cruelmente graciosos, contra determinadas personas, en lo-cual se supone que Cánovas sobresalía; pero como

yo donde más le he tratado y le he oído ha sido en reuniones íntimas y tertulias de damas, le conozco menos por lo satírico que por lo galante, pues él lo era en extremo y tenía muy amena y apacible conversación con las mujeres, mostrándose, no duro censor, sino indulgente y blando con las que merecían censura, y con las que le agradaban y le entusiasmaban, que fueron no pocas, antes de su segundo casamiento, entusiasta y fervoroso panegirista.

Lo epigramático hubo de guardarlo Cánovas para otras ocasiones y lugares. Y como él, desde su primera juventud, estaba seguro de descollar y de elevarse, y como no temía que nadie le atajara el paso, entiendo yo que si él gustó de decir y dijo epigramas no fué por odio ni por enojo, sino por amor al arte, en el calor de la improvisación, y sin la acritud que algunos de sus encomiadores le han atribuido. Quizá provenía esta acritud de que ellos aguzaban y enarbolaban la flecha que Cánovas había disparado, ó que más bien había saltado de la aljaba, corriendo luego y divulgándose rápidamente, arrebatada por el raudal copioso de las frases, agudezas y chistes con que esmaltaba los diálogos en que intervenía.

Pretenden los franceses que la lengua y el ingenio de ellos son los más propios, casi los únicos, para la *causerie*; pero si hubieran oído á Cánovas en español, y le hubieran entendido, sin duda que no se mostrarían tan orgullosos. Yo de mí sé decir que nunca hallé por esos mundos *causeur* más afuente y divertido.

No he de negar que Cánovas solía ser epigramático. Lo que niego es la malevolencia. El epigrama se le escapaba sin querer. Recuerdo que en cierta ocasión habíamos hablado ambos con un señor que tuvo fama de discreto en sus mocedades, y que, ya maduro, nos parecía tonto. Cánovas habló de las interminables disputas que tienen los filósofos acerca de los destinos y esferas á donde vuela el espíritu después de la muerte, y extrañó, haciéndonos reír, que nada se hubiese disputado sobre los destinos y esferas de no pocos espíritus que han residido, según opinión general, en algunos seres humanos, y que los han abandonado á lo mejor sin aparente lesión orgánica, y dejándolos tontos de capirote.

En medio de los afanes y cuidados de su fecunda y activa vida política, Cánovas no ha prescindido nunca de sus aficiones literarias.

velas, publicadas en la colección de D. Mariano Catalina; que más tarde tuve el gusto de dedicarle mis *Cartas Americanas*, y que, por último, sé yo que él leía y celebraba mis escritos con bondadosa indulgencia, lo cual, aunque parezca extremado candor en mí el declararlo, me lisonjeaba en extremo. Así es que Cánovas era quizás la primera persona á quien yo enviaba un ejemplar de todo libro mío, no bien salía de la imprenta. Recientemente le había enviado hasta cuatro. Y yo me forjo la ilusión de que no entraban mis cuatro libros en el número de los trescientos que, cuando él hizo dimisión la última vez, tenía por leer sobre su mesa. De seguro que por lo menos los había hojeado, ó quién sabe si los había leído á medias.

Es singular: donde y cuando yo viví más constante y amistosamente con Cánovas, fué en los mismos baños de Santa Agueda, en 1868, poco antes de estallar la revolución que arrojó de España á los Borbones. Allí fuimos rivales de una rivalidad muy inocente. Cánovas capitaneaba una compañía para hacer charadas en acción y yo capitaneaba otra. Las dos primeras damas de nuestras compañías eran Anita Becerra y mi hermana la marquesa de Caicedo. Y no faltaron ocasiones en que, al representar aquellos dramas fingidos, alguien tuviese que matar á Cánovas. ¿Quién había de pronosticar entonces, entre las personas que allí asistíamos, y cuyos retratos conservo en fotografía, formando grupo, que Cánovas, veintinueve años después, había de morir de tan desastrada, aunque gloriosa muerte?

He tratado y hablado á Cánovas lo bastante para crearme autorizado á negar cierta mala condición de carácter de que no pocas personas le acusan. Siendo de advertir que la tal mala condición es muy común entre los hombres, y casi siempre con menos disculpa y motivo que en Cánovas, dado que él la tuviese. Hablo de la estimación en que se tiene cada uno, la cual, si se emplea y consume toda en estimarse uno mismo, no nos deja ni un átomo de ella con que estimar á los otros, de donde nace el desdén y el desprecio con que miramos á los que nos rodean, á la Nación á que pertenecemos y á veces á todo el humano linaje, salvo el individuo excepcional y teratológico que en nosotros vemos. Digo con toda franqueza que nunca advertí que resaltase este defecto en Cánovas, aunque, según dejo expuesto, es de-

fecto muy humano, y tan peculiarmente propio de los españoles, que de él, en mi sentir, provienen nuestras mayores desventuras. Como ya lo declaraba el insigne poeta Camoens, los españoles somos

Todos de tal nobleza é tal valhor
que cualquier d'elles cuida que é o melhor.

De aquí, natural y forzosamente, el echarnos unos á otros la culpa de cuantos males ocurren: el regionalismo, el separatismo y las interminables guerras civiles. Como cada cual cree que por sí solo vale mucho, imagina que para su prosperidad, su grandeza y su gloria le estorban los demás, con quienes está unido, y se empeña, ó en separarse de ellos, ó en dominarles por fuerza. El defecto es, pues, muy español, haciéndole más odioso la hipocresía con que procuramos encubrirle, dando en público hiperbólicas alabanzas á las mismas personas, instituciones y colectividades á quienes en secreto vilipendiamos. No gustamos del término medio. Cuando la rabia no nos arrastra á injuriar desaforadamente, alabamos por tan pomposo estilo, que la alabanza parece burla: todo poeta es pasmoso, todo general invicto, todo literato eximio y todo catedrático un pozo de ciencia, salvo el decir luego en voz baja que no hay uno que valga para su oficio y que no sea un majadero.

Ahora bien; yo creo que Cánovas carecía de esta doblez, que elogiaba con moderación y con pulso, juzgando de las personas y de las cosas del mismo modo, en voz alta que en voz baja, en público que en privado. Y no se complacía tampoco en adular ruinmente á las colectividades, poniendo por las nubes, ya al pueblo, ya al ejército, para buscar el apoyo del uno ó del otro. Y no sacaba de continuo á reducir nuestros laureles del Garellano, Pavía, San Quintín, Otumba y Lepanto, para ensorbercer vanamente al vulgo y para hacerle creer que nuestra decadencia y postración de ahora dependen sólo de unos cuantos malos gobernantes que hemos tenido. Cánovas creía que las raíces del mal eran más hondas y que las naciones tienen de ordinario, ni más ni menos, que el Gobierno que merecen.

Y como él era gubernamental y algo autoritario, defendía de no pocas inculpaciones á los gobernantes, no sólo del día, sino también de aquella edad en que se supone que ellos con

NT

l'ano
o m
uste
á c
b. l

z, 21

EGAL

oca,
réj
vriat
de l
ito
el
e Bi
mix
segr
gra
o Sr
fab
o q
e ot
que
Parl

nicie
s le
la v
diff
nda.
neo
erto
icer
des
ilat
one
stal
tu
na t
i in

e c
ra l.
agr
fina
rqui

tima elegida para herir en ella las superioridades en el Gobierno de las clases medias y la defensa de la sociedad, tal como se halla hoy constituida.

Preciso es reconocer que la propaganda por el crimen eligió esta vez su víctima con cierto instinto. Cánovas representaba, mejor quizá que otro hombre alguno de su tiempo, cuanto niega y cuanto combate el anarquismo, aquello que está más vivo y lucha en primera línea en la actualidad; no fué ese crimen semejante á la feroz destrucción de desconocidos, ni á la muerte de jefes de Estado colocados por el acaso ó la tradición en sus cargos; fué el golpe dirigido contra un caudillo de ideas y de procedimientos puestos en línea de batalla contra el enemigo de la sociedad moderna; fué el tiro disparado al jefe de un ejército que los combatía de frente con las severidades de las leyes, y procuraba flanquearlos y debilitarlos al propio tiempo, con las reformas sociales y con la predicación de principios en la sociología, en la economía política, en el Derecho.

Si la organización social y política de los pueblos, tal como se halla constituida en su esencialidad, no fuera obra de origen divino y suprasensible, con repetidos golpes como ese podría ser vencida ó desviada de sus cauces; pero son tan ajenos á la voluntad del hombre sus cimientos y sus líneas cardinales de sociabilidad, autoridad, noción de lo justo y lo injusto y de lo tuyo y lo mío, del bien y del mal, que los golpes, certeros ó desatinados del anarquismo, por mucho que se repitan y por hábil dirección que los guíe, en cuanto á herir las cabezas del ejército del orden social, quedarán siempre reducidos en sus efectos á lo que quedan todos los desvaríos humanos que pretenden subvertir el curso de las fuerzas divinas: á manchas menudas de sangre, á gotas de lágrimas, á pasajeras quejas de dolores individuales ó nacionales, que entorpecen la marcha del mundo moral en sus evoluciones, menos que detienen el avance de la marea los parapetos de arena que un niño puede levantar en la playa.

La intervención de los crímenes contra las personas en la dirección de los sucesos políticos y sociales se iba eliminando de la historia de los pueblos cultos, por el mayor perfeccionamiento de su sentido moral, y aparece ahora como procedimiento del anarquismo,

y antes como ahe los hechos la enscias del acto crimmente del intent ideas y propósito natizan al asesino y definitivamente

El asesinato po ha producido sies sa por la que se vación constante á desterrarlo de l tidos y banderías ese arma, puest anarquista, si bi enormidad de su cial, pide defena des, pues los tri el fanatismo, ac y multiplicará los timas las filas m cial, sin beneficio en cuyo nombre s y daños inmensos dad humana en l

La propaganda go de pasiones k razón del hombr original, y que especie; pero es festación de igno ritu herido por l sin comprender s las fuerzas enge quiere combatir e te al acto del sa nubes que le am nizo.

La necesaria c las vidas y las i representan los esas brutales a vigilancia incess pero el orden s les de la propie quedan tan por e el cielo de las as

«Cánovas no i razón Pidal en l en el Ateneo de

las instituciones políticas y administrativas.

Sobre esa idea fundamental desarrolló y dió forma á toda su acción y á la de los que le seguíamos, más que como correligionarios y adeptos, como verdaderos discípulos, cuidando sólo de la doctrina, del dogma, de la idea, y desdendiendo durante algunos años la iglesia, la organización, el mecanismo de partido. No buscábamos ni pedíamos una solución concreta que hubiera de contener determinados sumandos personales; teníamos y proclamábamos por la más segura la Monarquía hereditaria de los Borbones, pero anteponiendo el concepto de Patria y de Monarquía á todos los demás; y en presencia de un hecho tan considerable como era el de la revolución de Septiembre, esperó Cánovas el total desenvolvimiento de aquel suceso, y después de haber asudido con su doctrina á todos los problemas de la Constitución, de la administración local, del Código penal, de las cuestiones sociales y económicas, aguardó con sincero desinterés y amor á su país que el nuevo orden de cosas justificara sus títulos para gobernar á España, reconciliando los ánimos, restableciendo el orden material y moral, normalizando, en suma, la vida nacional.

Cuando realizaba Cánovas esta labor en la mayor fuerza y completa madurez de su genio, no se hacía ilusión sobre el papel secundario á que el buen suceso posible de la nueva Monarquía le hubiera condenado, y bien recuerdo que el día en que, elegido yo diputado por las fuerzas conservadoras de Ávila, derrotando á un respetable doceañista de la provincia, me ofrecí á él para ingresar en su exiguo grupo, me advirtió sinceramente «que no lo hiciera si no tenía decidida vocación de mártir, porque el camino que habíamos de seguir no era probable que nos condujera al Gobierno».

Aún se acentuaron más sus resoluciones de esperar los resultados del nuevo régimen, cuando D. Amadeo de Saboya intentó la formación y favoreció el desarrollo de un partido conservador dentro de su Monarquía; pero siempre mantuvo su decisión, que seguramente hubiera sido firme, de no servir personalmente á la dinastía revolucionaria, y los que de cerca le tratábamos entonces podemos prestar testimonio de cómo el amor á la Patria española, á su prosperidad, á su paz, á su bienestar, era un sentimiento verdadero de su alma, uno de los más constantes y seguros de cuantos

en ella palpitaban. Sin esa renunciaba entonces á jefa dirección de fuerzas activas disolvió su grupo, porque ánimo la idea de que sólo á la nueva política y de di aumentos personales de lo seguido.

Algunos creíamos que en cido faltaba la suma de aumos predicado como neces orden público en España, y otros electores la catástrofe nos retiramos; otros siguiere partido conservador que gasta, y Cánovas se quedo solo y expuesto á dar por pública, al menos por largos los primeros lugares en la boya hubieran estado ocupabres, si aquella dinastía se do, y esto seguramente no e teligencia, y á ese destino voluntad.

Los sucesos confirmaron los que habíamos estimado Monarquía, y cuando ese formó en el ánimo de Cáno resolución con que se había tamiento y la espera se lanz ción y á la lucha, y preparó contra el nuevo régimen la hábil, más persistente y más consagró todas sus facultade aprovechando cuantos medi posición su inteligencia, su vidad, su ingenio, sin desdeñ ni desperdiciar una ocasión p tades, comprometer interes desconfianzas; y poderosam verdad, por la torpeza de su prodigioso impulso á un m nión que prestó á la restaura so XII cimientos amplísimos la sociedad española, desde pulares á los salones de la ar clases medias.

Gran fortuna fué para Cáo un colaborador para la obra Martínez Campos, que tuvo desobedecerle en el moment quizá se prolongaba demasi paratoria y se daba lugar á

fuerzas el Gobierno provisional del general Serrano, se retardara más de lo conveniente el advenimiento de la Monarquía legítima. El arriesgado lance de Sagunto ahora parece cosa muy sencilla, porque salió maravillosamente; pero en el momento en que de él se tuvo noticia en Madrid, se creyó la temeridad más enorme por Cánovas y por los que estábamos en su modesto despacho de la calle de la Madera, cuando el difunto D. Esteban Garrido nos dió lectura de la carta, en la que participaba el general que sin otro auxilio que su fe iba, como Pedro el Ermitaño, á levantar el estandarte de la Restauración, y se reconocía sin derecho á que le ayudáramos ni le defendiéramos.

No olvidaría jamás, aunque viviera siglos, la impresión de aquella lectura, que se hac'a en el momento mismo de recibirse en Madrid la noticia del movimiento entre los dos ejércitos del Norte y del Centro, que sabíamos bien que eran ajenos á él y podían caer sobre aquella pequeña columna y deshacerla.

Ahora es difícil colocarse con la imaginación en aquellos días y apreciar lo que significaba el duque de la Torre, con un Gobierno suyo en Madrid y al frente de un ejército de operaciones sobre Pamplona, y el general Jovellar con otro sobre Valencia; el primero, hombre de valor personal extraordinario y acreditado en numerosos lances de guerras y revueltas, rodeado de Estado Mayor suyo y formado por él durante toda la revolución, y amenazados directamente por el movimiento él y los suyos en su poder y sus mandos; y el segundo, no menos valeroso, y sin el menor compromiso para secundar el intento; pero los que presenciáramos aquella escena y recordamos lo que esos riesgos suponían, tendremos que rendir siempre en testimonio de verdad un tributo de admiración al valor que encerraba aquel acto; nos hizo á todos la carta el efecto de la despedida de quien marcha á un sacrificio de muerte, sin probable retirada á ninguna frontera, condenado el general á sucumbir, si no resultaba cierta su confianza, que parecía algo romántica, de renovar en el siglo XIX los prodigios del predicador de la primera cruzada, y por primera vez vimos temblar al Sr. Cánovas por el éxito de la Restauración, que él creía seguro, pero aplazado á más remota fecha.

Concurrieron maravillosamente el trabajo de preparación moral y la acción de la fuerza, que

eran los dos factores indispensables para la obra, y concurrieron sin el concierto de los dos caudillos. ¿Quién es capaz de decir, si la obra se hubiera malogrado ó no con alguna mayor espera? Lo seguro es que el momento resultó feliz, puesto que no costó una gota de sangre, y que la resolución independiente del general fué una inspiración dichosa para todos y de abnegación personal verdaderamente heroica (1).

Fué también gran ventura para Cánovas que el general Martínez Campos resultara hombre singularmente inclinado á recoger para sí las culpas de aquello que le sale mal, renunciando á defenderse y á no aprovechar en su beneficio lo que le sale bien, desdendiendo sus naturales consecuencias, y pudo con entero desembarazo desenvolver en la Restauración su pensamiento y propósitos.

Esta obra de la Restauración es hoy muy diversamente juzgada, y es fácil, en verdad, una vez conseguido un fin político, señalar aquello que se pudiera haber hecho mejor; pero abrazándola en su síntesis, no cabe negar, sin desapoderada pasión, que representa un progreso considerable llevado á cabo con un pensamiento y propósito preconcebido en su período de preparación, y lealmente expuesto y ejecutado en la admirable labor parlamentaria de las Cortes de 1876.

Los discursos de Cánovas en aquella asamblea constituyen una obra verdaderamente grandiosa, y mientras la oratoria política sea para los hombres un arte, y el gobierno de los pueblos y los partidos una ciencia, y el tacto y la prudencia en la dirección de las fuerzas sociales de un país un don del cielo, y en ello colaboren para perfeccionarlo el estudio, el conocimiento de la historia, el ingenio humano, el dominio de las pasiones y de los intereses personales, los discursos que se publicaron por los que representaban unidos entonces las fuerzas conservadoras de España en aquellos afortunados días, serán un monumento imperecedero para la gloria de aquel español ilustre, dignos por sí solos de la estatua que ahora se le ha de levantar.

Oportunos son estos momentos de confusión

(1) A cuyo éxito contribuyeron, secundando el movimiento, por los esfuerzos de Cánovas, los Generales Jovellar y Primo de Rivera, Capitán general éste de Castilla la Nueva, y General en jefe aquél del ejército del Centro.

en las fuerzas políticas de España para recordar algunos de sus consejos y enseñanzas, y allí deben buscar, los que vacilan en sacrificar pequeñas pasiones en aras del bien común y de la paz pública, doctrinas y advertencias saludables

Habíanse despertado con la victoria de la Monarquía legítima los antiguos exclusivismos que estorbaran el afianzamiento de nuestro régimen constitucional durante sesenta años; todo lo que había de progresivo en la revolución de Septiembre estaba en riesgo, y á merced de la prudencia y de la energía de un hombre; y todo lo salvó, consiguiendo una normalidad constitucional que ha resistido á inmensas desgracias con que nos ha probado cruelmente la Providencia. Logramos un pacto fundamental por todos respetado, beneficio que en vano persiguieron tres generaciones políticas, y que una vez conseguido, no apreciámos lo bastante hoy; alcanzamos una suma de libertades positivas que han sido válvula de seguridad para el orden público, una paz religiosa completa, una relación de los partidos gobernantes no interrumpida en medio de dificultades pavorosas, un olvido de las acciones militares en el Gobierno que nos deshonoraban, y un renacimiento de nuestro crédito y nuestros recursos financieros que ha sido paralizado por desastres inmensos, pero que aún puede recobrase y restablecerse si pronto nos devuelve alguna protección el cielo y acudimos con decisión al remedio.

«¡Ah!»—decía, con acento de incomparable elocuencia, á los que pedían como premio de la victoria la Constitución de 1845, la intolerancia religiosa y la proscripción de las fuerzas monárquicas que habían realizado la revolución,—«vosotros podréis ir á todas las intransigencias; vosotros podréis levantar todas las banderas exclusivas, pero todas las levantaréis sin mí...» «Nosotros no creemos que es posible aplicar á la política principios inflexibles; nosotros entendemos que la política ha sido en todo tiempo obra de circunstancias, combinación de fuerzas en tales ó cuales momentos, y contemplando las necesidades actuales, miramos al porvenir de la Patria, y nunca volveremos estéril y malignamente la vista á lo pasado, para que ahondando diferencias y resucitando antiguos odios, hagamos imposible todo régimen político, toda constitución social; nosotros no quere-

mos que se haga la política de los antecedentes; queremos, en una palabra, hacer la política de la resurrección y de la vida, y no la política de los sepulcros».

«Hay que estar preparados—decía en otra discusión—á que todo hombre político, si es hombre de rectitud y de buena intención, al discutirse ciertos hechos mantenga la buena fe, el vivo ideal y el sentimiento de amor patrio que le ha inspirado, y que no reniegue de su conducta, porque de su conducta pasada, cuando ha sido inspirada por móviles generosos, ningún hombre de dignidad puede renegar jamás; ¿pero á dónde volveré los ojos si estas cuestiones de antecedentes hubieran de engendrar elementos de disolución y discordia?»

«Esta mayoría—decía en otra sesión trazando los deberes que el partido conservador tenía que cumplir ante la Monarquía restaurada—no representa ni puede representar lo pasado, que sería estéril y triste representación; esta mayoría significa hoy lo presente, y aspira á representar honrada y fecundamente el porvenir.»

Una muerte gloriosa ha iluminado con sinistro pero vivo resplandor aquella existencia consagrada á lo que él creyó sus deberes políticos para con su Patria: los que le siguieron hasta el último día, como los que le combatimos en su postrer gobierno, nos inclinamos ante su memoria y sentimos todos que España ha perdido un hombre que la honraba y la engrandecía ante el mundo, y al que van unidos los más firmes y positivos progresos de nuestra historia política en el presente siglo.»

F. SILVELA.

*
* *

Cánovas del Castillo (recuerdos íntimos).

POR EL MARQUÉS DE LEMA

I

«Pasan los días desde aquel en que ocurrió el horrible suceso, y aún parece más fresco y vivo el recuerdo del insigne varón cuya muerte llora España. El vacío inmenso que ha dejado, aparece cada día más difícil de llenar. Los arduos problemas cuya solución habíale encomendado la confianza de todos, semejan ahora inextricables laberintos, sin el mágico hilo

LO QUE MERECIO A SUS CONTEMPORANEOS

D. La vista recorre que su inteligencia desbrozaron en memorias y de las ideas y si para algunos la acción distinta, nadie las el mérito de haber y de paz por la rmo, partidos, han ezo durante veinti-

divina y acatemos ocado en espantosa a figura terrible pe-

cito á los que tuvi- le cerca las extraor- hombre para siem- evocar su figura, uanto más fatima, la investigación del crítico, que si po- los grandes hechos tro de doña Isabel. María Cristina tan S, no lograrán sor- de una existencia ante largo período, modo más acabado ostensibles y ruido- velando el modo de bandono de la amis- rón tan esclarecido. go en este y otros a que puedo elevar no sólo el compañe- í más querido, sino tor y amadísimo jefe tica, y que me hon- unca bastante agra-

o, bien puedo decir los diez ó doce últi- rramente el recuer- más aún del prime-

D. Antonio Cán- Cádiz allá por los D. Manuel Bermú- el Ministerio de la ste presidido por el ó el advenimiento al de cuyo último Go- padre y D. Antonio,

fué la causa de la benévola a siempre en el trato familiar ó tima del abominable atentad en ninguna ocasión fué, natu más íntimo y estrecho que en poradas que pasamos juntos donde había de cortarse vic preciosa existencia.

D. Antonio adoraba ese apa- raniego. Como siempre, acudir cuidados del poder le impedía le, Ems, aguas, en su opinión ces para su ligero padecimien- ta, á Carlsbad ó á Schlangeub ha en su vida un momento de de las graves ocupaciones de go, á las que asiduamente ded en las últimas horas de la m cumplidas las prescripciones medicinal, y su pensamiento t de esas mil incumbencias auej que fatigan mucho más que l labor inherente á los graves pr bierno.

Llegada la hora de comer, se según su propia frase, al traba zábase por apartar de sí las g ciones que le embargaban, y c hombre de sociedad más agre que he conocido, y aplicaba su recursos de su admirable inge- geros, y su memoria prodigio- denados y llenos de vida, los riores tiempos por él conocid dos, ó los de épocas que su es- toria en sus verdaderas fuente- tos, le revelaba con viveza y j les, que daban á pensar á vece contemporáneo de tan remoto.

Su pensamiento, sin embarg- ba de las cuestiones sometidas en medio de aquel aparente re- ligencia.

¡ Cuántas veces, después de- terosísima de algún acon- portante de otros tiempos, de a- ción de un personaje, de grac- una sociedad desaparecida, ó t oportuno de ingenio sobre c- frívolo del momento, volvíase Ministro que le acompañaba sin más títulos que su confiar subsecretario, ó llamaba á su

particular para dictar el pensamiento de una respuesta epistolar ó telegráfica sobre grave punto que se le había consultado, para pedir un antecedente ó completar una orden dada anteriormente!

Pierdo la cuenta de los veranos que Cánovas pasó en Santa Agueda. Allí estaba cuando se formó, quizás, la primera partida carlista. Muchas veces le he oído referir cómo desde un rincón de la plaza de Aramayona (un paseo desde Santa Agueda) vió venir, uno tras otro, á los mozos que, dejando las faenas del campo, tranquilos, resueltos, sin jactancia, cogían un viejo fusil y corrían á unirse y formarse con sus compañeros.

«Dos ó tres sacerdotes, decía, veían desde un balcón de la Casa Consistorial, tal vez aquel de donde descolgóse en otra ocasión el cura Santa Cruz, el espectáculo, sin pronunciar palabra, pero revelando en su muda atención que aprobaban y alentaban el acto. Bastóme presenciar, sin que nadie me molestase, aquella escena, para comprender que la guerra civil había estallado, y aunque al referir el hecho en San Sebastián riéronse de mis temores D. José de la Concha y otros Generales, poco tiempo transcurrió para que me riera yo á mi vez de su incredulidad.»

¡Con qué gracia recordaba D. Antonio el día en que, siguiendo la costumbre del país, vióse obligado á tomar parte en el *aurresku* de honor, digámoslo así, bailado por las personas más principales de Mondragón, con el Alcalde, de levita y sombrero de copa, á la cabeza, obligado por la invitación de la señora de Mendía, la esposa del fundador del establecimiento de Santa Agueda!

No había medio de negarse sin inferir grave desaire, y D. Antonio tuvo que formar en el corro al lado de la respetable señora, que era muy gruesa. «Con lo que yo no contaba—añadía el malogrado Presidente—era con que en una de las figuras más características del baile, que cuantos lo hayan visto no olvidarán seguramente, había de sufrir el choque de la enorme mole de la excelente señora, que me dejó maltrecho y destrozado por algunos días.»

Como en Madrid, nuestro querido jefe era aficionado á la sobremesa. A cualquier indicación abríase aquel tesoro de datos y recuerdos, chispeaba su brillante ingenio, y al levantarnos de la mesa aún nos sabía á poco

aquella deli de lo pasad encaminar a íntimo desa estudio de tica, militar cía esperar. bien pronto de paseo, p mos á Verga perdidos. M vegetación o pequeños va pia expresió á la corteda de una situs tirlo, disert de la polític da de vagu era preciso, nocimiento) había visto hombres.

No olvida Emilio Nieto cho, haciend templado y Diputado lil vo D. Anton Marquesa d Oñate.

Una torme hubo que cel la copiosa lli go el paseo. contemp'ació en sus recue chábamos ex sas, de la m Gabinete de Reina en 187 de me servia. Regencia (1) moderados h D. Agustín como hombre con la design

(1) La custod que hace esta n

que el valor militar es muy distinto del valor de la responsabilidad para adoptar grandes resoluciones en momentos supremos.»

Encontraba muy merecido y apropiado para una persona de las condiciones y posición social del conde de Cheste la dirección de la Academia Española.

«No hace mucho—añadía—que algunos descontentos quisieron levantar mi nombre frente al del director actual; pero yo me negué en absoluto á todo lo que, sobre no ser justo, representase romper la tradición de aquella casa. Allí los presidentes han durado en el cargo hasta que Dios ha dispuesto de ellos. Molins ha sido tal vez la única excepción, pues con el pretexto de su ausencia como Embajador en París, fué sustituido por el conde de Cheste. Ha sido también otra tradición de la casa, que empieza en su fundador, confiar su dirección, no meramente á un literato, por notable que fuese, sino á hombres amantes de las letras, de gran importancia social por su cuna ó prestigio político ó militar, y claro es que reúne estas condiciones el ilustre veterano.»

La situación de Cheste en Cataluña llevó de la mano á Cánovas á recordar la de Calonge en Castilla la Vieja.

«Calonge hallábase todavía en mejores condiciones; más cerca de la Reina, con una oficialidad enardecida y sedienta de marchar contra los revolucionarios.

Desaprovechó aquellas circunstancias, y cometió la imprudencia de salir solo para San Sebastián. En Quintanapalla le hicieron volver atrás y en otras estaciones le buscaron para matarle, y debió su salvación á la Milicia Nacional de Dueñas, que le apresó.

Si ambos generales hubiesen coincidido con sus tropas en Guipúzcoa, quizá hubiese cambiado la faz de los acontecimientos.»

«El arte del mando—nos decía otra tarde,—como todas las artes, exige hábito y aprendizaje. Claro es que será éste más corto ó más largo, conforme á las condiciones y aptitudes de la persona. Los ingleses, más prácticos que nosotros, han creado una clase gobernante que en las magistraturas honoríficas locales y del condado adquieren desde luego una preparación para los puestos del Gobierno del Estado, en el que tantos grandes ejemplos ha dado la aristocracia, ya *tory*, ya *whig*.» Y desarrollando estos principios, reforzábalo

con el fruto de «hombres con quienes reas del Gobierno cir, si la discreció

«Cómo me lo re estos inolvidables aivos ademanes, de su hermosa cuando narraba ó ya insinuante y n decir, con el que que en otros lapitidas! La oportun los incisos que int su pensamiento, manejo de los ad des de su locución asombro y contri fluencia avasallad

«Quién hubiera después, por aqu tranquilos y alegr había de ver pas revelador de la tr de polvo, escoltad de Caballería, baj sador, el carro fu tos inanimados d do, y cien metros da, agobiada por mada sobre el hon impotente testigo cia!

«Quédense para cuerdos íntimos d Castillo; que al r tísima escena, las bota la memoria.»

Con el propio t. —*Recuerdos íntimo* Lema, en *La Epoc* del cual copiamo imposibilidad en cirlo en totalidad.

Después de elo de Arce (1) de evo moso «parnasillo» café del Príncipe, tía gran admiració

(1) Véase el primer

MERECIO A SUS CONTEMPORANEO

mo uno de
ersificación
constituído
mediado el
tera de Es-
Castro, pa-
omo la de
cargó inte-
ida (1), por
que había
después de
y sus tris-
siguiente:
rcialidad á
aquel Ga-
is juicios:
rendido los
de Junio,
poder. Po-
otra la for-
bandonarlo
cho de en-
nuar aquel
cuando se
ionamiento
xperiencia
obre lo que
erilidad de
y el esca-
tido de las
te hallarse
otables de
ues nunca
eden verse
Congreso, y
tos en con-
stóricas del

de Castro,
n, después
Ministerio
de la Coro-
que de Te-
e sus com-
se en claro
añadientes
S. M. cier-
tación po-
dez del te-

Calderón Co-
de la Vega

rreno que pisaba
suspensión de las
propósito de refor-
la presentación de
dores, la insignific
por la adición del
dívar y la crece
O'Donnell, seguic
ción cuando se co-
hacerlo, prematur
Senadores vitalic
bierno.

Retiróse entonce
lo á ocupar, aqu
años había ejercic
destinos del país,
de imputársele ex
ridad tiene que
das cualidades. Al
lítica, reconociéro

.....
.....
.....

Sigue el Marquis
Duque de Tetuán,
« Pero dejemos
juicio sobre el pri-
ladé al papel en
selo:

« No era un geni-
tan sereno juicio;
de sentido común
sus facultades, qu
lento superior de
carrera, conservar
nes á la milicia «
(frase textual de C
para ver pasar un
afán de poder é in

Ninguno ama mi-
mo. Fuera de las
recia de aficiones.
jeres no le domina
mente el amor. C
estallaba su carác
en general era de
y sereno, y no se
á cada instante.

Dotado, como é
no era arrebatado
que de Valencia, «
cho. Narváez tení

cha ambición, aunque menos apego al poder que su rival; sirvióle su posición militar para satisfacer su ambición política. Al revés de O'Donnell, su carácter era habitualmente muy violento, aunque tales arranques no eran siempre inconscientes, pues D. Ramón sabía que tenía un capital en su mal genio y supo explotarlo en situaciones difíciles y aún normales, como hombre político que era y de grandes aptitudes para el arte de dirigir y dominar á los hombres. Narváez admiraba más en ocasiones, pero O'Donnell atraía con mayor afecto.»

Y termina el Marqués su artículo así:

«Sabida es la división que la pérdida de su jefe produjo en las filas de la Unión liberal. Algunos hombres importantes de este gran partido permanecieron fieles á sus compromisos con el país y la Monarquía, apartándose de la política de la revolución. Entre ellos estuvo Cánovas del Castillo, á quien los sucesos de Septiembre sorprendieron en Simancas, engolfado en aquellos papeles que fueron siempre su mayor delicia, penetrado su ánimo, sin duda, de aquella máxima que más de una vez he oído de sus labios: «Un hombre honrado no puede de buena fe tomar parte más que en una sola revolución, y eso porque ignora sus efectos y su trascendencia.»

EL MARQUÉS DE LEMA.

*
* *

Cánovas y la prensa.

POR D. J. MAÑÉ Y FLAQUER

Tomado del *Diario de Barcelona*, publicó *La Epoca*, en uno de sus números inmediatos á la muerte del Sr. Cánovas, el siguiente artículo, en que nos permitimos hacer algunas supresiones, como en otros trabajos, por la necesidad de acomodar el original á las dimensiones no pequeñas ya de la obra:

«Nunca se puede decir con tanta propiedad de uno que muere que «le llegó el día de las alabanzas» como ahora, aplicándolo al Sr. Cánovas del Castillo. Desde el más humilde gace-

tillero hasta el Príncipe de Bismarck, nadie le ha regateado la ponderación de sus grandes merecimientos, excepto algunos fanáticos—fanáticos, no: malvados—que han honrado su memoria vomitando sobre su tumba la hiel de su odio satánico. Ni esta gloria le ha faltado.

La prensa periódica es la que más se ha excedido en el tributo de alabanzas pagado al difunto por todas las clases de la sociedad; pero, á decir verdad, debía esta reparación al muerto como compensación á las ignominias que arrojó sobre el vivo hasta las mismas puertas del sepulcro.

Recientemente decía un periódico de esta localidad que á pocas personas se había tratado tan duramente como al Sr. Cánovas en los últimos meses de su existencia, pues se le negó todo, así la inteligencia como la instrucción, la bondad como la rectitud, el patriotismo como la moralidad; se le llegó á calificar de calamidad nacional, y su presencia en el Poder como un crimen de lesa Patria. Es indudable que la prensa periódica allanó el camino al homicida y preparó la escena para cometer el crimen, convirtiendo poco menos que en criminal al que la secta había elegido para víctima. Se le hizo odioso entre los sectarios y sospechoso entre los que se dejan impresionar por la prensa radical, quienes, sin admitir por completo las afirmaciones de aquella, creen que hay algo de verdad en el fondo de lo que dice, sin tomarse la molestia de comprobarlo.

Periódicos circunspectos como *Le Temps*, *Le Journal des Débats*, *Le Journal de Genève*, y otros, sin dejar de hacer justicia al talento, al saber y á las dotes de hombre de Estado del Sr. Cánovas, lamentan que no supiera romper con su pasado de doctrinario, que fuera refractario á las exigencias democráticas de los tiempos presentes, que no diera satisfacción á las aspiraciones liberales de la mayoría del país, que tuviera encerrados los derechos de hablar, escribir y asociarse en límites demasiado estrechos.

Esto se dice, por ligereza ó falta de información, cediendo á las calumnias de los radicales, de un hombre que admitió el sufragio universal y el jurado, y ha consentido una libertad sin límites en todo—mucho mayor que la que se goza ó se sufre en Francia—sin excluir la propaganda y organización anarquista. Hasta tal punto se extravió la opinión en Eu-

Cánovas historiador.

POR D. RODOLFO RODRÍGUEZ DE ARMAS (1)

Estudios del reinado de Felipe IV.—Revolución de Portugal.

«La grandeza de la obra literaria del Sr. Cánovas del Castillo nos induce á hacer un análisis de sus trabajos, porque consideramos que presentar en conjunto sus ideas principales es prestar un servicio á las letras, aun cuando los pensamientos bosquejados aparezcan deslucidos por las torpezas de nuestro lenguaje y las impurezas de nuestro estilo.

Empezamos ocupándonos de sus estudios históricos, porque la opinión general los estima como la mejor producción de su talento. Entre esos preciosos estudios elegimos hoy el que examina la irreparable separación de Portugal.

Muy fácil es escribir obras de Historia en las cuales se sigan las corrientes vulgares al apreciar los hombres y los acontecimientos y se aprovechen los materiales acopiados por otros. Cuando, por el contrario, un historiador no quiere fiarse de las pruebas reunidas por los demás, investiga él personalmente con laboriosidad y persistencia tenaz, acumula documentos y datos de primera mano, y, prescindiendo de las opiniones expuestas, somete con serenidad á su recto juicio é imparcial criterio todos los elementos reunidos, realiza una de las funciones del pensamiento más noble y grande y de resultados más útiles para el desenvolvimiento de la Humanidad.

Tratar los asuntos históricos de la primera manera dicha pueden hacerlo todos los hombres de medianos entendimiento é ilustración; pero desmenuzarlos y juzgarlos del segundo modo expuesto, es empresa que sólo pueden realizar los talentos de primera magnitud, de esos pocos que reúnen dotes tan variadas como perseverancia infatigable en la investigación, clarividencia intelectual suma para mostrar iluminadas de luz épocas pasadas que el tiempo entenebrece, dominio de los mecanismos del lenguaje, para evocarlas con sus rasgos típicos á la vista de todos, independencia rara de raciocinio para desechar ajenos pensamien-

tos, confiar y rectitud e impulsos de les, y no d la justicia

Muchos «
velo antes
ensayo. To
tino como
maldad po
.....
.....

«Después
que en el
quiavelo, s
tera del Re

Antes q
sobre la Re
historiador
miento y de
lipo IV y C
cho de con.
Patria. Pre
ples bellez
mos, de su
recóndita
atención lo
de Felipe I
de España
los es cuan
presencia d
fiesta en el
aptitudes d
tes nos refe

Leyendo
rrentes de l
Maquiavel
nuestra me
oleada de r
sa niebla q
examinado
recordando
aparece el
prendemos
gracias. Aq
de resaltan
bécil, como
caimiento,
ilusos.

En el est
ladas todas
pañol en el
quezas, y s

(1) Tomamos de *La Epoca*, que lo publicó en su número del 28 de Agosto de 1897, este notable y erudito trabajo del Sr. Rodríguez Armas.

Según el común sentir de los historiadores, el Conde-duque es culpable de la pérdida de Portugal. Cánovas prueba que durante su Gobierno no se tiranizó á los portugueses, y sólo hace á Olivares el cargo que le corresponde justamente, señalando al par el que á otros puede imputarse. Desde los tiempos de Felipe II, graves faltas se cometieron, las cuales nunca fueron enmendadas.

Felipe IV ha sido descrito siempre como el Rey perennemente entregado á galanteos, amorosas conquistas, fiestas y placeres; que sentía tedio y horror por los negocios de Estado y repugnancia invencible hacia cualquier asunto serio.

Cánovas, con textos autorizados, justifica que Felipe IV, aunque amante de diversiones é imbele enemigo de asistir á acciones de guerra, no se desprecupaba de las cosas públicas y de sus deberes de Monarca. El prólogo de Felipe IV á su traducción de varios libros de la *Historia de Italia*, de Giucciardini, los muchos decretos de su puño y letra que existen y su correspondencia con sor María de Agreda, no tenidos en cuenta por tantos historiadores y examinados escrupulosamente por Cánovas, patentizan el deseo de Felipe IV de servir bien á la Monarquía.

Para explicar desventuras tan grandes como las que sufrimos al mediar el siglo XVII, traza Cánovas un cuadro fiel y exacto, aunque amargo, de la verdadera situación de España, cuadro rebotante de matices sombríos que entristecen el ánimo; pero con una realidad y una viveza de colorido por nadie igualadas.

El regionalismo, doloroso rescoldo de las divisiones medievales, hacía que no existiese verdadera unificación nacional después de la unión geográfica de territorios; por eso no había un espíritu español, sino tendencias distintas en cada región. El Conde-duque demuestra su talento político al decir al Rey en una Memoria que el negocio más importante para S. M. era ser Rey de España, no de Castilla, Aragón, etc.

Si no existía la debida compenetración y solidaridad en la Península, tampoco había la riqueza necesaria para hacer frente á tantas empresas gigantescas. ¡Cuántos trabajos, cuántos esfuerzos tenía que hacer Olivares para conseguir que las Cortes votasen subsidios, aun en las épocas de mayores peligros! Siquiera la agobiada Castilla hacía normas sa-

crifi-
las
con
cun
deci
tars
pas.
ides
apo
sari

A
ba l
pari
toda
finic
man

C
ráct
vali
com
simu
vulg
revo
nue
tían
desc
y q
cene
cion
de c
Car

El
D. .
pome
la te
de l
func
desq
bor
se u
taba
« l
la N
sa le
nan
(1)
fanci
disch

ninente á
e su hon-
. salvación
al, en las

, sido vil-
aria era á
r la deses-
nimo, infa-
a sociedad
uya y tre-
lerle! En-
stas líneas
. u muerte,
ponsabili-
ble, el va-

í nave del
el mundo
continuar
aba. Obra
resultante
alteza de
r, ¿quién
nplazarle?
u partido.
. voluntad
lmigadores
e. La pér-
dispersión
uerte del
las inicia-
rosamente

¿nadie se
nas de los
y ninguno
riosa y un

alidad en
s, y se ex-
tencia. La
on su ori-
ces, su fe-
amedren-
acometer-
integridad
con ener-

gía nunca superada. Creció en talla moral á medida que crecía el peligro. Con el auxilio del Ministro de la Guerra, organizó los medios de sofocar el incendio.

Soldados y dinero urgían, y llamó reservas, nutrió los regimientos, formó un ejército, embarcóle rápidamente en la flota trasatlántica, ajustó armamento, municiones, pertrechos, la construcción de acorazados, de buques menores de costas, llenó los parques y arsenales, se apoderó de todos los resortes de gobierno, inspiró confianza á la Nación, que respondió á su llamamiento con su sangre y sus recursos, entregándose á él en cuerpo y alma; disolvió Cortes y convocó otras nuevas, yerro gravísimo que soportó la opinión silenciosa para no crearle obstáculo ninguno; encargóse de dirigir las relaciones diplomáticas; dió instrucciones á diario á nuestro embajador en Washington; supo, antes que todos, las noticias infaustas por el cable, sin intimidarse; la de la insurrección aterradora de Filipinas no quebrantó su entereza; defendióse en hábiles conferencias de personajes extranjeros enviados para inquirir sus planes, de astutos *reporters* de la prensa de Europa y de América; acordó el relevo de Generales en jefe y les nombró sucesores; mudó por sí los rumbos de su política, sin miedo á la crítica, sustituyendo la de aguardarlo todo de las armas, de su primera época, por la de las reformas y concesiones políticas; redactó sin consulta los decretos que las contienen, con los preámbulos amplísimos que las explican; pronunció en los Consejos presididos por la Corona importantes discursos; escribió notas reservadas; despachó la correspondencia telegráfica secreta; refrenó conjuras en los suyos; oyó quejas acerbadas; abatió soberbias intemperantes, y aún quedóle tiempo para conversar á todas horas con los periodistas de la corte y de provincias, recibir Comisiones, presidir Academias, curiosear libros nuevos, hablar de arte, de literatura, siempre animoso, alguna vez abrumado, nunca rendido, ni débil ni vacilante en su voluntad inquebrantable, en su labor titánica, asombrosa.

Toda esta obra personal ha concluído. ¿Quién de entre los suyos puede reemplazarle? Y sin embargo, la necesidad de gobernar apremia; los problemas no dan espera. Como su sistema era hacer frente á los acontecimientos, improvisar el remedio, manejar el

147. CONTINUO VENER PREVENIR que el Sr. Ortíz de Pinedo estaba muy distanciado, en política, del Sr. Cánovas, lo que aumenta el valor de sus juicios y apreciaciones.

timón según arreciaba el oleaje, no ha dejado ni rumbo trazado de antemano ni plan conocido ni secreto por descubrir.

Su muerte lo ha revelado prontamente. Los que fueron ejecutores de sus órdenes, sus dóciles Ministros, han caído en el aturdimiento; el partido se ha declarado en plena indisciplina. Los jefes de grupo se entregan á la discordia como los Generales á la muerte de Alejandro. La opinión los mira con lástima y con terror.

La situación en Cuba y en Filipinas aparece agravada.....»

«¿Qué nuevas instrucciones habrá recibido Mr. Woodford después de la muerte de Cánovas? ¿Hay rumores más graves que los que circulan sobre sus propósitos?

Los cabecillas cubanos, conocedores de la debilidad del Gobierno, exagerándola á su modo, ¿qué no serán capaces de intentar para ayudar la política yankée? El General Weyler, ofrecida su dimisión, ¿cómo ha de sentir en la ejecución de sus medidas aquella firmeza que la confianza en Cánovas le inspiraba?»

«Esto no puede ser y no será. La Nación no ha de consentirlo. ¿Dónde buscar el remedio, la solución? En palabras, en frases, en manifestaciones de Cánovas, las cuales pronunció en momentos críticos, y más ó menos veladas consignó luego en documentos oficiales. Todo el mundo las conoce. Más de una vez, al dirigirse á redactores de periódicos de la corte, dijo:

«En esta lucha empeñada en defensa de España, á la que consagro las energías de mi alma, he meditado las dificultades nuevas que pueden ocurrir, resuelto á hacerlas frente é intentar vencerlas. Si alguna vez resultasen superiores á mis esfuerzos, la Nación decidirá.»

«La Nación decidirá! ¿Qué quiso decir? Lo único que podría expresar en su poderosa inteligencia, en su amor á la Patria, en su fe monárquica. La Constitución — pensó — es el acta en que la Nación delega en la Corona por modo permanente su soberanía para ser ejercida con arreglo á los principios fundamentales. La palabra Nación fué usada por él como sinónimo de Trono, Monarca, Corona; que

fuera de este símbolo, de esta acepción, él no podía de otro modo emplearla. Si pretendió esforzar el significado, fué en el sentido de que la Nación está obligada á expresar sus sentimientos, sus aspiraciones, sus propósitos, por medio de la opinión pública, para que la Corona obre con conocimiento de lo que el pueblo quiere, de lo que la mayoría anhela en circunstancias extraordinarias. En esta penetración de relaciones en que la Corona ha de vivir con la Nación, la corriente comunicativa es continua y se produce fuera de los organismos oficiales por tantos y tan eficaces medios como en la vida moderna tiene la opinión para manifestarse.

El momento previsto por el gran estadista ha llegado. Nunca pudo él prever que lo traje se su muerte; pero cuán alto habla en pro de su talento de gobernante haber calculado esta contingencia suprema bajo forma tan respetuosa como consoladora.

La Nación decidirá; es decir, si el curso de los acontecimientos hiciese preciso, inevitable, que la Nación sea oída, oíase á la Nación y que ella decida.

Y como la Nación no es ni los organismos oficiales sin libertad, ni los partidos políticos solos, apasionados, la Corona únicamente posee el procedimiento legal para consultarla. ¿Cuál es éste? Llamar al poder á otro hombre, á quien, autorizado para disolver las actuales Cortes, garantice, obrando con amplio criterio, las elecciones de otras, dignas de los problemas llamados á resolver.»

* * *

Cánovas del Castillo.

POR D. J. P. DE G.

Las iniciales J. P. de G. corresponden á las del distinguido escritor D. Juan Pérez de Guzmán (1), autor del interesante artículo que transcribimos á continuación, y del que es copia después: (2)

«Ya duerme en San Isidro su cadáver. Allí

(1) Publíquense otros artículos del mismo autor en este libro.

(2) Lamentando tener que suprimir algunos párrafos de uno y otro en gracia de la brevedad.

¡ MÉRITO A SUS CONTEMPORÁNEOS

Patria erigirá

expresado; totalidos de do- con admirable a, han pronun- a vida tan po-

n afadido los onados; y si no tiene susti- tobo y *El Tiem-*, una inmensa us obras, para ersal reconoci- ximios estadis- y para *El Im-* is enérgico pa- más firme sos- is allá de nues- res públicos se tra medida, no el Castillo, en spirado el sen- poráneos, sino toria incluyen- dista entre las tra Nación. rgo desenvolvi- a envanecido de las prendas resistencia de sión de miras

nuestra vieja idas en su pre- spacio de vein- asto de recon- de instrumen- ndeza de alma ar naturalezas Iay que buscar de Aragón, con 7, con su espí- con los hábitos

es superior á a más decanta- os. Y entre los uno solo se le

ca, ni Aranda, rono que sacar

de sus pavesas, una familia augusta qitar de su ostracismo, campos vastos les contiendas que reducir á la paz, fa obocados de escuela que arrancar rivalidades aviesas de tradición ó de que fundir en una común concordia, po entero legal sustantivo que estable Hacienda disipada y en quiebra que truir, una Administración desmoraliz reorganizar y un país indigente de án fortuna á quien infundir alientos vi quien poner en camino de rehacer s prosperidad.

Estos milagros, en nuestro siglo, n realizado, en medio de las grandes r nes de Europa, más que en España. Sr. Cánovas del Castillo. La Alemani marck estaba preparada para los triun tars del Rhin y para los morales que su consecuencia. La Italia de Cavour riquecido con los despojos de todos heredados y se ha engrandecido con de todos los auxiliares extranjeros. l terra de lord Beaconsfield ha podido el emporio de su imperio colonial y sobre los grandes medios que le han su hegemonía de los mares y su opuk Hungría de Deak se ha rejuvenecido condéscendientes y magnánimas coi de un Soberano, de índole verdaderan ternal. La Francia de Thiers se ha re do sobre los inmensos recursos de su l interior y sobre su propio instinto d vación.

Pero en España, Cánovas no enco un país en todo y por todo absolutam lacerado. Toda la obra reestructiv tenece, todo el pensamiento fué suy toda la ejecución.

El Trono, el Parlamento, los par hombres, en sus manos no han sido instrumentos, para convertirlos lue dignidad é importancia de su propi ción.

Su influencia, que ha durado veinti no ha sido otra cosa que una escue nuada de necesaria disciplina opue hábitos de una inveterada insubordi esta disciplina ha subordinado, para su movimiento armónico al conjunto cada una de las diversas piezas del co mecanismo; y entregada cada cual pia potencia, dentro de su radio pe

acción, ha logrado obtener la suma de fuerzas en que al morir inesperada, violenta y gloriosamente, deja constituida nuestra sociedad política y civil.

Si acierta el *Times* cuando escribe que la trágica muerte de este gran hombre de Estado deja caer una pesadumbre de simpática tristeza sobre la Reina Regente, tan respetada—porque, en efecto, el dolor de la Reina Cristina, como ella misma ha escrito á la desolada viuda de Cánovas del Castillo, la identifica é identifica á sus augustos hijos en el amargor de sus lágrimas y en la agonía de su duelo,—el *Times* compromete la elevación de su juicio cuando estima que esta inmensa desgracia, por la pérdida de un hombre de tal magnitud de talentos, proyecta una oscura sombra sobre la juventud del Rey.

La grandeza de la obra del Sr. Cánovas atriba, más que en nada, en la solidez de su propia subsistencia. Su muerte llena de dolor todos los corazones de España; pero no infunde el más leve temor en ninguno acerca de nuestro porvenir. La obra del Sr. Cánovas no se interrumpirá. Este será el último título de su gloria.

Los problemas pendientes que nos abruman serán dominados victoriosamente, sin más que continuar con fe la norma de conducta que sobre ellos el gran estadista tenía trazada. Una exquisita prudencia y una indomable energía llegarán al triunfo de nuestros problemas más abstrusos. Tal es la virtud de su disciplina, que ha de sobrevivirle por mucho tiempo, y de sus enseñanzas, que han de vivir eternas en nuestros corazones.

Como ocurre con la Reina-Emperatriz Victoria en los sesenta años felices de su reinado, la balanza del Gobierno del Sr. Cánovas, en los veintidós años de la dirección explícita ó tácita de su Gobierno, se suman en un número de beneficios sin término con que España ha alcanzado en ese tiempo los progresos notorios que todo el mundo observa y admira.

¿Quién habría de haber profetizado al señor Salaverría, en cuyas manos, al principio de la Restauración, el Sr. Cánovas recomendó el hacer el inventario de nuestra derruida Hacienda, que á los veinte años de aquella obra gigantesca el crédito del Gobierno y la prosperidad del país podía llevarnos á sostener guerras tan dispendiosas como las coloniales pendientes, sin interrumpir en lo más mínimo

ni un solo día las obligaciones ordinarias de la vida nacional, ni recurrir á las onerosas impositions de los prestamistas extranjeros?

¿Quién había de decir al General Marqués de Miravalles y á su mismo Subsecretario entonces, el General Azcárraga, que aquél Ejército que la Restauración improvisó, y con mil esfuerzos emancipó del yugo de su tradicional indisciplina, podría dar á las guerras de Ultramar contingentes de 200.000 soldados, modelos de valor y de virtudes militares, sin que el país opusiera la menor resistencia al sacrificio, ni las penalidades de la campaña crearan un solo descontento?

.....
 Todos estos, y otros que no enumeramos por no hacernos prolijos, son los frutos materiales permanentes deducidos de las conquistas políticas y morales hechas por el Sr. Cánovas del Castillo en los veintidós años de su poder y de la imposición de su admirable disciplina en todas las órbitas de la vida pública y civil. Estos elementos, que tan poderosamente contribuyen á la pública prosperidad, se sustentan en otras tantas fuerzas de resistencia que, alrededor del Trono y al amparo de las Instituciones creadas, garantizan la continuidad de la obra del Sr. Cánovas el Castillo, cuyo espíritu generoso y bienhechor batirá desde el cielo sus alas sobre esta Patria, para él tan querida, y que le debe tantos beneficios, para que no se pierdan los frutos de su labor.

El Sr. Cánovas, que jamás tuvo émulo en el reconocimiento que de su superioridad de pensamiento y de acción todos los hombres y todos los partidos le hacían, deja en todos los campos adocotrados ilustres continuadores.

No ha mucho, ante cierta actitud del Sr. Sagasta con su partido, el Sr. Cánovas exclamaba:

—¡Gracias á Dios que si un día me duele la cabeza, cuenta la Patria con quien la sirva con mi misma abnegación!

Ciertas disidencias conservadoras no lo han sido de principios, ni aun de métodos de ejecución, con el partido en que se formaron hombres políticos bajo la égida del Sr. Cánovas.

.....
 Todos tienen por vínculo común la Patria y el Trono, y para defender la integridad de la primera y la subsistencia y la inmunidad

agadas pruebas
los manes del
seaba de morir
piraciones de
de el sepulcro
la virtualidad
sus obras, las
nauce atribuyó
o, levantándo-
Cardeña para

.....
.....
.....
agrandezcamos

r de todos ro-
os hombres de
as conservado-
creadas y es-
frono y de las
odearían el so-
tas virtudes y
ntos prestigios
ellos las salva-
cualquier con-
e de nuestros
le peligro.
es algunos pro-
mo los de las
cción de nues-
ras de nuestra
últimas cues-
allador estaba
se que, para
l porvenir, las
ían el comple-
tructiva desde
1. Su dolorosa
el honor de su
espíritu se re-
odo, sea quien
las realice, á
medio de los
estiones sobre
vas que él se
rtadamente á

ibre los restos
ritu habrá de
nosotros; y
sonalmente le
también y se

desvanezcan en el implacable giro de la vida, la Historia le habrá fabricado la figura gigante de su genio y el inventario glorioso de sus obras, con que su nombre jamás se extinguirá de los anales de la Patria.

La misma tragedia de su muerte, será el último título de su glorificación. Castelar no se ha engañado cuando ha dicho: «Su muerte gloriosa le abre la inmortalidad.» Un periódico ha repetido: «Su muerte, ya gloriosa por la vida, lo será mucho más por la muerte.» «Al cabo—como dice *El Imparcial*—esta trágica desventura lleva en sí envuelta la glorificación del martirio, pues muerto Cánovas por un anarquista, lo constituye en mártir de la defensa social, sentimiento que era en él tan profundo como el sentimiento de la Patria.»

* * *

Cánovas en los salones.

POE J. P. DE. G.

«El que con diestra pluma se proponga en su día ser biógrafo definitivo de Cánovas—pues hasta hoy no lo ha sido ninguno en la extensión que demanda el estudio sobre un hombre que durante tanto tiempo ha desempeñado papel de primer orden en la política de España, siendo la palanca ya visible, ya velada, de todos los acontecimientos,—no podrá menos de consagrar muchas y muy curiosas páginas á la manera cómo su habilidad le hizo servir del instrumento de la mujer para las mayores funciones y los bien preparados éxitos de la vida social y pública.

Es un error creer que la mujer no ejerce en la Naturaleza y en la Historia sino la influencia del hogar y el sublime ministerio de la maternidad. El alma de la vida es la mujer, y mientras la sociedad es más culta, más grande y determinante es el influjo que ella ejerce. El amor, que parece ser el único objeto de su existencia, no es en ella más que su medio.

La clara penetración de Cánovas, desde los primeros pasos de su carrera, así lo comprendió; y en todas las evoluciones de su destino buscó en este resorte poderoso de la mecánica social el secreto eficaz de los resultados que se proponía. No es extraño que el que muy joven aún, y al guiar sus primeros pasos por el trillado campo de la política, escabroso pedregal de intrigas y de ambiciones, supo desde

luego meterse en el bolsillo desde las columnas de *La Patria* á Pacheco, á Ríos Rosas y á Pastor Díaz; que el que al dar con Fernández de los Ríos el segundo avance en *Las Novedades*, logró adquirir el mismo ascendiente, que ya no perdió jamás, sobre carácter tan entero como el del general O'Donnell; que el que al advenimiento de la unión liberal, de que fué el espíritu invisible, sin disputarle la jefatura, se hizo árbitro de Posada Herrera, y al venir, á la caída de la unión liberal, la reacción conservadora, se hizo árbitro de Mon, de los Conchas y de Miraflores, en todos sus caminos se buscase teatro, opinión, punto de apoyo y proyección balística en el escenario privado.

Con estudiarle en el seno de la tertulia íntima de la difunta duquesa de Rivas, en el comedor de la condesa del Campo de Alange, todavía durante la última revolución, en los salones de la condesa del Montijo, y después de la Restauración en el comedor de la duquesa de Bailén, se despeja la incógnita de muchos de los lances de su fortuna.

La tertulia íntima de la duquesa de Rivas sólo tenía en apariencia el aspecto literario y el aspecto selectamente aristocrático, pero además era una tertulia política.

El dominio total y omnímodo de la prensa, su continuo jalear y machacar sobre los nombres que encumbra, no tiene tanta importancia en el encumbramiento de un nombre y de un prestigio, como la continua alabanza y ponderación que brota de uno de estos círculos, donde no se leen todos los periódicos y de los que, alcanzando la suprema autoridad social que tenía la casa y familia del egregio autor de los *Romances* y de *La fuerza del sino*, salen las reputaciones impuestas al resto de España y con una aureola inmortal.

Hizo Cánovas de la tertulia de la duquesa de Rivas su trono privado literario, su corte suprema de admiración, el más escogido de sus círculos sociales, y luego que se halló en completo dominio de él, allí discernió para los demás las palmas académicas, los cargos palatinos, las alturas de la diplomacia y las alturas del Parlamento: todas las distinciones, en fin, de la suprema cultura artística é intelectual y todos los pináculos de la carrera social. La última de estas hechuras de Cánovas en el círculo familiar de la duquesa de Rivas, lleva un nombre ya glorioso para España: llámase Marcelino Menéndez y Pelayo.

El comedor de la duquesa, tenía una sigla, la musa reinante: los resortes! La agudía entre la ilustración. Allí, á fuerza de desplado, se domesticó, y cuando el chiste resultaba un pacto entre la egotismo, mediante el echaba el peso de responsabilidad á la lítica; de modo que la procedencia

Es indecible el teros que allí tuvo su inflexibilidad, de aquella casa se caían por los bordes, las víctimas han por ser comedores de aquellos en que se recogían frases gráficas, de ces paradójicos y de allí salieron ó habría entre los nes y Quevedos de delar tantas formas lentas.

Esta labor no era de subordinación de ensayar en esta disciplina puestos unidades de autor los espíritus dispretenciosos, tan tantas tendencias de la ambición.

El que ha descubierto para Moderna los Montijo, podrá decir cómo el talchó como instrumentos de su poljo, al fin y al cabo la ilustre que celebró el trono que la egregia da reflejo de parcialidad su deseo, y significos y extraños u

4.

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

]

cuerdo permanente, un culto continuo, un rendimiento perpetuo en aras de la que era la copartícipe de sus glorias.»

El corazón y la cabeza en la revolución española.

POR D. MANUEL TROYANO

En el interesante trabajo que lleva ese título, publicado en el *Almanaque de El Imparcial* para el presente año de 1901, y en que se habla de Jovellanos, Riego, Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, Castelar y Cánovas, su autor, el Sr. Troyano, que nunca fué muy benévolo con el último, á juzgar por sus artículos, ó los que le han atribuido en dicho periódico, después de consignar que el pleno dominio de la inteligencia, fuerza capital del siglo XIX, comienza en la política española cuando llegan á ser figuras culminantes de ella Castelar y Cánovas, los cuales representan una influencia marcadísima, intensa, permanente, siendo Cánovas todo el aspecto conservador de la Restauración y de la Regencia en su fondo y en su forma, y Castelar todo el lado reformador y progresivo en la sustancia y en el procedimiento, escribe del primero, ó sea de Cánovas, lo que sigue:

«Cánovas es el intelectualismo en su más alto grado; pero el intelectualismo que no se sobrepone á los efectos de nuestra educación secular. Por eso mismo, por lo que responde á la estructura mental que esa educación ha dado á la raza, su predominio es mayor sobre los cerebros de sus contemporáneos afines.

Su potencia discursiva es enorme. Baja siempre partiendo de un principio ó de un apotegma, verdadero ó falso, que él mismo, con autoridad pontifical, ha establecido; pero baja con tal vigor, que se lleva por delante todo lo que encuentra. Ese vigor espanta á cuantos piensan en la misma forma y los somete incondicionalmente. Cabe decir que bajo su poderío intelectual, el servilismo sube del corazón á la cabeza.

Guarda el cerebro para lo grande y el corazón para lo pequeño. Así se produce un desnivel, por donde caen muchas cosas.

Estima á los hombres exclusivamente por el

talento, y mientras mira con simpatías á un malvado inteligente y vivo, aborrece, y aun persigue con sus epigramas y sarcasmos, á un tonto de buena fe.

La conciencia de su extraordinaria fuerza intelectual, probada en las lides de la política, le hace presumir que lo podría todo si tuviera instrumento adecuado, y culpa de las deficiencias de su acción á España entera. Mira siempre hacia afuera, nunca hacia dentro, y no llega á notar que, venciendo fácilmente á los demás, nunca se vence á sí propio.

Establece como un hombre de Estado las bases de la Restauración, y después deja á subordinados suyos trabajos importantes y trascendentales, á fin de disponer de tiempo suficiente para mostrar en salones y Academias sus omnilaterales talentos. A pesar de ello, los de observación é inducción no se corresponden en magnitud con los del orador, el polemista, el combinador de pasiones é intereses para llegar á un determinado fin, el conocedor de los resortes de gobierno, el bibliófilo, el erudito, el tratadista de cien diversas cuestiones, el hacedor de frases y epigramas. En el pedazo de cuarzo aurífero, ve el cuarzo, pero no ve el oro, y arroja con desdén el pedrusco. Pudo en los primeros tiempos de la Restauración cultivar gérmenes de vida y prosperidad, pues era omnipotente, y los deja soterrados bajo las rutinas, los intereses menudos y aun los enormes. En los últimos años no hace de las energías que España había depositado en sus manos aplicación provechosa.

Su inteligencia revelaba en grado gigantesco lo que de ella sobra y falta en nuestra vida pública. Foco potentísimo, hallábase colocado de manera que la mayor cantidad de luz caía sobre la persona del grande hombre, no sobre la Nación. Una muerte trágica viene á aumentar el relieve. Y cada día se nota con mayor claridad que la extraordinaria fuerza cerebral era lo suyo, y las deficiencias corresponden á su tiempo y á la contextura mental dada á la raza. Esto explica muchas cosas.

En esta rápida excursión á través de la vida pública de nuestro país durante el siglo, los dos grandes motores, el corazón y la cabeza, se nos presentan en proporciones muy diferentes. Si esto se nota en las cumbres, ¿qué será en las hondonadas?

Recuerdos de la juventud.

POR EL CONDE DE CASA-VALENCIA

En el libro que con ese título ha publicado recientemente el conde de Casa-Valencia, habla de haber tratado por primera vez en 1846 á Antonio Cánovas del Castillo, y que á partir de 1847 se matricularon siempre el mismo día, para estar juntos en la cátedra, el propio Cánovas, Alejandro Groizard, Fernando Rodríguez Pridal y él. Refiere que habiéndose establecido los premios que indica y á que sólo podían aspirar los que hubiesen obtenido la nota de sobresaliente, resolvieron hacer oposición á ellos los citados, á excepción de Groizard y otro condiscípulo llamado Gago, y dándose un nuevo ejemplo de que no siempre gana en las oposiciones el que más vale, siendo Cánovas el de más talento de los cuatro, obtuvieron los premios por unanimidad Rodríguez Pridal y él.

En el curso académico de 1847 á 1848 se matriculó Alcalá Galiano, ó sea Casa-Valencia, con Cánovas en la asignatura de literatura, en la que tuvieron por condiscípulo á Castelar, que desde entonces fué querido amigo de ambos, recordando una sesión solemne en que tomaron parte los tres, y que ha referido el Sr. D. Pedro Novo y Colson en artículo sobre Castelar, publicado en la *Ilustración Española y Americana* de 29 de Febrero de 1896 con el epígrafe *Anécdotas auténticas de españoles célebres.—Desde estudiante á jefe de Estado.*

« En 1848—dice el Sr. Novo y Colson—Castelar estudiaba el curso preparatorio de Derecho y las materias de literatura general y española. Todos los sábados celebrábanse academias en la capilla de San Isidro, donde los alumnos discutían temas capitalísimos de dichas asignaturas.

Allí se dió á conocer Castelar como orador, produciendo sus discursos la misma emoción que más tarde produjeron en el Ateneo, en las Cortes, en las reuniones públicas y en la cátedra universitaria.

Allí también comenzó Cánovas del Castillo á hacerse notar, siendo el asombro de sus condiscípulos y de sus maestros.

El renombre de las academias literarias y de los oradores jóvenes había despertado gran interés, y cierto día presenciaron una sesión los más altos funcionarios de la enseñanza oficial,

cómo Seijas Lázano, Gil y Zárate, Revilla, Pastor Díaz, etc.

Un alumno debía leer el meditado discurso; otros dos le harían objeciones orales. Los catedráticos designaron á Cánovas para la lectura, y á D. Emilio Alcalá Galiano y á Castelar para las objeciones.

El tema elegido fué: « ¿Cuál de las regiones conocidas favorece más la expresión estética en el arte y á la poesía? »

—Yo mantendré la superioridad del paganismo para este fin—dijo Galiano.

—Y yo la del cristianismo—exclamó Castelar.

—Y yo, ¿cuál?—repuso Cánovas.—Habéis elegido lo mejor; pero como no se trata de profesar doctrinas, sino de mantener controversias, apечугaré con el panteísmo.

La sesión resultó maravillosa. Cánovas, después de leer su discurso, asombró á todos con sus réplicas brillantes, profundas, acertadísimas. Castelar pronunció una oración religiosa que hizo llorar y creer á los más racionalistas. Alcalá Galiano deleitó con su sabiduría y corrección de estilo. Una ovación inmensa y sin precedentes premió el talento de estos excepcionales discípulos.

Al concluir el acto el rector, D. Nicomedes Pastor Díaz, los llamó á su presencia y les dijo con acento de convicción profunda: « Sr. Cánovas, usted será un gran orador político; señor Alcalá Galiano, usted será un gran orador forense; Sr. Castelar, hágase usted cura y será el primer orador sagrado de este siglo. »

En ese propio artículo cuenta al final el señor Novo y Colson que, aleccionado por la experiencia, decía años después Castelar: « Las tres cosas que se me han indigestado en la vida son: los percebes, los versos y la federal. No volveré á probarlos. »

La parte del artículo transcrita, según el conde de Casa-Valencia, contiene tres equivocaciones. El tema elegido para el discurso fué: « ¿Cuál es la religión que más favorece la inspiración poética? » Cuando nos lo comunicaron se apresuró Castelar á pedirnos á Cánovas y á mí, que tuvimos gusto en complacerle, que le dejáramos el catolicismo, lo que no hubo de causarnos sorpresa, por saber que su lectura preferida eran nuestros escritores sagrados, y *El genio del cristianismo* y *Los mártires*, de Chateaubriand. Elegí yo entonces el paganismo, y Cánovas el ateísmo para lucir su incomparable

ingenio con brillantes paradojas. Después de oír su elocuente discurso y de felicitarle cordialmente, aconsejamos todos á Castelar que siguiera la carrera eclesiástica, pues sería predicador de primer orden. »

* *

La herencia de Cánovas.

POR C. T. C.

Tomamos de *La Epoca* el artículo que lleva dicho título y dió á luz dicho periódico á poco de la muerte del Sr. Cánovas, encabezándolo de este modo :

« Un importante conservador, que por su posición social, sus servicios al partido y la influencia que ejerce en una provincia debe ser considerado como voto atendible, nos remite el siguiente artículo, en que con completa franqueza expresa lo que piensan de la situación actual muchos conservadores de provincias (1) :

« Será cosa de alquilar balcones para ver lo que pasa cuando yo me muera. » Esta frase se atribuye al fecundo ingenio de D. Antonio Cánovas del Castillo, y aun cuando puede no ser cierto que sea suya, es oportuna, porque, en efecto, en todos los partidos la guitarra está templada para mucha música.

En cuanto al conservador, sería de desear que nos mostráramos completamente unidos en esta jornada luctuosa, y ponemos la esperanza en Dios de que con su gracia iluminará los entendimientos ; pero bueno es que en Madrid se sepa cómo se piensa en provincias.

Es cosa corriente que en todo *ab intestato*, cuando no hay acuerdo en la familia, la herencia es para la curia ; y si esto no se tiene presente en estas circunstancias, pudiera suceder que el partido conservador saliese de ellas perjudicado para mucho tiempo.

La necesidad de que este partido huérfano se mantenga unido, fué reconocida desde el momento en que el estupor que produjo el crimen dió lugar á la reflexión en nuestros hombres públicos.

El Sr. Romero Robledo proclamó esta necesidad en el Círculo conservador de Madrid,

(1) No es menester ser muy lince, teniendo en cuenta las iniciales y lo que dice *La Epoca*, para comprender que el autor del artículo no puede ser otro que el señor Conde de Torres Cabrera.

haciendo bien, y ciertamente silencio, ¡ tecimient

El Sr. S por la de rraga dis rona ; pe

Los Pr tivas ado el Sr. Eld alto sitial dal separ zando aje qué decir á que se 1 dado por la activid vincias se ner la pol

Por otr culación funesta n y más pr Martínez reservaba un amigo de frente mos ; La formidab dió paz á el incend destacóse Regente, lleros de epíteto d sonales a al filibusi na de su

Si pred el patriot servador levantars

.....

« ¿ Es p yos talen en polític Cánovas posible q este cami

miento que me ha producido el trágico suceso de Santa Agueda, no estoy, realmente, para nada.

—Tengo entendido que en varias ocasiones se amenazó á Cánovas, por medio de anónimos, con asesinarle.

—Es cierto. Precisamente de lo primero que habré de tratar, con motivo de los recuerdos de que he hablado á usted, es de las diferentes veces que le amenazaron de muerte.

Muchos anónimos recibió en ese sentido, y era completa la despreocupación con que él los acogía, comentándolos conmigo cuando le daba cuenta de ellos con gran indiferencia, y las más de las veces en broma. Precisamente cuando la abolición de los fueros recibió muchos anónimos, diciéndole que le iban á asesinar, y él me decía: «Tengo tal conciencia de que, dentro de la conveniencia del país y de mis deberes, he hecho lo que nadie se hubiese atrevido á intentar en beneficio de las Provincias Vascongadas, que, conociendo la hidalguía de los vascos, estoy seguro que ellos lo comprenderán y que nadie me hará daño alguno, y para probarlo iremos tan pronto como pueda á Santa Agueda.»

Con efecto, yo estuve con él el verano del 78, y todas las tardes salíamos solos en coche y volvíamos de noche, y jamás nos ocurrió nada.

Pero al regresar á Madrid ocurrió un suceso muy curioso. Nos habían anunciado por anónimos que en el viaje de regreso sería asesinado en el tren. Igualmente anónimos habían recibido algunas autoridades del tránsito, que me lo comunicaron en Vitoria y Burgos.

Cánovas no había hecho el menor caso; pero yo iba ya prevenido. Habíamos pasado la estación de Venta Baños; me mandó cerrar las cortinillas de las farolas que daban luz al salón y me dijo:

—Yo me voy á recostar en el sofá; recuéstese usted en el otro, y á dormir.

En efecto; se echó sobre el sofá, y yo, aunque hice lo propio, no quise dormir, por si acaso ocurría algo. No habían pasado diez minutos, cuando de pronto se abre la portezuela lateral y entra precipitadamente un hombre. Me avancé á él en medio de la obscuridad para sujetarle, cuando le oí exclamar:

—No se asusten ustedes, soy Ramón. Me bajé en la última estación, echó á andar el tren antes de lo que yo pensaba, y corriendo

he podido subir mos coches, y pego y miedo he vtezuela del salón

Excuso decir con la entrada mún después de cibido del proye embargo, no hice: cirle:

—Podía usted para otro coche, sona y mayor de

Castelar

POE DO

Comienza este ponente silencio en el balneario gada, formando te de la avanzad miento y la con el día, durante romeros, atraído dicha, trocada desembarcaban los baños y se crimen.

A dicha hora ta Santa Agueda; en sus cuartos v moral, á excepfiaban el cansanc por el dolor, que

Esas dos perso do el cadáver, l afectos, de sentin la viuda de Cáno había llegado po había separado amigo entrañabl minosa y de la ve movido, atribula dolor innenarrab mortaliza, que n gación por el poi y que lo único qu

(1) Sentimos no table y sentido arti El Liberal en su ná

JUICIO QUE MERECIO A SUS CONTEMPORANEOS

como frase, es: «No quiero pensar, porque no quiero que al dolor del corazón se una el dolor del pensamiento.»

La viuda de Cánovas, exaltada por la pasión de su pena, tan intensa, tan honda y tan sinceramente sentida, que tocaba los límites del extravío y de la locura, aplicables en su situación, que desgarraba sus entrañas como desgarró la bala los senos del cerebro privilegiado de un gran pensador y de un estadista grande en el siglo, se había negado á ver á nadie, prohibiendo hasta el acceso de la mortuoria cámara á todos menos á Castelar.

* *

Y más adelante:

«Castelar repetía con su prodigiosa memoria, á modo de rezo y de oración fúnebre, las elocuentísimas palabras de uno de los más elocuentes oradores de España. Palabras del muerto y del vivo dignas, en que se encerraban vibrantes sus merecidas glorificaciones. Palabras que son de Donoso Cortés:

«Sócrates no fué tan grande por la vida que vivió como por la muerte que le dieron; él debe más á la cicuta que á la filosofía. El mundo se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido Roma que César muriese de la muerte de los demás hombres; su gloria fué tan grande, que mereció ser coronada con un grande infortunio. Morir en su lecho es cosa apenas permitida á Cromwell. Napoleón debió morir de otra manera, debió morir vencido en Waterlóo, proscrito por Europa. Un sepulcro fabricado por Dios para él en una isla desde el principio de los tiempos, debía contener sus cenizas; un ancho foso debía separarlo del mundo, y en este foso hervir y bramar el Océano.»

Esas palabras hermosas, con la hermosura de la elocuencia verdadera, eran pronunciadas por los únicos labios vivos que en esta tierra de España han superado todos los prodigios de la oratoria de todas las edades y de los pueblos todos: la oratoria de Castelar. Transfigurado como él se transfigura, esta vez más que nunca por el dolor, fuente perdurable de los mayores prodigios de la elocuencia humana, Castelar no podía tributarle á su hermano del alma tributo más apasionado que esas frases ardientes que ungíanle como uno

de los más grandes hombres de la España, por la vida y por la muerte.

Si posible hubiera sido obrar el: una resurrección de Cánovas, ese no lo podía obrarlo arrancándolo á la despotía poder á ninguno otro que Castelar con su palabra. Por ella, por la palabra, aun en los períodos e separados estaban en su empresa por ideas tan radicalmente contrari dieron en una las dos almas que p corrían emparejadas: el alma de el alma de Cánovas. De uno á o iban corrientes de entusiasmo que se caldeábanse en la fe inconstante instrumento de soberanía de los tiempos: la palabra.

Cuando tantas veces juntos habían y admirado la profundidad y la de las palabras de Donoso Cortés, dijera á Cánovas que un día le fueran tales! ¡Quién á Castelar que las ha petir al borde de la tumba de su am da la vida del grande hombre por un

* *

«La cámara mortuoria es una an En el centro de ella, y en dirección á Mediodía, descansa el cadáver de nio Cánovas del Castillo. Está en la caja. Su rostro tiene el blanco de Parece por el reposo de sus facciones radas por la muerte, y por su frío de inanimada, una estatua yacente. E término puesto á su vida, las herida de se escapó á torrentes su sangrado á los rasgos de su fisonomía y esa falta de ser de las estatuas

El muerto, que ha gozado todos los de la tierra, viste, sin que nada le ni los empañe, modesto traje de una cruz, sin una condecoración, momento respetan su grandeza y pompas y vanidades de humo para verdadero. El que está junto á él, superior que le vela, el espíritu de maravillosa que acompaña como i grandiosidad aquella sin vida, por mismo aspecto. También viste negra tísima levita, cuya pureza de toga n ron jamás distintivos mundanales.

El muerto y el vivo, los dos magistros amigos, son dos plebeyos, con la

inmensa de una plebe que por su genio, por su intelectualidad, se ha hecho señora de su Nación. Allí están, vivo y muerto, las dos primeras figuras de España. El uno lo fué y el otro lo es por la sola fuerza de su voluntad poderosa, por la energía mayor del humano planeta, por el verbo divino de la palabra. Sin dinero, sin fuerza, sin tradición, sin ninguna de esas energías sociales que todo lo avasallan, todo, todo lo dominaron y lo fueron. ¡Lección profunda de los tiempos, el cuadro que forman esos plebeyos ilustres que todo lo dieron á su Patria! ¡Ejemplo para meditado ese poder de la palabra y de la idea, de los pueblos directora, sin armas! ¡Eficacia grandiosa de la fe en sus convicciones, en su voluntad y en sus propósitos, que nada rindieron!

Y cuando se los contempla así, viene á la mente, sin casi necesidad de reflexión, la idea de la incontrastable, de la poderosísima influencia de Castelar sobre la inteligencia y sobre la voluntad de Cánovas del Castillo, influencia de tal modo eficaz, que dentro del espíritu de lo existente vino á infundirle, en todo lo que cabía infundirlo, el espíritu de la revolución gloriosísima que aún continúa en todas sus substancias vivas, hasta dar por resultado lo que Castelar llamaría con frase feliz la *prescripción de la libertad*.

Por esa influencia incontrastable de Castelar, tanto ó más que por la convicción de Cánovas, era todo lo vigente de una radicalísima impotencia para destruir la libertad ganada. Podrían no amarla, pero no podían acabar con ella. Y porque la libertad era y es un hecho y un derecho, aún existimos los españoles, en medio de las miserias y desdichas de la luctuosa guerra de Cuba y de nuestra situación general, sin ventura en el mundo.

Sin formar juicios políticos, sin adelantarnos á los juicios de la Historia, es para admirada en esta hora solemne en que todos nos descubrimos ante una muerte desastrosa, esa amistad entre Cánovas y Castelar, esa influencia de que tantos testimonios hay en los hechos recientes, que están presentes á todos y que no necesitamos recordar.

La amistad es una de las cosas sólidas y grandes y respetables de la tierra, la sola cosa que desafía las impurezas de la vida política. Olvidemos de lo que cada uno sentimos y creemos, para inclinarnos ante ese espectácu-

lo que significa cional figura de rezar junto á su Castelar, cuyo y aparece iluminado sin nombre.»

«Ha amanecido El cielo, encapado estado de tribulación, en que todo este gran dolor no vela el cadáver sobre el cuadro que por la ha difuminado, gestiva se ha pafana. Con ella mientos, dejanamiento tal, que que no veo...

Y está único da con caracter visión del rostro Castillo, como reposara con la Francisco el Gr

Una última v entreabrimos l podemos ver; cadáver y lo cul con su cuerpo. Son la muerte y Y las manos, l tillo, blancas, un movimiento querida, que le se alzan y dicta luntad que fué

Santa Ag

Carta de D. Fra
d

Excmo. S

Querido amigo
de haber rendid

y cariño á nuestro ilustre jefe, D. Antonio Cánovas del Castillo, quiero consignar mis impresiones al visitar el féretro en la cámara mortuoria.

Entraba el día del entierro por la galería artística de la casa, y ya la perspectiva de aquella mansión me produjo una gran tristeza al contemplar la falta en ella de las estatuas y demás objetos preciosos que habitualmente la embellecen, cubierto el blanco suelo por su parte central con un paño negro y sintiendo bajo mis plantas el roce de la arena allí dejada por la multitud que había acudido á rendir el último tributo al cadáver del Presidente del Consejo de Ministros.

Algunos pasos después encontré á la señora de Cánovas, y por la expresión de su mirada pude comprender su estado moral en aquellos momentos, limitándome á dirigirle algunas palabras de consuelo. Preciso es haber tenido la desgracia de perder la compañía eterna de la vida, consagrada por el sacramento, para comprender la pena que aflige al ánimo al pensar en la forzosa separación de dos almas que se compenetran y que viven una para otra.

Cada momento que pasaba era mayor el número de personalidades notables que se reunían en aquella galería, y la desconsolada viuda hubo de retirarse, sin duda, para contemplar un postrer momento los inanimados restos de su esposo. Poco más tarde estaba yo situado en la baranda que separaba el espacio ocupado por el féretro del resto de la hermosa sala del vestíbulo, entonces cubierta toda de negros paños.

Colocado junto á la familia del hermano del finado, D. Emilio, y detrás del señor Marqués del Pazo de la Merced, ví levantarse á la viuda después de haber estado de rodillas rezando y sollozando al lado de su difunto esposo. En este momento hube yo de decir á la señora de Osma qué pasara al otro lado de la baranda, y al mismo tiempo indiqué al dicho señor Marqués que me quedaba allí vigilando, por lo que pudiera ocurrir á la señora de Cánovas, á juzgar por la característica expresión de su semblante. Pasaban unas tras de otras muchas personas hincando la rodilla ante el hermoso crucifijo colocado en la cabecera, y llegó el instante más imponente. De pie la acongojada viuda, preparadas ya las bondadosas personas que con anhelo querían honrarse llevando la preciosa carga, creí vislumbrar en todos

una dolorosa, cuanto natural incertidumbre.

La señora de Cánovas, en actitud digna, severa, reprimiendo su profundísima emoción, no daba orden ninguna. ¡Cómo había de darla! Aquellos señores, sin decidirse á levantar el féretro, temiendo pecar de solícitos... al fin se decidieron y emprendieron su camino, dirigiéndose á la puerta principal, donde esperaba el carro fúnebre; detrás seguía la viuda; detúvose en el umbral, saludó con digna actitud á la muchedumbre, que respetuosamente se descubrió, y volvióse á sus habitaciones diciendo con entrecortado acento: —«Estoy muy agradecida á todos.»—Yo la acompañaba, y habiéndola indicado que me quedaría en la casa por si algo la ocurría, contestó con decisión: —«Gracias, gracias; todos con él.»

Cumplí el mandato, y al salir de aquella estancia vinieron á mi mente tantas agradables veladas que solíamos pasar en compañía de nuestro querido D. Antonio.

He de aprovechar esta ocasión para consignar lo que no todos saben, y es el trato afable, la dulzura y cariño con que á todos nos recibía, y han de resonar siempre en mis oídos las frases amables con que constantemente me despedía. Habrá en las grandes ocasiones impuesto su voluntad y sus decisiones, porque realmente era el que estaba más acertado y el que tenía la razón. Yo mismo le he visto enérgico y hasta duro en algunos momentos y al tratar de ciertos asuntos; pero en la vida social era D. Antonio una persona que encantaba por su gracejo, que nunca hablaba con énfasis, ni como superior, él, que lo era para todos, y contrastando su tono sencillo y á veces modesto con la profundidad y exactitud de los conceptos, nos hacía exclamar muchas veces á los que le rodeábamos: «¡Cuánto sabe este hombre!»

Y ahora, amigo Alfredo, si estos renglones sirven para completar cuanto se ha dicho con motivo de la trágica muerte de nuestro inolvidable jefe, puede publicarlos, siquiera al escribirlos me sirvan para pensar un rato más en aquél, con cuyo espíritu hemos de vivir en grato consorcio para que nos sirva de guía en nuestras decisiones ulteriores.

Su amigo afectísimo,

FRANCISCO DE CORTEJARENA.

* * *

La Huerta

POR D. JOSÉ GUTIÉRREZ ABASCAL (KASABAL)

« La hermosa residencia donde se han desahogado los últimos años de la gloriosa existencia del Sr. Cánovas del Castillo ha de pasar á la Historia, como todo lo que se relaciona con el insigne estadista víctima de los enemigos de la sociedad, y en estos momentos en que se cubren con negros paños, por decisión inquebrantable de la afligida viuda aquellas suntuosas paredes, vamos á evocar algunos de los recuerdos á ella unidos.

La Huerta es de construcción reciente; el señor Marqués de la Puente y Sotomayor (que en paz descanse) era un hombre de gustos muy delicados, que sentía especial predilección por las plantas y las flores, y para cultivarlas con cariño adquirió al final de la Castellana los vastos terrenos que poco á poco se han ido convirtiendo en una de las moradas más espléndidas y deliciosas del Madrid moderno.

.....
.....
.....

Quando el año 1887 el Sr. Cánovas del Castillo contrajo matrimonio con la encantadora señorita doña Joaquina Osma, el Marqués, su padre, que sentía, al mismo tiempo que cariño, admiración y entusiasmo por su yerno, se propuso que éste y su esposa ocupasen la suntuosa morada. Tuvo que vencer para lograrlo las resistencias que opuso el Sr. Cánovas del Castillo, que, bien instalado en desahogado piso de rica casa de la calle de Fuencarral, temía tocar á su biblioteca, bien catalogada, y á sus preciosas colecciones artísticas, bien colocadas, y que tenía, además, el natural deseo de dar el hogar, digno de ella, á la que tan feliz le hacía otorgándole su mano, que había sido muy disputada, y haciéndole dueño de su corazón, hasta entonces solicitado en vano por ricos é ilustres amadores.

Pero el Marqués de la Puente no se dió por vencido; adquirió al final de la calle de Serrano nuevos terrenos, en los que hizo levantar un pabellón especial para biblioteca, construído con arreglo á los modernos adelantos, le unió al palacio por cómoda galería de cristales, y durante una expedición veraniega de sus hijos, trasladó allí, valiéndose de inteligentes auxiliares, todos los libros y preciosi-

dades artísticas de que cuando volvió talado, como por había de ser tan fi-

¡ Qué tranquila allí la existencia de la casa consagrada al que le halagaba y le llamaban sus amigos, siguiendo impulso de patriotismo, de Monarquía y á su

En la primavera primera vez en años del Castillo las habitaciones de todo estaba abiertas para los invitados,

La biblioteca es colección de libros de; en el comedor de plata repujada llevado; en el de arte por él reunido en Roma y en su en el piso principales particularmente

.....
.....

No han pasado mudanza! Paños del vestíbulo; entre las plantas, y el cadáver del gran hace mucho feliz, me acompañado por

El Estado le ha para honrarle como oficial de los Ministros; pero erido que el cuerpo las últimas horas de la vida, allí donde él el hogar que honra con su talento.

Ella le velará, recogió su último sobreponiéndose á beso allí donde le brazos, y aun cuando desaparezcán de su suelo en Dios prir después en la gran

EL MÉRITO A SUS CONTEMPORÁNEOS

le le es propia

ahora para las
re para los res-
extranjeros se

nombre que se
e respetada la
e.

tanto como una
eron su dicha,
un después de

CASABAL.

x

l siguiente no-
e, su fecha 16
Epoca de uno

ue dispondrán
o en las colum-
ar en ellas la
mpida por la
e han sufrido
pañoles todos
lastillo.

más á cuanto
cho por perió-
honra y gloria
baldón de su
resión que ha
el extranjero,

¡ Grande, in-
sted. En esta
to no es fran-
, si no tan hos-
extranjero no
ro á cataratas
as ha sido reci-
espanto Con
ses, como para
l Sr. Cánovas
rpo, á la mo-

rla, y la con-
proseguido, y
o, cuando por
e jamás termi-

naría España su gloriosa Histo-
republicanos, radicales, socialis-
cos, conservadores, orleanistas
tas, cuantos pueden algo en Fra-
al conocer la muerte de Cánovas
el anuncio de grandes males y t
España.

—*Comme il est solide votre Cánov*
á gentes de todos los partidos.

—*Vous avez votre Cánovas!* ¡ ¡
petía diariamente, como diciend

— ¡ Ustedes tienen aún salva
un hombre!

Ustedes tienen un crédito, u
columna en que apoyarse.

Y ¡ fenómeno curioso! aquí en
de las pasiones políticas se dem-
la fuerza del torrente, donde el
un enemigo y el enemigo un odic-
curren con cierta elevación en
política extranjera, se han unid-
cer la importancia de la figura
ñor Cánovas y la trascendencia.

Por fortuna, hasta el presente
pueblo español y el patriotismo
cos han hecho ver á Francia qu
asistir los embates de la desgra-
cernos ni perturbarse nuestra m

Pasado el primer momento d-
tejió en honra del eminente est-
novas una valiosa, riquísima, e-
rona de aplausos y elogios. P
prensa francesa, tan parca en ju-
respecto de personajes extranje-
ficial y frívola ante las grandes
ha mostrado más seria, más i-
honrada, más galante.

No era el Sr. Cánovas de ac-
políticas ó literarias que apare-
en la barraca de notabilidades
son de bombo y platillo, expl-
reclamo de Exposiciones, banqu-
de jabón, de pastillas ó del vino

Sin figurar en tan chillón esca-
nocidísimo el nombre del prime-
pañol, y al recordarlo cuantos lo
ban sin duda algo como un sím-
vedad castellana, del viril caráct-
mayores, de la energía que nos
dores del mundo. No hubiera si-
aquel ilustre Taine, tan tozudo
tan reflexivo en sus opiniones,
dijo con menosprecio al serle

DON ANTONIO CANOVAS D.

dor compatriota nuestro, falleci-
os atrás:

e es el famoso canario español?
rario, hubiera saludado en el se-
como un recuerdo de nuestra ra-
ecida, al parecer, pero tan propia
ante las angustias del peligro y
la miseria.

nte desde las campañas de Cuba
s, el gran estadista había ganado
ombre y ganándolo con él para
eciso vivir en el extranjero para
a fuerza que aún tiene nuestro
equivocan muy mucho aquellos
egados que de continuo procuran
r á sus compatriotas y á su país,
lo poco menos que al borde del
tra raza, apenas sale de su odioso
argo por obra de un hombre ó de
obra sus extintos bríos y vuelve
mpre. ¡Decadente un pueblo que
enes y dispuestos para el sacrifi-
valor, de fuerza, de entusiasmo!
n pueblo que apenas ha interve-
nchas europeas del siglo! Es tan
que cuando muchos franceses se-
lar de nuestras miserias, sonríen
envidia. Porque comprenden que
n más riqueza, más *confort*, más
ienen muchos de nuestros defec-
altan cualidades de aquellas que
finamiento gasta y consume.

ranceses españoles con dinero!—
o Sr. Cánovas con exactísima

e dijera que los españoles «son
linero» tendió el ilustre estadis-
decir que en el extranjero se vió
imamente emprendida por el se-
é interrumpida desdichadamente
el despertar brioso de un pueblo.
Figaro, *Le Temps*, *Le Journal*, el
bats, cuantos periódicos mueven
Francia, han dedicado columnas
honor, distinguiéndose el estilo
dichos periódicos, serio, grave,
or decirlo así, del alegre y des-
on que generalmente visten su
os cronistas franceses.

o sin duda de este modo poner
le correspondía al retrato del se-

nte en *Le Journal*, tanto el re-

vistero
el escri
gran co
segunde

El ar
hasta p
está bie
vulgarie
mente c
otros. S
to en la
amigo c
visitó v
traza d
lles, es
aquel C
negra, i
en el cl
académ
político
maestra

Salvo
currido
decir q
que sien
ría á gr
ya estu
otras in
que nur
exporta
como h
conduci
el cínica
anarqui
vidades
narios v
gación,
que se l

Roche
nias, m
te, de
bulevar
guillotín
sin cons
to ilustu

¡Quiz
otros cc
del ases
Busca l
los aten

(1) Ta
ñola, de

POR

Aquí, con
arrancó la v
producido v
hombre que
país al ser
que fué bal
á los que l
tencia, no p
ses sintiere
más firme y
tección res
al fin de to
tuvo, si se e
señaladas q

Allá por e
las Provinc
á morir y d
te, hombre
vas. El pue
Juntas, sup
modificó to
trativo de A
puede exig
buen grado
vivido largo
tante, fué p
de aquel m
Silva, loóm
tra él, que
fiando la o
liberales y
dición habí

Además,
Restauració
zos clement
odio contra
migos, conti
que no los e
las clases o
tosa y sang
surrección d
quistas, pec
maran las n
vas aprove
para abrir l
para salvar
fueron vícti
toria que d
venido á es

Asimismo no faltó que viesen los anarquistas, y
espanto por las amenazas que envolvía para el
orden social. La policía francesa no estuvo tan
torpe como la española, pues días antes del
atentado conocía los manejos del anarquismo
y anunció los planes de éste. Después ha ex
pulsado á Tarrida y á otros anarquistas de ac
ción. Merece, pues, plácemes, y es de desear
que sus buenos propósitos tengan eco en la
policía española.

BRANTÔME.

*
* *

desdicha la suya en estos dos últimos años! Ser justo y aparecer arbitrario; ser clemente y pasar por airado. Cargar con todas las responsabilidades y aceptarlas como propias. Esta fué su verdadera grandeza. Nunca se lo agradecerán bastante las clases cuya influencia decisiva en el Estado vino él á consolidar con su talento, con sus desvelos, con su energía.

¿Quién hubiera dicho el año 76 que su muerte sería en esta provincia de Vizcaya tan sinceramente llorada? ¿Quién hubiera pensado que donde tuvo tantos adversarios llegaría á contar tantos admiradores? ¿Quién podía sospechar en aquella época que al ocurrir su muerte llenarían los periódicos de Bilbao sus columnas con los telegramas y las comunicaciones de pésame que enviaban los Ayuntamientos de Guernica, de Orduña, de Ondárroa, Marquina, Bermeo, Durango, Lequeitio y tantos otros?

Sería inútil negar la verdad. A pretexto de defender el orden, el carlismo lo destruyó aquí todo; paralizó la industria y el comercio; suspendió en absoluto la producción; el fragor de las máquinas fué sustituido por el de los combates; en lugar del estridente rugir de las sirenas de los buques anclados en la ría, oíase el estampido de los cañones que bombardeaban á Bilbao; en vez de los remolcadores que cruzan la barra para que la pasen sin riesgo los barcos cargados de mineral, las cadenas que cerraban la ría.

¿Qué contraste el que ahora ofrece la invicta villa con el que presentaba en aquellos tristes días!

Quien quiera que compare, y no hay más remedio que comparar, la obra de la violencia enfrente de la obra de la pacificación, no podrá menos de recordar cuánto puso el Sr. Cánovas en la consolidación de esta última.

Vizcaya no lo olvida. Por eso apoya á quien le garantiza la paz, á quien le asegure el trabajo de todos los días.

Bilbao, Agosto 97.

*
* *

Dos semblanzas de Cánovas

POR D. ISIDORO BUGALLAL Y ARAUJO

Bajo el epígrafe que antecede, publicó el mencionado Sr. Bugallal las semblanzas de

que trata en un folleto que tenemos á la vista, insertando la una, su fecha 1890, en *La Correspondencia Gallega*, de Pontevedra, y la otra, en 1897, en *El Faro*, de Vigo.

«Quisiera tener—dice en los breves párrafos que sirven de introducción al folleto—la pluma de Cervantes, la inspiración del Dante, el espíritu observador de lord Macaulay, para que mi trabajo fuese digno del eminente hombre de Estado español; mas habré de contentarme con mi pobrísimo estilo y mis pobrísimos conceptos, ya que no da otra cosa de sí esta pobre inteligencia mía, ni sé expresar de mejor manera el entusiasmo inmenso y la admiración sin límites que siempre he sentido hacia el hombre á quien debe España la más larga era de paz interior y respetabilidad exterior disfrutadas en este siglo próximo á expirar.»

La *Semblanza de 1890* dice así en sus párrafos principales:

«La personalidad del eminente hombre de Estado es tan grande y se halla rodeada de tantos y tan extensos y esplendorosos horizontes, que al tratar de hacer su semblanza ó de diseñar, aunque sea brevemente, la figura del jefe del actual Gobierno (éralo Cánovas á la sazón), la pluma tiembla, las ideas se oscurecen, los perfiles se confunden y todo parece mostrarse rebelde á trazar unas líneas que reflejen los entusiasmos y la admiración que en nosotros despierta el eximio político, el enérgico y elocuentísimo orador, el profundo sabio con cuyo esclarecido nombre honramos hoy estas columnas.

Después de que tantos biógrafos se han encargado de contarnos la vida pública del señor Cánovas, desde que nació en Málaga hasta que dió á España las más inmarcesibles glorias de este siglo, todo cuanto yo pueda decir del grande hombre resultará sin color y casi sin vida; pero una fuerza interior que no sé explicar, aquella fuerza que lleva á los corazones nobles hacia lo grandioso y extraordinario, me conduce casi insensiblemente á decir algo en un periódico, algo que se haga público, acerca del hombre á quien debe España la paz y libertad que disfruta actualmente, y que el estadista singular ha hecho surgir de entre el caos revolucionario y anárquico

te. Ved cómo rebate y tritura las teorías democrático-republicanas de sus adversarios.....»

«Cánovas fué siempre dueño de todo el Diccionario y de toda la Gramática; hacía del lenguaje su más sumiso esclavo; no decía nunca más que aquello que convenía decir. Se crecía en la tribuna donde hablaba, por momentos, con elocuencia arrebatadora ó con elocuencia severa y convincente, y siempre como un sabio. La tribuna de Cánovas era algo más que la tribuna de un orador sublime: era la cátedra augusta de un doctor en la ciencia de gobernar los pueblos..»

«Y vino D. Alfonso XII, y con D. Alfonso vino Cánovas «á continuar la Historia de España». Y Cánovas empezó respetando las instituciones democráticas implantadas, como el Sufragio universal, la libertad de cultos (1), la libertad de imprenta, el Jurado. Poco á poco, procediendo con tacto, obrando con gran talento, inspirándose siempre en su amor á la Patria, fué sustituyendo conquistas por conquistas y libertades por libertades. Dió á España una Constitución liberal, pero no genuinamente democrática; restableció el matrimonio canónico, compatible con el civil; restringió el Sufragio cuanto se debía restringir; permitió la propaganda de toda doctrina legal; pagó sus atrasos al Clero; restableció la normalidad religiosa; acabó la guerra civil de la Península y la guerra civil de Cuba; hizo la paz material y moral de la Nación; consiguió para la Monarquía dos grandes y robustos partidos que turnasen pacíficamente en el poder; terminó la era de los pronunciamientos y de los golpes de Estado; redujo á sus justos límites el militarismo; alcanzó el respeto á España de todas las potencias, é hizo incommovible el Trono, afianzándole sobre la firme base que hoy ostenta.

Alguien ha regateado á Cánovas la gloria de ser el Restaurador de la Monarquía. Ciertamente, no se sabe á punto fijo si quien primero dió el grito alfonsino fué Martínez Campos ó el entonces brigadier Dabán. Lo que sí se sabe con más evidencia es que el grito de un General del Ejército, vibrando en

un rincón, ble y u hombre en su co fuerte el país, gigante

La r años; vió más le siguió escaso; pe de justo.

Dad cidos u tádselo no hub

Merced restaur

«Y b surreco tomado Cánova su vida fior Cán hombre y envió y los en rrectos, do ente

«Mar sostiene gencia vas, única na otra nes exo más di tiempo, sente.

Trata adelant mo, rec «Podré

(1) Esta la modificó limitándola á la tolerancia religiosa, después de consignar que la religión del Estado era la católica apostólica romana.

(1) Es dida ó de

en-

,— POR
ido As
uí- publi
ido de la
pa- Genta
al Ener
so- vas á
al ducc
es: ca; c
ros sería
sa- dos l
lia, llama
sal- resta
que inici
que Cam
ás- escri

cara se retiró sin la menor protesta.»

Ocupase luego de la dimisión del poder hecha por Cánovas cuando murió el Rey D. Alfonso; de la negativa de la Reina Regente á admitírsela en momentos tan críticos; de la insistencia de aquél y del cambio político que se realizó, «evitando—dice—una verdadera revolución, á cuya crisis se llamó por algunos la crisis del *miedo*, cuando fué la crisis del patriotismo.»

.....

«Cánovas ha muerto—dice el Sr. Bugallal, después de estudiarlo y encomiarlo bajo otros aspectos,—y el mundo entero se postra de rodillas ante su cadáver. Jamás muerto alguno alcanzó tantos honores ni tan universales muestras de duelo.» (1)

.....

«Puede Gladstone retirarse á la vida privada sin que la Inglaterra se conmueva; puede Bismarck ser recluso en su casa de campo, sin que Alemania se estremezca; pero Cánovas no puede desaparecer sin que España sienta sacudidas de terremoto, y sin que los españoles todos le lloremos.»

.....

«No. No hay en la Historia de España ejemplo de hombre tan extraordinario. Todos los buenos le bendicen; todos los sabios le respetan.»

(1) Pruébalo este libro.

«A
Cánc
do fu
man
ta vi
ante
conf
sabe
servi
Gene
de q
llaba
To
Rein
augu
en m
terio
pete
polít
brill
que
aque
jove
quin
sin n
Al
Alfo
rría;
reind
nova
en la
ria d
la se

dose como insigne estadista, que figuró á la altura de los Cavour, Bismarck, Thiers, Gambetta y Gladstone.

La Nación agradecida, y por iniciativa del predilecto discípulo del gran Cánovas, ha erigido la estatua del mártir de Santa Agueda frente á la puerta del Senado, para que vele contra las asechanzas de los enemigos del sistema representativo. La Historia hará lo demás.

A la par del privilegiado cerebro de Cánovas brotó en la revolución de 1854 otro no menos prodigioso y grande; separados y poseídos del más ardiente patriotismo, perseguían, por distinto camino, el mismo objetivo: el engrandecimiento y la prosperidad de la Patria. Y ¡fenómeno singular! las grandes iniciativas de aquellos dos colosos no solían fracasar por la mutua y cruda guerra que, noble y patrióticamente, se hacían en defensa de sus respectivos ideales; venían á tierra por la envidia y emulación de sus más torpes correligionarios.

El gran Castelar dijo á la muerte de Cánovas que éste era irremplazable, y si el gran Cánovas le hubiera sobrevivido, no es aventurado suponer que hubiera dicho á la muerte de aquél que los republicanos habían perdido su fiador.

Casi á la par también bajaron á la tumba ayer Cánovas y Castelar; si resucitaran hoy, rojos de vergüenza, volveríanse á sus sepulturas.

* * *

El segundo artículo de Rivera del Pino se publicó en el número de *Gente Vieja* correspondiente al 30 de Abril próximo pasado, y de él tomamos lo siguiente:

Muertos ilustres. —Cánovas del Castillo.

« Los signos característicos de la altiva y noble patria de los Pelayo, Guzmanes y Méndez Núñez, van borrándose de la memoria de los descendientes de aquellos ilustres varones, á medida que desaparecen de entre nosotros los hombres viriles y ansiosos de gloria que apréstanse á sacrificar sus vidas por conservar las nobilísimas tradiciones de esta sufrida y mermada España, postrada y sin fe, desde que por arte de sortilegio cayó en manos de la codicia y el empirismo político, que la envilece y mata á palos de ciego.

Al extremo Norte de la mosa calle de Serrano, fir renombrada *Huerta*, suéle seantes contemplar con amargura y desencanto el pecto que ofrece el verj lejanos era el más concu tro de Madrid y morada Derecho y la razón de I asiento; la unidad de la garantía, y el obscuranti debido freno.

Con el modesto nombre sado, conócese la espléndi de D. Antonio Cánovas c muchas reputaciones y de la *Huerta* continúa produ res y plantas exóticas, s de ver la ausencia definit que en ellá cultivaba las rica y selecta biblioteca, ficante atmósfera madura tos de su poderosa intelig justa sazón al pueblo am jaba sin cesar.

En la *Huerta* sentían l ardor y entusiasmo para abnegación de soldados, ma herencia que en el m Colón nos dejó, entre oti y muy generosa Isabel I. nuestro vasto imperio cc dejado arrebatat, embou nuestra gloriosa Historia poderes públicos que tes ponsabilidades, del mod desastres de Lisa y Sedá losos de la honra de su pi bre España si está cond nuevo componendas per des que en su inmodera garan, á fuerza de escar sentir...

Las artes liberales des extensos horizontes y ri prender sus bellísimas c critores y poetas hallaba des para perseverar en ras; de tal manera prot y las artes, que si era pr á fin de que la sabia juv dir su saber, universal para la adquisición de u

DE MÉRCEOLO A SUS O

za de que tales
era, la ley no se
al coloso de la
s que pudieran
ancia, sin temor
estrellarse en el
blindaje de su limpia reputación y sin mani-
festar cansancio. Sus horas de ocio pasábalas
en las Reales Academias Española y de la His-
toria, presidiendo sus sesiones las noches que
las celebraban.»

Después de los sentidos párrafos transcri-
tos, habla Rivera del Pino de la parte que á
Cánovas cupo en la restauración del suntuoso
templo de San Francisco el Grande y en las
obras de mejora que se emprendieron más tar-
de en el mismo, siendo ya Presidente del Con-
sejo de Ministros, bajo la dirección de algu-
nos de nuestros laureados artistas; recuerda
también haber evitado el mismo la total ruina
de la monumental iglesia fundada por los Re-
yes Católicos en la imperial Toledo, bautizada
por eso con el nombre de San Juan de los Re-
yes, y haber visto casi reedificado su gótico
claustro; débese á Cánovas asimismo la trans-
formación del histórico Casón del Retiro, con-
vertido por su voluntad en museo helénico, ca-
biéndole el honor de haber firmado, con la Rei-
na doña Isabel II, el acta de inauguración de
las obras del edificio destinado á Biblioteca y
Museos, donde recibió más tarde, cuando el
centenario de Calderón, á nuestros hermanos
los representantes de las Repúblicas hispano-
americanas. Cánovas, en fin, según el Sr. Ri-
vera, dió casa propia al Ateneo y á la Real
Academia Española, y Alcalá y Simancas le
deben la restauración y ampliación de sus Ar-
chivos.

• • •

Por último, en el número de *Gente Vieja* co-
rrespondiente al 10 de Junio próximo pasado,
ha publicado el propio Sr. Rivera otro artícu-
lo, del que vamos á dar breve idea:

Recuerdos de una «garden party».

Después de recordar los que celebraban y
celebran el 13 de Junio la festividad de San
Antonio, y entre los que figuraba Cánovas
del Castillo, dice que el de 1897 fué el último
día de gala en la *Huerta*, siendo el único en

que cer-
lítica, p
y partic

«La e
—aquel
lento c
circunaj
día de
con el
tidos le
allí reu.
mensa

su semi
ma reco
la? De
adhesió
las fav
nas iba

.
.

«En
dadas e
Cánova
cia con

Estos
Huerta
tado, p
íbese á
tar fue
podía i
esperar
desbar
guenza
quiera
Francis
de Pav
.
.

POI

En c
en Nue
cía lo q

«Mi
una ma
era una
tonio C
¿Qué

mismo los que están cerca del que fué teatro del horrendo crimen, como los que estamos lejos, muy lejos de la Patria amada—sintamos hoy con más vehemencia el dolor que á todos nos produjo la espantosa muerte del que rayó víctima de la defensa social?

Debemos, pues, señalar el *primer mes* con algún acto que sea preparación del extraordinario tributo que, cuando llegue el *primer aniversario* de tan llorada muerte, rinda España entera á la memoria del gran estadista.

La *Epoca* y otros periódicos se han hecho eco, entre los varios proyectos para conmemorar los servicios de tan insigne español, del que se refiere á dar el nombre de *Cánovas* á uno de los primeros buques de guerra que se construyan para nuestra armada.

Deuda justa, y que pagará especialmente con gusto la Marina, por lo mucho que hizo por ella el difunto Presidente del Gobierno de S. M.

Aunque no tengo la honra de ostentar el botón de ancla, pocos paisanos quizá podrán afirmar como yo el profundo interés y la atención prolija que en medio de sus abrumadoras atenciones prestó siempre el Sr. Cánovas del Castillo á toda idea que de cerca ó de lejos pudiera redundar en beneficio del aumento de nuestra Marina.

No he de cansar relatando mi entrevista con el ilustre hombre de Estado en Marzo de 1884, para darle á conocer mi proyecto de Lotería Naval, cumpliendo las augustas indicaciones de S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. e. p. d.).

El Sr. Cánovas hizo que le explicara detenidamente mi pensamiento, y lo acogió con suma benevolencia, ofreciendo ocuparse de él, como lo hizo, al escribirme sobre dicho asunto á Nueva Orleans, para donde salí al día siguiente de la entrevista.

Si por circunstancias que no son del caso no se llevó á la práctica mi proyecto, que gracias al cual, de haberse realizado, tendríamos ya la escuadra á que aspiramos; hoy, que se cumple el mes del crimen de Santa Agueda, creo oportuno proponer de nuevo que se acepte mi pensamiento, y que por *una sola vez* se autorice, en cuanto se reúnan las Cortes, la celebración de un sorteo *único* que podría verificarse el 8 de Agosto de 1898, y que con el producto líquido del mismo, 2.000.000 de pesos (pues 1.000.000 se repartiría en premios), se

construya un crucero que perpetúe el nombre de Cánovas.

La *Epoca* publicó ya, el año anterior, mi antiguo proyecto de Lotería Naval, que presenté en 1884, y que después he reproducido, como uno de los medios de aumentar los cuantiosos fondos que se necesitan para conseguir que España llegue á tener una poderosa escuadra.

.....

En la Península y provincias de Ultramar está por demás asegurar que se arrebatarían las acciones de la Lotería Naval con entusiasmo, pues al mismo tiempo que se elevaba un monumento flotante al «martir de la defensa social», se aumentaba nuestra Marina con un poderoso buque más, sin tocar á los fondos que para ello tiene destinados la Junta patriótica. También así el presupuesto del Estado se ahorraría un nuevo crédito.

Puede asegurarse que mayoría y minorías votarían unánimes la ley necesaria, y este sería uno de los actos más hermosos que las Cámaras españolas ofrecerían como holocausto á aquel que fué honra y gloria de nuestra tribuna.

* * *

Notas de un médico.

Así se titula la triste relación del embalsamamiento del cadáver del Sr. Cánovas, hecha por el distinguido facultativo Sr. Llorente, que publicó el *Heraldo*, de donde la tomamos, para terminar esta sección, en los días inmediatos á la muerte de aquél:

CÁNOVAS VIVO Y CÁNOVAS MUERTO.—RECONOCIMIENTO DE LAS HERIDAS.—EMBALSAMANDO EL CADÁVER.—LUCHA INÚTIL CON LA VIUDA.—REFLEXIONES TRISTES.

«La circunstancia de encontrarme accidentalmente en San Sebastián en unión de mi familia, á la que unían al Sr. Cánovas del Castillo estrechos vínculos de amistad, me hizo conocer en las primeras horas de la tarde del 8 la triste nueva del atentado contra el Sr. Cánovas. Deseoso de prestar mi modesto auxilio profesional, uníme á la expedición de Saint Aubin y Melgares, redactores del *Heraldo de Madrid*, tomando el tren de las cuatro para descender en Zumárraga y en coche trasla-

ción
nie
te c
sace
á v
sus
on'i
ura
ma
de
uda
esa
nba
los
nari
rim
o e
paf
ces
las
aral
len
arla
ver
ade
e ha
s ru
de
lesi
lido
ent

. .
. .

rec
nsti

legiado; se le ha visto tomarse la nata de doce cuartillos de leche de una vez, y por la noche dejaba á la cabecera de la cama carne fría de ave. Cuando sentía debilidad, tomaba un poco de carne fría y una copa de Jerez. Para sustituir el azúcar en el café usaba la sacarina, y recuerdo haberle oído al Sr. Castellano cómo fijó su atención en el arreglo del nuevo Arancel cuando llegó al impuesto sobre esta substancia, añadiendo que, como producto industrial, había que prohibirlo; pero que en manera alguna como medio terapéutico, porque tenía gran aplicación para sustituir el azúcar en ciertos padecimientos, mas sin añadir nada que pudiera traslucir el uso que de ella hacía.

Sobre estos asuntos versaba nuestra con-

ducidas
recho d
que ten
terior de
Fué é
en el ac
necesida
como ac
retroced
cabeza l
región r
sor, que
primero
atravess
la frente
lar, junt
tal impo

rragia interna, que le dejó exangüe al momento.

Todas las heridas eran mortales de necesidad en el acto, y puede asegurarse que no le permitieron darse cuenta de la terrible situación.

Descubierto el cadáver, que, exangüe, presentaba un aspecto marmóreo, se procedió al taponamiento de las heridas y de la boca y faringe, á través de la que salía aún sangre. A juzgar por los orificios de entrada y salida, diríase que las heridas, siendo mortales por los órganos lesionados, no habrían ocasionado grandes destrozos; pero el reconocimiento de las mismas puso de manifiesto enormes destrozos producidos por la trayectoria del proyectil. Le suturamos cuidadosamente los orificios de entrada y salida, y procedimos los señores Marqués del Busto, Celaya y yo á descubrir la arteria femoral, mientras se preparaba el aparato inyector con el líquido anti-séptico. Abierta aquélla, procedí á la introducción de la cánula, y empezó luego el acto de transfusión del líquido, que pronto, y sin gran resistencia, penetró en cantidad de cinco litros.

Se ligó el vaso arterial, procedí á la sutura de la piel y se bañó su cuerpo con alcohol, procediendo luego al vendaje de todo su cuerpo, desde las extremidades inferiores hasta el cuello, con vendas empapadas en una solución de acetato de plomo.

La infortunada viuda no se apartó un ins-

tante de nosotros, para sofocar las ex-
plandecían en su

.....
.....

El Presidente de-
netró en la estancia
entre escenas de
calvario, producido
sentíamos en prese-
bre tan ilustre, mu-
nal, y de aquélla e-
su pena y su amo-
comprensible en ha-

Nunca olvidaré e-
busta y vigorosa
giada en que todo
tía vida para vario-
á España de una
que habían de ser
mucho tiempo, en
Patria.

En eso, cumplid-
les, pensaba yo co-
Santa Agueda, de-
najes de mi respet-
ilustre estadista y
bio maestro, el Ma-
nos compañeros, e-
vidar al celoso di-
que tuvo conmigo
de compañerismo

Diré más, señor Presidente: fui advertido por V. E. de la presentación de esa proposición, que antes de oír á V. E. había tomado *in mente* á mi cargo de presentar, en términos casi idénticos, convencido de que procediendo así cumplía el doble deber que para mí resulta de ser á un tiempo miembro de esta Cámara y representante de Portugal en España.

No lamento, sin embargo, el hecho de haber sido avisado por V. E., señor Presidente. El proceder esta moción de la Presidencia de la Cámara, le imprime un carácter de autoridad, le da tal alcance é importancia, que no podría conseguirse formulada por mi humilde voz.

No se ha interrumpido, señor Presidente; no ha cesado todavía la larga serie nefasta de calamidades y desdichas con que la Providencia se complace en poner á prueba todas las energías, siempre vivas y á cada paso crecientes, de la noble Nación española.

El espantoso, el infausto acontecimiento de que V. E. acaba de darnos noticia; el infame y execrable atentado de que ha sido víctima el Sr. Cánovas del Castillo, es por ahora, y ojalá lo sea por mucho tiempo, el último eslabón (y también uno de los más pesados) de una larga cadena de notorias y tan innecesarias como enormes desgracias que han herido á aquella gran Nación, para nosotros, más que amiga, hermana.

Señor Presidente: no ha sido solamente como particular, ni tan sólo en nombre de la amistad personal contraída (y me vanaglorio en decirlo), conquistada en el trato constante que desde hace cuatro años he tenido la honra y la satisfacción de mantener con el Sr. Cánovas del Castillo; no ha sido tampoco solamente como portugués amante y respetador de la Nación vecina y hermana, sino también como Par del Reino y hombre público, por lo que yo formulé en mi mente la moción que tan oportunamente ha presentado V. E.; para ello me sobaban impulsos y razones.

Es que el Sr. Cánovas del Castillo no sólo era el parlamentario eminente que tantos de nosotros tuvimos el gusto de oír; no era solamente un primoroso y notabilísimo hombre de letras, cuyas obras todos tuvimos ocasión de leer; no era el filósofo é historiador profundo y hombre de Estado de primera talla,

cuya dupla calidad le permitió decir un día en pleno Parlamento español, sin inmodestia ni posible réplica, después de haber realizado la Restauración monárquica, que se hallaba allí, al frente del Gobierno, para continuar la Historia de España (*Aplausos*), interrumpida ó en suspenso durante el período revolucionario. (*Muchas muestras de aprobación.*)

El noble finado, la desgraciada víctima del más feroz y detestable de los fanatismos, era para mí—para nosotros los portugueses—(y puedo afirmarlo con más autoridad que muchos) un amigo de Portugal, como lo demostró en muchas ocasiones; un constante mantenedor sincero y convencido de todas nuestras aspiraciones y sentimientos de independencia.

Además, señor Presidente, Cánovas del Castillo, el eminente y malogrado hombre de Estado cuya alta memoria estoy conmemorando, era, sobre todo esto, uno de aquellos dos brazos fuertes, uno de aquellos dos *meneurs d'hommes* que, como designados, elegidos por el destino, en la Nación amiga y vecina se afirman y apoyan Instituciones similares de aquellas que nosotros queremos aquí, respetamos y amamos, y que estaríamos todos prontos á defender si fuera necesario á costa de nuestras haciendas, de nuestras vidas y de nuestra sangre. (*Aplausos unánimes.*)

Añadamos, señor Presidente, que ningún suceso político importante que ocurra en España nos debe ser indiferente.

En el profundo luto que envuelve en fúnebres crespones el corazón de toda España, apenas un consuelo puede atenuar el inmenso dolor que abrumba en este momento el alma de todo español patriota: que el vilísimo, nefando, cobarde y execrable atentado, no ha sido cometido por la mano de un español, sino de un extranjero.

España entera puede ensoberbecerse y estar orgullosa al afirmar que ningún español, cualquiera que fuese su procedencia y su pensamiento político, era capaz de atentar contra su propia Patria, destruyendo la vida del hombre más eminente de los modernos tiempos. (*Repetidos aplausos.*)

Algunas palabras más y termino: V. E., señor Presidente, seguramente permitirá y no lo llevará á mal, que yo, completando su pensamiento, haga á su proposición una pequeña ampliación que naturalmente resulta de ella

le sentimiento que la á pronunciar, sea co-
tobierno español, sino
finado. (*Aplausos.*)

lo: Señor Presidente:
estas palabras con que
a proposición, y de las
se han pronunciado el
cios Extranjeros y el
e de Macedo, podría
se mi nombre. Cuan-
rofundamente conmo-
z lo que todos sienten
ciso repetir lo dicho;
o en este momento, de
hay medio de proferir
sticia y de verdad que
ro no permite, y que
no puede articular.
sas nos da el tiempo!
des perturban, hieren,
s ilusiones necesarias
en y de la confianza en

e de Cánovas del Cas-
tragedia que ha puesto
trabajo, de prestigio y

una gran lección, lec-
ción para los Parlamentos y para los Gobier-
nos, que de tan pequeñas cosas se preocupan
y no saben ver los peligros mayores que
amenazan terriblemente á las sociedades hu-
manas... Pero no sacrificaré á la política lo que
está más elevado que ella, los derechos del
corazón, en esta hora. Ya V. E. ha propuesto,
señor Presidente, que en el acta de la sesión
de hoy se consigne el íntimo y profundo senti-
miento de toda la Cámara por la muerte vio-
lenta del grande hombre de Estado que hasta
ha poco presidía el Ministerio español; pero
ruego que se añada también, de un modo pa-
tente y visible, la expresión de nuestro pro-
fundo horror por el nefando atentado que
arrebata á España una vida tan cara, tan díg-
na, tan honrada y tan preciosa para el servi-
cio de su Patria (*Muchos aplausos*), y privó á la
conciencia humana el placer de venerar y res-
petar vivo, como uno de los más grandes hom-
bres de nuestra raza, la más bella, la más fe-
cunda, la más amable entre todas las razas
del mundo. (*Aplausos generales*)

Señor Presidente: Cánovas del Castillo era
ahora, y desde hace mucho tiempo, uno de

los primeros nombres de la política europea
(*Aplausos*); y para que la justicia universal lo
aclamase considerándolo grande entre los
más distinguidos, no era preciso que la muerte,
postrándole, permitiera medir su grandeza en
todos sentidos. Después de Gladstone, que
hace cuarenta años era el mayor financiero
del mundo y el primer orador de la incompa-
rable tribuna inglesa; después de Bismarck,
que por la diplomacia y la guerra hizo la
asombrosa unidad alemana, seguía Cánovas
del Castillo, que realizó la admirable Restau-
ración española. (*Muchos aplausos.*)

Este insigne hombre de Estado, en cuyo pa-
sado se cuenta la Restauración española pla-
neada, llevada á efecto y consolidada después
en condiciones extremadamente difíciles, era
al mismo tiempo orador elocuentísimo, escri-
tor de primer orden, notable historiador, aca-
démico erudito y perfecto. (*Muchos aplausos.*)

No siempre es posible admirar por grandes
cualidades de espíritu á aquéllos que los in-
tereses de los partidos ó la predilección de
los jefes de los Estados ponen al frente de los
Gobiernos; pero en Cánovas del Castillo, el
talento de dirigir hombres era apenas uno de
sus talentos, la elocuencia parlamentaria era
apenas una de las fórmulas de su elocuencia,
y si nada quedase en memoria política de nues-
tro tiempo, ella se manifestaría con lucida glo-
ria en la bibliografía literaria, crítica é his-
tórica de su país. (*Aplausos.*)

Su carácter de hombre de Estado era del
más puro, rígido é inquebrantable temple. No
es fácil encontrar quien se le compare. Los
grandes jefes conservadores de Inglaterra, en
nada se parecen á los jefes conservadores de
nuestro Continente. Cuando Guizot gobernó
á Francia, el espíritu del tiempo era bien dis-
tinto del espíritu de hoy, y transportado á la
España de nuestros días el genio de rígido doc-
trinario, zozobraría aquí más pronto y más la-
mentablemente que en su Patria. En la lógica
coherente del sistema, y en la valiente firmeza
de la acción, el paralelo posible; pero Cána-
vas tenía además la habilidad compatible con
fuertes convicciones, y la facultad de transi-
gir, dentro de los límites posibles, con la díg-
nidad política y la dignidad personal.

Fué por el procedimiento de gobierno, más
que por las doctrinas políticas que profesaba,
por lo que Cánovas afirmó su tendencia con-
servadora. Dentro de las mismas leyes, y cum-

pliéndolas, pueden dividirse y extremarse escuelas diferentes y partidos contrarios; y por eso este hombre de Estado, para ser enérgico, para hacer respetar la autoridad y el poder público, para mantener el orden social, no necesitó nunca violar la Constitución de su país. Era el primero en acatarla y cumplirla, y podía por eso, mejor que ninguno, hacerla cumplir y respetar por todos. (*Aplausos.*)

De su patriotismo, Cánovas del Castillo deja ejemplo y lección á los suyos y á los extraños, en cada acto público que practicó, en cada discurso que pronunció, en cada libro que escribió; y lo que hizo cuando murió Alfonso XII, y en toda la brillante obra de su último Ministerio, en que tan enorme esfuerzo era preciso para defender la integridad de la Patria, y más que la integridad de la Patria el decoro y la dignidad de ella, ha de valer á su memoria fervorosos cultos, que el reconocimiento de los pueblos presta siempre á los que los aman y sirven lealmente. (*Aplausos.*)

Señor Presidente, la solidaridad humana es cada vez mayor. Siéntese, manifiéstase siempre que la ocasión se presenta. Es consolador poder afirmar que en esto,—y no sólo en esto,—la moral social ha progresado enormemente. Para que el sentimiento por las grandes desgracias se difunda y comunique universalmente, no son impedimento las fronteras de las naciones, la diversidad de creencias, la diferencia de razas y mucho menos las diferencias de escuelas y de partidos: en esta hora todo el mundo se unirá simpáticamente á la gran Nación española, sometida á una privación durísima.

Mas para asociarnos nosotros al gran luto de España, para unirnos á su gran dolor, para darnos á nosotros pésame sentidísimo, tenemos más razón y derecho que pueblo alguno de la tierra. España es, por afinidades de todo orden, la Nación que más amamos entre todas las naciones; y el hombre ilustre que ella ha perdido, merécenos, aparte de otros homenajes, una gratitud especial, porque en sus relaciones con nosotros fué siempre correcto y digno, como era propio de su genio—gentil, generoso y nobilísimo,—como pedía la hidalga tradición de su Patria. (*Muchos aplausos.*)

¡Dios conceda á España la resignación que necesita! (*Voces: Muy bien.*)

El Sr. Hintze Ribeiro: Señor Presidente: al

sentido homenaje prestado por V. E. á la memoria de ese gran estadista, se asoció el señor Ministro de Negocios Extranjeros, en nombre del Gobierno; asíciase el señor Conde de Macedo, nuestro representante en la corte de Madrid; asíciase con su palabra brillante, en nombre de la mayoría, el Sr. Antonio Cándido, y ahora, en nombre de la minoría, permítame V. E. que diga también algunas palabras.

Señor Presidente: Toda España, Nación nuestra hermana y amiga, está poseída en este momento, traspasada de un profundo sentimiento de dolor. Ha muerto Cánovas del Castillo, el gran estadista que, después de restaurar la actual Monarquía en España, supo con suprema inteligencia, con lucidísimo criterio, con ánimo nunca desfallecido, con una decisión que en todos momentos y en todas horas fué siempre superior á las dificultades, á los peligros, á las vicisitudes de la vida pública y particular, á defender siempre los derechos, el pundonor y la honra de aquella gran Nación. (*Aplausos.*)

Lo arrebató la muerte cuando, resuelto y firme, proseguía una campaña que era el asombro de todos nosotros. Le derribó la mano vil de un fanático, de ese fanatismo que es lo más peligroso de las sociedades modernas, y de que fué víctima Carnot en Francia, y de que por poco no lo fué también el Rey de Italia.

¡Qué vida y qué muerte!

La vida fué una epopeya de trabajo, de abnegación y de gloria. La muerte fué todo lo que hay de más sublime. Cánovas, en las ansias de la agonía, dejó que el sentimiento vivísimo de su amor á la Patria, exhalara desde el fondo de su alma, con la última gota de sangre de su corazón, un ¡Viva España!

Señor Presidente: hagamos conocer á España, á nuestra hermana y amiga, que nosotros, los portugueses, compartimos profundamente el dolor que la oprime; digámosle que la muerte de Cánovas produce en nosotros, en nuestros corazones, en nuestro ánimo, una sacudida muy profunda, una conmoción de pesar y de recuerdo cariñoso, pero al mismo tiempo una calurosa protesta, vibrante de indignación, contra los miserables factores de la anarquía social. (*Aplausos.*)

Haga V. E., señor Presidente, consignar en acta al mismo tiempo el homenaje de nuestro sentimiento por la pérdida del gran perso-

EL MERECCIO A SUS CONTEMPORANEOS

Castillo, y la n general con- la sido víctima el tñmulo.

Joimbra): Se- a más humilde no sirve para rovas.

a, que mereció ración de toda por su talento, „ por sus prin- autoridad y de rebrantable de rs, sólo pueden primera talla, e militan en la él militaba en

no fué sólo un o; fué también i rara vez, sólo hombres como n hablar aque- do también la umilde Obispo i y nada tiene

y protegía, y al Obispado de la Na- guesa, á quien tanto apreciaba.

No es sólo España la que debe muerte y tan gran desgracia. Del otros llorarla también, porque nues- gal, por la fuerza de su actividad doctrinas, por el afecto que nos te lo que más de una vez le oí, tenía garantía y una fuerte barrera conti- iberismos, y contra la propaganda ex- sula de ideas impías, anárquicas y d

Por tanto, señor Presidente, si e- dad de amigo personal y gratísimo c- astro que se apaga en Europa y en- pero cuya memoria no se borrará ja- corazón, me hace verter aquí lágrí- tenso dolor, mas me las hace vert- en mi cualidad de Obispo católico, la religión, ciudadano portugués y mi Patria. En este punto, paréceme- cir que me encuentro acompañado p- Episcopado y por todo el clero de i

El señor Arzobispo de Évora. (Apl

El orador.—Señor Presidente, i- estadista como Cánovas, con la co- siempre clara de sus deberes y co- ciencia y voluntad siempre firme pa- los, ha honrado y protegido tanto- la Iglesia y sus ministros con su au- su palabra y con su ejemplo, Obi- cerdotes deben cubrirle de aplaus- ciones en vida, y de sufragios, lágr- lor en la muerte.

Pero, señor Presidente, no nos sólo á lágrimas y dolores, porque d- mente ellas no pueden ya volver la- gran hombre que un traidor asesino- seguido derribarlo para siempre, l- luto, la consternación y el horror i- Estados y Cortes de Europa, y pri- te á la excelsa y preclara Reina Reg- angel bueno de España, que tanto pública gratitud por sus virtudes y- cio y acierto gubernamental, así co- la compasión de todos por sus conti- guras y tribulaciones.

Aprovechemos la lección que de- viene, para que no nos ocurra lo m- otros. Y visto que parece tramara- nieblas una conjura contra el ord- contra los grandes representantes- toridad pública, unámonos todos, Gobiernos, hombres públicos y p-

Pero, señor Presidente, la gratitud y el agra- dable recuerdo no son cualidades privativas únicamente de los grandes hombres; siénten- las de igual manera todos los corazones, y es tan grande el dolor y tan profundo el recuerdo que sintió el mío al recibir la noticia de tan nefando y horroroso atentado, que no puedo dejar de desahogarme en esta Cámara; ¡tanto me oprime y tanto me pide este desahogo, lo mucho que debo al glorioso muerto!

Señor Presidente: cuando fui á Madrid á tomar parte en una sesión de la Real Acade- mia de la Historia, destinada á honrar la me- moria de nuestro gran historiador Alejandro Herculano, no cesé de admirar á aquel gran- de é inolvidable estadista, uno de los primeros de Europa en este siglo, como acaba de afir- mar la palabra elocuentísima del Sr. Antonio Cándido, y jamás en toda mi vida podré olvi- dar las bondades y finezas con que me cautivó y confundió. Y sin embargo, señor Presiden- te, no hacía eso en mérito á mi persona humil- de, que nada vale ni nada merece: hacíalo ciertamente para, en mi calidad de Obispo ca- tólico, honrar la religión que tanto respetaba

sacerdotes y seglares, y combatamos con eficacia y sin flaquezas esas doctrinas antirreligiosas y antisociales que por ahí se propalan sin ninguna traba, y que ponen en peligro constante á los depositarios del poder público. Cuidemos de la educación religiosa del pueblo portugués, cuya necesidad tuve la honra de demostrar en esta Cámara no hace muchos días; desterremos de nuestras escuelas la enseñanza sin Dios y sin fe, y procuremos, á favor de una propaganda perseverante y eficaz de justicia, de moral y de caridad para todos, el remedio de esos crímenes hediondos y monstruosos que afrentan y desmienten la civilización, y que ultrajan y avergüenzan á la humanidad. (*Muchos aplausos.*)

El señor *Presidente*: Tiene la palabra el digno Par, Sr. Conde de Casal Ribeiro.

El Sr. Conde de *Casal Ribeiro*: Señor Presidente: después de las elocuentes palabras que acaban de ser proferidas en esta Cámara en homenaje al eminente hombre en la política, en la ciencia y en las letras, Cánovas del Castillo, no osaría tomar la palabra si no fuera en cumplimiento de una deuda sagrada.

Quiero decir, permítame la Cámara que relate el hecho, que en Madrid, después de recibir los más honrosos homenajes de sentimiento, en la ocasión en que tuve el profundo disgusto de perder á mi padre, cuando me retiré á mi cuarto, en el hotel en que me alojaba, tuve la honra de ser visitado por Cánovas, cuya muerte tiene enlutada hoy á la Nación española, y cuyo gran sentimiento enluta también á la Nación portuguesa, y le oí las siguientes palabras: «Perdí en su padre un amigo. Rúegole que de hoy en adelante sea heredero de su padre en la amistad que le tenía, y que ya se la declaro íntima y sincera.»

Señor Presidente: en nombre, pues, de esas nobles palabras que me fueron dichas teniendo Cánovas las lágrimas en los ojos; en nombre de esa honrosa herencia que me legó Cánovas, además de asociarme, como miembro de esta Cámara, á la proposición del señor Presidente y á todo cuanto se ha dicho en homenaje del gran personaje Cánovas del Castillo, deseo consignar aquí, de todo corazón, como amigo verdadero, mi mayor sentimiento y gratitud en memoria del leal y decidido amigo de mi padre, que tanto me honró.

El Señor *Presidente*: La Cámara quiere, de seguro, que, tanto esta proposición como la adición del digno Par, Sr. Conde de Macedo, sean aprobadas por aclamación. (*Grandes aplausos.*)

Voces: Por aclamación, por aclamación.

El señor *Presidente*: Queda aprobada por aclamación.

La próxima sesión no tendrá lugar hasta el 12 del corriente.

Se levanta la sesión.

II

Cámara de los Diputados (1)

En esta Cámara el Presidente dijo:

«No por cortesía, sino por deber y cariño, protestamos de la infamia que ha llevado el luto á la Nación española.

Cánovas fué un hombre providencial y uno de los primeros estadistas de Europa.»

El Ministro de Negocios Extranjeros, Mathias de Carvalho, manifestó que Portugal se asociaba al duelo de España por la pérdida de uno de los primeros estadistas del mundo.

El Sr. Laraujo dijo:

«Cánovas era grande en literatura, en política, en sociología, y su muerte es una herida profunda para el alma de España.»

El Sr. Joao Franco, en nombre de los regeneradores, se expresó en los siguientes términos:

«Gran orador, gran carácter, gran escritor, gran patriota, fué mayor que Bismarck, pues éste se ocupó solamente de política, y la huella de Cánovas queda impresa además en las ciencias y en la literatura española.

Su obra de la Restauración fué admirable; la realizada ahora para la pacificación de Cuba, asombrosa.»

Terminó diciendo:

«Señores Diputados: Al levantar la sesión en señal de duelo, sea nuestro grito el de ¡viva España!»

Todos los Diputados contestaron con vítores.

(1) No hemos podido obtener el *Diario de Sesiones* como de la Cámara de los Pares.

«La repentina desaparición del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, inmolado por la mano feroz de un sectario fanático, deja un inmenso vacío difícil de llenar en el escenario político de su Patria, y ha enlutado con razón á los españoles de todo el mundo, repercutiendo dolorosamente la inmensa desgracia en el corazón de los argentinos, que admiraban al eminente pensador, orgullo y gloria de España.

Graves reflexiones suscita en el espíritu este crimen nefando, provocado por el violento estallido de pasiones desenfrenadas en hombres sin Dios ni Patria y que hieren sin piedad á las naciones en su misma cabeza, aniquilando sus personajes de más valer, que son la alta expresión del talento, de la ciencia, de la virtud cívica.

Ante la irreparable desgracia que aflige á la madre Patria, hago votos por que sus hombres dirigentes, unidos todos en un propósito común, busquen y encuentren algún medio eficaz que evite estos crímenes horrendos, que son una vergüenza para la Europa civilizada y significan un verdadero retroceso en la época que hemos alcanzado de progreso y de cultura en todos sentidos.

¿Cuál sería él? No veo otro, á mi juicio, que inculcar en la juventud y en el pueblo sanas doctrinas, amor al trabajo y, sobre todo, sólidas creencias religiosas, que fortalezcan en ellas la abnegación, la autoridad y el sacrificio, dándoles así mayor fuerza para sostener con éxito la lucha por la vida.

Conseguir suprimir de ese modo los desperados y desheredados de la vida, es suprimir los anarquistas.»

JUAN AYALA.

(Teniente general.)

* *

Cánovas del Castillo.

«Este ciudadano austero, que por más de medio siglo ha batallado sin cesar por la civilización y estabilidad de su Patria, ha caído inopinadamente bajo el plomo mortífero de una mano criminal.

La Argentina toda, hasta en su más humilde rincón, ha recibido con sorpresa y dolor tan infausto acontecimiento, que ha enlutado á la nacionalidad española.

Como argentino é hijo de este suelo, me inclino reverente ante el nombre venerado del malogrado Cánovas del Castillo y me asocio de corazón á la protesta universal que se hace hoy contra el anarquismo, que desquicia el orden moral, enluta los hogares y hace desaparecer de una manera brutal á los personajes políticos más ilustres, que, como Cánovas, han puesto toda su intelectualidad y civismo para enaltecer el nombre de su Patria.

El concepto que se tenía de Cánovas en esta República era de un Bismarck en política y de un Cicerón por su gran talento.

Cánovas del Castillo es verdaderamente una gloria nacional de España, que no sólo merece coronas y siemprevivas, sino que su nombre debe ser tallado en el mármol y en el bronce para enseñanza de las generaciones del porvenir.»

ADEODATO Y BERRONDO.

(Gobernador de San Luis.)

* *

«¡Loado sea Dios, cuya Providencia amorosa convierte en bendiciones los inmensos males que afligen á los que la reconocen y adoran!

España, siempre grande, siempre noble, siempre heroica, nos ofrece una nueva elocuente prueba de esta verdad en los aciagos días por que atraviesa, en el funesto suceso que la tiene hoy sumida en el dolor.

La inesperada y trágica desaparición de uno de sus más ilustres hijos, que con su privilegiada inteligencia, enérgica constancia y patriotismo acendrado, la sostenían en la ruda prueba á que se halla sometida, provoca un sentimiento unánime de profunda simpatía hacia sus nobles hijos, arranca un grito universal de dolor y protesta contra el salvaje atentado.....»

JUAN AGUSTÍN BONEO.

(Obispo titular de Arsinoe.)

* *

«Con el asesinato de Cánovas del Castillo pierde España el primer estadista de su época, la raza latina uno de sus cerebros mejor organizados, y el mundo civilizado todo lamenta la nueva é ilustre víctima sacrificada por la falta de energía de los Gobiernos, que hasta hoy no han sabido unirse para extirpar de raíz el cáncer social de la anarquía.»

E. CANTÓN.

(Vicepresidente de la Cámara de Diputados.)

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

ha sufrido y la dura prueba á que estaba.

del Castillo, el gran patricio, el estimado, el que era honra y prez de patria, su decidido defensor y acérrimo propagador extremo de la justicia y representante legal de su soberana, el grande entre los granecidos fama universal en las ciencias letras, en el Gobierno y en la vida dejado de existir inesperadamente por el mortífero plomo que azarara alevosamente la mano criminal anónimo.

ima ilustre más que lamentar, ineluctable el fanatismo aterrador de la

en Francia el Presidente de la República; hoy Cánovas del Castillo, miembro del Gabinete del Gobierno cae en España...; mañana sabe y quiénes serán los que les sirvan el monstruo del anarquismo la autoridad será acechada y amenazada de muerte sus legítimos derechos.

el nefando crimen que acaba de horrorizar al mundo sirva á las naciones escarmiento! ¡Ojalá se aperciban de la necesidad palpitante que hay de uniformar sus leyes y consagrar las enseñanzas saludables del Derecho! ¡Ojalá no olviden nunca aquel no del Divino Maestro: «Dad á Dios, y al César lo que es de Dios, y no se persuadan de que es absurdo negar respeto y acatamiento á la humana, sea cualquiera la forma que se presente, si no se inculcan ante en los hombres, en la masa todo ser consciente, inteligente y sentimientos de amor, respeto, acatamiento á la suprema autoridad

en presencia de esa tumba reabierta por un fanático sectario, á los pueblos todos de la tierra para afligir y consolarla en su amargura, ir por todas partes el eco unísono

de su protesta en nombre de la ley y de la justicia, de la religión y de la civilización cristianas.

Yo, por mi parte, me siento impulsado á no callar, á no permanecer indiferente y mudo ante la desgracia inmensa que hoy lamentan mancomunadas la madre Patria y sus amantes hijas con la irreparable pérdida de una de sus más puras y brillantes glorias, con la desaparición violenta y trágica muerte de una de sus personalidades más salientes, el Excmo. Señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Si yo hubiera tenido la misión de escribir el epitafio para su tumba, lo habría tomado, sin vacilación alguna, del mausoleo que encierra los despojos mortales del célebre conde Rossi, en Roma, primer Ministro del inmortal Pío IX, sacrificado en su defensa, para esculpirlo á su vez en el sepulcro del no menos grande y célebre Cánovas del Castillo, igualmente sacrificado en defensa de otra causa noble y santa:

*Optimam causam mihi tuendam
Deus assumpsit miserebitus mei.*

MONSEÑOR MILCIADES ECHAGÜE.

(Protonotario Apostólico «ad hinstar», Vicario general castrense.)

«España, patria de los grandes santos y de los grandes héroes, no debe desesperar por la muerte del eminente Cánovas del Castillo. Dios le dará otro.»

MARIANO ANTONIO ESPINOSA.

(Obispo titular de Siberiópolis y Aurolia, de Buenos Aires.)

«La muerte de Cánovas del Castillo, nueva vida arrebatada por un fanatismo que, con sus extravíos, cunde peligrosamente en nuestros días, es, sin duda, una fatal desgracia que con razón ha conmovido al mundo entero.»

«Literato, historiador, gran político y estadista, Cánovas del Castillo, con su preclaro talento, supo granjearse el respeto y la admi-

es lo que hará vivir á Cánovas del Castillo en la posteridad, dentro y fuera de su Patria.»

BARTOLOMÉ MITRE.

«Yo, que llevo en mis venas sangre andaluza y sangre vizcaína, comparto el amor á mi Patria con el amor á España.»

«Lloro, pues, con ella, como lloran sus nobles hijos, el horrible sacrificio del Sr. Cánovas del Castillo, á quien, como ellos, consideraba el primer hombre de Estado de los tiempos modernos.»

ALEJO DE NEVARES.

(Presidente del Consejo general de los Círculos de Obreros Católicos.)

«Cánovas del Castillo, como estadista, fué la más vigorosa encarnación, en todo el siglo, del espíritu español, en lo que tiene de más fuerte, sólido y sensato. Su rigidez de criterio y de carácter era consecuencia ineludible de sus convicciones profundas y de su soberano don de imperio. Nació para gobernar.»

«Los prestigios literarios podrían compararse á esas flores y enredaderas gentilmente entrelazadas en las verjas de los jardines.»

CALIXTO OYUELA.

«Las letras, las ciencias, el orden social, vis-ten luto; el galano literato, el pensador profundo, el político inquebrantable, ha caído, víctima de bala anárquica.»

«A la manera que el cedro gigantesco, al desplomarse herido por el hacha ó tronchado por el huracán, conmueve el bosque donde alza su copa, resonando el eco de su caída en los valles vecinos, el jefe del Ministerio español, D. Antonio Cánovas del Castillo, cayendo herido por mano criminal, ha conmovido el mundo de las letras, de las ciencias y de la política, donde descollaba, levantando muy alta su frente.»

«¡España, noble y tos de América mezo grimas, como se rego triunfos, y en estos n ternación te abrazan tra el anarquismo y instituciones cristian

DOCTOR PABLO

(Obis]

«No sé si Cánovas quiero que me lo dig brutalmente mecánic que á una edad en q cede á todo empuje, rea de salvar el deco quiera que el resultac al frente de la estat rato más heroico de mucho más heroico « Maceo y Gómez,—la «D. Antonio», cuyo región de la inmortal

Rosario de Santa Fe,

«El asesinato de del más preclaro de «Canciller de hierro y cuya inflexibilidad una serenidad admir terio de alto vuelo, á una destreza marav los medios.»

«Conservo de su t sión de la Huerta los bles, y cualquiera qu un extranjero puede de Cánovas, nadie p la más alta encarna que enaltece á su P marck, con Gladston lación brillante de es postrimerías de este

San Rodolfo, Septies

EMPOBA1

ntuvieron
y anterior
terra y d
Italia, y o
ones de E
perpetuo
pectivos C
iones que
.....
.....

inencia m
ánea. ¡Ha
zas pensa
al gobiern
miento de
vientes d
ibiendo el
un pistole
ronuncian
.....
.....

H

un hombr
espacio d
urores pol
y muere
e se asoci
le tan em
egarse en
.....
.....

Dr. J
'Vicario de

s del Cast
del siglo x
k, de Gals
os, Cánova
la produce
ideales pa
stitución i
entraña la
rmanismo,
'advenim
oge á la Fi

derrota y la presenta al mundo libre y respetada. La expansión colonial de la Gran Bretaña, fundada en la libertad civil y en la honradez administrativa, es la gloria serena y perdurable de Gladstone. La integridad de la soberanía nacional fué la bandera y el sudario de Cánovas del Castillo.

Su sangre ha robustecido á España, y mientras ella llora á su insigne piloto, el mundo le advierte que el horrible sacrificio ha confirmado el rumbo.»

ESTANISLAO S. ZEVALLOS.

(Exministro de Relaciones Exteriores.)

CÁNOVAS DEL CASTILLO

JUZGADO POR LOS POLÍTICOS Y LITERATOS MÁS DISTINGUIDOS

DE CHILE (1)

En un lucido volumen impreso en Barcelona, que nadie ha tratado de imitar en España, y sin otro título que la dedicatoria *Al insigne Cánovas del Castillo*, se contienen los siguientes escritos y cartas (2):

D. Antonio Cánovas del Castillo, por A. Orrego Luco.

Carta de D. Carlos Morla Vicuña.

España y Cánovas, por E. Altamirano.

Carta de D. Ambrosio Montt.

En honor de su carácter, por Carlos Walker Martínez.

La fiera, por E. Blest Gana.

Cánovas, por Enrique Mac Iver.

El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, por Marcial Martínez.

Dos Ministros parlamentarios, por Juan A. Barriga.

Cánovas, por Jorge Uncens.

A la madre Patria, por T. A. Concha Cañillo.

Cánovas del Castillo, por Carlos Concha.

Cánovas del Castillo, por Julio Bañados Espinosa.

A la memoria de Cánovas del Castillo, por Agustín Edwards.

La idea, por L. Barros Méndez (3).

Tratándose de un libro que conocen pocos

en España, nuestro gusto sería reproducir en este los escritos, algunos de ellos notabilísimos, y todos de mérito literario, que anteriormente se mencionan; pero en la imposibilidad de verificarlo, daremos una idea sucinta de su contenido.

I

D. Antonio Cánovas del Castillo

POR A. ORREGO LUCO

Está dedicado al Excmo. Sr. D. Salvador López Guijarro, al señor Conde de Vista Florida y á la colonia española en Santiago.

«La personalidad que acaba de desaparecer del escenario de la política española, en medio del trágico horror de una catástrofe, era una de las más extraordinarias y brillantes de nuestra época.

Si puede haber divergencias al apreciar sus doctrinas y al juzgar sus actos, no puede haberlas para reconocer la elevación moral de

Honras fúnebres en honor del Sr. Cánovas del Castillo en Santiago de Chile.

Expresión de gracias.

La colonia española.—Honras fúnebres celebradas en Valparaíso.

Los funerales del Sr. Cánovas del Castillo en Concepción.

Idem en Iquique.

Exequias en Jocojulla.

Idem en Talca.

Idem en Los Angeles.

Idem en Antofagasta.

(1) Hay que añadir esto á lo mucho publicado en la prensa de Chile en honor de Cánovas, y que nos hemos complacido en reproducir en su lugar correspondiente.

(2) La impresión de este libro terminó, según á su final se expresa, el 2 de Octubre de 1897.

(3) Además contiene, y se consigna en el Índice: *Oración fúnebre*, por el Presbítero D. Ramón Angel Jara.

II

Carta de D. Carlos Morla Vicuña.

ril entereza con
desinteresados
nocer que esas
flejan las tradi-
s de la Nación
carlo entre las
poráneas y en-
tes de su raza.
una asombrosa
erarias que, en
ocan entre los
iempo, y excep-
que lo levantan
os oradores es-

an una original
nto; en sus es-
as y brillantes
fases y ese sen-
que es la única,
ja en las almas
razón humano y
blica. Sabía ex-
los más compli-
les animación y
que se presen-
manera clara y
o, dominándolo
del escritor, co-
parlamentarios,
a conmovedora,
cargada con los
lio de todas las
as.

viene del fondo
del seno de una
la sabia oscuri-
o; avanza en-
incesante, sin
que las de su in-
loca á la cabeza
y celosa; le-
lución ha derri-
as sienes de su
su prestigio el
Soberano, y cae
no aleva en los
fia daba al mun-
e aquel hombre
su pueblo, jun-
es, la vitalidad
oicos de su His-

En dicha carta, escrita el 12 de Agosto de 1897 por el exministro de Relaciones Exteriores de Chile, Sr. Morla Vicuña, al Sr. D. Salvador López Guijarro, Ministro de España entonces, recuerda su llegada á Madrid como comisionado de su Gobierno para adelantar en los seculares Archivos de la madre Patria investigaciones históricas destinadas á esclarecer y preparar la solución pacífica de las cuestiones de límites que Chile tenía pendientes con Estados hermanos limítrofes, su visita al Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien, á ruego suyo, fué presentado en el Congreso por don Emilio Castelar, y consigna al comienzo de su relato lo siguiente:

«Siento la necesidad de pagar con más expansión de alma al Sr. Cánovas del Castillo una deuda de gratitud; de explicar por qué he dicho en una nota de cancillería que le merecí particulares atenciones; de cumplir en este momento, quizás único y ciertamente oportuno, un deber: el de dar espontáneamente testimonio de la elevación de ideas y del cordial afecto con que el ilustre jefe del partido conservador de España consideró á sus hermanos de hispano-América.»

.....

Después dice: «Aquella presentación fué hecha en términos que no olvido, pues me impresionaron muy gratamente, porque distinguí en ellos los dos rasgos característicos de nuestra raza: la afabilidad y la franqueza. No he acertado aún á descubrir dónde se anida lo que se llama en Francia la *morgue espagnole*. Júzguese si no por este diálogo, que guardo estereotipado en la memoria:

«—Antonio, te presento á Morla, chileno, español de Ultramar, que viene enviado por su Gobierno á hacer en nuestros Archivos buscaditas entre las probanzas y memoriales de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, nuestros comunes antepasados. Cuéntame con que le facilites el buen desempeño de su misión.

—No ha podido usted, Sr. Morla, venir patrocinado mejor que por Emilio. Acompáñeme usted al palacio de la Presidencia y le haré

extender amplia autorización para que se le admita y deje trabajar á su guisa en todos los Archivos del Estado. En España, ya lo ve usted, republicanos y monárquicos no se devoran.

—Morla me afirma que aún no estamos en paz con aquellos españoles del otro lado del mar, sino que vivimos en un peregrino estado de tregua indefinida. ¿Qué hace V. E. que no regulariza esas relaciones?

—¿Por qué no las regularizaste tú mientras fuiste jefe del Estado?

—¿Porque no me dejásteis tiempo con vuestras continuas conspiraciones!

Todo esto, dicho en tono ameno y acompañado de amables sonrisas, que revelaban cuán sincero era el aprecio y cuán cordial la amistad que mediaba entre ambos personajes.

Refiere el Sr. Morla que después de mandada extender por el Sr. Cánovas la orden á los Archivos para el desempeño de su encargo, le pidió éste que le expusiese el estado actual de las relaciones entre España y las Repúblicas sudamericanas del Pacífico; que así lo hizo, despidiéndose aquel día; volviendo otro, en que Cánovas le habló de las bases de un tratado definitivo de paz y amistad, lo que le llenó de estupor y sorpresa por el supuesto de que él se abrogase facultades que su Gobierno no le había conferido, cuyo proyecto le redactó é hizo escribir el propio Sr. Cánovas, sobre cuyo particular y con verdadero alborozo escribió el mismo día una extensa carta á Su Excelencia el Presidente de Chile, cosa que no fué extraña al renacimiento de simpatías entre españoles y chilenos, y termina así:

«A la ilustre víctima de hoy, cuyo sacrificio en odio al orden social tan hondamente nos conmueve; al eminente estadista español, incorporado ya á los inmortales de la Historia; á Cánovas del Castillo, cábele la gloria de haber dado, con tanta generosidad y elevación de espíritu, el primer paso en la vía de la reconciliación de nuestros pueblos.

Perdone, caro Ministro, la extensión de esta carta. Sin ella, el incidente que refiero quedaría ignorado; y aun cuando el grande hombre cuyo trágico fin lamentamos no ha menester de esta hoja en su inmarcesible corona cívica, ella es el tributo del apasionado agradecimiento que le guardo por haber, por su in-

termedio, tendido un día á C la mano de España reparador.

III

España y Cánovas

Así titula el exministro del no D. E. Altamirano, las líneas en Septiembre de 1897, á la

«En el acontecimiento—dijera, y con España el mundo ent anarquismo ha elegido su vi elegido bien.

Era D. Antonio Cánovas, p firmísimo, por su indomable naturaleza de sus ideas, por tración, por su gran prestigio, dad moral que ejercía en su la opinión, en general, de su neos, era un tipo de los cau de organizar en todas las na partido de la resistencia y d salvar la libertad que pelagra, vacila, la moralidad que muere

El anarquismo ha derribado un formidable adversario, ha España un estadista eminente; de esos hombres que, en el r las ideas y de los sistemas fil ticos, nos prestan en la tierra cio que á los navegantes presti

IV

Carta de D. Ambrosio

En esa carta, escrita el 11 1897 en Villa del Mar, y dirigida Guijarro, el exdiputado Sr. l de lamentar el horrible suc Agueda y de recordar que co á Cánovas del Castillo, con frecuentes relaciones, y cuy menzó en Roma á principios

«Cánovas es, en mi humilc estadista más eminente de Esq por acabar. Merece un lugar al tone, cerca de Cavour y no mi mark. Aventura con mucho d civil, que la han gobernado o y aun—perdonen los militare: sula—á los tres preclaros solc

VIII

Dos Ministros parlamentarios

POR EL EXDIPUTADO CHILENO

D. JUAN A. BARRIGA

«En la historia parlamentaria de nuestro siglo, el hombre de Estado que presenta mayores analogías con D. Antonio Cánovas del Castillo, es Guizot. Para todo español Cánovas será siempre el hombre de la Restauración, como Guizot fué el alma, el pensamiento y la acción dominante en la Monarquía de Julio.

Ambos eran conservadores por principio y autoritarios por temperamento. No comprendían de igual manera las necesidades del siglo ni emplearon idénticos medios en el manejo de los negocios públicos; pero en el fondo los animaba un mismo propósito: restablecer el orden político y el orden moral, quebrantados por la revolución. Guizot llevó demasiado lejos la política de resistencia; Cánovas llegó en sus concesiones á donde Guizot no hubiera llegado nunca: al sufragio universal.»

IX

Cánovas

POR D. JORGE HUNESUS, DIPUTADO

«La figura de Cánovas del Castillo representaba uno de los más perfectos y maravillosos equilibrios que la naturaleza ha producido entre las facultades del entendimiento y las de la voluntad.

Es frecuente encontrar políticos de gran talento y de poco carácter.

Es frecuente también encontrar políticos de gran carácter y de escaso talento.

En cambio, encontrar políticos que reúnan en grado eminente ambas condiciones, es dar sencillamente con el prodigio cerebral más raro que se produce en el escenario humano.

Ese prodigio se ha llamado Bismarck para Alemania, Gambetta para Francia, Gladstone para Inglaterra, Cánovas del Castillo para España.

Cánovas era la g
historia política de

España ha queda
Lloremos con ella

Cánova

POR EL DIPUTADO

«Con la desaparición de Cánovas del Castillo, ha recaído una crítica á los límites que al contarle entre si

Es verdad que Cánovas más eminentes de los más brillantes polemistas de sus tiempos muchas Academias de nocimientos sociales gran fuste... y much

Era una combinación versada, de talento y res pareciera no poseer personalidad constituida esos privilegios que Dios á los hombres

Ante la posteridad sólo la gran figura orgullosa; será tan brillantes de la Historia

Cánova

POR EL DIPUTADO D

«Ha dejado de formarse en una gran

Encarna el heroico patriótico plan de

Cánovas del Castillo hombres de Estado pletos entre los que temente con él en

SECCIÓN QUINTA

a de Cánovas en Méjico y U

I

HEIDO POR D. JUSTO

esión celebrada en Méjico en honor de Cánovas

ESIDENCIA DEL GENERAL D. PORFIRIO

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

es: He aceptado
dirán algunos—el
enaje de doloroso
hombre de com-
modo llenaba y
a de su país, que
rse y batallar más
ia de su muerte, y
uel que lo analice
es no puede pres-
de verlo levantar-
e y tomar con su
ncia la defensa de
tria y de sus actos

es dado hacer esto
o repentinamente
onsejo, al solio, á
as y de todos los
jo de creación de
ón ansiosa de con-
n de causas; en
de impulso; con
de un gran pueblo
orme sombra ame-
icana en el hori-
y ese pueblo una
bra y relampaguea
del Atlántico es-

pañol en un pavoroso probl
y la vida de una nación q
honor su vida? Y después
muerte inmerecida, injusta
puesto á este muerto de c
todos los pueblos civilizado
dos continentes ante ese
por la fatalidad, y el odio
bezas descollantes en los
europeos, inclinándose est
maña desgracia.»

.....

«Por eso el grupo de ho
al culto del derecho que me
ha concretado mi misión en
la: ¡Este hombre tuvo po
! Cómo trató de realizarlo!

.....

«Para entrar en el infiern
cuando iba á promediar
hombre, sincero ó no, deb
mo lo que Virgilio al Dan
la ciudad doliente:

*Qui si convien lasciare
ogni villés convien che qui*

«Y así, sin recelo y sin miedo, antes con ímpetu y con bravura, un joven malagueño, que ni en la tribuna del Ministro acertó nunca á disimular su origen y acento, tomó un puesto en el combate político apenas cumplidos los veinte años. Para desempeñar un papel igual á su ambición, el joven Cánovas del Castillo tenía una inteligencia cultivada, pasión por las letras, afán por escalar un lugar alto desde donde pudiera hacerse oír y la seguridad de subordinar todo sentimiento y toda idea á su voluntad, que es lo que se llama un carácter.»

«Ahora bien; en nuestros tiempos los hombres y los pueblos que tienen conciencia de lo que quieren y energía para transformar su conciencia en voluntad y su voluntad en actos, son los triunfadores en la lucha por la vida; por eso triunfó Cánovas.»

«Había dos caminos entonces para llegar en los países de habla española al Poder ó á la popularidad: el periodismo ó el pronunciamiento.»

«Los militares se pronunciaban cuando en el Poder había abierto brecha la pluma; generalmente eran aliados en estos asaltos el hombre de pluma y el hombre de espada. A una alianza de este género debió Cánovas su primera credencial de Diputado á Cortes en 1854.»

«Entre tanto un estudio profundo de la Historia de su país, sobre todo en uno de los más tristes periodos de decadencia, lo había transformado de revolucionario en hombre de Gobierno, transformación indudabilísima, y le había hecho comprender que el militarismo era el cáncer de la Monarquía.»

«Cuando á los treinta y seis años obtuvo una cartera de Ministro, el fogoso malagueño era un conservador, resuelto á dar estabilidad creciente á las instituciones monárquicas y á convertir al ejército en un instrumento de orden, y no de anarquía como era.»

«Difícil, imposible tarea; cuando la revolución del 68 derrocó á la Reina Isabel, el desilusionado Ministro se dedicaba á las letras en el retraimiento.»

.....

«¿Qué había nacido de la revolución del 68, lenta, trabajosamente, teniendo por luz de aurora el colosal incendio de la guerra franco-

alemana y empapada de D. Juan Pr

«Una Monarquía

«Cánovas estaba puede decirse lo estilo en el mar puede afirmarse tumultuosamente una clara intuición su fuerza de volar hombre de Estado

«Y, sea dicho por y borbónico, por republicano de la que, como el esp que de pan, y por biendo un represe reditaria, pudier exótica en el tron borbónico, apoyó trató de luchar por ción social, y se sectas, y empeñó muerte que termi

.....

Manifiesta desp Amadeo debieron hombres más bri como decía D. I Cánovas compren de la improvisada el momento de la «acosada por el c cialismo en el Si Cuba, corría desb cobismo de las asa otro abismo él pr todas partes, aviv taba todas las asp apetitos, y ponien y al clero, dos an realizaba la reaco convertirla en he

.....

Habla después merecido, y dice de la manera que sobre todas las fi pueblo la necesid dejando á un lado contró las palabra prestigiosos de la

en, la seguridad. La Asamblea lo cortó el apasamiento su pública agonía».

la herencia. de Serrano reito, iniciado Gobierno es. Qué se res- bía llevado á España en pen fué rehecha uiendo la ho-

en América la insurrección colonial. La Monarquía restaurada era entonces la antigua Monarquía. Sí, pero con un espíritu nuevo, con un programa moderno. El autor de este programa fué Cánovas, y para realizarlo fué desde aquel momento el verdadero Rey de España.

«Nadie se equivocó en su país respecto de él; era una fuerza. La roca primitiva de su inteligencia y su carácter, era la fe religiosa, la fe española, y por ella su alma estaba identificada con el alma de las masas rurales que lo comprendieron y lo siguieron por cristiano, por católico, por creyente. «Declaro en esta hora solemne, decía en la tribuna parlamentaria, que yo no puedo pensar en las cuestiones morales y políticas; que no puedo detener un momento mi razón en problemas tales, sin encontrarme frente á frente con la objetividad sublime de Dios.» Para él, la solución de las cuestiones sociales estaba en el Evangelio. La más alta teoría de Dios, existía en el dogma católico. La creencia de que el Estado, verdadera providencia social, limita por sus funciones genuinas los derechos individuales ó impulsa ó crea la vida nacional, era el terreno de empalme entre su credo religioso y su filosofía política. Esta teoría, precisa confesarlo, está plenamente conforme con la tradición latina; por ella, tanto como por el idioma, somos, no étnica, pero sí espiritualmente latinos los pueblos hijos de España por la sangre y de Francia por el pensamiento. De su creencia y de su doctrina extraía el prócer estadista su programa conservador, los límites severos impuestos á la libertad religiosa y á las libertades del

pensamiento exteriorizadas en la cátedra, en la tribuna, en la prensa.»

«Pero jamás habría sido el conspicuo político que fué, si en el estudio de su época no hubiese adquirido la pasión reflexiva por la libertad política, en la forma representativa y parlamentaria, ya que no sobre una base democrática, sí sobre una abierta oligarquía de propietarios. No creía imposible aclimatar la institución inglesa en la tierra clásica de las Cortes, y puso en ello todo su celo, esa especie de entusiasmo frío que lo caracterizaba. Y como en él el político estaba servido por una elocuencia que se levantaba lenta y sordamente y acababa por fulminar todos los dardos de la lógica y del epigrama, y como era enorme la autoridad de su palabra y de su posición, y como entonces, por lo menos, sus amigos estaban sometidos á férrea disciplina, fué admirable lo que logró. Logró la venida al terreno parlamentario de todos los partidos, y la venida al terreno constitucional de todos los monarquistas. Llegó el caso en que pudiera dejar al partido liberal el poder, para demostrar que todas las prácticas parlamentarias, con su mecanismo de partidos turnándose en el poder, cabían en su obra.»

«Muerto Alfonso XII, y organizada la Regencia, tuvo España la insólita fortuna de ver en el solio á una mujer superior, aplicada al estudio del deber político, y en quien la solicitud maternal se traducía en prudencia, equidad y acierto singulares. Entonces el partido liberal marchó hacia la Monarquía democrática, y Cánovas lo combatió con todas sus fuerzas para moderarlo. Cuando se sintió vencido; cuando el juicio por jurados y el sufragio universal fueron derechos constitucionales; cuando Castelar se retiró á su pontificado literario y los republicanos ó se rendían ó filosofaban en las Cortes, entonces Cánovas tornó al poder, y respetó todas las conquistas democráticas; su obra estaba consumada, y sobre el equilibrio de los partidos fundado el Gobierno libre.»

«Y tornó al poder con la inteligencia cada vez más abierta, cada vez más flexible, porque empleaba sus ocios políticos en las letras y la Historia, sus dos amores juveniles, que son para las almas selectas amores eternos, y en exponer en el Ateneo, con mayor ó menor competencia, pero con una curiosidad científica insaciable y un inextinguible ardor

de batallar; todos los problemas sociológicos, filosóficos y económicos de nuestro tiempo; eso sí, como era una personalidad moralmente atlética, gustaba mostrar su yo en todas las luchas, en todos los asaltos y en todas las victorias; la modestia, esa coquetería de los hombres de mérito, no la conoció Cánovas. Y nunca perdió de vista su objetivo supremo: asegurar en la teoría sus procedimientos políticos; pero como profesaba la máxima de que no se gobierna á los hombres con teorías, y eso mostraba su índole de hombre de Estado, siempre las atenuó al aplicarlas.»

«¡Merece ó no merece, señores, el hombre que aquí conmemoramos que ante su féretro, levantado en alto por el pueblo más varonil de la Historia, el supremo homenaje de la verdad franca y lealmente expresada? Si aquí se ha dado la palabra á un mejicano, ¿por qué no le sería lícito expresar con un profundo respeto un profundo dolor?»

* *

Se ocupa después del problema de Cuba, en el estado que tenía entonces; habla de los esfuerzos sobrehumanos de España, de su milagroso patriotismo, y continúa:

«¿Iba Cánovas á la libertad? Su secreto queda sellado en su tumba. ¿Temía que al cabo de la autonomía, del *home rule* cubano, estuviese la emancipación? Pues cabalmente eso es lo que no hay que temer, lo que hay que organizar y sancionar por medio de un pacto sagrado entre hija y madre; todas las naciones hispanoamericanas, nosotros los primeros, tenderíamos las manos y juraríamos con ellas.»

«Cánovas no pudo ver más que la formidable necesidad del momento. Y para satisfacerla, ¿qué labor sin término y sin descanso, qué autoridad inmensa la de ese hombre al pedir á un pueblo el sacrificio de la fortuna y de la vida, y qué abnegación la de ese pueblo al responder con su fortuna y con su vida! Ganar tiempo, abreviarlo todo, reprimir con la celeridad del rayo, esa era toda su política, porque esa era la salvación; fuerzas, dinero, un capitán armado con la espada del ángel

exterminador pañol al servicio... y le sor-

«¡Oh qué, tiente soberano peramento á que pasaban al otro y mo la cruz de la por su genio pañoles del a lia humilde y citos imperial na y en Túne va de la políti cieron ni el n detrás y su l

Si el hombr drama; si el unos y comp mos todos, l la urdimbre , primer verso bría hecho lo que se da e del espíritu e turaleza, sem la campana p

Alude desay termina así:

«Y la Naac interrogar á dolorosa obt destino, por pida, un grit transfigurado cuyo *credo* tie ción de la P

Por eso la Historia, l al mármol de lllore y sient son siempre

El anterior aplaudido co sión mejican mejores recu político espa

... el no-
table artículo siguiente:

«El Sr. Cánovas era un hombre de Estado de la talla de Jiménez de Cieneros; autoritario como el cardenal, puro en sus manejos como el cardenal, inflexible en lo que trazaba *el mismo*, sin ayuda de nadie, como su deber; brusco en maneras, pero delicado en sentimientos. En su despacho era un Moltke adusto, laborioso, silencioso, colocando sus alfileres en el extenso plano de sus programas, con ideas punzantes, acabadas, siempre de origen histórico, de forma autoritaria, de alcance jurídico.

Castelar es un orador más español que Cánovas; majestuoso, extenso, descriptivo, haciendo brillar de preferencia el idioma admirable y la imaginación ensanchada con todas las figuras de la Historia, tristes ó graves, trágicas ó dulces, eternas ó fugitivas. D. Antonio era de la alta escuela romana, preciso, práctico, legista, con tono, no de poeta, sino de César senatorial, ilustrado, moral, adaptado á la situación, con un corazón militar cuando había peligros; con una indiferencia estoica cuando aparecían puerilidades; con extremado vigor de acierto cuando sentía que el golpe daba en la línea de flotación de esa Monarquía que hizo nacer el mariscal Martínez Campos, pero que ha sido educada, sostenida, amparada, vigilada, llevada paternalmente por la mano, levantada hercúleamente en el período de tempestad, cimentada sobre la tradición de los conservadores y sobre las esperanzas de los progresistas.

.....

D. Antonio era muy orgulloso, pero no de puerilidades; sentía lo que pesaba el edificio que sostenía, no se fatigaba, vivía por él y para él, lo había creado con los escombros de una revolución, con el polvo trágico de un siglo de anarquía; cuando los liberales españoles perdieron la república, la democracia

española esta-
carlista odia-
prendido, se
unidad nacio-
bía César; ¡
blo republica-
bía un interé-
bleza; para
bía dinero; ¡
bulenta, ya ¡
gón; para
glo XVI, no h-
cía del siglo
bras; no ha
carcomida, a
culo de naufr-
sin cureñas,
nas deshecha
quedaba una
expresión de
dición.

Cánovas se
presentaba y
sombria cóle-
errores tem-
inauditas, pe-
razas superio-
con una frase
de su belleza
ses—dice Es-
po, sino en e-
ca se desesp-
ejército, se
tiene por car-
ciencia de la
cial: la de
pueblo espa-
la jota; es a-
nioso, persi-
naufragio.

D. Antonio
Estado á car-
acero catalá-
debía reorga-
por excelenc-
fiol en la pro-
dolencia; en
nacidad. D.
concibió un
formas de u-
de la ambici-
el valor, en
profético y d

bres destinados á empuñar siglos, dirigir la Historia, cortar corrientes sociales destructoras, manejar naciones. D. Antonio concibió hacer del niño que representaba un pasado, el porvenir de España.

Con una habilidad extraordinaria, de un soplo acabó con la atmósfera mística que prestigiaba al partido carlista, consiguiendo que León XIII fuese el padrino del niño rey; más heroico que Cortés, quemó sus naves, no como el conquistador militar, en un puerto y ya en tierra firme, sino en plena mar, durante la tormenta, confiado en sus brazos, en su respiración de gigante, en una serenidad de astrónomo, en un misticismo, no religioso, sino patriótico; un misticismo extraño á las euntuosas basílicas ibéricas, íntimo para el corazón de cada español; cortó con el partido conservador, fijo, recalcitrante, que pretende detenerse en las corrientes oceánicas de la civilización como una isla con habitantes, pero sin fertilidad, con estructura de panteón y un faro rojo y rotatorio avisando al navegante perdido en las tinieblas: «Peligro de acercarse».

El asesinato del Sr. Cánovas del Castillo es un golpe inundo del anarquismo, asediado al corazón de España. El jefe del Gabinete español era más que un hombre eminente: era una institución, una situación, un par-

tido, una disciplina, europea.»

.....

«El Sr. Cánovas (sion genuina y cort que se mueve con remolcar poderosos que no puede ni qui la primera estación.

D. Antonio nunci Eurípides, como fun gobierno: «La gue nero, y la paz sólo s ro.» El Sr. Cánovas política con dinero y crédito interior de E do hacer empréstitos mismos estadistas es

Sólo la Historia fu la influencia que el sido víctima el hom de España, y de los debe tener sobre el pañola. Los grandes grosa la política esp asesinato lanza sobr será el estadista esp var el destino de su l no con esperanzas,

AF

'E

"E

SECC

Pésames d

I

CARTA DE S. M. LA REINA REGI

Dicha carta, dirigida á la viuda del .
novas, de puño y letra de S. M. la Rei
gente, decía así:

«Afectada, desolada por tan horrib
gracia, carezco de palabras para expre
dolor. Quisiera enviarle consuelo, y
llorar con usted al sér que ha perdido
tanto amaba.

Yo también he perdido mucho. Al Cor
leal, al que tanto me ayudaba, al que ta
cesitaba. Los servicios eminentes que
á mi esposo, le hacían objeto de mis re
Además, le unían conmigo sus valios
sacrificios por el Trono. La Patria, el P
Historia le harán justicia.

Yo conservaré siempre su memoria
mensa gratitud. Mis hijos se unen á este
de la Corona y de la Nación. Nuestras
nes son para él.

El cielo quiera concederle la resig
necesaria.»

(1) Tomado casi todo de la prensa de Madrid.

De la Reina doña María Pía (1):

«Madame Cánovas del Castillo:

De Cintra, 10.—Aceptez je vous prie mes plus sincères condoléances pour l'affreux malheur que vient vous frapper par la mort de monsieur Cánovas.

Ce crime si horrible a rempli mon cœur de douleur partageant la votre et croyez que je regrette beaucoup ce grand homme d'Etat qui fut si loyal à son pays et à son Roi dont il a donné tant de preuves; le connaissant depuis longtemps j'admirais et j'estimais ses hautes vertus et qualités; je prie Dieu qu'il vous soutienne dans cette si grande épreuve.—MARIA PÍA.»

De la Reina de Servia:

«*Trouville, 12 de Agosto.*—C'est avec les sentiments de la plus profonde sympathie qui je viens dire la part vive et de cœur qui je prends à votre affreux malheur.—NATHALIE.»

De la Infanta Doña Isabel:

«Señora de Cánovas del Castillo.—Santa Agueda (San Ildefonso), el 8 á las diez y cincuenta minutos de la noche:

Profundamente impresionada por terrible desgracia, le envía su más sentido pésame.—ISABEL DE BORBÓN.»

De la Archiduquesa Isabel:

«Señora de Cánovas.

SSS. M. de Wei-Keradorf B. Baden.—274-32-9. —9,45 mañana.—Profondément affectée de l'horrible malheur qui vient de vous frapper vous exprime ma plus vive sympathie et prie Dieu de vous donner force et résignation.—ARCHIDUCHESSE ELISABETH.»

Del Rey y el Gobierno de Bélgica:

«Madame Cánovas del Castillo.—Santa Agueda.—Madrid, 9, á las nueve y diez minutos mañana.

(1) *Idibon, 13 (5,5 tarde).*—La reina doña Pía ha hecho anunciar que en señal de sentimiento, por el luto que aflige á la nación española, no recibirá mañana sábado, en contra de su costumbre.

La Cámara municipal de Lisboa acordó enviar telegramas de pésame á la viuda del Sr. Cánovas y al Gobierno español.

Además hoy ha resuelto mandar celebrar en la iglesia municipal de San Antonio una solemnísimá misa, en la que se cantará el *Libera mee*.

En la misma sesión, el Sr. D. Antonio Duarte da Cruz Pinto, pronunció un elogio elocuentísimo y entusiasta del Sr. Cánovas. El periódico *O Seculo*, de que es redactor el Sr. Duarte da Cruz Pinto, publicará mañana el texto del discurso.—*Carrelhas.*

Le Ministre des charge d'être au pr terprete des regrets thie du Roi et du gesté.—WECHAECH

De los Principes

«Señora de Cáo

De Nymphenberg,

asociamos á su d NANDO.»

De la Infanta Eu

«Señora de Cáo

Saint Moritz Dorg

rrible desgracia; ei LALIA.»

«Madame Cánovi

Hampton Court,

Princesse et moi es

re sympathie.—BAR

Del Rey Francisc

«*San Sebastián, 10*

Asís ha dirigido á la cho asociándose al c vo del fallecimiento

De la Reina Vict

El Embajador de

Ministro de Estado

«Mi augusta Sobe

ofrezca á la Reina

la señora de Cánovi

sión de su simpatía

ña sufre al ser ases

Cánovas del Castill

El Marqués de Sa

pío tiempo transmi

tan triste acontecin

Del Principe de C

El Principe de Ga

dor de Inglaterra el:

«Ruego exprese r

señora de Cánovas

terrible de su distin

el gusto de conocer

Del Emperador d

El Presidente de

y el Sr. Gausch, Mi

ción pública, han

España, señor Marc

sentido pésame, en

por el asesinato de

Sr. Cánovas del Ca

RECIBO A SUS CONTEMPORÁNEOS

Una vez más se
rés que á S. S.
cuestiones que af
dad con que se as
de nuestra Nació

a comu-
nta Se-
icia del
el San-
con fre-
sus pa-
tristeza

Roma,
rca del
itos re-
rna, el
mia de
rtística
onas de
la Em-
o, para
te esta-
ivo sus
Nación

AL
de Te-
ino del
ticia el
Santa
que Su
la misa
Cáno-
ra que
orio de
so, go-

presión
Regen-
toni se
en Ro-
elegra-

M. la
ñosísi-
S.

TELEGRAMAS

de pésame publi-
«Gacet

Alemania.—Al b
fia: Acabo de re
San Peteraburgo,
Emperador y Rey
hacer llegar á S. M
sión de los sentim
do pesar con que
triste noticia del a
Castillo.

Al rogar á V. E.
comunicación á co
na Regente, apro
rar á V. E. la seg
ción.—RADOWITZ.

Austria.—Al Mi
Recibo en este mo
de parte de S. E.
Ministro Imperial
jeros, de expresar
profundo y sentid
perial y Real con l
tado que desgraci
Reina Regente de
arrebata al Gobie
un patriota y ami
Al cumplir este t

(1) En el Ministerio
más de 6.000 telegramas
Sr. Cánovas. En el de

Para pintar el estu
mentos por la noticia
que era D. Antonio Cá
tan gráfico, según un
nea de uno de los Mi
gos del Sr. Cánovas. (

Estaba en el teléfon
se le dirigían y dando
primeros momentos, c
mó con voz acompaña

«Está visto que ha
modo de ser, porque l
de importancia no se
Cánovas.»

sirva recibir la expresión de mi más alta consideración.—CONDE ROZIEBRODSKI.

Francia.—Sr. Ministro de Estado de España: Tengo encargo de expresar con toda urgencia á S. M. la Reina Regente y á su Gobierno el profundo dolor que ha experimentado el Gobierno de la República al tener noticia del horrible atentado que acaba de herir al señor Presidente del Consejo y á España entera.

Tenga V. E. á bien permitirme añadir á ello la expresión de mis propios sentimientos de pesar, y recibir la seguridad de mi alta consideración.—REVERSEAU.

Italia.—Al Ministro de Estado: Después de haber tenido el honor de presentar á V. E. personalmente mis sentimientos de pésame por la gran pérdida que ha sufrido España, creo de mi deber poner en conocimiento de V. E. que he recibido un telegrama de mi Gobierno, que nada puedo hacer mejor que traducirlo textualmente.—«Le ruego que manifieste en nombre del Gobierno de S. M. los sentimientos de la más profunda indignación y del más vivo pesar por el atentado horrible que ha privado á España del ilustre hombre de Estado á quien estaba confiada la dirección del Gobierno.—El señor Marqués de Rudini, Presidente del Consejo, y yo, deseamos que V. E. sea en esta ocasión al mismo tiempo intérprete de nuestros sentimientos personales. — Firmado: VISCONTI-VENOSTA. »

Sírvase aceptar, señor Duque, la expresión de mi más alta consideración.—F. DE RENZI.

Estados Unidos.—Al señor Ministro de Estado: En el triste instante en que el más ilustre de los hombres de Estado españoles cayó bajo la mano de un asesino por haber rechazado el fanatismo en que tales individuos se inspiran, no vacilé en expresarle á V. E., bajo mi responsabilidad, la repulsión que sentía mi Gobierno hacia el crimen y su profunda simpatía hacia España con motivo de tan irreparable pérdida. Ahora tengo el honor de participar á V. E. que mi Gobierno me ha teleografiado aprobando mi conducta, y que el Secretario de Estado me ha ordenado expresar á V. E., en nombre del Presidente de los Estados Unidos, que á su vez habla en el del pueblo americano, su profundo pesar y su simpatía hacia España por la muerte del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, á quien califica como uno de los hombres de Estado más eminentes de esta época.

Y como asimismo me o
que haga llegar su pésam
fior Cánovas, me permito
mita á la que fué su nobl
junta comunicacón, en la
pesar.—HAMIS TAYLOR.

Bélgica.—Al Sr. Ministro: ber la funesta noticia del víctima el ilustre Presidente mé parte en el sentimiento profundo pesar que experimentalmente España entera, nes civilizadas.

S. M. la Reina Regen
S. M. C. y la Nación española
pérdida irreparable.

Tengo el honor de man-
la participación que tome
desgracia, y le ruego que t
car mis sentimientos á sus
bierno de S. M.

Ayer, cuando la noticia
fior Cánovas del Castillo
duda, me apresuré á dar o
por telégrafo, al Sr. de Ta
Negocios Extranjeros.

Sírvase V. E. aceptar
más alta consideración.—
HABYER.

República Argentina.—Al
tado: Mi Gobierno se ha
por telégrafo presente en
S. M. sus expresivos ser
por el atentado criminal d
ma el Excmo. Sr. Presi
D. Antonio Cánovas del (

Cúmplenle con este mo-
cencia el sincero pésame
ayer tuve la honra de pre-
en el Ministerio de Estado
mensa desgracia que aflig
Saludo á V. E. con mi más
—CARLOS MARÍA DECANTY

República del Paraguay.—Estado: Tengo la honra de saludarlo, rogándole quiera comunicarme a su Gobierno la profunda impresión del pesar con que he recibido la noticia de la muerte del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros don Juan de los Rios y Vasquez de Castillo, á cuya gloria ha puesto lamentable término.

Desgracia es ésta que, por afectar á España tan hondamente y en las circunstancias actuales, llorarán tanto como ella las naciones americanas, que cifran su más honroso título en tenerla por madre, y las afectará aún más por haber recaído en el estadista insigne, cuya elevada y generosa política ha borrado toda huella de las cuestiones que á algunos países hispanoamericanos pudieran haber alejado algún día de su antigua Metrópoli.

Por lo que al Paraguay toca, el nombre del Sr. Cánovas está indisolublemente unido á la historia de sus relaciones diplomáticas con España; un Gobierno presidido por el señor Cánovas fué quien tomó la iniciativa y ajustó un Tratado de paz y amistad, de mucho antes solicitado sin éxito por el paraguayo. No era ciertamente necesario ese Tratado para estrechar vínculos que nunca se debilitaron, y que con él ó sin él tuvieron siempre la misma fuerza; pero sirvió para colmar un vacío notable y dar notoriedad y consagración oficial á los sentimientos de recíproco cariño y respeto de ambos pueblos.

Repito al señor Ministro que será verdadero y grande el pesar con que mi Gobierno se entere de tan dolorosa é inesperada nueva, y á estas manifestaciones suplico á V. E. quiera unir las mías particulares, igualmente sentidas.

Sírvase V. E. aceptar las seguridades de mi consideración muy distinguida.—B. GARAY.

Costa Rica.—Al Sr. Ministro de Estado: Con la más profunda pena he tenido noticia de la trágica muerte del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica.

En cualquier circunstancia habría sido en extremo lamentable la desaparición del hombre ilustre, cuyo último suspiro ha sido un viva España; pero en la actualidad, cuando con energía y perseverancia indomables se mantenía en la cima de su exaltada posición defendiendo los intereses de su Patria, como el nauta defiende su barco del asalto de las tempestades, la muerte del Sr. Cánovas es una inmensa desgracia pública, en la que son partícipes todos los amigos de la nobilísima Nación española.

Al asociarse el Gobierno de la República de Costa Rica al de Su Majestad Católica en la honda pena que aflige á España, abraza la firme confianza de que ésta continuará hallando

en la lucha la pujanza y el brío con que ha sabido sobreponerse á mayores infortunios.

Dígnese S. E. hacer presentes estos sentimientos á S. M. la Reina Regente (q. D. g.), y aceptar la expresión de la respetuosa simpatía y del profundo dolor con que le acompaña en esta ocasión.—MANUEL M. DE PERALTA.

República del Uruguay.—Al Sr. Ministro de Estado: Sinceramente afectado por el crimen vituperable que priva á España y á Europa de uno de los hombres de Gobierno más eminentes del siglo actual, presento á V. E. el testimonio de mi profundo pésame, rogándole que lo haga extensivo á todo el Gabinete y lo eleve á las gradas del Trono.

Conocedor de los sentimientos que animan á mi Gobierno, respecto de esta noble Nación y de quienes personifican sus poderes, me adelanto, asimismo, á expresar á V. E. el vivo interés con que ha de compartir á estas horas el duelo de España.

Con este luctuoso motivo, me reitero de V. E. una vez más muy atento servidor.—ENRIQUE DE ARRAGA VIDAL.

Roma 9 de Agosto.—El Cardenal Rampolla al Encargado de Negocios en Madrid: «Participe á ese Gobierno el pésame del Santo Padre, por el terrible crimen de que ha sido víctima el Sr. Cánovas del Castillo.»

Lisboa 9 de Agosto.—Al Ministro de Estado, el Encargado de Negocios de España: «Su Majestad el Rey ha enviado el siguiente telegrama: Acabo de saber en este momento el horroroso crimen de que fue víctima Cánovas. Doy á S. M. y Gobierno español mi más sentido pésame.»

En el día de hoy han venido á esta Legación á expresar su profunda pena, el Gobierno, Cuerpo diplomático y gran número de personas notables de este país.

Idem 10.—Las Cámaras de los Pares y de los Diputados, después de tributar expresivos elogios al ilustre estadista Sr. Cánovas y deplorar su pérdida, levantaron la sesión en señal de duelo.—ÁRANGUREN.

París 9.—El Presidente del Consejo de Ministros de la República francesa al General Azcárraga, Ministro de la Guerra y Presidente del Consejo de Ministros.—Madrid.

«Tengo el honor de dirigir al Gobierno español y á la familia del Sr. Cánovas, la expresión del más profundo dolor y de indignación del Gobierno francés al recibir la noticia del

abominable atentado que cubre á España de luto.»

Guatemala.—Al Ministro de Estado de España: Este pueblo y Gobierno deploran la desgracia que contrista á España con motivo del sensible fallecimiento del Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo, y se unen en el dolor á SS. MM. y al Gobierno y pueblo de la madre Patria.—JORGE MUÑOZ.

Al Ministro de Estado de España.—«Recibida la noticia del asesinato del Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, el Consejo general suizo, profundamente conmovido por el terrible atentado, me encarga haga presente al Gobierno español la expresión de su sentimiento y simpatía.»—EL VICEPRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA.

Méjico 10 de Agosto.—Al Ministro de Estado de España.—El personal de esta Legación eleva á S. M. y á su Gobierno sentido pésame. La colonia española celebrará honras solemnes. He recibido visita personal del Sr. Presidente de la República, expresando profundo dolor.—ARCOS.

Lima 11 de Agosto.—Al Ministro de Estado el Representante de España.—El Presidente de la República telegrafía á S. M.:

«El Gobierno me visita personalmente, asociándose al duelo de la Legación.»

Lima 11 de Agosto.—El Presidente de la República, el Gobierno y la sociedad de Lima y los españoles, únense á la Legación, rogándole transmita sentido pésame á la señora de Cánovas.

Santiago de Chile.—Al Ministro de Estado de España: «En nombre de S. E. el Presidente de la República de Chile y de su Consejo de Gobierno, tengo el honor de transmitir á vuecencia la expresión de los sentimientos de indignación y profundo pesar con que se han impuesto del abominable crimen de que ha sido víctima el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros de España, D. Antonio Cánovas del Castillo, rogando á V. E. la haga llegar á S. M. la Reina y á los Excelentísimos señores colegas de V. E.—CARLOS MORLA, Ministro de Relaciones Exteriores.»

Valparaíso 13.—La colonia española de Santiago de Chile, se asocia al duelo nacional por la pérdida del Sr. Cánovas del Castillo.

Agosto 9.—Al Ministro de Estado, el Representante de España en Petrópolis: El Presidente de la República me encarga exprese á

V. E. el sincero pésame de la nación brasileña por el triste acontecimiento que ha hecho perder á España uno de sus más queridos hijos, el eminente estadista Cánovas del Castillo. Asociándome á estos sentimientos, ruego á V. E. los transmita al Gobierno.

El personal de la Legación y de la colonia, se asocian al dolor que aflige á España.—LLAVERÍA.

* * *

Además de los telegramas que anteceden, publicó la *Gaceta*, en días sucesivos, una extensa relación de los Centros, Autoridades, Corporaciones y aun particulares que habían dirigido su sentido pésame al Gobierno, con motivo de la muerte del Sr. Cánovas.

V

PÉSAME DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

DIRIGIDO Á S. M. LA REINA

El Alcalde de Madrid, en nombre de la Corporación que preside, dirigió ayer telegramas de pésame á la Reina y á la señora viuda de Cánovas.

He aquí el texto de ambos telegramas:

«*Mayordomía mayor del Real Palacio.*

San Sebastián.

En esta hora de tribulación nacional, subiendo al cielo confundidas en un mismo sentimiento de dolor las oraciones de todos los españoles ante el crimen que nos ha arrebatado al insigne hombre de Estado que ostentaba con orgullo nuestra Patria, el Ayuntamiento de Madrid quisiera expresar con la ejemplaridad más señalada estos sentimientos que palpitan en las Corporaciones populares.

Por esto me encarece ruego á V. E. eleve á S. M. estas manifestaciones en nombre del pueblo de Madrid, pidiéndole así con las voces unánimes y el impulso irresistible de todo lo que siente con pasión la fe monárquica, y que por ello converge instintivamente su primera mirada hacia el Rey, así en las aflicciones como en los júbilos nacionales, sabiendo que si en el Trono hallan siempre la fuente primera de sus alegrías en los días venturosos, á la vez

LO QUE MERECIO A SUS CONTEMPORANEOS

ras de tribulación, en-
cuentra la mejor fortaleza y consuelo para
conllevar las necesidades.—EL ALCALDE DE
MADRID. »

VI

TELEGRAMAS

y manifestaciones de pésame dirigidos á la
señora viuda de Cánovas, por Ministros, au-
toridades, corporaciones españolas y nota-
bilidades extranjeras. (1)

Del Sr. Crispi :

« Señora Cánovas del Castillo :

Nápoles, 10.—La notizia dell assassinio del
signore Cánovas mi ha fortemente colpito mi
associao di cuore al lutto vostro e della Spagna
per la tragica fine dell esimio uomo di Stato.—
CRISPI. »

« Excm. Sra. D.^a Joaquina Osma :

Para Santa Agueda de Madrid 11, deposti-
tado el 9 á las 12,46 minutos :

Ayer no me atreví á telegrafiarla. He senti-
do profundamente la desgracia que causa el
duelo, no sólo de ustedes, sino de España en-
tera. Murió por la defensa de la sociedad y
será recompensado por Dios.—ARSENIO MAR-
TÍNEZ DE CAMPOS. »

« Madrid (para Santa Agueda), 8. Ministro
de la Gobernación á la Excm. Sra. D.^a Jon-
quina Osma de Cánovas del Castillo :

Los Ministros que en estos momentos se en-
cuentran en Madrid cumplen el tristísimo
deber de dar á usted el más sentido pésame
por la espantosa desgracia que la Patria y la
Monarquía han sufrido hoy, y que tan direc-
tamente aflige á usted.

A esta manifestación de duelo ruega se le
asocie el general López Domínguez, que está
presente, y se asociarán de seguro todas las
personas honradas y todos los partidos políti-
cos, que ya en cuanto han sabido la noticia han
comenzado á protestar calurosamente contra
el infame crimen que ha puesto fin á la vida
del hombre por tantos títulos extraordinario
y benemérito que había unido á usted su suer-
te por estrechos y santos lazos.—FERNANDO

(1) No presumimos publicar ni aun la mitad de los
recibidos.

COS-GAYÓN.—EL CONDE DE T
SERA.—MARCELO DE AZCÁRR

« Señora Cánovas del Casti

Se

En el trance de este inme-
nal, el Ayuntamiento de Ma
Corporación popular que m
terprete los sentimientos de
funda y de angustioso dolor
hoy todos los corazones esp
unánimes de la Corporació
por ello que en esta hora de
en primer término á rendir e
homenaje de pésame á la
ilustre estadista con cuyas a
tifica la Nación entera.

Si no resultan expresados
tos con toda la intensidad co
el seno de la Corporación, e
que al mismo estupor que a
de la desgracia experimenta
MADRID. »

« Habana, 10.—Profundam
reitero mi telegrama de con
del acto solemne y grandios
que por el eterno descanso d
de la Nación, su esposo, el i
se acaban de celebrar en la c
tencia de todo el pueblo, que
la memoria de su hijo adop
recuerdo de este acto enviar
le han sido dedicadas.—VAL

« París.—Atterré du coup
croyez á ma douloureuse
CHESSE DECASES. »

« Cintra.—Profondement in
horrible malheur plaignons
partageons votre douleur.—
PALMELLA. »

Del conde de Cheste :

« Segovia 8.—Recibido tele
yor dolor. Dios dé á usted ;
abnegación y fortaleza para
sensible la pérdida de su di
te, arrostrando al frente de
grosa situación que nos deja
dida.—EL CONDE DE CHESTE

« Madame Cánovas del Ca

Hamburgo 10.—A vous pr
ma sympathie et de mon ac
grand patriote que l'Espag
RÓN STURM. »

«Madame Cánovas.—Madrid.

Biarritz 10.—Notre fidélité attachement au Président vous exprime de cœur ses sentiments de vive sympathie pour cruelle douleur et de profonde indignation du crime commis. —COMTE ET COMTESSE LAROCHEFOUCAULD.»

«Señora de Cánovas del Castillo.—Lima.—Depositado domingo 8.

Acompaño á usted en su gran dolor.—PRESIDENTE DEL PERÚ.»

Del Conde Dubsky:

«Madame Cánovas.—Madrid.

De Wieu 1501 26/9 558 H. S.—Chercher en vain espersion pour exprimer la part douloureuse que je prends au malheur terrible et cruel qui vient de vous frapper.—DUBSKY.»

«Madame veuve Cánovas del Castillo.—Madrid.

Hamburg núm. 16.—Le Congrès universel de la Paix devoue au principe de l'inviolabilité de la vie humaine vous exprime sur la proposition de ses membres italiens son unanime reprobation de l'attentat qui vous a privé de votre époux.—RICHTER, PRESIDENT.»

«Viuda de Cánovas.—Madrid.

New York 11 Agosto.—Junta patriótica, en representación colonia, acaba honrar memoria del gran estadista con solemnes honras fúnebres, y envía á usted el testimonio de su profunda simpatía por irreparable pérdida.—JOSÉ J. NAVARRO, Presidente.—ARTURO CULLÁS, Presidente honorario.—CIRIACO VIADERO, Tesorero.»

«Excmo. señora viuda de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Veracruz 11 Agosto.—Colonia española de Veracruz acompaña á V. E. en su justo dolor.»

De la Habana:

«Viuda de Cánovas.—Junta damas Cruz Roja afectada desgracia vuestra acordó acompañaros sentimiento.—Presidenta, IRENE ARANA.»

«A la señora viuda de Cánovas del Castillo.—Madrid.

Betelu 19 (3,35 tarde).—En estos momentos en que la Nación entera tributa el último homenaje de respeto y admiración al ilustre gobernante muerto gloriosamente en defensa de los más caros intereses sociales, ruego á usted reciba la expresión de mi profundo sentimiento por la pérdida del esposo querido, y me considere presente á tan solemne acto, al

que el esta

RAMÓN BL

«Señora

Marchien

par votre r

don je vien

saisir l'occu

sion unique

et fructueu

sant á tout

clamant le

mant ainsi

un remede

tidote se t

du Christ l

BOOTH CL

«Señora

Habana (c

pañol hace

desgracia q

ción.—SAN

«*Therapia*

pectueuses

profonde tr

amis de l'E

«*Toledo 8.*

denal Mon

ploramos.—

«*París.*—

mente la d

á España, ;

suelos.—Pó

«*Habana*

anté inmen

QUESSES DE

«*Stockholm*

hará redobl

—GOERAN]

«*Martín 1*

doloroso p

ilustre, glo

la Patria, y

sa de ella

vida. ECH

«*Tarragon*

fundo pésa

ilustre esp

canso de su

«*Granada*

suelo pron

querido am

su dolor.—

«*Buenos A*

ianse al dolor que la

as.—Aterradísimo por
asociome á usted en su
ses.»

por la Habana, señor
cibido de Cuba el si-

putado.—Madrid.

, de Cánovas, á nom-
bre del pueblo y Ayuntamiento de Regla, la
expresión de sincera condolencia.

Ruégoles represente á este pueblo en los fu-
nerales del insigne patricio.—El Alcalde, José
CAGIGAS.»

*
*
*

Merece reproducirse también en este lu-
gar el siguiente, del jefe del partido refor-
mista de Cuba, dirigido al Sr. Dolz:

«Dolz.—Madrid.

Eleve nombre partido profundo testimo-
nio pésame á S. M. la Reina por alevosa
muerte ilustre Presidente Consejo, gloria de
nuestra Patria, por cuya integridad y honor
en estas lejanas tierras realizó tantos y tan
prodigiosos esfuerzos.

Preséntese Gobierno y ofrézcale profun-
da adhesión é incondicional concurso partido
en estas dolorosas y tristes circunstancias,
que el viril ejemplo que la gloriosa víctima
lega á la Patria, hará que ésta, por el patrio-
tismo de todos, se sobreponga á la desgracia.

Coloque sobre féretro que encierra ilus-
tres despojos corona fúnebre, como sentida
ofrenda de los leales reformistas de Cuba, y
hágase intérprete cerca Prensa del profun-
do duelo que nos aflige.—MARQUÉS DE RA-
BELL.»

Inmediatamente el Sr. Dolz transmitió al
señor Duque de Medina Sidonia, Mayordomo
mayor de SS. MM., el siguiente despacho:

«Mayordomo mayor de SS. MM.:

Cumpliendo encargo telegráfico que hace
desde Habana el Marqués de Rabell, jefe del
partido reformista, ruego á V. E. eleve á Su
Majestad el profundo testimonio, nuestro pé-
same por alevosa muerte ilustre Presidente
Consejo, gloria nuestra Patria, por cuya inte-
gridad y honor realizó tan prodigiosos esfuer-
zos.

El partido reformista confía en que el viril
ejemplo que la víctima lega al patriotismo de
todos, hará que la Nación se sobreponga á
tan grande desgracia.—Dolz.»

VII

MANIFESTACIONES DE PÉSAME

AL HERMANO DEL SEÑOR CÁNOVAS

Recibió numerosos telegramas de España
y algunos del extranjero, que no hay para qué
reproducir, comenzando por el del Mayordomo
mayor de S. M. la Reina Regente, en nombre
de ésta, y el del Secretario de S. A. la Infanta
doña Isabel y siguiendo por el que á continua-
ción se transcribe del señor Marqués de Gri-
jalva, fechado en Sainte du Decalle, residen-
cia de S. M. la Reina doña Isabel:

«Al dolor sin consuelo de usted y de toda
su querida familia, mañana lunes asistirá
S. M. y asistirá toda su servidumbre á la misa
que ha ordenado la Reina por el alma del
gran ciudadano que hemos perdido.»

VIII

TELEGRAMAS

al Gobierno no publicados en la «Gaceta»

EL CARDENAL MONESCILLO

Toledo 9 (10,55 noche).—Su Eminencia con-
tinúa en el mismo estado de gravedad que in-
dicaba en mis anteriores despachos.

Ha dormido á intervalos muy cortos.

Al darle conocimiento del atentado de que
ha sido víctima el Sr. Cánovas, exclamó el
Cardenal Monescillo:

—¡Qué desgracia para España!

El Ministro de Gracia y Justicia ha partici-
pado á Su Eminencia la triste noticia del ase-
sinato del Sr. Cánovas.

Inmediatamente que recibió la noticia el
Cardenal Monescillo, pidió papel, y con pulso
inseguro y auxiliado por un familiar, redac-
tó el siguiente telegrama dirigido al Ministro
de Gracia y Justicia:

«Me asocio desde el lecho del dolor á la
desgracia que aflige al Gobierno de S. M. y á
toda la Nación por la muerte de mi buen ami-
go el señor Presidente del Consejo de Minis-

tros. Elevo preces al Altísimo por el eterno descanso de su alma y ordeno que se hagan solemnes funerales.—EL CARDENAL MONESCILLO.»

El estado de Su Eminencia se agrava por momentos.—C.

Casi todos los Prelados españoles fueron enviando telegramas de pésame, y á la vez que concedían indulgencias, demostraban su pesar pidiendo á Dios por el alma del desgraciado Sr. Cánovas.

Del Sr. Sagasta:

«Atila 8 (4 tarde).—A Ministro Gobernación:

Con profunda pena me entero del telegrama. Estamos todos de pésame. Me pongo incondicionalmente á las órdenes del Gobierno de S. M.—P. M. SAGASTA.»

El Gobierno contestó al telegrama del señor Sagasta en estos términos:

«Los Ministros reunidos dan á V. E. muchas gracias por su sentido telegrama y su patriótica oferta. Dios nos dé acierto á todos para cumplir los nuevos deberes que la desgracia nos impone respecto de la Patria y de la Monarquía.»

Del Sr. Silvela:

«Ruégole exprese Ministro Gobernación mi pena profunda y mi ofrecimiento incondicional de cuanto crea puedo ayudar defensa orden público y apoyo Gobierno.—SILVELA.»

Del General Polavieja:

«Paris 9 (1 mañana).—Siento vivamente asesinato Presidente Consejo, que tan grandes servicios ha prestado, estaba prestando al Rey y á la Patria.

A pesar del estado de mi salud, puede V. E. disponer de mí si juzga necesarios mis servicios.—POLAVIEJA.»

Del Comandante general de la Escuadra:

«Al Ministro de Marina:

Recibido telegrama de V. E. en que me participa el doloroso acontecimiento del villano asesinato del Presidente del Consejo de Ministros. Doy á V. E. y al Gabinete constituido bajo la presidencia del General Azcárraga el más sentido pésame y en el del personal á mis órdenes.»

Del General Calleja:

«Pantecosa 9 (7 mañana).—Hondamente impresionado por criminal atentado contra ilus-

tre patricio que presidía C
tros, me asocio duelo, que
tan grande pérdida.—CALLE

Todos los Capitanes generales, Gobernadores militares y jefes militares, han telegrafado al Ministro de la Guerra dándole pésame por la muerte del Sr. Cánovas y las autoridades reunidas en Madrid para el mantenimiento del

En parecidos términos han dado las autoridades de Marítimas y Puertos.

Del General Lachambre:

«Málaga 9 (30,10 mañana).—Estoy profundamente impresionado por el telegrama que me entero en este momento. Me pongo incondicionalmente al de todos los honores de la Nación, lamentando en este inicuo suceso, que no puede haber siones políticas ni ningún otro.

Ruego á V. E. que hacia el Gobierno de S. M., dispense de mí en todo.—GENERAL LACHAMBRE.

Del General Primo de Rivera:

«Manila 9 (10 mañana).—Capitán general á Madrid.

No tengo frases para expresar mi Patria, por la Reina y por el Rey.

Disponga, hoy con más de mis servicios.

Ruego dé idea de mi dolor.—PRIMO DE RIVERA.»

«Manila 9 (6,25 tarde).—Al Ministro de Ultramar.

En mi nombre y en el de mis subordinados, siento y alientan por V. E. el más vivo y profunda que experimenta la Nación por el asesinato de uno de sus más valiosos miembros.

Atento á mis deberes, como de ahora en adelante para el resto de mi vida, quedo aquí y dispuesto á la lealtad de siempre por la Majestades donde se me complace.—PRIMO DE RIVERA.»

En el Ministerio de la Gobernación, entre otros, los señores

«El Sr. Montero Ríos, Gobernador de Pontevedra, el testimonio de su

CIO QUE MERECE A SUS CONTEMPORANEOS

violenta del Sr. Cán-

ALCALDÍA DE GUADALAJ.

la desgracia ocurrida.
militar que me crea
y pronto.—MARTÍNEZ

Sr. Maura, sabedores
en Santa Agueda, par-
n de todas las concien-
Dios para el alma del
Gobierno su leal con-

re).—Desesperado, sin
de la enorme desgra-
la Patria y sobre la
á usted. Excuso hacer

ar el luto del amigo y
iento como español.—

ures:

0 tarde).—El Cardenal
de Valladolid, que se
nto de Capuchinos de
hallaba unido por la-
a amistad con el señor
ta cumplimentado hoy
dola que está afecta-
ágica muerte del gran
en lloran España y el

E

ACIONES DE DUELO NALES

A DE MADRID

ña Unión Obrera se
a directiva con motivo

posas, dirigir cartas de
a viuda de Cánovas, al
y al jefe superior de
la comisión de la direc-
recibir el cadáver.

una corona con la si-

le Madrid protesta de

«Excelentísimo señor Minis-
bernación:

Guadalajara 12 Agosto

Reunido este Ayuntamiento en
naria en el día de hoy, ha acor-
exclusivamente la misma á consi-
nación que le ha causado el vil
metido en la persona del emine-
el excelentísimo señor Presidente
de Ministros, D. Antonio Cánov-
llo, y nombrar una Comisión de
que asista al entierro de tan escl-
cio, elevando á V. E., como en
hago, la expresión de su más
me por desgracia tan inaudita,
á la vez se sirva transmitirlo á l
viuda de la víctima.—El Alca-
MARÍA VALLES.»

ISLA DE CUBA

10

LA NOTICIA EN LA HABANA.—
DEL CÓNSUL NORTEAMERICANO.—

Un despacho de la Habana dic-
cia del asesinato del Sr. Cánova
gran consternación.

El Cónsul general de los Es-
envió en seguida la expresión d
á Weyler.

Añade que la Bolsa estuvo mu-
friendo gran baja todos los valo-
la noticia de que el General Az-
bía encargado de la Presidencia
había hecho renacer un poco la
FABRA.

DEMOSTRACIONES DE DUELO.—
EL COMERCIO Y EL VECIN

Hasta ayer martes no se supi-
en la Habana la noticia del asesi-
Cánovas del Castillo.

Las tiendas se cerraron, queda-
dos todos los negocios.

Los balcones de las calles pr-
recieron colgados de negro.

Los periódicos expresan el ms-
la pérdida sufrida; consideran e

dudas y temores, y aconsejan á los cubanos que cuenten con el patriotismo de los hombres de Estado españoles y sobre la lealtad española para impedir mayores dificultades en lo sucesivo.—FABRA.

ACTITUD DE LOS TRES PARTIDOS.—LA PRENSA.—
UNA FRASE.—NEGOCIOS SUSPENDIDOS.—LAS
CASAS ENLUTADAS.—TELEGRAMAS DE PÉSAME.
—CORONAS.—LO QUE DICE UN JEFE DE PARTIDO

El corresponsal de un periódico de Madrid en la Habana da cuenta en los términos siguientes de cómo demuestran su pesar en aquella capital todos sus habitantes por la muerte del Sr. Cánovas:

«La Habana está ofreciendo un espectáculo de respeto y de duelo que merecen fijar la atención de España.

Las Juntas directivas de los partidos reformista, constitucional y autonomista han concurrido en pleno á Palacio á consignar su profundo sentimiento ante el General Ahumada.

Los periódicos se publican con grandes orlas de luto corridas á lo largo de todas sus columnas.

La protesta enérgica y violenta contra el crimen, los elogios entusiastas de la víctima y el temor á las consecuencias de la desgracia, se hacen públicos con los más sentidos acentos.

Es muy comentada y ha merecido grandes elogios la frase pronunciada por el Marqués de Rabell ante la Directiva del partido reformista.

Todos los teatros de esta capital han acordado suspender por tres días sus funciones.

En la Bolsa y en la Lonja de víveres se han suspendido las operaciones en señal de duelo.

Ayer ostentaron colgaduras negras los edificios que ocupan las redacciones de los periódicos, el Círculo reformista, Casino Español, Centro Asturiano, Centro Gallego y muchas Corporaciones particulares.

Esta mañana se ha extendido extraordinariamente esa demostración de duelo, apareciendo colgadas de negro centenares de casas, especialmente en los barrios comerciales: las calles del Obispo, Orreilly, Mercaderes, Muralla, Monte y otras, son las que más enlutadas se ostentan.

El General Ahumada recibe numerosos telegramas de pésame.

Es inmenso el número de coronas que por

cable se encargan á Madrid; puedo asegurar que á estas horas llegan á 100 las órdenes dadas con ese objeto.

El Sr. Montoro, que se muestra afectadísimo, ha declarado que la muerte de Cánovas, á más de una desgracia nacional, es un duro golpe para Cuba, porque ningún hombre de la historia conservadora que Cánovas tenía hubiera sido capaz de dar pasos de avance tan resueltos en política colonial; su concurso desde el Poder y desde la oposición para la obra de las libertades cubanas ha de dejarse sentir mucho—agregó el elocuente orador autonomista.

Se reciben con ansiedad los telegramas de Madrid, y es general la creencia de que esta catástrofe hará crecer el patriotismo de todos los españoles para resolver rápidamente la cuestión de Cuba.

La nota general es de unión y de apoyo resuelto á los Poderes públicos.

ITALIA

TRISTEZA POR LA MUERTE DE CÁNOVAS

San Sebastián 13 (1 tarde).—El Embajador de Italia, actualmente en Zarauz, ha dirigido al Duque de Tetuán una nota concebida en estos términos:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. los siguientes telegramas:

El primero dice:

«El Consejo comunal de Nápoles, asociándose á la general indignación provocada por el horrendo asesinato que priva á España de un ilustre estadista, ruega á V. E. sea intérprete de los sentimientos de los habitantes de esta ciudad cerca del Gobierno español y de la viuda del Sr. Cánovas.—Firmado: MARQUÉS CAMPOLATOR.»

El segundo telegrama dice:

«La Cámara de Comercio de Nápoles ruega á V. E. interprete cerca de ese Gobierno el sentimiento del gremio de comerciantes y su indignación por el cruel asesinato del Presidente del Consejo, Sr. Cánovas del Castillo.»

El tercero dice:

«El Consejo provincial de Avellino, horrorizado por el execrable asesinato del gran estadista y Ministro Cánovas del Castillo, lamenta la pérdida y ruega á V. E. participe á ese

Firmado: Pre-

mitir á V. E.
entro de la ge-
lad del dolor.

-LAS LISTAS

nado ha pedi-
no exprese al
s por el asesi-

as se han ins-
españolas.
a carta al Mi-
y Humberto,

bierno mi pé-
oso estadista,

SIONES DE IM-
ESCONOCIDO DE

ea y otros Mi-
e de Benomar
l Sr. Cánovas.
ios de Estado,
sonajes de la
madores y Di-
sta capital, se
España.

lli es descono-
cia italiana, y
e ha sido con-
era ni por los

recibido el si-
el Alcalde de

Intérprete ge-
de la ciudad
stre Presiden-
l Castillo, en-
funda del sen-
el luto de esa
OLI.

MADRID

astro compaño-
Gallego, una

carta, en nombre de la colonia italiana resi-
dente en Madrid, en la cual se dice:

«La colonia italiana de Madrid, de la que formo parte, se asocia de todas veras al dolor que embarga á España por la pérdida de uno de sus más ilustres hijos. Ni puede ser de otro modo. Porque siendo España é Italia naciones hermanas, comunes á ambas han de ser sus tristezas y sus venturas. La colonia italiana en Madrid, que exterioriza sus sentimientos dedicando una corona á Cánovas, protesta indignada del hecho abominable realizado por un malvado que no podía llamarse hijo de Italia, porque los réprobos no tienen patria.

Por la colonia italiana de Madrid, PEDRO BOSSI.»

* * *

Marsella 10 (1 mañana).—La prensa local publica extensos pormenores acerca del crimen de Santa Agueda, y dedica al eminente estadista frases de elogio.

La colonia española, vivamente impresionada, se asocia al duelo nacional y protesta indignada contra la doctrina que pone en práctica procedimientos criminales.—C.

TANGER

La noticia del hecho ha causado en Tánger tristísima impresión.

En la Legación española ondea la bandera á media asta.

El cuerpo diplomático se ha apresurado á dar el pésame al ministro de España.

Han visitado al ministro de España, con objeto de manifestarle el profundo sentimiento que ha producido el asesinato del ilustre estadista, la misión católica, la militar y la Cámara de Comercio.

* * *

El 9 de Agosto el Consejo federal de Berna telegrafió á M. Lardet, Cónsul general de Suiza en Madrid, el encargo de transmitir al Gobierno español la expresión de todas sus simpatías á propósito del asesinato del Sr. Cánovas, añadiendo que el Vicepresidente, M. Ruffy, había hecho por la mañana, á nombre del Consejo federal, una visita de condolencia al Sr. Tejada, Cónsul general de España en Berna.

Londres 9.—Al recibirse la noticia del asesi-

nato del Sr. Cánovas, el Embajador británico en Madrid fué encargado por el *Foreign-Office* de hacer conocer los sentimientos de viva condolencia de la Reina Victoria á la Reina Regente, á la señora de Cánovas y al Gobierno español.

Viena 10 Agosto (despacho).—El Conde de Welsersheimb, primer jefe de Sección del Ministerio de Negocios Extranjeros, ha expresado al Marqués de Hoyos, Embajador de España, á nombre del Gobierno de Austria-Hungría, las condolencias del mismo con ocasión de la muerte de Cánovas del Castillo.

TELEGRAMAS

no dirigidos al Gobierno ni á la familia de Cánovas, pero sí relativos á su muerte.

EL SR. CASTELAR

Vitoria 9 (6,15 tarde).—Al subir las escaleras del balneario de Santa Agueda me encuentro al Sr. Castelar, que llegó esta mañana (1).

El ilustre repúblico anda vacilante; está como atontado por el aplanamiento que le ha producido el crimen.

Me dice:

—¡Qué desgracia! ¡Ya lo sabe usted, Cánovas era un hermano mío!

(1) Según telegrama de San Sebastián del Sr. Loma, del mismo día, fué á visitar á Castelar antes de su salida para Santa Agueda, para rogarle le manifestase la impresión que le había causado la muerte de Cánovas.

El insigne orador le contestó muy conmovido:

«—No estoy para hacer frases, sino sólo para sentir en el alma la muerte del amigo querido.»

Esta noche salgo para verme á las órdenes de la pobre Joaquina. ¡Desdichada! ¡Qué golpe tan terrible!

Le pregunté cómo había sabido la noticia, y me contestó:

«—Me hallaba corrigiendo las pruebas de la *Historia de España*, y me llamaron diciendo que me buscaba el Sr. Graner.

Me chocó mucho, por ser la hora de los toros. Salí. Y me dijo:

—Han matado á Cánovas.

Viendo la impresión horrible que la noticia me causaba, trató de calmarla, diciéndome:

—No ha muerto. Está herido levemente.

Luego, al venir de los toros la señora de Triana, supe que, por desgracia, la noticia de la muerte de Cánovas estaba confirmada oficialmente.»

En la madrugada de hoy saldrán para Santa Agueda los Sres. Castelar y el duque de Tetuán.

Marcho con ellos.

Y añade:

—Antonio llevaba estos últimos tiempos la cruz de todos los españoles. El sólo la sostenía.

Sentía el presagio de una gran catástrofe. No sabía cuál; pero sí que había de ser muy inmensa y terrible.

Y, por desgracia, han venido los hechos á comprobarlo.

Su muerte gloriosa le abre la inmortalidad.

Contóme después el Sr. Castelar que inmediatamente después de llegar á Santa Agueda, se fué á consolar á Joaquina Osma, á la inconsolable viuda del Sr. Cánovas, que se halla en un estado de hiperestesia y sostenida sólo por su fibra y su nervio, que son muy grandes.

El eminente tribuno dice que no ha pasado en su vida una mañana tan dolorosa como ésta, en que vió el cadáver de su entrañable amigo y habló con la infortunada viuda.

LA POLÍTICA.—LA SOLUCIÓN LIBERAL

A continuación me preguntó el Sr. Castelar con vivísimo interés qué se piensa en Madrid y qué dicen de la resolución de la crisis.

Referíle entonces la conferencia sostenida en la estación de Valladolid entre los señores Martínez Campos y Elduayen, y le dije que todo hacía creer que la solución sería la venida al poder del Sr. Sagasta.

Le apunté después la idea de un Gobierno nacional, presidido por él, á lo que me replicó Castelar:

«—No. Serviré á mi Patria mucho mejor fuera del Gobierno.

Sólo podría aceptarle bajo la forma republicana.

Debe entrar Sagasta con el apoyo decidido é incondicional de los conservadores para resolver lo antes posible el problema de Cuba.»

Y añadió:

«—No me pregunte usted más.

Ayudo á constituir al país, no á destruirlo.»

Y terminó diciendo:

«—Otras personas, aun regias, serían sustituibles. Cánovas no tiene sustitución.»

El Sr. Castelar ha recibido de Nueva York el telegrama siguiente, que ha comunicado á la señora viuda de Cánovas y al señor Ministro de Estado, enviando el original á este último.

—Madrid.

anos se sienten
del asesino, y
ías por el Go-
lia del difunto

ando que seáis
un mensaje de
ue se interesan
n española, os
á sus expensas,
pecto de Cuba
ente por el abo-
do una enorme

HEARST.»

Á «EL LIBERAL»

quiera producido
la muerte de
sejo de Minis-
sesino, no sólo
ino motivo de
á sus hechos,

ESDE MÁLAGA,

n el combate...
ciones y prin-
partidos. Sin

cada alguna la primera palabra que en el
Congreso se pronuncia, será para inscribir
su nombre en la lápida que aguarda el de un
martir de la Patria, y que no puede recibir
otro más digno.»

TELEGRAMA DEL PRÍNCIPE DE BISMARCK

«Deploro pérdida gran hombre de Estado,
de quien admiraba el talento y el carácter.»

Muchos periódicos extranjeros publicaron
además, y reprodujeron los de España, lo si-
guiente:

UNA FRASE DE BISMARCK

El famoso excanciller Bismarck es uno de
los personajes que más expresivamente han

teleografiado su duelo á la ilustre viuda de Cá-
novas.

Dice en su despacho que nunca se inclinó
ante nadie, pero lo hacía cuando en su pre-
sencia nombraban á Cánovas.

TELEGRAMA DE FOGGIA, PUEBLO NATAL
DE ANGIOLILLO

«Al Presidente del Consejo de Ministros de
la nobilísima España: Ruego á V. E. expre-
se á ese Gobierno unánime sentimiento y pro-
fundo pesar de los habitantes de Foggia, los
cuales, indignados, protestan execrable de-
lito cometido por criminal Angiolillo, que la
suerte hizo, por desgracia, naciera en este
pueblo.»

MANIFESTACIÓN EN MONTEVIDEO

San Sebastián 16 (3,15 tarde).—Nuestro Mi-
nistro en Montevideo comunica que, al ser co-
nocida allí la noticia del asesinato de Cánovas,
los presidentes de las Sociedades españolas
promovieron una imponente manifestación
de 20.000 almas.

Acudieron al acto, asociándose al duelo de
los españoles, el Gobierno y las personalida-
des más notables de la República.

El doctor Suñer, presidente del Casino Es-
pañol, pronunció un discurso de enérgica pro-
testa.

La prensa de Montevideo hace suyo el do-
lor de España.—KELLER.

XII

MANIFESTACIONES DE PÉSAME

DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA
Y DE BELLAS ARTES

I

La primera de dichas Reales Academias
dirigió á la señora viuda de Cánovas la co-
municación siguiente:

«Excelentísima señora doña Joaquina Osma
y Zavala, viuda de Cánovas:

Excelentísima señora. Esta Real Academia,
poseída á la vez de un dolor profundo por la
irreparable pérdida de su amado director, el
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo,

y del más vivo sentimiento de indignación por el alevoso atentado del que fué víctima el día 8 del corriente aquel eminente hombre público, en sesión extraordinaria celebrada en la noche de ayer acordó por unanimidad elevar á V. E. la expresión de la cordial premura con que se asocia á su inmensa pena por tan imprevisto infortunio. La Academia no olvidará nunca al hombre superior que, dirigiendo los destinos de su Patria desde el eminente puesto de Presidente del Consejo de Ministros, no desatendió ni los más insignificantes deberes de su cargo de director de este Cuerpo académico.

Tendrá siempre presentes sus relevantes dotes de historiador y de crítico profundo, su exquisito gusto en materia de artes y letras, la facilidad con que trataba las cuestiones de estética clásica como un helemo de los mejores tiempos, y recordará sobre todo que aquel literato con genio de artista era como hombre de Estado la más segura salvaguardia de los verdaderos amantes del orden, de la paz, del progreso intelectual y moral y de la prosperidad de su país.

Sirvan á V. E. de consuelo estas líneas, como expresión espontánea del afecto que profesaba la Real Academia de la Historia á su dignísimo director, y de su deseo sincero de que baje pronto la santa paz del cielo al atribulado corazón de V. E., calmando sus dolores.

Dios guarde la vida de V. E. muchos años.

Madrid 10 de Agosto de 1897.—El secretario perpetuo, PEDRO MADRAZO.

* * *

También dirigió otra carta á D. Emilio Cánovas del Castillo, concebida en estos términos:

«Excmo. Sr. D. Emilio Cánovas del Castillo:

Muy señor mío y de toda mi consideración y (1) aprecio: La Real Academia de la Historia, dolorosamente afectada al tener conocimiento del bárbaro atentado cometido contra la persona de su amado director, el Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su señor hermano, me encarga que transmita

á usted el miento.

Esta Academia su frente a taba los m de Estado contribuía su luminosa en que ho instituto li

La Provincia, dispu tro país le nuestro Ci del prestig

Usted ha consejero i go; pero d pena el cor no son seña de parte d como ella desgracia c y la Monar bién su die do para s prueba á q

Toda la á usted el de su since me repito cretario pe

La prop Gobierno l «Excelen rra, Presid nistros:

Excmo. i Historia, t del bárbar día 8 del a amado dire novas del (dinaria en l bierno de f mo Preside menso dolo

Era hoy Estado la i social y el i Real Acade

(1) D. E. Cánovas recibió otras muchas manifestaciones y telegramas de pésame, que se omiten en gracia de la brevedad.

mo tiempo que un crítico pronterias de su instituto, un emita de dotes tan excepcionales.

2. transmitir á los demás señores la Corona, sus dignos compañe- lial manifestación de la Acade- de la Historia.

3. á V. E. muchos años.

le Agosto de 1897.—Por acuerdo mia.—El secretario, PEDRO DE

II

emia de Bellas Artes de San

or: Esta Real Academia, que se on pena é indignación del crimi- le que ha sido víctima su herma- Sr. D. Antonio (q. e. p. d.), emi- y digno individuo de esta Cor- cordado enviar á V. E. su sen- expresión del duelo verdadero ga por pérdida tan dolorosa é

4. á V. E. muchos años.

5. Agosto de 1897.—El secretario óN AVALOS.

D. Emilio Cánovas del Castillo.

III

uda de Cánovas recibió además omenaje de la Junta patriótica rk:

ma señora doña Joaquina de Cánovas:

nuestra: La Junta patriótica es- e organizada con el objeto ex- tribuir al fomento de la Marina España, no podía permanecer diferente ante la inmensa des- ba de experimentar la Nación del ilustre estadista D. Antonio Castillo.

estaba identificada con la his- paña moderna la noble y he- el digno esposo de V. E., que ñoles aquí residentes, al tener me atentado que ha puesto fin

á la preciosa vida del gran patriota, hemos ex- perimentado la indignación y el dolor que nos causara un atentado contra la misma Patria.

Movidos, pues, por esos sentimientos, y sin inquirir las ideas políticas de sus miembros, puesto que aquí somos por encima de todo es- pañoles, la Junta patriótica tomó la iniciativa y la representación de la colonia en disponer la celebración de solemnes honras fúnebres por el alma del ilustre finado, las cuales se ve- rificaron el día 18 del corriente mes en la igle- sia de San Vicente de Paul, de esta ciudad.

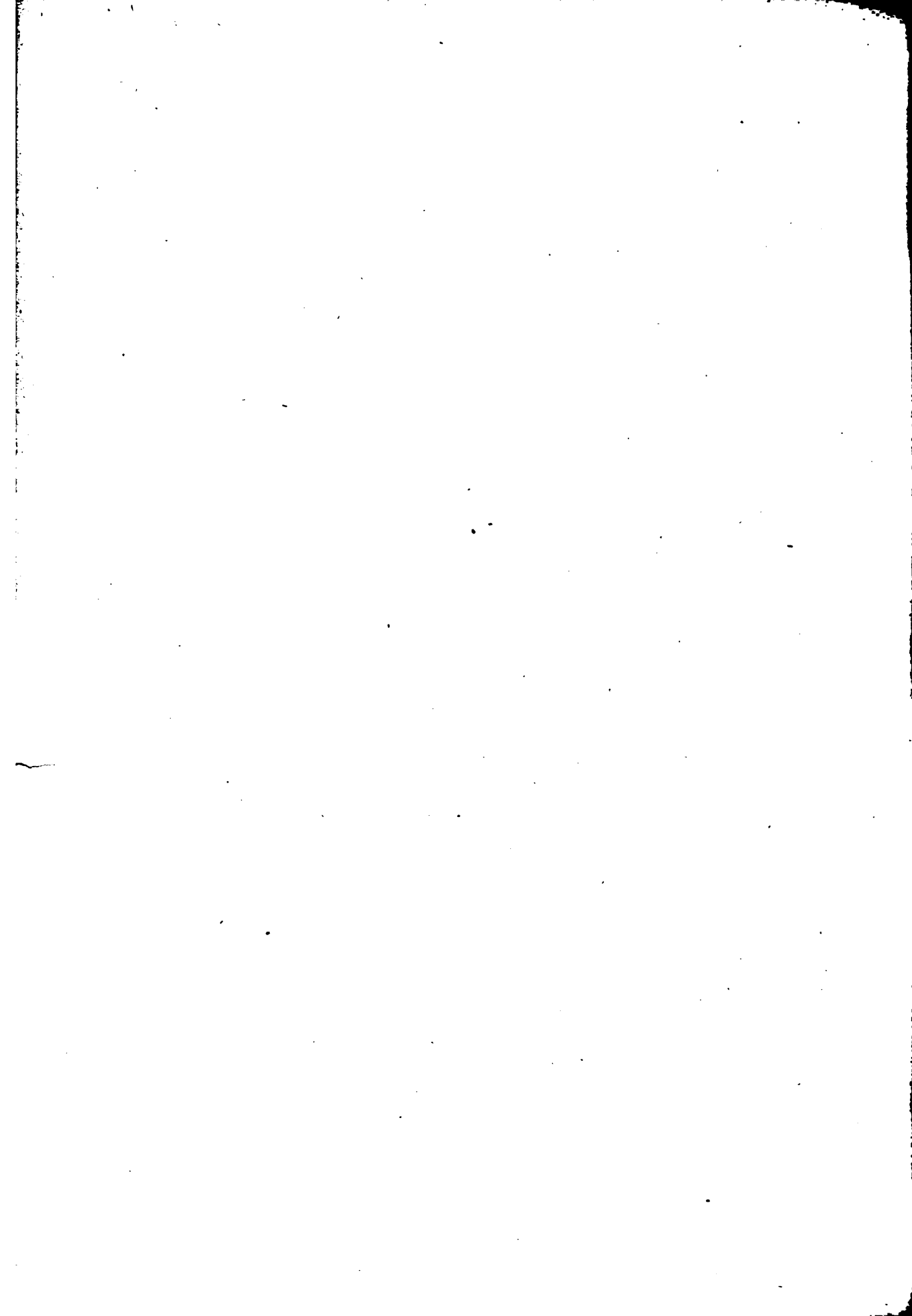
Como humilde recuerdo de ese acto rendido á la memoria de quien tanto hizo por España, la Junta patriótica tiene asimismo el honor de remitir á V. E., por separado, las cintas de las coronas depositadas sobre el túmulo durante aquella función religiosa, las cuales fueron re- mitidas por las personas y entidades que se expresan:

El excelentísimo señor Ministro de España en Washington, D. Juan M. Ceballos, agente en esta plaza de la Compañía Trasatlántica española; la «Associated Spanisch et Cuban Press» (Asociación de periodistas españoles y cubanos); *Los Novedades*, de Nueva York, pe- riódico español, y la Junta patriótica española.

Al reiterar, excelentísima señora, la expre- sión del profundo dolor con que los españoles residentes en esta Metrópoli lamentamos una pérdida tan sentida para V. E., para la Patria y para todos los españoles, elevamos votos al Todopoderoso por que conceda al espíritu de V. E. la resignación que ha menester para sobrellevar tamaña desventura, y para que permita á su alma gozar del consuelo que en- traña el grandioso y conmovedor espectáculo que ofrece una Nación agradecida, al efec- tuar la apoteosis del hombre que con colosal esfuerzo supo conquistar para ella tantos días de gloria y ventura.

Sírvase aceptar, excelentísima señora, la expresión de nuestros sentimientos y de nues- tro respeto.

Por la Junta patriótica española.—El pre- sidente honorario, ARTURO CUYÁS.—El presi- dente, JOSÉ F. NAVARRO.—El vicepresidente, EMILIO M. CASTILLO.—El tesorero, CIRIACO VIADERO.—El secretario, EMILIO LÓPEZ.—El contador, JOSÉ PANDO.»



SECCION SEGUNDA

Honores fúnebres.

I

ENTIERRO DE CÁNOVAS (1)

Un Real decreto, fechado en San Sebastián el 9 de Agosto de 1897 y publicado en la *Gaceta* del 10, disponía lo que se transcribe á continuación:

REAL DECRETO

«Queriendo dar un insigne testimonio del profundo dolor que ha causado en mi Real ánimo y producirá en la Nación el fallecimien-

(1) La muerte del Sr. Cánovas fué objeto durante muchos días, no solo de general conversación y de artículos de periódicos políticos y literarios, sino de noticias más ó menos exactas de su juventud, familia á que pertenecía y casa en que nació en Málaga. En el artículo *Los primeros años de D. Antonio Cánovas del Castillo*, que sigue á la *Introducción*, y en varias notas puestas en la notable *Neurología* del Sr. Vignau y Bailester, que también figura á la cabeza de la obra, se rectifican algunos datos sobre los particulares expresados; mas entre las cosas, no muchas, olvidadas, se encuentra la partida de bautismo, que publicaron algunos periódicos, á la muerte de Cánovas, y no pareciendo que huelguen juntos el acta de defunción, y el de nacimiento, se inserta el último á continuación:

«En la ciudad de Málaga, en once de Febrero de mil ochocientos veinte y ocho: Yo D. José Lucena, Cura Teniente de esta Parroquia de los Stos. Mártires Ciriaco y Paula, bauticé á *Antonio, Emilio, Juan de Mata*, hijo legítimo de D. Antonio Cánovas, natural de la ciudad de Orihuela, y de D.^a Juana Castillo, natural y ambos vecinos de ésta: nieto paterno de otro D. Antonio Cánovas y de D.^a Isabel García, y materno de D. José Castillo y D.^a Juanita Estebanés: declaró dicho su padre no haber tenido otro hijo de este mismo nombre y aseguró que nació el día 8 del corriente. Padrinos D. Antonio Ferrán y D.^a María de la Concepción Herrera, su mujer, á los que advertí su obligación y parentesco: testigos D. José Solano y Fernández de León, de esta vecindad. Doy fé.—*José Lucena.*»

to del eminente hombre de Estado de mi Consejo de Ministros D. Antonio Cánovas del Castillo, muerto en los momentos que más Patria de su grande inteligencia, dotes, y para significar asimismo el dolor y consideración en que he tenido sus servicios y lealtad, de acuerdo con el Consejo de Ministros;

En nombre de Mi Augusto Hijo Alfonso XIII, y como Reina del Reino,

Vengo en decretar lo siguiente:
Artículo 1.^o Se tributará al D. Antonio Cánovas del Castillo honores fúnebres que la Ordenanza de Intendencia general de Ejército que me confiere con mando en Jefe, celebrando en Madrid solemnes exequias el día 11.

A la conducción del cadáver y concurrirán Mi Consejo de Ministros y las Comisiones de todos los Cuerpos como militares.

Art. 2.^o Por Mi Ministro de Gracia y Justicia se dirigirán Cartas Reales á los Señores Arzobispos, Revesd. Obispos, Revesd. Capitanes generales y jurisdicciones que en todas las Iglesias, Capitanías y Parroquias de sus diócesis hagan celebrar el correspondiente culto de difuntos.

Art. 3.^o Durante tres días desde el siguiente á la fecha de este decreto, vestirán luto riguroso la familia del Estado.

Dado en San Sebastián á nueve de mil ochocientos noventa y siete.—El Presidente interino de Ministros,—MARCELO DE

CEREMONIAL

APROBADO POR LA REINA REGENTE DEL REINO, EN NOMBRE DE SU AUGUSTO HIJO EL REY (QUE DIOS GUARDE), POR REAL ORDEN DE ESTA FECHA, PARA LA TRASLACIÓN DEL CADÁVER DE DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, PRESIDENTE QUE FUÉ DEL CONSEJO DE MINISTROS, DESDE SU DOMICILIO, EN EL PASEO DE LA CASTELLANA, AL CEMENTERIO DE LA SACRAMENTAL DE SAN ISIDRO; ACTO QUE SE VERIFICARÁ EL DÍA 12 DEL CORRIENTE Á LAS CUATRO DE LA TARDE.

1.º Por los respectivos Ministerios se invitará á todas las corporaciones, funcionarios y dependientes de los mismos, para que asistan á esta ceremonia, de uniforme ó con el traje correspondiente á sus respectivos cargos, debiendo hallarse á la citada hora en el referido domicilio.

2.º Asistirán todo el Clero parroquial, con mangas y estandartes, y las Sacramentales y Cofradías, con sus respectivas parroquias.

3.º A la llegada del cadáver al cementerio, se entonarán en él el responso y oficio de sepultura.

4.º En el acompañamiento del cadáver, fuera de los puestos designados á las personas y corporaciones que tienen una representación especial, la colocación de los demás que asistan, se verificará sin distinción de clases.

5.º Presidirá el duelo el Consejo de Ministros, con el Representante de S. M. la Reina, los Presidentes de los Cuerpos Colegiados, los Prelados y las personas que, en nombre de la familia del finado, concurren al acto.

6.º Para la debida colocación de los concurrentes, cada Ministerio y dependencia comisionará dos de sus empleados, que reconozcan á los de su ramo y les indiquen su puesto en la comitiva.

7.º El acompañamiento se dirigirá por el Paseo de la Castellana, el de Recoletos, Plaza de Madrid, calle de Alcalá. Puerta del Sol y calle Mayor á la Cuesta de la Vega, á cuya entrada tendrá lugar el desfile de las tropas que se hallen cubriendo la carrera, despidiéndose allí el duelo y continuando el cadáver al cementerio con la guardia de honor de Alabarderos, la Artillería y el batallón de Infantería que preceden al Clero, y el regimiento de Caballería de escolta.

8.º El orden de la comitiva será el siguiente:

a) Una sección de Guardia Civil de Caballería, que abrirá la marcha.

b) Cuatro piezas de Artillería montada.

c) Un batallón de Infantería.

d) Acogidos de los Establecimientos de Beneficencia.

e) Las Cofradías y Sacramentales con sus respectivas parroquias; la de la Concepción en lugar preferente, como parroquia del finado, con cruz alzada.

f) Carro fúnebre, llevando las cintas del féretro un Capitán General de Ejército, el Almirante ó un Vicealmirante de la Armada, un ex-Presidente del Consejo de Ministros, un Caballero del Toisón de Oro, un Vicepresidente del Senado, un Vicepresidente del Congreso, un Académico de la Historia y el Presidente del Ateneo.

g) Dos hileras de Alabarderos, á los costados del féretro.

h) Los porteros del Congreso, de la Presidencia del Consejo de Ministros y dos de cada uno de los restantes Ministerios y dependencias del Estado y los criados del difunto, irán á la inmediación del féretro con hachas encendidas.

i) Los concurrentes se colocarán por el orden que sigue:

Los que no tienen puesto especial designado.

Los Generales, Jefes y Oficiales del Ejército y Armada.

Ayuntamiento y Diputación provincial de esta capital, precediéndoles los que de otras poblaciones y provincias asistan en corporación.

Antoridades de la provincia.

Tribunal de la Rota.

Tribunal de las Ordenes y Diputaciones de las Ordenes Militares.

Tribunal de Cuentas.

Junta Consultiva de Guerra.

Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Tribunal Supremo de Justicia.

Consejo de Estado.

Diputados á Cortes.

Senadores.

Capitanes Generales de Ejército y Almirantes de la Armada.

La presidencia del duelo.

Cuerpo de Alabarderos y Escolta Real.

El regimiento de Caballería de escolta.

9.º Las tropas, en traje de gala, se hallarán tendidas en la carrera, con arreglo á Ordenanza, y seguirán al regimiento de Caballería de escolta, después que pase el acompañamiento.

10.º Detrás de las tropas irán los cochés del finado y los del Gobierno, Corporaciones y particulares.

11.º Terminados en el cementerio los rezos y oficio de sepultura, la recibirá el cadáver, haciéndose las silvas de Ordenanza.

Madrid 10 de Agosto de 1897.

AZCÁRRAGA.

II

RELACIÓN

tomada de «El Imparcial» correspondiente al sábado 14 de Agosto de 1897.

MANIFESTACIÓN SOLEMNE

La conducción del cadáver del Sr. Cánovas al cementerio de San Isidro ha dado lugar á una imponente y grandiosa manifestación de duelo que será recordada siempre por cuantos la presenciaron, y que significa no sólo el homenaje al muerto ilustre, sino la protesta social contra la barbarie anarquista.

La tarde fué espléndida y no tan calurosa como correspondía á los días caniculares que atravesamos.

En todo el largo trayecto, desde el final del paseo de la Castellana á la Cuesta de la Vega, había grande aglomeración de gente. En las vías centrales era imposible transitar y la Guardia civil de caballería y los guardias de orden público trabajaban sin descanso para dejar expedito el camino que debía recorrer el fúnebre cortejo. Los edificios públicos, los círculos y casinos y alguna casa particular, tenían en los balcones colgaduras de luto. Las banderas de los centros oficiales estaban izadas á media asta.

Desde las dos de la tarde el movimiento de carruajes era grande en todo Madrid. Desde los trenes solemnes de la Real casa, las embajadas, las Cámaras y los Ministerios, hasta los humildísimos coches de alquiler, puede decirse que todos los carruajes de Madrid se dirigían á la Huerta, ya conduciendo comi-

nes enlutadas y funcionarios vestidos de reluciente uniforme, ya gente curiosa que deseaba buscar sitio cómodo para presenciar el paso del entierro.

En la Castellana, á las tres y media de la tarde, el espectáculo era brillantísimo. Iban acudiendo las tropas que iban á cubrir la línea; llegaban al trote los lucidos escuadrones de húsares; desfilaba, marcando el paso con arrogante marcialidad, al compás de tambor y pífano, el zaganete de alabarderos; corrían ordenando la colocación de tropas los generales y jefes segundos de ayudantes, y en suma, la España oficial desplegaba sus esplendores para honrar la memoria del jefe del Gobierno fallecido.

En los árboles del paseo de la Castellana, según dijimos ayer, habían sido colocados grandes tarjetones en que se leían los nombres de las corporaciones, hermandades y centros, para que pudieran colocarse fácilmente en su puesto.

EN LA HUERTA

UNA MISA

Se celebró ayer á las diez de la mañana por el dominico fray Fernando Argüelles, á la que asistieron únicamente la señora de Cánovas, el Duque de Arión y los Sres. Morlesín (don Atanasio y D. Juan), quienes permanecieron la noche última velando el cadáver.

HONORES

Desde por la mañana, una batería colocada detrás de la calle de Diego de León, estuvo haciendo las silvas de ordenanza.

El zaganete de alabarderos, que da guardia de honor al cadáver, se instaló durante la noche en la biblioteca.

DESCUBRIMIENTO DE LA CAJA

A la una del día se procedió á levantar la tapa del féretro, escena que presencié la ilustre viuda, acompañada de la señora de D. Guillermo Osma y de los Sres. Morlesín.

El cadáver apareció bajo el cristal velado por un paño; se hallaba en completo estado de descomposición.

EL MOMENTO SUPREMO

Va acercándose la hora señalada para la salida del fúnebre cortejo; á la Huerta han ido

llegando las personas más allegadas de la familia, figurando como únicas damas arrodilladas en la capilla ardiente, además de la viuda, que no se separa del cadáver, la señora de D. Emilio Cánovas, su hija y su hija política, la señora de Cánovas y Vallejo, y la señora de Osma (D. Guillermo); han penetrado ya en la sombría estancia todos los Ministros, de gran uniforme; los Presidentes de ambas Cámaras; el representante de S. M. la Reina, Duque de Sotomayor; el de S. A. la Infanta doña Isabel, D. Alonso Coello; el señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá (1), y el Duque de Arión, que viste el uniforme de los maestran-tes de Granada; los sobrinos del insigne estadista, su amigo íntimo el Sr. Rivera y los Sres. Morlesín y Osma se disponen á levantar en hombros el féretro para conducirlo hasta la carroza mortuoria que aguarda ante la verja del paseo de la Castellana; resuenan en el parque los acordes de la Marcha Real, y suena la hora solemne, el trágico momento en que los restos mortales del gran hombre de Estado han de abandonar para siempre aquella suntuosísima morada que durante diez años fué albergue delicioso de su dicha y apropiado marco de su genio.

Son contadas las personas que presencian el acto; en todas ellas produce una impresión inmensa; han desaparecido todas las coronas que rodeaban el féretro; una tan sólo, la de doña Joaquina Osma, de violetas de Parma, permanece allí para ser luego depositada en el carro fúnebre; alzan el féretro los señores Cánovas (D. Antonio, D. José, D. Máximo y D. Jesús), los Sres. Morlesín, Rivera, Osma y Martínez Marín, y descienden por la suntuosa escalinata, seguidos de las personas que presiden el duelo.

LA OOMITIVA

A las cuatro y cuarto se puso en movimiento el fúnebre cortejo en el siguiente orden:

Dos arzones de artillería con coronas.

Siete *landeaux* con coronas.

Las hermandades de las respectivas iglesias con sus estandartes.

Mangas y ciriales de todas las parroquias de la corte.

(1) Al hermano único del finado, autor de este libro, presente también, le hicieron retirar de allí atendida su extremada aflicción.

Clero de todas las parroquias y el de la Concepción con cantores.

Asilados de San Bernardino y del Hospicio con hachas encendidas.

Guardas del Parque de Madrid y de la Moncloa.

Gran carroza-estufa, de ébano, con grandes plumeros, y arrastrada por ocho caballos empenachados de negro y con gualdrapas de terciopelo bordado, que conducía el cadáver.

Junto á la carroza iban los porteros del Senado, Congreso, Presidencia del Consejo, Ministerios, Academias de la Lengua, de la Historia, de la de Bellas Artes de San Fernando y de Ciencias Morales y Políticas con hachas encendidas y varios individuos de la servidumbre de los señores de Cánovas.

Daban guardia de honor seis alabarderos.

Detrás iba el duelo: primero el general, compuesto de las Comisiones llegadas de provincias, entre ellas las de las Diputaciones de Málaga y Murcia, bajo mazas; la Asociación de la Cruz Roja y la de Milicianos veteranos; después, los Generales, jefes y oficiales del Ejército; la Diputación de Madrid bajo mazas y el Ayuntamiento en la misma forma; empleados de la Presidencia y de todos los Ministerios, vistiendo unos de frac y otros de uniforme; los Tribunales de la Rota, Ordenes y Diputaciones militares; religiosos de las Ordenes de Filipinas, agustinos, dominicos, franciscanos y recoletos; el Tribunal de Cuentas; el Consejo Supremo de Guerra y Marina; la Junta Consultiva de Guerra; el Tribunal Supremo; el Consejo de Estado; los Senadores y Diputados á Cortes, unos de frac y otros de uniforme; el Cuerpo diplomático extranjero, precedido de los altos funcionarios del Ministerio de Estado y la presidencia del duelo.

Seguían el Real Cuerpo de alabarderos, formado en columna de honor y con la música á la cabeza tocando marchas fúnebres; la escolta real, en traje de gala; el coche oficial y el particular del Sr. Cánovas, ambos enlutados y con los faroles encendidos; tres carrozas de la Real casa, precedidas de un correo de gabinete; los regimientos de húsares de la Princesa y de Pavía; carrozas de gala del Congreso, del Senado, de la Diputación y del Ayuntamiento en número de catorce; los coches de los Ministros, y después un número incalculable de carruajes.

A SUS CONTE

de Calatrava,
púlveda, Til
Casa-Mirand
ches; vizcon
de, barón del

Generales

fiores Borbór
y López, Ard
nosa, Moño,
Pinto, Rodrí
manes, Mufi
Cortés, Oroz
García Peña,
dalgo, Terry,

Los conseje
rra y Marina
Campa y Tel
fiores Danvil
Cuerpo por e
guez (D. Tibu
ros, Alcánta
los Ministros
administrativ
Serna, Valve
ño y López (C
bunal de Cue
Ministros de
Vega, Catalir
Canido y el fi

Señores Vi

(D. Mariano).
(D. Gustavo),
tínez (D. L.
Andrade, An
Badía, Balbá
Romero, Bo
(D. Manuel),
cios, Canido,

Castro Gaval
y Pujol. Cor
Crespo Quint
Eleuterio), di
bacos: Díaz
Cordobés. Di
y Fernández
nández Daza,
en F. Pérez
Cedrún, Gad
misón, García
Miguel, Gass
ges, Gil de l
Robledo. Go
González Fio

Rioseco.

Marqueses de Aranda, Argelita, Barzana-
llana, Benzú, Bogaraya, Camarines, Canales
de Ochozas, Cañada Honda, Caracena, Cor-
vera, Elduayen, Figueroa, Flores Dávila,
Fuentefiel, Goicoerrotea, Viana, de la Mer-
ced, Altavilla, Viesca de la Sierra, Santa Ana,
Hermida, Pidal, Villaviciosa, Ivanrey, Ibarra,
Larios, Quintanar, Pozo Rubio, Tovar, Tor-
neros, Távora, Vallejo, Villa Real del Tajo,
Garantía, Alboloduy, Campo Sagrado, Cu-
sano, de la Granja, Zafra y Valdeiglesias.

Condes de Pallarés, Montarco, Reparaz,
Romanones, Romera, Toreno, Paredes de Na-
va, Vilana, Atarés, Belascoain, Bernar, Cam-
pillos, Cerragería, Corzana, Malladas, Moral

Gurrea, Hermida, Ibarra (D. T.), Isern, Ugarte, Abarzuza, Albarrán, Angulo, Vizconde de los Asilos, Romero Robledo, Bosch y Fustegueras, Bushel, Concha Castañeda, Cortejarena, Ferreras, García Ramos, González, Cané, Ibarra (D. Eduardo), López Martínez, Maluquer, Martínez del Campo, Moltó, Moya (D. Miguel), Palou y Flores, Martitegui, Orozco, Luceño, Burgos (D. Javier), Petrin, Palacios, Vela, Vega (don Ricardo), Alvarez Mariño, Alvarez Pasarón, Espeliú, Jiménez (D. Julio), Sepúlveda (don Enrique), Rancés, Morote, Lombardero, Arambilet, Fernández Brañas, Canals, Gómez de Baquero (D. Eduardo), F. Villegas, Fernández Shaw, Briones, Febrer, Pérez Magnin, Jiménez, Ramírez, Jázaro, Linares Astray, Luque, Madariaga, Mellado, Marín y Luis, Martín de Oliva, Martínez de la Riva, Molleja, Montilla, Món, Muro y Carratalá, Navarro Ramírez, Michel y Osma, Novo y Colson, Ochando, Osma, Pérez Aloe, Poggio, Puich, Pulido, Quintana, Raho'a, Rivas, Roland, Sánchez Dalp, Sanz Albornoz, San Sevilla, Serrano Alcázar, Silvela (D. Francisco), Suárez de Figueroa (D. Adolfo), Suárez Inclán, Terry, Vázquez de Parga y P-dregal, Prida (D. Francisco), Téllez Girón, Flaquer, García López, Tello (D. Joaquín), Cossío, Lapoulide, Reza Barrado, Gálvez, Iturralde, Guerra y Alarcón, Zamora Caballero, Pero (D. Pedro), Montesinos, Martos (D. Facundo y D. Cristino), Yáñez, López (D. Tiberio), De Blas, Corcuera, Villanueva, Ducazcal, Mathet, Mateos, López Balboa, Guevara, Clot, López Dávila, Riesco, Tejerina, Eslava, Masip, Urbano, Vidal y Llimona, Campa, Rodríguez (don Sergio), Ruiz Márquez, Peña Costalago y Díaz Valero, Martos (D. Jacinto y D. Cristino), Rodríguez Escalera, Marqués, Beltrán, Pol, Cobian, Arrillaga, Gonsálvez, Vaamonde, Retortillo, Ibarrola, Flores Calderón, Sánchez Ocaña, Calleja, Lastra, Mencheta, Cavanella, La Roca, Dóriga, Cruz (D. Francisco), Berro, Díaz Cañabate, Asensio, Cocagne, Moragas, Salaya, Ariño, Novella, Concha Alcalde, Tovar, Gil, Mínguez (D. Adrián), Cos-Gayón (don Manuel, Santiago, Cuartero, Pita (D. Federico), Cortazar, Bombín, Lacasa, Dávila, Acín, Molina, Díaz Cobefia, Villademoros, Commelerán, Barrios, Machero, Corrales, Sabater, González (D. Juan Bautista), Ruano, Refina, Arbós, Fernández y González, Velázquez, La-

rrinúa (D. Pedro), Campos, Sarthou, Antón, Amaral, Conde de Serra, Embajador de Rusia, Marqués de Peñafiel y Vaudevalle.

CENTROS OFICIALES Y COMISIONES

Entre otras Comisiones de provincias, recordamos las siguientes:

Zaragoza.—D. Rafael Pamplona, Alcalde; D. Francisco Gracia y D. Santiago Lorda, Concejales; los maceros de la invicta villa, el Presidente de la Diputación Provincial, Sr. Ojeda, y los Sres. Castellón, Vara y Ojeda.

Guadalajara.—D. Fernando Guici, D. Victoriano Ciruelos, D. Felipe Samparero, en representación de los conservadores de la provincia; el Alcalde de Guadalajara, Sr. Vades; los Tenientes de Alcalde Sres. Ruiz y García Monterones, y los Concejales Sres. Carrasco y Medranda.

Segovia.—El Alcalde, Sr. Sáez Romero, y varios Concejales, presidiendo esta Comisión el jefe del partido conservador de la provincia y el Diputado electo Sr. Pedrazuela.

Albacete.—El Presidente de la Diputación Provincial, D. Francisco Gómez Ruiz; el Secretario, Sr. Archillas y López, y los Diputados Sres. García Más y Paredes; el Alcalde accidental, D. Francisco Onsurbe Manteca, y el Concejal D. Ramón Garrido.

Barcelona.—Los Tenientes de Alcalde señores D. Diego de la Llave y D. Federico Travé y el Concejal D. Ramón Martínez.

Habana.—El Diputado Sr. González López, en representación de aquel Ayuntamiento y del de Regla.

Málaga.—El Alcalde, Sr. Solier, varios Concejales y el Diputado D. Leopoldo Larios.

Valladolid.—El Alcalde, D. Mariano G. Lorenzo y el Marqués de Alonso Pesquera.

Tarrasa.—El Alcalde, Sr. Ventalló, que ha sido portador de una magnífica corona de metal, en nombre de los Comités conservadores de aquel distrito.

Murcia.—D. Juan Aguilar y los Sres. Illán Sánchez, Pérez Marín, Balboa, Brugaolas y Dairú.

Lorca.—El Alcalde Sr. Maulia.

Cieza.—El Alcalde, Sr. Marín, y los Concejales Sres. Jaén, Pérez y Capdevila.

Palencia.—Estuvo representada por el Diputado de la provincia, D. Cristóbal Botella, en virtud de telegrama del Presidente del Mu-

nicipio de la capital, D. Severiano Guiguelmo.

Granada.—Ha estado representada por los Diputados á Cortes Conde de Benalúa, Martos de la Fuente y Senador Marqués de Hermita.

Los Diputados provinciales de Granada también han enviado una primorosa corona de flores naturales.

Toledo.—El primer Teniente Alcalde, don Teodoro San Román, y D. Francisco S. Maseo, D. Ciriaco Morcuende, D. Rafael L. Victoria, D. Pedro Gil, D. Juan P. Monge y don Emilio Hernández.

Representaron á la Diputación de Toledo los Sres. D. Pablo Jiménez Cano, Presidente; D. Julián M. Montalvo, D. Claudio Ramírez, D. Casimiro Oliva y D. José S. Morate.

Por el Ateneo de Madrid fueron numerosos socios, la Junta directiva y los profesores señores Besses, Avancini y Hurtevisé.

Por la Escuela de Música y Declamación todos los profesores, bajo la presidencia del señor Monasterio.

La Junta directiva de la Asociación de la Prensa, compuesta de los Sres. Moya, Rancés, Marqués de Valdeiglesias, Gallego (don Tesifonte), Soldevilla, Martínez Soto, Francisco Rodríguez, Perpen y Bocherini.

El Ayuntamiento de la corte iba en masa, presidiendo el Alcalde, Sr. Sánchez de Toca, y después la Diputación con el Marqués de Bogaraya.

Detrás marchaba el personal del Ministerio de Hacienda, con el Marqués de Mochales; el de Fomento, con los directores generales señores Quiroga Vázquez y Conde y Luque; el de Gracia y Justicia, con los jefes de sus secciones; el de Ultramar, con los Directores generales, y el de Gobernación, con el Marqués de Vadillo.

Del Ministerio de Estado iban el Subsecretario, señor Marqués de Amposta, y los señores Palacio (D. Manuel), Salazar, Caner, Valdés, Queipo del Llano y Antón.

Universidad, Sr. Fernández y González.
Instituto, Sr. Commelerán.

Academia de Medicina, Sres. Pamo, Cervera, Olmedilla y Fernández Caro.

Milicianos nacionales, Sres. Puch, Alderete y Arribas.

Asamblea Central de la Cruz Roja, presidida por el General Sáenz.

Económica Matritense, doctor Moragas.

Consejo de Instrucción pública, Sres. Larroca, Pirera y Saavedra.

Las redacciones de los periódicos *El Nacional*, *La Epoca*, *El Estandarte*, *El Tiempo*, *La Correspondencia Militar*, presididas por sus respectivos directores, y numerosa representación de los restantes periódicos de Madrid.

Academia Española, Sres. Silvela, Saavedra, Tamayo, Liniers y Valera.

Personal del Banco de España, con el Director, Sr. Barzanallana.

Círculo liberal, Sr. Aguilera.

Tribunal de la Rota.

Consejo de Estado, con los ya citados.

Personal de la Presidencia del Consejo.

En representación del Colegio de Médicos de Madrid, los doctores Grinda, Pando y Valle. Ruflanchas y Megía.

Representando al Tribunal Supremo de Justicia, que iba con pares y ujiles, han asistido su Presidente interino, Sr. D. Eduardo Martínez del Campo, y los Magistrados de aquel Cuerpo Sres. Viada, Lassu, Roldán, Solís, Rodríguez, Barnuevo, y el Ministerio fiscal, representado por el Abogado fiscal señor Landeira.

La Audiencia territorial iba con igual aparato, y formaban su comisión el presidente interino, Sr. D. Ricardo Molina; el de la Audiencia provincial, Sr. D. Antonio Izquierdo; el fiscal Sr. D. Joaquín Martón, los magistrados Sres. López Aranda, Peña Costalago, Loaysa, Sanz y Chicoy y algunos abogados fiscales y fiscales sustitutos.

Los jueces de instrucción de Madrid, presididos por su decano, Sr. Carlos y Alix, señores Ruiz Hita, Rodríguez Valdés, Valle y Llano, Gullón, Ruiz y Andrés y Ponca de León.

Todos los Jueces municipales, propietarios y suplentes, Sres. Dessy y Martos, Campos, Rodríguez del Rey, Cañabate, Aguilera y Arresse, Alberni, Usera, Alvarez de Estrada, Sales, Martínez Jiménez, Moreno Nieto y otros.

Los Fiscales municipales Sres. Rodríguez Escacena, Serrano Carmona, Benad y varios más.

La Comisión de escribanos de los Juzgados de primera instancia, compuesta por los señores García del Rivero, Camacha é Insausti.

Una Comisión del Banco Hipotecario de España, compuesta del Gobernador, D. Juan de la Concha Castañeda; del subgobernador, don

León Cocaque; del Consejero, señor Marqués de la Viesca de la Sierra, y del Sr. D. Luis Fernández Heredia, censor.

La Junta de obras del puerto de Málaga estuvo representada por los Diputados de aquella capital y por D. Guillermo Pozzi.

También asistieron nutridas y valiosas representaciones de los pueblos y Ayuntamientos de Cebegín, Mazarrón, Totana, Águilas, Librilla, Yecla, Jumilla, Moratalla, Bulla, Benimiel, Archena, Cartagena, La Unión, Alhama, Meca, Villanueva, Abanilla, Ricote, Caravaca, Galasparra, San Javier, Pinatar, Abarán, Blanca, Molina y Alguaha, compuestas de sus Alcaldes y de varios Concejales.

Entre las Comisiones procedentes de provincias que asistieron ayer al entierro del señor Cánovas del Castillo figuraba la del Ayuntamiento de Linares, formada por los señores D. Diego Nartona, Alcalde; los Concejales D. Francisco Murcia y D. Manuel Martínez y el Secretario D. Diego Gómez.

LOS MACEROS

Han llamado la atención de cuantos presenciaron el entierro los brillantes trajes de los maceros de algunos Ayuntamientos de provincia.

Los de Zaragoza visten amplísimas capas de damasco carmesí, y cubren la cabeza con rizadas pelucas y elegantes birretes con blancas plumas; llevaban las mazas cubiertas con fundas de raso negro, en señal de duelo.

Los de Murcia, que eran cinco, vestían elegantísimos trajes de raso negro, y recordaban algo á los personajes de la corte de los Reyes Católicos.

Otros vestían riquísimas dalmáticas primorosamente bordadas en sedas y oro sobre fondo de terciopelo carmesí.

LAS CORONAS

Iban en dos arzones de artillería y en varios carruajes, y ofrecían un aspecto pintoresco y brillante con la multitud de cintas pendientes á ambos lados, de cuyo negro fondo se destacaban en letras de oro entusiastas dedicatorias.

La del Fomento Nacional de Barcelona, que, como dijimos ayer, es de hierro fundido, y de una magnificencia y un gusto que hacen honor

á la industria e plataforma forrada. Imposible será de 500.

EN LA

Al llegar la fú la Plaza de Madrid. Todos sus alrededores que se descubren.

Al empezar á arrojar fúnebre, bate inclinándose las armas los soldados.

Frente á la iglesia, las banderas doblan, se

La Presidencia tiene su puerta y cerrada.

En ninguna parte se ha producido por la muerte en su residencia.

Los balcones y los dependencias de la calle de Alcalá, es de público.

EN LA

A las cinco y los batidores que cortejo en la Plaza.

La aglomeración de esquinas de la Plaza querían avanzar, pero se veían como una barrera de cañones.

El café Universal para evitar que todo; pero en las aberturas se veían los racimos de se

Los que lograban de empujones, se encontraban empujados.

La doble fila abría paso á la columna empujada por la multitud que los tenían que desmenuzados.

Pero en cambio

entre éstos y la acera, se podía circular con relativa comodidad.

Sólo en la esquina de la calle de Carretas y en la entrada de la calle Mayor las apreturas eran tan molestas y peligrosas como las de la calle de Alcalá.

Pero el aspecto que presentaba la Puerta del Sol era verdaderamente grandioso.

Los balcones, muchos de ellos engalanados con colgaduras negras, estaban llenos por completo, y á pesar de caer á aquella hora un sol de justicia, las señoras sufrían en su puesto sin moverse el sofocante calor.

El paso de la comitiva por la Puerta del Sol duró más de dos horas, debido por una parte á lo largo del cortejo, y de otra á haber tenido éste algunos compases de espera de tiempo en tiempo.

A pesar de ello, la multitud no daba muestra alguna de impaciencia, y ni un grito ni una voz turbó durante el largo espacio el respetuoso silencio, que sólo interrumpían los majestuosos ecos de la Marcha Real con que habían roto las músicas militares desde la aparición del cortejo.

EN LA CALLE MAYOR

Desde la Puerta del Sol hasta la Ouesta de la Vega no ha ocurrido ningún incidente.

La calle Mayor ofrecía á todo lo largo un efecto hermoso. Las filas de soldados y la formada por el público; la comitiva ocupando el centro de la calle; los balcones, terrazas y tejados rebosando gente; todo ello, y el contraste de los trajes oscuros y claros de los que ocupaban los huecos de las casas, formaban un cuadro del cual es difícil formarse idea sin haberlo presenciado.

El Círculo liberal estaba severamente colgado de negro, y desde sus balcones se ha hecho al cadáver, á su paso por este sitio, una silenciosa y respetuosísima manifestación de duelo.

Desde el Ayuntamiento arrojaron sobre el féretro lluvia de hojas de laurel.

La calle Mayor tenía su pavimento cubierto de estas hojas y de flores.

EN EL CEMENTERIO

A las ocho de la noche llegaba al cementerio la comitiva, y era verdaderamente solemne y

grandioso el efecto del cuadro que entonces se ofreció á la vista de los que formaban el cortejo.

Desde la escalinata de la ermita de San Isidro, cuyo interior se hallaba iluminado por los blandones que rodeaban el féretro, se divisaban, cual móviles estrellas, las luces de infinidad de carruajes que apresuraban la marcha, para llegar á tiempo de que sus dueños pudieran presenciar los últimos actos de la imponente ceremonia; muy cerca de la ermita se oían con estruendo, y á muy cortos intervalos, las salvas de artillería, y dentro, ante la imagen del Santo Labrador, y contrastando con las sencillas paredes desnudas, los bordados uniformes de los altos personajes, que acudían á rendir el último tributo de respeto y admiración al eminente hombre público.

Cesaron los religiosos cantos y volvió á ponerse en marcha la comitiva, dirigiéndose al patio de la Concepción, donde se hallaba el panteón de la ilustre familia de los marqueses de la Puente y Sotomayor.

Antes de que se comenzara á cerrar el nicho, el señor Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá rezó un responso por el alma del Sr. Cánovas, y momentos después—eran ya las ocho y media de la noche—todos los asistentes desfilaban por delante de la presidencia del duelo.

LAS CINTAS DEL FÉRETRO

Llevaban las cintas del lado derecho el señor Rada y Delgado, en representación de las Academias; el Sr. García Alix, como Vicepresidente del Congreso; el Sr. Romero Robledo, como exministro conservador más antiguo, y el general Martínez Campos, en calidad de ex-Presidente del Consejo de Ministros y representando á los caballeros del Toisón.

Las cintas del lado izquierdo las llevaban el catedrático de la Universidad Central, D. Manuel Antón, como vicepresidente del Ateneo; el Duque de Sexto, como Vicepresidente del Senado; el general López Domínguez, en representación de los capitanes generales de ejército, y el almirante Chacón, representando á la Marina de guerra española.

EL DESFILE

El único sitio que aparecía despejado en la carrera era el espacio que media á mano dere-

cha, conforme se baja hacia la Cuesta de la Vega, entre las calles del Factor y de Bailén, merced á no pocos esfuerzos y paciencia de los delegados de la autoridad gubernativa, señores Valverde y Chinchilla y de algunos funcionarios de la policía judicial.

A cosa de las cinco y media, precedida de cinco carruajes materialmente atestados de coronas, á los que seguían estrechamente agrupados los estandartes de numerosas cofradías, las mangas de todas las parroquias y gran golpe de clero secular y regular, llegó la carroza mortuoria y se colocó inadvertidamente frente y muy próxima á la puerta de la embajada de Italia, que tenía cerradas sus dos hojas, y á media asta, cayendo sus paños sobre la marquesina que protege la entrada, la bandera que ostenta en el centro la cruz blanca de Saboya.

Entonces del grupo que en la acera de enfrente esperaba á pie firme, aguantando los rigores del sol de Agosto, el paso de la fúnebre comitiva, se destacó el Vizconde de Irueste, el cual dispuso que avanzara el carruaje que conducía el cadáver hasta colocarse á la embocadura de la calle de la Almudena.

Fueron llegando sucesivamente las comisiones y representaciones de las corporaciones oficiales de Madrid y provincias, ocupando el espacio que había dejado vacío la previsión de los agentes arriba mencionados.

Próximo á la carroza se situó el capitán general con su escolta, y enfrente la presidencia del duelo.

Y comenzó el desfile en columna de honor.

Pasaron primero el Cuerpo de alabarderos, y la escolta real y los húsares, con los clarines á la sordina.

Y tras no breve espacio, durante el que sufrió algunas interrupciones el buen orden de la manifestación, á despecho de las órdenes que recibía de los Sres. Azcárraga y Navarro Reverter, y transmitía personalmente, sin gran éxito, el señor Conde de Peña-Ramiro, llegaron y desfilaron á los acordes de las bandas las fuerzas que habían formado la carrera.

A cosa de las siete se retiró del duelo el señor Sagasta para dirigirse á la estación y salir para Avila.

Con él abandonaron la comitiva muchos de los conspicuos del partido liberal que constituyen el estado mayor del jefe.

A las siete y media terminó el desfile, y el coche mortuorio, seguido de infinidad de carruajes, tomó la dirección del cementerio.

El desfile se verificó frente á la Capitanía general.

Las tropas desfilaron en columna de honor, por secciones, saludando los generales, jefes y oficiales y las banderas al féretro cuando pasaban delante de él.

El orden de desfile era el mismo de formación:

Primera división.—General Echagüe.

Primera brigada: general Campos Ordozas. Segundos batallones de los regimientos de San Fernando y Zaragoza. Segundo regimiento de zapadores-minadores y batallón de ferrocarriles.

Segunda brigada: general Viso. Segundos batallones de los regimientos de Cuenca, Asturias, León y Covadonga.

Tercera brigada: general Pareja. Segundos batallones de los regimientos de Canarias y Wad-Rás y batallones de cazadores de Ciudad Rodrigo y Manila.

Segunda división.—General López Cerdón.

Brigada de artillería.—General Salas: dos baterías del regimiento ligero y los 10.º y 14.º montados.

Brigada de caballería.—General Ezpeleta: regimientos de dragones de Lusitania, húsares de Pavía y cazadores de María Cristina.

El aspecto de los 12 batallones de infantería, dos y medio regimientos de artillería y tres ídem de caballería era imponente.

La marcialidad de nuestros soldados apareció una vez más, rindiendo el último tributo á quien tanto hizo por el poder militar de España.

Terminado el desfile, regresaron las tropas á sus cuarteles por el camino más corto, continuando con el féretro hasta la sacramental la escolta de honor, compuesta, como ya se ha dicho, del batallón de Saboya, regimiento de húsares de la Princesa y cuatro piezas de artillería.

AL OSCURECER

Era el momento en que las tropas regresaban por la Puerta del Sol, y ésta presentaba un aspecto de animación y movimiento singulares.

Venían parte de la fuerza de artillería por

JUICIO QUE MERECE A SUS CONTEMPORANEOS

la calle de Preciados; otras baterías por la del Arenal; pasaba la infantería batiendo marcha, y en medio del bizarro desfile iban y venían cientos de carruajes, carros y jinetes. Millares de transeúntes de á pie llenaban las amplias aceras, y de conjunto tal surgía un ruido ensordecedor. No hubo el menor incidente desagradable.

.*

Acercas del solemne entierro que, tomado de *El Imparcial*, se acaba de referir, escribió *El Liberal*, al día siguiente, lo que sigue:

El duelo de ayer.

«El entierro del Sr. Cánovas del Castillo ha sido una imponente manifestación de duelo, una protesta vivísima del espíritu del país entero contra el crimen que ha arrebatado la vida á quien la consagró á su Patria.

En el cortejo fúnebre iba todo el Madrid intelectual, todas las representaciones de la España oficial, toda la personificación de los grandes elementos sociales, tales como el ejército, la marina, la Iglesia, el Parlamento...

La capital de la Nación en las calles, en los balcones de la carrera, hasta en las proximidades del cementerio, se ha asociado á la imponente ceremonia, muestra de dolor. Y durante toda la tarde de ayer Madrid ha presenciado uno de los más grandiosos entierros que recuerda la historia de la España constitucional. Con razón se ha recordado el entierro del general Prim. Ahora, como entonces, la emoción producida por el atentado ha sido inmensa, universal.

Cuando se aproximaba el cortejo al lugar del desfile, la calle Mayor estaba sembrada de flores y perfumaban el aire las fragancias del laurel. Tan bello y delicado tributo al muerto ilustre prueba cómo nuestro pueblo se une en una sola alma para honrar y glorificar á sus grandes hombres.

El magnífico espectáculo, iluminado por la espléndida luz de una tarde hermosa de verano, quedará grabado en la mente de cuantos lo presenciaron, enseñándoles cómo el culto á los muertos es una de las grandes virtudes de los pueblos.

Por eso la energía de esta nuestra amada España no se extingue ni se extinguirá, que cuando así sabe sobreponerse á sus desgracias y hacer de ellas una consagración de su dolor, se fortifica y conforta para hacer frente á todas las dificultades, continuando la vida, prosiguiendo con patriotismo verdadero en la solución de sus males.

La negra fortuna podrá afligir al país; pero no le abate, y la Nación, al manifestarse vencida y fuerte, prueba la fe en su derecho y en sus destinos.»

.*

Por su parte *La Correspondencia de E* su número del día 14, escribió el artículo que á continuación se transcribe

¡Descanse en paz!

«Si fué solemne y grandiosa la manifestación de luto que Madrid y las representaciones de toda España hicieron á la memoria de don Antonio Cánovas del Castillo, cuando los mortales eran conducidos por las calles, cubiertas de laurel, al son de la Real y entre un pueblo que sólo tenía dolor ó de piedad afectuosa, el acto revistió caracteres de majestad y grandeza conmovedora.

Había cerrado ya la noche; el féretro llevado á hombros por personas queridas, se iba zambullendo entre las calles de sepulcros á los blandones; el clero cantaba aquellas místicas plegarias, en que delante de sí se habla del Dios de la vida, y sobre las tinieblas de la tumba hacen irradiar rayos de la resurrección y de la eternidad. Iluminaba la luna por entre los cipreses los panteones de tantos que fueron nuestros hermanos, los hombres que dieron nombre al mundo y las mujeres que dieron con su belleza ó con sus virtudes aquellas regiones del sueño de la vida que guían al ataúd algunos centenares de pasos, pero que allá en las sombras, donde no necesita pudores, lloraban con gran dolor, y allá en la soledad millares de luces, que cabrilleaban como los faros del mar, nos descubrían la gran ciudad de Madrid, á donde llegó desvalido y endeble nuestro llorado amigo, y sobre la tumba le guiró al cabo su inteligencia soberana y honrada intachable.

El panteón se había engalanado con flores y laureles y coronas para recibir los despojos del grande hombre; en todo el templo, y al resplandor de las tallas, se destacaban los semblantes de El Cos-Gayón, los dos amigos fieles, arrojados por la inmensa pena; más allá se veía y á Romero Robledo; y en la soledad y en la confusión del último momento escuchaban sollozos ahogados de gente conocida que se ocultaba para llorar. Tronaba el cañón enfrente de la casa del Santo Patrono, y las descargas de artillería retumbaban como el tableteo de la mar que rompe el espacio en son de amenaza.

Sonó luego ese terrible rugido de la tierra que cae al fondo del sepulcro, y que es el eco de la muerte para el amor y el dolor de los que viven. Y en medio de aquel duelo profundo y de aquellas masas, apiladas en las sombras de la noche, los sepulcros, surgía el canto religioso

sublimes esperanzas que clamaba por boca de los sacerdotes del Dios de verdad: «No, no morirá para siempre.»

Confortados con la fe, todos los que también hemos de morir, abrimos nuestro corazón á esas santas promesas de la religión del Cristo, confiando en la inmortalidad del alma, que rompe las murallas de la tumba entre los que fueron y son y entre los que somos y pronto dejaremos de ser, para unirnos á los que ya nos precedieron en esa vida que nunca acaba.»

DESPUÉS DEL ENTIERRO (1)

IMPRESIONES

EL LAUREL

Grato aroma de laurel embalsamaba anoche la calle Mayor, y entre las piedras de las calles y los railes del tranvía quedaban hojas de la verde planta, enviada por Murcia, para que fuese la última alfombra del que le representó en Cortes tantas veces y contribuyó poderosamente á su alivio cuando las terribles inundaciones.

Por un camino de laurel ha ido el Sr. Cánovas á la tumba, y el perfume que quedó después del entierro, parecía decir:

—Por aquí ha pasado el genio.

Dios quiera que esos laureles reverdezcan para España, y que los podamos colocar en tristes aniversarios, unidos á las palmas de la victoria y las ramas de olivo, sobre el sepulcro del lloraro muerto.

EL PERDÓN

Desde la terrible tragedia de Santa Agueda se destacaba imponente al lado del cadáver de la gloriosa víctima, la hermosa figura de la viuda, sublime en su dolor sin consuelo, y rechazando con energía el descanso, para que no la quitara ni una sola de las amarguras de la pena.

Cerró los ojos del sér querido muerto, le puso con sus manos las ropas que habían de ser su mortaja, le veló sin rendirse á la fatiga y le acompañó hasta el hogar lleno de los recuerdos de su ventura.

Todos la admiraban y la respetaban, pero desde ayer crecieron, si es posible, la admiración y el respeto.

Las sublimes palabras de perdón para el asesino, pronunciadas por la viuda al despedirse para siempre del cadáver de su esposo, realzan más y más á la viuda de Cánovas.

Detrás de la mujer fuerte ha aparecido la mujer cristiana, y dispongan los jueces lo que la ley les manda, ó sea lo que quiera la reso-

lución de la justicia, ella, la más herida, después del muerto, por las balas asesinas, puede sentir tranquila su conciencia y cuando se dirija al cielo para rogar por su esposo, pronunciará sin que una sombra le empañe las dulces palabras que dicen «...y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores».

CÁNOVAS Y SAGASTA

Pasó el féretro en que iban los restos del grande hombre; las gentes se descubrían, y las mujeres, haciendo la señal de la cruz, decían:

—¡Dios le haya perdonado!

Y después, fijándose en el imponente cortejo, buscaban con la vista al que más interesaba ayer después del muerto, al Sr. Sagasta, y al verlo recogido y silencioso seguir tras el carro fúnebre el camino que la admiración había alfombrado con laureles, y que la piedad llenaba con oraciones, todos le saludaban con respeto.

De las dos fuertes columnas de la Regencia queda en pie una, y aunque tenga que soportar mayor peso, sabrá cumplir sus destinos, para bien de la Monarquía y de la Patria, que Dios redobla las fuerzas del que tiene que cumplir en la sociedad tan altas misiones, como las que se impusieron al ilustre jefe del partido liberal al borde de la tumba de don Alfonso XII, como las que se le imponen ahora junto al sepulcro del Sr. Cánovas del Castillo.

LA TUMBA DE CÁNOVAS

Son de triste actualidad en estos momentos las siguientes líneas que copiamos de un estudio, que hace algunos años consagró el insigne autor de las *Doloras* á D. Antonio Cánovas:

«Cuando estemos todos en ese campo sin odios, que se llamó el cementerio, las gentes cruzarán indiferentemente por el lado de nuestros sepulcros olvidados, mientras que no habrá un solo español que para honrarse á sí mismo y á su Patria no se descubra reverente al pasar por delante de la tumba del Sr. Cánovas.»

Campoamor tiene razon: ayer comenzó el homenaje.

En el campo sin odios quedó el cadáver del Sr. Cánovas, llevado allí entre manifestaciones sentidísimas de dolor y de respeto.

Paz al alma del muerto y gloria á su nombre, y fuerzas y energías para los que tienen que continuar su obra.»

K.

(1) Artículo cuyo autor, por la inicial, debe ser el señor Kasabal.

S

Sr. Cánovas del
ue, por su consi-
y pequeña parte
son:

enviada por Su
con una carta

as.—A Antonio,

ción.—Fernando
e y amigo.

—Tomás Cas.e-
e.

—A su querido
es Rivas.

Cánovas del Cas-
Justicia.

Cánovas del Cas-
a, Juan Navarro

erido amigo, el
ra.

su querido ami-
nio Cánovas del

Cánovas del Cas-
de Valladolid.

Cánovas del Cas-
Oficiales del sép-

Lorca, á su ilus-
gran español, el

Cánovas del Cas-
nación.

nio Cánovas, el

laguna. Al gran
ción entera, sus
ses de Torrela-

Cánovas del Cas-

onio Cánovas del
líchel y Osma.

Cánovas del Cas-

Cánovas del Cas-
y Académico de

Jurisprudencia.

e padrino, el ex-
ánovas del Cas-

Beatriz y Rafael

Conservador de

nio Cánovas, el
is.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, la Diputación provincial de Valladolid.

La Unión obrera de Madrid protesta de he-
cho tan vandálico.

A Cánovas, *El Nacional*.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, Arturo Zancada, Gobernador civil de
Valladolid.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas, la Mar-
quesa viuda de Oliva é hijos.

La Sociedad «Vizcaya», al defensor del tra-
bajo nacional.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, Navarra.

Al ilustre estadista Excmo. Sr. D. Antonio
Cánovas del Castillo, la Escuela Nacional de
Música y Declamación.

Valladolid, á su hijo adoptivo el excelentí-
simo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A Cánovas del Castillo, *La Epoca*.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, el Gobernador civil de Avila, J. Mara-
zuela.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, la Le-
gación de Portugal.

A D. Antonio Cánovas del Castillo, la Dipu-
tación provincial de Madrid.

In memoriam, Adelita y Guillermo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, la Diputación de Alava.

Al eminente hombre público D. Antonio
Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de
Avila.

Al ilustre é inmortal jefe el excelentísimo
Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Comi-
té conservador de Briviesca.

Al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Cánovas
del Castillo, la Real Academia de Medicina.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, el Gobernador civil de Alava.

El Cuerpo de ingenieros de Caminos, Ca-
nales y Puertos, al Excmo. Sr. D. Antonio
Cánovas del Castillo.

El Ministro del Brasil, al ilustre Cánovas.

El Conde de Torre-Muzquiz, al eminente
estadista D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los Condes de Montarco, al amigo involvi-
dable.

Del Conde de Ramiranes.

A. Retortillo y Macperson, á la memoria del
Sr. Cánovas.

El partido conservador de Huelva, á su
ilustre jefe

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Cas-
tillo, el General Bargés.

Héroe y mártir de tu más grande amor. Eze-
quiel Díez y Sanz.

El partido conservador de Avila, á su jefe.

Al amigo del alma, Carmen y Eugenio Es-
teban.

El personal de la Presidencia, al excelentí-
simo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los conservadores de Avila, á su ilustre
jefe

El Casino de Murcia, al Excmo. Sr. D. An-
tonio Cánovas del Castillo.

El Conde de Esteban-Collantes, á su protector y jefe.

El Ayuntamiento de Vitoria, á D. Antonio Cánovas.

A su amigo de siempre, Enrique Medina.

A mi querido amigo, Antonio María de Prida.

Juan José Serrano, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Diego Fernández Arias, al excelentísimo señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ministerio de Hacienda.

Vila Vendrell, á su llorado jefe.

A la mayor eminencia administrativa, don Antonio Cánovas, la Asociación de funcionarios civiles del Estado, Diputaciones y Ayuntamientos.

Manuel Cano Cueto, Gobernador de Huelva, á su protector.

Al eminente estadista, al jefe ilustre, al querido é inolvidable amigo, los Marqueses de Viana.

Gratitud eterna, Antonio Molleda.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Marina.

Lafuente, á su queridísimo é inolvidable D. Antonio

Atanasio Morlesín y señora, á nuestro querido jefe.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, sus agradecidos amigos Diego Pequeño y señora.

Recuerdo de gratitud, Márquez-Pérez.

El Cuerpo de Carabineros, al excelentísimo Sr. Cánovas del Castillo.

Los catedráticos y personal del Instituto Agrícola de Alfonso XII, al excelentísimo señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

La colonia italiana de Madrid

A Cánovas, su inolvidable amigo Romero Robledo.

A mi querido amigo y respetable jefe, su admirador, Antonio Sedó y Panier.

A mi respetable jefe el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador y amigo Arturo Saforcada.

Al eminente estadista el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador Francisco Peris Mencheta.

La Real Academia de la Historia, á su inolvidable Director D. Antonio Cánovas del Castillo.

A su querido hermano, Emilio y Adelaida. A D. Antonio Cánovas del Castillo, el Centro del Ejército y de la Armada.

Los conservadores de Cáceres, á su queridísimo jefe.

Al eminente estadista Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su admirador el Gobernador de Málaga, Pedro de Miranda.

Los Condes de Torre Velez y sus hijos.

A su inolvidable jefe, los conservadores de Murcia.

A su ilustre jefe, el partido liberal conservador de Zaragoza.

Al más eminente é ilustre ciudad de Málaga.

Javier Betegón á Cánovas

La Diputación provincial, memoria del ilustre pat

Antonio Cánovas del C

La Cámara de Comer

Excmo. Sr. D. Antonio

La Real Academia de

Fernando, á su insigne

señor D. Antonio Cánovas

La Embajada inglesa,

tonio Cánovas del Cast

José Potenciano, al E

Cánovas del Castillo.

Al talento, á la honra

José Hierro.

El Conde de Serra y f

grado y muy querido jef

Juan Manuel García y

simo Sr. D. Antonio Cán

El Senado, al Excmo.

vas del Castillo.

Recuerdo de amistad

Masip.

Los Sres. de Crooke y

señor D. Antonio Cánovas

El Comité liberal con

del Hospital, á su involi

tísimo Sr. D. Antonio C

Al eminente estadist

Monarquía, su entusias

mócrata.

El Fomento del Traba

cio de mérito D. Antonio

La Real Academia Es

Cánovas

La Diputación provin

celentísimo Sr. D. Anto

tillo.

La empresa construct

laga, al Excmo. Sr. D.

Castillo.

La Junta de Obras d

en testimonio de gratit

lentísimo Sr. D. Antonio

La Sociedad Geográfic

presidente D. Antonio

Veneración y gratitud

Los conservadores de

Presidente.

El batallón de Volunta

celentísimo Sr. D. Anto

tillo.

La Lonja de Víveres d

lentísimo Sr. D. Antonio

El Cuerpo de la Guar

señor D. Antonio Cánova

El partido conservad

Palencia, á su ilustre é

El Ayuntamiento de I

señor D. Antonio Cánova

Diputación y Ayuntar

Gobernador de 1857.

Al cariñoso é involi

Sundheim.

NO QUE MERECEO A SUS CONTEMPORANÍ

Excmo. Sr. D. Antolillo, su afectadísimo Fontau.

artido conservador de

l partido conservador

tes de la provincia de jefe.

l Conde de Heeren, á as.

partido reformista de

preclaro jefe excelentánovas del Castillo.

Cánovas del Castillo.

neblo de Cieza, á su tivo el Excmo. señor l Castillo.

Antonio Cánovas del de Escritores y Ar-

amigo el Excmo. se del Castillo, el Mar Crooke Larion.

el Excmo. Sr. D. Anllo, Leopoldo Larion.

al Excmo. Sr. D. Antillo.

ra, al Excmo. Sr. don astillo.

rrroccerrides Andaluces, el Excmo. Sr. D. Antillo.

el Excmo. Sr. D. Antillo, la Marquesa de

Lérída, á su jefe. n Morlesín.

la isla de Cuba, al exnio Cánovas del Cas-

or liberal de Segovia, nio Cánovas del Cas-

Luis Angosto.

onio Cánovas del Casión constitucional de

s del Castillo, el Mar-

onio Cánovas del Casy conservadores de

amilla, á su hijo adopdel Castillo.

rtir, al Excmo. señor Enrique Disdier.

del Castillo, el Ayun-

de Espinosa, al exceio Cánovas del Cas-

onio Cánovas del Cas-

lamantilla de Perales,

al Excmo. Sr. D. Antillo.

Juan de la Cierva, á

Al eminente hombre Cánovas del Castillo, de España.

A nuestro querido tío

A su hermano Anton del Castillo de Cuba.

A mi inolvidable tío A novas.

«La Gran-Peña», á D. Castillo.

El Ayuntamiento y ci hijo predilecto, el Excm novas del Castillo.

Barcelona, á Cánovas

El Círculo Conserva celona.

Señora Duquesa de quesa de Benavente.

Al ilustre patricio Ex Cánovas del Castillo, su

Ernesto de Castro Gab

A su jefe, V. de Irués

A nuestro insigne é in nadores y Diputados de dajoz.

A nuestro querido pr ques de Nájera.

Los Duques de Mand

A Cánovas, su admir do Solier.

A su amigo Cánovas,

La Sociedad Santa A primero de los escogido

tonio Cánovas del Cast

El Instituto de Volun al Excmo. Sr. D. Antolillo.

Al eminente estadista nio Cánovas del Castillo

Granada.

Los Condes de Guaqui tonio Cánovas del Casti

Al Excmo. Sr. D. Ant

tillo, el Ayuntamiento d

A D. Antonio Cánova drid.

A su socio protector del Castillo, la Asociació drid.

Al amigo y protector,

A su inolvidable y que tísimo Sr. D. Antonio

los Condes de Vilana.

A mi inolvidable ami Lastres.

El Ayuntamiento y pu celentísimo Sr. D. A

Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Ant

tillo, el Ayuntamiento

(1) De bronce, plata y en cuarenta y ocho horas. En

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, constante defensor de la Monarquía y de la Patria, el Alcalde de Palencia.

El Ministro de la Guerra, Marcelo de Azcárraga, á su querido Presidente.

La Liga Vizcaína de Productores, á su inolvidable protector, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Gobierno de Costa Rica, á Cánovas.

Guatemala, á Cánovas.

El Marqués de Lema, á su jefe y amigo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Toledo.

Antonio González Egáa, Alcalde de Almería, á su ilustre jefe.

El partido conservador de Almería, á su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo.

José González Collet, á la memoria de su ilustre y llorado jefe y amigo.

El Ayuntamiento de La Unión, á su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo.

El Ayuntamiento de Zaragoza, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

La Diputación provincial de Murcia, á su inolvidable hijo predilecto.

El Ayuntamiento de la ciudad de Linares, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A mi señor, su jardinero Pedro López.

El Gobernador civil y la Diputación provincial de Castellón, al Sr. Cánovas del Castillo.

El partido liberal conservador de Castellón, al Sr. Cánovas del Castillo.

El Comité conservador del distrito de Palacio, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Su Notario, L. González, al Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo.

Los Directores generales del Ministerio de Fomento, al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A nuestro inolvidable tío, Pepe y Consuelo Cánovas.

A nuestro querido tío, Máximo y Carmen Cánovas.

El Ayuntamiento de Sevilla, al Excmo. señor D. Antonio Cánovas del Castillo.

El partido conservador valenciano, á su inolvidable jefe el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su apasionado y respetuoso amigo José Novillo.

A su inolvidable tío, Joaquín.

El Alcalde de Tarrasa, á Cánovas.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, la Sociedad de Altos Hornos.

A su ilustre jefe, los Diputados Bore y Bergamín.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Joaquín Angoloti.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, el Ayuntamiento de Córdoba.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Luis M. de Pando.

Al amigo inolvidable, los Condes de Montarco.

A su ilustre jefe D. Antonio Cánovas del Castillo, el partido conservador de Palma de Mallorca.

Al amigo verdadero, Valeriano Weyler.

Al gobernante irremplazable, el General Weyler.

Al Sr. Cánovas del Castillo, el General Marqués de Estella y familia.

A su amigo D. Antonio Cánovas del Castillo, los Condes de Sallent.

Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, los Diputados provinciales de Granada.

Faltan muchísimas que llegaron de provincias y Ultramar con posterioridad á la publicación de esta lista.

Entre las más notables y suntuosas figuran las enviadas por las Repúblicas Sudamericanas y colonias extranjeras residentes en ellas.

El número de todas pasa de 500.

IV

EL PANTEÓN

Ocupa éste un grande espacio cuadrado, en cuyo centro se alza una bella estatua alegórica, labrada en mármol blanco.

La elegante verja que le rodea desaparecía bajo la multitud de coronas que se habían colocado durante la tarde, figurando allí casi todas las de flores naturales, y formando el más artístico conjunto.

En este panteón se hallan enterrados doña Blanca de Osma y Zavala, Marquesa que fué de Povar, y D. Fernando Fernández de Córdoba, Duque de Arión, Marqués de Malpica y de Povar, su marido.

En la cripta en donde ha sido enterrado el cadáver del Sr. Cánovas, hay seis nichos, y en el frente se ve un altar de mármol blanco.

De los seis nichos tres están vacíos; en uno de los de la derecha se halla enterrado el cadáver del Coronel D. Francisco de Osma y Ramírez de Arellano, y en uno de los de la izquierda D. José Joaquín de Osma, Marqués de la Puente y Sotomayor, fallecido hace poco más de un año. Enfrente de éste, que era su padre político, á la vez que su admirador y amigo, es donde han sido depositados los restos mortales del gran estadista español (1).

(1) Tomado lo que antecede de un periódico de Madrid, sólo añadiremos que el partido conservador que, en su mayoría, ha hecho muy poco por la memoria de Cánovas, debió erigirle un panteón, según algunas de sus más antiguas é importantes personalidades, la del Sr. Romero Robledo, entre ellas; pero que esto no hace falta ya, porque en la testamentaria de aquél se ha reservado por los herederos, con tal objeto, la suma de 132.000 pesetas.

En el interin, son muy de apreciar las gestiones hechas para trasladar á Málaga el cadáver del Sr. Cánovas, en cuya Catedral estaría mejor que en parte alguna.

PETICIÓN DEL AYUNTAMIENTO DE MÁLAGA

El Ayuntamiento de Málaga, en sesión extraordinaria que celebró el día 9 del actual, tomó, entre otros y por aclamación, el acuerdo de gestionar cerca de la señora viuda del ilustre estadista Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, para que el cadáver de éste fuera trasladado á aquella ciudad andaluza para darle sepultura en un mausoleo que se construya en la iglesia catedral.

Con este objeto, una Comisión de dicho Ayuntamiento, compuesta de los Sres. D. Jerónimo Rubio Alarcón, D. Alberto García Gutiérrez y D. Juan Benítez Gutiérrez, acompañados de los Diputados D. Francisco Bergamín y D. José Boreas, visitó anoche en el Ministerio de la Guerra al señor Presidente interino del Consejo de Ministros para hacerle saber los acuerdos adoptados, y rogarle se sirva interponer su valiosa influencia con la respetable viuda, á fin de que sea un hecho la aspiración de la ciudad de Málaga, cuna del señor Cánovas, y pueda allí perpetuarse la memoria del hijo amado, que pereció víctima del proyectil que lanzara la mano criminal de fanático asesino.

El Sr. D. Salvador Solier, amigo del alma del ilustre finado, con el que le ligaba un afecto fraternal, no pudo asistir á dicha visita por encontrarse algo indispuerto.

La Comisión malagueña salió altamente satisfecha del recibimiento que le dispensó el Sr. Azcárraga.

Recientemente han hecho la misma moción, no sólo el Ayuntamiento, sino el señor Obispo y el Cabildo catedral de Málaga, ofreciendo destinar una capilla de aquel hermoso templo á tal objeto, asunto sobre el cual *El Nacional* del 24 de Mayo último publicó lo siguiente:

La tumba de Cánovas.

«Desde Málaga, donde se encuentra, nos dirige nuestro querido director D. Adolfo Suárez de Figueroa un telegrama, en que se manifiesta una vez más el cariñoso culto que mantiene en su espíritu á la memoria del gran Cánovas.

Para cumplir el honrosísimo encargo que nos hace, en la forma más digna y adecuada al noble deseo que lo motiva, creemos lo mejor reproducir íntegramente sus palabras, fiel expresión en este caso del más elevado sentimiento:

«Málaga 24 (9,30 mañana).—Ruégoles escriban un sentido artículo, interesando de la señora Duquesa de Cánovas conceda á Málaga el honor de guardar los restos de su ilustre esposo.

Me dicen que se proyecta construir en Madrid un panteón especial y que se hallan muy adelantados estos trabajos.

Ningún sitio mejor para guardar los restos de aquel insignie estadista que una capilla de

la catedral de Málaga, y estoy seguro de que se apresurarán á ofrecerla el Obispo y el Cabildo.

Me propongo mover la opinión en este sentido, y desde luego aseguro que el Ayuntamiento, la Diputación provincial, todos los Círculos y Corporaciones políticos y sociales pedirán unánimemente para esta ciudad la honra de ofrecer á los restos de Cánovas lugar acomodado á su grandeza.

Quiero que *El Nacional*, para quien en toda ocasión será sagrada la memoria de aquel grande hombre, se adelante en este asunto con toda elocuencia y solicite el amparo de los demás periódicos para inducir á la señora Duquesa de Cánovas en favor de este deseo mío, que significa una obligación para Málaga y con cuya expresión interpreto la voluntad de esta provincia.—ADOLFO FIGUEROA.»

El Nacional apoyó, en su citado número, los deseos de su director el Sr. Figueroa, que por nuestra parte deseáramos ver atendidos.

*
*
*

Sobre el asunto de la tumba de Cánovas, *La Epoca* del 15 de Agosto de 1897 dijo lo que sigue:

Una visita al cementerio de San Isidro.

«Esta tarde hemos visitado la tumba que guarda los despojos del gran español D. Antonio Cánovas del Castillo.

Allí, cuando la lluvia arreciaba, aumentando las melancolías del sagrado recinto, permanecimos algún tiempo entregados á las meditaciones que la mansión de los muertos despierta siempre en cualquier espíritu medianamente reflexivo.

Bajo estos muros de piedra—pensábamos—yacen los restos de un grande hombre; el tiempo, que todo lo destruye, convertirá en polvo su yacente cuerpo. Nada quedará de la materia... pero su espíritu, aquel espíritu gigante y luminoso, vive y vivirá eternamente en la Patria, en las instituciones seculares, á las que dió nueva vida en la sociedad española, á la que tantos beneficios hizo y por la que sacrificó toda su vida, y sobre todo en la Historia, en cuyas páginas se irá destacando con relieve cada vez mayor, á medida que transcurran los años...

.....
.....
A la derecha de la puerta que da ingreso al panteón en que descansa el grande hombre hay pegada sobre el muro una tosca cuartilla de papel con una inscripción escrita con tinta, que literalmente copiada dice así:

«A la memoria de Cánovas.

Adiós, fiel español, Dios te dé el descanso que me-

*reces por el bien que prestases á tu querida Patria.
Contigo sea la paz espiritual.*

Preguntamos al guarda del sagrado lugar si sabía por quién ó por qué orden se había puesto allí aquella tosca y sencilla inscripción, y nos dijo que desde la noche en que se dió sepultura al cadáver la viene viendo, sin que haya visto á la persona que dedicara este modesto recuerdo.

Después hablamos un rato con el guarda, el que nos manifestó que son numerosas las personas que acuden allí á visitar la tumba del gran estadista, entre las que se cuentan muchos extranjeros, que allí se quedan un rato meditando y después se alejan silenciosos...

* * *

El mismo periódico *La Época*, en su número del día 17, escribió lo que se copia á continuación:

En la tumba de Cánovas. — Un modesto y sincero recuerdo.

«Al hablar de la visita que hicimos el domingo al cementerio de San Isidro, copiamos la inscripción que se leía en la tosca cuartilla de papel colocada á la derecha de la puerta que da acceso al panteón en que descansa el señor Cánovas.

¿Quién había colocado allí aquel trozo de

papel en que de manera tan humilde se consagraba un recuerdo á la memoria del muerto ilustre?

Nuestra curiosidad ha quedado satisfecha. Una persona á quien unían los vínculos de la más estrecha y antigua amistad al Sr. Cánovas, nos dice que el día del entierro, en el momento en que el duelo oficial se retiraba y cuando ya sólo quedaban allí algunos parientes y amigos á quienes el dolor impedía alejarse de aquel sitio, vió á un caballero de distinguido y venerable aspecto y correctamente vestido, que al salir de la cripta se detuvo para pegar la mencionada cuartilla en uno de los lados de la puerta.

Aunque el caballero en cuestión no podía infundir sospechas, despertó, sin embargo, la curiosidad de la persona que nos facilita estas noticias, y acercándose al papel, encendió una cerilla para leer lo que decía.

Con voz ahogada por el llanto y en frases correctísimas, el caballero le dijo:

—Comprendo la curiosidad de usted. Tal vez he podido infundir sospechas; pero con esto á nadie ofendo. He querido expresar un sentimiento que es el de todo buen español.

Al salir del panteón, el Sr. Romero Robledo estrechó la mano de uno de los más fieles amigos del Sr. Cánovas, y profundamente conmovido le dijo:

—Este hombre no debe quedar aquí. Hay que hacerle un mausoleo tan grande como él se merece, y se lo haremos.»

SECCIÓN TERCERA

, misas, oraciones y panegiric

O

L E S

N A

as funerales por el
tro y fuera de Es-

Agosto de 1897, in-
segunda), dispuso
atedrales, Colegio-
ña se celebrase el
difuntos, verificán-
rid, en la iglesia de
con asistencia del
putados, altas Cor-
mo el Consejo de
o, Consejo Supre-
Tribunal de Cuen-

tas; la Audiencia de Madrid, las autorida-
des de todos los órdenes, además de repre-
sentación de la familia (1).

(1) La invitación para asistir decía así:
«Habiéndose dispuesto por Real decreto de 8 de Agosto
celebrar solennes honras por el alma del

EXCMO. SR. D. ANTONIO CANOVAS
DEL CASTILLO

(q. e. p. d.)

Presidente del Consejo de ministros

EL GOBIERNO DE SU MAJESTAD

tiene la honra de invitar á V.... para que se sirva asis-
tir á dicho acto religioso, que se verificará en la iglesia
de San Francisco el Grande, el día 16 del corriente mes
de Agosto, á las diez de la mañana.

De uniforme ó frac.

Las señoras de negro.

Entrada por la puerta principal.»

•••

Lo mismo tuvo lugar en todas
de provincia, distinguiéndose
de la Habana, perteneciente á
donde se verificaron las exequi-
por el Ayuntamiento, el 18 de A-
nor, decía el anuncio, de su hijo
también en Santiago de Cuba y
Puerto Rico (1).

En Málaga, país natal del Sr.

Además de los citados funerales tuv-
en la Catedral, costeados por el Ayun-
drid.

Al acto religioso, que revistió gran
currió numeroso y distinguido público

Después de la Misa se cantaron sol
difunto.

El Ayuntamiento asistió en corpor-
de cuatro maceros con uniformes de g
Poco después dirigiéronse á la Hue-
calde y buen número de concejales p-
sonalmente, y en nombre del pueblo
testimonio de su pésame a la ilustre

Como la señora de Cánovas no re-
Alcalde y los concejales pasaron por l-
te, dejando sus tarjetas en la ban-
efecto.

Por su parte, la congregación de l
cepción de la Real Academia de Juri-
bró en San José la misa de *Requiem*
sufragio del alma del Sr. Cánovas e-
sidente que fué de dicha docta Corpor

(1) *Habana 17*.—Al Presidente del C-
tros:

Acaban de celebrarse solennes honr-
descanso del ilustre finado, que costé-
to á su hijo adoptivo, y puedo asegu-
han sido tan espontáneas como sentid-
nifestaciones de duelo con que los ha-
Isa, sin distinción de clases, han tribu-
te estadista, y con la magnitud que
del dolor hánse asociado al que emba-
por la irreparable pérdida que mano-
sado.—WEXLER.

San Juan de Puerto Rico 17.—A
Consejo de Ministros:

Acaban de celebrarse con gran so-
Santa Iglesia Catedral los funerales q-

ron solemnísimos los funerales celebrados en la Catedral, así como en Cádiz, donde tuvieron lugar otros en el acorazado *Carlos V*. El oficiante, que lo fué el Gobernador eclesiástico, á nombre del Obispo, dirigió á los concurrentes una sentida alocución ensalzando las glorias de la Marina, tributando justos elogios al Astillero gaditano, que había dado tan hermosa muestra de arquitectura naval.

Después dedicó elocuentes y sentidas frases á la memoria del Sr. Cánovas, pidiendo á los concurrentes que rezaran breves momentos por el eterno descanso del gran hombre público.

El espectáculo, según la prensa gaditana, fué conmovedor; más de cien damas se arrojaron ante el altar, acompañando al sacerdote en sus preces por el alma del finado.

Además, el Comandante general de la Escuadra dió cuenta al Ministro de Marina de haberse celebrado el 11 de Agosto, á bordo de los buques de su mando, misas de *Requiem* por el alma del ilustre patricio D. Antonio Cánovas del Castillo, cuya muerte tenía afligida á la Patria entera, habiendo asistido con el mayor recogimiento á dicho acto religioso las dotaciones de los buques, con sus oficiales á la cabeza.

De San Sebastián, residencia de SS. MM. y Real familia, telegrapharon lo siguiente:

«Martes 10 (2 tarde).—En la iglesia de la Antigua, y por encargo expreso de S. M. la Reina, mañana, á las diez, se celebrará una solemne misa y responso por el eterno descanso del alma del Sr. Cánovas.

No se han repartido invitaciones.

La Corte asistirá al acto, como así también el Ministro de Estado y los altos funcionarios de Palacio.»

* *

En Barcelona, además de los funerales oficiales, tuvieron lugar otros, costeados por el partido conservador, en la iglesia de Santa María del Mar; en Zaragoza, en la iglesia

y el Prelado acordaron llevar á cabo por el alma del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas, con la asistencia de autoridades, Corporaciones, Ejército, Armada, Voluntarios y Centros oficiales.

En varios pueblos se han celebrado con igual pompa.

En los demás se llevarán á efecto en días subsiguientes.—MARÍN.

del Pilar; en Sevilla, el pronunciando la oración go Sr. Arboli, después de tieron limosnas, de igual celebrados en Soria. Los do el señor Obispo, tuvo desde el 19 al citado día ve do, Segovia, Palencia, Ter rol, donde ofició el Vicari En Plasencia, Lorca, Mon Guixols, Castrojeriz, Mir balines y Calzada de Orc las exequias próximame días. En Granada el parti teó misas en todas las pa 5.000 panes á los pobres; más de los funerales ofi otros costeados por la Diq tamiento, estando encarg que según referencias, fi Magistral de Guadix, con ó hacemos punto en est para continuarla necesitar ner de muchas páginas.

EXTRAN

FRANCI

En París se celebraron el 14 ó 15 de Agosto (amb en la Capilla Española de l land. Referíalos *La Época* d

«Las paredes del templ de colgaduras de paño n flecos de plata.

El catafalco era suntuo didamente iluminado.

La capilla de música h dos trozos de las más not religiosas.

Ha presidido el triste de S. M., señor Duque d acompañaba todo el perac da, el Cónsul general, Sr. sonal del Consulado, y e cienda con los jefes y ofi cendencia.

A pesar de no haberse particulares, por tratarse rácter oficial, han acudido

de Estado casi todos los nia española, amigos per-vas, el General Polavie- de Portugal é Italia, el s Extranjeros, M. Hano- pales funcionarios á sus Protocolo, el Conde de Guzmán Blanco, los se- afoux, Ezpeleta, Goguel, señoras.

, ha rezado un responso , monseñor Olari.

ido imponente, y, no obs- e París de muchos hom- tos, aristócratas, banque- abía en la iglesia más de

ATERRA

NDRES

tarde).—En la iglesia de duardo, de Westminster, ana una misa de *Requiem* Janovas del Castillo. in solemnidad.

de Casa-Valencia, acom- nal todo de la Embajada

ntes al acto figuraban los Estados Unidos, Alema- icargados de negocios de este último acompañado

de la colonia española nguida.

is de Negocios Extranje- especiales para que estu- el acto.—MOORE.

a, jefe de la comisión de ba dirigido al general Be- eograma :

momento de asistir á las bradas hoy en la iglesia lo y San Eduardo por el del Consejo, habiendo nuestro Embajador, á las erosa representación del distinguidas personas del selecto de la colonia es-

i profunda pena, asocián-

dome de todo corazón al duelo nacional en las presentes tristes circunstancias.—CÁMARA.»

PORTUGAL

LISBOA

El Municipio de Lisboa, en su sesión del 13 de Agosto, acordó celebrar una misa al día siguiente por el alma del Sr. Cánovas, levantándose acto continuo la sesión.

En el propio día tuvieron lugar en Oporto solemnes exequias por el alma del Sr. Cánovas, según el siguiente telegrama :

«Oporto 14.—El Oónsul de España en esta población ha hecho celebrar hoy en la iglesia de Congregados una misa de *Requiem* por el alma del Sr. Cánovas del Castillo. Entre la numerosa concurrencia al acto religioso figuraban los Cónsules de Francia é Italia, y el Gobernador civil.—FABRA.»

También tuvieron lugar en Porto :

«Porto 11 (4,59 tarde).—En Granja se ha celebrado por el Obispo de los Algarbes la misa en sufragio del Sr. Cánovas del Castillo.

Al acto religioso ha concurrido la colonia española y muchos portugueses.

El presidente de la Asamblea, Sr. Brito, se afectó mucho.

El Obispo llevaba la banda de Carlos III.

La colonia ha teleografiado al general Azcárraga dando el pésame á la viuda.

En Espinho se celebrará mañana otra misa de *Requiem*, en la que actuará un sexteto de profesores del teatro Real.

En la Asamblea de Espinho se ha suspendido el baile anunciado.—JORDÁN.»

Y del mismo modo en Figueira da Foz y en Espinho :

«Figueira da Foz 14 (2,4 tarde).—En San Antonio se ha celebrado una solemne misa en sufragio por el alma del Sr. Cánovas del Castillo.

Asistió numerosísima concurrencia, entre ella la colonia española en masa.—JORDÁN.»

«Espinho 12 (11,53 mañana).—Se ha celebrado solemne misa de funeral, que ha estado concurridísima.

La orquesta ha interpretado escogidos trozos de música religiosa.

Han asistido, entre otras personas notables, el Sr. Puigcerver, el conde de las Almenas y los Sres. Sellés, Llano Santos y otros.

En la Asamblea y en los hoteles ondea la bandera á media asta.—JORDÁN.»

AUSTRIA

UNA MISA EN VIENA

Viena 17.—El Embajador de España en esta capital, Marqués de Hoyos, ha hecho celebrar hoy una misa en sufragio del alma del Sr. Cánovas del Castillo, habiendo asistido á la misma todo el personal de la Embajada y Consulado y la colonia española en su casi totalidad.—FABRA.

SUECIA

FUNERALES EN STOCKOLMO

San Sebastián 18 (9 noche).—Un telegrama que el representante de España en Stockolmo ha dirigido al Ministro de Estado, da cuenta del elocuente y sentidísimo homenaje que el Gobierno y la capital de Suecia han tributado á la memoria del Sr. Cánovas.

En sufragio por el ilustre muerto se han verificado en aquella catedral solemnes funerales, á los que asistieron todo el elemento oficial, el Cuerpo diplomático, las autoridades y numeroso público.

El Rey Oscar estuvo representado por el primer Gentil-hombre de la corte.

Presidieron el duelo el Ministro de Negocios Extranjeros y el Ministro de España, señor Marqués de Prat de Nantouillet.

Ofició el Obispo católico, y la capilla de música cantó la misa de Mozart.

El túmulo levantado en el centro del templo era suntuoso. Hallábase cubierto por la bandera española, y sobre él se colocaron las insignias de la orden del Toisón de oro.

El Marqués de Prat oyó de labios de los más ilustres personajes que asistieron á las honras y de los individuos del Cuerpo diplomático frases que expresaban el profundo sentimiento por la muerte del más eminente de los estadistas españoles y la gran indignación por el infame y alevoso asesinato.—M.

BÉLGICA

Bruselas 16 (3,15 tarde).—En la iglesia de Sain-Jacque-sur-Caudenberg, situada en la

plaza Royale las diez, una misa del eminente Cánovas

La colonia sus más dignas autoridades, ha que también presentante de los funcionarios del

En Nueva York por el Sr. iglesia francesa Ministro español, agente extranjeros.

El Sr. Shearman haber recibido el acto y el hacia el noble

Respecto de en que se han celebrados por

ORAC

ORACIÓN FUNERARIA
PO DE SIÓN
BRADAS EN
GRANDE, DE

La síntesis da de un pensamiento sigue:

Comenzó el discurso de las dos ideas de la oración fúnebre

(1) Fueron en la Prensa, en los que del Sr. Cánovas; prenderá fácilmente siendo frecuente, los de tales oraciones

la creencia en

Dios, lo mismo que desconocen el mismo, en la locura, lo mismo los Presidentes los jefes de los

o de la vida del en Cánovas ha exigencias de dades de la vida suya al servicio

ncia del ilustre y en sus discursos, encontrando del poder en y de todas las

do el verdadero en social durandiendo siempre ases, cuales son l, el social y el afirmó esos pocos últimos al ende la Restaurato al trono de el adalid más

con su talento tribuna de nuermanecerá de io de la elocuen-

el Sr. Cánovas s que al principresentaron, así gación con que olísticos.

Cánovas de un quiso abrir las racional, madre quistas, afirmó cial no lo podía scismo.

sermón fué sin los que contridesprestigio de ntemente por el

«No saben—dijo en un hermoso arranque oratorio—que siempre fueron el lápiz que traza la caricatura y la pluma que ridiculiza á los que representan el poder los precursores del puñal.»

Para resolver el problema pavoroso que preocupa á todos, invitó á los que hoy ejercen la autoridad y á los que la ejercerán mañana á meditar en las enseñanzas que de catástrofes como la de Santa Agueda se desprenden, recomendándoles que predicaran siempre y defendieran en todas partes el respeto á la ley de Dios, el amor á la Patria y la fidelidad al Rey.

—Convirtamos este inmenso dolor que nos agobia—dijo para concluir—en plegaria, y elevando el espíritu á Dios ante esta tumba abierta, digámosle:—«Tú, que pres el perdón y la infinita misericordia, y fuente de toda esperanza y toda vida, escucha esta plegaria que se eleva de lo más hondo de nuestros corazones. No exageres los rigores de tu justicia con esta noble España.

El hombre ilustre á quien lloramos tuvo fe; ni una palabra de negación surge de sus discursos ni de sus obras; fué un creyente, y pocos momentos antes de morir prosternábase ante el ara santa en el sacrificio de la Misa. Si tu esperanza le sostuvo, perdónale, Señor. Y pues no negó al Padre, al Hijo ni al Espíritu Santo, que ellos sean con él, le recompensen en la otra vida.»

II

ORACIÓN FÚNEBRE DEL EXCMO. SR. ARZOBISPO DE GRANADA, EN LOS SOLEMNES FUNERALES CELEBRADOS EN AQUELLA CATEDRAL POR EL ALMA DEL SR. CÁNOVAS DEL CASTILLO, EL 18 DE AGOSTO DE 1897. (1)

«Señores: Yo que por mis padecimientos de cabeza llevo muchos años sin poder dirigir la palabra á estos amadísimos hijos, vengo hoy por circunstancias solemnes á presentarme en este púlpito, aquí, donde no hay más que una sola entidad: autoridades civiles y militares, el comercio, las ciencias y las letras, los ciudadanos amantes de la ilustre Granada, el pueblo fiel, estas damas cristianas y el cle-

(1) Solo reproducimos la parte que publicaron los periódicos de la localidad.

ro con su Prelado, no formamos más que una sola entidad, porque á todos nos trae á este lugar un solo sentimiento de religión, de amistad y de piedad.

¿A qué vengo yo aquí? ¿Vengo á pronunciar un discurso, vengo á hacer un sermón, ni siquiera una oración fúnebre? A nada de eso vengo; vengo á establecer una protesta enérgica que ha exhalado un gemido, un llamamiento salido de lo íntimo de nuestras almas, una condenación unánime que surge de todos en este instante.

El Arzobispo de Granada, con la autoridad que le da la Santa Sede y el augusto puesto que ocupa en la Iglesia de Dios, viene á protestar ante vuestra presencia, en nombre de todos vosotros; á protestar en nombre de España entera, en nombre de la sincera amistad, en nombre, en fin, de todas las personas sensatas y de juicio, contra el acto vandálico, contra el asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Precisamente cuando acababa de salir del templo de practicar una obra cristiana, cuando todavía resonaban en sus oídos los cánticos sagrados, una mano alevosa atenta contra la vida de ese grande hombre, cometiendo un crimen en todos nosotros, atentando contra la nacionalidad, causando una desesperada perturbación en los corazones, realizando un crimen de esa humanidad.

Permitidme, amados de mi alma, que yo exhale la primera queja, que yo exhale el primer lamento por el Sr. Cánovas del Castillo, á quien me unía una tierna y profunda amistad; nació, como yo, en Málaga; fué bautizado en la misma piedra bautismal que yo, y recibimos el mismo año el Sacramento de la Confirmación; después, en la niñez, nos estrechó el lazo de la amistad, y yo entonces ví en él al hombre grande, al hombre de Estado, y él veía en mí al hombre alejado de las luchas políticas del mundo; quizás presumía en mí al humilde sacerdote. Por eso le lloro con abundantes lágrimas que salen de mis ojos, por eso es grande la pena del corazón al recordar su muerte.

Por lo demás, señores, era D. Antonio Cánovas del Castillo, todos lo sabéis, el hombre de inmenso talento, gran literato, á más de protector de las artes, enamorado de la ciencia, el protector de todo lo grande y de todo lo bueno; pero yo, señores, no voy á hacer aquí su

panegírico, aparte de que yo no cuento con conocimientos para juzgar de cosa tan trascendental como la gobernación del Estado; yo creo, señores, siguiendo las huellas de la Iglesia Apostólica Romana, que al hombre no debe juzgársele á los días inmediatos á su muerte.

Hizo un ligero estudio del Sr. Cánovas del Castillo, terminando con estas palabras:

«En la vida de los hombres, señores, la moral se compone de sus actos, porque sus actos forman como los guarismos que después de la vida se suman, y esta suma es lo que constituye el peso en la balanza de la justicia.»

Ocupándose del criminal, dijo textualmente: «¡Ah, señores! no me atrevo yo á nombrarle. ¿Sabéis por qué? Porque ese hombre ha consumado un crimen de lesa humanidad. ¿Y queréis oír un elocuente sermón para todos vosotros, para todos los gobernantes, para todos los ciudadanos? Este sermón se ha escapado de su boca, diciendo: yo no he estado nunca en el templo; es la primera vez que he entrado en él.»

Después dijo:

«Europa entera, los Reyes, los Soberanos, el Príncipe Bismarck, que no ha bajado nunca la cabeza y ha dicho que la dobla ante el señor Cánovas del Castillo, se han inclinado con veneración ante el hombre ilustre que hoy todos lloramos; ante ese gran hombre, que ha producido en España un sentimiento para todas las clases sociales.»

La notable oración del señor Arzobispo produjo excelente efecto en el numeroso público que la escuchó; de ella tendrán nuestros lectores alguna idea por los párrafos textuales que reproducimos; la extensión del discurso nos impide publicar la traducción íntegra hecha por el taquígrafo del Ayuntamiento.

III

BREVE REFERENCIA DE LA ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA EN LA IGLESIA CATEDRAL DE MÁLAGA POR EL CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA MISMA D. VALENTÍN MARÍN RUS, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS POR EL ALMA DEL SR. CÁNOVAS.

«Grandes y profundas enseñanzas se derivan de la muerte violenta del grande hombre;

pero, como decía con más elocuencia que nosotros el Sr. Marín en su oración fúnebre, la más importante es la de que, á vista de ese mártir ilustre asesinado por el anarquismo, la sociedad medite en su defensa, que ya no es posible retardarla ni un solo momento.

Parece como que la Providencia, con lo extraordinario de este crimen, nos avisa del cumplimiento de nuestro deber, y que ha permitido que la víctima sea la más ilustre, para que el pueblo español salga de su punible indiferencia y corte el mal de una manera rápida y definitiva.

Los sangrientos despojos del eximio hombre de Estado piden inmediatas soluciones para el pavoroso problema; el alma augusta del mártir parece que llama á la nuestra, no pidiendo nada para él, que nada necesita el que está en la presencia de Dios, sino luchando aún en servicio nuestro. de esta desgraciada España, que le fué tan querida, y por la que ha sacrificado hasta su existencia.

Si este solemne aviso es escuchado por todos nosotros y sin perder momento nos apresuramos á que nos aproveche la terrible lección, aun después de su muerte, la sociedad tendrá que agradecer al eminente malagueño su último sacrificio.

Para evitar el mal, como decía muy bien el Sr. Marín Rus, es preciso remontarnos á la causa, sin concretarnos solamente á los efectos; es de absoluta necesidad dar el golpe de muerte en la raíz para que ese árbol siniestro no produzca tantos asesinos; y en lo que respecta al Gobierno, debe saber que los *salvajes de la civilización* no brotan espontáneamente, sino que se forman con enseñanzas infames, con asociaciones más infames aún y aun con prensa que, de modo más ó menos directo, hace la apología de estos malditos crímenes sociales.

Que la memoria del inmortal Cánovas no se aparte de nosotros; que el crimen de que ha sido víctima no pierda con el tiempo su brutal relieve, y que quantos lloramos su muerte nos conjuremos contra el anarquismo hasta que no queden de él ni señales.

Son ellos infames en la agresión; seamos nosotros inexorables en el castigo y enérgicos é indomables en contener su progreso, arrancando las raíces del mal.»

IV

ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS COSTEADAS POR EL PARTIDO CONSERVADOR DE LA PROVINCIA DE CASTELLÓN Á FAVOR DEL ALMA DEL SR. CÁNOVAS, POR EL DOCTOR D. JUAN GARRIDO, CAPELLÁN DE HONOR HONORARIO, PREDICADOR DE S. M. Y CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA CATEDRAL DE VALENCIA

«Al contemplar en este sagrado recinto y en derredor de suntuoso catafalco cuantas personas respetables por su prosapia, ilustres por su saber, distinguidas por sus legítimas influencias y notables por su piedad, gozan de merecido renombre en el censo de la provincia de Castellón, se advierte desde luego que una desgracia inmensa, trascendental, embarga hoy los corazones. Porque si solo se tratara de honrar la memoria de un prócer, ¿quienes sino los que ostentan escudos de bien adquirida grandeza rendirían tributo de dolor? Si solas las letras lloraran la pérdida de uno de sus más fervientes cultivadores, ¿no serían las Academias y Liceos quienes se cubrieran de fúnebre crespón? Y si la cruel y atrevida parca hubiera segado con su inexorable guadaña la vida de un hombre consagrado exclusivamente á poner en juego los resortes de una política hábil y benéfica tan sólo para sí y sus adeptos, ¿quienes más que sus deudos habrían de reconocerse obligados á embalsamar su tumba con afectos de ternura y gratitud?

.....
Pero cuando vemos que todas las clases sociales, sin distinción de estados, se hallan aquí representadas por igual y confunden entre sí amargo llanto, ¡¡ay!! es evidente que una desgracia nacional embarga nuestros corazones.

Si; el que disponía á su arbitrio, aun no poseyendo ninguno, de todos los blasones y títulos de nobleza; el varón ilustre solicitado por todos los Institutos, por todas las Sociedades, por todas las Academias de las Ciencias humanas; el eminente estadista ante cuyo nombre inclinaba su cabeza aquel que, por haber cambiado á su antojo la paz de Europa y haber transportado á Rusia el centro de los destinos de la civilización europea, nunca la inclinó ante los demás Carilleros del mundo; D. Antonio Cánovas del Castillo cayó al golpe de un crimen enorme, tan enorme que

ha hecho eco de horror en ambos mundos y más allá de cuantos viven. Una mano horrenda y facinerosa, movida por un corazón de fiera, consumó en la persona del Magistrado encima del cual sólo brillaba la corona del Rey, el más feroz, el más atrevido de los asesinatos... dejando sumidos en la aflicción más profunda, no sólo á su amada esposa, sino al pueblo, que le admiraba como á uno de los más preclaros ornamentos de su Historia. ¡Qué extraño parecerá que los admiradores del verbo de aquel entendimiento privilegiado, que modelaba tipos é ideas que, por lo nuevas, conmovían al mundo de la ciencia, paguen hoy tributo á su memoria? ¡Quién podrá tener por cosa rara que expresen hoy su sentido pésame los que lloran la pérdida de aquella palabra que, aun modulada por órganos viejos, vibraba con la fuerza de una eterna juventud?... Y aunque toda pasión levanta vapores que oscurecen y aun impiden la razón, si es mucha su vehemencia, ¿qué pasión política, por vehemente que sea, podrá negar con justicia los elogios fúnebres de don Antonio Cánovas del Castillo? Sabido es, señores, que es muy difícil escribir mucho sobre diferentes materias, y no separarse de la verdad en ninguna; que atravesar el mar tempestuoso de las ciencias sin chocar contra ninguno de los escollos en que han naufragado tantos sabios, es propio de la ciencia divinamente comunicada; que caminar por las sendas resbaladizas de la gobernación de los pueblos y no encontrar con ningún tropiezo, es un don con que el cielo ha distinguido á muy contados gobernantes. ¡Y es posible ser hombre y vivir como los ángeles!

«Yo no vengo á celebrar las excelencias de un Santo, ni las raras y encumbradas perfecciones de una de esas almas influidas constantemente por la divina gracia... Vengo á honrar la memoria de un hombre digno de universal respeto y admiración universal por haber recibido de Dios la ciencia de las cosas existentes y haber llegado, mediante ella, á conocer las vicisitudes de los tiempos y las inclinaciones de los hombres de su época. Es mi ánimo elogiar al insigne sabio y eminente estadista...»

«¡D. Antonio Cánovas es digno de admiración y respeto universal por su saber, y de pie-

dad y duelo de los

«Cuando, derribado por el filo de la espada, las gigantescas mentes, debe congregar la manifestación de los rayos de luz eterna, lega á las memorias de los monumentos del arte...»

«Y si Pitágoras y Platon de Grecia, recordados por sus discípulos; si Platón y Aristóteles, recordados por sus admiradores á lo largo de las costas del cabo Sunio, á recoger los ecos de su pensamiento en un extremo del mundo, es que la prensa... Centros de administración de Antonio Cánovas del Castillo, diez con que se designan las notas, conceptos, que, abarcando las ciencias, daban su sello á su época y de su pensamiento...»

«Y si aún damos un paso en algún orden de energía y actividad, el nivel de los conocimientos reconocen en D. Antonio Cánovas del Castillo la codiciosa elocuencia de Cánovas viéndole en sus caracteres que, separados de la gloria de los oradores de la antigüedad...»

«D. Antonio Cánovas es digno de universal respeto y admiración universal por haber recibido de Dios la ciencia de las cosas existentes y haber llegado, mediante ella, á conocer las vicisitudes de los tiempos y las inclinaciones de los hombres de su época. Es mi ánimo elogiar al insigne sabio y eminente estadista...»

«En el Ateneo de Madrid, el Duque de Sotomayor, Cortés y los Cánovas (1), y con

(1) Que también hu-

¡ MERECEO A SUS CONTEMPORÁNEOS

evolucionaria-
y demagógi-
templadas de
ciencia presta
en quiera que
do medite so-
y morales é
is, ¿podrá ne-
católico que
anifestaciones

.....
.....
documentos
cita), quien
vas como sa-
el eminente
púrpura de la
a romana, el
los trabajos
de ser toma-
a filosofía del
én el ilustre
luminissen, se-
bio, el econo-
se apartan ni
rofundamente
e los dogmas

.....
ndía culto al
la moral ca-
mparcialidad,
política que
ue el trabajo
érito, y junto
ahorio la ca-
y con el cielo
rabajo y del

.....
le la vida po-
i de sus per-
e esa figura
ia del último
tengo; paso
e ante ella,
les y genero
enhechor.»

.....
e «La Interna-

«Duelo y piedad nos deman-
D. Antonio Cánovas, ya que
debe enmudecer ante su cien-
dades de hombre de Estado.
en todos es igual, ni el golpe
brazo produce siempre unas
cuencias.»

.....
.....

«Habiendo visto ya con ad-
soro riquísimo de conocimien-
tuía el patrimonio del malogr-
Cánovas, y después de recorri-
ra las espaciosas regiones de
tica, probado que, como sabi-
nuestro respeto, y demostrad
duelo universal, por cuanto el
fué víctima no tuvo por móvil
nales, sino el odio á la autor

.....
tumba silenciosa... y pedid al f-
sericordias que, ya que conce-
Cánovas la ciencia verdadera p-
vicisitudes de los tiempos y la
de los hombres, le dé á ver a
luz, de verdad y de vida dond
imperio y desde el cual reina p
los siglos.»

V

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁ-
TILLO, PRONUNCIADO EN LA CA-
LUIS DE POTOSÍ, POR EL ILM-
CIO MONTES DE OCA Y OB-
DE DICHA DIÓCESIS, DOCTOR
Y AMBOS DERECHOS, CORRESPO-
REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA
TORIA, EN LAS SOLEMNES EXE-
DAS POR LA COLONIA ESPAÑOL
TIEMPRE DE 1897.

En *El Estandarte*, periódico q
San Luis de Potosí, se hizo u
relación de las suntuosas honr-
lebradas en aquella catedral p
Sr. Cánovas, y á que asistier-
dor del Estado, el Vicecónsul
dividuos del Supremo Tribunal
so y los personajes más preer
colonia española.

La notabilísima oración del señor Obispo, que, según dicho periódico, haría época en los anales de la oratoria sagrada, dice así:

Nom solum Judæi, sed alim quoque nationes, indignabantur et moleste ferebant de neca tanti viri injusta.

No sólo á sus compatriotas y coreligionarios, sino á las naciones extranjeras, ha llenado de indignación y sumergido en hondo duelo el alevoso asesinato de varón tan insigna.

II Mac. IV, 35.

«Un mes ha transcurrido desde que se consumó el horrible atentado. La ilustre víctima duerme tranquila en su glorioso sepulcro, y han desaparecido las manchas de la sangre del mártir. La justicia humana ha cumplido su misión con la rapidez y el rigor que tamaño crimen demandaba, y el asesino también reposa en la huesa cavada por el verdugo. El timón de esa nave tan difícil de gobernar, que en medio de la más furiosa tormenta quedó privado de la dirección del gran repúblico, se ve ya empuñado por otras manos vigorosas que parecen llevarla por idéntico rumbo. Sus deudos, su partido, el Estado, las Academias, los pobres empiezan á dividirse la herencia del prócer, del político, del patriota, del sabio, del cristiano. La máquina social funciona en ambos mundos con la misma precisión que antes del funesto acontecimiento, y todo, al parecer, ha pasado.

Todo ha pasado, sí; pero aún no pasó la indignación universal causada por el alevoso asesinato del insigne varón. Aún no se secan las lágrimas que ha hecho verter la pérdida, en estos momentos irreparable, de aquél á quien miraba España como su salvador. Aún se mantiene vivo el sentimiento de horror producido por la inicua trama que, al arrebatarse la vida del primer Ministro de una Monarquía, amenaza con igual suerte á todos los Príncipes y gobernantes de la tierra. Como en tiempo del sacerdote Onías, la indignación y el luto no se manifiestan únicamente entre los partidarios y compatriotas de la ilustre víctima, *non solum Judæi*, sino que alcanzan á todas las naciones civilizadas de ambos continentes, *sed alim quoque nationes indignabantur*. Tiemblan en su trono el Czar de todas las Rusias y el Sultán de Turquía; se tienen que

rodear de guardias aun el Presidente de la República francesa y el Rey Humberto, si bien el poder de uno y otro emana de los principios modernos, y hasta los supremos magistrados de los Estados libres de ambas Américas se estremecen en las sillas en que la voluntad del pueblo los ha colocado.

Es que el proyectil homicida no ha herido tan sólo al jefe del partido conservador de la Monarquía española. Si así fuera, habría vacilado, señores, en aceptar la misión que me confiásteis de pronunciar su elogio al pie del altar. El repúblico insigne á quien lloramos hace tiempo que á la España entera representaba, que era, si así puedo expresarme, la encarnación viviente del *pensamiento español*. Aún hay más. Desde que empezó la lucha titánica en defensa de las últimas posesiones españolas en América y el extremo Oriente, personificaba el grande hombre de Estado los intereses de toda la raza española en ambos hemisferios, el elemento *pan-hispánico*, si me permitís esta expresión. Y no es esto todo. Al caer herido de muerte por un asesino que ningún resentimiento personal abrigaba contra su víctima, se elevó ésta á la categoría de representante del orden social, del principio de autoridad, de esa autoridad que emana de Dios mismo y que todos estamos obligados á defender. He aquí por qué subo con tanta confianza á esta cátedra, no sólo por complacer á la colonia española de mi ciudad episcopal, sino en cumplimiento de un alto deber religioso y patriótico, á tejer el elogio de D. Antonio Cánovas del Castillo; y me perdonaréis si al anunciároslo no agrego sus numerosos títulos, porque para señalaros su grandeza basta su nombre.

Un mes ha transcurrido, señores, desde que abandonó la tierra su alma escogida, y aún se pregunta el mundo quién podrá reemplazarlo. ¿Cuándo volverá á suscitar la Providencia otro hombre que á un talento tan claro una la afición al estudio y el amor á las letras hasta sus últimos instantes, que ponga estas altas cualidades, naturales y adquiridas, al servicio de la Patria, y que anime su vida pública y privada con el espíritu cristiano, único capaz de sublimar á un mortal hasta la altura en que hoy lo contemplamos?

Tal fué Cánovas del Castillo, y yo os invito á que, repasando conmigo los principales actos de su laboriosa vida, lo admiréis primero

como hombre de letras, poeta, orador, filósofo, historiógrafo; luego como político, y en todas circunstancias como cristiano. Concededme, os ruego, vuestra benévola atención.

X

Cuéntase de Napoleón el Grande que, felicitándole un día el emperador de Austria por el hallazgo de ciertos pergaminos que indicaban la ilustre prosapia de los Bonapartes, contestó altivamente: «No necesito antepasados; yo soy el Rodolfo de Hapsburgo de mi raza.» Otro tanto podría decir Cánovas del Castillo. Nació, como bien sabéis, al expirar la tercera década de este siglo, y para labrarse una carrera y una posición no contaba más que con los recursos de su ingenio. Era la época de las contiendas civiles y de las luchas políticas en España, y era preciso abrirse camino, ó con la espada de acero del militar, ó con la espada de la palabra del orador. Prefirió la segunda, y desde su temprana juventud se dedicó á adquirir esa multitud de conocimientos que exige tan difícil carrera. Casi todas las demás artes, dice Cicerón, tienen cada una de por sí cuanto basta para sostenerse; *cætera fere artes se ipsæ per se tuentur singulæ*. Pero el arte del bien decir, es á saber, de hablar con ciencia, con pericia y con elegancia, no tiene límite alguno que lo circunscriba como en un campo cercado.

Cánovas, no sólo siguió estos consejos (los que el orador cita), sino que fué más allá, y apropiándose los conceptos de los autores clásicos antiguos y modernos, compuso él mismo versos originales y cultivó la poesía, no tan sólo en sus mocedades, sino en la edad madura y hasta en los últimos años de su vida. ¿Hay que vituperarlo por esto, como lo han hecho algunos críticos? El cultivo de la poesía es para el hombre de letras lo que el ejercicio de la esgrima para el hombre de guerra. Indispensable éste al joven oficial, es no menos necesario al general encanecido en el campo de batalla. No que sea propio de un guerrero de edad madura y elevada jerarquía el sentar plaza de duelista ó de maestro de armas; pero es su deber no olvidar el manejo de la espada, ni exponerse á perder el vigor del cuerpo entregándose á la inacción.

No de otra suerte acaece con la esgrima del entendimiento; y el cultivo de la poesía, que formó parte integrante de la educación del joven, sirvió al estadista ya maduro, no sólo para llenar los forzados ocios en que lo sumergió de vez en cuando la política, sino para no dejar enervar aquellas brillantes facultades, que cada vez que salía de su involuntario reposo aparecían más frescas y más vigorosas.

Entre las poesías de sus juveniles años encontramos una intitulada *Ilusiones y desengaños —Roma—Italia*, á que en la última edición añade la siguiente nota: «Ni una palabra he alterado en esta composición que modifique la expresión de los sinceros sentimientos del autor en su juvenil edad y durante la crisis tremenda de 1847 á 1849.—Por lo demás, ilusiones y desengaños que padeció un Pontífice como Pío IX, nada tiene de particular que por un estudiante de jurisprudencia se padeciesen... ¿Por ventura al trazar recientemente estas líneas, ó al cantar hace medio siglo

«Y yo, Italia, te amaba...
Y allá en la noche oscura
Tal vez gloria y virtud en tí soñaba.»

Donde mejor podemos descubrir—dice después el orador—el ánimo recto, la conciencia delicada y el acendrado patriotismo de don Antonio Cánovas es, á mi ver, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, publicados cuando el autor tenía cuarenta años; refundidos cuatro lustros más tarde, nos revelan el modo de pensar del gran político en tan diversas épocas de su vida, y nos dan la clave de su conducta en este último período.

En sus discursos, ya improvisados, ya escritos, por sincero que fuese al expresar sus pensamientos, tenía que atender á captarse la benevolencia de un auditorio fácilmente impresionable, y no le era dado vaciar tan completamente su corazón como al escribir la historia, destinada á lectores que tenían la facilidad de meditar á sangre fría y en silencio los conceptos vertidos, y á los cuales se podía presentar la verdad sin ambajes.

La primera ley que se impone al historiador—dice Cicerón (1)—es guardarse de estam-

(1) De Oratore, lib. II.

par una falsedad; *¿quis nescit primam esse historiarum legem, ne quid falsi dicere audeat?* La segunda es no tener miedo por motivo alguno de decir la verdad, y toda la verdad, *¿deinde ne quid veri non audeat?* La tercera es evitar toda sospecha de parcialidad, ó de espíritu de partido; *¿ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne qua simultatis?* Todos estos preceptos cumplió al pie de la letra el historiador español; y yendo aún más allá de lo que soñara el orador romano, tuvo el valor de corregir los errores en que al principio incurriera y de confesar haber errado, y el patriotismo de escoger un asunto escabroso; pero que era preciso tratar para la salvación de la Patria.

«No eran tan propensos nuestros antepasados (nos dice), ni la generalidad de los hombres lo son, á contar sus desdichas nacionales, cuanto sus glorias.» Se necesitaba, en efecto, gran dosis de atrevimiento para tocar un asunto como la pérdida de Portugal y el principio de la decadencia de España, y Cánovas no temió tratarlo, y siguió profundizándolo y esclareciendo un punto tan oscuro, sin disimular nada á sus lectores, aun á riesgo de lastimar los más delicados intereses.

«Poco debieron sospechar (dice al empezar sus *Reflexiones sobre la separación de Portugal*) los primeros liberales, nuestros antecesores, que ellos, que no se cansaban de censurar desdichas antiguas, como la segregación de Portugal y otras, perderían igualmente y en poquísimos años territorios mucho más vastos.» No es fácil saber si cuando primero se publicó este libro produjeron tales observaciones la misma impresión que en los que ahora las leemos. La crítica que hace de la inoportuna política de conciliación de Felipe II en Portugal y en Flandes, de la debilidad de aquel Monarca en no sofocar desde un principio la rebelión protestante en los Países Bajos, de su poca prudencia en retirar de aquellas apartadas provincias las tropas españolas, y en dejar abandonadas débiles guarniciones; las simpatías que parece le inspira más tarde el Ministro de Felipe IV, juzgado *omnipotente* por la generalidad de los historiadores, y que en realidad tenía atadas las manos en su lucha desgraciada por la unidad nacional, se pueden aplicar de tal manera á la situación de España en los últimos meses y á la que guardaba el Ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, que si no supiéramos que el libro vió la luz mucho

antes de los intentados á trato vivo.

Pero apertamentos feh alusiones á pos que con dos á admítado al tor previsión, «Aconteció tes aconte obliga, tar exagerar s dosas lucha ced de sus la postre l nueve años hacía veint que á él ib bilidades, « res tendrí fiado de d gran poten Montjuitch lo fueron también, p

¡Y no er contrario, se más fle ritu debía la Nación. de ello re sus discun íntimos ser acaso para sa. Él, en e el partido li lante de como este de modera la Restaur cia en el e galanas fr prueba má de largas p argumento España, ec no habría con el juic sus deseos sus advers nización d

la combatido y limitándose á lo nos dé razón á los conservadores y que la Providencia divina no pueda ser, ilumine á demás á los Jurados de nues-

se mayor lenidad, más dulzura, de conciliación? Y notad, señores transacciones no eran puras. Era Cánovas un hombre poder, sostenía con los hechos se cuando no estaba en el Gobierno, y que jamás se mostró sedo lo exigió la salvación de la

ce, quizá más que en ninguno filósofo profundo, jurisconsulto cristiano caritativo y católico con su discurso sobre la *Cuestión* dos que le sirven de complemento *Conferencia de Berlín* y las *Ultimas* que ésta sugiere. Aunque lo, como él mismo se gloria, y todas las flores para la composición, manifiesta un criterio de católico, que si no supiéramos fué pronunciada antes que amosa Encíclica de León XIII, *Incum*, creeríamos que el orador la inspirado en la lucubración ce.

do la caridad cristiana; pero to no basta para resolver la rende la importancia de la acción; pero expone que ella no ate todo el poder que se rean á cabo las reformas que la sin la ayuda del Estado, y en esta cooperación insiste una ehemencia. No quisiera cansaero no puedo resistir al deseo de la letra algunas de sus senen alto grado de esta cátedra

stre orador! ¡Estás pensando i propio vas á ser víctima de), cuando después de señalar . grito de alarma! No te quiso a, no te oye Europa, no han rejos las Américas, y la sangre guirá corriendo con la tuya.

¡Ojalá que atiendan á otras admoniciones que oportunamente le dirigiste, y que aún es tiempo de seguir! Tened la benevolencia de escucharlas.

Y, sin embargo, no era este su modo favorito de preparar sus discursos, y cuando se le presentó la ocasión, contradijo abiertamente á estos preceptistas romanos, oponiéndoles otras teorías, así como diariamente les contradecía en la práctica. Prefería, en efecto, «la improvisación oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil sin duda, en nuestras asambleas modernas, que su rival, aunque por fuerza menos correcta, y bien ordenada, más pobre en adornos y de menos efecto en la lectura». Comparaba al orador con el autor dramático que representa su propia obra, y explicando este principio, añadía que «este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público, en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien sabe preguntar, ya con aprobación, ya con desaprobación, ya con entusiasmo, ya con cólera.» (1)

Cuando dictaba estos preceptos, los había puesto en práctica hacía largos años. Era, en verdad, un grande improvisador y un actor consumado. A la lógica contundente, á la elegancia en el decir, á la prontitud en responder, añadía esa gracia natural de la fértil Andalucía que lo vio nacer, y, cuando convenía, salpicaba sus discursos con ese gracejo, esas sales, esos chistes y alusiones que tanto recomienda Cicerón, que hacían temblar de cólera á los contrarios, estremecerse de risa á los amigos, y que le aseguraban ese éxito inmediato, indispensable, según él, á todo orador.

II

Hasta aquí, señores, he dejado hablar al poeta, al historiador, al filósofo, al jurisconsulto, al orador, al cristiano, y he procurado, citando sus propias palabras, que se retrate

(1) Prólogo á los *Oradores Romanos*, de Roda.

á sí mismo en estos altísimos caracteres. Mi tarea empieza á ser más difícil, pues tengo que entrar en el terreno para mí desconocido de la política, servirme de mis propias frases y comunicaros mis propias reflexiones. ¡Quiera el Señor inspirar mis palabras al tocar asunto tan escabroso!

Me he propuesto ponerlos delante de los ojos al lamentado Ministro de la augusta madre de Alfonso XIII, no como jefe de un partido, sino como representante genuino de España, de la raza española, del principio de autoridad. Me permitiréis, por tanto, que no os hable de sus primeros pasos como Diputado, ni de su intervención en los acontecimientos de Vicálvaro, ni aun siquiera de la parte que tuvo en su calidad de Encargado de Negocios en Roma, en la preparación del Concordato. Mucho menos trataré de investigar las simpatías ó antipatías que haya podido abrigar hacia la revolución de Septiembre, que derrocó la Dinastía por él restaurada pocos años más tarde. Desde este momento empieza su verdadera grandeza, y es cuando os invito á admirarlo.

No llevéis á mal que, hallándonos tan lejos del teatro de los acontecimientos, os recuerde la situación que guardaba España en la época de la Restauración. Ni la República ni la Monarquía revolucionaria habían podido darle la paz, ni mucho menos ponerla en la vía de progreso que algunos soñaron. Una gran parte de la Nación se acogió, para acabar con aquellas, á la bandera tradicionalista, ó legitimista, ó como queramos apellidar la causa de D. Carlos, y se encendió la guerra civil con todos sus horrores. Sostenía al último, como de costumbre, el elemento religioso, y le daba una fuerza que ningún otro partido alcanzaba; pero que, grande como era, no bastó para que lograra el triunfo definitivo. Era menester levantar un estandarte que conciliara todos los intereses y simbolizara todos los principios, desde la religión y la Monarquía tradicional hasta las libertades republicanas, y éste fué el que enarboló D. Antonio Cánovas del Castillo, poniéndolo en las manos de Alfonso XII.

Para alcanzar la victoria, no bastaba que los que habían permanecido fieles á la dinastía venciesen en el campo de batalla; era indispensable ganar los corazones. A los republicanos y á los monárquicos del duque de Aosta, los desveló la fuerza de los acontecimientos, y los

atrajo la diplomacia. Restaba arrebatarse á los carlistas las armas materiales, y sobre todo, las armas morales que parecían hacerlos invencibles. No olvidéis, señores, que habían de pasar todavía varios años antes que León XIII (1) dirigiera á los Obispos españoles estas palabras: «Se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo á los que pertenecen á otro partido.» Reinaba entonces Pío IX, y la opinión general en todas partes era que la religión estaba vinculada, casi exclusivamente, en los partidarios de D. Carlos, y que afiliarse en otra bandera equivalía punto menos que á apostatar.

La grande habilidad de Cánovas consistió en dar al mundo señales de lo contrario, no sólo con la derogación de ciertas leyes que, como la del registro civil, desagradaban al pueblo español, sino sobre todo y más que todo, alcanzando la protección decidida del Soberano Pontífice para el joven Rey que acababa de recobrar, merced á él, el trono de sus abuelos. Si imponente fué el espectáculo que dió al mundo católico Alfonso XII, cuando al poner el pie en su reconquistado reino cayó en los brazos del Cardenal Moreno, Arzobispo primero de Valladolid y luego de Toledo, de mayor efecto fué la llegada del Nuncio apostólico á Madrid, dando el ósculo de paz, á nombre del Pontífice, al hijo de la Reina Isabel. «¡Ah!—me decía por aquel tiempo, llorando en la falda francesa de los Pirineos, uno de los ardientes partidarios de D. Carlos.—No son las armas las que nos han vencido, sino el enviado pontificio. Lucharemos contra todas las potestades de la tierra; pero ante la decidida voluntad del Vicario de Cristo, es fuerza doblar la rodilla. Vimos impertérritos el avance de incontables legiones, pero al aparecer monseñor Simeoni no nos quedó otro recurso que emprender la retirada.»

¡Quién hubiera creído que en la segunda mitad del siglo XIX la alianza con el jefe del catolicismo diera tal fuerza á una Nación!

Ella salvó á España más tarde de la desigual guerra, como la llamó el mismo Cánovas, que inconsideradamente iban á emprender contra la poderosa Alemania. Ella ha contribuido en

(1) Encíclica *Cum Multis*.

ener en el Trono á la augusta
 : María Teresa de Austria y
 la madre de San Luis, que
 id y tanto tino lleva las rien-
 bierno que las manecitas del
 son capaces de empuñar.
 ido, como nadie lo ignora, la
 del Castillo; y si á la Iglesia
 o cuanto tal alianza parecía
 ener en cuenta que era indiar
 el equilibrio entre los par-
 evitar males mayores y con-
 nce la paz.
 n desterrar las revoluciones
 : de los pronunciamientos, como
 ranjeras con escarnio la ape-
 ertir á España en una nueva
 ie pacíficamente, y por turno,
 nada los derechos de la Co-
 ar el orden social, y animados
 iente-patriotismo, se suceden
 mando los partidos liberal y

épocas en que imperaba el
 do se preparó, y no por cier-
 bras de la noche, la terrible
 en el momento dado estalló
 : islas españolas del extremo
 remo Occidente.
 e levantamiento los benéfi-
 ie la rebelión de Cataluña en
 : IV (que con fruición previ-
 vas del Castillo), es decir, el
 able y el convencimiento que,
 er bajo extraña dominación,
 yugo de nuestros hermanos?
 e toca investigarlo; pero si
 m gran beneficio que de esta
 le ha resultado á todos los
 ios.
 tado, señores, que desde el
 empezó á verse el peligro in-
 el Golfo de Méjico se convier-
 so lago anglo-americano, los
 que antes eran enemigos de
 eron con dulce mirada hacia
 ! No habéis observado la ac-
 la neutralidad simpática que
 s gobernantes de las Repúbli-
 América? No os indica esta
 idea general es que los dos
 dos que han venido á luchar
 stán defendiendo, no sólo la

integridad de España, sino la existencia de
 sus hijas emancipadas, la libertad de la raza
 española en el Nuevo Mundo? No pudiera
 esta conformidad de sentimientos engendrar
 la uniformidad de acción, y producir la con-
 federación que soñó Bolívar, pero con la ma-
 dre Patria á la cabeza?

La que fué una utopía en la época del ven-
 cedor de Juanín, podría ser una realidad en el
 siglo al ver el inmenso Imperio de Rusia atra-
 vesado por larguísima vía férrea desde las
 orillas del Neva hasta las costas fronterizas del
 Japón, y podrá construir otra que desde el es-
 trecho Magallanes conduzca en breves días
 hasta la ribera del Bravo. Sea lo que fuere de
 estos sueños, la unión de corazones existe
 entre todos los hijos de la madre España, y
 esta unión se debe á D. Antonio Cánovas del
 Castillo, personificación al morir de toda la
 raza española.

¿En qué te había ofendido esta noble raza,
 hijo tenebroso del anarquismo, para que así
 salieras de tus antros á sumergirla en hondo
 duelo? ¿Qué agravios tenías que vengar en ese
 hombre, viva encarnación de la España, que
 te dió el asilo y el pan, que tu propia Italia
 te negaba? Bien te conocían sus numerosos
 guardadores, y á la benevolencia de ese go-
 bernante tan generoso, que hay quien lo haya
 tachado de débil, debiste el que no te sepulta-
 ran en el castillo de Montjuich con los crimi-
 nales que llamas tus hermanos.

¿Y pagas tamaña bondad ensangrentando
 el suelo que te ha dado hospitalario abrigo,
 arrancando la vida á tu bienhechor, poniendo
 en peligro hasta la integridad de la Nación
 á cuyo amparo te habías acogido?

¡Ah! Bien te reconozco en esa actitud de su-
 premo desdén con que te encaras con tu víc-
 tima y desafías al poder que, vivo ó muerto,
 representa. No de otra suerte se me figura que
 Luzbel, primer padre y maestro del anarquis-
 mo, se ha de haber erguido ante el trono del
 Omnipotente al pronunciar el insensato *non*
serviam. Tal es la divisa de hermandad satáni-
 ca á que estás afiliado: no servir á nadie, no
 tolerar autoridad alguna, todo destruir, todo
 aniquilar. Ya no me maravilla que asestes tus
 tiros al insigne varón que ningún mal te ha
 hecho. Representa el orden social, representa
 el principio de autoridad, representa á ese
 Dios cuya existencia niegas, y esto te basta.

¿Pero no ves, insensato, que Dios no muere,

como dijo, al caer asesinado también por *tus* hermanos, otro representante del poder y de la sociedad y de nuestra raza, en una de las Repúblicas hijas de España? (1) ¿No ves que al pretender derribar á tu víctima lo que has logrado es erigirle un pedestal que le engrandecerá á los ojos de todos los pueblos y de todas las generaciones?

Sí, señores; si gloriosa fué la vida de Cánovas, infinitamente más gloriosa ha sido su muerte de mártir. Ved cómo se postran ante su tumba los depositarios de esa autoridad emanada del derecho divino de que él fué representante y baluarte. «Desolada por la horrible desgracia—exclama la augusta Reina á quien tan fielmente sirvió,—no encuentro palabras con que expresar mi dolor... Hé perdido al Consejero leal que tanto me ayudaba y de quien necesitaba tanto. Los servicios eminentes que prestó á mi esposo D. Alfonso XII hacíanle objeto de todos mis respetos, y le unían conmigo nuevos y valiosísimos sacrificios por el Trono.»

A las lágrimas de la inconsolable Soberana une las suyas, y las bendiciones que abren las puertas del cielo, el Sumo Pontífice León XIII. En alta voz expresan su dolor los Emperadores y Reyes del antiguo mundo. Los Presidentes de las Repúblicas de América mandan á través de los mares sus gemidos; y uno de ellos, el del Uruguay, baña el mensaje de luto, no con llanto, sino con su propia sangre, vertida á los pocos días del mismo modo violento que la del mártir de Santa Agueda.

Bien habéis hecho, españoles, en iniciar esta solemne manifestación de duelo y gratitud. Pero no olvidéis que somos ante todo cristianos y que, más que de lágrimas de dolor, más que de cánticos de alabanza, ha menester el difunto de oraciones y de sufragios. Es manía universal hablar mal de los hombres que están en el poder, y nada perdonar á los que se hallan revestidos de autoridad. ¡Injusticia atroz! El gobernante—salvo rarísimas excepciones que confirman la regla—sacrifica al pueblo á quien se consagra, su vida, su salud, su reposo, su paz, su fortuna, sus intereses y, por servirlo, descuida á menudo hasta trabajar con el ahínco que conviniera por la salvación de su propia alma.

(1) García Moreno, Presidente del Ecuador.

Si su patriotismo no hubiera encumbrado á Cánovas hasta el alto puesto que ocupaba, habría podido pasar los últimos años de su vida en este dulce reposo, que permite al ferviente cristiano prepararse con tiempo á la muerte. Los negocios públicos y la bala traidora que le arrebató tan violentamente la existencia no le dieron lugar para esa preparación inmediata, que tanto sirve para purificar el alma antes que se presente al justo juez de los vivos y de los muertos.

Los principios altamente religiosos de que hizo alarde toda su vida, que manifestó sin temor, aun en Asambleas abiertamente hostiles al catolicismo, y que se jactó más de una vez de no haber cambiado jamás, nos hacen creer que en los breves instantes que transcurrieron desde su primera herida hasta que exhaló el postrer suspiro su corazón se elevó al Señor con actos de sincera contrición, que unidos á los Sacramentos que á tiempo se le administraron, le habrán abierto las puertas del cielo.»

VI

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL DOCTOR D. RAMÓN ÁNGEL JARA, GOBERNADOR ECLESIAÍSTICO DE VALPARAÍSO, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN HONOR DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, EN LA IGLESIA MATRIS DE DICHA CAPITAL POR LA COLONIA ESPAÑOLA, EL 20 DE AGOSTO DE 1897.

La notabilísima oración fúnebre del doctor Jara, impresa en Montevideo, va precedida de una Carta-Prólogo, notable también, del doctor D. Matías Alonso Criado, Miembro de la Real Academia de la Historia, dirigida á la señora viuda de Cánovas, que comienza así:

«Vuestro ilustre esposo, de eterna memoria, me honró con su amistad afectuosa, y, como Presidente de la Real Academia de la Historia, en 1864, me señaló un puesto superior á mis méritos en tan docta Corporación...

«Al caer el gigante, á impulsos del pigmeo, al sucumbir la virtud á manos del crimen, al suceder la apoteosis universal y pú-

blica al sacrificio individual que hasta carece de la razón del egoísmo, impidióme la distancia añadir una modesta corona á las muchas y valiosas que en la tumba marcaron el límite entre la vida del efímero miembro de la sociedad humana y la del personaje histórico, factor imperecedero de la civilización.»

«Había pensado recopilar las publicaciones de la prensa periódica del lugar de mi residencia y ordenarlas con la descripción de la grandiosa manifestación pública celebrada el 15 de Agosto en Montevideo en honor de la más ilustre víctima española del anarquismo, y renuncié á tal propósito, que hubiera dado un libro demasiado voluminoso, ante una novedad que venía á conciliar maravillosamente mi deseo con la brevedad y con el cumplimiento de otros deberes de amistad y de patriotismo. Tal fué el magistral discurso pronunciado en el templo principal de Valparaíso por el eminente orador chileno y venerado amigo mío, el doctor D. Ramón Angel Jara, documento de inapreciable valor, cuya difusión por América y por Europa importa, á mi entender, muchísimo, así por su especial carácter de acabada apología como por sus alcances, no sólo en las relaciones hispano-americanas, si que también en la más alta y amplia esfera de los intereses religiosos y humanitarios.»

«La ceremonia—aludiendo á las solemnes honras—fué digna de sus iniciadores, y correspondió á los peregrinos méritos que adornaban al insigne jefe del Gabinete español, traidoramente arrebatado á su Patria en hora infausta para ella y aun para el mundo civilizado.»

«Sobre la parte superior de la principal puerta de entrada (del templo) resaltaban del tul negro las letras de la siguiente inscripción (en latín): «Los hijos de España, llenos de gratitud y admiración, ruegan al Dios supremo por tí, ilustre Antonio Cánovas.»

«Sobre la puerta de la derecha—continuando la descripción—se ostentaba el telegrama, soberbiamente justiciero, que Bismarck envió—

y todos conocen—á la viuda del ilustre español.»

«En la nave central se alzaba un catafalco, majestuosamente hecho, cuyos adornos y cintas ostentaban, con letras de oro, frases en latín como éstas: «Hijos de Iberia, llorad amargamente, porque la fiera del anarquismo devoró á Cánovas, grande en las letras, y el más grande entre los políticos de su Patria.»

Descansaba sobre el fúnebre monumento una hermosa corona de violetas, adornada con rosas y siemprevivas, que llevaba la siguiente dedicatoria: «La colonia italiana de Valparaíso al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.»

Sigue el Sr. Alonso Criado encomiando el discurso pronunciado por el Gobernador eclesiástico, Sr. Jara, que después se extracta, y á cuya terminación ofició el responso el ilustrísimo señor Obispo de Guayaquil. El Sr. Alonso Criado dice después que si Cánovas hubiera fallecido de muerte natural no hubiese servido el suceso para acentuar la confraternidad hispano-americana; pero, sacrificado como un mártir de la civilización... ha tenido una muerte digna de su vida. Añade, transcribiendo palabras de Donoso Cortés, que Sócrates no fué tan grande por la vida que vivió como por la muerte que le dieron, y que el mundo se hubiera indignado contra Roma si ésta hubiera permitido que aquél muriese de la muerte de los demás hombres, terminando con otras frases del propio Donoso Cortés, repetidas por Castelar, que acogen á Cánovas como á uno de los más grandes hombres de la admirable Historia de España.

ORACIÓN FÚNEBRE (1)

Tras de un brillante exordio, en que recuerda el orador el asesinato de Carnot, tan sentido en Francia, «un nuevo grito ha venido, dice, á conmover la tierra, anunciando un crimen horrendo que deja á la víctima bañada en sangre y bañada en un mar de llanto á la

(1) Sentimos no poder reproducirla íntegra, como por su mérito merecía.

Iglesia, al Trono, á las Letras y á las glorias todas de una nación incomparable...

¡Ah! Ese grito ha desgarrado nuestras almas, porque esa voz es la tuya, ¡oh España, queridísima madre de nuestra Patria, abuela venerable de la generación americana!

Yo no acierto á explicarme la emoción que en esta hora me domina. He visto pasar delante de mis ojos túmulos funerarios de Pontífices y de magistrados, de sacerdotes y de guerreros, de víctimas inmoladas en crueles hecatombes, y con todo nunca sentí mi espíritu tan profundamente turbado... ¡Ah, señores! Es que al ver ultrajada por un misero asesino á la única nación que ha tenido dos mundos por corona; al ver, entre fúnebres crespones, inclinado sobre el cadáver de un hijo aquel pendón hispano que jamás pudieron doblar los infortunios; al ver abatidas por el dolor aquellas columnas del escudo ibérico que siempre alientan con el *plus ultra* de sus glorias, se revela en mis venas la altiva sangre española.»

«Por vez primera me encuentro delante de un sepulcro en torno del cual se agrupan, para hacer duelo común, casi todas las grandezas del espíritu humano. Y mientras la poesía y la historia, la elocuencia y el derecho, la diplomacia y la magistratura escriben en el álbum de sus glorias el nombre venerando del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, dejadme á mí, en nombre de la Iglesia, que fué su madre, grabar en la lápida de su tumba el elogio más comprensivo con que los Libros Santos han honrado á un caudillo ilustre de Israel: *Exquisivit omnimodo exaltare populum suum*. «En todo orden de cosas procuró el engrandecimiento de su Patria.» (1)

Sí, señores; porque la engrandeció con el cultivo de las letras, con los servicios en la administración del Estado y con la firmeza incontrastable de su fe, el Sr. Cánovas del Castillo llegó á ser un cerebro, un corazón y un alma que no vivían sino para la gloria de su adorada España. He ahí por qué los hijos de ese pueblo, sin distinción de opiniones políticas, amigos y adversarios de la dinastía que hoy le rige, unen sus voces desde todos los ámbitos del mundo para execrar el crimen y

mezclar sus lágrimas para llorar al egregio compatriota.»

«Esta adorable Providencia que, según Bossuet, «prepara los efectos en las causas más distantes y realiza aquellos grandes sucesos cuyos resultados alcanzan tan lejos», prepara hombres extraordinarios que descuellan repentinamente entre la multitud por el brillo de su ingenio, por la espontaneidad del talento, por la serenidad del valor, por la fecundidad de sus empresas y, más que todo, por aquel sentimiento religioso que á todos los hombres verdaderamente superiores les acerca, sin esfuerzo, á la grandeza infinita de Dios.»

«Era indispensable, señores, anticipar esta reflexión de carácter general, para explicarnos el aparecimiento súbito de D. Antonio Cánovas del Castillo en los puestos más elevados de la magistratura española. Era hombre providencial, y Dios le había preparado con dotes extraordinarias en su inteligencia y cualidades sobresalientes en su carácter.»

«Lo sabéis, señores. Cánovas reveló la superioridad de su espíritu desde que se inició en el cultivo de las Letras; superioridad que se tornó en ruidosos triunfos...

¡Misterios de la vida! ¡Cuándo habría de pensar el joven Cánovas del Castillo que en la tarde de la vida, su propia cabeza ensangrentada habría de producir en el mundo mayor espanto que aquella fatídica campana formada de la cabeza de los nobles, y por él tan admirablemente dibujada!

El sol, para alumbrar, no admite espera; en apareciendo, su luz se impone. Y así se imponen á las multitudes y á los Gobiernos los hombres verdaderamente superiores. Por lo mismo que á ellos están reservadas las grandes empresas, Dios cuida de ellos, y por medio de las situaciones en que les coloca, de los acontecimientos que les hace presenciar, de los personajes con quienes los relaciona, va preparándoles para sus altísimos designios.

Todo esto puede decirse precisamente de Cánovas. A él le fué dado presenciar, dentro

(1) Lib. 2.º de los Macab, cap. XIV, núm. 35.

y fuera de su Patria, grandes sacudimientos sociales.»

«En ese momento supremo—aludiendo el orador al deseo de los españoles de la Restauración,—salta sobre el puente un hombre extraordinario trayendo en su alma los destellos del genio. Se abre paso por entre la turbada multitud; llama en torno suyo á los representantes del pueblo; alza su voz poderosa como el trueno, y exclama: «No es posible que sobre el Trono de España se perpetúen monarcas extranjeros; traigamos sobre nuestros brazos á un hijo de nuestra raza, que el Cetro de España sabrá unirnos á todos cuando lo veamos empufado por un heredero de nuestros Reyes.»

—¡Cierto! ¡A la obra!—responden millones de ciudadanos, y Alfonso XII sube al Trono traído por las manos de aquel humilde malagueño, D. Antonio Cánovas del Castillo.....»

* *

Habla después el orador de la elocuencia prodigiosa de Cánovas, el cual, junto con la energía de Demóstenes y la gravedad de Hortensio, le acompañaban el razonamiento de Esquines, la ternura de Cicerón y á veces la aspereza satírica de Focion...

«No debe, pues, sorprendernos, señores—continúa,—que un ciudadano de tan egregias dotes fuera capaz de encarrilar á su Patria por un sendero en que se conciliaran el orden y la libertad, sostenidas por la fidelidad y la obediencia al Soberano.

Cánovas del Castillo, como hombre de ideas profundas y no de huecas palabras, amaba tanto la verdadera libertad como detestaba á la falsa libertad, á esa caricatura que hace de ella la licencia.....»

«El amor apasionado que Cánovas profesaba al orden y á la libertad, fué el que le hizo desdefiar todas las tentaciones del amor propio con que la forma republicana, sustituida á la Monarquía en el Gobierno de España, hubiera de llevarle á las alturas del poder. El grande estadista sabía bien que los pueblos no se acomodan á los Gobiernos, sino

que éstos deben acomodarse á los pueblos.....»

* *

«Restablecida la Monarquía en España, sería inoficioso decir que D. Antonio Cánovas del Castillo quedó obligado á ser, de cerca ó de lejos, según la prudencia se lo aconsejaba, el apoyo más firme y constante de la casa de Borbón.....»

«Hablad con aquellos que conocen bien la historia íntima de los palacios, y ellos os dirán que Cánovas del Castillo ha tenido rasgos en su vida que habrían envidiado Richelieu en Francia y William Pitt en Inglaterra, porque es más fácil lisonjear la vanidad de los grandes que sorprenderlos en el camino de sus extravíos.....»

* *

El orador sagrado se ocupa á continuación del profundo convencimiento que tenía Cánovas de los hombres, de su actividad, encontrándose casi al mismo tiempo en las Cortes pronunciando extensos discursos y dilucidando en los Consejos de Gobierno los más trascendentales problemas, llegando á donde no llegaba su palabra, sus escritos. El Ateneo y la Academia saboreaban, como regalada miel, los frutos de su ingenio, y las Cancillerías de las grandes naciones consultaban como oráculos las opiniones del primer Ministro de España.....»

* *

«La brevedad del tiempo no me permite—dice, aproximándose á la conclusión,—agregar aquí sino una sola pregunta: ¿Qué resorte secreto había en este hombre excepcional, que armonizaba todas esas fuerzas del sabio, del literato, del jurisconsulto, del magistrado y del ciudadano? ¿Qué interés humano perseguía á costa de tantos sacrificios? ¿Serían los honores? Nadie los miró con tan soberano desprecio, hasta rehusar en su persona toda ostentación de recompensa humana. ¿Serían las lisonjas de los grandes? Las odiaba en tanto grado, que huía de la corte para buscarse algún solaz cultivando los fru-

tos, siempre agradecidos, de la tierra. ¿Serían títulos de nobleza? Los rechazó cien veces; una sola insinuación de su voluntad habría bastado para inclinar en su favor la balanza que él sostenía en sus propias manos. ¡Ah señores! Digámoslo de una vez. El secreto poderoso, el eje en torno del cual giraban todas las acciones de Cánovas del Casti-

llo, era la fe cristiana de su alma; fe humilde y sencilla; fe práctica ó ilustrada; fe incommovible y siempre victoriosa.....»

.....
«¡Consuélense vuestras almas al pensar que el mundo entero sufre con vosotros!.....»
.....
.....

QUINTA PARTE

ENAJES PERMANENTES

SECCIÓN PRIMERA

inscripción del nombre de Cánovas del Castillo en una lápida del Congreso

I

CIÓN DE LA PROPOSICIÓN

INTADA CON TAL OBJETO

in del citado Cuerpo Colegista-

Julio de 1899, se presentó una
manuscrita por los Sres. D. Aure-
Rivas, D. Práxedes Mateo Sa-
mancisco Romero y Robledo, don-
ra, D. José Canalejas y Méndez,
le Mochales y D. Juan Poveda,

el nombre de *Antonio Cánovas*
inscribiese en el salón de Sesio-
nara, como recuerdo á sus gran-
y testimonio de la gratitud de

ción la apoyó el Sr. Linares Ri-
minos siguientes:

iputados: Vengo á demandaros
sticia.

nombre de Cánovas del Castillo
ría escrito en letras de oro en
donde tantas veces nos ha cauti-
loquencia asombrosa. Aquel me-
señalando al lado derecho de la
es un cargo formidable contra

todos nosotros, habiendo, como hay, nombres
tan gloriosos como el de Cánovas, que tienen
tantos y tan merecidos títulos para ocu-
parlo.

Describir los méritos de un varón tan in-
signe sería completamente ocioso, sobre todo
en una Asamblea donde tan reciente está el
recuerdo de su paso por la política y por la
historia entera del país.

Era Cánovas un orador parlamentario asom-
broso; jamás se dirigió al corazón de sus
oyentes, siempre á su entendimiento, para
convencernos y para persuadirnos. Cómo con-
vencía y cómo persuadía siempre, lo sabéis
todos vosotros perfectamente. No recordaréis
ninguno de vosotros una sola contienda en
que haya sido vencido; yo, por lo menos,
que conservo tantos ejemplos de sus prodigio-
sos discursos, no recuerdo de una sola oca-
sión en que el éxito le haya vuelto la es-
palda.

Su nombre no era sólo de este recinto, no
era sólo de España entera; era de Europa,
era de todo el mundo. Júzguesele como se
quiera en su gestión política, como orador
parlamentario no habrá una sola discrepan-
cia.

Cánovas era un historiador notable, era un gran sociólogo; todos sus trabajos en las Academias y en los libros de la Historia demuestran perfectamente las altas cualidades que se revelaban en él á cada instante.

Cánovas era, además, un insigne estadista; si alguien lo dudara, la política de la Restauración, tan dulce, tan humanitaria, tan benévola, tan conciliadora, bastaría por sí sola para fundar una reputación; y sin acudir á otros ejemplos, aquella política, repito, sería lo suficiente para dejar grabado su nombre de una manera indeleble en los fastos de la Historia española.

Sumamente trágica su muerte en Santa Agueda, ocurrida como para dejar paso á todas las desdichas que debían venir en tropel sobre España, le han constituido en un verdadero mártir.

No fué víctima del encono particular, no fué víctima de ningún odio particular ó privado; fué víctima de sus opiniones, de su manera de ver y dirigir la política española, y sobre todo del odio profundo que á sus resueltos mantenedores profesan todos aquellos que detestan el orden social.

Por consiguiente, como orador, como estadista, como sociólogo, como historiador, como mártir de la política española, tiene demasiados títulos para que vosotros acordéis que su nombre se grave en aquel medallón para recuerdo de todos.» (*Muy bien.*)

El señor Marqués de Mochales, firmante también de la proposición, en nombre de la minoría liberal conservadora, añadió por su parte lo que se transcribe á continuación:

«Si de una parte mi natural y peculiar modestia me dicta que nada puedo añadir á cuanto tan elocuentemente acaba de decir mi particular amigo el Sr. Linares Rivas, de otra parte habéis de reconocer conmigo que fué tan alto el nivel alcanzado por el ilustre y para nosotros inolvidable jefe, D. Antonio Cánovas del Castillo, que aún sería mayor inmodestia pretender juzgarle ó siquiera encomiar ante vosotros su vida y la historia de sus actos, cuando su vida fué durante tantos años la vida de la Nación y con sus actos trazó la historia de la Patria.

Van transcurridos próximamente dos años desde su alevosa muerte, y de entonces acá tres Gobiernos se han sucedido y dos Cortes

fueron disueltas, y aun en medio de este ambiente, propio de las Cámaras deliberantes, á través de las pasiones que aquí embargan nuestros espíritus y alientan nuestras empresas; aun en medio de esta realidad que hace olvidar á los que existieron y fija nuestra atención en las angustias del presente, ó abre el pecho á las esperanzas de un porvenir más venturoso, en vano nadie pretenderá negarlo, todos lo sentimos, y aun todos lo confesamos, hay algo como de duelo, algo como de orfandad en la Cámara, y se palpa, se toca el vacío que dejó aquella ilustre personalidad á quien todos acudíamos, no sólo para nuestras empresas y batallas, sino para poner término á ellas, salvando él con su autoridad en los supremos instantes, no sólo la dignidad colectiva y personal, sino también los sagrados y grandes intereses de la Patria y la libertad.

Si D. Antonio Cánovas del Castillo como historiador y académico fué admirado por cuantos se dedican á la especulación científica y literaria, lo fué aún más todavía por el caudal de su erudición atesorado en su prodigiosa memoria, y por su peculiar afición al trabajo, y Cánovas orador fué por su potencia intelectual el más arrogante y viril orador parlamentario. Ahí, en la colección de nuestro *Diario de las Sesiones*, recogidos están sus más admirables discursos, y en todos ellos rebosa la sana doctrina, el dogma del partido liberal conservador, que es y será siempre el alma de cuantos con este ó semejante carácter pretendan sucederle.»

Al Marqués de Mochales siguió el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Silvela, que se expresó así:

«Señores Diputados: Cuando se esparció por España y por todo el mundo la triste nueva del drama de Santa Agueda, surgió unánime en el pensamiento de todos la idea de que el nombre de D. Antonio Cánovas del Castillo debía figurar en esas lápidas donde figuran los nombres de mártires ilustres de la libertad y del deber.

Fué víctima D. Antonio Cánovas, terminando de aquella manera, con gloria para él, su existencia, tan llena de servicios eminentes á la Patria, de la ira del anarquismo, que eligió su víctima, como suele hacerlo siempre, en la altura, buscando aquellos que podían

herir más la imaginación de las gentes en el sacrificio de un hombre que había consagrado precisamente su esfuerzo, no sólo á la defensa de la libertad y del orden en su Patria, sino al mejoramiento de las clases obreras y á la solución del problema social, que él, como nadie, había tratado en nuestro país con tanta elevación y al propio tiempo con tan profundo sentido práctico.

No hay que hacer el panegírico del Sr. Cánovas del Castillo, como decía muy bien el Sr. Linares Rivas; pero yo he sostenido siempre que la gran figura que representa en nuestra Historia y en nuestro desenvolvimiento intelectual, moral y político, no será apreciado exactamente sino cuando la distancia permita mirarla de algo más lejos, y entonces se reconocerá, por no entrar en otros detalles menudos que serían impropios en este momento, que supo sintetizar con admirable elevación é indiscutible prudencia todos los esfuerzos de las generaciones que le habían precedido en la defensa de las instituciones parlamentarias, dando á este país una legalidad común que ha permitido el desenvolvimiento práctico de las libertades públicas, y que asegura el funcionamiento del régimen representativo, si acertamos todos á conservar con prudencia lo que con prudencia estableció él, en momentos en que la prudencia era verdaderamente meritoria.

No se puede olvidar que cuando él sentó entre nosotros las bases de la tolerancia política, del equilibrio de la fuerza de los partidos y de la legalidad común, era el vencedor, y el vencedor con una fuerza avasalladora, que no ha tenido quizá ningún hombre público en España, al menos con tan sólidos cimientos y por tan largo tiempo como él pudo disfrutar de esa verdadera omnipotencia; no se puede olvidar que en tales circunstancias, refrenando, no ya sus pasiones, sino lo que es mucho más difícil, las pasiones de los suyos, las pasiones de los que tenía á su lado, de los que eran sus más leales amigos, sus más consecuentes partidarios, aquellos en quienes podía fiar de una manera más firme todo su porvenir y toda su existencia; conteniendo todas esas pasiones, estableció entre ellos un régimen de tolerancia, de ponderación de fuerzas, que aseguró cimientos sólidos á la legalidad común, y con ellos cimientos sólidos á la paz política y al bienestar de la Nación es-

pañola. No hubiera prestado otro servicio D. Antonio Cánovas del Castillo, y sería acreedor á figurar en primer término entre todos los hombres que han hecho algo por la grandeza, por la gloria y por la prosperidad de su país.

Pero, reunido á estos eminentes servicios políticos el conjunto de condiciones extraordinarias que hacían de él un orador incomparable, un escritor de primer orden, un historiador que ha sabido desentrañar muchas verdades oscurecidas en las leyendas de nuestro país, dando á nuestra Historia, en su desenvolvimiento y en su estado moderno, el sentido práctico de que estaba privada aquí hacía tanto tiempo; cuando, reunidas á sus eminentes servicios políticos esas cualidades extraordinarias, que poquísimos hombres han reunido en la Historia, todas las manifestaciones que se hagan en su honor serán, indudablemente, pequeñas y menudas al lado de las que nombre tan esolorecido merece.

Yo tuve la desgracia en los últimos años de disenter de algunos de sus puntos de vista políticos; pero me he consolado siempre, y me consuela en estos momentos, la idea de que jamás la pasión me ha arrastrado á desconocer en lo más mínimo, ni á disminuir en nada, lo que constituyó para siempre en mí un verdadero culto, la admiración hacia sus cualidades eminentes y el respeto hacia aquel hombre que tantos servicios había prestado al país, y que tantos merecimientos tenía para la humanidad entera, puesto que no se puede encerrar su nombre en el límite de la Historia de su propia Nación, sino que, como publicista y como pensador, ha sido estimado por el mundo entero en el alto valor que deben tener, y que tendrán constatemente sus obras.

Me asocio, pues, con profundo entusiasmo, aun cuando los momentos y la solemnidad que nos reúne en estos instantes despierten amarguísimos recuerdos, á la petición que ha hecho á la Cámara el Sr. Linares Rivas, y que estoy seguro que será acogida como un tributo de justicia por la Nación entera. (Muy bien.)

Siguió al Sr. Silvela el Sr. Romero y Robledo, que se expresó así:

«Voy á decir sólo dos palabras.

El honor tributado á la memoria del hombre ilustre que hizo la Restauración, que dió á la

Restauración la corriente de política generosa que ha ensalzado el señor Presidente del Consejo de Ministros, y cuya falta en la política española se deja ver hasta en la composición de los partidos, no exige de mí que entone elogios y alabanzas que están en la conciencia del país; me he levantado sólo, por estar muy separado de la mayoría, para asociarme con todo el sentimiento y la verdad de mi alma al tributo rendido al verdadero mártir de la Patria, D. Antonio Cánovas del Castillo.» (*Muy bien.*)

Habló después el Sr. Poveda, dando las gracias al Presidente del Consejo de Ministros por haberse asociado al tributo de admiración y respeto á la memoria del Sr. Cánovas del Castillo, objeto de la proposición, cuyo nombre, gloria entre las glorias de la tribuna española, era necesario que constase inscrito en una de las lápidas del salón de Sesiones.

El Sr. Pi y Margall—lo consignamos por respeto á la verdad,—reconociendo los méritos del Sr. Cánovas, se opuso á la proposición, por razones que á nosotros no nos toca juzgar, y á las cuales contestó el Sr. Silvela del elocuente modo siguiente (1):

«Señores Diputados: No es éste momento de entrar en una discusión tan honda como aquella que las palabras del Sr. Pi y Margall provocan; pero no es posible oírlas en silencio sin protestar contra ellas, á causa de su notoria y enorme injusticia. (*Aplausos.*)

El Sr. Cánovas del Castillo, en la cuestión de Cuba, como en todas, mostró la elevación extraordinaria de su carácter. El patriotismo era la nota culminante en él. Los que le hemos podido tratar en la intimidad podemos dar testimonio perpetuo de que su alma se movía á la inspiración del patriotismo más que á la de ninguna otra pasión. Para él no había intereses de partido, intereses personales, ni estímulos de ninguna especie que no se subordinaran, por movimiento espontáneo de su corazón, á los intereses de la Patria. Siempre propicio para recoger el hecho más insignificante que pudiera redundar en aumento del bienestar y de la riqueza del país, para

recoger los trozos de cualquier monumento artístico, á fin de conservarlos á su país, ó para anotar cualquier hecho de la Historia, cualquier elemento de gloria que contribuyera á enaltecer las glorias de la Patria, sólo esta clase de estímulos movían su alma y su patriotismo con preferencia á todo linaje de pasiones.

Y en la cuestión de Cuba lo demostró cumplidamente. No puede olvidar ningún español de los que tuvieron la fortuna de haberlo escuchado de sus labios, la sinceridad y el calor con que dijo desde este sitio que él, en la cuestión de Cuba, que era una cuestión eminentemente nacional, ponía su criterio, su voluntad y su inteligencia en aras de la Patria, que esperaba que la Patria resolviera cuestión de aquel tamaño; pero que si su Patria vacilaba en el empeño tomado sobre sí de consumir sus fuerzas en defensa de aquellos florones de nuestra antigua corona de Castilla, él se resistiría, y si cedía por completo, quizá se retiraría del mundo de los vivos, quizá no podría soportar su alma, su corazón y su vida, el sentimiento y la pena que esto le ocasionaría. (*Muy bien, muy bien.*) Eso dijo, y en aquella ocasión él recogió los sentimientos de la Patria. Si la Patria se equivocó, esto no puede ser motivo para que dejen de tributársele los honores que merece.

No debemos esperar que la Historia le juzgue. La Historia tengo la convicción de que le juzgará como hombre eminente, como gran patriota; lo que seguramente juzgaría muy severamente la Historia es que los que estuvimos á su lado y admiramos sus virtudes y sus cualidades, le regateáramos los merecidos honores en el momento en que se los podemos tributar. Eso es lo que juzgaría severamente la Historia, si nosotros incurriéramos en semejante ingratitud.» (*Bien, bien. Aplausos en la mayoría.*)

Rectifica el Sr. Pi y Margall, declarando de nuevo que reconoce los méritos del Sr. Cánovas del Castillo, y después de algunas palabras del Sr. Poveda, rechazando la protesta del jefe de los federales, pronunciaron los siguientes discursos los Sres. Romero Robledo, Aguilera y García Alix.

El Sr. Romero Robledo:

«Me parece, con perdón del Sr. Pi y Margall, que S. S. no ha podido escoger una oca-

(1) Algo se diría aquí también sobre las observaciones expuestas por el Sr. Pi y Margall, si el recopilador no fuese hermano de Cánovas.

sión más inoportuna para discutir la cuestión de Cuba que ahora que se trata de honrar la memoria del Sr. Cánovas del Castillo.

Hace muy pocos días, el Sr. Linares Rivas lo ha recordado, todos los monárquicos de esta Cámara nos asociábamos gustosos al honor que se tributaba al eminente tribuno señor Castelar, y no sería porque alguno de nosotros hubiera tenido en su larga vida política, algún punto de coincidencia con el señor Castelar, ni hubiera aprobado sus ideas ni su política. Hay que distinguir las opiniones que los hombres representan en la lucha de los partidos, de aquello que constituye nuestro patrimonio nacional, de las cualidades de los hombres que se distinguen; llegan á grandes posiciones y merecen un gran respeto de la opinión pública y de todos los que militan en los diversos partidos.

Aquí se honra la memoria del Sr. Cánovas y se honró hace poco la del Sr. Castelar, no porque esos hombres eminentes hicieran esta ó la otra política, sino porque llegaron á un gran puesto ganado por su entendimiento, y el Sr. Cánovas, además, porque murió á la cabeza del Gobierno, siendo representante del orden social, vilmente asesinado por los salvajes de la época moderna.

Por ese hecho, por esa razón, aquí figura en letras de oro el nombre del general Prim, y de seguro no votaron su inscripción los que le asesinaron. Por esa misma consideración está ahí el nombre de aquel que representa la negación de las ideas dominantes en otra época, y que fué uno de los que concurrieron á la transformación de la sociedad moderna. Por esas condiciones, ese vacío (señalando al medallón de la izquierda de la presidencia) está reclamando el nombre de Cánovas del Castillo. Por esa razón de equidad que á Prim, autor ó uno de los autores principales de la revolución de Septiembre, víctima de un vil asesinato, le hace figurar ahí como mártir de aquella causa, D. Antonio Cánovas del Castillo, autor ó director de la Restauración de la Monarquía (*Muy bien, muy bien*), y asesinado vilmente, debe figurar ahí, hoy más que nunca, por el aplauso unánime de todos los monárquicos de esta Cámara, sin que nada importe la oposición del Sr. Pi, como no sea para abrillantar la manifestación que aquí se realiza. (*Ruidosos aplausos.*)

El Sr. Pi y Margall, que cuando se tributa-

ron honras á Castelar no estaba en este sitio sin duda para no asociarse... (Haciéndose cargo de palabras que el Sr. Pi le dirige en voz baja.) Es decir, que si hubiera estado le hubiera combatido. Pues ya lo sabeis: el señor Pi y Margall es enemigo de todas las glorias nacionales. » (*Prolongados aplausos.*)

Por su parte, el Sr. Aguilera (D. Alberto) añadió:

« Señores diputados: En el momento que pedí la palabra estaban ausentes de la Cámara varios correligionarios míos que hubieran hecho uso de ella con más brillantez que yo puedo hacerlo. Esta circunstancia me impone el deber de ser brevísimo al asociarme en nombre del partido liberal á las manifestaciones de la Cámara en loor del ilustre repúblico Sr. Cánovas del Castillo.

Cualesquiera que hayan sido sus opiniones políticas, aquí, á nuestro lado, le hemos visto durante treinta años personificando todo un sistema, á cuya creación todos hemos contribuido. Con él hemos discutido, y aunque de él hayamos las más veces disentido, aún resuenan los ecos elocuentes de su voz en este recinto y no podemos negarle, después de muerto, ninguna de las cualidades que le reconocimos en vida, ni dejar de tributarle los honores á que por su alteza de miras, por su patriotismo y por su honradez política se hizo acreedor.

Por consiguiente, rogando á la Cámara me perdone, si dominado por las circunstancias que me han obligado á molestar su atención, no soy tan extenso como la importancia del asunto demandara, concluyo asociándome de todo corazón y á nombre del partido liberal á las manifestaciones y á la proposición del señor Linares Rivas. »

Por último, el Sr. García Alix, como vicepresidente de la Cámara, se expresó así:

« Señores diputados: La Mesa, que en esta ocasión solemne debiera estar representada por persona de más condiciones que la que la ocupa, no puede menos de asociarse á la proposición del Sr. Linares Rivas, interpretando la casi unanimidad de la Cámara, por ser ella un tributo rendido á la justicia, un homenaje debido al mérito relevante.

Es verdad que en esta ocasión no puede la Mesa, con dolor por su parte, consignar que

ha habido unanimidad completa; pero ¡ah señores! no amengua nunca la belleza del paisaje la sombra, ni la hermosura del cielo la nube. (*Muy bien, muy bien.*)

El Sr. Cánovas del Castillo representa una gloria como hombre de Estado de la Nación española; personifica la elocuencia parlamentaria; es el mártir del deber, que ha luchado contra todos aquellos que atentaban contra el orden social, y ha sucumbido en la lucha como sucumben los buenos. El nombre de Cánovas del Castillo debe estar aquí con la misma razón que está el del general Prim, por mantener el orden público, luchando contra los que lo perturbaban, contra los que le asesinaron en la sombra, porque no se atrevían á acometerle cara á cara (*Muy bien*); con la misma razón que está aquí el nombre del marqués del Duero, que murió luchando por la libertad y por el régimen constitucional, porque Cánovas del Castillo ha sido el continuador de la Historia de España, y ha caído defendiendo el interés supremo del orden social.

Por tanto, la Mesa cree que en la ocasión presente, olvidando esa pequeña nube, apartando esa ligera sombra, tomará análogo acuerdo al que tomó en tardes anteriores respecto de la proposición del Sr. Linares Rivas, decidiendo que sea votada desde luego, y que el nombre del ilustre mártir de Santa Agueda, del insigne hombre de Estado, figure en el salón de sesiones de esta Cámara en la lápida que ha indicado el Sr. Romero Robledo. (*Muy bien, muy bien.*)

La proposición fué votada por unanimidad, y á poco el nombre de Cánovas del Castillo fué inscrito en una lápida, hasta entonces vacía, á la izquierda de la presidencia del Congreso.

II

ARTÍCULO DEL SR. D. SALVADOR CANALS

SOBRE EL MISMO ASUNTO

Al siguiente día, 26 de Julio, *El Español* diario político liberal, publicó el notable artículo que copiamos á continuación, del señor D. Salvador Canals:

Cánovas.

«Habla yo recientemente con un viejo republicano, de cuya integridad de convicciones y de carácter y de cuya pureza de costumbres atestigua la miseria en que vive, y me sorprendió el hecho de que, al hacer la crítica de los partidarios de la República, contra ninguno se ensañaba tanto como contra Pi y Margall, á pesar de existir entre los dos afinidades que no había entre mi interlocutor y centralistas tan convencidos como Castelar y Salmerón. Preguntábale yo la causa de su odio á Pi, y el ilustre y derrotado viejo me decía:

—Porque Pi y Margall es un *poseur*. Esa frialdad del «hombre de hielo» es una mentira; no es más que la máscara de un hombre lleno de pasiones. Respeto á la persona; pero detesto al político como á ninguno otro.

La otra tarde, al ver cómo Pi y Margall huía ostensiblemente del salón de sesiones del Congreso á la hora en que todos los grupos de la Cámara cantaban á Castelar, y ayer al oír cómo, en el mismo recinto y con análogo motivo, después de la muerte niveladora de todos los odios, el «hombre de hielo» tomaba la voz de la historia para imputar crudamente á Cánovas la pérdida de las colonias, he recordado el severo juicio que de este republicano burgués y personaje hacía aquel otro republicano bohemio y en miseria.

No ha sido justo, no, el Sr. Pi y Margall, ni ha adivinado la Historia, porque si ésta se hace sobre la base de documentos más serenos que los juicios emitidos bajo el fragor de la actualidad por la gacetilla periodística, la figura de Cánovas no podrá ser ofrecida á la posteridad con los siniestros colores de que ayer la pintaba el jefe de los federales. Pasión del carifio hay en los que presentan á Cánovas con todos los prestigios, rodeado de la aureola magnífica del estadista perfecto; pero hay también pasión, y pasión antipática de implacables rencores en quien pretenda reducir el grande hombre perdido á las modestas proporciones de un hábil parlamentario.

Hombre extraordinario de Parlamento era Cánovas; dominábalo con su voz sonora, con su estilo de hierro, con su juicio agudísimo, con su cultura asombrosa, con su energía al pensar y argüir, con aquella genial flexibili-

dad de su talento al exponer teorías y al modificarlas, según las leyes de la oportunidad, según las necesidades de gobierno; pero no fué sólo esto, no fué sólo el hombre de Parlamento, el hombre de elocuencia, el hombre de serios estudios, sino también, y acaso sobre todo, el hombre de Estado. Una de las grandes condiciones del Cánovas parlamentario es precisamente demostración de una de las grandes dotes de Cánovas estadista. Siempre se opuso á que se coleccionaran en libros sus discursos del Parlamento, reconociendo que entre unos y otros había contradicciones, si lícitas y necesarias en el *Diario de Sesiones*, que es la historia de un gobernante, impropias del libro de un pensador que ha de presentarse al público con gran solides de criterio.

Para estudiar en justicia á Cánovas no es posible limitarse á analizar lo que hizo y lo que dejó de hacer, sino cómo hizo lo primero y por qué dejó de hacer lo segundo.

Si se dijera, en histórico inventario, que Cánovas tuvo en el período revolucionario el singular acierto de no acercarse tanto á las nuevas efímeras instituciones que pudiese perder la significación con que luego había de dirigir la Restauración, ni alejarse tanto de ellas que pudiera, como otros, momificarse en medio del torbellino de ideas que habían revolucionado al país; si se dijera que tuvo el carácter necesario para mantener, dentro de tanta anarquía, la cohesión de los elementos heterogéneos que habían de restaurar el Trono; si se dijera que al formar el primer partido de la Monarquía restaurada supo hacerlo tan amplio que en él cupiesen los hombres más opuestos, y tan fuerte que con él resistiera durante siete años todo género de acometidas; si se dijera que realizó el milagro de despojar de todo militarismo un trono por militares devuelto á su dueño; si se dijera que se creó enfrente, para el funcionamiento regular del régimen, un partido formado por grupos también notoriamente heterogéneos, y que se las arregló de modo que al entrar en la Monarquía los últimos revolucionarios lo hicieran sin alterar el equilibrio de los dos únicos partidos de Gobierno; si se dijera todo lo que Cánovas habló, todo lo que Cánovas legisló, todo lo que Cánovas gobernó—en toda la fuerza de la palabra,—se haría el retrato de un estadista notable; pero éste no aparecería tan grande como si se dijera á la vez para qué país,

sobre qué opinión, con qué gentes y en qué época realizó aquel hombre aquella obra (1).

Y aún se vería esto mejor analizando por qué dejó de hacer Cánovas lo que no hizo. Que dejó de hacer muchas cosas necesarias, ¿quién lo duda? Que no dignificó el origen del régimen parlamentario con procedimientos electorales de toda pureza, ¿quién puede negarlo? Que no quitó al ejército el usufructo de la mayor parte del presupuesto de gastos, como le había quitado el monopolio de la política, ¿quién lo discute? Que no dió al Ministerio de Fomento todo lo que la educación y el renacimiento material del país necesitaban, ¿cómo dudarlo? Que en los problemas coloniales procedió con vacilaciones, cayendo en funestas complacencias, ¿á que conduciría negarlo, si es cierto? Pero es menester recordar lo que Cánovas dijo sobre esas cosas en sus discursos de la oposición y leer lo que de ellas escribió en sus libros, para mirar en seguida por qué no hizo lo que al país convenía que se hiciera.

De 1875 á 1879, ¿quién hubiera hecho más de lo que Cánovas hizo, restaurar un Trono, darle una Constitución, rehacer un pueblo y terminar dos guerras? En 1879 y 80, ¿fué posible hacer otra cosa que evitar la resurrección del militarismo? En 1881, ¿se pudo hacer más que evitar que los liberales cayesen del lado de la libertad? En 1883, ¿qué hacer sino introducir en la Monarquía por la puerta del Gobierno á los amigos del duque de la Torre, é impedir después la formación de un tercer partido que habría alterado para muchos años el equilibrio parlamentario? En 1884 y 85, ¿en qué pudo ocuparse Cánovas más que en restañar las heridas revolucionarias de nuevo abiertas y en apretar los vínculos de nuevo relajados? De 1885 á 1890, durante la revolución democrática, ¿cómo no comprender la grande obra de Cánovas al contener á su partido y al ofrecerse á las clases conservadoras como garantía del nuevo estado de derecho? ¿Que Cánovas combatió éste! Gran torpeza habría sido lo contrario; ¿pues qué demócrata se hubiese fiado de una democracia acogida con alborozo por Cánovas? ¿No sabe todo el mundo que el fracaso de la fórmula Abarzuza en 1896 no lo produjo más que la

(1) Esto último es lo más importante de cuanto en el artículo se dice.

colaboración de hombre que, como Romero Robledo, significaba tanto y tan desagradable para los cubanos?

En 1890, instaurada una nueva legalidad, convertidos republicanos y carlistas en trastos de museo arqueológico, pudo Cánovas entregarse á aquella obra; pero ¿no fué precisamente entonces cuando su partido comenzó la crisis de que no salió jamás? Cuando Romero Robledo, cuando Silvela, Cánovas tuvo siempre delante una disidencia, y para todo el que conozca nuestra política de personalismos, nuestra opinión muerta y nuestra prensa dispuesta siempre á soplar sobre todas las hogueras, ¿puede ser asombroso que Cánovas tuviera que apelar á esos procedimientos electorales en que no se sabe quién ha puesto más, si los Gobiernos con sus actos ó el país con sus omisiones? ¿Cómo arriesgarse á reducir los presupuestos militares en un país donde todo propósito de insubordinación encontraba siempre quien lo inflase y amparara con tal de producir una descalabradora al Gobierno? ¿Cómo lanzarse á una revolución de la política colonial, cuando la de la Metrópoli, por nuestra inveterada indisciplina social, parecía siempre prendida con alfileres?

La conducta de Cánovas en la cuestión de Cuba y en sus derivaciones internacionales, no es comprensible para un hombre como el Sr. Pi y Margall, que gobernó contemplando el ombligo de su filosofía. ¿Cómo un hombre que daba á entender en sus libros, y en la intimidad claramente decía que España era una Nación sin soldados, sin armas, sin barcos y sin dinero, la llevó á una guerra que, además, podía parar en otra mucho más grave y trascendental? Pues es muy sencillo.

Cánovas percibía la enfermedad nacional en sus grandes efectos; pero no conocía momento por momento el pensar y el sentir de la Nación. Entre ésta y él no había más intermediarios que los Diputados, las autoridades y los personajes por él creados, y la prensa. Aquellas criaturas suyas no se acercaban á Cánovas para hablar, sino para oír, y no tanto por afición á su ciencia, cuanto por codicia de sus bondades. ¿Podía ser esa una fuente de opinión? Por otro lado, la prensa no respondía más que á dos móviles: ó al prurito de oposición á todo trance, que aquí ha dominado siempre á los periódicos no comprometidos

con los Gobiernos, ó al lirismo vano, disfraz de la ignorancia ó comodín de la apatía, que aquí aplicamos siempre á todo aquello que es susceptible de un tropo. ¿Quién al leer la prensa española, sin excepción alguna, de 1895 á 1898, no imaginaba un país resuelto á todo sacrificio y á toda ruina antes que ceder frente á los insurrectos? ¿Qué hombre político, con la conciencia despierta, puede declarar que él sabía que no era la opinión como la pintaban los periódicos? ¿Qué Gobernador, ni qué Diputado, ni qué pueblo, ni qué Centro, ni qué elemento social se acercó á Cánovas para decirle lo contrario de lo que predicaba la prensa?

¿Cómo asombrarse de que Cánovas se creyera ante un dilema pavoroso: ó la lucha en Cuba con el desastre posible, ó la sublevación militar primero y la revolución política después con el desastre seguro? ¿Que se equivocaba Cánovas? Ahora, *á posteriori*, frente á una opinión impasible ante la pérdida de todas las colonias, frente á un país indiferente á todas las vergüenzas, frente á un Ejército resignado á todas las amarguras, todos lo vemos; pero ¿quién lo vió antes, quién lo dijo en un discurso ó en un artículo? Sólo Pi y Margall, á quien todos llamaron loco ó extravagante; sólo Pi y Margall, más culpable que los equivocados, pues no se lanzó á una peregrinación de propaganda que habría formado acaso una opinión que á todos abriera los ojos... ¿Por qué ha de pagar la equivocación de todos quien otras veces estuvo solo á la hora de los aciertos? (1)

Algo de esto y mucho más que esto tendrá que analizar la Historia cuando tropiece con la figura de Cánovas, y entonces, aunque se señalen sus errores, aunque se acentúe sobre todo aquel error suyo fundamental de una España ferozmente unitaria á la francesa, continuación de una funesta política de cuatro siglos, Cánovas, como hombre de Estado, conservará gloria bastante para que, al historiar su tiempo, queden de ella unos cuantos giros con que envolver y calentar el rostro helado de D. Francisco Pi.

* * *

(1) Así como en la *Introducción* se cita este notable artículo, así debemos recordar aquí la defensa que, con pluma ajena, se hace allí de la conducta de Cánovas en la cuestión de Cuba.

III

EL NACIONAL

El periódico así titulado, fiel siempre á la memoria del Sr. Cánovas, en su número correspondiente al 30 de Octubre de 1898, publicó lo que sigue:

Congreso.

«En la corona de laurel, mucho tiempo vacía, solícita de una grande heroicidad que conmemorar, se destaca en letras de oro el nombre de Cánovas del Castillo. ¡Cuánto pensamiento trae á la mente el homenaje de la Cámara! Si por entre aquellas letras asoma al mundo la mirada del grande hombre, verá hoy su antigua hueste de cortesanos aduladores mariposeando en torno al angel rebelde del antiguo paraíso conservador.

Con la mudanza de los hombres verá también la triste mudanza de los tiempos, más difíciles y más graves, cuanto más menudos é incapaces los hombres venidos á la misión difícil de prevenirlos y encauzarlos.

Pero desde aquellos altos espacios, donde

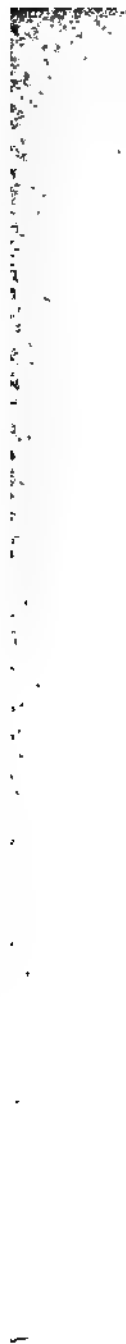
el espíritu se despoja de pasiones terrenales, mejor será esperar inspiraciones grandes y hermosas que rayos de indignación y explosiones de odio.

Imponga á todos ese nombre, no el temor de execraciones violentas, sino la enseñanza de altísimos ejemplos. Él recuerda las grandes luchas de la España moderna, la Restauración gloriosa, la transacción prudente, el gobernar discreto, la energía saludable, la vida por la Patria, la muerte alevosa, pero envidiable y grande de los mártires.

Al lado de otro héroe, también ceñido de áureo laurel, se aparece el nombre de Cánovas del Castillo.

También el marqués del Duero cayó gloriosamente vencido al plomo enemigo, y no muy lejos de aquel lugar, donde quiso la Providencia arrebatarnos al grande hombre de Estado.

La analogía de la muerte los reúne; la voluntad de los hombres ata sus apellidos en el templo de las leyes... sabe Dios si cuando se hubiesen juntado en la tierra aquel ingenio poderoso y aquella espada victoriosa, no tendríamos que llorar por los pedazos de Patria y los pedazos de honra que el huracán de la desgracia se llevó entre sus negras alas...»



SECCIÓN SEGUNDA

La estatua de Cánovas

Si á raíz de la muerte del Sr. Cánovas del Castillo se hubiese abierto, como se pensó, una suscripción nacional para erigirle un monumento, aquella se hubiera elevado á una suma de consideración; pero se descuidó por los encargados de realizarlo, y hasta no volvió á pensarse en ello, al dividirse las fuerzas conservadoras que obedecían al Sr. Cánovas, quedándose unas con el señor duque de Tetuán, y marchándose otras con los disidentes que capitaneaba el Sr. Silvela (1). El Sr. Ro-

(1) En *La Correspondencia de España* correspondiente al jueves 9 de Diciembre de 1897, apareció un artículo en que se reflejaba la opinión general sobre un monumento á Cánovas, según puede verse á continuación:

EL MONUMENTO A CANOVAS

El recuerdo de Cánovas del Castillo será perpetuo en los libros de la Historia; pero ha de ser asimismo declarado ante el pueblo, esculpido para sus respetos, manifiesto para su gratitud, y hecho presente á todos, mientras dure la memoria de las generaciones y de los siglos: que también el nombre se borra y desaparece en la vida, así sea lo único que tiene de inmaterial el cuerpo humano.

¿Se traducirá en estatua el testimonio de la consideración de sus conciudadanos, en fundación benéfica, en instituto de enseñanzas y socorros, en obra pía adecuada á la grandeza del personaje? Es igual lo que ello sea, y es igual que todo á un tiempo se cree y establezca. Lo que no puede dejar de ser es que se prolongue hasta donde lo consienta el transcurso de los tiempos la memoria del gran estadista.

Aunque no lo intentaran, como lo intentan, los que más apasionadamente le seguían; aunque lo olvidasen, que no lo olvidan, los que vivieron más cerca de su persona; aunque la generación actual no rindiera el homenaje debido á los méritos y calidades de Cánovas, lo rendirían diversas gentes en diversos tiempos; como lo hicieron otros que sus contemporáneos con D. Alvaro de Bazán, y aun otros que inmediatamente no recibieron los favores con D. Roldomero Espartero y doña María Cristina.

mero y Robledo, que no se sumó con unas ni otras, y conservaba vivo el afecto que siempre tuvo á Cánovas, concibió, por su parte, el pensamiento de abrir con el indicado objeto una suscripción entre sus afines y amigos particulares, sin rechazar el concurso de cuantos quisieran asociarse á él, y con la perseverancia que le caracteriza y tanto le enaltece,

Recordamos de Cánovas la lucha; recuerdan sus adversarios cuánto les combatió, y cuánto les protegió sus aliados y amigos. Discutimos su política, su manera de ser, su humor, su idiosincrasia. Sabemos hasta dónde fué orador, hasta dónde literato y poeta, historiador y crítico, y hablamos todavía de su persona, de sus discursos y de sus libros, con la falta de serenidad que naturalmente impone el poco tiempo pasado y el breve paréntesis que nos separa de su gloriosa existencia.

Pero cuando se siente hondo y se piensa con elevación y desinterés, aparece la gran figura del gobernante que reconquistó la Patria, restauró la Monarquía, acabó dos guerras, afirmó las libertades públicas, y fué seguro fiador y garantía de respeto para todas las leyes que discutiera con el partido liberal de la restauración; para el sufragio universal, para la libérrima palabra escrita, para el Jurado, para lo que constituía y es el significado y la esencia de la escuela democrática, ensanchando con su amplísimo concepto de la Monarquía la esfera de esta gran magistratura de los siglos, y de esta institución tutelar de la nación española.

Y tal concepto de lo que Cánovas significaba y era, cada día se presentará con líneas mejor acusadas, y ha de penetrar con más luz en todos los entendimientos. Su memoria, que necesariamente se perpetuará, debe ser así estimada por los que le conocieron, y honrarse su generación honrando á su contemporáneo insigne.

La idea surgió bajo diferentes aspectos. Y al presentarse de relieve el influjo personal y político de los que intentaron igual homenaje, ya parece que no es lo principal honrar á Cánovas, sino demostrar cada uno mayor influencia entre los suyos, ó mayor entusiasmo, ó medios mayores de realizar el pensamiento, ó mayor adhesión al Presidente del Ministerio-Regencia.

¿Va á ser el monumento, la institución, ó lo que se acuerde, la obra de todos ó la obra de unos cuantos? No lo sabemos. Ignoramos también los propósitos de

realizó la obra que en honor del propio Cánovas se destaca, desde 1.º de Enero, en la plaza del Senado.

La descripción de este monumento, debido principal y casi exclusivamente, como queda dicho, al Sr. Romero y Robledo, corre impresa, autorizada por la *Comisión ejecutiva*, y no tenemos necesidad de reproducirla.

En la exposición del trabajo ó Memoria á que nos referimos, y en cuya portada se ve un buen grabado del monumento, se dice lo siguiente:

MEMORIA SOBRE LA ESTATUA

«Una de las figuras más notables de nuestra Historia contemporánea ha sido la del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, que ha llenado con su nombre y su prestigio un cuarto de siglo.

Quizás es prematuro el momento para rendir á Cánovas del Castillo la admiración

Romero Robledo, que todo corazón y todo entusiasmo viene propagando constantemente la patriótica idea; ignoramos lo que piensa el Directorio conservador-liberal con D. Fernando Coa-Gayón; y asimismo desconocemos lo que podrán imaginar otras personas eminentes. Pero entendemos que no debe limitarse el propósito á los anhelos de un partido, menos á los de una fracción, por importante que sea, ó á los de una tendencia política cualquiera.

La creación de una Junta nacional podría resolver todas las dificultades y aunar todos los esfuerzos. Váyase á una obra de todos y todos iremos. El partido liberal se sumaría seguramente en conjunción patriótica á todas las fuerzas del partido conservador.

Podrían entrar en ella todos los liberales además y todos los que viven desinteresados ante los movimientos de la política militante. Compondrían la Junta personas de altura, y no sería la que se levantara la estatua de Romero, ni la de Ekdwayen, todo lealtad y cariño hacia el gran hombre su amigo, ni la del Directorio, ni aun la de su partido, sino la de la Patria.

La que merece quien de modesta y honrada extracción se elevó á las mayores alturas de la vida por su propio esfuerzo, sus aptitudes únicas y sus talentos extraordinarios; la que se debe al carácter que entregaba su voluntad ante la primera condición ó el sencillo ahogo del admirador y del amigo; hombre sin rencores y corazón sin odios, porque jamás pasaron de sus labios, ni subieron al pensamiento, ni llegaron á sus entrañas, para el perjuicio de nadie las agudezas de su ingenio y de su palabra; y único definidor en el Parlamento y en el libro, filosófica y científicamente de la política liberal-conservadora, en conceptos que caben dentro de las escuelas más progresivas y más adelantadas; hombre, en fin, á quien se le debe un período de paz y de concordia, de prosperidad relativa, de respetos á todas las opiniones, de suavidad de costumbres, y de pujanza del crédito que no tiene igual en todo lo que va pasado de la presente centuria.»

que justamente merece, porque los grandes méritos se aquilatan en la pátina del tiempo, y tienen su propio eco entre las páginas de la Historia.

Quizás perjudica todavía á Cánovas del Castillo, para la admiración general, el recuerdo de su enorme labor política, de su actividad batalladora, de su trabajo creador como hombre de partido y de su misma importancia avasalladora, que le llevó á realizar, desde un modesto origen, sus ideales de gobierno, hasta ocupar el sitio del primer estadista español de su tiempo.

La Patria tenía derecho á esperar todavía grandes beneficios del ilustre repúblico: cuando se atravesaban momentos difíciles, cuando Cánovas se había dedicado fervorosamente á resolver nuestras contiendas ultramarinas entrando por el camino de las reformas, la bala de un asesino, en 8 de Agosto de 1897, cortó una existencia, cuya falta ha sido quizás de incalculables y fatales consecuencias para España.»

Poco tiempo después del trágico suceso, el eximio hombre público Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, con esa energía, entusiasmo y perspicacia en él tan característicos, que le lleva con tanta frecuencia á ser el eco de los grandes sentimientos populares, traducidos siempre por él en notas grandiosas y resonantes, ya de palabra, ya de hecho, inició una suscripción para la erección de un monumento en honor de aquel ilustre patriota.

Y el resultado fué cual debió ser y tan rápido como era de suponer: al llamamiento de Romero Robledo, ante el recuerdo glorioso de Cánovas y con el simbolismo de la idea de la Patria, que representaba la conjunción de dichos dos nombres, la suscripción alcanzó una cifra considerable, teniendo que consignar, como es justo, que el Ayuntamiento de Madrid dió facilidades y prestó también su ayuda á la realización del pensamiento.

Encargóse del proyecto de monumento conmemorativo, propiamente dicho, el notable arquitecto Ilmo. Sr. D. José Grasses y Riera, y de la estatuaría y trofeos que habían de adornar y coronar el mismo, el aventajado escultor Sr. D. Joaquín Bilbao.

Madrid es una de las capitales europeas en que menos abundan las estatuas y monumen-

tos conmemorativos en honor á los grandes hombres y á las grandes ideas.

Precisamente los principales monumentos estatuarios, el notable Apolo de las Cuatro Estaciones en el Prado, la plácida y hermosa Oibeles y el arrogante Neptuno, ni representan personajes históricos, ni simbolizan sentimientos patrióticos y políticos, ni son ya de nuestro tiempo.

La estatuaría histórica y personal de nuestra capital ha surgido en la segunda mitad del todavía corriente siglo; no abundan los ejemplares de primer orden, habiendo algunos, pocos en número, de elevada inspiración.

Sin hacer mención de unos ni otros, por aquéllo de que toda comparación es odiosa, debemos, en honor á la justicia, afirmar, ante la contemplación del monumento levantado á Cánovas del Castillo, no que éste sea el mejor; puesto que la preferencia exclusiva y cerrada á favor de uno entre varios es siempre atrevida, sino que es, por lo menos, uno de los primeros de alta concepción y de excelente traza arquitectónica que hasta ahora se han levantado en Madrid.

Hácese después la descripción del monumento (1), y continúa:

«Así como los Sres. Grases y Bilbao han sido los afortunados artistas que han dado al monumento su forma material ó externa, el Sr. Romero Robledo ha sido verdaderamente el alma de la obra.

(1) Explican su origen y objeto las inscripciones siguientes:

VÍCTIMA DEL ANARQUISMO
MURIÓ ASESINADO EN SANTA AGUEDA
EL 8 DE AGOSTO DE 1897
SIENDO PRESIDENTE
DEL CONSEJO DE MINISTROS

POR SUS TALENTOS Y PATRIOTISMO
MERECIÓ EL RESPETO
DE SUS CONTEMPORÁNEOS

y otra, de bronce, en superficie curva, con letras resaltadas, colocada en la parte posterior, con la leyenda:

ERIGIÓSE ESTE MONUMENTO
POR SUSCRIPCIÓN NACIONAL Y VOLUNTARIA
INICIADA POR EL EXCMO. SEÑOR
DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDOS

Joaquín Bilbao, escultor.—José Grases Riera, arquitecto.

La altura total del monumento, desde el suelo de la plaza hasta la parte superior de la estatua de Cánovas, es de algo más de 16 metros.

La de la estatua de Cánovas es de 3 metros con 26 centímetros, y la del grupo la Fama y la Historia, en sus límites bajo y alto, de 3 metros con 85 centímetros.

Este hombre prestigioso y superior parece ser en los corrientes tiempos la personificación ó el paladín ejecutor de gran número de esas determinaciones enaltecedoras para nuestra cultura y grandeza, que sin dejar de relacionarse con la política en sus varias manifestaciones no son exclusivas de partido político determinado, y que quizás se perderían en el tiempo si no existiera su personalidad saliente y entusiasta.

Así es que es preciso reconocer que sería una ingratitud y olvido indisculpables entre los amantes de nuestras glorias nacionales, si al recuerdo del insigne Cánovas del Castillo, que quedará reproducido constantemente por el monumento levantado en su honor, no va unido el del nombre de Romero Robledo, á cuyo valer, temple y prestigio se debe seguramente la erección del mismo.

Y termina diciendo respecto del emplazamiento lo siguiente:

«Pensóse primeramente en la plaza del Obelisco de la Castellana, y hubo que desecharlo en atención á que el Obelisco tiene una significación patriótica de nuestra historia contemporánea.

Se pensó después en la explanada de la estación del Mediodía, y se desechó también por ser sitio atestado con frecuencia de vehículos y sin el reposo y majestad que requería el objeto.

Realmente la estatua de Cánovas, por su alta significación política, debía levantarse frente á un edificio como la Presidencia del Consejo de Ministros, el Congreso de los Diputados ó el Senado.

La Presidencia carece de plaza y el Congreso tiene al insustituible Cervantes, por cierto que con tal pobreza, que es oprobio y sonrojo de nuestra cultura; adoptóse por fin la plaza del Senado.

Tuvo lugar la inauguración el día 1.º de Enero del año actual, primero también del siglo, que anunció *El Nacional* en su número del 24 de Diciembre anterior en los términos siguientes:

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CÁNOVAS

«La generosa iniciativa del Sr. Romero Robledo va á convertirse en realidad. El primer día del nuevo año se verificará el acto solemne

de descubrir el magnífico monumento erigido por el esfuerzo poderoso de un amigo leal, y ejecutado con soberana inspiración por un artista ilustre para perpetuar la memoria del gran estadista español, asesinado inicualemente en Santa Agueda.

A raíz de aquella tremenda catástrofe se iniciaron varios proyectos, y hasta creemos que alguna suscripción, entre los opulentos correligionarios de aquel insigne hombre público para tributarle un homenaje digno de sus merecimientos y su fama. Pero el olvido implacable llegó más pronto de lo que acaso presumían, y juzgaron más práctico colocar sobre el pedestal que había de sostener la gloriosa figura de Cánovas, muerto, la mezuquina y ridícula efigie de Silvela, vivo.

Entre espíritus egoístas y desleales no era dudosa la elección: lo primero exigía ciertos sacrificios y lo segundo proporcionaba indudables ventajas.

Entonces fué cuando el Sr. Romero Robledo convocó un día á sus amigos, y sin ostentación, como deben realizarse los actos que inspira un sentimiento verdadero, les pidió su ayuda para honrar la memoria de Cánovas; á su cariñosa solicitud respondieron con entusiasmo, y cada cual en la medida de sus fuerzas, todos sus amigos, que por cierto no eran en aquella fecha tantos como hoy; el Sr. Romero Robledo se encargó de dar forma á tan hermoso pensamiento, y confiado éste á la incansable actividad, á la fecunda iniciativa y al cariño del ilustre colaborador de Cánovas, no hubo obstáculos que no se vencieran, ni dificultades que no se allanaran, hasta ver levantarse sobre su artístico pedestal la estatua del glorioso restaurador de la Monarquía.

El monumento próximo á inaugurarse es obra del Sr. Romero Robledo y sus amigos; pero hay algo que vale mucho más que la parte material, y que sólo se debe al primero: en los bocetos del artista, en los planos del arquitecto, en el conjunto, como en los detalles, en todo ha intervenido tan directa y eficazmente, que la obra lleva el sello personalísimo de su talento y la grandeza de su alma, puestos uno y otra al servicio de la amistad entrañable y de la admiración que profesaba al insigne jefe del antiguo partido conservador.

Terminado ya el monumento, ocúpase estos días el Sr. Romero Robledo en ultimar los

preparativos para que el acto resulte digno de aquella gloria nacional; á este fin ha celebrado conferencias con las personalidades más ilustres, despertando afectos, estimulando entusiasmos y recabando el apoyo y el concurso de todos.

El acto se verificará, como hemos dicho, el día 1.º, celebrándose á las dos de la tarde una solemne sesión en el Senado, á la que concurrirán el Gobierno y representaciones de todos los Centros, Academias y Sociedades de Madrid y provincias. Se pronunciarán discursos en honor de Cánovas, y después se procederá á descubrir la estatua en presencia de todos los invitados.

Aquella misma tarde, en el Círculo de los amigos del Sr. Romero Robledo, se repartirá á los pobres una importantísima cantidad, distribuida en bonos de á peseta.

El coste total del monumento pasa de 50.000 duros.

El Nacional dedicará ese día á dar cuenta de tan hermosa solemnidad todo el espacio necesario, consagrando de este modo cariñoso recuerdo á la memoria del insigne estadista, á quien se guarda en esta casa culto inalterable.

**

Por su parte *La Epoca*, en su número del 30, también de Diciembre, publicó otro artículo describiendo la estatua del Sr. Cánovas:

«Sobre tan artístico basamento se asienta la estatua de bronce, puesta de pie, en actitud de hablar, extendido el brazo derecho levemente y sustentando con el izquierdo un libro; el parecido es exacto, y en la arrogancia y distinción del continente y en la naturalidad de la postura palpita el carácter firme y sereno del ilustre prohombre cuya memoria inmortaliza.

El grupo, también de bronce, colocado en la parte media anterior del monumento, se compone de dos figuras, una sedente que representa la Historia escribiendo en su libro, que tiene sobre una de sus rodillas, los hechos memorables del ilustre repúblico, y otra la Fama, de pie, apoyando una mano en la Historia y llevando en la otra una corona que eleva hasta tocar el nombre de Cánovas resaltado en el collarino.»

Después, en su número del día 31, anunció la inauguración de la estatua del modo siguiente:

LA ESTATUA DE CÁNOVAS

Mañana, á las dos de la tarde, se celebrará el acto solemne de descubrir la estatua de don Antonio Cánovas del Castillo, erigida á la memoria del gran estadista en la plaza del Senado.

Oportuna es la fecha de la inauguración del monumento. Entre las grandes figuras que lega á la posteridad española el siglo XIX, es una de las de mayor significación é importancia la del inolvidable jefe del partido conservador.

Dotado de facultades excepcionales, hombre de Gabinete y de Parlamento, historiador de claro y penetrante sentido crítico, orador elocuentísimo, filósofo profundo, sociólogo y literato, su vasta y sólida inteligencia abarcó el extenso campo de los conocimientos humanos y aumentó, con investigaciones propias y con admirables adivinaciones, el caudal de la patria sabiduría.

Acontece muy á menudo que el estudio enerva la voluntad: los hombres que viven en el mundo de las ideas suelen andar con dificultad por el mundo de los hechos. Buen ejemplo de esto que acabamos de decir fué el reinado de D. Alfonso, por antonomasia llamado *el Sabio*. Pero esta ley no rigió con Cánovas: sus ideas se traducían en hechos, su pensamiento se resolvía en acción, su cultura era uno de los fundamentos de su energía.

Sólo con una voluntad de hierro pudo encauzarse el desbordamiento revolucionario, vigorizar las leyes quebrantadas por seis años de indisciplina, acabar con la guerra civil é infundir en España el aliento de la libertad, compatible con el carácter de nuestro país, con lo que llamó con frase exacta la constitución interna de España.

Tacháronle algunos de pesimista... La severidad imparcial de sus juicios históricos sirvieron de pretexto á no pocos espíritus superficiales para asegurar que Cánovas tenía en poco á nuestro pueblo. Tal acusación fué hija de la ignorancia y del *patrioterismo*, hoy tan desacreditado. Cuando Cánovas vivía era poco menos que artículo de fe, que una gran parte de la prensa se complacía en predicar; la creencia de que no había en el mundo quien aventajase á los españoles ni en arte, ni en valor, ni en nada. Cánovas demostró en sus libros lo errado de tales ditirambos. Fué

esto bastante para que se le motejase de desdefioso hacia nuestras glorias.

Y, sin embargo, nadie le aventajó en amar á su Patria, y pocos le igualaron. A ella consagró sus estudios, sus desvelos, su poderosa actividad, su asombroso talento, su vida entera.

El representaba el principio de autoridad, la defensa del orden, el más fuerte baluarte de la sociedad... Por eso contra él esgrimieron sus armas los enemigos de la sociedad; por eso le eligieron á él como víctima de sus odios. El martirio es, aunque sangriento, la más triunfal corona. La muerte de Cánovas fué la consagración de su grandeza, el reconocimiento de que él era la más sólida columna del edificio social.

No han faltado entre los detractores póstumos del grande hombre algunos, tan ciegos, que intentan echar sobre la memoria de Cánovas la responsabilidad de los sucesos desastrosos acaecidos después de su muerte. Achaque es de flacos corazones cargar á otros el peso de las propias culpas. Cómodo es también explicar las cosas con el desacreditado sofisma de *post hoc ergo propter hoc*. Ocurrieron los desastres de España después de unos cuantos años de Gobierno de Cánovas, pues Cánovas fué la causa de tales desastres.

La Historia destruirá este sofisma; ella evidenciará los orígenes de nuestras desgracias y señalará la cantidad de culpa que á cada cual corresponde, y entonces se confirmará la profunda verdad que, con frase un tanto cómica, expresó Montero Ríos. Entonces se demostrará también que arrancan de muy lejos las causas de nuestra decadencia y que es una tremenda injusticia echar la culpa á un hombre, ni á una generación, de achaques contraídos en una sucesión de siglos.

Pero dejando á un lado este linaje de consideraciones, es evidente que entre las estatuas que quizás, y sin quizás, se han erigido con exceso de longanimidad en los últimos tiempos, la de D. Antonio Cánovas del Castillo es la que conmemora verdaderas grandezas del entendimiento, esfuerzos viriles de la voluntad, virtudes patrióticas que honran á España y que merecen el respeto y el agradecimiento de cuantos aman las glorias, por desgracia muy mermadas, de nuestro país.

* * *

El 2 de Enero, la mayor parte de los periódicos de Madrid dieron cuenta de la ceremonia del día anterior, ó en que se descubrió la estatua por S. M. la Reina Regente, escribiendo *La Correspondencia de España* lo que sigue:

INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA

«Este verano decía el Sr. Romero Robledo en San Sebastián:

«El monumento que se erige al Sr. Cánovas del Castillo en la plaza del Senado, se inaugurará, con solemnidad ó sin ella, el día primero del siglo XX.»

Y así ha sucedido.

Para la iniciativa, estuvo solo; para la realización del pensamiento, le ayudaron sus amigos; para arbitrar recursos, *pidió limosna*, como repetidamente le hemos oído decir con gran donaire.

Si celos y envidias impidieron reunir las mayorías parlamentarias en 1897 á raíz del crimen de Santa Agueda, para acordar el modo de enaltecer dignamente la memoria del estadista, como quería el Sr. Romero Robledo, el éxito ya logrado por el hombre que es en el Parlamento una institución, congregó hoy en el salón de Sesiones de la Alta Cámara y en torno del monumento á Cánovas del Castillo, á aquellas mayorías que eran las huestes de combate del jefe ilustre del partido liberal-conservador, y además á los elementos políticos que agrupó en torno del poder el Sr. Silvela.

En la pequeñez que nos envuelve al comenzar este siglo, aún parece que se eleva poco en la plaza del Senado la figura del Sr. Cánovas del Castillo sobre el nivel más alto en el mundo político.

¡Cuántos, en la intimidad de su conciencia, colmados de honores y beneficios por aquella eminente figura política, habrán sentido esas inquietudes del alma que se llaman remordimientos por no haber contribuido en nada á levantar el monumento!

La prontitud con que éste se ha erigido, merced á la iniciativa y actividad que suele imprimir á todo lo suyo el Sr. Romero Robledo, parece que hace creer que allí surgió de la noche á la mañana.

Alzase en el centro de aquel bosquecillo

de árboles que había que resguarda y ampara de la Patria contra las po al entrar en la Alta

Para que la estatua rada, el hacha podrá lo cuían la base del mon

Cánovas domina la tiempos dominó la tr

Está bien emplazada muy cerca del teatro de cerca, muy cerca del f admirable constitución

*

Copia después *La Co* bre el emplazamiento partido la Comisión « su parte:

«El monumento, por el Sr. Grases, á la es grandioso y atrevido cuerpo medio robusto culado, de fuste superble; su conjunto resiste, muy nuevo y muy adecuado á su destino.»

Menciona después las altas personalidades que, además de SS. MM. el Rey y la Reina Regente, de S. A. la Princesa de Asturias y de las Infantas, concurrieron al Senado, donde comenzó la ceremonia; transcribe los discursos del Presidente del Senado, del Sr. Romero Robledo y del Presidente del Consejo de Ministros en estos términos:

EL SEÑOR CONDE DE TEJADA DE VALDOSERA

«Con la venia de S. M., cuya asistencia á este acto es una demostración de que se asocia á todo lo que es noble, á todo lo que es grande, á todo lo que es patriótico, he de proferir algunas palabras para iniciar esta solemnidad, ya que el cargo que ejerzo al frente del Cuerpo Colegislador y tiene su asiento en este palacio no me permite guardar silencio.

Y cómo callar, si este recinto es uno de los teatros principales de los triunfos oratorios y parlamentarios de D. Antonio Cánovas del Castillo?

El promovió, inspiró y defendió en este sitio la Constitución de 1876, que hace un cuarto de siglo rige á España; él presentó y de-

fendió en este sitio la ley de represión de un tráfico eficazmente reprimido desde entonces, que había sido objeto ya de prohibición por leyes anteriores; él, en este sitio, en discusiones de leyes políticas, económicas y de reformas ultramarinas, puso de manifiesto aquella admirable claridad de exposición, aquella argumentación irrefutable, aquel purísimo estilo castellano, que hicieron considerarle desde sus primeros pasos en la palestra política como una de las primeras glorias de la tribuna española.

Por eso es este sitio apropiadísimo para expresar desde aquí el tributo de nuestro respeto y de admiración á su memoria; y por lo que á mí hace, el culto que á esta misma guardo en mi corazón.

Al prestar este homenaje, séame lícito prestárselo también de gratitud á D. Francisco Romero Robledo, que ideó y realiza la erección del monumento que en breve hemos de inaugurar, y que será recuerdo perpetuo de aquel hombre eminente, de aquel estadista ilustre, de aquel orador sin par, de aquel insigne historiador, de aquel filósofo profundo, de aquel mártir de su deber, cuya memoria durará tanto como dura la Historia.

Para los presentes y para los venideros, será un ejemplo de amor á la Patria y de deseo de su engrandecimiento, cualidades que resaltaron en aquel eminente hombre, que es misión de los que están colocados al frente de las naciones infiltrar en el corazón de los pueblos sus sentimientos, sus aspiraciones, su alma, en fin.

Que el influjo místico de la de Cánovas ejerza sobre nosotros tal acción bienhechora; que nos haga á todos dignos de la grandeza de la Patria española.» (1)

EL SEÑOR ROMERO ROBLEDÓ

«Señora: Cúmpleme por designio de la Providencia, que siempre acude á premiar toda iniciativa inspirada en móviles generosos del alma, expresar á V. M. gratitud, no la mía personal, pequeña para quien es la ofrenda, sino la de las altas y valiosas representaciones de los organismos oficiales del poder legislativo, de los centros académicos y lite-

rarlos que hoy se congregan voluntariamente en este recinto para honrar la memoria de un hombre ilustre, mártir del deber y orgullo de la Patria.

Sería en mí loco empeño intentar el elogio de quien, aguda nuestra pena, aún vive en todos los corazones; é impertinente y temeraria empresa buscar en la palabra acentos que equivalieran ni igualaran á lo que bien refleja y traduce el sentimiento que á todos en estos solemnes momentos nos embarga.

Un día no lejano, parece que fué ayer, cundió con la espantosa rapidez del rayo por los distintos ámbitos del reino la maldecida noticia del crimen de Santa Agueda.

D. Antonio Cánovas del Castillo, el Presidente de vuestro Gobierno, había sido alevemente asesinado. La muerte, que á todos nos persigue, y que, por desgracia, siempre llega sembrando desolación y llanto, sacude con violencia el espíritu y levanta más inconsolable el dolor y más implacable la ira, cuando hiere á mansalva, en hora inesperada y por medios imprevistos, sustituyendo la odiosa acción del delito á la esperada é imponente realidad del fallo de la Naturaleza.

En estas ocasiones el crimen engrandece á la víctima; pero la que aquí conmemoramos era de suyo, é independientemente de su trágico fin, demasiado grande.

Consagrada su vida al servicio de su Patria y de la Monarquía, era su vagar distracción de sus ocios, penosamente robados á las preocupaciones del deber, y fuente donde reconfortaba el poder de su inteligencia y el vigor de su actividad, el cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras; que á todas las esferas del saber humano llegaba con sus aptitudes maravillosas aquel hombre, dejando su paso por doquiera luminosa estela de su poderoso entendimiento.

Y aquí está confirmando mis palabras la representación de los que fueron sus compañeros hasta aquel aciago día, que vienen á rendir su postrer homenaje de cariño y de respeto á la memoria de aquel infatigable obrero de la especulación científica y del pertinaz enamorado de nuestras joyas artísticas y de nuestras bellezas literarias.

Pero Cánovas no se pertenecía; arrastrado por la corriente impetuosa de los sucesos y de su patriotismo, pertenecía á los demás, á su país, y así pasará á la Historia y la posteridad

(1) El discurso del señor Presidente del Senado fué, como se ve, muy sentido y elocuente.

le juzgará como el primer hombre de Estado de su época.

Su nombre, ligado á la restauración de la Monarquía, será siempre el primero de este período histórico ante las futuras generaciones.

Constituye su más hermosa gloria la moderación que supo imprimir á aquel acontecimiento trascendental en la vida de España, obteniendo el triunfo envidiable de dirigir y alcanzar la restauración sin derramamiento de sangre, encaminándola, con su tacto y su perseverancia, por senderos que la preservaron de la reacción y que impidieron la lucha de los odios que siguen, como rastro fatal, á las contiendas civiles.

A realizar tamaña obra contribuyeron principalmente las cualidades de aquel gran Rey, vuestro augusto esposo, que, con el alma henchida de ilusiones y de grandes ideales, encontró en su primer Ministro el más adecuado ejecutor de sus elevadas miras, y, poseídos ambos del más fervoroso culto al derecho de la sociedad moderna, hicieron del anterior reinado espejo de Monarquías constitucionales y uno de los más felices que registra nuestra Historia.

En Cánovas político perdió la Nación un poderoso guía; la libertad, un esforzado adalid; la tribuna, una de sus más legítimas glorias, y la dinastía uno de sus mejores, por no decir el primero, de sus sostenes y el más ardiente de sus defensores.

En las luchas de la política mereció la idólatra adhesión de los suyos y el más acendrado respeto de sus adversarios, y por sus eminentes servicios ganó el derecho á la inmortalidad.

El primer día del siglo que hoy empieza registrará este solemne acto, con el cual el sentimiento de la nación escribe en mármoles y bronces el mérito del hombre inmortal que conmemoramos y la justicia que á sus servicios saben hacer sus contemporáneos.

Vuestra Majestad ha querido asociarse noblemente á este acto para abrillantarle más. No podía ser de otra manera: encarnación de la Patria, su corazón no es indiferente á sus sufrimientos, ansias y glorias. Intérprete del sentimiento nacional en este homenaje, nadie puede disputar á la augusta viuda de D. Alfonso XII y á sus augustos hijos el derecho de recorrer ante el siglo XX el velo que cubre la estatua de aquel servidor de la Patria, de

aquel servidor de la Monarquía, de aquel importante hombre público.

Señora: ¡Qué hermoso y cuán grande debe ser para el corazón de V. M. compartir los sentimientos del pueblo cuyos destinos rige!

Dios quiera que en todo tiempo, en la adhesión, en la lealtad y en la caballerosidad de los españoles halle consuelo á sus penas, si, por desgracia, algún día las tuviera, y aliento, estímulo y premio para procurar siempre, el bien de esta desgraciada Patria. » (1)

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS

« S. M. la Reina Regente, en nombre de su augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII, me manda expresar á V. E. el agrado con que ha oído las palabras que acaba de pronunciar tan elocuentemente.

Al propio tiempo, me manda S. M. felicite á V. E. por el acierto con que ha organizado esta solemnidad, destinada á enaltecer la memoria del insigne varón que tan excelentes servicios prestó á la Patria y á la Monarquía.

S. M., con toda la familia Real, ha querido asociarse con efusión á este acto, asistiendo á él y honrándonos con su presencia, para demostrar de este modo el gran aprecio y estimación que tuvo siempre por el ilustre Cánovas del Castillo, considerando al propio tiempo que el honor que se dedica á los muertos sirve de estímulo á los vivos. »

ACCIÓN DE GRACIAS

Dirigiéndose á S. M. la Reina, puso el señor Romero Robledo digno remate á tan hermoso acto con las siguientes palabras:

« Permitidme, señora, dos palabras ante las que por encargo de V. M. me ha dirigido el señor Presidente del Consejo de Ministros:

La gratitud de mi alma no se expresa, se siente. »

* * *

El Imparcial, en su número del 2 de Enero, se ocupó también de la estatua de Cánovas, dando á luz el siguiente notabilísimo artículo de la señora doña Emilia Pardo Bazán:

(1) El discurso del Sr. Romero Robledo fué notabilísimo, según opinión unánime, confirmada por cuantos lo han leído después. Para el hermano de Cánovas, fué maravilloso.

A distancia.

«Un extranjero que, llegado hoy á Madrid, informado de la inauguración del monumento á D. Antonio Cánovas del Castillo, oyese decir que el homenaje es obra exclusiva, no de una corriente de opinión, ni siquiera de un partido, sino de un hombre—D. Francisco Romero Robledo,—¿qué consecuencia sacaría? ¿Supondría que fué efímera la huella; hueca la fama, pasajera la memoria que sólo la amistad eterniza en bronce?

Extranjero á quien esta duda asalte, acuérdate de las enseñanzas de Montesquieu: el mundo intelectual no sigue leyes fijas y constantes como el físico; de aquí que los hechos no revelen siempre la calidad y cantidad de los sentimientos. No debe parecerte extraño que, no ya la general admiración, pero ni el agradecimiento personal, hayan llevado partículas al metal de la estatua. Comprendamos y disculpemos. Si la ingratitud se presenta con caracteres epidémicos; si el tributo á Cánovas es un acto de romerismo, no lo achaquemos á miseria humana. Tratemus de explicarnos el fenómeno, sus causas hondas.

Lo que confunde, lo que dificulta la explicación, es que la figura de Cánovas se ha agrandado después de la muerte. Nadie fué en vida más odiado y combatido; sobre nadie como sobre él cayeron gota á gota los ácidos de la censura y los corrosivos de la sátira. Muerto, no sólo se acallaron los feroces ladridos de la jauría, sino que va formándose una leyenda de gloria, acogida amorosamente por la fantasía popular. A cada bola negra que sacamos, á cada nueva desventura que sufrimos, siempre que nos vemos crecer como el hoyo, imagen, según Quevedo, de la grandeza de Felipe IV—mayor cuanto más le quitan,—la leyenda toma cuerpo, se añade una estrofa á la elegía y el clamor de duelo suena más alto: «¡Si Cánovas viviese!» Verdad ó ilusión, es la exclamación universal. «¡Si ahora viviese Cánovas!» Y así, mientras en los talleres modelaban y fundían el monumento, en las abatidas almas de los españoles, con la lentitud del proceso de cristalización en la naturaleza, iba cuajando en imperecedero bronce la imagen del asesinado.

Y en este caso preguntarás tú, oh extranjero: —¿Cómo esa idealización suprema no se tradujo en estallidos de simpatía? ¿Cómo no

se alzó el monumento por suscripción nacional, de millones de suscriptores? Aquí de la psicología y de la distinción entre las leyes del espíritu y de la materia. Poco después del drama del 8 de Agosto, España, que á principios de siglo vivió su epopeya, se vió envuelta en otra epopeya... al revés: el desastre. Al desastre siguió el coma, el colapso, la falta de pulso; esos estados que tienen nombres patológicos. No se sabe cuándo volverá á activarse la circulación, á entrar en calor el enfermo. ¿Qué importa que en su conciencia, allá donde aún queda algo de vida, levante estatuas? Son intenciones, vagas como los sueños de la fiebre, que no determinan acciones ni desarrollan fuerzas. El monumento á Cánovas, expresión de una idea ya popular, acaso no se hubiese erigido nunca, á no ser por la intacta vitalidad de Romero Robledo, maravillosa en medio de la depresión de la energía que padecemos todos. España está medio muerta. A no estarlo, ella se bastaría y sobraría para monumentos... y picotas.

Crea, pues, el consabido extranjero que en el monumento á Cánovas del Castillo, obra individual, se revela, involuntariamente, el colectivo sentir. De Cánovas hicieron nuestras desdichas un numen. No valdría tanto como él su estatua, aun siendo de oro puro y macizo; pero las circunstancias, sin aumentar los méritos, han acendrado su estimación y vedado su olvido. Los pueblos infelices cifran la esperanza en el recuerdo, se nutren del pasado; no conformes con la realidad, suponen vivos aún á sus héroes, y al vuelo del cuervo creen ver pasar al Rey Artús, que un día se presentará á salvarles. En otra forma—sin viejos mitos ni simbolismos fabulosos,—Cánovas adquiere prestigio, va siendo «el hombre que necesitamos». La sombra del sepulcro es para él luminosa; la distancia le aproxima á los corazones.

¡La distancia! En el tiempo ó en el espacio, ¡qué maestra! Ella corrige los errores de la miopía, que por fijarse en los hilos de la trama no distingue el diseño grandioso de la Historia. Cánovas, aunque visto muy de cerca, se ganaba entrañables afectos; tenía á distancia su verdadero punto de vista. Ejemplo: las manifestaciones de dolor que provocó en América la noticia de su muerte.

Esos innumerables españoles que en las tres Américas piden el sustento á su honrado

trabajo; esos emigrantes que dejaron la Patria por conquistar el pan, sienten con mayor intensidad el amor á España, la veneración hacia sus glorias. Así como la nueva de la muerte de Cánovas, por la diferencia de meridiano, se supo en América antes de que aquí sucediese, el respeto á Cánovas se impuso allí antes que en la Península. El emigrante que salía del puerto comentando y repitiendo frases agudas ó acerbias, al desembarcar en el Nuevo Mundo percibía, aun cuando no lo analizase, que los claros varones son elemento integrante de la nacionalidad, y pronunciaba el nombre del *monstruo* sin ironía, más bien con inconsciente orgullo.

Por otra parte, el *monstruo* llevaba en su anchuroso cerebro el cuadro completo de nuestras aspiraciones y de nuestros destinos, y no descuidaba un instante á esa América que ignoramos, y donde se habla nuestra lengua, se continúan nuestros linajes, se realiza la transformación de nuestra vetusta raza en pueblo joven. Aquel hombre de Estado, historiador, crítico, orador asombroso, pozo de sabiduría, maestro del derecho, con tiempo para todo, como sucede á las organizaciones privilegiadas, tuvo tiempo de ser americanista técnico y práctico. Fruto de sus desvelos fué el centenario de Colón. No podía España dar más de sí. No había puño como el de Cánovas para estrujar el limón nacional y sacar el postrer jugo de ciencia, de arte, de fraternidad hospitalaria, de ostentación decorosa. Parecimos entonces, acaso por última vez, la nación grande, la descubridora del Continente. Quedaron sentados los cimientos de unas relaciones y de una armonía aconsejada por la mejor política y el más sano patriotismo.

Cuando faltó Cánovas, los españoles de América y los americanos, en esto infalibles, vieron roto uno de los dos cables transmisores de la corriente entre la gente española, al través de los mares; vieron apagada una de las dos pupilas que alumbraban la faz de España. Poco había de tardar en romperse el otro cable y extinguirse el otro fanal; poco sobrevivió Emilio Castelar á Antonio Cánovas del Castillo.

No hubo población algo importante de Sud-América donde no se le hiciesen á Cánovas solemnes exequias. Al Uruguay, al Paraguay, á la Argentina, al Brasil, al Perú, no ciertamente llegaban ecos de nuestra vida oficial: no

se rendían honores al Presidente del Consejo, sino al ilustre, al patriota. Me relataba estas desinteresadas manifestaciones el delegado del Paraguay en la Exposición, el Sr. Alonso Criado, y repetía una frase pronunciada por Jara, Obispo chileno que es un apóstol, que con su palabra evitó una guerra entre Chile y la Argentina: «En torno del sepulcro de Cánovas se reúnen para llorar todas las grandezas del espíritu humano.»

Duelo que así se dilata por los términos del mundo, á las claras revela, ¡oh extranjero á quien me dirijo!, que el monumento lo erigió mentalmente toda la raza ibera. En alta representación de esa colectividad, más aún que en reconocimiento de servicios inolvidables, una mano regia descubrió el monumento. Bien pudo hacerlo con temblor de emoción sagrada al pensar que, en tiempos ya lejanos, la mano poderosa de Cánovas del Castillo tiró de las cuerdas que sostenían el telón donde se representaban á lo vivo nuestras discordias y descubrió el escenario en que aparecían un régimen seguro y un reinado pacífico y feliz.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

* * *

También *La Epoca*, en su número del 2 de Enero, describió la ceremonia, encabezando el mismo con el artículo siguiente:

Más puede hacerse (I)

«Inauguróse ayer en la capital el nuevo siglo de una manera digna de tan gran suceso: pagando tributo de gratitud y ofrenda de admiración á una de las más notables individualidades que ha producido la Nación; á Cánovas del Castillo, político, orador grandilocuente, historiador, filósofo y amante de su Patria.

Como dice en un bien hecho y sentido artículo la señora doña Emilia Pardo Bazán, la distancia agranda la figura de Cánovas muerto. Nadie fué combatido en vida tanto como él, y, cuando ha desaparecido de entre nosotros, fórmase en derredor de su nombre una leyenda de gloria. «¡Si viviese Cánovas!», se dice á cada bordada de la nave del Estado: «¡Si hubiese vivido!»

La solemnidad organizada ayer en la plaza de Doña María de Molina, en la que se levan-

(I). Sin embargo, no se ha hecho nada.

ta el artístico monumento consagrado al grande estadista, sirvió para traducir fielmente aquel estado de espíritu del público.

No faltó al Sr. Romero Robledo el concurso de ninguno de los elementos principales del Estado. Asociáronse á su obra benemérita, con absoluta espontaneidad, la Corona, la Real familia, el Gobierno, las Cortes, las Academias y los políticos y literatos de mayor viso. Todos aplaudieron uno de los mejor pensados y más elocuentes discursos que ha pronunciado un orador tan artista y tan fecundo; puede decirse que todos los presentes al acto de ayer hicieron suyas las frases de felicitación que le dirigió D. Alejandro Pidal: «Muy bien, y así le quiero á usted siempre.»

Después de esto, reconozcamos que la solemnidad de ayer, el pago de la deuda que esta Nación tenía contraída con uno de sus hijos más preclaros, erigiéndole un monumento que recuerde al pueblo sus facciones, semblanza y actitud; todo eso se debe á la personal iniciativa, al entusiasmo, decisión y constancia del Sr. Romero Robledo, secundado por corto número de personales amigos. El partido conservador, que Cánovas del Castillo organizó y presidió, al que tantas veces condujo á la cumbre del poder, no ha hecho hasta el presente nada para pagar una deuda tan grande y preferente. Los que á él pertenecemos, asistíamos á la ceremonia de la tarde de ayer como testigos que simpatizábamos con la idea de levantar un monumento; mas el Sr. Romero Robledo era el único actor.

En lo que concierne al partido conservador, la deuda queda en pie. A su tiempo quiso *La Epoca*, y propuso, hacer algo para solventarla; pero tuvo que desistir de la iniciativa porque la atención del público era absorbida por las desdichas nacionales.

Entretanto, los restos del ilustre estadista yacen en el cementerio de San Isidro, en mausoleo que no podemos llamar extraño, pues es de la familia de su segunda esposa, pero que no es el propio y personal que aquél merece.

Ya sea ese mausoleo, ya una edición *príncipe* de todas las obras, de todos los escritos y discursos de D. Antonio Cánovas del Castillo, ya sea otro pensamiento que parezca más acertado, insistimos en que puede y debe hacerse en obsequio á la memoria del hombre de

Estado y del amigo personal y protector de muchos conservadores que figuran en las primeras filas del partido; algo más y algo distinto de lo que tan felizmente y de modo tan satisfactorio se hizo ayer dentro y fuera de la Cámara de edad.»

* * *

El Liberal, *El Correo* y casi todos los demás periódicos de Madrid, en su número del propio día 2, se ocuparon, como los citados, de la inauguración de la estatua de Cánovas.

* * *

Esto mismo hizo *Blanco y Negro* en su número del 12 de Enero del año actual, uno de los mejores, por cierto, que ha publicado desde su origen dicha interesantísima revista, dedicando algunos párrafos al monumento de Cánovas, de los que entresacamos los siguientes:

«Es el primero del siglo xx. Con él parece que España trata de inaugurar su labor regeneradora honrando el mérito, el talento y el sacrificio.

Es el primero que responde dignamente al noble fin á que se le destina; esto es, á perpetuar la memoria de un grande hombre.

Así, pues, se puede afirmar que Cánovas tiene una estatua y Madrid un monumento; el primero, el único, mejor dicho, de los que ha levantado á las grandes inteligencias.

Y por caprichosa casualidad ó por rara circunstancia, se da el caso de que es también el primero, el único, debido á la iniciativa particular. Que es de justicia decir que se debe á la muy poderosa del Sr. Romero Robledo, á su persistencia y á su acometividad ingénitas, que en muchas ocasiones le sirven para poner en trances apurados á los Gobiernos defendiendo causas que él cree justas; otras, como la presente, para demostrar al mundo la generosidad de sus arranques y lo sincero de su admiración por el verdadero valer, y todas para que la actual generación considere en Romero Robledo al hombre de corazón sano y de inteligencia despierta y al luchador siempre activo.»

Pasa á describir el monumento, cuyo emplazamiento no encuentra bien; y después de describir la ceremonia de descubrir la estatua, termina así:

«Todos puede decirse recordaban entonces con horror aún la catástrofe espantosa que

privó á España de una inteligencia privilegiada, de una fuerza incalculable y de un prestigio universal. Y como dijo muy bien el Sr. Romero Robledo en el discurso precursor del acto, «su nombre, ligado á la Restauración de la Monarquía, será siempre el primero de este período histórico ante las futuras generaciones».

* *

No terminaremos lo que al monumento de Cánovas se refiere, sin recordar el conato de incendio de que fué objeto la estatua que lo corona cuando estuvo expuesta en la última Exposición de París.

Al asesinato del mismo siguieron otros de que habló *La Epoca* en su número del 30 de Julio de 1900 (1). Respecto de Cánovas, el odio anarquista llegó al extremo de pretender incendiar su estatua en la Exposición. Así lo dió á conocer el siguiente telegrama de la Agencia Fabra, publicado por casi todos los periódicos de Madrid, y que tomamos del número de *El Español* correspondiente al 2 de Julio de 1900:

Contra Cánovas.

ANARQUISTAS ESPAÑOLES

«París 1.—Varios individuos á quienes no se conoce, pero que se supone sean anarquistas españoles, intentaron durante la noche última incendiar con petróleo la estatua de Cánovas del Castillo, obra del escultor Joa-

(1) REGICIDIOS Y ATENTADOS ANARQUISTAS

El asesinato del Rey Humberto I ha hecho recordar algunos regicidios cometidos en poco tiempo.

Alejandro III de Rusia, la Emperatriz Isabel de Austria y el Presidente de la República francesa, M. Sadi Carnot, han sido víctimas del furor sanguinario de los anarquistas.

El Príncipe de Gales fué objeto de un atentado en Bélgica, y al actual Emperador de Rusia, Nicolás II, le salvó la vida el Príncipe de Grecia cuando un fanático intentó agredirle en su visita á una de las ciudades del Japón.

Además de los regicidios, entre los nombres de las víctimas ilustres ocasionadas por los anarquistas se recordaba hoy el del ilustre Cánovas del Castillo, que el día 8 del próximo Agosto hará tres años que fué asesinado en Santa Agueda por Angiolillo.

quín Bilbao, y que figura en el jardín de la Exposición.

Sorprendidos en su tarea por varios agentes, lograron huir; pero son buscados activamente por la policía.

La Comisaría general española ha adoptado las medidas convenientes para proteger dicha estatua.

* *

En las *Hojas de calendario* que acostumbra á publicar dicho periódico, *El Español*, se añadió en el número de la citada fecha lo siguiente:

Un atentado.

«Manos criminales han intentado incendiar la estatua de Cánovas emplazada en el jardín de nuestro pabellón de París. Aprovecharon los malvados las sombras de la noche para lograr su empeño facineroso. Este quedó frustrado, porque los vigilantes, cumpliendo con su deber, descubrieron á los malhechores y los pusieron en fuga. ¡Triste ironía! En suelo extranjero y entre tinieblas, que favorecen los intentos alevosos, pudo ser respetado en efigie quien en su propia Patria y ocupando la cumbre del poder cayó bajo el plomo asesino, por estar desamparado de toda vigilancia, en pleno día. Muy grande fué, sin duda, el que tales odios suscita, aun habiendo muerto á mano airada, y más grande fuera todavía si al aborrecimiento implacable de unos pocos no acompañara un sentimiento de piadosa indiferencia con que los más recuerdan los errores del estadista, que tuvo, según se dijo parodiando una frase célebre, grandezas como pocos y defectos como muchos.»

* *

Para terminar lo relativo á este desagradable suceso, con que se pone fin al libre, diremos que habiendo expuesto el diputado colectivista Mr. Lemat, en la sesión del Parlamento francés de 2 de Julio de 1900, la admiración que sentía hacia Angiolillo por haber ejecutado, con peligro de su vida, á Cánovas, lo que produjo rumores y protestas, se levantó Mr. Deschanet y dijo, con aplauso de la Cámara, que no era lícito hacer en la tribuna parlamentaria la apología del crimen.

INDICE

	Páginas.
<i>Introducción</i> , por D. Emilio Cánovas del Castillo.....	v
<i>Los primeros años de D. Antonio Cánovas del Castillo</i> , por el mismo hermano....	1
<i>Necrología del propio D. Antonio Cánovas del Castillo</i> , por D. Vicente Vignau y Ballester	13
<i>Otra</i> , por D. Fernando Cos-Gayón.....	22

PRIMERA PARTE

LA PRENSA NACIONAL

SECCIÓN PRIMERA

Periódicos políticos y no políticos de Madrid.

PERIÓDICOS POLÍTICOS

<i>El Imparcial</i>	41
<i>El Liberal</i>	42
<i>El Heraldo</i>	44
<i>El Globo</i>	47
<i>El Correo</i>	48
<i>El País</i>	48
<i>El Tiempo</i>	50
<i>El Día</i>	51
<i>El Siglo Futuro</i>	52
<i>El Resumen</i>	53
<i>La Correspondencia de España</i>	54
<i>La Epoca</i>	59
<i>El Nacional</i>	64
<i>La Unión Católica</i>	67
<i>El Estandarte</i>	67
<i>Las Ocurrencias</i>	72
<i>La Correspondencia Militar</i>	73
<i>El Correo Militar</i>	74
<i>El Ejército Español</i>	74
<i>La Liga Agraria</i>	74
<i>La Campaña de Cuba y Actualidades</i>	75

Revistas científicas y literarias y periódicos jocosos y satíricos de Madrid.

I.— <i>La Ilustración Española y Americana</i> (con artículos de los Sres. Fernández Bremón, Cuenca, R. España).....	77
II.— <i>La Ilustración Nacional</i> (con artículos de los Sres. Siles, Carnicero, Collado (Juan de España) y Palacio).....	80

	Páginas
III.— <i>La España Moderna</i> (con artículos, entre otros, de los Sres. Castelar y Gómez Baquero).....	82
IV.— <i>La Revista Moderna</i> (con artículos de los Sres. Navarro Ledesma, Menéndez Pe'ayo y Ovejero).....	94
V.— <i>Blanco y Negro</i> (con un artículo, entre otros, de D. Eusebio Blasco).....	98
VI.— <i>Nuevo Mundo</i> (con fragmentos de una poesía de D. Antonio Cánovas del Castillo).....	100
VII.— <i>Revista Española</i>	101
VIII.— <i>Revista Contemporánea</i>	101
IX.— <i>La Semana Católica</i> (con un artículo de doña Antonia Rodríguez Ureta)....	102
X.— <i>Miscelánea</i>	103
XI.— <i>Madrid Cómic</i>	104
XII.— <i>Gedeón</i>	104
XIII.— <i>El Cardo</i>	105

SECCIÓN SEGUNDA

La prensa de Madrid en los tres primeros aniversarios de la muerte de Cánovas.

Primer aniversario.....	107
<i>La Epoca</i> (con artículos, entre otros, de los Sres. Maldonado y Macanaz, Cos-Gayón, V. Creux y Solsona).....	107
Segundo aniversario.....	112
<i>La Epoca</i>	119
<i>El Proteccionista</i>	121
Tercer aniversario.....	122
<i>La Epoca</i> (con artículos de los Sres. Gómez Baquero, Pérez de Guzmán y otro que se copia de <i>La Tribuna de Roma</i>)..	122
<i>La Correspondencia de España</i>	125
<i>El Heraldo</i>	126
<i>El Nacional</i> (con artículo del Sr. C. y L.)..	127

SECCIÓN TERCERA

Periódicos políticos, literarios y de noticias de las provincias.

PERIÓDICOS DE ÁLAVA

<i>El Anunciador Vitoriano</i>	131
<i>El Alavés</i>	132

	<u>Páginas.</u>		<u>Página.</u>
<i>El Diario de Alava</i>	133	PERIÓDICOS DE CÁCERES	
<i>La Concordia</i>	134	<i>La Reforma de Cáceres</i>	159
<i>La Libertad</i>	134	<i>El Eco de la Montaña</i>	159
<i>El Semanal</i>	135		
PERIÓDICOS DE ALBACETE		PERIÓDICOS DE CÁDIZ	
<i>Defensor de Albacete</i>	136	<i>La Dinastía</i> (insertando un artículo de Cánovas de 1867).....	160
PERIÓDICOS DE ALICANTE		<i>El Diario de Cádiz</i>	165
<i>La Correspondencia Alicantina</i>	137	<i>La Provincia Gaditana</i>	165
<i>La Correspondencia de Alicante</i>	138	<i>La Nueva Era</i>	166
<i>El Graduador</i>	138	<i>El Contribuyente</i>	166
<i>El Liberal</i>	139	<i>La Unión Republicana</i>	167
PERIÓDICOS DE ALMERÍA		<i>El Renacimiento</i>	167
<i>La Provincia</i>	141	<i>El Guadalete</i>	168
<i>La Crónica Meridional</i> (con un artículo de D. Miguel Rodríguez García).....	142	<i>Revista Portuñese</i>	168
<i>El Mínero de Almagrera</i> (Cuevas).....	143		
PERIÓDICOS DE ÁVILA		PERIÓDICOS DE CANARIAS	
<i>El Eco de la Verdad</i>	144	<i>El Liberal de Tenerife</i>	169
PERIÓDICOS DE BADAJOZ		<i>El Diario de Tenerife</i>	170
<i>El Nuevo Diario de Badajoz</i> (con un notable artículo).....	144	<i>La Opinión</i>	171
<i>La Región Extremeña</i>	145	<i>El Diario de Las Palmas</i>	172
<i>La Coalición</i>	146	PERIÓDICOS DE CASTELLÓN DE LA PLANA	
PERIÓDICOS DE BARCELONA		<i>El Regional</i>	174
<i>La Dinastía</i>	146	PERIÓDICOS DE CIUDAD REAL	
<i>El Noticiero Universal</i>	147	<i>La Tribuna</i> (con un artículo de D. Ramón Llames, versos de D. J. Agullera, algunas palabras de D. Calixto Ballesteros, opiniones del Sr. Romero Robledo y versos de D. José Gil de Arana).....	175
<i>La Publicidad</i>	147	PERIÓDICOS DE CORDOBA	
<i>El Diario de Barcelona</i>	148	<i>La Monarquía</i>	179
<i>La Vanguardia</i>	149	<i>El Comercio</i>	180
<i>El Diario de Comercio</i>	149	PERIÓDICOS DE LA CORUEÑA	
<i>El Diario Mercantil</i>	150	<i>El Noroeste</i>	180
<i>La Publicidad</i>	150	<i>La Mañana</i>	180
<i>La Opinión</i>	151	<i>La Ducha</i>	181
<i>El Correo Catalán</i>	151	PERIÓDICOS DE CUENCA	
<i>El Diario Catalán</i>	151	<i>El Correo Católico</i>	182
<i>Las Noticias</i>	152	<i>El Huécar</i>	183
<i>Los Negocios</i>	152	<i>El Progreso Conquense</i>	183
REVISTAS ILUSTRADAS		PERIÓDICOS DE GERONA	
<i>La Ilustración Artística de Barcelona</i> (con un artículo de doña Emilia Pardo Bazán).....	153	<i>El Correo de Gerona</i>	184
PERIÓDICOS DE BALEARES		<i>Diario de Gerona</i>	185
<i>La Última Hora</i>	155	<i>La Lucha</i> (con un artículo de D. Casimiro Comas y Domenach).....	187
<i>La Almudaina</i>	156	PERIÓDICOS DE GRANADA	
<i>Diario de Ibiza</i>	157	<i>La Publicidad</i>	189
PERIÓDICOS DE BURGOS		<i>El Popular</i>	191
<i>El Diario de Burgos</i>	157	<i>El Defensor de Granada</i>	193
<i>El Papa Moscos</i>	158		

	<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE PONTEVEDRA	
<i>La Correspondencia Gallega</i>	252
<i>La Opinión de Pontevedra</i>	255
<i>El Diario de Pontevedra</i>	255
<i>El Noticiero Gallego</i>	255
PERIÓDICOS DE SALAMANCA	
<i>El Fomento</i>	256
<i>El Adelanto</i>	257
<i>El Lábaro</i>	257
PERIÓDICOS DE SANTANDER	
<i>El Cantábrico</i>	258
<i>La Atalaya</i>	260
PERIÓDICOS DE SEGOVIA	
<i>El Adelantado</i>	260
<i>La Tempestad</i>	261
<i>El Amigo del Pueblo</i>	262
PERIÓDICOS DE SEVILLA	
<i>El Conservador</i> (con artículos y pensamientos de D. A. R. Rivas, D. Manuel Gómez Imaz, D. Antonio Andrade Navarrete, D. G. Lupiáñez y D. J. Gestoso).....	262
<i>El Baluarte</i>	266
<i>La Unión Mercantil</i>	266
<i>El Noticiero Sevillano</i>	266
<i>El Porvenir</i>	267
<i>La Región</i>	267
<i>El Progreso</i>	267
<i>El Orden</i>	267
<i>El Español</i>	268
<i>La Opinión</i>	268
<i>La Revista de los Tribunales</i>	268
<i>La Unión Nacional</i>	269
<i>La Andalucía Moderna</i>	269
<i>La Monarquía</i>	269
PERIÓDICOS DE SORIA	
<i>El Noticiero de Soria</i>	270
PERIÓDICOS DE TARRAGONA	
<i>Diario de Tarragona</i>	271
<i>Diario del Comercio</i>	271
<i>La Opinión</i>	272
PERIÓDICOS DE TERUEL	
<i>El Eco de Teruel</i>	273
PERIÓDICOS DE TOLEDO	
<i>El Día de Toledo</i>	273
<i>Heraldo Toledano</i>	273
PERIÓDICOS DE VALENCIA	
<i>Las Provincias</i>	274
<i>El Mercantil Valenciano</i>	276

	<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE VALLADOLID	
<i>El Norte de Castilla</i>	277
<i>La Crónica Mercantil de Valladolid</i>	278
<i>El Eco de Castilla</i> (con artículo de don Antonio M. Viérgol).....	279
PERIÓDICOS DE VIZCAYA	
<i>El Diario de Bilbao</i>	281
<i>El Nervión</i>	281
<i>El Porvenir Vasco</i>	282
<i>El Noticiero de Bilbao</i>	282
PERIÓDICOS DE ZAMORA	
<i>Heraldo de Zamora</i>	283
<i>El Correo de Zamora</i>	283
<i>El Comentarista</i> (con un artículo de don Rafael Fernández Estebanillo).....	284
PERIÓDICOS DE ZARAGOZA	
<i>El Diario de Zaragoza</i> (con una semblanza de Cánovas, de D. Francisco Cañamaque).....	285
<i>La Derecha</i>	291
<i>Diario de Avisos</i>	291
<i>Heraldo de Aragón</i>	291
SECCIÓN CUARTA	
Periódicos de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	
ISLA DE CUBA	
PERIÓDICOS DE LA HABANA	
<i>La Lucha</i>	293
<i>La Unión Constitucional</i>	297
<i>Diario de la Marina</i>	300
<i>El País</i>	306
<i>El Comercio</i>	306
<i>El Avisador Comercial</i>	307
<i>Diario del Ejército</i>	308
<i>El Diario de la Familia</i>	309
<i>El Centinela</i>	310
ISLA DE PUERTO RICO	
PERIÓDICOS DE LA CAPITAL (SAN JUAN DE PUERTO RICO)	
<i>La Correspondencia de Puerto Rico</i>	312
<i>El Diario Mercantil</i>	313
PERIÓDICOS DE PONCE	
<i>La Democracia</i>	314
ISLAS FILIPINAS	
PERIÓDICOS DE MANILA	
<i>El Diario de Manila</i> (con un artículo, iniciales F. de la E.).....	316
<i>La Oceanía Española</i>	318

	Páginas.
<i>El Comercio</i>	319
<i>El Español</i>	319
<i>El Porvenir de Visayas</i>	320

SEGUNDA PARTE

Prensa Extranjera

SECCIÓN PRIMERA

Alemania y Austria Hungría.

ALEMANIA

<i>La Gazette de l'Allemagne du Nord</i>	321
<i>Le Vorwärts</i>	321
<i>La Germania</i>	322
<i>Kölnische Zeitung</i>	322
<i>La Norddeutsche Allgemeine Zeitung, La National Zeitung, La Allgemeine Zeitung, de Munich, la Amburger Nachrichten</i>	324

AUSTRIA HUNGRIA

<i>La Nueva Prensa</i>	324
------------------------------	-----

FRANCIA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE PARÍS

<i>Journal des Débats Politiques et Littéraires</i>	324
<i>Le Moniteur Universel</i>	326
<i>Le National</i>	327
<i>La Libre Parole</i>	327
<i>Le Siècle</i>	329
<i>Le Soir</i>	329
<i>L'Echo de Paris</i>	330
<i>L'Eclair</i>	330
<i>Le Matin</i>	331
<i>L'Événement</i>	332
<i>L'Autorité</i>	333
<i>Le Radical</i>	333
<i>La Lanterne</i>	338
<i>Le Petit Journal</i>	334
<i>Le Petit Parisien</i>	334
<i>La Presse</i>	334
<i>Gil Blas</i>	334
<i>Le Journal</i>	335
<i>La Gazette de France</i>	336
<i>La Patrie</i>	337
<i>Le Courrier de Soir</i>	337
<i>La Croix</i>	338
<i>Le Rappel</i>	338
<i>Le Gaulois</i>	338
<i>Le Soleil</i>	339
<i>Le Figaro</i>	341
<i>La Liberté</i>	341
<i>Paris</i>	342
<i>Le Temps</i>	342
<i>La République Française</i>	343
<i>Voltaire</i>	344
<i>L'Univers</i>	344
<i>La Petit République</i>	344
<i>L'Intransigeant</i>	344
<i>Le Jour</i>	344

	Páginas.
<i>Cocarde</i>	345
<i>New York Herald</i> (edición París).....	345

LIBROS Y REVISTAS HISTÓRICAS, CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE PARÍS

El libro de M. V. Creux, <i>Étude Biographique et Historique sur M. Cánovas</i> (1).	346
<i>La Revue de Deux Mondes</i> (con un artículo de M. Benoist).....	347
<i>Nouvelle Revue Internationale</i> (con un artículo de Mad. Letizia de Rute).....	353
<i>Revue Historique</i>	356
<i>Revue Britannique</i>	356
<i>Revue d'Histoire Diplomatique</i>	356
<i>Revue Politique et Parlementaire</i> (inserta un artículo del Sr. Sánchez Guerra).	357
<i>Questions Diplomatiques et Coloniales</i> (con un artículo del Diputado M. Delnus Mousant).....	358
<i>Le Memorial Diplomatique</i> (con un artículo iniciales L. N. B.).....	359
<i>Les Annales Politiques et Littéraires</i>	360
<i>L'Univers Illustré</i>	360
<i>L'Illustration</i>	360
<i>Le Monde Illustré</i>	361
<i>L'Economiste Européen</i>	361
<i>Documents et Renseignements sur les questions actuelles</i>	361
<i>Le Petit Parisien</i>	361
<i>Le Petit Journal</i>	361
<i>L'Illustré Soleil du Dimanche</i>	361
<i>Le Pelerin</i>	361

GRAN BRETAÑA

PERIÓDICOS POLÍTICOS DE LONDRES

<i>The Times</i>	362
<i>The Daily Graphic</i>	363
<i>The Daily News</i>	364
<i>The Daily Chronicle</i>	364
<i>The Daily Telegraph</i>	364
<i>The Standard</i>	364
<i>The Newcastle Daily Chronicle</i>	364

PERIÓDICOS ILUSTRADOS

<i>The Graphic</i>	365
<i>The Illustrated London News</i>	365

ITALIA

PERIÓDICOS DE ROMA

<i>Il Popolo Romano</i>	365
<i>Don Chisciote</i>	365
<i>La Opinione y La Fanfulla</i>	366
<i>La Italia</i>	366
<i>Le Messaggero</i>	366
<i>L'Osservatore y La Voce della Verità</i>	366
<i>La Tribuna</i>	366
<i>La Vera Roma</i>	366

PERIÓDICOS DE MILÁN

<i>Courriere della Sera</i>	367
-----------------------------------	-----

(1) En la Introducción se habla de otro de M. Benoist.

	<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE GÉNOVA	
<i>Caffaro</i>	368

PORTUGAL

PERIÓDICOS DE LISBOA	
<i>Diario de Noticias</i>	369
<i>Rusia</i>	371

SECCIÓN SEGUNDA

ARGENTINA (REPÚBLICA)

PERIÓDICOS DE BUENOS AIRES	
<i>El Correo Español</i> (con un artículo de Ruben Darío).....	374
<i>La Prensa</i> (con artículo, entre otros, de D. Gaspar Núñez de Arce).....	377
<i>El Diario</i>	380

PERIÓDICOS DE CÓRDOBA

<i>Los Principios</i> (con artículos, pensamientos alusivos á Cánovas y versos de D. M. Díaz Pizarro, D. Eufasio S. Loza, D. J. R. Viñas, D. L. Morcillo, D. Manuel F. del Río, D. Rogelio Martínez, D. Manuel Pérez Muñiz, D. M. González, D. F. Rodríguez del Busto, D. Temistocles Castellano, don Nestor P. Pizarro, D. B. Otero Capdevila, D. Enrique López Baltodano y D. Lucio Hilla).....	381
---	-----

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

PERIÓDICOS DE NEW YORK	
<i>The New York</i>	386
<i>The New York World</i> (con unos comentarios de Sherman).....	386
<i>The World</i>	387
<i>New York Advertiser</i>	387
<i>New York World</i>	387
<i>New York Journal</i>	388
<i>New York Sun</i> (con un juicio de Olney).....	388

PERIÓDICOS DE WASHINGTON	
<i>Washington Post</i> (con unas palabras del Mayor Antonio Serrano, de la Junta cubana).....	389
<i>The Evening Star</i>	390

PERIÓDICOS DE FILADELPHIE	
<i>Philadelphie Press</i>	390
<i>Philadelphie Record</i>	391

PERIÓDICOS DE CHICAGO	
<i>Chicago Journal</i>	392
<i>Chicago Chronicle</i>	392
<i>Chicago Times Herald</i>	392

	<u>Páginas.</u>
PERIÓDICOS DE BOSTON	
<i>Boston Globe</i> (con opiniones de Joseph Monson).....	393

PERIÓDICOS DE NUEVA ORLEANS	
<i>New Orleans Democrat</i>	393

PERIÓDICOS DE ATLANTA	
<i>The Constitution</i> (con conceptos ú opiniones de Juan Plá y Casimiro Pérez)...	394

CHILE

PERIÓDICOS DE SANTIAGO	
<i>El Ferrocarril</i> (con un artículo, entre otros de su Redacción, de D. Teodoro Baró).....	396
<i>El Porvenir</i>	400
<i>El Chileno</i>	400

PERIÓDICOS DE VALPARAÍSO	
<i>La España</i> (entre otros notables artículos, publicó uno de D. Victoriano de Castro).....	401
<i>La Unión</i> (á su vez dió á luz, entre otros artículos, unos datos biográficos de D. Antonio Cánovas del Castillo).....	404
<i>El Mercurio</i>	409

TERCERA PARTE

Recuerdos y juicios críticos acerca de Cánovas.

SECCIÓN PRIMERA

VELADAS LITERARIAS, POLÍTICAS Y ACADÉMICAS, PREMIO CÁNOVAS

I	
Velada en el Ateneo de Madrid...	410
Discurso de D. Gumersindo Azcárate...	412
Idem de D. Alejandro Pidal...	413
Idem de D. Segismundo Moret.....	426
Artículo de <i>El Liberal</i> sobre la velada..	427

II	
Discurso de D. Alejandro Pidal en el Circulo liberal conservador.....	428

III	
Discurso leído en la Real Academia Española por D. Daniel Cortázar.....	433

IV	
Premio Cánovas, ofrecido por la Real Academia de Jurisprudencia y otor	

	<u>Páginas.</u>
gado á la obra de D. Alfonso Pons y Humbert, así como el accésit á la de D. Antonio de Lara y Pedrajas.....	435
El libro del Sr. Pons y Humbert.....	436
Idem del Sr. Lara y Pedrajas.....	440

SECCIÓN SEGUNDA

ARTÍCULOS Y JUICIOS CRÍTICOS

Recuerdos de Cánovas (1850 á 1897).— <i>El Parnasillo</i> (semblanzas é impresio- nes), por D. Gaspar Núñez de Arce...	443
<i>La muerte de Cánovas</i> , opiniones y ju- cios acerca del mismo, por D. Juan Valera.....	450
<i>Cánovas del Castillo</i> , juzgado por don Francisco Silvela.....	455
<i>Cánovas del Castillo</i> (recuerdos íntimos), por el Marqués de Lema.....	460
<i>Cánovas y la prensa</i> , por D. J. Mañé y Flaquer.....	466
<i>Cánovas historiador</i> , por D. Rodolfo Ro- dríguez de Armas.—Estudio del rei- nado de Felipe IV.—Revolución de Portugal.....	468
<i>La Nación</i> , por D. Manuel de Ortiz de Pinedo.....	470
<i>Cánovas del Castillo</i> , por D. J. P. de G. (D. Juan Pérez de Guzmán).....	472
Idem en los salones, por idem.....	475
<i>El corazón y la cabeza en la revolución espa- ñola</i> , por D. Manuel Troyano.....	478
<i>La herencia de Cánovas</i> , por C. T. C.....	480
<i>Cánovas</i> , por el Conde de Esteban Co- llantes.....	481
<i>Castelar velando á Cánovas</i> , por D. Luis Morote.....	482
<i>Carta de D. Francisco Cortejarena al Mar- qués de Valdeiglesias</i>	484
<i>La Huerta</i> , por D. José Gutiérrez Abas- cal (<i>Kasabal</i>).....	486
<i>París-Madrid</i> , por Brantôme.....	487
<i>Cánovas y Vizcaya</i> , por D. Fabián Ortiz de Pinedo.....	489
<i>Dos semblanzas de Cánovas</i> , por D. Isidoro Bugallal y Araujo.....	490
<i>Los primeros tiempos de Cánovas</i> , por don Joaquín Rivera del Pino.....	493
<i>Un pensamiento patriótico</i> , por D. Arturo Baldazano y Topete.....	495
<i>Notas de un médico</i> , por el Sr. Llorente..	496

SECCIÓN TERCERA

HOMENAJES Á CÁNOVAS EN LAS CÁMARAS

PORTUGUESAS

<i>Cámara de los Pares</i> .—Sesión del 9 de Agosto de 1897.....	498
<i>Cámara de los Diputados</i>	504

SECCIÓN CUARTA

CÁNOVAS JUZGADO POR LOS ARGENTINOS Y CHILENOS

<i>Juicio de los argentinos</i> (con pensamientos y párrafos dedicados á Cánovas, por el Presidente de la República, altos dig- natarios, Generales, Prelados, Dipu- tados, Gobernadores, periodistas y es- critores notables).....	505
<i>Idem de los chilenos</i> (con pensamientos y artículos igualmente de notables es- critores que se citan, y entre ellos los Sres. Carlos Marín Vicuña, Altamira- no y Montt).....	512
<i>Idem de mejicanos y del Uruguay</i> (discurso del Sr. D. Justo Sierra y artículo del Sr. Bulnes).....	520

CUARTA PARTE

Manifestaciones de pésame y honores fúnebres.

SECCIÓN PRIMERA

PÉSAMES DE PERSONAS REALES

<i>Carta de S. M. la Reina Regente</i>	524
<i>Telegramas de personas Reales dirigidos á la señora viuda de Cánovas</i>	524
<i>La Santa Sede</i>	527
<i>Telegramas de pésame publicados por el Go- bierno en la «Gaceta»</i>	527
<i>Pésame del Ayuntamiento de Madrid</i> ...	530
<i>Telegramas y pésames dirigidos á la señora viuda de Cánovas por Ministros, autori- dades, corporaciones y extranjeros</i>	531
<i>Pésames al hermano del Sr. Cánovas</i>	533
<i>Telegramas al Gobierno, no publicados en la Gaceta</i>	533
<i>Otras manifestaciones de duelo y pésame</i> ...	535
<i>Telegramas particulares relativos á la muer- te de Cánovas</i>	538
<i>Manifestaciones de pésame de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes</i>	539

SECCIÓN SEGUNDA

HONORES FÚNEBRES

I.— <i>Entierro de Cánovas</i>	544
II.— <i>Relación del mismo</i> , por <i>El Imparcial</i> ...	545
III.— <i>Las coronas</i>	555
IV.— <i>El Panteón</i>	558

SECCIÓN TERCERA

FUNERALES, MISAS, ORACIONES Y PANEGÍRICOS

<i>Primero.—Funerales</i>	561
<i>España</i>	561
<i>Extranjero</i>	561
<i>Segundo.—Panegiricos y oraciones fú- nebres</i>	564

	<u>Páginas.</u>
I.—Del señor Obispo de Stón, D. Jaime Cardona, en los funerales celebrados en la Iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.....	564
II.—Del señor Arzobispo de Granada, D. José Moreno Mazón, en los que tuvieron lugar en aquella Iglesia catedral.....	565
III.—Del Canónigo magistral de Málaga, D. Valentín Mario Rus, en dicha catedral.....	565
IV.—Del Magistral de la de Valencia, en Castellón, D. Juan Garrido.....	567
V.—Del señor Obispo de San Luis de Potosí, D. Ignacio Montes de Oca, en su catedral.....	569
VI.—Del Sr. D. Ramón Angel Jara, Gobernador eclesiástico de Valparaíso, en la Iglesia matriz de dicha capital, con una Carta-prólogo de D. Matías Alonso Criado.....	576

QUINTA PARTE

Homenajes permanentes.

SECCIÓN PRIMERA

INSCRIPCIÓN DEL NOMBRE DE CÁNOVAS DEL CASTILLO EN UNA LÁPIDA DEL CONGRESO

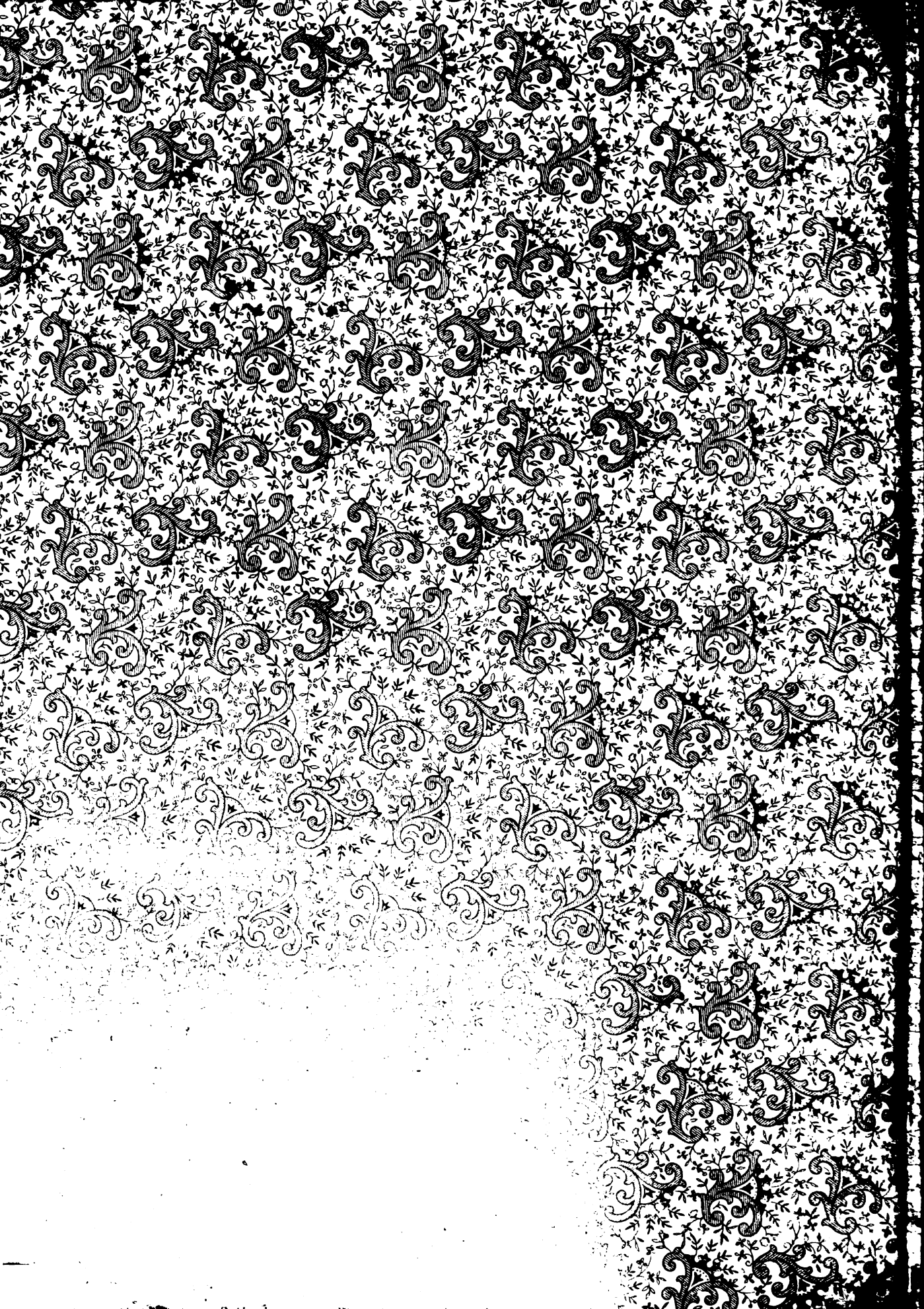
Discusión de la proposición presentada con tal objeto (discurso de los Sres. Linares

	<u>Páginas.</u>
Rivas, Marqués de Mochales, Silveña, Presidente á la sazón del Consejo de Ministros, Romero Robledo, Poveda, Pi y Margall, de nuevo de los Sres. Silveña y Romero Robledo, del Sr. Aguilera y del Sr. García Alix, Vicepresidente de la Cámara).....	581
<i>Artículo de D. Salvador Canals</i>	586
<i>Idem de El Nacional</i>	590

SECCIÓN SEGUNDA

LA ESTATUA DE CÁNOVAS

<i>Breve introducción y nota, insertando un artículo de La Correspondencia de España</i>	592
<i>Memoria relativa á la estatua</i>	592
<i>Artículos de El Nacional y La Epoca</i>	593
<i>Inauguración de la estatua</i> (con los discursos de los señores Conde de Tejada de Valdosera, Presidente del Senado, Romero Robledo y Presidente del Consejo de Ministros.....	596
<i>El Imparcial</i> (artículo de doña Emilia Pardo Bazán).....	598
<i>La Epoca</i> (artículo titulado <i>Más puede hacerse</i>).....	600
<i>Blanco y Negro</i>	601
<i>Atentado contra la estatua de Cánovas en la Exposición de París</i>	602



THE BORROWER WILL BE CHARGED
AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT
RETURNED TO THE LIBRARY ON OR
BEFORE THE LAST DATE STAMPED
BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE
NOTICES DOES NOT EXEMPT THE
BORROWER FROM OVERDUE FEES.

IDEAL
BOOK

FEB 19 1982

1365509